

JUAN

AUTÓNOMA DE NUEVA

GENERAL DE BIBLIOTECA

LOS NOMBRES  
DE LOS DIOS

BL310  
S2

R. C.



1080012112



LOS NOMBRES DE LOS DIOSES

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESTUDIOS FILOLÓGICOS

LOS NOMBRES  
DE LOS DIOSES

RA, OSIRIS, BELO, JEHOVÁ, ELOHIM, MELKARTE,  
ADONIS, ENDOBELICO, PARDJANIA, BRAHMA, INDRA, MITRA,  
PERAHOM, HERACLES, APOLO, DIONYSO, HERMES, AFRODITE,  
VENUS, JANO, SATURNO, JÚPITER, CYBELES,  
MINERVA, PROSERPINA, MARTE, VULCANO, ETC., ETC.

INDAGACIÓN

*acerca del origen del lenguaje y de las religiones á la luz del éusharo  
y de los idiomas turanianos*

POR

ESTANISLAO SÁNCHEZ CALVO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID  
IMPRENTA DE ENRIQUE DE LA RIVA

Plaza de la Paja, núm. 7

1884

BL 310

82



FONDO HISTORICO  
R. GARDO COVARRUBIAS

155743

## ÍNDICE.

### INTRODUCCIÓN.

Págs.

Diálogo de Cratilo.—Error de Platón y de muchos mitógrafos modernos.—Los dioses de Homero y los demonios de Hesiodo.—El pájaro Calcis.—Vida de las palabras.—Dificultad de la interpretación en una misma familia de lenguas.—La palabra *pir* y la onomatopeya *ber*.—Negación del fetichismo materialista.—Todo es idolatría.—Progreso moral de las religiones.—El ente metafísico.—La animación de la naturaleza.—Periodo mítico antes de la formación y separación de las razas.—Cómo han de comprenderse los mitos.—Importancia de la etimología racional.—Medios de interpretación...

### LA LINGÜÍSTICA.

La ley de evolución.—Concepción genética de la vida del lenguaje.—Las raíces fueron el origen del lenguaje.—Evolución del lenguaje.—Estado monosilábico primitivo.—Lo misterioso en el lenguaje.—Centros de creación.—Unidad monosilábica en el origen.—Error de M. Renan.—La teoría del lenguaje revelado.—La tendencia moderna en la lingüística.—Importancia de la comparación y estudio de las raíces..... 19

## EL TURANISMO.

Págs.

Elemento arcaico rebelde á la interpretación.—División de las lenguas.—Importancia del turanismo.—Existencia de una antigua civilización turaniana en Babilonia.—La escritura cuneiforme.—Noción de raza.—Transmisión de los elementos de cultura.—Extensión del turanismo.—Su anterioridad al aryanismo.—El tipo *mongoloides* en Europa.—Emigraciones antiguas por el Norte.—El tipo aryanos antes de los celtas.—La lengua de los pueblos invasores..... 41

## EL EÚSKARO.

- I. El eúskaro, representante de una forma más antigua y simple.—Augusto Schleicher y su método.—Conservación del eúskaro.—Las emigraciones.—El sitio de Troya.—Vestigios eúskaros en Troya y Grecia.—Identidad del eúskaro y de las lenguas finesas, encontrada por el príncipe L. Bonaparte.—Estudios de Pruner Bey y de M. d'Abbadie.—El eúskaro es idioma turaniano.—La lengua primitiva de España.—Religión.—Descubrimientos.—Tradiciones.—Los eúskaros en Irlanda..... 55
- II. Larramendi, Astarloa y Humboldt.—M. Bladé y su crítica.—La cuestión de los textos vascos.—El pasaje de Pantagruel.—Victor Hugo.—El apéndice de Floranes.—Cuestión resuelta..... 72
- III. El origen de los españoles.—San Isidoro y San Jerónimo.—Confusión de las dos Iberias.—Tibilis en Georgia.—Túbal en España.—Formación del mito histórico.—Comparación de los vocabularios copto y eúskaro.—Defectos de la crítica de M. Bladé.—La Bactriana de M. de Charencey.—Los caracteres *koteou*..... 78
- IV. El tipo eúskaro según la antropología.—M. Budard, Pruner Bey, Broca.—El examen de los cráneos remitidos por el Dr. Velasco..... 87
- V. Vestigios eúskaros de Italia y Roma.—Coincidencias ó nombres parónimos entre el Kandahar y España.—Forma primitiva de la *flor*.—Las terminaciones *tah, tani, tan*.—M. Renan y Bladé, libres de esta dificultad..... 91
- VI. Humboldt criticado por Bladé..... 101

Págs.

VII. El desprestigio del eúskaro.—Van Eys y los dialectos.—Lo que piensa M. Abel Hovelæque.—La lengua que se habló en España antes de las invasiones arianas.—Lenguas del tipo eúskaro en el norte de Europa..... 110

## LA ONOMATOPEYA BER.

El desarrollo de las formas lingüísticas.—La sorpresa de la interpretación por el eúskaro.—Una opinión de Max Muller.—Preservación de las palabras sagradas.—La onomatopeya *ber*.—Una escena en la choza prehistórica.—El hervor del agua.—La religión y el culto nacen espontáneamente en presencia de la naturaleza animada.—El mito pertenece al estado primordial del espíritu humano.—Por qué no se ha descubierto hasta ahora el origen de los mitos.—La tradición esthoniana.—Importancia de la sílaba *er* en las mitologías.—Por qué persiste á través de los cambios.—Utilidad de la comparación y estudio de los vocabularios.—El *bero* eúskaro.—Etimología de Bladé.—La lengua primitiva.—Procedimiento de Max Muller.—Nuestro procedimiento.—Cuadro de la evolución de la onomatopeya *ber* en varias lenguas.—Procedimiento para encontrar las raíces primitivas.—Los nombres de la palabra *cabeza*.—Su evolución paralela á la de los nombres divinos.—Formas y significados de la onomatopeya *ber* en alemán, en acadiano, en asirio y en tártaro mantchú..... 117

## LA ESPIRACIÓN.

Onomatopeyas de la espiración.—Su evolución en los nombres míticos y vulgares.—Divinización del soplo.—Fuerzas espirituales en la naturaleza.—Los mitos del calor y los mitos del espíritu.—Pruebas de que el soplo ó la respiración y el aire fueron el espíritu, en el concepto antiguo..... 161

## LA INTERPRETACIÓN.

La exegesis mítica.—Palæphate, Evemero, los Santos Padres, los neoplatónicos. Alverico el filósofo, Maimonides.—El Renacimiento.—Juan Vossius, Daniel Bo-

- chart, Kircher, Huet, el Dr. Schultz y M. Gladstone.  
—Tomás Gale, Pedro Bayle, Vico, Newton y Nicolás  
Freret.—Warburton, Blackevel, De-Broses, Dupuis,  
O. Muller.—Nuestra manera de interpretar..... 173

LOS MITOS DEL CALOR Y DEL FUEGO  
Y EL CULTO DEL ÁRBOL Y DE LA SERPIENTE.

- El calor considerado como alma del mundo.—El hervor  
del agua y el trípode en el origen.—El pramantha.—El  
culto de la serpiente.—Etimología de pramantha.—  
Deucalion y Pirra.—El mito finés de Panú..... 189

LOS DIOSES TURANIANOS.

- I. Adhivasa ó encarnación del espíritu en la imagen.—Fe-  
nómenos sorprendentes, extraños á nuestra civilización.  
—Espiritualismo salvaje.—Uhko, Tiermes y Aija.—  
Errores de Max Muller.—Los espíritus en China.—Las  
formas Tengri, Tangly, Tangara.—La transformación  
del *ber* en *gre-en*, verde..... 207
- II. Jumala, Num, Nam, Yam-yang, Prárimpo y Prárim-  
no.—Gen-Zeden.—Buga y el Boge ruso.—Dioses aca-  
dianos..... 220

DIOSES DE LOS IMPERIOS HISTÓRICOS.

DIOSES EGIPCIOS.

- I. Antigüedad religiosa del Egipto.—Parecido de sus dog-  
mas con los cristianos.—Ra, Osiris, Hor.—Identidad de  
Osiris con Ahura.—Etnografía y Antropología.—Kho-  
per.—Hanhan.—Faraon—Pirha..... 231

DIOSES ASIRIOS.

- II. Anu, Bel, Bel-Aura.—Supremacía de Bel.—Narra-  
ción del diluvio..... 246

DIOSES HEBREOS.

- III. Jehová y Elohim.—Lectura del tetragrama hebreo.  
—La etimología de Eloah..... 253

DIOSES FENICIOS.

- IV. Baal, Belzebú, Elagabal, Melkarte.—El templo de  
Malkarte en Cádiz.—Sus sacerdotes.—Etimología de

- Melkarte.—El tránsito de *m á b*.—Inscripción del hospi-  
tal de peregrinos.—Astarté y Ashera.—Adonis y los  
cantos fúnebres.—El canto de Lelo.—Restitución de  
este canto.—Error de la crítica.—El canto de Lelo es  
una lamentación, como el de Linos, por la muerte del  
sol..... 262

ENDOBELICO Y OTROS DIOSES DE LA EUROPA ANTIGUA.

- Origen onomatopéico del nombre de Endobelico.—Bele-  
no, Belin, la diosa Cabar..... 285

LOS MITOS SALVAJES DEL ESPÍRITU Y DEL CALOR.

- Estado primordial del espíritu humano.—Ejemplos.—  
Persistencia del *er* en todas las mitologías.—Bayama.  
—Oro.—Canto de Taaroa.—Billukai.—Los Edró.—  
Iitia.—Olorun.—El mito de Hiro.—Alo Alo, Taru, Ra-  
vula.—Hicúleo, en las Islas de Tonga.—El Bulutu.—  
Epel y Horiuch.—Leyenda de Yuskeha.—La Ataecina  
ibérica y Ataensic, americana.—Nombres parónimos  
de Eguzquiya, el sol.—Nombres Tamules..... 289

DIOSES AMERICANOS.

DIOSES MEJICANOS.

- I. Restos de una civilización primitiva americana.—Las  
ruinas de Palenke.—La Cruz.—Origen de este nombre.  
—Ritos y ceremonias mejicanas.—Huchilobos y Tla-  
loch.—El mito de Quetzalcoatl..... 313

DIOSES ARAUCANOS.

- II. Vilvemboe.—Vilpelbilboe.—Ulmenas y Apulmenas.—  
Jempir..... 323

DIOSES PERUANOS.

- III. Origen de su civilización.—Manco Capac y Mama  
Oello.—Pachacamac y Viracocha.—Los sacerdotes y  
sus nombres.—Identificación de los mitos de Viraco-  
cha y de Afrodite..... 325



## DIOSES GERMÁNICOS.

	<u>Págs.</u>
Nombres del Edda.—Thor.—Su identidad con Pardjania.—La cabra de Perkuno.—Explicación de este epíteto.—Freyr, Freya.—Balder es el sol.—Odin.—Los Nivelungen.—Aclaración del mito de Balder.—Las manzanas de Iduna.....	329

## DIOSES DEL ARYA.

## PARDJANIA.

Himnos á Pardjania.—Antigüedad de este dios.—Etimología de su nombre.—Sus parónimos germánicos.—Su carácter.—La raíz sphrg, tronar.—Pardjania es más que el trueno.....	345
---	-----

## INDRA.

Los himnos.—Persistencia del atributo de fuerza.—El epíteto <i>áwibayhas</i> .—Lo que significa.—Etimologías de Burnouf y de Benfey.—La nuestra.—Origen del culto de Indra.—El demonio Andra.—Nombres onomatopéicos del Veda.....	354
---	-----

## DYAUS, BRAHMA.

La raíz <i>div</i> , brillar.—El error de Max Muller.—La expresión de la idea de brillo.—Anterioridad de los nombres de los dioses á esta raíz.—Etimología de Brahma.—El Aitareya Upanishad.—El nombre exotérico de Cristo...	365
---	-----

## ADITI.

Aditi es la inteligencia universal.—Roth, Muir, Boehlungk.—Sus interpretaciones.—Otro error de Max Muller.—Nuestra interpretación.....	373
--	-----

## SURYA, MITRA.

Confusión de Hansa con Surya.—Origen del mito de Júpiter y Leda.—El culto de Mitra en Roma.—Su significación.....	384
---	-----

## DIOSES DEL IRAN.

La misión de Zoroastro.—Homa es el Juma samoyedo.—Origen de la idea de asimilación con Dios.—Perahom.—	
--	--

Págs.

Los Ferners.—Ahriman y Satanás.—Popol Vug ó el Hirviente.....	389
THWASHA.....	399
ZERVANE-AKERENE.....	401

## DIOSES GRIEGOS.

## HEROS, HERACLES.

Modo de considerar los mitos.—Los griegos no conocian, mejor que los otros pueblos, su mitología.—La mitología debe ir en busca del mito primitivo.—Nuestro método.—Una interpretación errónea de Lenormant.—Heros.—Heracles, según Benfey.—Lo que es Heracles.—El Cula patois.—Argos y Jason.....	403
--	-----

## EL ORÁCULO DE DELFOS, APOLO, EL OMPHALOS.

Apolo en Grecia.—No es mito griego.—Delfos.—Pithon.—Helios.—Etimologías de Pithon.—La nuestra.—El sentido simbólico del Omphalos.—Lo que era.....	411
---	-----

## APOLO, DIONYSO.

El culto de Dionyso.—El tripode.—Lo que fué en el origen.—Ampeles.—Una interpretación errónea de Benlœw.—Dionyso Perikiomo.—El Nix.....	425
---	-----

## EL NOMBRE DE APOLO.

Etimologías.—Nombre onomatopéico de Delfos.—La verdadera significación de Apolo.—Sus epítetos.—Leto.—Por qué se llamó á Apolo, Ratonero.—Apolo Belerofon de Corinto.....	433
--	-----

## ARTEMIS.

La raíz <i>Ma</i> .—La idea de luz expresada por la onomatopeya del soplo ó por la del hervor indiferentemente, en un principio.—Explicación del nombre.—Su epíteto de Pergaya.....	440
---	-----

## HERMES.

Su forma y sus epítetos.—El <i>falus</i> .—Filisti y el Pramanta.....	446
---	-----

## ATHENE.

- Interpretación de Max Muller.—Nuestros reparos.—Pallas.—El epíteto Tritogeneia.—Elotis en Corinto.—Nuestra interpretación.—Evolución africana del mito de Athene.—La aproximación sanscrita de Max Muller no tiene fundamento..... 449

## AFRODITE, HEPHÆSTUS, HESTIA.

- El mito de la espuma.—No es la aurora como supone Max Muller.—Forma primitiva de su nombre.—El epíteto Kupro.—Afrogeneya.—Evolución paralela de este mito con los de Dionyso hervido, Viracocha del Perú y el trípode de caldera.—Hephæstos y Hestia..... 457

## PELOPE.

- El fenómeno primitivo del hervor conservado en el mito de Pelope..... 462

## CÉFALO Y PROCRIS.

- Crítica de la interpretación de Max Muller.—La parte arcaica del mito.—Su significado original..... 465

## NOMBRES DE LA TEOGONÍA ÓRFICA.

- Zagreus.—Phanes.—Erebos, etc..... 468

## DIOSES ETRUSCOS, LATINOS Y SABINOS.

## TINA, CUPRA, TAGÉS.

- Origen de la civilización etrusca.—Sus dioses.—El nombre de Cupra y su confusión con el término paralelo de la evolución vulgar en lengua sabina..... 471

## VENUS.

- El brasero y la vasija de agua en la ceremonia del casamiento en Roma.—Nombres onomatopéicos.—Mirtia y Calva..... 472

## JANUS, SATURNO.

- Parónimos de Jano.—El dios portero.—Jano, según Macrobio.—Quirino.—Su esposa Horta.—Un error de Am-

- pere.—Sterculus.—Lo que fué Saturno.—Su nombre.—Ops, y su evolución..... 475

## JÚPITER.

- Himnos órficos.—Júpiter, el dios padre, de Max Muller.—Inconvenientes de asignarle este carácter.—Nuestras aclaraciones..... 482

## RHEA, CYBELES.

- Etimologías de Cybeles.—La nuestra.—El culto de Cybeles en Roma..... 487

## CERES Y PROSERPINA.

- Ceres y su doble carácter.—Por qué puede ser la tierra y la luna.—Demeter.—Estudio de este nombre.—Su confusión con el término de evolución vulgar.—El nombre de Ceres.—Interpretación de Proserpina.—Los himnos a Ceres, y los misterios.—Kore..... 490

## MINERVA.

- Las dos partes en que se descompone este nombre.—Su significación..... 499

## MERCURIO.

- Su carácter.—Identificación con Hércules y Hermes..... 500

## MARTE.

- Su origen.—El epíteto Cyprio.—Explicación del mito... 501

## VULCANO Y LOS CABIROS.

- Mitos del fuego.—Etimología de Vulcano.—Tubalcain.—Zeus-Velchaños.—Los Cyclopes.—Feronia.—La lucha de los dioses del soplo y del calor..... 505

## VERTUMNUS.

- Etimología de este nombre.—Nada tiene que ver con la idea de cambio..... 514

## LA NINFA EGERIA.

- El rey Numa.—Camenas y *Carmena*..... 514

## AJUS LOCUTIUS.

El dios más antiguo y la mejor representación del soplo divinizado.....	516
---	-----

## EL ORIGEN DEL LENGUAJE.

Importancia del descubrimiento de la onomatopeya <i>ber.</i> — Lo que ha sido la etimología y lo que debe ser.—Error del método seguido en la interpretación.—La fe de Max Muller.—El período de las raíces primitivas.—La cues- tión del método.—Cuál fué el origen del lenguaje.— Evolución de las raíces.—La primer onomatopeya.— Lo que fué la lengua original.—Un pensamiento de Goethe.—Conclusión.....	517
--	-----

## PRÓLOGO.

Al decidirnos á publicar este libro en español, sabemos que ha de tropezar con un grave inconveniente: lo inusitado, aquí, de esta clase de estudios, que tan especial predilección merecen, sin embargo, en otros pueblos; pero la certidumbre de que encierra interesantes nuevas, sostiene en nosotros la esperanza de que habrá de llamar la atención, más tarde ó más temprano, de algunos de esos ilustres representantes del mundo sabio, que siempre acogen con benevolencia las ideas originales ó admiten con agrado las hipótesis serias. Si esta pretensión pareciere exagerada, vaya en gracia de ser la única recomendación que de él hacemos; pues que, por lo demás, hace su entrada en el palenque científico, como en la lid aquellos misteriosos antiguos caballeros, sin otros emblemas ni atavíos que la férrea armadura. Ni bellas frases, ni adornos de retórica le abonan, ni esa verbosa,

admirable redundancia, que caracteriza los libros españoles.

Más lacónico de lo que debiera, por un defecto de estilo si se quiere, será preciso á veces leer, como se dice, entre renglones, haciendo referencia á conocimientos previos, que se dan por supuestos, si se ha de penetrar todo el alcance de los pensamientos; pero en cambio, hemos procurado que la dicción sea clara y comprensible á todos.

Una primera parte de este libro es, y no podía menos de ser, preparación de las otras, dedicadas á la interpretación, porque la naturaleza del asunto así lo requería. Fué preciso, ante todo, restablecer la importancia del eúskaro como lengua propia para la investigación y los estudios lingüísticos, y acreditar, después, el ventajoso empleo que de los idiomas turanianos puede hacerse, para comprobar el origen onomatopéico de los nombres míticos.

Si de este modo hemos conseguido esparcir una luz inesperada sobre el origen del lenguaje, y romper ese círculo de hierro, que podemos llamar el clasicismo indo-europeo, habremos hecho á la ciencia un señalado servicio, procurando á la par la más gloriosa de las satisfacciones.

Madrid 31 de Diciembre de 1883.

## SÓCRATES.

«¡Por Júpiter! mi querido Hermógenes: la mejor manera de examinar, si fuéramos prudentes, sería confesar que nosotros nada sabemos, ni de la naturaleza de los dioses, ni de los nombres con que se llaman á sí mismos; nombres que, sin dudar, son la exacta expresión de la verdad. Después de esta confesión, el partido más razonable es llamar á los dioses, como la ley quiere que se les llame en las preces, y darles nombres que les sean agradables, reconociendo que nada más sabemos. En mi opinión, esto es lo más sensato que podemos hacer. Entreguémonos, pues, si quieres, al examen en cuestión; pero comenzando por protestar ante los dioses, que no indagaremos su naturaleza, para lo cual nos reconocemos incapaces; y que sólo nos ocuparemos de la opinión que los hombres han formado de los dioses, y en cuya virtud les han dado esos nombres. En esta indagación nada hay que pueda provocar su cólera.»

No puede hablarse con más cordura que Platón hace hablar á Sócrates en este pasaje del Cratilo, y ningún prólogo expresaría mejor nuestras propias miras, al entrar en un asunto idéntico al que se propuso di-

admirable redundancia, que caracteriza los libros españoles.

Más lacónico de lo que debiera, por un defecto de estilo si se quiere, será preciso á veces leer, como se dice, entre renglones, haciendo referencia á conocimientos previos, que se dan por supuestos, si se ha de penetrar todo el alcance de los pensamientos; pero en cambio, hemos procurado que la dicción sea clara y comprensible á todos.

Una primera parte de este libro es, y no podía menos de ser, preparación de las otras, dedicadas á la interpretación, porque la naturaleza del asunto así lo requería. Fué preciso, ante todo, restablecer la importancia del eúskaro como lengua propia para la investigación y los estudios lingüísticos, y acreditar, después, el ventajoso empleo que de los idiomas turanianos puede hacerse, para comprobar el origen onomatopéico de los nombres míticos.

Si de este modo hemos conseguido esparcir una luz inesperada sobre el origen del lenguaje, y romper ese círculo de hierro, que podemos llamar el clasicismo indo-europeo, habremos hecho á la ciencia un señalado servicio, procurando á la par la más gloriosa de las satisfacciones.

Madrid 31 de Diciembre de 1883.

## SÓCRATES.

«¡Por Júpiter! mi querido Hermógenes: la mejor manera de examinar, si fuéramos prudentes, sería confesar que nosotros nada sabemos, ni de la naturaleza de los dioses, ni de los nombres con que se llaman á sí mismos; nombres que, sin dudar, son la exacta expresión de la verdad. Después de esta confesión, el partido más razonable es llamar á los dioses, como la ley quiere que se les llame en las preces, y darles nombres que les sean agradables, reconociendo que nada más sabemos. En mi opinión, esto es lo más sensato que podemos hacer. Entreguémonos, pues, si quieres, al examen en cuestión; pero comenzando por protestar ante los dioses, que no indagaremos su naturaleza, para lo cual nos reconocemos incapaces; y que sólo nos ocuparemos de la opinión que los hombres han formado de los dioses, y en cuya virtud les han dado esos nombres. En esta indagación nada hay que pueda provocar su cólera.»

No puede hablarse con más cordura que Platón hace hablar á Sócrates en este pasaje del Cratilo, y ningún prólogo expresaría mejor nuestras propias miras, al entrar en un asunto idéntico al que se propuso di-

lucidar Platón en aquel diálogo. La desconfianza con que el gran filósofo empieza sus indagaciones sobre los nombres de los dioses prueba la poca seguridad que tenía él mismo en el éxito de su lucubración. Una cosa ve clara, sin embargo, su gran inteligencia, y es, que aquellos nombres son, sin duda, la *exacta expresión de la verdad*.

¿Podía él penetrar el sentido oculto de las palabras misteriosas dados los conocimientos de su tiempo?

Por grande que fuese su talento, por bien que dominase su propio idioma, por más que conociese profundamente los mitos del Egipto y de la Grecia, ¿reuniría datos suficientes para descifrar el enigma de los nombres?

Sócrates, á fuer de prudente, confiesa que no; y es que, como dijo Goethe: el que no conoce más que una lengua, no conoce ninguna; y como con la religión sucede lo mismo que con el lenguaje, hé aquí por qué Platón, á pesar de sus grandes dotes y de los esfuerzos de su genio, no pudo llegar á la verdad.

Pigmeos al lado de Platón ¿presumiremos del éxito allí donde él abortó?

Todo el trabajo de la civilización, los progresos científicos acumulados desde entónces y las analogías encontradas entre ciertas religiones y ciertas lenguas desconocidas antiguamente, es decir, la Lingüística y la Mitología comparada proporcionan al hombre del siglo XIX medios que no existían en la cultura helénica. Por poderosa que sea la inteligencia, por elevado que sea el vuelo de su imaginación, aunque un hombre sea un genio y este genio se llame Platón, sin datos, no es posible resolver ningún problema.

El error de Platón, y aun el de muchos mitógrafos modernos, consiste en querer averiguar ó descubrir el significado y sentido de los nombres míticos en la len-

gua misma del país en que recibieron culto. Así se hacía venir, θεός de θεῖν, correr, como después Indra de *indu*, la gota de agua, y *Dyaus* de una raíz *div* que significa brillar. Es decir, que para un dios griego un nombre griego, para un dios indio un nombre sanscrito. Esto parece á primera vista natural. Un pueblo al forjar sus dioses, debiera darles un nombre nacional, un nombre que tuviera sentido y fuera representación de alguno de sus atributos por lo menos en la lengua del país. ¿Qué cosa más sencilla? Y sin embargo, no es así. Casi ninguno de los grandes dioses del Arya, de la Grecia ó del Lacio tiene nombre nacional, ó que exprese algo en el idioma, por medio del cual le fueron dirigidas preces. Indra, Pardjania, Aditya no son nombres sanscritos, ni tan siquiera aryacos; Apolo, Athene, Baco y Persefone no son nombres griegos, ni aun pelásgicos; Jano, Minerva, Juno y Cibeles no son nombres latinos, ni etruscos, ni sabinos; Belo no es asirio, ni Astharté es fenicia. Todos estos dioses tienen un origen mucho más antiguo que los pueblos en que tanto figuraron, y cuyo culto recibieron; origen perdido para nosotros en las edades prehistóricas, si no nos hubiesen legado las generaciones anteriores esos nombres, expresión exacta de la verdad, como dice Platón, para el que llegue á comprenderlos.

«Los más extensos y bellos pasajes de Homero, dice Sócrates en Cratilo, son aquellos en los que distingue, respecto de un mismo objeto, el nombre que le dan los hombres y el que le dan los dioses. . . .» «Ese río que bajo los muros de Troya tiene un combate singular con Vulcano, ¿no sabes que Homero dice que los dioses le llaman Janto y los hombres Escamandro? (1).»

(1) Iliada 20, 74.

«Pues bien, ¿no crees que importa saber por qué á este río se le llama con más propiedad Janto que Escamandro? O si quieres, fíjate en ese pájaro del que dice el poeta: *los dioses le llaman Calcis y los hombres Cimindis*. ¿Crees tú que no sea interesante saber por qué se le llama Calcis, con más propiedad que Cimindis? Y lo mismo sucede con la Colina Batiéia llamada también Mirine y con otros mil ejemplos, tanto de este poeta como de otros. Pero quizá estas son dificultades que ni tú, ni yo podemos resolver.»

Y más adelante (1):..... «Mira, por consiguiente, si esta palabra  $\pi\upsilon\rho$ , (pir), es de origen bárbaro. Es difícil hacerla derivar de la lengua griega, y los frigios emplean en verdad esta misma palabra, apenas modificada. Lo mismo sucede con las palabras  $\upsilon\delta\omega\rho$  (udoor),  $\kappa\upsilon\omega\nu$  (kuoon), y muchas otras.....»

..... «No hay que atormentarse por estas palabras; algún otro podrá dar razón de ellas (2).»

Hé aquí una predicción que puede realizarse hoy; pero conviene ante todo saber qué lengua de los dioses era esa á que se refiere Homero. Estos dioses de Homero son los demonios de Hesiodo, los primeros hombres de la edad de oro respecto de los cuales el poeta se explica de esta manera:

«Desde que la Parca ha extinguido esta raza de hombres, se les llama demonios, habitantes sagrados de la tierra, bienhechores, tutores y guardianes de los hombres mortales (3).»

Dioses y demonios eran, pues, para los griegos la misma cosa ó poco menos. Exceptuando el padre de los dioses que tenía un carácter verdaderamente di-

(1) Diálogos IV, pág. 414, ed. Azcárate.

(2) Id. id. pág. 414.

(3) Hesiodo, *Los trabajos y los días*, 220 y 222.

vino, los demás hijos suyos, o hechuras suyas, en el concepto popular, habían vivido en la tierra en aquella remotísima edad de oro en que los hombres todos eran justos, sabios, benéficos, demonios en fin. ¿En los tiempos de Ulises, todavía, Calipso, inmortal y diosa, no era mujer?

«Y yo afirmo á mi vez, dice Sócrates (1), que todo el que es  $\delta\alpha\epsilon\mu\omicron\nu$  (daemon), es decir, hombre de bien, es verdaderamente demonio durante su vida y después de la muerte, y que este nombre le conviene propiamente.»

Si, pues, los dioses y los demonios griegos son los dioses de la edad de oro, y si la edad de oro de los antiguos y de los preocupados modernos no es más que una ilusión que se explica por aquel pensamiento verdadero: como á nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fué mejor; tendremos que esos hombres á que se refieren Homero y Hesiodo llamándoles dioses y demonios, no son más que los antepasados prehistóricos del pueblo griego, que hablaban otra lengua diferente y nombraban las cosas de otro modo, habiendo conservado alguna tribu un resto de las antiguas formas, extrañas ya á los dialectos griegos, después de una larga evolución. El respeto que infunden las antiguas cosas, debió atraer la admiración sobre esas palabras que fueron desde entonces consideradas como partes de una lengua hablada por los *dioses*, es decir, por los hombres primitivos.

¿Cuál será en realidad, esa *raza de oro*, formada por dioses ó demonios, por hombres de bien? ¿Será la arya ó la semítica? Los pocos nombres dejados por Homero, como pertenecientes á la lengua de los dioses, pueden dar mucha luz acerca de esto. Se puede

(1) Obra citada, Cratilo, pág. 392.

apostar á que no se encuentra ni en el sanscrito, ni en el aryaco, ni en los idiomas semíticos, una explicación satisfactoria de ese nombre *Calcis* con que los dioses de Homero designaban el pájaro que los griegos llamaban Cimindis. Y sin embargo, ¿quién lo creyera? ese nombre *Calcis* tiene una interpretación natural por el eúskaro: *Calcis-Garcis*.

La alteración es normal. La gutural *G* fortifica su sonido en *Car*; la *r* se convierte en *l*. *Garcis*, significa veloz, velocísimo.

¿No es un nombre á propósito, este de *veloz ó velocísimo* para el pájaro Cimindis, y digno de ser puesto por los dioses? Si Platón lo supiera, lo aceptaría, sin duda, y se confirmaría más en su creencia de que los dioses ponían siempre nombres apropiados á las cosas.

Es una rara tradición esta que nos conserva la Iliada, de nombres ajenos á la lengua griega á través de las emigraciones y las mezclas, y de nombres que no tienen importancia bajo el punto de vista social ni religioso. Estos restos de la lengua de los dioses no eran pocos. Platón asegura que podría citar otros mil ejemplos, tanto de Homero como de otros.

Calcúlese, ahora, en vista de tal supervivencia de palabras insignificantes, en su mayor parte, y pertenecientes á un idioma tan lejano en la evolución como es del griego el eúskaro ó alguna otra lengua aglutinada, con cuanta más razón se habrán conservado aquellas otras que tienen un encanto religioso, que no se pronuncian sino de tarde en tarde, envueltas en el mayor misterio por el padre de familia ó el Sacerdote; que se graban, como á buril, en el cerebro de los niños; y que pasan de generación en generación puras, venerables y santas, á través de los siglos, sin perder apenas ni una letra en cada millar de años, mudando

por toda variación alguna *j* en *k*, alguna *b* en *f*, alguna *r* en *l*, ó un sonido débil de vocal en fuerte ó viceversa.

No hay nada en el mundo que tenga tanta vida como las palabras. En aquellas que Platón no puede resolver, en *κύν*, *hún*, perro; en *ὕδωρ*, *udór*, agua y sobre todo en *πῦρ*, *pir*, fuego, se nota esa especie de inmortalidad. El chino *houen*, el sanscrito *c, van*, el aryaco *kuun*, el griego *κύν*, el latín *canis*, el céltico *cu*, el francés *chien*, el alemán *hund*, el español *can*, se elevan todas como *cha-cu-rra*, eúskaro, forma aglutinada ya de una más primitiva, á otra cuyo núcleo es ese *cu* ó *gu*, onomatopeya del ladrido.

El *udra* sanscrito, el gótico *wats*, el alemán *waser*, el inglés *water*, el griego *ὕδωρ*, el eúskaro *ur*, proceden todas de una forma muy parecida á esta última y que significó ya desde un principio agua, porque suponerlas, como algunos quieren, originarias de un *wad* aryaco que expresa la idea de repartir, sería carecer de vocación filológica, siendo imposible que un verbo tan complejo, como repartir, pudiera ser anterior á la palabra *agua* que es de primera necesidad para el hombre.

«Cuanto á la palabra *pir*, fuego, dice Sócrates, me pone en un aprieto. O la musa de Eutifrón me ha abandonado, ó esta cuestión es de las más difíciles. . . . Examina, pues, lo que yo pienso. Creo que los griegos, sobre todo los que viven bajo la dominación de los bárbaros, han tomado de éstos gran número de nombres. . . .»

. . . . Que si se intentase interpretar estas palabras dentro de la lengua griega y no de aquella á que pertenecen, es irremediable tropezar con grandes dificultades.

El instinto filológico que poseía Platón, no le engañaba en esto, como engañó después, y está engañando



aun á tantos otros. Solamente que las palabras rebeldes á su interpretación son mucho más antiguas de lo que él se figuraba, y habían sido adoptadas por su raza en bien distintas condiciones, y mucho antes que el primero de los dialectos griegos hubiese adquirido una constitución definitiva.

No diremos nada por ahora del  $\pi\upsilon\rho$  griego, *pir*. Esta palabra está ligada á otra que estudiaremos á su debido tiempo; á la más santificada de todas las palabras del lenguaje humano, que no podemos escribir, conociendo su historia como la conocemos, sin gran veneración, á la onomatopeya *ber*. Por ella se resolverán ó aclararán algunos de los más oscuros problemas mitológicos; por ella penetraremos hasta el sentido más oculto de los nombres de los grandes dioses; por ella sorprenderemos los secretos de muchas religiones: por ella, en fin, tendremos una idea de los misteriosos procedimientos empleados en el origen del lenguaje. Es una palabra clave que Platón, ni otro alguno hubiera podido interpretar sin previos conocimientos filológicos, y que se remonta, no al origen del eúskaro, del sanscrito, ni de otra lengua determinada, sino al origen mismo del lenguaje, que como dice muy bien M. Cournot (1), «no es precisamente la cuestión del origen de las lenguas.»

Preguntar cuándo y cómo el hombre ha empezado á hablar, es preguntar cuándo ha comenzado á ser hombre. El lenguaje ó la expresión por la palabra ha podido, y verosímilmente ha debido estar en un estado de fluctuación ó indecisión antes de que hubiese lenguas constituidas que merecieran el nombre de organismos. El tránsito del latín al romance nos da

(1) Cournot, *Traité de l'enchainement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire*.

una idea imperfecta de esta indecisión. No se puede mirar cada lengua como la obra y la propiedad de una sola familia indefinidamente multiplicada, como no se puede mirar, sin hipótesis arbitraria, una especie vegetal ó animal como la descendencia de un solo individuo ó de una pareja única.

La palabra *ber*, anterior quizá á la constitución definitiva de las primeras lenguas, se nos presenta, sin embargo, en el eúskaro por primera vez y con el más alto carácter de antigüedad conocida, sin que por eso dejen de poseerla otros muchos idiomas de diferentes familias. Esta y otras palabras parecidas, formadas instintivamente para designar los más sencillos fenómenos de la naturaleza, tuvieron una influencia inmensa en el desenvolvimiento sucesivo del lenguaje, en la constitución de las lenguas y en la trama de las mitologías.

Simples onomatopeyas en un principio, su sentido y significación van extendiéndose paulatinamente, marcando así las nuevas necesidades filosóficas y religiosas de la humanidad, y pudiendo estudiarse su desarrollo significativo al mismo tiempo que el desenvolvimiento de la causalidad en el cerebro de los hombres primitivos. Y es de notar que esta facultad puramente subjetiva y acrecentada por la sensación haya llevado al hombre á considerar un mismo objeto como parte de un mundo inanimado y como sér animado á un tiempo. Es esta confusión de la naturaleza muerta y viva, notada en el examen de los Vedas por John Muir, de lo que algunos quieren deducir una prueba de fetichismo, primera fase teológica de la humanidad según *Augusto Comte*. Pero la doble consideración de un mismo objeto como inanimado y animado no puede nunca servir de base á tal período teológico. Desde el momento en que el hombre se forjó la

ilusión de que un objeto cualquiera de la naturaleza estaba poseído por una fuerza extraña, vital y animadora, y que vió en el agua, en el fuego ó en el aire un poder superior, la religión empieza.

Será el hombre, en tales condiciones, un idólatra que adorará un dios falso ó incompleto porque no conoce ni puede conocer todos los grandes atributos de la Divinidad; pero en ese caso, ¿quién no es idólatra? Acaso hay nadie que pueda contestar hoy á la pregunta: ¿quién es Dios? El cristiano más instruido, el teísta más despreocupado, el filósofo más profundo, tienen idea exacta de él? Y si aun no tenemos un conocimiento exacto de la Divinidad ¿en qué nos diferenciamos del más vulgar idólatra sino en el más ó el menos? Su dios será más monstruoso, pero el que nosotros nos figuramos, no es ciertamente tampoco verdadero más que en algunos importantes atributos.

La noción de Dios en el hombre crece ó disminuye á medida que crece ó disminuye el pensamiento humano. El idólatra adora á un dios cuyas manifestaciones cree ver en ciertos fenómenos que le admiran. Le respeta, le teme, y se hace la ilusión de que le ama; y como el hombre, en estado de naturaleza, sobre todo, no se concentra en sí mismo, y vive para la sensación por los sentidos, necesita tener alguna imagen de su dios. Mas como no todos pueden conseguir un Júpiter de Fidias, una Madona de Rafael ó un Cristo de Miguel Angel, hé aquí que la representación de la Divinidad es á veces horrible. Esta adoración de lo feo, haciéndose tradicional, adquiere proporciones espantosas, llega á perder toda forma, y entonces tenemos el *dios-leño*. Si el fetichismo no es más que la adoración de una forma cualquiera material, sin representación *metafísica* ninguna, en este caso, el fetichismo no pudo ser de ningún

modo la primera fase teológica de la humanidad. Si no fuera más que esto, sería simplemente una aberración y un olvido de ideas y de fórmulas más espirituales y anteriores. No se concibe que el hombre primitivo rindiese culto á un objeto natural sin ver en él la imagen ó la morada predilecta de un poder misterioso, *invisible*, pero manifestándose en ciertos fenómenos; y entonces deja de ser tal fetichismo y se convierte en una idolatría vulgar.

El verdadero fetichismo no existe, pues, sino como una degradacion en muy pocos pueblos, y aun en ellos, si se investiga bien, se encontrará seguramente un resto de la animación ó del espiritualismo primitivo.

No hay, pues, bajo el punto de vista mitológico otra cosa que estudiar en la humanidad sino la *idolatría*, es decir, la adoración de un ente metafísico *desconocido*, pero cuya existencia deduce el hombre de manifestaciones de fuerza ó inteligencia que observa en los fenómenos de la naturaleza. Esta noción adquirida será en todas las fases de la evolución social verdadera en cuanto á la existencia, y falsa en cuanto al modo de ser del ente. Toda religión, por lo tanto, aun cuando represente el más alto grado de perfeccionamiento humano, llevará en sí esta especie de pecado original, cuya causa radica en lo *incognoscible*.

Así y todo, las religiones cumplen su cometido satisfaciendo las necesidades metafísicas de la humanidad según las épocas y las razas. Fueron, por más que se diga, los grandes auxiliares del progreso, domesticando la fiereza bárbara y salvaje de los hombres. Esta influencia bienhechora se explica por el ideal que siempre es superior en todas ellas, por pobre que sea, á la realidad contemporánea. *Haoma*, *Ahoura-Mazda*, *Pardjanía*, *Belo*, y el mismo *Júpiter*, con todos sus de-

fectos, valían más que los pueblos que les adoraban. El hombre por espíritu de imitación se asimila en lo posible estos ideales y llega en ocasiones á sobreponerse á ellos, y entonces, cuando un pueblo entero ó una sociedad se hace más justa, más benéfica, más moral, en una palabra, que su dios, este ideal despreditado, cae, arrastrando consigo la religión que presidía. Un dios ó un ideal deja de serlo cuando la sociedad es mejor que él. Este es el secreto de la duración de algunas religiones. El ideal que nos presenta, por ejemplo, el Evangelio en la persona del Cristo no ha podido realizarse aun en la vida social. Por eso los más atrevidos pensadores modernos, aunque abandonen las prácticas exteriores del Cristianismo y dejen de creer en sus dogmas religiosos, no pueden renegar del mismo modo de su moral.

Las religiones llevan en sí envuelto este ideal moralizador y progresivo en la noción que los hombres se forman de su Dios.

Se dice que la moral está ya hecha y que por lo mismo dentro de su esfera no puede haber progreso. Los que esto dicen, ¿están seguros de ello? La serpiente del Paraíso no creía tan fácil de adquirir esa noción del bien y del mal que constituye toda la moral. Suponía, al contrario, que no era ciencia de los hombres: «*seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal*» le dijo á Eva. Por nuestra parte, seguimos creyendo en el progreso moral, *real é ideal* de la humanidad.

Las religiones primitivas no tenían lo que hoy entendemos por moral ciertamente; pero imponían la creencia en un sér superior que vigilaba, atendía, recompensaba, y esto ya era algo, era el germen de la moral. Se figuran algunos que la moral ha surgido de la revelación patriarcal, continuándose en la familia privilegiada de Abraham hasta Moisés; pero en tiem-

po de Abraham, ya se habían escrito en Egipto verdaderos tratados de moral, y en China y en la India sabían casi tanto de ella como nosotros hoy.

Una cosa hay, sin embargo, de común é inmutable en todas las religiones: el ente metafísico vislumbrado por la fe á través del objeto, fenómeno ó imagen adorada. Las primeras religiones de la humanidad, aunque hayan hecho su aparición en los tiempos más remotos y salvajes, tuvieron que ser indefectiblemente espirituales, porque no puede darse religión sin una creencia metafísica más ó menos elevada.

La creencia en la animación de la naturaleza, esto es, en una fuerza, una inteligencia, un agente misterioso que se esparce, que se difunde, que lo penetra todo, que ocupa el mundo como el agua la esponja, que sostiene el universo como el hilo las perlas de un collar, tal es el más alto grado de la evolución mitológica.

Mas antes de llegar á esta unidad, fruto de una profunda reflexión, la naturaleza se apareció ante el hombre como una pluralidad heterogénea. Era una lucha atroz de elementos discordantes. Aquello no podía ser *uno*.

¿Es concebible, á primera vista, la *unidad* luchando en su propio seno? Y en la naturaleza todo es combate, acción y reacción: el día y la noche, el calor y el frío, la calma y la tempestad, los vientos que se chocan, el mar que bate las rocas, los seres animados que se destruyen; por todas partes el hombre primitivo tenía delante de sí estos y otros ejemplos de lucha, y no podía ver en ellos ciertamente, como nosotros, una lucha por la vida y para la vida, sino más bien un duelo á muerte entre los poderes terribles de la naturaleza. Pero, ¿cómo se lucha sin fuerza? ¿cómo se prepara la acción, se busca y se encuentra al enemigo y se le

castiga y derrota sin inteligencia? En aquel tiempo no había idea de leyes naturales. Esta libertad de los elementos produjo la mitología, haciendo de ellos poderosos agentes animados. ¿A cuántos mitos no habrá dado lugar la tempestad?

El hombre dedujo de los movimientos de la naturaleza su animación, ni más ni menos que aquel perro que ladraba á un paraguas movido por el viento; pero no es menos cierto que esta creencia en la animación de los objetos y de los elementos es un principio de espiritualismo metafísico, y que la religión y la mitología le deben el ser.

Que esta animación fuese una ó múltiple en el seno mismo de la unidad, en el pensamiento de los primeros hombres, importa poco, y hemos dicho ya nuestro parecer; mas la distinción de buenos y malos agentes debió de surgir pronto, mucho antes de llegar á condensarse en la lucha de los dos principios en la religión de Zoroastro.

Un hecho se desprende de todo esto, y es: que el elemento metafísico se impuso al hombre desde el momento en que empezó á hacer uso de su razón por medio del principio de causalidad. Los hombres prehistóricos de la edad del bronce, del reno ó de la piedra, que prepararon el planeta para las comodidades de la vida actual, y para cuyos desgraciados antecesores apenas hay un recuerdo, ni una simpatía, eran espiritualistas ya, creyendo en multitud de agentes animadores de la naturaleza. La religión y la mitología, son, pues, contemporáneas de la razón humana. En vano se intentará descifrar los enigmas que contienen, apelando solamente, como hasta aquí, á los complicados artificios de razas más modernas, cuya cultura y modo de pensar tienen muy poco parecido con la simplicidad de los primeros tiempos. Ni la mi-

tología griega, ni la latina, ni la aryana siquiera, tienen el sello arcáico que necesita la interpretación.

«Los más antiguos puntos de contacto, dice Muir, entre las ideas religiosas de los griegos y de los indios, de que se ha hecho mención desde luego, son de un carácter diferente y restos innegables de una *mitología original que fué común á los antepasados de las dos razas.*»

Todos los exegetas modernos están conformes en que se debe ir en busca del mito primitivo y simple separándole de los enredos posteriores.

Los mitos no pueden ser comprendidos y apreciados, dice Grote, si no se refiere uno al sistema de concepciones y creencias de las edades en que tuvieron ellos nacimiento. Pero, ¿dónde encontrar ese mito primitivo, y á qué raza ó á qué pueblo hemos de recurrir para verle nacer? Le encontramos formado y más ó menos joven en el Arya, en Grecia, en el Lacio y en Germania, en Asiria y en Israel; mas, ¿dónde puede estar su cuna? La lingüística es el único y más poderoso auxiliar que en este caso se presenta.

«Una etimología, si es racional y bien fundada, y, por tanto, verdadera, da mucha luz,» ha dicho perfectamente M. Girard de Rialle (1).

Una etimología, en efecto, que por sí sola nos aclare el origen del mito, en conformidad con el carácter simplicísimo que es propio de la candidez primitiva, y que además se encontrase confirmada por otras muchas tan naturales como ella y revelando coincidencias asombrosas, no sólo daría mucha luz, sino que resolvería el problema. Pero nadie, hasta ahora, ha presentado etimologías en tales condiciones con aplicación á los nombres de los dioses. Los dioses del Arya no tienen en el sanscrito etimología satisfacto-

(1) *Revue Linguistique, Du Methode en Mithologie.*

ria de sus nombres; y lo mismo sucede con los griegos, latinos, semitas, germanos, egipcios, americanos, etc. Sus nombres siguen envueltos en el misterio, y el mito, entre tanto, incomprensible, puede decir parodiando á la antigua diosa: «Ningún mortal ha descrito mi velo.»

Grote (1) hace observar con razón que el mundo legendario de la Grecia, tal como nos es ofrecido, se muestra con un grado de simetría y de coherencia que no tenía en su origen, porque las viejas *balatas* y las antiguas historias que se cantaban ó contaban en las numerosas fiestas de la Grecia, teniendo cada una de ellas su motivo propio y especial, se han perdido. Las narraciones religiosas que el exegeta de cada templo tenía presentes en la memoria y que servían para expresar las ceremonias religiosas particulares y las costumbres locales de su propia *villa*, de su *demo*, habían desaparecido. Todos estos elementos primitivos, distintos y sin lazo en el origen, no existen ya para nosotros, quedando solamente una colección ó conjunto formado de la reunión de varias corrientes de fábulas enlazadas entre sí por el trabajo de poetas y logógrafos posteriores.

Todo esto se refiere á familias míticas dilatadísimas, cuya interpretación es preciso abandonar, porque probablemente no la tienen, siendo producto de narraciones caprichosas y exageradas al través de los siglos, y cuyo fundamento se desvanece en una complicadísima asociación de ideas. Nos queda, por lo tanto, para ser estudiado y servir de clave á la exégesis mítica, el mito simple, el mito primitivo, cuya explicación no deberá buscarse, pues no se encontrará, en los pue-

(1) Grote, *Histoire de la Grece, depuis les temps plus reculés, etc.* Tomo 1.º, pág. 126. Paris. Librairie internationale.

blos relativamente modernos en que aparece ya completamente formado y satisfaciendo sus necesidades religiosas.

De estos mitos sencillos en su origen y muy pocos en número, pero que dieron nacimiento á otros muchos en las diferentes religiones en virtud de una evolución sicológica y lingüística, es de lo que vamos á tratar.

Mas, ¿á qué medios recurrir para dar con una buena y verdadera interpretación? Hemos visto que no nos queda nada que pueda prestar auxilio positivo en semejante tarea. Los exegetas de los templos griegos habían llegado á olvidar, ó lo que es más probable, no tuvieron nunca idea aproximada de lo que pudieran haber sido en su origen sus respectivos dioses. Platón mismo, á pesar de su genio, abortó cuando quiso elevarse á investigar su origen.

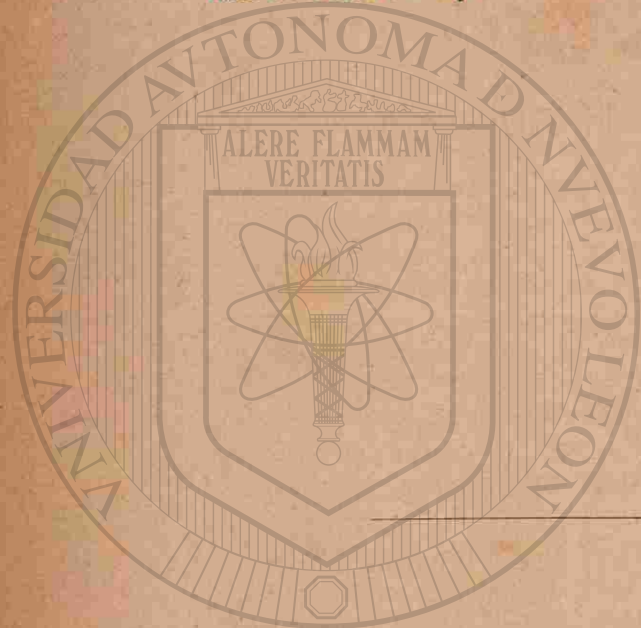
Los grandes poetas del Rig-Veda, si bien no les preocupaba esta cuestión, no podían tampoco darse cuenta de cuál habría sido el principio de sus dioses. Ellos invocaban á *Indra*, y á *Pard-jania*, y á *Aditi*, sin saber lo que significaban estos nombres, ignorando la causa de sus mitos. El Veda, sin embargo es más antiguo que Platón y que los exegetas de los templos griegos; pero Muir tiene razón á pesar de considerarle antiquísimo en no considerar el Veda comola fe primitiva de la raza.

Pero existen otros libros que en la opinión respetable de Eugenio de Burnouf son más antiguos que los Vedas, los *Nashas*, revelados; se cree por Zoroastro, y á juzgar por el idioma en que están escritos, más agreste y menos desenvuelto que el de los Vedas, más próximos, según toda apariencia, á la fuente primitiva.

¿Nos dicen algo que ilumine el origen de los mitos? Tampoco.

No se puede esperar, por consiguiente, la aclaración del misterio sino por la lingüística que añadirá un milagro más á los muchos que tiene realizados.

Etimologías racionales y bien fundadas nos servirán de base en el nuevo ensayo.



## LA LINGÜÍSTICA.

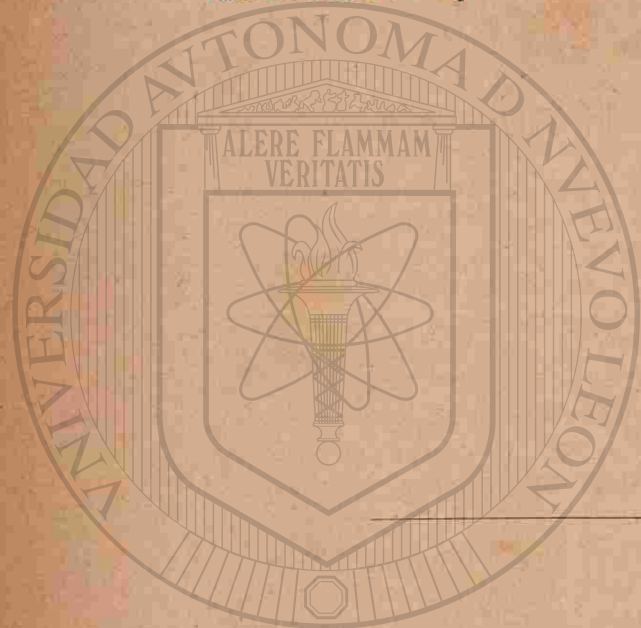
---

El resultado de las indagaciones á que vamos á dedicarnos en el curso de estos estudios, no podría tener valor ni peso en el juicio de los lectores si no tuviesen una idea del método científico en general y de los progresos de la filología y de la mitología comparada. Nuestras invenciones serían mal apreciadas si no se considerasen desde un punto de vista verdaderamente científico, el único posible tratando de un asunto tan resbaladizo si se ha de caminar sobre seguro. Nos es preciso, pues, por algún tiempo, separarnos de nuestro principal objeto, ya que sin una preparación anterior será difícil palpar el sólido fundamento de las apreciaciones sucesivas.

Existen además, aun en los que están versados en estos ramos de la ciencia, en los mismos maestros quizá, ciertas preocupaciones que nos vemos precisados á combatir. Esto no tiene nada de particular. Un hombre puede ser lo que se llama especialista; hacer adelantos considerables en determinadas partes del saber humano, y quedar estacionario en otras ó desconocerlas por completo, y como cuando no se

No se puede esperar, por consiguiente, la aclaración del misterio sino por la lingüística que añadirá un milagro más á los muchos que tiene realizados.

Etimologías *racionales y bien fundadas* nos servirán de base en el nuevo ensayo.



## LA LINGÜÍSTICA.

---

El resultado de las indagaciones á que vamos á dedicarnos en el curso de estos estudios, no podría tener valor ni peso en el juicio de los lectores si no tuviesen una idea del método científico en general y de los progresos de la filología y de la mitología comparada. Nuestras invenciones serían mal apreciadas si no se considerasen desde un punto de vista verdaderamente científico, el único posible tratando de un asunto tan resbaladizo si se ha de caminar sobre seguro. Nos es preciso, pues, por algún tiempo, separarnos de nuestro principal objeto, ya que sin una preparación anterior será difícil palpar el sólido fundamento de las apreciaciones sucesivas.

Existen además, aun en los que están versados en estos ramos de la ciencia, en los mismos maestros quizá, ciertas preocupaciones que nos vemos precisados á combatir. Esto no tiene nada de particular. Un hombre puede ser lo que se llama especialista; hacer adelantos considerables en determinadas partes del saber humano, y quedar estacionario en otras ó desconocerlas por completo, y como cuando no se

conoce una cosa no puede haber adecuación entre ella y las ideas, de ahí resulta un gran inconveniente que viene á equilibrar las ventajas de la especialidad.

Muy pocos son todavía los hombres dedicados á esta clase de ciencias que admiten la ley de evolución, y menos aun los que la adoptan con todas sus consecuencias. Ya de muy antiguo se había observado ó presumido instintivamente que la naturaleza no obraba por saltos; pero á nadie le pasaba por las mientes hacer aplicación de este principio á nada de este mundo. Preocupaciones de diversa índole impiden á muchos sabios aceptar y aplicar esta ley á sus respectivas ciencias. No reparan ellos que es la mejor base ó fundamento del método. La fórmula de esta ley tiene aplicación, tanto como á cualquiera otra rama de la ciencia, á la filología y á la mitología en general. Scheleicher tuvo la gloria de aplicarla el primero á la lingüística.

Si tendemos la vista por las diversas regiones en que se divide el mundo, veremos las razas humanas en sus diferentes grados de belleza física y de cultura moral; y si escuchamos su lenguaje, podremos observar la infinidad de diferencias entre unos pueblos y otros pueblos, entre una ciudad y otra ciudad, entre un barrio y otro barrio, y hasta entre unos individuos y otros individuos. Ninguna de estas diferencias son de desdenar; todas tienen parte y marcan etapas en el mismo trabajo de la evolución. Si bien se examina distinguirse entre tantas lenguas la mayor ó menor riqueza y perfección de formas, la exactitud de los términos, la entonación musical y su estructura íntima, y si el observador tiene disposiciones clasificadoras llegará á encontrar por sí mismo las tres grandes divisiones del lenguaje: monosilabismo, aglutinación, flexión.

La concepción genética de la vida del lenguaje es lo que distingue la nueva lingüística de la antigua, que se concretaba á una simple estadística ó á una clasificación sistemática de los fenómenos del lenguaje. Tiene, pues, esta ciencia, por más que digan algunos, los caracteres de histórica y de natural. Este último carácter es afirmado por Scheleicher y Max Muller y negado por Steinthal. Mas si bien la sintaxis, el origen, la fijación y ramificación de las palabras y sus acepciones escapan al método natural, para la lingüística no puede haber otro que el de las ciencias naturales.

Todos los sabios están hoy acordes en admitir que toda estructura de lenguaje ha comenzado por la creación de las raíces. «Ha debido necesariamente haber antes que el lenguaje tomase la forma gramatical un estado en que no se compusiera más que de raíces,» dice Heise (1).

«Si el sanscrito, el hebreo, ó el griego no hubiesen atravesado la aglutinación ó capa aglutinativa, dice Max Muller (2), si no hubieran atravesado un período como el chino, aislado ó monosilábico, *su forma actual sería un milagro.*»

Así como no se concebiría la creta sin una capa subyacente de oolite, ó de este, que tuviera encima triás ó asperón rojo, así tampoco puede concebirse hoy la formación del lenguaje sin aquellos tres grados que hemos indicado.

Admitiendo, pues, como no puede menos de admitir toda persona de juicio sano en vista de la observación científica de las operaciones de la naturaleza, que ésta no hace nada perfecto de repente, sino que procede

(1) *Sistem der Sprachwissen.*

(2) *La Stratification du langage.*



siempre de lo simple á lo compuesto, de lo homogéneo á lo heterogéneo, de lo indefinido á lo definido, el problema: averiguar, dados los tres estados anteriores del lenguaje, monosilábico, aglutinado y flexivo, cuál de ellos corresponde á un período más primitivo de la humanidad, se impone y se resuelve por sí mismo.

Si el monosilabismo, (no el de la China que ha corrido ya, aunque sin dejar de serlo, una considerable fase evolutiva, sino el primordial desaparecido del que pueden dar una vaga idea quizá los idiomas transgángéticos); si el monosilabismo, repetimos, es, pues, lo más simple, lo más homogéneo, lo más indefinido que hay en el lenguaje, ha de ser también el primer medio que los hombres tuvieron de comunicarse sus afectos, sus necesidades, sus ideas, prescindiendo de la mímica y de la onomatopeya.

Aparte de la ley natural de evolución cuyo carácter de universalidad está demostrado en el mero hecho de ser natural, y que, por lo tanto, abarca y comprende los idiomas como todo lo demás, la evolución del lenguaje se confirma también en la lingüística. Concebían los antiguos como cosa fácil que una lengua inspirada y perfecta en un principio pudiera bastardearse y corromperse pasando así de la perfección del hebreo, por ejemplo, perfección que no existe, al monosilabismo más imperfecto. Pero los resultados de la ciencia filológica son otros. Analizando las palabras de los diferentes idiomas se encuentra que, en los de flexión indo-europeos ó semitas y en los de aglutinación ó turanianos, hay un núcleo ó raíz que corresponde al monosílabo primitivo, si bien está casi siempre envuelto por elementos gramaticales, prefijos, subfijos ó desinencias, mientras que en los monosilábicos no se observa nada que pudiera haber pertenecido á los idiomas superiores. ¿Es concebible una pérdida de

elementos tan absoluta y completa? En las más grandes decadencias de otro género, en los más espantosos retrocesos, no se ve un ejemplo semejante. Una civilización puede hundirse, pero de ella siempre queda algo; de algunos insignificantes utensilios de la vida puede colegirse el estado del arte y de la industria; de una simple ceremonia religiosa, la moral de un pueblo; de un solo rito, el espiritualismo de un culto. ¿Qué desaparición mayor que la de las especies fósiles?; y sin embargo, sabemos hoy sus formas y costumbres; una vértebra, un molar, algunos huesos bastan para hacerlas conocer. El lenguaje, solamente, ¿sería una excepción? Los hombres de la edad de piedra que nada conservaron, que nada supieron, á quienes se ve inventar groseramente lo más indispensable para la vida, ¿serían los herederos de una civilización, de una edad de oro? Por más que se hable de ciertas razas degradadas, si en efecto lo son, como los descendientes de los portugueses en la India, conservarán siempre en medio de su envilecimiento mucho que revele á un observador imparcial su noble origen.

Debe tenerse en cuenta que amoldándose el lenguaje á la ley de evolución, no da saltos, es decir, no puede establecerse un límite determinado entre cada una de las tres divisiones admitidas. No hay, si bien se mira, lenguas en absoluto monosilábicas, aglutinantes ó de flexión. Todas tienen algo de las demás, pues pasan y están pasando de una forma á otra con gran facilidad; por eso Pott y su escuela creen que no hay evolución en tales formas. Procede esto de que se hace el tránsito de un modo imperceptible. Algún dialecto chino es ya ligeramente aglutinado; el mogol y el mantchú, marcan más el paso á la aglutinación y ésta crece hasta tener en el vascuence y en algún otro idioma americano su desenvolvimiento máximo. El

antiguo egipcio y la familia de lenguas hamíticas, presentan tendencias aglutinativas sumamente débiles al mismo tiempo que un carácter de ligera flexión; pero el finlandés, participando á la vez de ambos caracteres, señala mejor el paso á los idiomas de flexión.

Así, el lenguaje en su evolución secular principia por un monosilabismo sin desinencias gramaticales parecido al que se conserva hoy en las regiones transganguéticas, verdadero cytoide de la lingüística, para subir por diferentes grados de aglutinación á las tendencias flexivas de las lenguas malayo-polinésicas y llegar al elevado organismo de las semíticas, y á la más perfecta forma de las indo-europeas.

Es, por tanto, una cosa ya reconocida este progreso y esta evolución en el lenguaje. La raíz ha tenido, pues, que existir por sí misma antes de llegar á las flexiones, antes de verse rodeada de prefijos y desinencias; y como dice *Bunsen*, preguntar si una lengua puede empezar por flexión *es un absurdo*.

Si hay idiomas aislados en cuyas raíces no se pueda encontrar semejanza con los demás idiomas, esto no significará que tales lenguas se hayan formado, crecido y desenvuelto de repente, sino que deberá ser explicado este aislamiento por la ruptura y desaparición de moldes anteriores de lenguaje. Del mismo modo, cuando un naturalista de la nueva escuela se ve ante un grupo zoológico ó botánico sin analogía inmediata con las conocidas, tiene la seguridad de que otras formas intermedias serán encontradas con el tiempo y de que han existido y existen en estado fósil por más que no se encuentren. Así en historia natural como en lingüística, es preciso renunciar á la noción de especie, al menos, tal como era considerada antes de ahora, no siendo realmente sino una variedad de va-

riedades en grado más lejano del tronco primitivo. Si un carácter nuevo, completo y bien definido hace su aparición de improviso ante los ojos del observador, que no se admire; procediendo sabiamente en sus comparaciones hallará el mismo carácter incipiente en una variedad remotísima anterior. La naturaleza es la gran institutora que satisface todas las necesidades, pero exige que las preguntas se hagan con método; quiere que no se busque nada fuera de la ley.

Un fisiólogo examina, por ejemplo, una columna vertebral, fuerte, consistente, bien enlazada, en el pez, en el reptil ó en el mamífero y el ave, y se hace á sí mismo esta pregunta: ¿cómo y cuándo pudo llegar á formarse esto?; y allá lejos, desde la oscura noche de los tiempos, se siente llamado y atraído por un sér pequeño y delicado, hundido en el fondo del Occéano que le da la ansiada contestación: en mí tienes el bosquejo primitivo de la columna vertebral: soy el anfiouxos. Después, si deduce que una vértebra se extiende, se prolonga, se ahueca y que de esta dilatación se forma un cráneo; un ciclóstomo se encarga de confirmar su atrevida hipótesis. ¿Quieren aclararse más misterios? ¿Cómo empiezan á formarse el sistema nervioso, los órganos de los sentidos, los de las secreciones, los de la generación? A todo contesta la naturaleza.

Por fortuna, en la cadena del lenguaje, si faltan muchos eslabones, su huella es acaso tan profunda y tan perceptible como la que han dejado los de la escala zoológica; por eso hay esperanza de ver reconstituidas lenguas que desaparecieron hace muchos siglos, y ya tenemos un ejemplar en el *aryaco*. Este trabajo de reconstrucción, lo mismo que el de la comparación de lenguas, está sujeto á leyes que son aplicables también á nuestro estudio de los nombres míticos, que ocupan un lugar importante en la lin-

güística, siendo como son estos nombres los que mejor se conservan en la memoria de los pueblos á través de innumerables generaciones. Compréndese bien esto por el respeto que va unido á palabras tan sagradas por el carácter conservador de instituciones como el sacerdocio y la familia, por el amor á la tradición, por el encanto misterioso de que estaban rodeados tales nombres. Por eso el estudio de los mitos es un poderoso auxiliar de la filología.

Ahora, estos nombres míticos, siendo invención ó propiedad de un solo pueblo ¿cómo han pasado á los demás? ¿á qué será debida su formación? ¿será cosa del capricho ó del azar? ¿se inventó el nombre para el mito ó el mito para el nombre? Hé aquí cuestiones cuya acertada solución depende de la de un problema anterior: la del origen del lenguaje. Esta, á su vez, presupone otra: la de la unidad de la especie humana. No perderemos tiempo en examinar estas cuestiones. Para las personas connaturalizadas con el movimiento científico moderno, rápidas indicaciones bastarán para hacerles comprender nuestro pensamiento.

En un resumen bien hecho, en medio de todo, de los conocimientos filológicos actuales para uso de los españoles, se leen estas palabras: «Para el psicólogo y naturalista, es la unidad de la raza humana tan evidente que no admite controversia.»

Esto dista bastante de ser cierto; mas felizmente, el antiguo acertijo, mucho más serio de lo que á primera vista parece, ¿qué cosa es antes, el huevo ó la gallina? está ya resuelto. La ciencia que descifró esto ¿no había de haber resuelto lo otro cuando en realidad son uno mismo? Es una lástima, sin embargo, que esta unidad, que la ciencia no tiene inconveniente en conceder á la especie humana, no se parezca nada á la antigua unidad tradicional. Por poco

que se medite sobre la ley de evolución y sobre las leyes que influyen en el desarrollo de las variedades en el mundo, se tendrá resuelta esta gravísima cuestión. En cuanto al origen del lenguaje nos toca de más cerca, y aunque á la ligera, debemos exponer nuestro parecer.

Es una verdad reconocida que el lenguaje se aprende. Un mudo que no oye no puede aprender más que por señas. Oír es condición indispensable para hablar. Un hombre solo, aislado de toda sociedad, se encontrará, pues, en el mismo caso que el sordo-mudo de nacimiento. Los sonidos de la palabra humana no llegarán á él. ¿Será mudo este hombre? Tiene sin embargo una ventaja sobre el sordo-mudo que vive en sociedad, y es que no es sordo. Si las palabras de sus semejantes no llegan á él, llegan en cambio los infinitos ruidos de la naturaleza; el silbido del viento, el choque de las ramas agitadas, el canto de los pájaros, el zumbido de los insectos, el grito casi humano de ciertos monos. Muchos seres superiores de la escala animal tienen facultades ó instintos de imitación. El hombre no será menos en tal caso que el ruiñeñor ó el papagayo. Si ahora se le da una compañera en iguales condiciones, una Eva educada por la naturaleza, es probable que todos los rumores del bosque ó de la playa hallen repercusión en sus gargantas para expresar el deseo. Un peligro inminente ó el recuerdo del que se ha corrido les obligará á repetir los sonidos que jugaron un papel en aquel suceso. Si tienen hijos, la necesidad de entenderse se acrecienta. ¿Quién será capaz de describir los mil afectos que en la naturaleza humana necesitan expansión en este caso?

Entiéndase que esta pareja que representa para nosotros todo un principio definitivamente humano, ha de estar ya dotada según las leyes de la herencia,

y es posible también como lo cree Steinthal (1) que el alma y el cuerpo tuviesen más dependencia en lo antiguo, y que como en el niño y el salvaje, cada intuición despertase en el hombre un acento ó un sonido. Una pareja abandonada no llegaría, sin embargo, á desenvolver un lenguaje, sino en su descendencia. El ejercicio continuado durante siglos de los órganos de la palabra por medio de los sonidos imitados de la naturaleza, preparó al hombre para el lenguaje. ¿Quién sabe el tiempo que nuestros antecesores habrán tardado en hacer uso de este favor divino!

Entre las preocupaciones que más estorban para ver claro en esta clase de estudios, es la peor, la noción que vulgarmente se tiene del tiempo que duró la creación y del que el hombre lleva en el mundo. En vano la geología presenta ó hace notar pisos sobre pisos; en vano explica que estos terrenos son sedimentarios, que necesitan por tanto millares de años para su formación; en vano prueba que sólo puede depositarse una pulgada por siglo en el fondo de los mares; en vano mide centenares de piés en esas capas; en vano presenta restos humanos en la época terciaria; la autoridad, la rutina, la tradición se resisten á la evidencia.

Es necesario ya ensanchar la noción de tiempo, como se ha ensanchado la noción de espacio en la astronomía. No pretendemos convencer aquí á los que no están preparados. Para destruir tales prevenciones serían necesarios multitud de libros y una nueva dirección á los espíritus.

Desde que Jacobo Grimm supuso un estado monosilábico primitivo, sin flexiones, compuesto sólo de algunos centenares de raíces, se ha llegado á averiguar

(1) *Der Ursprung der Sprache*; Berlín, 1851.

que los millares de palabras aryanas, europeas y semíticas pueden reducirse en su origen á menos de quinientas raíces, siendo todo lo demás añadido después de la separación de las razas en un pasado prehistórico, antes que los semitas tuviesen raíces triliteras. Esto es lo natural, y no puede asignarse otro principio al lenguaje dentro de la ciencia. Es seguro que el número de radicales podría reducirse más si fuera posible llevar la investigación á la tribu ó familia primitiva. Más adelante veremos que una sola raíz monosilábica pudo dar nacimiento á millares de palabras y llegar á expresar infinidad de objetos. Si este estado primitivo del lenguaje en que unas pocas raíces entonadas bastaron á las necesidades sociales de los primeros hombres ha desaparecido para siempre, consiste en que el paso de lo homogéneo á lo heterogéneo, se hace pronto y dura poco, lo mismo en las obras de la materia que en las que son producto de la actividad humana, y por eso las formas de lo homogéneo desaparecen luégo y son perdidas la mayor parte de las veces. Esta es la causa de la oscuridad que envuelve todos los orígenes. Otra cosa sucede con el tránsito de lo incoherente á lo coherente, que es más largo y tarda en empezar, prestándose por lo mismo mejor á la observación. Hé aquí por que las lenguas vivas monosilábicas y aglutinadas conservan todavía el carácter de incoherencia que ha pasado ya al de coherencia en las superiores de flexión, mientras que la forma verdaderamente primitiva y homogénea del lenguaje se ha perdido. Por no fijarse en esto M. Renán, ha padecido la ilusión de ver síntesis perfecta allí donde sólo hay indefinición ó incoherencia. De la falta actual de homogeneidad adujo la no existencia de este carácter en ningún tiempo. Este procedimiento que parece lógico sin serlo, es causa de muchos errores científicos.

Hay analogías infalibles que no se pueden desdeñar en el verdadero método, único medio de resucitar hechos y cosas desaparecidas en una parte del todo y en un momento del tiempo. No quiere esto decir que lo homogéneo haya desaparecido enteramente del lenguaje; pero, si por homogeneidad se entiende, como parece haberlo entendido aquel escritor, la carencia más completa de formas, la ausencia absoluta de complicación, la forma más pura de lo homogéneo sería un monosilabismo sin entonaciones. En este caso lo homogéneo habría durado acaso un solo día. Sucede, pues, con el lenguaje, en su origen y en sus transformaciones, lo mismo que sucede con la vida vegetal ó animal. Para aclarar tales misterios hay que recurrir al germen ó al hembrión, que es la raíz.

Surgen ahora otras cuestiones que no dejan de tener importancia para nuestro objeto: El lenguaje ¿es un producto de la reflexión ó es espontáneo? ¿Es consciente ó inconsciente?

Será preciso distinguir aquí el fin de los medios. Es preciso, ante todo, considerar al hombre en el origen del lenguaje, como tal hombre, es decir, con todas las facultades físicas, intelectuales y morales en germen por lo menos. Si la inteligencia humana debe al lenguaje su gran desarrollo actual, ella no le debe la *inteligencia misma*, el poder de comparación y de causalidad; y, por lo tanto, un principio de reflexión existía ya en el hombre, que no había de ser menos que algunos animales superiores: el mono, el elefante, el perro, que le tienen en cierto grado de iniciación. Cuando los hombres llegaron á pronunciar los primeros monosílabos, *quisieron* indudablemente nombrar un objeto, expresar una idea. Y la prueba de que quisieron es que el objeto quedó nombrado y la idea expresada y comprendida.

El lazo de unión apretado por la voluntad entre el objeto y el nombre ya no se desató jamás. Es, pues, el lenguaje, un producto de la actividad humana, voluntario, intencional, consciente, respecto á los medios empleados para comunicar el hombre sus ideas ó pensamientos. ¿Sucede lo mismo respecto al fin? ¿Puede decirse que el lenguaje en general, ó un idioma determinado en particular, son productos también de la actividad voluntaria y consciente de las sociedades humanas?

Quando se estudia una lengua se queda uno pasmado de la sabiduría que encierra. Parece un todo armónico; se siente inclinación á creer que obra tan admirable debió salir perfecta en un momento dado de una inteligencia única; y, sin embargo, esto no es posible; el lenguaje está hecho por todos. En las variaciones que sufren los idiomas en épocas determinadas, vemos al pueblo entero tomar parte en su formación. Así debió ser siempre. Pero ¿cómo atreverse á sostener que piedras llevadas y arrojadas sin orden ni concierto por hombres que no están de acuerdo entre sí, lleguen á formar por sí solas un edificio arquitectónico? Y esto es lo que sucede en el lenguaje. Hay algo misterioso y desconocido sobre la humanidad.

¿Es la inteligencia universal que abarca y domina sin dejarse sentir las inteligencias individuales? Sea lo que fuere, hay algo que no comprendemos y que armoniza, relaciona y somete á plan general los trabajos aislados é inconexos de los hombres; no de otro modo los pólipos del coral trabajando, sin verse unos á otros, producen figuras regulares y armónicas.

Es, pues, el lenguaje, voluntario, consciente en cuanto á los medios, y espontáneo, inconsciente é irreflexivo en cuanto al fin; entendiendo por medios los elementos y por fin el conjunto.

Si el lenguaje empezó, pues, por la forma monosilábica, debió elevarse por la aglutinación á la flexión. Esto mismo forma el fondo esencial de las apreciaciones de dos ilustres filólogos: Bunsen y Max Muller, que llegaron á este resultado teniendo en cuenta la ley del progreso que es la misma que hoy, observaciones más universales, han fundido en la de evolución (1).

Tenemos, pues, que el hombre, en el mero hecho de querer expresar sus ideas, había llegado á cierto grado de desenvolvimiento intelectual que le distinguía del resto de los animales; que este grado de inteligencia pudo haber llegado á su máximun con relación al nivel intelectual de la época, en un grupo de familias determinadas, en virtud de las leyes de selección y herencia y del ejercicio mayor de aquella facultad por circunstancias especiales. Ahora, entre la especie humana que debemos suponer ya suficientemente desenvuelta, ¿no hubo más que un centro en tales condiciones?

Casi se puede responder que no. La naturaleza, ni aun en las grandes crisis ó momentos de creación hace nada supérfluo. Con la menor cantidad posible de trabajo consigue los mayores fines. Una sola forma le basta para sacar de ella la infinita variedad. Sin embargo, esto no es evidente en lingüística. El estudio de la comparación de los idiomas aun está muy lejos de su término. Por nuestra parte, nos inclinamos á creer que las lenguas cuyo parentesco no se encuentra ó que no pueden reducirse á formas conocidas, están mal estudiadas ó no lo están profundamente;

(1) Bunsen, *Outlines of the Philosophie of universal history*. Max Muller, *Comparative Mitology*, artículo en Oxford. Ensayos y su obra *Survey of language*, Londón, 1850.

pero si un día, aquel en que la filología comparada, tocando ya sus límites, asegurase que tal idioma fuera irreductible por completo, habría que optar por los diferentes centros. No obstante, como las raíces primordiales usadas por las primeras tribus fueron en tan pequeño número, separándose las variedades en seguida, el lazo de unión, entre dos idiomas apartados y completamente diferentes en sus formas, pudiera consistir únicamente en dos ó tres términos comunes y ya desfigurados, lo cual es una gran dificultad para poder notar su aproximación y probar la pluralidad de centros de creación.

Figurémonos una pequeña tribu única en la humanidad y poseyendo unas pocas docenas de monosílabos, suficientes por entonces á las exigencias de su tosca sociedad. Puede hacerse el ejemplo más palpable para que no se crea arbitrario ni desprovisto de analogía. Figurémonos mejor, que la humanidad entera desapareciese sin dejar un resto tan siquiera de su civilización, y exceptuemos tan sólo de este cataclismo á los negros habitantes de la isla de Adaman que, según recientes observaciones del cirujano inglés M. Hood, se encuentran en condiciones parecidas á las de la tribu que hemos supuesto arriba. «Ellos son de un negro pronunciado y ceniciento, débiles de cuerpo, bajos de estatura, horriblemente feos y su lenguaje se compone de muy pocos monosílabos.» Si una parte de esta tribu se viese en la necesidad de emigrar y de fijar su residencia en otro país, es claro que estableciéndose nuevas relaciones entre el medio anterior y el sujeto, nuevos monosílabos, nuevas entonaciones se agregarían al contingente antiguo del lenguaje. Una nueva asociación de ideas tendría lugar ante el cambio completo de decoración. El paisaje no es el mismo ya; las montañas son más altas ó des-

aparecen; los ríos se ensanchan ó disminuyen; los árboles presentan otro aspecto; nuevos animales de formas y costumbres diferentes se presentan ahullando, rugiendo ó chillando de diferente modo. La onomatopeya no puede menos de ganar con este cambio. Hé aquí que este pueblo crece, se extiende y llega á crearse nuevas necesidades que producen nuevas separaciones. Cada una de estas rupturas trae consigo por precisión grados de desarrollo en el lenguaje. De etapa en etapa los descendientes de la tribu primitiva llegan á separarse de ella millares de leguas y millares de años. El observador que penetrase ahora en el estudio de la lengua correspondiente á uno de estos últimos pueblos comparándole con el de la tribu originaria, no encontraría parecido alguno. Las palabras se habrían multiplicado extraordinariamente, y una gramática complicada habría sucedido á la primitiva sencillez. Los primeros monosílabos agrupados, desfigurados, confundidos con mil extraños elementos estarían perdidos y no podrían reconocerse á primera vista. El filólogo, satisfecho de esta comparación, no tendría inconveniente en asegurar bajo su firma que entre el pobre, miserable y simple idioma de la isla Adaman, y el rico, complicado y heterogéneo de aquel otro pueblo superior, no se encuentra parecido alguno, y acaso llevaría su audacia deductiva hasta decir que ni ahora, ni nunca, tuvieron nada que ver uno con otro, los dos idiomas. Pero los estudios continúan, y una de aquellas lenguas intermedias viene á ser á su vez objeto del estudio. ¿Qué sucede entonces? Nuevas relaciones se descubren, los monosílabos primitivos, aunque en parte desfigurados, se dejan entrever. Hay alguno que conserva el mismo significado. Formas incipientes y gramaticales, por otra parte, indican el origen de las que en grado mayor de desarrollo se

encuentran en el idioma superior. Algunas palabras son, salvo ligeras deformaciones, iguales en el uno y en el otro. Si los estudios continuasen á conciencia, es posible que el lenguaje dejase de tener misterios para el hombre.

A los que hace cien años se hubieran atrevido á decir que el griego y el sanscrito, el latín y el alemán procedían de un origen común, les habrían tenido por extravagantes. Pues bien; no solamente está probada hoy la unidad de los idiomas indo-europeos, sino que ya se ha abierto camino en la ciencia la opinión de que las lenguas semíticas debieron su origen también á una fuente anterior común á las dos razas. ¿Por qué, pues, se habrá de perder la esperanza de traer á la unidad monosilábica todas las lenguas humanas? Es curiosa la confesión que se escapa á M. Renan, el gran enemigo de la evolución del lenguaje y de su unidad: «Tal es, dice, la facilidad con la cual el sistema de lenguas semíticas se deja reducir al estado más simple, *que se siente uno tentado á creer en la existencia histórica y en la prioridad de este estado*, en virtud del principio tan frecuentemente engañoso de que la simplicidad es anterior á la complejidad (1).»

Ya haremos notar más adelante la causa principal de este extravío; por lo demás, esta unidad monosilábica del lenguaje que cada vez se impone con más fuerza, y cuyas graves consecuencias tanto teme Renan, ha sido adoptada como él mismo sabe por Michaëlis, Adelung, Klaproth, Gesenius, G. de Humboldt, Bunsen, y últimamente por Max Muller y Wihtney.

Las famosas raíces triliteras consideradas irreduc-

(1) *De l'Origine du langage*, pág. 107, y su *Histoire general des langues semitiques*; lib. 1.º, cap. 3.º, pár. 1.º y lib. 5.º, cap. 2.º, pár. 1.º

tibles en un principio, han acabado después de un estudio más detenido y profundo de los verbos cóncavos, geminos é imperfectos, por ser reducidas á las dos letras radicales del monosílabo, elemento primero de las lenguas semíticas como de las demás. Los hebreos, en sus etimologías, suponían siempre raíces bilíteras y no trilíteras, prueba de que creían modernas estas últimas.

Fürts, Delitzsch y otros sostienen que los semitas y los indo-europeos han hablado en común una misma lengua rudimentaria, análoga á la lengua china, y cuyos elementos se encuentran en las raíces bilíteras del hebreo. Renan afirma, que en efecto, éstas ofrecen con el indo-europeo las aproximaciones mas aceptables. Estas dos razas se habrían separado antes de la formación ó desenvolvimiento completo de las radicales y antes de la aparición de la gramática. Cada raza, luego, pudo crear á parte sus categorías gramaticales sin otra relación que similitud de genio. En esta opinión se colocan Bopp, G. Humboldt, Ewald, Lassen, Lepsius, Benfey, Pott, Keil, Bunsen, Kunik, Steinthal, etc., y hasta Eugenio de Burnouf, aunque vacilase en esta vía peligrosa, según Renan. No se comprende por qué tiene este ilustre escritor tal opinión y se reserva la suya. ¿Será porque ataca su sistema?

Se ha observado que estos monosílabos raíces están formados casi todos por las onomatopeyas, y que tanto en las lenguas indo-europeas como en las semíticas son iguales y tienen las mismas ó parecidas significaciones. «Es sorprendente, dice el mismo Renan (1), que para expresar la acción material, el hombre primitivo, todavía tan simpático á la naturaleza, apenas

(1) *Histoire general des Langues semitiques*, pág. 460.

separado de ella, haya tratado de imitarla y que la unidad del objeto haya por todas partes arrastrado la unidad de la imitación.» M. Renan no puede persuadirse de que estos parecidos naturales prueben la identidad de origen, y en algunos casos no le falta razón, porque, á igualdad de causas, igualdad de efectos; pero el gran obstáculo que le impide asociarse á la opinión de los más y de los más sabios, es la imposibilidad, para él, de que puedan adivinarse á priori las vías infinitamente múltiples del espíritu humano.

Es aquí donde más resaltan las huellas que en su clarísima inteligencia dejaron los sistemas metafísicos, y que marcan perfectamente la concepción de su teoría lingüística. Ha sido error común de todas las escuelas idealistas considerar en el espíritu humano el mismo grado de *infinitud* y excelsitud en todos los tiempos. Esto no podía menos de ser así, dado el prejuicio dominante: el hombre perfecto en cuanto hombre desde el primer día. Algunos filólogos fueron más lejos aún, suponiendo en el principio un estado de perfección superior al actual. No es menester hacer notar la influencia que afirmaciones de tal magnitud, sin otro fundamento que pruebas *a priori* ó una revelación sobrenatural, pudieron ejercer en los sistemas.

No llevaremos adelante la refutación de aquella teoría; primero, porque apenas es necesario ya, dados sus pocos partidarios en lingüística, y segundo, por que procede de enseñanzas metafísicas ó de sentimientos religiosos, que en cierto modo traspasan los límites de la esfera científica. Por lo demás, Grimm acabó de arruinar la teoría del origen revelado del lenguaje, ó lo que es lo mismo, su aparición en el más alto grado de síntesis desde el primer día.

No nos detendremos tampoco en los detalles de los



cambios que se operan en el tránsito de las palabras de unas lenguas á otras, porque pueden ser estudiados en diferentes obras, y, sobre todo, en la del profesor Whitney, que se ha ocupado en esto últimamente con suma perfección (1). Resulta, pues, que ya sea uno ó bien sean varios, aunque pocos, los centros de aparición del lenguaje, siempre tendremos que el estudio comparado de los diferentes idiomas ha descubierto, y descubre todos los días, nuevas aproximaciones y semejanzas entre ellos, y que si formas más antiguas del griego, del latín, del alemán y del sanscrito han podido ser encontradas en el aryaco, no hay razón para que, estudiando mejor las lenguas aglutinadas, dejen de encontrarse también otras más antiguas y originales formas, procediendo, como no puede menos, la flexión de la aglutinación.

Hay una tendencia moderna en la lingüística que induce á no reconocer parentesco entre ciertas lenguas si no resultan grandes semejanzas en sus formas gramaticales, descuidando bastante la comparación de las raíces. Sucede con esto lo que con otras cosas, que suele pasarse de un extremo á otro. El error de la antigua escuela era, en efecto, el descuido de la gramática, forma esencial de las lenguas para seguir la vía de la etimología, vía engañosa ciertamente, porque de la identidad de algunas raíces en varias lenguas, que puede ser producto de un encuentro fortuito ó de extractos hechos de unas á otras, no se podría concluir de una manera exacta nada respecto á la afinidad original de aquéllas. Hoy, en cambio, se presta casi toda la atención al estudio de las formas gramaticales.

Es cierto que hay idiomas que pierden por la mez-

(1) *La Vie du langage*, págs. 38 á 147.

cla de los pueblos gran parte de su vocabulario, conservando no obstante su gramática y viceversa; pero éstas son excepciones, y casi puede asegurarse que allí donde las raíces coinciden, la reducción de formas gramaticales llegará á ser hecha con el tiempo. Por otra parte, el estudio de las formas no podrá dar todos sus frutos si no se empieza por conocer y comparar las raíces. En lenguas poco ó nada conocidas sería preferible iniciarse en la etimología para penetrar despúes en la gramática. ¿Cómo darse cuenta, por ejemplo, de las complicadísimas formas del verbo eúskaro, si se desconoce el significado de las raíces arcaicas? Al estudio y descomposición del verbo en esta lengua como en otras es á donde deben de ir á parar todos los esfuerzos; porque él es la principal forma gramatical que depende de la extraña agrupación, forma que no se puede descifrar sin previo conocimiento etimológico. El principio de la investigación lingüística debe, pues, tener por base la etimología, sin la cual los componentes de las palabras no tienen sentido. Prescindir de esto para entregarse solamente al examen de las formas gramaticales, sin tener aún suficientes datos para la comparación, empeñándose en considerar las lenguas desde su principio como sintéticas y acabadas, es faltar al método por creer en un origen milagroso del lenguaje.

El abuso que los Goropius, Becanas y Court de Gebélin, han hecho de la etimología, ha traído por algún tiempo su desprestigio, y todavía se resiente hoy el mundo científico de esta reacción. Sin embargo, todos están convencidos de que la etimología conducida con método puede procurar buenos servicios. Nosotros vamos más lejos; tenemos la seguridad de que el éxito en la reducción de lenguas aglutinadas depende de la exactitud del procedimiento etimológi-

co. Este debe tener por base las palabras mejor conservadas en su forma y representación. Estas palabras no pueden ser otras que los nombres míticos. Una palabra verdaderamente arcáica, conservada en una lengua antigua y guardando, mejor que en otras, las raíces primitivas y el significado mítico y sagrado, es difícil que no venga del período de origen ó de vida íntima primitiva de las razas, y no pueda explicar los mitos de los otros pueblos en cuyas lenguas se conserva menos pura y sin significado, pero conservando todas las huellas de la identidad.

A los que desconfíen ó guarden prevenciones respecto de esta clase de estudios, debemos observar que los tiempos en que hombres como Platón buscaban y creían etimologías arbitrarias ó absurdas, han pasado ya, y que, si á pesar del método empleado, el investigador cae en algún error, no debe achacarse á la materia propuesta que no tiene nada de irresoluble ni ridículo; al contrario, los datos abundan, y de su comparación surgen coincidencias que si no son una prueba plena de la unidad, preparan el camino para llegar á ella.

## EL TURANISMO.

Cualquiera que lea los clásicos, dice Bagehot, encuentra su mitología fastidiosa. «En este mundo antiguo, tan parecido al nuestro, en Grecia, en Roma, encontramos un elemento arcáico inverosímil; es el producto de una antigüedad remotísima, tan incomprendible para ellos ó más que para nosotros (1).»

Es, en efecto, este elemento arcáico el que se muestra rebelde siempre á la interpretación, por no haberse elevado los exegetas á la época remotísima en que apareció. Si el griego, el sanscrito y el latín no son capaces de darnos razón de él, preciso será apelar á idiomas anteriores, y que hayan conservado mejor las formas primitivas y la antigua significación. Hemos dicho ya cuales son, en nuestro concepto, las lenguas inmediatamente anteriores en la evolución á las aryanas y semitas; concepto idéntico al de la mayor parte de los profesores modernos de lingüística. Sabido es que la ciencia filológica divide las lenguas, según el orden de su aparición, en monosilábicas,

(1) W. Bagehot, *Lois scientifiques du développement des Nations*, París, 1872.

co. Este debe tener por base las palabras mejor conservadas en su forma y representación. Estas palabras no pueden ser otras que los nombres míticos. Una palabra verdaderamente arcáica, conservada en una lengua antigua y guardando, mejor que en otras, las raíces primitivas y el significado mítico y sagrado, es difícil que no venga del período de origen ó de vida íntima primitiva de las razas, y no pueda explicar los mitos de los otros pueblos en cuyas lenguas se conserva menos pura y sin significado, pero conservando todas las huellas de la identidad.

A los que desconfíen ó guarden prevenciones respecto de esta clase de estudios, debemos observar que los tiempos en que hombres como Platón buscaban y creían etimologías arbitrarias ó absurdas, han pasado ya, y que, si á pesar del método empleado, el investigador cae en algún error, no debe achacarse á la materia propuesta que no tiene nada de irresoluble ni ridículo; al contrario, los datos abundan, y de su comparación surgen coincidencias que si no son una prueba plena de la unidad, preparan el camino para llegar á ella.

## EL TURANISMO.

Cualquiera que lea los clásicos, dice Bagehot, encuentra su mitología fastidiosa. «En este mundo antiguo, tan parecido al nuestro, en Grecia, en Roma, encontramos un elemento arcáico inverosímil; es el producto de una antigüedad remotísima, tan incomprendible para ellos ó más que para nosotros (1).»

Es, en efecto, este elemento arcáico el que se muestra rebelde siempre á la interpretación, por no haberse elevado los exegetas á la época remotísima en que apareció. Si el griego, el sanscrito y el latín no son capaces de darnos razón de él, preciso será apelar á idiomas anteriores, y que hayan conservado mejor las formas primitivas y la antigua significación. Hemos dicho ya cuales son, en nuestro concepto, las lenguas inmediatamente anteriores en la evolución á las aryanas y semitas; concepto idéntico al de la mayor parte de los profesores modernos de lingüística. Sabido es que la ciencia filológica divide las lenguas, según el orden de su aparición, en monosilábicas,

(1) W. Bagehot, *Lois scientifiques du développement des Nations*, París, 1872.

aglutinantes y flexivas. En cuanto á las primeras, es bien fácil formarse idea de su estructura verbal; su misma clasificación lo está diciendo. No sucede así con las segundas, para cuya comprensión las personas que no estén iniciadas necesitarán algún ejemplo: Se dice que hay aglutinación cuando hay más adherencia que flexión en los elementos ó sílabas que se agrupan para formar la palabra; así hay aglutinación en las palabras francesas *arc-en-ciel* y *chef-d'œuvre*, pero en *chef-œuvre* habría aglutinación con flexión; en el nombre *Newton*, que viene de *New-Town*, hay aglutinación, y en *Naples*, de *Neapolis*, hay flexión. No hay duda que pueden confundirse á veces estos dos estados de lenguaje; pero, en general, la flexión supone mayor compenetración y enlace. Es menester, pues, saber á qué atenerse respecto de las razas que hablaban y hablan en esta forma aglutinada y que son generalmente conocidas por el nombre de turanianas, al menos en el antiguo continente, razas que vienen después de tantos siglos de olvido á tomar puesto en la historia.

«El Turan es el reflejo del Arya, dice Bunsen. Las lenguas turanianas en su primer período presuponen la anterioridad del sistema lingüístico monosilábico, lo mismo que el celta, resto del primer período del sistema lingüístico de los aryas, presupone la anterioridad de lenguas turanianas. En esta transición, formada entre los chinos y el mundo aryanó por el Turan, es en lo que consiste su importancia histórica (1).»

Esta importancia del turanismo, y hasta su existencia misma, han sido puestas, sin embargo, á discusión y en duda recientemente. Conformes todos en

(1) Bunsen, *Dieu dans l'histoire*.

que una nación turaniana, ó por lo menos, en que un pueblo hablando una lengua de esta clase inventó la escritura cuneiforme é inició á los asirios en su conocimiento, surgió la cuestión de si esta lengua reconocida turaniana, que se lee en las inscripciones, era la acadiana ó la sumiriana, cuestión, por otra parte, que en nada tocaba á la principal, es decir, á la de existencia de un elemento turaniano en la civilización asiria, cuando un tercer partido, no ciertamente el de los hombres de ciencia, se adelanta y dice: «Vuestra nación turaniana no ha existido jamás, y en prueba de ello citad un solo nombre de montaña, de río ó de ciudad en ese país, que sea debido á esa lengua singular. ¿Dónde están las huellas que debe dejar un pueblo que vive durante millares de años en un país? Todos vuestros documentos, llamados por los unos acadianos y sumirianos por los otros, son simplemente textos asirios escritos en un sistema particular de ideografismo.» Luís Jacolliot, autor francés de varias apreciables obras, si bien exentas de criterio científico, sobre motivos de la India, se hace eco de ese tercer partido, como él le llama (1).

En breves reflexiones haremos resaltar la ligereza, por no emplear otra palabra más dura, con que han sido escritos tales cargos.

La herencia de leyes, de religión, de lengua y de costumbres se transmite, en momentos que pasan desapercibidos y en sitios que no pueden ser determinados, en el seno de una misma raza. Una misma costumbre, una lengua parecida, idénticas tradiciones religiosas, pueden ser halladas, sin embargo, en los pueblos más diferentes y lejanos, como la *encubada*, por ejemplo; el vasco y los idiomas de San Lorenzo;

(1) Louis Jacolliot, *La Genese del l'Humanité*, pág. 57; París, 1875.

las pirámides egipcias y las mejicanas. Todo esto puede probar, aparte de la igualdad de efectos producida por la igualdad de causas, relaciones antiqüísimas entre esos pueblos. Dos razas, diferentes hoy, pudieron haber tenido un origen común en virtud de la formación, tránsito y separación de variedades intermedias, conservando por lo mismo un fondo de tradiciones y costumbres más ó menos desfiguradas ó parecidas, pero sacadas de la misma fuente. Así, que si no fuera que las mismas inscripciones cuneiformes atestiguan la existencia de los reinos de Acad y de Sumir en la Caldea, pudiera creerse que la transmisión de esa escritura había sido hecha por una tribu turaniana á alguna tribu asiria anteriormente y en un punto cualquiera de la tierra.

«Hubo al principio en Babilonia, dice Beroso, una gran multitud de hombres de naciones diferentes que colonizaron la Caldea.»

«Los pueblos, dice el Génesis, habiendo venido del Oriente encontraron un campo en el país de Sennaar y habitaron allí.»

Es probable que entre esta diversidad de pueblos que ocuparon la Caldea, las razas turanianas predominasen ya.

Los nombres de Acad y de Sumir no tienen nada de nuevos; la Biblia hace mención de ellos, y fueron conservados también en los registros oficiales de los Reyes de Babilonia. Con el nombre de Turan sucede lo mismo; parece expresar la velocidad del jinete ó caballero. En época remota, sobre las riberas del Oxus y del Yaxartes, tribus ayanas y turanianas vivieron frente á frente durante siglos. El *Shá-namoh* nos enseña que vivieron en guerra unos con otros. Cantar estas guerras es el objeto de aquel poema épico. ¿Quién sabe si la guerra de Troya y el poema de Ho-

mero no son reminiscencias de esta lucha de razas? Si fuera así, habría que retrogradar algunos miles de años la discutida fecha de la toma de Troya. La verdad es, que algunos nombres troyanos y el de la ciudad misma, más parecen turanianos que otra cosa. Ylion y Troya pudieran encontrarse en país vasco con el significado de ciudad ó de buen pueblo ó de gran población. Hector, parece *Aitor*, *Casandra*, *Echandra* ó señora de la casa, nombre dado también á la luna en otra lengua.

Cuando Jerjes quiso pasar el Helesponto, se detuvo en la altura donde la tradición suponía que había estado Troya, y sacrificó una porción de bueyes á Minerva, hecatombe que hacía en honor de los pirámides, de los cuales se tenía por descendiente. ¿No podría ser esto un vago recuerdo de los orígenes turanianos de su país?

En las epopeyas indias de época más moderna, Turbasa y los suyos que representan á los turanianos, son malditos y privados de su herencia en la India; pero en los Vedas, Turbasa es un nuevo adorador de los dioses ayanos. Es indudable que las dos razas ejercían una influencia recíproca y que en esa larga relación de enemistad se tomaron mucho la una á la otra. La palabra Arya no es desconocida más allá del Oxus, donde se ve un pueblo que se llama Aryaco y otro Antariani. En tiempo de Dario había un rey Ariantes; otro contemporáneo de Jerjes, se llamaba Aripithes (*ariapati*), y había un *Spargapithes*, ó *svargapati* (señor del cielo).

Todos están conformes hoy en que una de las lenguas escritas en cuneiforme es una lengua turaniana, aglutinada, de la familia uralo-finesa. Algunas palabras de esta lengua hablada en Caldea en tiempo de Nabucudurrusur, son empleadas todavía con el mis-

mo significado por los modernos magyares. La existencia, pues, de una antigua civilización turaniana en Babilonia, lejos de ser una ilusión de la ciencia, es el hecho más capital, nuevo é inesperado, como dicen con razón Bunsen y Lenormant, que ha salido del desciframiento de las inscripciones. La escritura cuneiforme parece obra de Sumir. Hay un grupo de dos caracteres ideográficos que representa á este pueblo. El primero significa la lengua, y el segundo, entre otros valores, la flecha y las dos acepciones de adoración y vaticinación. Otras veces, Sumir es sustituido por un ideograma, significando el país del verdadero señor. Todo induce á creer que el idioma turaniano conservado en el cuneiforme, es herencia de una tribu anterior á los asirios en Caldea y de quien éstos aprendieron la escritura. Opert demostró que el asirio era lengua semítica: las palabras aisladas de los idiomas de esta familia, encuentran sus homólogos en el asirio; pero el valor fonético de los monogramas cuneiformes forma palabras que no son asirias ni semitas. Así, el monograma que en el texto asirio responde, por ejemplo, á la idea de casa *bit*, es asirio; leído fonéticamente, como leía seguramente el pueblo inventor de esa escritura, es *val*, significación de casa en la lengua turaniana medo-escítica, que es una de las que se leen en las inscripciones. Hay monogramas, sin embargo, cuyo valor fonético da una palabra que no explican las inscripciones medo-escíticas, y entonces es preciso recurrir á las lenguas de la misma familia; así el ideograma que da la idea de raza, se lee *niman*; pues en magyar *nem* es raza. El ideograma que en asirio es espada, se lee fonéticamente *pal*, y en magyar, *pallas* es espada. En el nombre Nabucodonosor se lee fonéticamente esta palabra: *Ampasadusis*, é ideográficamente, en asirio, se lee *Nabucudurrusur* que significa:

*Nebo protege á mi familia*, siendo usual entonces emplear nombres que expresaban frases enteras. Todo prueba que esta escritura fué inventada por una raza turaniana. No faltó quien estudiando los signos constitutivos del cuneiforme y remontándose á las imágenes ó formas que estos signos representaban en su origen, creyese ver la patria de esta escritura en otra región más septentrional que la Caldea, cuya fauna y cuya flora eran notablemente diferentes; donde ni el león, ni los grandes cánvoros de raza felina eran conocidos, y donde la palmera no existía. Sea de esto lo que quiera, es indudable que un elemento turaniano, civilizador y religioso, influyó poderosamente en la civilización asiria, y en el curso de este estudio veremos que esta influencia se extendió á las dos razas, semítica y aryanas. Bunsen vió el primero esta solidaridad humana en el dominio de la etnología, de la lingüística y de la religión, abarcándola en un solo golpe de vista. «En el esfuerzo, dice, que el turanismo ha hecho hácia la libertad, la conciencia de Dios y la exaltación estática, hay un elemento que debe encontrarse supuesto. Vendrá un día en que este elemento se modificará, se transformará, aspirará á la medida y adoptará una forma reflexionada. Todos los progresos futuros de las religiones hácia este ideal elevado, se encuentran ya como bosquejados en la lengua de los turanianos.

A su vez el turanismo tiene su fundamento orgánico en la civilización anterior, en el sinismo ó pueblos monosilábicos» (1).

Pero esto no es más que una mira del genio que necesita comprobación; es, pues, preciso descender á los detalles y aducir las pruebas. Es hora ya de conside-

(1) Bunsen, *Dieu dans l'Histoire*, pág. 87; París, 1868.

rar la etnografía como historia natural. La noción de raza como la de especie no debe indicar en adelante una separación profunda y radical, sino una divergencia paulatina en que caracteres nuevos debidos á nuevas condiciones, surgen débiles y pequeños, se desarrollan, llegan á equilibrar y á veces á oscurecer ó superar á los antiguos.

Nada se opone en principio á que los asirios y el resto de la raza semítica lo mismo que la aryanas hayan heredado de los turanianos elementos de civilización permanentes en el orden civil y religioso; es, al contrario, muy natural y lógico que las razas posteriores procedan de las que fueron anteriores, y les deban su contingente moral como les deben el organismo físico. Esta transmisión de la enseñanza de unas razas á otras, no puede decirse que sea hecha en determinados sitios, á no ser cuando se funden y mezclan dos razas por la conquista, sino que la regla general en las tribus antiguas era la tradición de padres á hijos. Al separarse de las otras, un grupo de tribus hermanas llevaban consigo este fondo común de tradiciones y de conocimientos que comenzaban desde entonces á diversificarse, aumentando, disminuyendo y adquiriendo caracteres nuevos que á la larga y después de varias bifurcaciones acababan por establecer entre ellas diferencias tan grandes á primera vista, que bien pudieran hacerlas pasar por completamente extrañas las unas á las otras. Mas antes que estos caracteres se acentuasen de un modo tan considerable en el seno de uno de los grupos más privilegiados, la cultura presentaba por largo tiempo un aspecto bastante uniforme en todas ellas para poder ser clasificadas bajo una misma denominación genérica y reconocidas como una sola raza de propiedades esenciales. Es este estado de evolución, casi igual-

mente determinado en las tribus turanianas, antes que surgiesen de su mismo seno las variedades aryanas y semitas, el que vamos á estudiar. La investigación etimológica que haremos después, no tendría buena base si no quedase probada la transmisión por herencia del espíritu turanio á estas últimas, modificadas y desenvueltas más tarde por la acción de nuevos elementos hasta el punto de parecer razas diferentes.

La porción de tribus repartidas en una extensión inmensa de territorio en Asia y en Europa, hablando lenguas conocidas con el nombre de turanianas, habían ocupado la mayor parte del antiguo mundo antes de las emigraciones semíticas y aryanas. Del Tigris al Indus poseían todo el territorio en que figuraron después los iranianos. La Media siguió llevando, después de la invasión de estos últimos, su nombre turanio que significa país. En Europa era quizá la misma raza que con caracteres mongólicos nos describe la arqueología prehistórica, antes del período glacial, y de la que probablemente descienden los pueblos del Ural, los Lapones, los Fineses y los Eúscaros, divididos y arrollados por invasiones sucesivas ó por la acción de los elementos. Esta civilización turaniana, tan incompleta como se quiera, duró, según el historiador Justino, quince siglos; período bien corto aplicado á una civilización primitiva y por lo mismo estacionaria; pero ya se sabe cuánto horror tenían nuestros antiguos á las fechas largas, preocupación que dura todavía. El lugar y el momento en que aparecieron estos pueblos, es un secreto aún; los que pretenden que su centro de irradiación en el mundo es el lago Aral, no hacen sino proporcionar un argumento, aunque de poco alcance, á los que niegan la existencia del turanismo, fundándose en que aquel

país es improductivo y árido para ser semillero de numerosas tribus. Esto no es extraño; hay casi siempre nieblas en todos los orígenes; es preciso esperar á que el sol de la ciencia las vaya desvaneciendo poco á poco. El turanismo no es más que una palabra inventada por los aryas para distinguir á sus enemigos, palabra ó nombre con que designamos hoy esta raza de conformación particular, de caracteres especiales, cuya forma se aproxima más que ninguna otra al tipo mongól contemporáneo ó á la idea que de él tenemos, á pesar de su mezcla y diferencias, y cuyo lenguaje posee la aglutinación en alto grado; raza, que no por haber cumplido ciertos progresos materiales pierde el temor á lo invisible, ni la creencia en fuerzas espirituales superiores, ni la necesidad de comunicar con el gran todo por medio de esa disposición extraordinaria del organismo que produce el éxtasis. Estos caracteres resaltan todavía en los pueblos modernos de esta raza. Castren afirma que la creencia en el encanto es rasgo común á todos ellos, incluso los más inteligentes. El chamanismo indio, el druidismo británico, el pitonismo griego y el profetismo hebreo bien pueden ser herencia turaniana.

De cualquier modo, hay una cosa cierta, y es que el turanismo es anterior al aryanismo. Respecto del Arya no cabe duda alguna de la prioridad de una civilización turaniana; se ha visto ya su influencia sobre el mayor de los imperios semíticos, la Asiria. La escritura cuneiforme era, pues, su obra, y los asirios la emplearon largo tiempo heredando así las ventajas de progresos anteriores llevados á cabo por una más antigua civilización. Veremos después cuántos elementos religiosos debieron los aryas al Turan; mas ante todo debemos examinar lo que haya respecto de la invasión de estas últimas razas en Europa.

Todos los descubrimientos hechos por la Arqueología prehistórica en el período cuaternario, dan á conocer una raza, primera poseedora de la Europa, perteneciente al tipo designado con el nombre de *mongoloides*; tipo representado en el día por los lapones, los groelandeses, esquimales y finlandeses. Pero sobre la última capa de terreno producida por los arrastres diluviales, aparece un nuevo tipo semejante en todo á las modernas razas que, procedentes de Asia, ocupan hoy el centro y el Mediodía de Europa. Coincide con este trastorno geológico la venida de los celtas ó primera invasión aryana. Nada se sabe, ni es posible saber á punto fijo, respecto del lenguaje usado por aquellas razas de la edad de piedra; pero si nos fijamos en que su tipo físico era idéntico al de los hombres que actualmente habitan en los climas helados del Nordeste, debemos suponer con grandes fundamentos, que su lenguaje habrá tenido con el de estos últimos bastante analogía. Es muy probable, pues, por no decir seguro, que la lengua de los habitantes prehistóricos de Europa tuvo un carácter de aglutinación, más ó menos definido, con formas y raíces primitivas que habrán sido heredadas también en otros sitios por el turanismo. De este modo pueden tener explicación las semejanzas que se notan en idiomas tan diferentes y lejanos, habiendo tenido un origen común antes de la aparición de la raza turania propiamente dicha. Si fué así, es preciso deducir también que los hombres del período cuaternario, por lo menos en las últimas épocas del reno y de la piedra pulimentada, habían salido ya del estado salvaje, porque las lenguas no se fijan hasta que se fijan los pueblos; y así como la época del bronce coincide con la primera invasión aryana, del mismo modo, acaso, aquellas otras marcan un progreso debido á invasiones turanianas.



Figurémonos una agrupación de tribus turanianas formando cuerpo de nación y haciendo vida sociable como los aztecas y peruanos, y desde entonces tendrá una superioridad inmensa sobre todas las demás que no alcanzaron estas condiciones; su poder y su influencia se extenderán, su lengua se generalizará y llegará á absorber los dialectos que están á su alrededor, sus recuerdos y tradiciones se fijarán, y su religión y sus dioses llegarán á imponerse á todos los que acepten de grado ó por fuerza su misión civilizadora. Es lo que sucedió y lo que sucederá. Desde ese momento, las tradiciones sociales y religiosas de las otras tribus, se funden ó descomponen y se desvanecen con el tiempo. A nosotros, á los tiempos presentes, llegan Sumir, Asiria, Egipto, India, China, Grecia y Roma. Lo demás es perdido. Secretos importantes quedan sepultados para siempre con gentes desconocidas; pueblos pequeños que se hunden en el polvo con sus grandes cosas!

La ciencia exhuma de cuando en cuando algún representante de esas civilizaciones atrasadas. Sus últimos hallazgos fueron, Acad y Sumir; pero esta resurrección le costó un milagro: el desciframiento de los cuneiformes.

Todo lo dicho en la exposición anterior puede aplicarse á algunas de esas tribus turanianas que logró imponerse á las demás por su inteligencia, por su fuerza ó por un poder de expansión inexplicable. No debe suponerse en las razas del Turan ese invencible espíritu nómada, esa especie de tendencia al salvajismo que algunos le suponen; ellas han fundado y sostenido imperios colosales en épocas recientes. ¿Por qué no habrán podido hacer lo mismo en tiempos antehistóricos? Todo indica que hubo en el mundo una cultura perdida en las nieblas del pasado y cuyos ves-

tigios podemos apreciar en los pueblos históricos. No quiere esto decir que aquélla fuese superior á la de estos últimos, sino que les sirvió de punto de partida. No es posible civilización sin sociedad, no es posible el turanismo, como no fué posible el aryanismo, sin un pueblo que reconcentrase en sí desde un principio todo el espíritu de su raza. Es preciso que un pueblo sea el resumen de una época, que un imperio represente un mundo; la civilización procedió así hasta la época de las nacionalidades. La religión, las tradiciones, las fórmulas mágicas y los nombres santos de la raza, fueron desde entonces patrimonio suyo; el mundo entero le deberá sus dioses; todos los grandes mitos del porvenir procederán de allí. Pero este modo de ser, en nada se parecería al de los imperios históricos; no había estado ni organización en él; las tribus de la misma raza pactaban y se entendían para sostenerse en la lucha por la vida.

Las tribus turanianas ocupaban en Asia y en Europa extensos dominios; todo el territorio comprendido desde el Indo al Tigris, es decir, la Gedrosia, la Persia, la Media y parte de la India, era propiedad de esta raza. Estaban circunscriptas al Norte por la cordillera de Cabul, en el moderno Afghanistan, y tocaban los bordes del mar Caspio, siguiendo la cordillera que concluye en el Asia menor. El camino se les presentaba expedito para penetrar en la Tracia por donde fué después Bizancio, pues el canal de Constantinopla no debía existir aún. Una vez en la Turquía europea, las emigraciones debían dirigirse al Sur y al Occidente, no sólo por la bondad del clima, sino porque el camino continuaba siendo franco y abierto, mientras que por el Norte los montes de la Misia y de la Panonia, les oponían obstáculos.

Otras emigraciones más antiguas debieron efectuar-

se por el Norte del mar Caspio. Los estonianos que parecen ser una rama separada muy al principio de la raza turaniana, y con ellos otros elementos uralo-fineses y otros tipos precursores de los aryas, variedades de la misma raza, habrán realizado en la edad de la piedra la invasión del Norte. El tipo aryano pudo existir y existió, en efecto, antes de los celtas, mezclado con las tribus turanianas de cuyo seno salió sin duda alguna, como en bosquejo, variando luego de forma y de carácter en virtud de una evolución secular hasta llegar una de sus más perfectas ramas á hacer su brillante aparición con el Rig-Veda. Así se explica el hallazgo de cráneos, dolicocefalos y braquicefalos en los mismos sitios y en las mismas épocas.

Es preciso, para ver claro en esta materia, abandonar esa constante preocupación del *fiat*, que persiste aun, aunque perdiendo terreno cada día, sustituida por la creencia en la ley natural de evolución. Las razas no se forman como por ensalmo, ni se puede prescindir de las divergencias operadas en las ramas laterales, de su alejamiento del tronco original, y de la detención de desarrollo de algunas de ellas que quedan intermedias entre el tipo anterior del cual proceden y el carácter definido de la nueva raza.

Todos estos pueblos invasores, sobre todo, los del mediodía, hablaban una lengua muy parecida al eúskaro, á juzgar por las huellas ó vestigios de la toponimia; y respecto á los del Norte, estudios modernísimos vienen también á confirmar la existencia allí de lenguas semejantes.

## EL EÚSKARO.

### I.

Entre las huellas que dejó en Europa el turanismo, sobresale el eúskaro ó vascuence. ¿Cómo está aquí agonizando á las faldas de los Pirineos este idioma solitario sin parentesco alguno conocido á su alrededor? ¿Qué edad es la suya? ¿De dónde vino?

El profesor Huxley ha sentado en una de sus *lecturas*, «que la lengua vasca era la desesperación de los filólogos.» Esta apreciación exacta quizá cuando se hizo, no lo es hoy tanto, y lo será cada vez menos. Sucederá con esto lo que con el célebre fósil de Oeningen que fué también la desesperación de los naturalistas hasta que Cubier adivinó primero y confirmó después que era una salamandra enorme. Puede, en efecto, ser comparado el vasco á uno de esos fósiles que carecían de congeneres antes del descubrimiento de esas admirables leyes de correlación que forman la paleontología, y es porque la lingüística dista mucho de ser perfecta aún. La filiación del eúskaro es desconocida y sus colaterales inmediatos han desaparecido ya; puede decirse que él es á la lingüística

se por el Norte del mar Caspio. Los estonios que parecen ser una rama separada muy al principio de la raza turaniana, y con ellos otros elementos uralo-fineses y otros tipos precursores de los aryanos, variedades de la misma raza, habrán realizado en la edad de la piedra la invasión del Norte. El tipo aryanos pudo existir y existió, en efecto, antes de los celtas, mezclado con las tribus turanianas de cuyo seno salió sin duda alguna, como en bosquejo, variando luego de forma y de carácter en virtud de una evolución secular hasta llegar una de sus más perfectas ramas á hacer su brillante aparición con el Rig-Veda. Así se explica el hallazgo de cráneos, dolicocefalos y braquicefalos en los mismos sitios y en las mismas épocas.

Es preciso, para ver claro en esta materia, abandonar esa constante preocupación del *fiat*, que persiste aun, aunque perdiendo terreno cada día, sustituida por la creencia en la ley natural de evolución. Las razas no se forman como por ensalmo, ni se puede prescindir de las divergencias operadas en las ramas laterales, de su alejamiento del tronco original, y de la detención de desarrollo de algunas de ellas que quedan intermedias entre el tipo anterior del cual proceden y el carácter definido de la nueva raza.

Todos estos pueblos invasores, sobre todo, los del mediodía, hablaban una lengua muy parecida al eúskaro, á juzgar por las huellas ó vestigios de la toponimia; y respecto á los del Norte, estudios modernísimos vienen también á confirmar la existencia allí de lenguas semejantes.

## EL EÚSKARO.

### I.

Entre las huellas que dejó en Europa el turanismo, sobresale el eúskaro ó vascuence. ¿Cómo está aquí agonizando á las faldas de los Pirineos este idioma solitario sin parentesco alguno conocido á su alrededor? ¿Qué edad es la suya? ¿De dónde vino?

El profesor Huxley ha sentado en una de sus *lecturas*, «que la lengua vasca era la desesperación de los filólogos.» Esta apreciación exacta quizá cuando se hizo, no lo es hoy tanto, y lo será cada vez menos. Sucederá con esto lo que con el célebre fósil de Oeningen que fué también la desesperación de los naturalistas hasta que Cubier adivinó primero y confirmó después que era una salamandra enorme. Puede, en efecto, ser comparado el vasco á uno de esos fósiles que carecían de congeneres antes del descubrimiento de esas admirables leyes de correlación que forman la paleontología, y es porque la lingüística dista mucho de ser perfecta aún. La filiación del eúskaro es desconocida y sus colaterales inmediatos han desaparecido ya; puede decirse que él es á la lingüística

lo que el ornithorinco es á la zoología. Los dos son paradójicos. Como el animal australiano, que es pato por su pico, foca por sus plumas, ichthyosauro por su externón y monotremo por lo demás, el eúskaro se parece á los idiomas del Ural en gran número de raíces, de nombres, de números y de relaciones de conjugación (1); á los americanos en analogías fonéticas notables, en la formación de las palabras por vía de derivación y de composición, en la incorporación de los verbos y en el sistema de numeración quinario y vigesimal (2); y á estas lenguas y á las semíticas, hamíticas, arianas y turanianas, en los pronombres (3). Se ve por esta simple comparación que el eúskaro queda hoy como único representante de una forma de lenguaje más antigua y simple, de la cual todos los demás idiomas han tomado algo; forma ó lengua usada probablemente, al iniciarse la aglutinación en el grupo de tribus prehistóricas, que dió salida á todas aquellas variedades bifurcadas y desenvueltas después independientemente. Sólo así se concibe ese parecido de formas aisladas entre pueblos que por la distancia grande que los separa y las otras diferencias que se observan nunca pudieron tener relación entre sí, ni con el eúskaro.

Augusto Chaho, más inspirado, á parte de muchos errores de imaginación, que alguno de los que le censuran, encontraba también entre el eúskaro y el sanscrito, especialmente en la parte sabia y teogónica de su vocabulario, lo que él llamaba analogía de vocaliza-

(1) *La langue basque et les idiomes de l'Oural*, par M. Charencey Paris, 1862.

(2) *Etudes filologiques sur quelques langues sauvages de la Amérique*, por N. O. ancien missionnaire, págs. 46 y 47.

(3) Pruner Bey: *Sur la langue des basques, dans le Bollet de la Soc. d'Antropol.*, 1867, págs. 63 y 65.

ción. Pueden presentarse muchas aproximaciones de vocablos con el Celta, el Gaelico, el Welscho y algún otro. Dom Bullet veía en él un dialecto Celta. Por fin, para que se parezca á todos y á ninguno, porque las diferencias son mayores que las semejanzas, tiene cierta comunidad de raíces con el germánico ó el gótico.

Es verdaderamente extraño que el vasco no tenga con los otros idiomas turanianos ese aire de familia que se echa de ver en seguida en las lenguas semíticas y arianas. Max Muller cree que la ausencia de este aire de familia constituye uno de los caracteres de los dialectos turanianos: «Son lenguas nómadas, dice, lenguas que por este carácter se distinguen profundamente de las lenguas arianas y semitas. En las lenguas de estas dos últimas familias, la mayor parte de las palabras y de las formas gramaticales han sido producidas de una vez por la fuerza creadora de una sola generación, y ya no se las abandonaba ligeramente aun cuando su claridad original hubiese sido oscurecida por la alteración fonética. Transmitir una lengua de esta manera no es posible, sino en pueblos cuya historia se desliza como un gran río y en los que la religión, las leyes y la poesía sirven de guías á la corriente del lenguaje. Mas en los nómadas turanianos, no se ha formado jamás núcleo de instituciones políticas, sociales ó literarias. No bien eran fundados los imperios cuando eran dispersados de nuevo como las nubes de arena del desierto; ni leyes, ni cantos, ni narraciones sobrevivían á la generación que les había visto nacer. . . . Sin embargo, concluye, muchos de los nombres de números, pronombres y muchas radicales de estas lenguas revelan la unidad de su origen, y las raíces y las palabras, pertenecientes en común á los miembros más diseminados de esta familia, nos

autorizan á concluir que existe un parentesco real aunque muy lejano entre todos los dialectos turanianos (1).»

Prescindiendo de que las palabras y formas gramaticales semíticas y arianas hayan sido producidas de una vez por la fuerza creadora de una sola generación, lo cual no es posible, y está rechazado por el método científico, y contradice la ley de evolución, pueden aceptarse las causas generales de diversidad y rápida transformación que asigna este profesor á los dialectos turanianos; de este modo se explica la falta de parentesco próximo del vasco, fenómeno que no le es exclusivo, y que se refleja también, aunque no tanto, en los otros idiomas de su clase. Su aislamiento en aquella parte del mundo tampoco debe extrañar: las invasiones, las mezclas y las conquistas con sus consecuencias le han relegado allí; es un turanio metido entre arianos; un pariente colateral de los abuelos, desconocido y olvidado por los nietos.

Ese carácter de universalidad que se nota en el vasco, es decir, esa aproximación á casi todos los idiomas del mundo por detalles que no son de naturaleza psicológica, ni, por consiguiente, indispensables en la formación del lenguaje, y esa genialidad peculiar suya que le hace diferenciarse tanto de los demás, prueban, en efecto, que si bien no es el ascendiente directo de los modernos idiomas de flexión, debe ser un próximo colateral más desenvuelto. No les faltó, pues, razón del todo á Augusto Chaho, á Dom Bullet, ni á Charency: con el celta y el sanscrito y los idiomas del Ural, lo mismo que con los demás, sobre todo con los americanos del Norte, tiene probablemente muchas más analogías que no se han notado todavía por falta de

(1) Max Muller; *Letter on the turanian Languages*, pág. 24.

comparación y estudio detenido y serio. Humboldt miraba el eúskaro como una de las lenguas que habían quedado más fieles al espíritu primitivo.

El lenguaje, como todo lo que tiene vida en el mundo, como los seres y las instituciones, está sujeto á la ley fatal que ha dado en llamarse lucha por la existencia. Hemos dicho ya que Augusto Schleicher fué el primero que tuvo la idea de aplicar el método de las ciencias naturales al lenguaje, habiendo escrito su libro, *La lengua alemana* (1), antes de publicarse la teoría de Darwin. Según él, las lenguas son organismos naturales que independientes de la voluntad humana, nacen, crecen y se desarrollan, y después envejecen y mueren, según leyes determinadas; de ellas, pues, es propia también esta serie de fenómenos que se acostumbra á comprender bajo el nombre de vida. La Glótica, la ciencia del lenguaje, es, por tanto, una ciencia natural y exige un método enteramente idéntico al de las ciencias naturales (2).

Si, pues, hacemos aplicación de estos principios al fenómeno de la existencia del eúskaro, vemos que sería enteramente imposible su conservación, rodeado de elementos extraños, arianos todos, y aislado de los suyos desde hace por lo menos más de treinta siglos, si no fuera ya en aquellos tiempos una lengua acabada y fija, de robusta armazón y de formas definidas. Apenas se comprende tanta persistencia en medio de tanta invasión y por lo mismo de tanta mezcla. El tipo físico de este pueblo ha sufrido cambios; sin embargo, su lengua permanece casi inalterable. Sólo las especies perfectamente constituidas como tales son capaces de semejante fijeza. El eúskaro no ha podido fun-

(1) *Die Deutsch Sprache*; Stuttgart, 1860.

(2) *Die Darwin Theorie*, págs. 6 y 7.

dirse, ni dar lugar á nuevas variedades con los idiomas invasores, celta, latín, germánico, por esta razón: las variedades, alejándose y diferenciándose paulatinamente unas de otras, conviértense á la larga en especies, y por una ley de correlación de crecimiento que influye también en el misterio de la concepción, llegan á hacerse incompatibles para el acto generativo. La misma ley preside á la generación de los idiomas. Lo semejante fecundiza á lo semejante. Los mestizos de todas las especies incluyendo la humana, son poco fecundos. La razón de supervivencia de una especie, es, pues, la infecundidad en su relación con otras, porque los descendientes en la lucha por la vida y en las nuevas necesidades emanadas de las nuevas condiciones que han producido la variedad, destruyen los tipos antecesores. Así el francés, el español y el italiano, mataron al latín. Hé aquí el secreto de la supervivencia y de la esterilidad del eúskaro. Tal era la distancia, en la relación de tiempo y de evolución, que mediaba entre él y los otros idiomas aryanos que invadieron la Europa hace cuatro mil años por lo menos, que la mezcla fué imposible por tratarse de especies ya formadas, y el vasco subsistió. ¿Qué antigüedad será la suya cuando en aquella época, que algunos juzgan primitiva, había alcanzado ya ese grado de incompatibilidad con el aryanismo? ¿Qué período de evolución tan largo y lento no supone entre las dos fuentes aryanas y turaniana! Mas deduzcamos ahora su importancia.

Una lengua más perfecta que otra cualquiera de su clase, cuya existencia está señalada por los historiadores hace unos dos mil años en el mismo sitio del mundo, reducida ya á las exiguas proporciones en que hoy se encuentra, debe suponerse que habrá tenido un período de mayor esplendor y crecimiento entre pueblos y

lenguas afines de otro tiempo. No es creíble que haya nacido allí sin saber cómo. O llegó antes ó después de la invasión aryanas. Si se opta por lo último, es bien fácil probar que es imposible. ¿Cómo, en efecto, habría de poder un pueblo entero atravesar la Europa, viniendo del Oriente por entre razas diferentes de la suya, sosteniendo mil combates, corriendo mil peligros, sin dejar ni una huella ni un recuerdo siquiera de su paso en una época relativamente avanzada ya de civilización? De los pelasgos, ese pueblo corredor y aventurero, se sabe algo sin embargo. ¿Y no se había de saber nada de los eúskaros? Además, en el país en donde se detuvieron, en España y en el Mediodía de la Francia, no debieran faltar tradiciones que indicasen la llegada de un pueblo nuevo y extraño, de costumbres distintas, de lenguaje tan incomprendible, que no podía menos de perturbar hondamente á los antiguos poseedores del territorio. Y después, esas luchas permanentes y esos odios que se establecen siempre entre una raza enemiga que se apodera de un país, y los que son dominados por ella, ¿no habrían de dejar rastro ninguno?

Sería inútil continuar; esa opinión es insostenible.

Pudiera decirse que vinieron de África haciendo su entrada por las columnas de Hércules; pero esto, por las mismas razones, no tiene visos de verdad; ni quedaron allí huellas de sus pasos, ni hay nada que se parezca á su lengua, como no sea alguna pequeña semejanza hereditaria.

La raza escuara debe ser, pues, considerada, históricamente al menos, como la primera ocupante del país. Siendo esto así, es preciso admitir una antigua y grande emigración de razas turanianas en Europa, teniendo el Asia por punto de partida, y coincidiendo quizá con la aparición del aryanismo en esta última

parte del mundo. Este fenómeno de la emigración en grandes masas de los pueblos antiguos procedía siempre de dos causas. O la opresión ejercida sobre ellos en su mismo país por razas superiores, más fuertes, más inteligentes, más aptas para la lucha por la vida, ó el exceso de población y la escasez de medios de subsistencia. El espíritu conquistador y aventurero no se desarrolló sino más tarde. Es posible que los aryas empujasen estas hordas del Turan sobre la Europa, viéndose algún tiempo después ellos mismos obligados á seguir sus huellas, por esa especie de fatalidad que pesa sobre ciertos pueblos, destinados á un combate secular, hasta que uno de ellos es extinguido ó absorbido por el otro.

Hemos dicho que el sitio de Troya pudo haber sido un episodio de esta lucha, cantado por los griegos retrotrayéndole á su tiempo y á su país á causa de una ilusión que se explica por lo vago de las tradiciones. El genio griego tenía por otra parte la propiedad de vivificarlo todo haciéndolo presente y tangible, del mismo modo que vemos en sus mitos; Jerjes decía que llevaba la guerra á Grecia para vengar á los troyanos, y hemos visto que la Media fué turaniana, aunque después la aristocracia fuese aryana por la conquista. Se hablaba allí una lengua parecida á la turca, turaniana por lo mismo, según estudios hechos sobre los monumentos por Saulcy, Norris y Westergård. Los elamitas, los afarsianos y la ribera izquierda del Tigris en su curso inferior, con la Susiana, eran turanianos. Se considera hoy la leyenda de Troya como un acontecimiento legendario que pudo haber sido un incidente entre los muchos olvidados, recuerdo de un pasado muy lejano y muy lejos de la Grecia también. La narración de la Iliada supone otros todavía. La realidad histórica ha sido muy debatida, llegando al-

gunos á creer que fué una tradición de origen egipcio. Es lo cierto que las dificultades de los movimientos y operaciones, tal como se refieren en la Iliada, son grandes, atendiendo á la topografía del campo troyano, aunque se suponga á Troya situada á mayor distancia del mar (1). Mucho más probable que el origen egipcio que asegura Jacobo Bryant á esta leyenda, es el origen turaniano, y aun concretándonos más, nos atrevemos á proponer nosotros el origen eúskaro, aun cuando pueda parecer extraño por su novedad; pero tenemos datos suficientes para probar la estancia de un pueblo que debió hablar eúskaro, ó una lengua de la misma familia, en Grecia, antes que los griegos. A parte del nombre de Troya, contracción del vasco *Turuya* por *Tuvia* en algún dialecto, significando la ciudad, y de *Ilion* por *Irion*, otra forma con el mismo significado, y de los nombres de Hector y Casandra de que hemos hablado ya, existen otros perfectamente conservados por los escritores griegos, y cuyo tipo eúskaro es tan pronunciado, que ningún esfuerzo requieren para ser reducidos al eúskaro. Una prueba de que el nombre de Hector no puede ser sino eúskaro, nos la proporciona Safo que emplea el nombre de Hector como sobrenombre de Júpiter. Pues bien, no hay ninguna lengua en que este nombre pueda ser sinónimo de Júpiter y designar una denominación antigua de este dios más que la eúskara: Hector debió haber sido *Aitor*; es decir, padre de lo alto. ¿No es el mismo Señor ó padre cielo de los aryas el *Deus in excelsis* de los latinos?

Un príncipe de Chios, antes del establecimiento de

(1) Spöhne, *De agro Trojano*, Leipzig, 1814.  
Maclaren, *Dissertation on the Topographie of the Trojan War*, Edimburgh.

los jonios, se llamaba Hector. ¿No es una prueba de que este nombre era anterior á los griegos y pertenecía á una lengua hablada anteriormente en el país? (1).

Priamo es eponimo de Pergamo, el nombre de la acrópolis. Priamo en dialecto eólico era Pérramos (2). Pérgamon se llamó así de Periamia cambiando la *i* en *g*, según dice Ahrens. Nosotros pensamos al contrario, que Pérramos, Pérgamon y la contracción Priamo, son formas variadas, debidas á una forma anterior Perjan ó Perjam-ia y antes Berjania, de donde salió también el Pardjania védico que no tiene explicación tampoco sino de esta manera. En el estudio que dedicaremos á la interpretación de este último, se verá la verdad de lo que ahora afirmamos, pues la extensión y abundancia de las pruebas y datos que tenemos, requieren larga preparación y capítulo aparte.

Una multitud de nombres de la topografía griega pueden reducirse además con pasmosa facilidad al eúskaro; algunos de ellos se conservan intactos, conservando el significado propio y exactísimo. El monte *Oeta*, por ejemplo, que tan brillante papel representa en los mitos de carácter más antiguo, es un nombre vascuence aplicado todavía á una altura cualquiera, á un monte ó sitio elevado del paisaje. La Colquida, Colchis ó Colcos, esta península histórica, es un nombre eúskaro: Colcoa, y en otra forma antigua Ugolcoa, tiene el significado en vasco de seno de agua ó golfo. La Colchida es notable precisamente por sus golfos, y no podía habersele dado mejor nombre. Tiene dos dentro de sí, sin contar el golfo Termaico que está al lado. Basta echar una mirada sobre el mapa para convencerse plenamente de esto. El monte Orbetus, entre

(1) De Grote, tomo 2.º, pág. 7, Pausanias VII, 33.

(2) Ahrens. De Dialecto Æolico, 8, 7, 56.

la Trácia y la Macedonia, significando también altura, está formado por la aglutinación de las mismas raíces que Obeta, nombre eúskaro de la ciudad de Oviedo en Asturias, conservado así en su primitiva forma, en su fuero y en otros documentos históricos. Estos nombres tienen una fisonomía tan eúskara que nadie puede atreverse á rechazar su filiación. Los montes Acrocerranios que separan el Epiro de la Iliria, conservan todavía el *cerre* eúskaro tan usado con aplicación á las sierras ó cordilleras y dando nombre á ciertos pueblos como á los Cerretani de Etruria y los Cerretani de España. Por más que se haya criticado á Humboldt, Astarloa y Larramendi á causa del abuso de las etimologías eúskaras, no es posible dudar de las que acabamos de exponer por la doble coincidencia que se revela en la adecuación del significado y de la cosa. Si esta palabra *Oeta* designase un valle ó una llanura, sería justo y razonable negar que tuviese semejante origen; pero siempre el nombre eúskaro está conforme con la cualidad del sitio designado, y *Oeta* es aquella cima enrojecida por los rayos del sol poniente donde la imaginación griega supone á Hércules abrasado por el manto de Dejanira.

Más adelante se comprenderá mejor, después de tener una idea de la extensión que ocuparon en el mundo antiguo los dialectos eúskaros, la verdad de estas aproximaciones.

Supuesta la ley de evolución, claro es que el eúskaro, teniendo el mismo origen que los idiomas turanianos, debió tener gran conexión con sus contemporáneos del mismo grupo en Asia, de los cuales, alguna rama segregada, mucho antes de alcanzar formas definidas y antes de la formación del actual eúskaro, también pudo proporcionar los elementos de las lenguas aryanas y semíticas. No debe admirar á nadie,



por consiguiente, que encontremos huellas del eúskaro en el Mediodía de la Europa, y de este mismo ó de otro muy parecido, hermano ó predecesor suyo, en Asia.

Castren, Früs, Lourot, Reguli, Humfalvy, Gablenzt, Roæhrig y otros han estudiado ya los idiomas de aglutinación ó turanianos, y Max Muller ha demostrado perfectamente que todos ellos tienen el mismo origen. El príncipe Luís Luciano Bonaparte ha tratado de probar la identidad del eúskaro y de las lenguas finesas, y aunque no lo haya conseguido por completo, sus aproximaciones hacen resaltar un parecido muy notable. Pruner Bey cree que en el estado actual de las cosas pudiera presumirse que el morduino y el samoyedo preseptan términos de transición ó un estado intermedio entre el eúskaro y las lenguas americanas por una parte, y por otra, las finesas. M. d'Abbadie reveló también cierto número de analogías entre el eúskaro y el húngaro y georgiano. Todo induce á creer que el eúskaro es un antiguo idioma turaniano mucho más extendido en los primeros tiempos de lo que pudiera creerse.

Si se hiciera un estudio detenido y exacto de la toponymia del Sur de Europa y de una parte del Asia se encontrarían seguramente resultados imprevistos. Humboldt y Astarloa no hicieron más que reducir al vasco unos cuantos nombres de pueblos españoles mencionados por los escritores romanos. La infinidad de denominaciones de lugares, montañas y ríos, quedan envueltos aun en el misterio. Se puede asegurar que en las provincias del Norte de España, á pesar de la influencia ó dominación de los celtas en Cantabria, la mayor parte de los nombres que no son de origen latino, son eúskaros. En las otras provincias se encuentran como es natural nombres que acu-

san un origen griego, fenicio y árabe; hay algo también de celta y de germánico; pero las invasiones de estos pueblos encontraron el país bautizado ya como quien dice, así es que en los sitios más humildes y desconocidos se encuentran todavía huellas del eúskaro, la lengua primitiva del país. No es opinión moderna la que supone que fué ésta en efecto la primera lengua que se habló en España. Muchos escritores habían afirmado esta creencia antes de los trabajos de Astarloa, Humboldt, Hervás y Erro. En la *Leyenda pendolada* (1) de Herman de Illanes en el año 1073 se lee: «que los primeros que llegaron á habitar nuestra nación é rregiones fueron Tubal con algunos compañías, é los tales fablaban el mal language que en los nuestros tiempos fablan los que habitan las Vizcayas.»

Pedro Medina, en su libro de las *Grandezas de España* (2), dice que «los romanos introdujeron el latín y destruyeron la lengua propia que en España se hablaba que era la vascuence vizcaina.»

Lucio Marineo Sículo asegura lo mismo en sus *Cosas memorables de España* (3), y al Dr. Huerta (4) le parece sin disputa que la lengua que tocó á España fué la vascuence.

El Dr. Peralta Barnuevo no puede dudar de que fué el vascuence la lengua primitiva de España (5).

El P. Henao afirma que no fué la primitiva, sino la única y universal (6).

(1) Sacada del original por mandado del Alcalde Fernan Blazquez el año 1315, copiada y publicada en el libro de D. Luís de Ariz *Grandezas de Avila*.

(2) Impreso en Sevilla en 1548, cap. 72.

(3) Impreso en 1530, lib. 4.º

(4) *España primitiva*, cap. 3.º

(5) *España vindicada*, lib. 1.º, cap. 6.º

(6) *Antigüedades de Cantabria*, lib. 1.º, cap. 7.º, cit. 72.

D. Francisco Javier de Garma cree indudable la universalidad del *vascuence* en España (1). Y lo mismo dicen y aseguran el P. Moret (2), Andrés de Poza (3), Mariana (4), Garibay (5) y José Escaligero (6).

¿Qué pensar de todos estos hombres que testifican la antigüedad y la importancia del *vascuence*? ¿No se diría que hay en ellos una visión del porvenir científico? ¿O es acaso en el más antiguo de tales documentos, en la *Leyenda pendolada*, esa afirmación, un resto de antiguas tradiciones? Casi nos inclinamos á creer esto último, porque es difícil que una lengua desaparezca de un país y que el recuerdo de haber sido hablada en él se pierda por completo antes de mil años, es decir, 15 generaciones de ancianos, que es el tiempo que separa próximamente la *Leyenda pendolada* de la completa dominación de España por los romanos. Es lástima que los escritores antiguos no hayan dicho nada claro respecto de la lengua primitiva de la Península. Estrabon se queja de la difícil pronunciación de los nombres españoles, y esto es algo, porque indica ó establece una diferencia tácita de la que puede sacar provecho un buen entendedor. Antes de la invasión latina no podían hablarse en España más idiomas que el eúskaro ó el celta; al menos son los únicos que han dejado rastros de su existencia. Los romanos no se quejaron nunca de la dificultad de pronunciar el celta, que les era ya en tiempo de Estrabon bien conocido. Este geógrafo fué contemporáneo de Augusto y de Tiberio, y en su tiem-

(1) *Teatro universal de España*.

(2) *Anales de Navarra*, tit. 1.º, cap. 1.º, lib. 1.º

(3) *De la antigua lengua de España*.

(4) *H. E.*, lib. 1.º, cap. 5.º

(5) *Id.*, lib. 4.º, cap. 4.º

(6) *Tratado de las lenguas de Europa*.

po, las Galias y las islas británicas ya estaban sometidas al yugo romano. Después de las relaciones establecidas por la conquista, los nombres españoles, si fueran celtas, no debieran extrañar más que los de aquellos países á los romanos. Debemos, pues, referir al eúskaro el pasaje de Estrabon. Se sabe también que Diputaciones españolas presentadas al Senado romano necesitaban intérprete. Todo esto significa poco y no arroja gran luz en el asunto.

Por otra parte, los romanos, como los griegos, despreciaban tanto las cosas de los bárbaros que no se cuidaban ni de analizar sus idiomas, ni de distinguir los unos de los otros.

Por fortuna las huellas del eúskaro son muchas y bien distribuidas para que pueda caber duda respecto de su existencia en toda la Península. Basta echar una mirada sobre el mapa para convencerse de que una gran parte de los nombres de pueblos, ríos y montes tienen este origen; marcándose esto más, naturalmente, en las provincias que sufrieron menos las dominaciones extranjeras. En Asturias, por ejemplo, los nombres de Gauzón, Caranga, Carabia, Trubia, Buron, Borines, Gorfóli, ofrecen todavía perfectamente conservada la forma eúskara, sin mas alteración que el tránsito de las guturales suaves á las fuertes; y en otros muchos que pudiéramos citar, se marca como en éstos la coincidencia de la forma intacta y del significado adecuado y propio á la topografía del sitio. Podemos asegurar en vista del precioso mapa provincial de Schultz, verdadero cuadro de toponymia eúskara, que en Asturias, sin que admita duda, se hablaba *vascuence* hace dos mil años. Este mismo nombre de Asturias es una prueba de ello.

Estrabon habla de estas gentes del Norte de España como un geógrafo ó historiador moderno pudiera

hacerlo de alguna tribu salvaje de América ó de la Océanía. Practicaban el sacrificio del caballo, antiquísimo rito, cuyos detalles en los pueblos del Arya, nos describe el Rig Veda, y en las entrañas abiertas de sus enemigos cautivos procuraban adivinar el porvenir. Pintábanse los rostros con bermellón y almagre y dejaban crecer las barbas y el cabello; se embriagaban con sidra del zumo de la manzana y su pan más ordinario era compuesto de bellotas, castañas y legumbres molidas. Por todos vestidos llevaban pieles de osos, de gamos ó robezos. Sus fiestas eran simulacros de batallas, y sus bailes danzas guerreras. Las noches de plenilunio las pasaban bailando en obsequio de un dios sin nombre.

Eforo, discípulo de Sócrates, que abrevió la historia de Herodoto en 414 de Roma, 338 antes de J. C., dice que en su tiempo no había templo alguno de Dios en toda Andalucía y sólo, de trecho en trecho, se veían piedras amontonadas de tres en tres ó de cuatro en cuatro (1).

No deja de llamar la atención esta ausencia de mitos religiosos en un pueblo, que á juzgar por la raza á que pertenece, debiera ser inclinado á los misterios del espíritu. Sin embargo, deja de ser extraño si se atribuye esto, más bien que á falta de religión, á falta de noticias respecto de ella. Se sabe que el eúskaro, en presencia del romano, era adusto, áspero y corto de razones; sus creencias debieron ser guardadas en el santuario de su conciencia para que el invasor no las profanase. Las ceremonias de su culto se harían veladas en los más recónditos sitios de sus bosques, y por templo, como los aryas y la mayor parte de los pueblos primitivos, tendrían el mundo. Es lo mismo

(1) Cita de Estrabon, C. III.

que en tiempos más recientes sucedió con algunas tribus salvajes, consideradas sin dios ni religión por los viajeros, y que después de conocidas mejor, ganándoles la confianza, se llegó á saber que tenían religiones complicadas.

Descubrimientos recientes en Yecla, en el cerro de los Angeles, en Mérida y en otros puntos, han venido á probar la existencia de una mitología y de un culto formal en la Lusitania y en una gran parte del centro de España; pero las inscripciones y el arte de los objetos encontrados revelan una procedencia externa y posterior á la invasión celta y á las colonias fenicias. Vino después el cristianismo, y con él el olvido de los dioses y de las tradiciones antiguas. Nada queda ya de aquellos poemas y de aquellas leyes en verso que según Estrabon contaban seis mil años de antigüedad. Todo lo que se conserva hoy entre los eúskaros no tiene carácter arcáico. Las tradiciones vasco-cántabras (1), sólo se remontan á la época romana y únicamente en el cuento de las Tres Olas y en el Baso-jaun, señor ó espíritu de los bosques, de horrible forma humana, con largas uñas y cuerpo velludo, parece entreverse un ligero sello de antigüedad (2). ¿Será cierto que se encuentran todavía entre los vascos reminiscencias de la aventura de Hero y Leandro y de la expedición de los argonautas? Por lo que á esta última se refiere, nada tendría de extraño, pues como veremos más adelante pudo ser muy bien un episodio mítico de origen eúskaro. Todo esto es poca cosa si se piensa en lo mucho que se habrá perdido.

Pero hé aquí que las huellas del eúskaro no están solamente circunscriptas á España. Tácito (3) describe

(1) *Tradiciones vasco-cántabras*, por D. Juan Araquistain.

(2) *Le Peys Vazque*, M. Michel, pág. 154.

(3) *Vida de C. N. F. Agrícola*.

un pueblo de caracteres eúskaros en Irlanda. El color moreno de los siluros, sus cabellos generalmente rizados y su posición respecto de España le inducían á creer que una colonia de íberos ocupara aquel territorio. El P. Carballo (1) con referencia á Florián de Ocampo, dice «que los asturianos llegaron á Inglaterra, que poblaron y habitaron haciendo sus casas de madera y estapones hincados en tierra entretegidos con varas, y les llamaron los siloros» y agrega que Tolomeo les llama siliris, y que cita en Inglaterra algunos nombres de lugares muy parecidos á los de Asturias.

Florián de Ocampo supone la llegada de los siluros á Inglaterra hácia el año 255 antes de J. C.; pero Florián no podía tener datos para fijar esta fecha, y la crítica no puede menos de rechazarla. El nombre de siluros revela casi una antigüedad prehistórica, significando en eúskaro el pueblo de las cavernas. Si es esto cierto, el fondo de población de las Islas Británicas antes de las invasiones aryanas, pudo haber tenido también una variedad ó un dialecto de la raza eúskara.

## II.

Cuéntase que habrá como unos doscientos años hubo una muy formal discusión en el Cabildo de Pamplona, sobre si fué la lengua eúskara la que hablaron nuestros primeros padres Adán y Eva.

Sea lo que quiera, es cierto que el vascuence ha sido considerado por los vascófilos hasta principios de este siglo, como la lengua primitiva de la humanidad; siendo este error en parte provechoso, pues les indujo

(1) *Antigüedades y cosas memorables de Asturias*, pág. 70 del tomo primero de la gran *Biblioteca Asturiana*.

á buscar vestigios del eúskaro en otras partes que no fuesen las mismas provincias vascongadas. Es este convencimiento íntimo de la prioridad del vasco, lo que obligó á Larramendi á hacer las atrevidas reducciones de palabras extranjeras que hace en su Diccionario y lo que influyó en el ánimo de Astarloa para escribir su *Apología de la lengua vascongada, ó Ensayo crítico filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen*. Estas convicciones eran en ellos hijas de la intuición, porque no podían serlo del razonamiento, dado el atraso de la ciencia filológica; y es lo grande que su intuición no les engañó. La ciencia conoce hoy la antigüedad remotísima del eúskaro. Es más antiguo que todos los idiomas indo-europeos y semíticos, tanto como el que más de los turanianos, y no menos quizá que el chino, que es un monosilabismo complicado, y que necesitó probablemente una incubación tan larga como los aglutinados.

Astarloa tuvo la honra de ser el amigo y el maestro de Humboldt. Las reducciones de los nombres de pueblos españoles publicados por éste en el *Mitridates de Adelung*, son, con pocas variantes, las mismas de la *Apología* del cura de Durango; pero Humboldt fué mas lejos y extendió la toponymia eúskara á la Italia como una prueba de que el vasco había dominado el Mediodía de la Europa. La crítica se ceba en algunas de estas reducciones que indudablemente tienen algo de exagerado y arbitrario; pero no puede, por más esfuerzos que haga, hincar su diente en las demás. Aquella dominación es un hecho; mas no debemos pasar adelante sin demostrarlo, destruyendo al mismo tiempo algunos falsos argumentos de la crítica.

Existe un fenómeno que se explica bien por la falta de método, no sólo en los críticos, sino en los expositores, y es: que suelen dar la preferencia en la investi-

gación á una ó más lenguas que tienen bien estudiadas, en perjuicio de otras que no conocen tan bien, procurando reducirlo todo al molde estrecho de su preconcebido sistema. Esta fué la causa de las reducciones al hebreo en los siglos anteriores, y de la tendencia que se observa hoy á explicarlo todo por el sanscrito.

El crítico, á quien tenemos que combatir aquí, es de una especie más rara; tiene sus preferencias por el celta y el latín. Y no porque desconozca el eúskaro; al contrario, lo conoce bien; sino porque no se ha hecho cargo ni de la importancia ni de la extensión que el eúskaro tuvo seguramente en la antigüedad. Este crítico es M. Bladé. Para él, las palabras y las formas que mejor conservan el carácter y sello del eúskaro, siempre que son citadas para probar una influencia de este idioma sobre los pueblos ó países históricos, de la cual pueda salir alguna nueva y luminosa consecuencia, son siempre dudosas ó negadas, y parece complacerse en atribuirles un origen moderno relativamente, buscando sus elementos en el celta, en el latín y á veces en los *patois* franceses. Veremos más adelante cuán engañoso es este método, puesto que si el eúskaro tuvo una influencia efectiva, más antigua, que se revela en vestigios innegables, es claro que las lenguas y dialectos de que se sirve este crítico pudieron sufrir aquella influencia, presentando hoy formas parecidas y heredadas en remotos tiempos, acaso en el tránsito de la aglutinación á la flexión, y usadas en una lengua anterior al eúskaro y á ellas mismas. La historia de los elementos ó raíces que forman hoy las palabras de los idiomas modernos, es mucho más antigua de lo que M. Bladé ha podido figurarse.

Debemos empezar por un argumento que sería formidable y haría desconfiar del eúskaro para siempre,

como término de comparación con otros idiomas si tuviera fundamento. La lengua eúskara, dice este crítico, ha sufrido tales modificaciones, de trescientos años á esta parte, que los antiguos fragmentos en ese idioma por aquella fecha han llegado á ser casi ininteligibles. No parece sino que M. Bladé, inspirado por un genio enemigo del eúskaro, temiendo los resultados de investigaciones ulteriores, procura apartar de ellas los ánimos por todos los medios.

Veamos en qué funda esta afirmación, que de ser cierta y de desentrañar sus consecuencias, reduciría el eúskaro á idioma nuevo en el cual habrían desaparecido todo elemento y toda forma verdaderamente arcaicas.

M. Bladé (1) desafía al vascófilo más ejercitado á que niegue que los más antiguos textos vascos del lado de allá de los Pirineos, no encierran un buen número de arcaismos y oscuridades frecuentemente impenetrables que van decreciendo desde el siglo xvi hasta nuestros días.

Ahora bien, esos textos antiguos á que se refiere M. Bladé son las poesías del cura Bernardo de Chepare en 1587, la versión del Nuevo Testamento de Lizárraga en 1671, el pasaje vasco de Pantagruel (L. I. ch. IX) que pareció por primera vez en la edición de Dolet en 1541, y los proverbios vascos impresos por Oihenart en 1657.

Julien Vinson (2) ha probado ya que estos textos, si se prescinde de los errores de los copistas, se parecen bastante á lo que hoy pudiera escribirse. El pasaje menos claro y en el que hace la crítica más incapié

(1) Bladé: *Etudes sur l'origine des Basques*, págs. 264 á 267. París.

(2) *Revue de Linguistique*, págs. 65 y 66, tomo 3.º

por ser también el más antiguo impreso, es el que Ravelais pone en boca de Panurgo; sin embargo, los críticos están ya conformes hoy en que las alteraciones graves de este texto, son debidas, no tanto á la ignorancia de los copistas, como á la del compositor, y en que es preciso echar á un lado la hipótesis de un estado arcaico de la lengua en aquel tiempo, puesto que las poesías de Chepare, impresas en 1555 son hoy comprendidas perfectamente por el vasco menos letrado. La restitución de este famoso texto ha sido hecha por M. Archú, y según parecer del príncipe L. Bonaparte, el pasaje debió ser escrito en vasco suletino ó bajo navarro oriental (1).

Ravelais era un genio, y los genios estudian muy aprisa. Creía de buena fe saber el vasco y lo sabía quizá de cierto modo; como otro genio parecido á él, como Víctor Hugo lo sabe también. ¿No se lee en uno de los libros de este último que las palabras eúskaras, *Etcheco Fauna* (2), que significan, según él, trabajador de la montaña, son entre los cántabros una entrada en materia solemne y reclaman la atención? *Etcheco Fauna*, sin embargo, nunca significó, ni por asomo, trabajador de la montaña; si algo significa, es el señor ó el amo de la casa. ¿Será por esto menos grande Víctor Hugo? La crítica no tiene nada que ver con esta clase de hombres, sino respetarles hasta en sus dislates, y callar.

M. Bladé cita además los fragmentos ó estrofas guipuzcoanas publicadas en el compendio histórico de Izasti, cuya traducción no se ha hecho todavía, teniéndola él por imposible á causa de la transforma-

(1) *Etudes de Linguistique et d'Ethnographie*, par A. Hovelague é J. Vinson, pág. 227.

(2) Víctor Hugo, *L'Homme qui rit*. Lib. 2.º, cap. 3.º

ción sufrida por el vasco de entonces acá. M. Bladé no se ha fijado por lo visto en el apéndice añadido por Floranes. Esta publicación tiene una pequeña historia que explica la oscuridad del texto. Floranes preparó para la publicación de 1871 el manuscrito de Izasti fechado en 1625, y dice que ha extractado los textos en cuestión al Dr. Pedro Saenz del Puerto Hernani, abogado, beneficiado y catedrático de Oñate, y agrega: que es muy *menuda*, muy *equivoca* y á veces *imperceptible* la letra del Dr. Puerto. Véase, pues, que la oscuridad de algunos textos antiguos, debe atribuirse más bien á errores y á equivocaciones naturales al copiar una lengua poco conocida y mal escrita, que á trasformación de la misma; y prueba de ello que hay textos tan antiguos ó más, perfectamente claros, como sucede con el *Fragmento del canto de la batalla de Beotivar*, publicado por Estéban de Garibay, y que debe elevarse, por más que se diga, al siglo xiv, época de la batalla.

Esa profunda transformación que M. Bladé supone en el eúskaro, no existe pues. No quiere decir esto que el eúskaro no haya tenido en absoluto cambio alguno; pero el único que parece haber sufrido de unos siglos á esta parte, es el poco empleo de las formas verbales simples, que llama formas contraídas Inchauspe, el autor del *Verbo vasco*, antes mucho más en uso, cosa que se hace notar más, por otra parte, en unos dialectos que en otros. Esta y otras pequeñas diferencias en los dialectos vascos, sobre las que Larramendi tiene cuidado de llamar la atención en su gramática, sobre todo en las declinaciones y conjugaciones, dan á conocer que el espíritu de la lengua persiste en casi toda su pureza, y que las formas y el vocabulario han cambiado poco, pues de no ser así, las diferencias serían más acentuadas.

Hechas estas salvedades podemos continuar investigando los orígenes éuskaros que tienen para nosotros suma importancia como base de las investigaciones sucesivas.

## III.

La hipótesis propuesta por nosotros que hace descender los actuales vascos de una antigua tribu asiática y turaniana, nos parece la mejor fundada y más rica en pruebas que las otras todas que han sido desechadas por la crítica y de las cuales no nos ocuparemos, por lo mismo, sino muy á la ligera. Algunas de ellas están fundadas en aproximaciones filológicas y antropológicas que han hecho ilusión á sus autores y que se explican perfectamente por la teoría de la evolución sin que prueben de ningún modo descendencia. La primera opinión acerca del origen de los vascos, les hace descender de los íberos. Tanto valdría hacer descender los vascos de los vascos mismos. Se sabe que la Iberia no fué más que un nombre puesto por los griegos desde los viajes de Scilax, el autor del *Periplo*, á una parte de la costa española inmediata al Ebro, estableciendo luego una confusión lamentable de tradiciones y mitos entre la Iberia caucásica y la española.

No ilustra, por lo tanto, nada la cuestión de orígenes ni la de razas, esta opinión que es la más antigua. San Jerónimo, San Isidoro de Sevilla y muchos historiadores, hacen descender á los vascos, como á todos los españoles, de Túbal. San Jerónimo, fundándose en un pasaje de Josepho (1), es de este parecer y aun sospecha que los italianos tienen el mismo origen (2).

(1) Josepho; *Antig. Jud.*, lib. 1.º, cap. 6.º

(2) Hieronym; *In traditionibus hebraicis*, in cap. X Senes.

San Isidoro toma casi al pié de la letra este pasaje en sus etimologías, concediendo también el mismo origen á los italianos. ¿Por qué sospecharía San Jerónimo esta fraternidad de origen en los dos pueblos?

¿Sería llevado á ese pensamiento por el parecido indudable de muchos nombres de lugares que no tienen origen latino, y sí éuskaros, como después comprobó Humboldt, ó por cierta vaga tradición ignorada que suele conservarse en humildes localidades á pesar de los siglos? Sea de esto lo que fuere, San Jerónimo no se equivocó al sospechar esa comunidad original de italianos y españoles; Josepho sí, es el que no tuvo más prueba que su capricho ó alguna antigua fábula de la Iberia caucásica, para hacer á los españoles descender de Túbal; y lo mejor del caso es, que casi todos los historiadores le siguieron. Marco Barron (1), en un pasaje que nos ha conservado Plinio, dice que la España fué poblada por los íberos, persas, fenicios, celtas y cartagineses (2). Estos íberos son los del Cáucaso, y San Jerónimo les atribuye también en el citado pasaje origen tubaliano; pero otros como Dionysius Afer y Estrabon, contemporáneos, el primero de Augusto, el segundo de Tiberio, suponen al contrario que íberos españoles emigraron al Ponto y á la Colquida. Esto prueba que antiguamente se creía en la comunidad de las dos Iberias, lo cual no tenía nada de particular, ya por la asimilación de los nombres, ó ya porque en la Iberia caucásica abundan también las huellas del éuskaros en una porción de palabras. Acaso, y sin acaso, la principal causa de la confusión consista en el nombre y en la historia fabulosa de la antigua capital de la Georgia: *Iberia*. Los arme-

(1) Marco Barron escribió 120 años antes de J. C.

(2) Plinio; *Historia Natural*, lib. 3.º, cap. 3.º

nios llaman ahora Tpgis á la corte de Cartlí que es la misma que los geógrafos llaman Tiflis, y los georgianos Tbilis, que significa en su lengua *calor*. Todo induce á creer que el antiguo nombre fuese este mismo Tbalis ó Tubalis, aludiendo á los baños minerales de agua caliente que hay en esta ciudad.

Veremos más adelante que este nombre de Tbilis, calor, lo mismo que el de Túbal, en bocas ó labios extranjeros, procede de una antiquísima raíz *ber* que dió lugar á una porción de mitos. Con estos datos es ya posible explicar perfectamente el mito histórico de Túbal, y lo explicaremos al mismo tiempo que el mito religioso, porque Túbal participa de estos dos caracteres. Entre tanto, conviene hacer notar para deshacer el error histórico y para dar idea de la formación de los mitos, que el nombre de una fuente termal se aplicó también al pequeño pueblo que se formó á su lado; que este pueblo creció y llegó á ser capital de un país, conservando el nombre de la fuente ó de las aguas termales; que este nombre, por la invasión y mezcla de nuevos pueblos y por el cambio consiguiente del idioma perdió su significación original, llegando á ser tomado por el del fundador de la ciudad, personificado de este modo, y tenido luégo en consideración de bienecor, rey, jefe y primer poblador del territorio, pues que lo fuera de la capital. Para el crecimiento y la extensión del mito no es necesario más que el desconocimiento del significado y la personificación del nombre; la asociación de ideas hace lo demás. Túbal, fundador de la capital, llega á ser tenido por el primer poblador de Iberia; es lo natural. Ahora las dos Iberias se confunden y desde entonces han de tener la misma historia.

Después de las opiniones fundadas en los textos que á su vez lo son en tradiciones vagas, vienen las que

podemos llamar antropológicas y filológicas. Son varios los que intentaron asignar al vasco una procedencia africana. El primero que indicó, como medio de comprobar este parentesco, la comparación de los vocabularios copto y eúskaro fué el barón Guillermo de Leibnitz (1). «Si hubiera, dice, muchas palabras vascas en el copto, esto probaría que los antiguos españoles aquitanos podían haber venido del África.» Charencey se encargó de hacer una ligera aproximación de los dos idiomas, y si bien no pudo hallar afinidades sensibles entre las dos gramáticas, en cambio encontró únicamente esta media docena de parecidos (2):

	<i>Eúskaro.</i>	<i>Copto.</i>
Nuevo.....	berri.....	berri.
Amar.....	maitha.....	mai.
Mujer.....	eme.....	ime.
Pequeño.....	quichi.....	koudchi.
Pan.....	ogi.....	oik, ak.
Zorra.....	atcheri.....	atchari.

Y se pregunta: ¿Cómo han podido pasar estas palabras de un idioma á otro? De un modo muy sencillo, respondemos nosotros: No pasando. Estas palabras han sido heredadas por ambos idiomas de otro anterior y turaniano, antepasado remoto de los dos; y una prueba de esto es que las palabras nuevo, *berri*, en vasco y en copto, es *warras* entre los lapones, y que zorro, *atcherri*, es *aohkar* en ostiako, heredadas también del mismo antecesor.

M. Bladé (3) ha querido rebajar la importancia de estas aproximaciones, notando que el *berri* viene del

(1) *Opera omnia*; tomo 5.º, pág. 503.

(2) H. de Charencey, *La langue basque et les idiomes de l'Oural*, 2.º fascicule, pág. 145-47.

(3) Bladé, obra citada, pág. 501.



bajo latino *barrius*; que *emea*, así como el *hemno*, gascón, proceden de *femina*; y que *ogi* significa pan porque el pan se hace con trigo y el trigo... ., pero ¿á qué continuar? ¿No comprende el crítico que al rechazar las aproximaciones eúskaras y coptas, establece otras más admirables aun entre el latín y el copto, sin contar otras muchas que pudieran presentarse entre el latín y otros idiomas turanianos? ¿En qué razones puede apoyarse Bladé para suponer que las palabras parecidas que existen en el latín y en el vasco hayan sido siempre robadas por éste á aquél? Si se le hiciera caso, el vasco se quedaría en esqueleto, conservando sólo su armazón gramatical y evaporándose enteramente su vocabulario; tal es el afán que se toma por reducir todas sus palabras, aun aquellas de sello más original y arcaico, al molde latino. ¿Y porqué no había de tener el latín muchos elementos del eúskaro, siendo así que éste se habló en Italia como probaremos luégo, antes que las lenguas del Latium? Pero aparte de alguna mezcla producida por la relación y choque de los dos pueblos en Italia, en Francia y en España, es más natural creer que tales parecidos se deben á una mútua y remota procedencia turaniana, sobre todo, cuando la palabra tiene una formación eúskara, fácil de reconocer á quien comprenda el genio de esta lengua. Pondremos un ejemplo: Entre las palabras eúskaras citadas por Bladé como de origen latino se encuentra esta: *maquila* ó *maquilia* que, según él, procede del *baculum* latino. Se sabe lo que es el *baculum*: es el antiguo cayado pastoral en forma de gancho para atraer las reses y que por extensión de significado ha llegado á ser un bastón, apoyo y báculo episcopal. La palabra *baculum* en latín no indica nada por la composición de sus elementos, y en cambio la palabra *maquila*, para todo el que sepa un poco de eúskaro, indica

una cosa que tiene curvatura, un palo encorvado como es el antiquísimo gancho de los pastores. Como ésta pudieran citarse muchas palabras; pero no es lugar propio, esta preparación, de tal estudio; confiamos en que la siguiente lectura irá llevando al ánimo de los lectores nuestras convicciones. Baste notar que es más natural que la palabra pertenezca al idioma en el que se pueden descomponer y explicar sus elementos.

Esta manera de tomar partido por determinados sistemas ó de apasionarse por un determinado idioma, antes de tener pruebas suficientes que confirmen la doctrina, es un gran defecto en la crítica y hace que los más eminentes profesores dejen de sacar de sus trabajos todas las luminosas consecuencias que debieran. Sólo el método universal de la evolución puede curar ó corregir los extravíos, las contradicciones y la estrechez de miras que revelan algunas teorías; y en lingüística, sus efectos han de ser más brillantes con seguridad. Por no tener conocimiento de él, hay hombres muy notables, bajo otros conceptos, que se obstinan todavía en considerar las diferentes lenguas, como formadas cada una de ellas en un momento dado y constituidas en sus interiores mecanismos, merced á una repentina inspiración que bien pudiera llamarse extralegal. Ejemplo bien moderno y patente; de lo contrario, tienen en el desenvolvimiento paulatino y sin solución de continuidad, del italiano, del español y del francés. Así fué como se formaron todos los idiomas, sino que no han dejado tantos documentos en que se puedan estudiar los datos que forman la historia de su desarrollo y crecimiento.

La explicación que hemos dado de las semejanzas eúskaras y egipcias, pueden aplicarse también á todas las que tiene el vasco con los otros idiomas

africanos. Así las analogías encontradas por M. de Gallatín entre el eúskaro y las lenguas del Congo (1), las que revela M. L. Abbadie en los prolegómenos de su obra (2) en unión de M. Chaho, con diversos grupos de lenguas, el wolofe entre ellas, lo mismo que las aproximaciones semíticas de La Bastide (3), del abate Iharcé de Bidassouet (4) y de Eichhoff (5) se explican por la descendencia común de una lengua antecesora lejanísima, perdida en las edades arqueológicas, durante las cuales se fueron separando de ella ramas que bifurcándose con el tiempo habían de dar el ser á estos idiomas tan distintos. La misma explicación y siempre la misma, pues no cabe otra, es preciso dar para las analogías americanas.

«Sería en las riberas del San Lorenzo la Bactriana de las razas de color?» pregunta Charencey al terminar su obra, *La lengua vasca y los idiomas del Oural*, después de haber probado que los dialectos canadenses son los que tienen más puntos de contacto con el vasco. Por grande que sea la afinidad de estos idiomas con el eúskaro, debe responderse que no. Esa Bactriana, mucho más antigua que la de los aryas, lo mismo pudo estar en Asia que en América ó en Europa, lo mismo en África que en algún continente sumergido. Faltan datos para poder fijarla; es eso tan antiguo que da vértigo. ¡Una Bactriana donde vivieron juntos y hablaron la misma lengua los antepasados

(1) Gallatín; *Synth sonian contributions to knowledge*, vol. 8.º, página 54, Washington, 1856.

(2) *Etudes gramaticales sur la langue eushariane*.

(3) Matthieu Chiniac de la Bastide; *Dissertations et notes sur le basque*, art. 6.º, pág. 387 á 430.

(4) El abate Bidassouet; *Historie des Basques ou premiers colonies de toute Europe*, París, 1828.

(5) Eichhoff; *Parallele des langues de Europe et de l'Inde*, pág. 13; París, 1836.

de los pueblos del Congo y de los del Canadá y de los germanos! Para ilustrar esta cuestión sería preciso tener un convencimiento exacto de la etnografía de los pueblos monosilábicos y poder cogerlos en el primer período de su tendencia aglutinativa. Por desgracia, este eslabón falta en la lingüística, como faltan muchos en la Paleontología. Únicamente los chinos con sus tradiciones antiquísimas que tocan en las edades prehistóricas pudieran darnos un poco de luz; pero las cien familias que llegaron á dominar á los arqueros ó *Miao-tseu*, hijos de los campos incultos, que existen aun en las montañas occidentales de la China en estado salvaje, son una tribu separada de un tronco monosilábico, mucho después quizá de la aparición de un idioma aglutinante en un centro de formación desconocido. Hoy se sabe de dónde salieron estas cien familias para ir á la conquista del celeste imperio. Todas sus tradiciones se refieren al Occidente, al Noroeste y fuera de la China. *El Chan-hai-king*, libro redactado bajo el reinado de Yu, 2.200 años antes de J. C., coloca todas las tumbas de los reyes en lo alto del monte Kouen-lün, que es como llaman los chinos á las montañas del Tibet septentrional (1). No falta, sin embargo, quien designa el Polo Norte como la cuna y punto de partida de la raza china y del hombre primitivo, fundándose en una rara interpretación del *Yi-king*, el libro más antiguo de la China. Por extraña que parezca la idea de poner el origen de la humanidad en el Polo, no debe desecharse sin examen, porque explicaría mejor el esparcimiento de las tribus en los continentes; pero la interpretación de Philastre es tan atrevida, supone conocimientos y reflexiones

(1) G. Pauthiers; *Description hist. geogr. et lit de la China*. I vol. pág. 1877.

tan grandes en los hombres primitivos y un lenguaje tan inspirado, que casi se siente uno tentado á considerar loco al exegeta (1).

Mas de poco ó nada sirve todo esto para nuestro objeto, porque el turanismo pudo tener principio en una rama monosilábica muy diferente y lejana de la China. Hay, sin embargo, un punto de contacto que reúne quizá los chinos y los antecesores de los turanios, en un período más remoto que todos aquellos á que nos hemos referido antes de ahora. Este lazo de unión es la escritura. El joven Yu fué encargado por el Emperador Yao de reparar los desastres causados por la gran inundación ó diluvio de los chinos. Este diluvio, único que recuerdan éstos, no llegó á causar daño en las personas y sí sólo en las tierras. Cuando Yu llegó á su vez á ser Emperador, consignó aquel hecho en una larga inscripción que hizo grabar en una roca del monte Hengchan en antiguos caracteres llamados *koteou*, es decir, en forma de renacuajos (2).

Al ver la forma de estos caracteres y el modo de grabarlos en la roca, no se puede menos de pensar en el cuneiforme sumiriano. La cabeza del cono más ó menos redondeada ó angulosa, es toda la diferencia que se encuentra entre las inscripciones cuneiformes y la del monte Hengchan.

¿A qué pueblo y á qué tiempo referir la invención de esta escritura? ¿Quién la tomó á quién? ¿O es una herencia en las dos razas de un pasado común?

Ultimamente se descubrieron también caracteres que parecen cuneiformes en la isla de Chipre (3).

(1) P. L. F. Philastre; *Premier Essai sur le genese du langage et le mystere antique*. Juol, Paris, 1879. Edit. Erneste Lervuso.

(2) Véase la traducción literal de esta inscripción en la obra citada de Pauthiers, Chine, etc.

(3) Deeck; *Der Ursprung der Kyprischen Sylvenschrift*.

Cuando todo esto se haya puesto en claro, acaso se encuentre también la bactriana de M. de Charencey.

En fin, se ha creído ver analogías entre el vasco y todos los idiomas conocidos turanios é indo-europeos, y otros tantos orígenes, por consiguiente, al eúskaro; y por más que la crítica haya tratado de rebajar la importancia y la verdad de muchas apreciaciones, siempre queda un gran número en pié para probar que el vasco tiene con todas aquellas lenguas un parentesco aunque remoto. No tendrá con ellas ese parecido que se echa de ver entre padres é hijos ó entre hermanos, porque no podía ser nada de esto, dada la evolución; pero sí se observan en él, con ellas, esas ligeras semejanzas que un buen fisonomista suele notar entre parientes lejanos y que suelen pasar desapercibidas, tanto más, cuanto que atañen á facciones determinadas, no al conjunto.

## IV.

El resto de las opiniones sobre el origen del eúskaro tiene por fundamento la comparación de los caracteres antropológicos. M. Boudard (1) afirma que los cabellos ásperos ó flotantes de los íberos prueban que, ó han pasado por Africa para venir á España, ó aquel continente fué la patria originaria de la familia. El examen de los tipos ó bustos de las medallas ibéricas que él consideraba como retratos, le condujo á este resultado, á pesar de reconocer que una parte de las monedas de la Bética y de la Iberia pirenaica representan dioses. Estas cabezas siempre están de per-

(1) Boudard; *Numismatique Yberienne*.

fil en las medallas; la frente es baja, el entrecejo prominente, la nariz de diferentes formas, aplastada, saliente ó aguileña, lo que prueba que la pureza de esta raza se había alterado desde muy antiguo. Apenas hay depresión entre el nacimiento de la nariz y el hueso frontal, sino que más bien, en muchas, esa línea es más convexa que cóncava; el labio inferior tiende á avanzar y á sobreponerse al superior, y la barba es delgada y tan saliente por lo general que casi llega á veces á tocar con la nariz. Los cabellos cortos, como las barbas, son, ó bien levantados, rizosos y ensortijados como los de los negros, ó bien caen en mechones desordenados.

Se comprende en seguida por esta descripción de los tipos de las medallas, que, por otra parte, son relativamente modernas, pues no abarcan más que desde Hieron I hasta Tiberio, cuán difícil será caracterizar por ellas el primitivo tipo eúskaro. La mezcla con celtas, fenicios, griegos, cartagineses y romanos, era un hecho ya en las provincias españolas cuando se batieron las monedas. Se nota en ellas una exageración del tipo romano en lo saliente de la barba, y una imitación de la estatuaria griega en la convexidad de la línea naso-frontal.

Respecto al rizo y ensortijado del cabello, carácter de la raza negra, si es natural, no hay medio de compararlo con el mechón lacio de la mogola, sino admitiendo, como hemos dicho ya, una mezcla de elementos africanos, existentes en España antes de la invasión turaniana y de la apertura del estrecho de Gibraltar.

Esa falta de pureza en la raza eúskara, es un hecho reconocido desde los antiguos tiempos históricos, y Pruner Bey, entre otros, lo hace constar en varias de sus obras. Tácito, al hablar de la España antigua, dice

que tenían el rostro atezado y los cabellos rizosos (1). No faltan, sin embargo, tipos rubios. Silio Itálico (2) habla de la rubia cabellera de Phorcys, jefe de los tartesios, y de la roja de Eurytus, blanco como la nieve. Pero las diferencias de color en España en tiempo de los romanos, no significan nada, porque ya las razas arianas habían penetrado allí. Esos pasajes de Silio Itálico hicieron caer en un gravísimo error á un escritor alemán que invocando su testimonio, hace de los iberos una raza rubia que no fué, según él, la primera que habitó el país (3). Es posible que tenga razón en esto último, y que gentes de origen africano antes de la venida de los turanianos existiesen aquí, lo cual parece confirmado por los tipos de las medallas y por la dolicocefalia de los cráneos vascos que según el Dr. Broca difiere mucho de la de los otros cráneos dolicocefalos de Europa, pues en lugar de presentar una dolicocefalia frontal como estos últimos, presentan una occipital debida al desenvolvimiento exagerado de los lóbulos posteriores del centro y al poco desarrollo de su región anterior, lo cual les aproxima mucho á los dolicocefalos de Africa, siendo por la conformación de su cráneo muy semejantes á los negros, y diferenciándose poco, bajo esta relación, de las razas africanas orthognatas.

De todo esto deduce Broca que los antepasados de los vascos deben ser buscados en la zona septentrional del Africa.

Pruner Bey protestó con razón contra este parecer ó conclusión mal deducida. El examen antropológico

(1) Tácito, *Agrícola*, II, *Colorati vultus, torti plerunquē crines.*

(2) Sil. Ital. *Punica* III y XVI.

(3) Hoffmann, *Die Iberer in West und Ost*, págs. 106 á 115; 1836.

de aquel sabio estaba hecho solamente sobre 60 cráneos vascos procedentes del cementerio de Zarauz que le había remitido el Dr. Velasco, y representaban, por lo tanto, el tipo de una sola localidad y de ningún modo el carácter típico de la raza vasca, como hizo notar muy bien M. de Quatrefages.

El examen de Broca, aun cuando se encontrase confirmado por algunos otros cráneos semejantes en el resto del país, probaría una mezcla y no un origen, siendo las otras clases diferentes. Pruner Bey que había afirmado siempre la braquicefalía de los vascos y establecido la semejanza de su cráneo con el tipo lapón, volvió á medir cráneos de personas vivas en diferentes localidades de las provincias vascas, y encontró que de cada 16 cabezas medidas, 10 eran eminentemente braquicéfalas, cinco se aproximaban á la dolicocefalia y una sola tenía las proporciones del cráneo oval. Esta disparidad de formas convenció á todos de que los vascos actuales tienen sangre mezclada, y el mismo Broca confiesa que no se han librado de los cruzamientos. Sin embargo, de todas las experiencias hechas, resulta que el carácter braquicefálico, mogol y propio de las razas que hablan idiomas turanianos, predomina aun; y la antropología se une á la lingüística para probar que los vascos descienden de los antiguos pueblos del Turan que dieron origen á esas variedades esparcidas por Asia y por Europa y que las investigaciones de Schoolkraft han probado suficientemente que también poblaron la América.

La existencia del hombre, en España, en el Mediodía de Francia y en el Africa septentrional, al principiar el período cuaternario, cuando la Península española estaba unida al Africa por un istmo, que es hoy Estrecho de Gibraltar, es una cosa probada; y todo induce á creer que esos países fueron ocupados

desde aquella época por la raza braquicéfala que Pruner Bey designa con el nombre de *mongoloide*.

## V.

El origen eúskaro de la primitiva toponymia ibérica, está bien probado á pesar de los críticos habidos y por haber. Que haya mucho de celta y de latín y algo de griego y de fenicio, como últimamente ha habido un poco de árabe, en la nomenclatura de lugares españoles, no significa nada más, sino, que estos elementos han sido sobrepuestos por invasiones y conquistas sucesivas. En Italia, y sobre todo en la Liguria, donde lo más es celta, quedan vestigios del vasco todavía; y Ampér ha señalado los límites de la extensión del eúskaro en la parte meridional de Francia hasta los bordes del Loire en el puerto de Corbilo (1). Prescindiendo de la Córcega, Cerdeña y de Sicilia, donde respetables testimonios confirman la existencia de esa raza, Humboldt ha probado también que dominó en Italia, y Amper no vacila en afirmar que los ligurios eran hermanos de los vascos y hablaban un dialecto de la lengua que éstos hablan todavía, fundándose en que diferentes nombres de lugar en la Liguria tienen una raíz que se encuentra en el vascuence y que hasta el nombre mismo del país es vasco: Liguria, de Iligor, pueblos ó países altos.

«El que atraviesa las montañas de la Liguria, dice Micali, ve allí al paisano listo y ágil llevar sobre su cabeza fardos pesadísimos por un salario miserable. La agilidad es proverbial también entre los vascos. El ligurio de hoy es el mismo enemigo ligero en la ca-

(1) *Histoire littéraire de la France avant le douzième, siecle* 15.

rrera de que habla Tácito, endurecido por la fatiga y las privaciones tal como lo pinta Virgilio.»

Las huellas de los ligurios pueden ser seguidas en Italia por medio de los nombres de lugar de carácter éuskaros. Se encuentran en Etruria, en Umbría, en el Picentino, en la Sabina, en la isla de Elba y en la Italia meridional. Hay allí nombres idénticos á los de España: una ciudad de Cortona, en Etruria y otra Cortona en Iberia; un río Metaurus allá, y un río Metorus acá; un Tuder en la Umbría, y un Tuder en la Tarraconense; Cures y los Curenses en la Sabina, y Littus Curensis en la Bética; Tríbola en la Sabina, y Tríbola en Lusitania. En Cerdeña, donde Séneca y Pausanias reconocen la raza éuskara, había pueblos ilieneses. Ibates es un nombre de un pueblo en la Liguria. Estas y muchas otras aproximaciones que ha hecho (1) Humboldt prueban el establecimiento de los éuskaros en Italia mucho antes de la fundación de Roma.

Es en las cercanías de esta ciudad, y en ella misma, donde se encuentran las mejores señales de la presencia de un pueblo éuskaros. El nombre de Alba se encuentra repetido muchas veces, sólo ó en composición, en España, Italia y parte de Francia, y mediando siempre la coincidencia de estar los pueblos que llevan este nombre fundados en laderas de montañas que es justamente la significación que tiene la palabra. Ampér, guiado por Humboldt, ha podido confirmar su conjetura sobre el Septimontium, en el cual ha visto una población anterior á Roma, de siglos y ligurios. Así no es extraño encontrar vestigios éuskaros allí. Humboldt cita un pueblo, Subur, cerca de

(1) Prüfung der unter der unter suchungen über die urbenwohner hispaniens vermittel der vackischen Sprache, 36.

un río en los Taletanos, y una ciudad Sabura en España; y el famoso barrio de Roma, la Subura, estaba situado en un hundimiento del terreno y cerca de un pantano, indicando *sa*, la idea de un lugar bajo. Esquilina significaría también, según Humboldt, el pueblo ó la morada de los *Esk*, el nombre nacional de la raza éuskara. Es probable que la forma primitiva de este nombre fuese *Euscuria*, el pueblo del habla, de *eusi* hablar, alterada después en *esculia*, *esquilina*, y en *éuskara* y *esquara* en España.

En la parte baja del Esquilino y en los confines de la Subura, se elevaba el bosque Argiletum, otro nombre éuskaros. Su forma arcaica fué sin duda *Arg-il-eta*, sitio sombrío, ó literalmente, de la luz oscurecida ó de la sombra. Es el nombre que conviene á un bosque frondoso y espeso. Los romanos añadieron siempre al *eta* éuskaros sus terminaciones en *us* y *um*, y en este caso hicieron Argiletum. Una ciudad de España que se llama Argilla, el encantador valle de Argelés en los Pirineos y otros muchos nombres de la misma composición no tienen otro origen. Todo esto confirma la tradición de que los ligurios, es decir, los éuskaros, habitaron el Septimontium, y la tradición confirma al mismo tiempo la realidad de los vestigios. Causa verdadera sorpresa el pensar que hubo un tiempo en el que, en Roma como en Asturias, se hablaba el éuskaros. Cuando Marcial, dice Ampér con cierta melancolía, atravesaba la Subura para ir á casa de Plinio el joven, no sospechaba de dónde podía venir el nombre de aquel cuartel. Es fácil en vista de esto darse ahora cuenta de las muchas palabras éuskaras introducidas en la lengua latina y de los nombres de familias y apellidos ilustres de Roma que tienen también el mismo origen. Al suponer á los ligurios éuskaros, no hay que olvidar la superposición celta, como en los otros

casos, y la mezcla consiguiente en la lengua y en los otros caracteres.

Las huellas del eúskaro ó de un idioma semejante, pueden ser seguidas en Grecia y en el Asia menor, donde se encuentran en tanta abundancia como en Italia, Arcadia, Argos, Argólida, Beotia, son nombres que pudieran encontrarse en las provincias vascongadas, y, sobre todo, el último que se conserva intacto en los montes llamados de Beotia, cerca del Bidasoa. Carpató, cuya forma antigua fué seguramente *Garbat*, una cima ó una cumbre, y dió su nombre al mar Carpató, es una pequeña isla, casi un escollo elevado sobre el mar. La antigua Creta debió haber sido Cerreta. Es en efecto una sierra que se levanta en el mar. Su puerto de Gortina y el monte Ida (buey) pueden muy bien pasar por vascos. Pasando al Asia menor, además de Troya, Ilion, Pérgamo, en que nos hemos ocupado ya, se encuentran otros como Caria y Frigia, cuya reducción no es difícil.

El nombre mismo de Asia no tiene quizá origen más antiguo que *Goxia*, la aurora, el Oriente.

El *Arya* es en eúskaro la extensión, equivalente á decir hoy, acaso, la nación ó el país. En cualquier punto del Asia central en que uno se fije, se encuentra, si se busca con conocimiento, algún vestigio del eúskaro. En Candahar, por ejemplo, vasta provincia del Afghanistan, vemos, entre otros parecidos, que el río *Dori* vierte sus aguas en el Arghesan. Nuestro Duero también se llamó *Dorus*. La terminación es latina, impuesta por los romanos. El gran valle de Argandab ¿no se parece á la villa de Arganda, en la provincia de Madrid, y al pueblo de Arganza, en la de Soria, y no tiene también en eúskaro la significación de *valle grande*?

El punto de confluencia del Tarnak con el río de

Argandab, que toma su nombre del gran valle, se llama *Daub*. Nótese que es la boca de un río que desagua en otro; pues bien, *boca* es *aub* en vascuence, y, dado el genio de la lengua, pudiera decirse *daub* con la *d* enfónica.

¿Podrán ser casuales estas coincidencias?

Al Sudeste de Kandahâr existe el valle de las Loras, y este nombre también parece eúskaro, pues que *lora* significa flor, por más que algunos pretendan que *lora* en vasco viene del latín *flos-oris*. Esto merece una aclaración. La forma latina es indudablemente más antigua ó está mejor conservada, aunque no sea perfectamente arcaica; es decir, que en latín se alteró menos la forma primitiva en este caso que en el eúskaro, siendo necesario recurrir, para encontrar esta última, á una lengua anterior, de la cual han heredado las otras dos las formas parecidas que hoy presentan. Esto dará, al mismo tiempo, una idea del procedimiento que seguimos en nuestras investigaciones, con arreglo al método de la evolución.

Todos convendrán en que la semejanza de las formas *lor* y *flor* no puede ser casual. Una de las dos lenguas debió tomarla de la otra, ó ambas de una forma anterior; no hay medio. El latín no pudo tomarlo del eúskaro, porque no se explicaría la añadidura de la *f* antes de la consonante *l*, ni por enfonismo ni de ningún otro modo. Mejor se explicaría que el eúskaro la hubiera tomado del latín, porque la supresión de la *f* sería más fácil; pero tenemos motivos para afirmar que tampoco ha sido así. Hay muchos ejemplos en lingüística de esta clase de irregularidades; es decir, que hay idiomas de formación posterior ó más moderna que conservan con más pureza ciertas formas que otros que parecen más antiguos. Así en griego, en latín y en alemán no es extraño encon-

trar algunas formas menos alteradas que en sanscrito. Con los datos que nos proporciona la comparación, vemos que debió haber una forma *blos*, *blot*, anterior á las de *lor* y *floy*, que el alemán conserva mejor en su *bluthe*, flor. Si juzgamos ahora por el predominio de la *ó*, que conservan las otras formas, tendremos que *bluthe* debió haber sido antes *blothe*; y si nos fijamos en la reminiscencia de la *v* en el genitivo latino y en el nombre vasco, debemos colegir que la forma primitiva de la palabra debió haber sido *berothe*, forma que se explica perfectamente por otra eúskara de carácter arcáico, y que conserva un significado que dió lugar, como veremos, por una natural asociación de ideas, á los más interesantes vocablos. Esta forma es el *bero* vasco que sirve de núcleo todavía á infinidad de palabras de los idiomas indo-europeos. Es una palabra importantísima que tendremos que estudiar más adelante; por ahora, sólo diremos que *bero*, forma primitiva de *flos*, de *lor* y de *bluthe*, envuelve el significado de calor, y por asociación de ideas, en una lengua anterior al vasco, también el de vida, creación, expansión y desarrollo, fenómenos producidos por el calor. Este nombre de la flor, considerado en síntesis primitiva como expansión y desarrollo del poder creador de la naturaleza y como exuberancia y belleza de la vida en tan encantador objeto, es un ejemplo que llega casi al origen del lenguaje, y que nos hace comprender ese misterio psicológico de una aparente facultad sintética en las razas primitivas, que tanto llama la atención á M. Renan, hasta el punto de extraviarle, haciéndole suponer riqueza intelectual y de lengua allí donde no hay más que pobreza de términos y una sencilla asociación de ideas.

Si nos fijamos ahora en las terminaciones de estos países: Afganistan, Beluchistan, Kabulichtan, somos

conducidos á una cuestión ya debatida, pero no resuelta.

La terminación *tah* característica de los nombres berberiscos (*Zenatah*, *Mezatah*, etc.) y que según Ibn-Khaldoun, es una terminación plural, ¿no sería idéntica á la terminación *tani*, (*Mauritani*, etc.) que en Africa y sobre todo en España, indica los nombres de los pueblos? M. Renan hace esta pregunta en su *Historia general de las lenguas semíticas*. «La hipótesis, añade, que enlaza á los íberos á las poblaciones indígenas del Africa, encontraría en ello una especie de confirmación.»

No tal; el *tah* africano, como el *tán* iraní y el *eta* eúskaro son variantes de una misma forma evolutiva, que no por eso prueba identidad en esos pueblos. M. Bladé ha demostrado que el *tah* bereber, no es un plural como supone Renan refiriéndose á Ibn-Khaldoun, ni éste ha dicho, á lo que parece, en ninguna parte que lo fuese; pero M. Bladé se extravía á su vez en el estudio que dedica á las terminaciones *tah*, *tán*, *tanus* y *tania* (1). No habría inconveniente en identificar el *tah* al *eta* eúskaro; mas las terminaciones en *tán*, *tani*, *tanus* y *tania* son consideradas griegas ó latinas.

Prisciano de Cesarea en su obra escrita, se dice, en el siglo IV (2), se ocupa en esta terminación *nus*, latina, según él, y que se emplea frecuentemente en el sentido posesivo, como en *Pompeianus* *Cesarianus*. M. Bladé repara una negligencia de Prisciano, añadiendo que muchos nombres de lugar en *i* y en *is*, forman sus adjetivos en *tanus*: Neápolis, Neapolitanus; Calagorris, Calagorritanus, etc. M. Bladé concluye de todo esto, que las desinencias *tanus*, *á*, *um* y *tania* no

(1) Bladé, obra citada, 309, 323.

(2) Priscian. *De octo partibus sermonis*. I. II.



tienen un origen *berber* y que han sido añadidas por los escritores latinos.»

Muy poca curiosidad de espíritu habrá de tener el que se conforme con esta conclusión, porque estas desinencias tendrán también su historia y ¿cual será? ¿Cómo y por qué aparecen en latín significando posesión y envolviendo casi siempre la idea de patria?

Ante todo hay que prescindir en la terminación *us* de la *s*. El uso de la letra *s* en el nominativo, no se estableció hasta bastante tarde en la ortografía latina (1).

Las desinencias latinas no tienen explicación sino por una procedencia *euskara* que pudo haberse efectuado por evolución en el tránsito de los idiomas aglutinados á los indo-europeos, ó más bien, y nos inclinamos á esto último, en el trato íntimo de elementos *eúskaros* y *sabinos* en el Lacio.

La *n* de las desinencias *tanus*, *á*, *um* que, como dice Prisciano, indica posesión, es muy significativa. Únicamente podía haber salido de un genitivo, pero en latín los genitivos no la tienen; si alguno, como *Hominis*, la agrega en este caso, no es más que una reminiscencia de otra forma más antigua: *Guman*, conservada en gótico, y que se repite en el latín *humanitas*. Tan sólo en el *eúskaro* y en algún otro idioma turaniano se encuentra esa *n* indicando posesión en el caso equivalente á nuestro genitivo de plural; así, *faun-en*, de los señores, *Arrieta-en*, de los pedregales. El *Tah* *berber*, no indica por consiguiente el plural, pero el *tani* de *mauritani*, sí. Habiendo admitido el latín estas desinencias posesivas *eúskaras* ó turanianas *eta-en*, las alteró, cosa natural en el tránsito de una lengua á otra, y compuso con ellas sus *tan-u*, *tan-a*, *tan-ia*. Conviene

(1) Egger: *Latini sermoni vetustioris reliquia*.

hacer notar que las terminaciones del latín en *a* y *ia* son perfectamente *eúskaras*, puesto que el artículo vasco *a* ó *ia*, común al masculino, femenino y neutro, se conserva en ellas; sólo la *u*, y después *us*, fué una pequeña variante para expresar el masculino en aquella lengua. Un antepasado de los romanos, de la época en que se verificó el tránsito de estas formas *eúskaras* al latín, que decía, por ejemplo, *Jacetania*, quería indicar con ello, al pié de la letra, lo mismo que entendería perfectamente un vasco: *lo de los países bajos*, siendo la desinencia *etania*, no más que una contracción de las *eúskaras eta-en-ia*.

La lengua latina determinaba los géneros, y conservó solamente á través de la evolución la *a* *eúskara* para el femenino, inventando ó heredando por otro conducto el *us* y el *um* para el masculino y el neutro; pero la desinencia *eúskara á* ó *ia* conserva en latín todavía un carácter de generalidad que lo abarca todo y que no tiene nunca la terminación *us*. Esto marca su origen. *Neapolitanus*, es pura y simplemente el del sitio ó paraje de Neápolis; *Mauritania*, es todo lo propio ó perteneciente al país de Maur. El *ia* determinativo *eúskaro*, conserva aun en latín su carácter acomodaticio á todos los géneros.

Hé aquí resuelta, á nuestro modo de ver, de un modo bien sencillo, esa cuestión de las desinencias en *tah*, *tanus* y *tania* que tanto preocupó á M. Renan y á M. Bladé. La evolución juega un papel en las alteraciones sufridas por esas terminaciones; pero las semejanzas que conservan en países tan lejanos, no indican identidad de lengua, ni de raza, sino una comunidad original en los tiempos prehistóricos.

Esta digresión era necesaria antes de ocuparnos en la formación de estos nombres: *Afhganistan*, *Beluchistan*, *Kabulistan*. Tenemos en ellos el *eta-en-ia*

eúskaro más contraído que en el *tania* latino; pero estas formas se dice que son debidas á un procedimiento moderno. No hay tal cosa; en el *Bundeshesh* (41-12), se lee ya: Cabul y *Cabulicthan*. Los otros pudieron ser formados á imitación de esta antigua forma iraníana. En el Zenda se encuentra también *Uaékereta* y algunos opinan que es una anterior denominación de Kabul. Se ve en ella el *eta* eúskaro perfectamente conservado. Por otra parte, los nombres de *Kabul* y *Beluch* se reducen al eúskaro sin esfuerzo alguno. Tolomeo llama á este pueblo *καρουρα*, (probablemente por *καρουρα* como opina Lassen) y en otra parte *καρουραϊ*. En esta forma, relativamente antigua, se nota la agregación *etai*, como pudiera hacerse en vasco con el *eta*. No cabe duda, pues, de que la desinencia iraníana *tân*, es una contracción del *eta-en* eúskaro, como el *tah* africano y el *tania* latino. Los vestigios toponímicos confirman, por lo tanto, la opinión emitida en páginas anteriores, de que una raza turaníana hablando dialectos eúskaros, ocupó simultánea ó sucesivamente toda esa larga faja de territorio comprendida entre el antiguo país de Iran y los últimos confines de España, habiendo verificado probablemente sus emigraciones en el sentido que hemos descrito ya. A nadie extrañará desde ahora que la raza aryana y la semítica se hayan desprendido en virtud de la evolución, esta última primero y la otra después, en un pasado antehistórico remotísimo, de un tronco turaníano que á su vez tuviera un origen común con el eúskaro, y conservára como éste, cierto número de formas y raíces primitivas que no pudieron menos de heredar juntamente, con alguna tradición y nombres religiosos, las lenguas aryanas y semíticas.

Probado está que el turanismo, y, por consiguiente, el eúskaro, que es uno de sus elementos, proceden del

Asia, por más que no se pueda asegurar que hayan aparecido allí por primera vez. El primer argumento, el que supone que el Arya y el Turan tuvieron orígenes distintos sin conexión alguna, queda destruido; el otro que estriba en la dificultad de que lenguas y razas tan diferentes como la aryana y la semítica arranquen de un tronco turaníano, es desecho por el método de la evolución. Hemos visto cuán fácilmente se explica por él, que variedades, casi imperceptibles al principio, adquieran poco á poco en virtud de leyes conocidas y mediante el poder creador, caracteres cada vez más pronunciados. Tales argumentos acusarían en el que los hiciese ignorancia de un procedimiento de la naturaleza, que no es un secreto ya para la ciencia.

## VI.

Es hoy casi imposible extraviarse por ignorancia ó falta de conocimientos en el estudio del eúskaro, después de la acerada y extensa crítica que de todos los escritores que algo se han ocupado en lo que á este pueblo y á su lengua se refiere, ha hecho M. Bladé en sus *Estudios sobre el origen de los Bascos*; pero este crítico, á pesar de lo concienzudo que es, no es infalible; y nosotros tenemos que señalar algunos de esos errores suyos, porque conviene, para el objeto que nos hemos propuesto, dejar bien sentada la importancia y la extensión que antiguamente tuvo la extinguida familia de dialectos eúskaros, cuyo único representante es el vasco actual.

M. Bladé, hace notar, entre las faltas de Humboldt, la de interpretar por el eúskaro todos los antiguos nombres de lugares que comienzan por *iri*, *uri*, *ili*, *uli*, *eli* y *ely*, y añade que se cae en las extravagancias jus-

tamente reprochadas por Humboldt á sus predecesores, pudiendo explicarse por el vasco de ese modo toda la toponymia del antiguo mundo.

Los nombres de pueblos á los que Humboldt concede origen éuskaró, son entre otros los siguientes:

Iria en la Liguria, Uri en la India, Uria en la antigua Japygia, Ilium, Ilium, en Macedonia, Ulicibiria en la Byzacena (Africa propia), Elija en Armenia menor, y otros semejantes conservando la misma radical. Nombres de ríos y de islas, compuestos también de Iria, Ura, Iliá, hay también muchos.

No se puede desconocer que las interpretaciones de Humboldt no siempre son ciertas. Puede darse el caso que dos lenguas diferentes empleen nombres parecidos aunque con diferente significado para designar una ciudad ó un río; pero cuando en un país, donde hay otros motivos para sospechar la estancia ó el paso de los éuskaros, existen una porción de nombres de pueblos, montañas ó ríos, que conservan raíces y formas propias del éuskaró y tienen además una significación adecuada en esta lengua á la cualidad ó aspecto que les distingue, entonces estas coincidencias reunidas forman una prueba plena y el sistema de interpretación es verdadero y no puede engañar. En los nombres que acabamos de mencionar se encuentra la palabra éuskara *uri*, articulada, *uria*, el pueblo, la ciudad, y *ur*, *ura*, agua, el agua; el tránsito de la *r* á la *l* es regular, y estos nombres se encuentran intactos todavía con el mismo significado en las provincias vascongadas.

En vano Bladé se obstina en querer destruir interpretaciones como estas: Ilarcuris, en Carpetania, que según Astarloa de quien Humboldt se apropia la opinión, significa pueblo de arbejos; Iturbide, pueblo del camino del agua; Turiga, sin fuentes ó sin

agua, etc. ¿Por qué se extraña de tales denominaciones que le parecen absurdas? ¿Por qué se le figura imposible que se edifique un pueblo en un sitio poco abundante en aguas? ¿No existen pueblos modernos que tienen este defecto? M. Bladé no tiene el sentido de lo antiguo.

La mayor parte de las ciudades antiguas tuvieron unos principios tan miserables que no merecían la pena de ser bautizadas con un nombre nuevo. El sitio en que las primeras cabañas, origen y núcleo de las ciudades, eran edificadas, tenía ordinariamente un nombre que le distinguía de los otros sitios y que no había necesidad de reformar. La colina del valle, la altura redonda, el sitio alto ó bajo, la orilla del río, la llanura grande, la cima de la montaña, el fondo del precipicio. Tales eran con poca variación los nombres por medio de los cuales la raza éuskara designaba los lugares de su país. Era guiada para esto por aquellas cualidades principales ó más salientes que harían su vista. Cualquiera otra raza, colocada en igualdad de condiciones, procedería lo mismo ante una tierra virgen é innominada. Después cada uno de los sitios bautizados en globo se diferencia dentro de sí mismo: aquella parte será el *sitio de la sombra*, la otra el *arbejal*, la de más allá, el *camino de los bueyes* ó el *de la fuente*. Que una población llegue á reunirse poco á poco en uno de estos sitios y tomará su nombre. Así no es raro encontrar en la antigua toponymia ibérica sitios que llevan nombres como los indicados, causando la extrañeza de críticos superficiales que rechazan estas interpretaciones sin motivo.

M. Bladé no puede comprender ni concebir que el éuskaró haya tenido más extensión que hoy tiene en la antigüedad y esta es la causa de sus errores. El éuskaró no pudo estar aislado siempre como hoy. Este

caso de supervivencia, como todos, supone antes un estado más abundante y superior. Solitario el eúskaro, reducido á la pequeña extensión que hoy tiene, abandonado de los suyos, rodeado de enemigos sin semejanza con él, hubiera desaparecido ya. No se concibe una existencia tan larga en tales condiciones. Es preciso suponer que es un resto de una cultura general anterior, de un gran imperio acaso, sin historia, ó por lo menos, de una porción de tribus de una misma raza, ocupando una gran extensión del continente.

Precisamente la causa ó motivo que hace dudar á M. Bladé de que los nombres que hemos citado más arriba sean eúskaros, es el mismo que nos confirma á nosotros más, en que lo son, ó por lo menos en que han salido de una fuente anterior que pudo dar origen á los idiomas que los emplearon y al vasco mismo. Así tenemos, por ejemplo, la famosa radical ó palabra *uri* ciudad, en eúskaro, conservada en las inscripciones cuneiformes con el valor fonético turanio *uru* y con la significación asiria de *alu*, ciudad. A nadie se ocurrirá decir por esto que el acadiano y el asirio procedan del eúskaro, ni éste de ellos, sino que esta palabra *ur*, significando ciudad, es una de las más antiguas del lenguaje humano y que ha sido heredada, por estos tres idiomas, de otra lengua más anterior y primitiva. A pesar de todos sus defectos, Astarloa y Humboldt están, pues, más en lo cierto que M. Bladé en lo que se refiere al sistema de interpretación de la toponymia ibérica é itálica.

No podemos seguir adelante sin tropezar siempre con negaciones de este crítico, que nos obligan á tener que criticar á nuestra vez á la crítica misma, representada por él, en lo que al vasco se refiere.

Entre los nombres de lugares que el sabio prusia-

no presenta como incontestablemente íberos ó eúskaros, se encuentran, por ejemplo, *Illunum* y *Bilbilis*. Según Humboldt, *Illunum* de los Bastetanos (1) proviene de *Iluna*, oscuro, negro, que se emplea para designar un cielo nebuloso. «Yo no veo, dice M. Bladé, cómo una ciudad podrá sacar su nombre de un cielo nebuloso; pero sé que *Iluna* está formado de dos palabras: la primera es la radical *il*, *illa*, matar, morir, muerto, y la segunda *luna*. *Illuna* significa, pues, privado de luz, oscuro. Pero *luna* viene del latín y no puede servir, por consiguiente, para interpretar un nombre de lugar anterior á la importación de esta lengua en la Península.»

¿Qué es lo que se habrá propuesto M. Bladé con este comentario? La contradicción en que cae es manifiesta: él quisiera interpretar esa palabra por el latín; pero reconoce que *Iluna* es anterior á esta lengua en la Península, y se ve precisado, á pesar de su repugnancia, á admitir esa etimología del «cielo nublado» y á conformarse con ella. Nosotros, sin embargo, no nos conformamos, porque *Iluna* en vasco es pura y sencillamente un *sitio oscuro*, nombre que conviene como otro cualquiera y que puede estar muy bien adecuado á un antiguo pueblo de la raza eúskara. Las terminaciones *un*, *una*, significan, según Astarloa, á quien no se puede negar un profundo conocimiento de la lengua, un lugar, un sitio, lo mismo que las otras terminaciones *eta* y *aga*.

Siempre, según Humboldt, «*Bilbilis* en la Celtiberia como Bilbao en la actualidad, vienen ciertamente de las radicales, *pil*, *bil*. De la primera se ha formado *píllatu*, de la segunda *bildu*, las dos con la significación de amontonar. Pero *bildu* envuelve también la idea

(1) Ptolomeo II. 47.

de *juntar, recoger, reunirse*. El análisis da, pues, muy naturalmente, el sentido de lugares ó ciudades de reunión. El vascófilo más exigente no tendría nada que reprochar á esta etimología de Humboldt respecto de Bilbilis y de Bilbao; pero M. Bladé no puede creer que *pil* y *bil* sean una radical propia del vasco. Gracias que conceda que en esta lengua sea:  $p=b$ ; por lo demás, el eúskaro, según él, no ha hecho más que acordar hospitalidad á esas raíces; porque se encuentran en bajo latino: *pillota*, en italiano; en español y en provenzal, *pelota*; en francés *pelote*, *pile*, *empilér*; es decir, reunión, amasijo, agregación, etc. «De modo, que Bilbilis, fundada antes de la venida de los romanos, como Illuna, tendría una etimología latina ó no tendría ninguna. Hemos dicho que la causa principal de los errores de aquel crítico consiste en la preferencia acordada por él á la lengua latina siempre que se trata de establecer alguna reducción cuyos términos son parecidos en vasco y en latín. En caso de duda, supone siempre que el vasco se aprovechó de palabras latinas, y no puede suponer, en su desconocimiento de la evolución, que el eúskaro como el latín y otros idiomas tengan ciertas raíces y aun palabras hechas, de un idioma anterior; y, sin embargo, el presente caso es buen ejemplo de esto: palabras iguales ó con la misma raíz, conservando idéntico significado, que el vasco no pudo tomar del latín, por haberlas usado acaso antes que esta lengua se formase, y que el latín tuvo que tomar de otra en la que debieron existir primero; no es decir esto que no tenga el vasco algunas palabras de origen latino, introducidas después de la dominación romana, que como *era, ora, ceru*, y otras, tienen un sello de novedad que es difícil de confundir con las verdaderamente arcaicas. Además, la palabra latina, admitida en eúskaro, queda ais-

lada y sola; si es sustantivo, no se verbifica, y si es verbo no se sustantiva; es decir, que no llegan á tener transcendencia jamás en esta lengua, y se distinguen también en que expresan objetos, abstracciones y necesidades de una sociedad más adelantada. Es, por lo tanto, impropia de una crítica seria la explicación por el latín, en todos casos, de los parecidos que puedan presentarse en ambas lenguas.

Lo mismo pudiera decirse de otros reparos que M. Bladé pone á la toponymia ibérica de Humboldt, que de la de Astarloa en su mayor parte. No concibe, por ejemplo, que Ilarcuris pueda significar arbejal ó pueblo de arbejos, ni que Lassisa pudiera llamarse la ciudad de las cenizas; sin hacerse cargo de que hoy todavía, el pueblo del Escorial y el palacio de las Tullerías no deben sus nombres sino á otros tan humildes como escorias y tejas. No comprende tampoco que el *ach* ó *aitz*, igual á roca ó piedra en eúskaro, pudiera convertirse en *ast* para formar el nombre de multitud de ciudades, siendo ese tránsito tan natural sobre todo en boca de pueblos que ya no conocen la pronunciación vasca. Es cierto que hay otras palabras en eúskaro cuya formación ó parte esencial es el *ast*; pero su significación no es tan adecuada ni primitiva para poder dar nombre á los lugares. Los nombres que con esta raíz, llevan consigo el *ur* ó *uri*, vasco también, como Asturias y Asturica ó Astorga, tienen un sello eúskaro innegable que viene á confirmarse, más si cabe, con lo adecuado de la significación. Y á propósito de esta palabra *aitz* debemos hacer notar que en ninguna lengua se puede estudiar mejor la historia de las palabras. Esta, por ejemplo, nos hace tocar las edades prehistóricas y es indudable que fué usada y formó parte de alguna lengua hablada por los hombres de la edad de piedra; y la prueba está en los

compuestos: *aizkora*, el hacha, *aitzurra*, el azadón, y *aiztto*, cuchillo, empleados todavía en las provincias vascongadas, que nos hacen conocer la materia con que se fabricaron en un principio estos instrumentos prehistóricos. Hé aquí palabras bien antiguas, y que sólo el eúskaro conserva con carácter tan probadamente arcaico. Y no se diga que estas son etimologías de un vasco, ni de Larramendi, ni de Astarloa, ni de Humboldt que pudieran parecer parciales, sino del hombre que sabe hoy mejor que nadie el eúskaro, del príncipe L. L. Bonaparte (1).

Por último, M. Bladé, siguiendo en su tema de rebajar la importancia del eúskaro, llega hasta negar la conversión natural de la *r* en *l*, en *iria*, *uria*, *ilia*, *ulia*. Este tránsito, sin embargo, está reconocido por todos los filólogos; es una de las leyes de Grimm, confirmada por la observación en los idiomas indo-europeos y regla general y constante en todos los demás. Los romanos sustituyeron muchas veces la *l* á la *r*, en los nombres íberos, y dijeron, por ejemplo, Iliberis por Iriberris, lo mismo que los españoles en el Perú dijeron Lima, por Rimac, y que los chinos llaman á los franceses *folanci*.

Ya hemos hecho notar que todas las ciudades cuyos nombres cita M. Bladé, casi asombrado de que se quiera ver en ellas algo eúskaro, pertenecen á pueblos y á razas que tuvieron sin duda un fondo común de raíces, sino con el eúskaro, con una lengua análoga, anterior á todas ellas. No tiene, pues, nada de extraño que las palabras *uri* ó *iri*, *uli* ó *ili*, conservadas por el vasco en su verdadero significado, entren en la formación de esos nombres de pueblos tan diferentes y

(1) V. *Etudes de Linguistique et d'Ethnographie*, pág. 238. Hovelacque, A. Vinson.

tan distantes entre sí, cuando se sabe que la tradición hebrea hace proceder al pueblo elegido, de *Ur*; que en latín el nombre por excelencia de la ciudad es *Urs*; que el griego *polis* se reduce naturalmente á *oris* ó *uris* sin más que eliminar la *p* enfónica, usada también en el vasco; que en alemán *Dorf* y *Bolk* tienen por núcleo el *ur*; y que en fin, el acadiano *uru*, *eri*, de los cuneiformes es, como ya hemos hecho notar, el nombre *alu* de ciudad, en los asirios (1).

Es esta, como vemos, otra palabra de larga historia y de alta antigüedad, que el vasco conserva también en toda su pureza primitiva.

Creemos, sin embargo, que los compuestos con *eli* no deben reducirse á *uri*, puesto que *eli*, tiene una significación en vasco que no es precisamente la de pueblo, sino de reunión y que pudo dar lugar á nombres de ciudades.

Ahora, esta persistencia de las palabras *uri*, *iri*, *eli*, *ur*, en tantos nombres de pueblos, ciudades y ríos como citan Humboldt y Astarloa, y copia M. Bladé, ¿no hace sospechar con fundamento que pudieron ser designados así en idiomas oriundos de una lengua eúskara ó al menos muy próxima y parecida á ella? Que esto no tiene nada de imposible, sino que es al contrario lo más lógico, se comprende en seguida recordando lo que hemos dicho respecto de la evolución en el lenguaje.

El libro en que Humboldt, secundando á Astarloa, dió á conocer la toponimia eúskara (2), tuvo un éxito del cual se lamenta M. Bladé. Los cuerpos sabios,

(1) V. *Assyrian Grammar*, A. H. Sayce, *Silabary*, pág. 5, Londres.

(2) *Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne*, 1821; Humboldt.

dice él, han acordado á esta obra sus recompensas y sus supremos elogios.

Silvestre de Sacy (1) la ha aprobado sin reserva; Michelet, le concede entera fe (2); Jauriel (3), Amadeo Thierry, Ampér (4), y la masa de historiadores, filólogos y numismatas, han seguido la vía trazada por Humboldt. M. Bladé, á pesar de las cortapisas que pone al sistema de interpretación de Humboldt, no logrará contrarestar tan poderosos testimonios, porque en esta materia por lo menos, la razón no le asiste, según hemos procurado demostrar aunque no de una manera completa, pues la índole de estos estudios no nos consiente descender á todos los detalles. *Intelligenti pauca.*

## VII.

No es M. Bladé, ciertamente, el único crítico enemigo de la extensión y de la influencia del eúskaro. Parece haberse puesto de moda la idea de prescindir del vasco en los estudios filológicos, ó por lo menos, dejar de considerarle como lengua digna de profundo estudio por su importancia. «Si el sistema de Humboldt, dice un académico español, pudo seducir en otros tiempos, hoy se encuentra próximo al más completo desprestigio, pues hasta sus mismos partidarios contribuyen á arruinarlo.»

Sí; es verdad; en el hecho, tiene razón el Sr. Tuvino; pero, ¡qué manera tan superficial de ver las cosas no revela esa crítica que juzga y condena el sistema de

(1) *Journal des Savants*, 1821: págs. 587-93 y 643-650

(2) Michelet, *Histoire de France*, págs. 237-47.

(3) *Histoire de la Gaul. meridionale sous les conquérants Germains*, tomo 2.<sup>o</sup>

(4) Ampér, *Histoire Romaine á Rome*.

un hombre de genio, que después de todo ve más por intuición que los hombres de detalle con su ciencia, tan sólo por algunos defectos ó equivocaciones! ¿Qué importa que Phillips, por ejemplo, reconozca cuán exageradas y gratuitas son las pretensiones de Humboldt, intentando explicarlo todo por el vascuence, lo cual no es cierto, pues Humboldt reconoce las influencias celta, semita y arya en la Península, ni dice que el vasco sea la lengua ibérica toda, sino *la más antigua forma de lenguaje* que se habló en España; ó que Zobel de Zangronis y otros, supongan ilegítimas sus conclusiones, echándole en cara no saber á la perfección los ocho dialectos eúskaros? ¿Los saben ellos acaso? El único que podía ser voto en la materia es Van Eys; pero Van Eys no sale precisamente de los dialectos; no estudia ni comprende los tránsitos sino dentro de los dialectos. ¿Qué se quiere que salga de esta crítica mezquina cuando es preciso seguir la evolución de una palabra á través de mil choques de lenguas diferentes que la hacen desgastarse, para reconocerla aún? Van Eys, demuestra, por ejemplo, que *acha*, *aitza*, nunca se ha convertido en *asta*, puesto que *ach*, vizcaino, es *aitz*, guipuzcoano, y *haich*, laburdino, habiéndose perdido la *i* como en *aize* que los vizcainos pronuncian *ache*. Resulta, pues, que *aitz* ó *ache*, nada tienen de común con *ast*; y de esto se deduce que la filiación eúskara de los lugares que empiezan con *ait*, desaparece por completo, y se sospecha que *ait* venga del griego ó quizás del fenicio.

Veamos esto; aparte de los nombres existentes en las mismas provincias vascongadas donde todo es eúskaro, fuera de la posterior influencia romana, como *Asta*, *Astequieta*, *Astoviza*, *Astorga*, *Astulex* en que por precisión el *ast* significa roca, hasta por la coincidencia del sitio, ó no significa nada, tenemos que

Van Eys discurre de este modo: no hay hoy ningún dialecto eúskaro en el que *ast* signifique roca; este nombre se expresa en eúskaro por *ach*, *aitz* ó *haich*; es claro, pues, que los nombres en *ast* no son eúskaros; y sin más, queda resuelta la cuestión para él y para otros vascófilos que podrán ser muy ilustres como tales, pero que no debieran meterse en otras cosas ajenas acaso á sus estudios.

¿Qué importa que el más profundo conocedor del eúskaro asegure que en ningún dialecto se trueque *ura* en *ula* ó *uria* en *ulia*? ¿Quién le dice á él que si vienen mañana unas hordas chinas por ese país, en la dificultad que tienen de pronunciar las *erres*, no las truequen en *elss*?

No ha querido nunca decir Humboldt que el tránsito se hiciese en los dialectos mismos, sino en el choque con otras lenguas nuevas. Figurémonos que á la venida de los celtas ó de los romanos, la palabra Asturias fuese Aitzuriac ó *Achturiac*; es claro que los celtas ó romanos procurarían simplificar la pronunciación diciendo Asturias. Hé aquí explicados bien sencillamente todos los inconvenientes. Esto, dado el caso de que no fuese *ast* una forma paralela antiguamente de las otras tres, como debe suponerse en vista de los nombres existentes aun en las provincias. Pero ¡ya se ve! para ciertos hombres que no ven más que el detalle en todo, algunos errores ó descuidos de Humboldt son imperdonables. ¿Qué es eso! ¡Hacer venir Astigarraga de *ast* roca, siendo así que viene de *astigar* tilo! ¿Y llegar á creer que Urbino y Orbieta procedían del eúskaro, cuando Urbino fué antiguamente *Urbisbina* y Orbieta *Urbs-Vetus* como lo ha demostrado Charnock!

¡Ah señores críticos! cuando un escritor abarca la inmensidad de cosas que abarcó Humboldt, no puede

ocuparse en todos los detalles; él sabe que algunos errores de poco más ó menos van en sus obras y deja al tiempo el cuidado de enmendarlos; pero un par de errores locales no pueden anular un sistema repleto de hechos y de pruebas, lo mismo que media docena de críticos gramaticales no bastan para hundir á Humboldt. Cuando uno de estos hombres de genio viene al mundo con una misión científica, no hay ejemplar de que su intuición le engañe en las grandes líneas de una teoría. Y que Guillermo de Humboldt es acaso un lingüista superior á todos, lo prueban su espíritu de investigación analítica, su vasto tesoro de práctica ciencia etnográfica y el uso que hizo del estudio de las lenguas, empleándolas como medio de llegar á un conocimiento más exacto de las formas del pensamiento y viendo en su desarrollo armónico una fuerza superior á la mente humana.

El más prudente de todos estos críticos, aunque inclinándose al parecer de Van Eys y Vinson, es M. Abel Hovelæque: «Pensamos, dice, que el nombre de Humboldt no basta para producir convicción. Posible es que sus presunciones hayan sido justas; posible es y hasta *verosímil* y *probable* que los antiguos habitantes de la Iberia hayan hablado una lengua aliada al vasco ó quizá una forma más antigua del vasco; pero no admitimos de ningún modo que esto se halle probado.»

No sabemos qué clase de pruebas serán necesarias para llevar la convicción al ánimo de los modernos críticos. Tenemos, este es el hecho, la lengua eúskara sola y sin parecido á las faldas del Pirineo; no hay recuerdo tradicional ni histórico que se refiera á la invasión ó llegada de tan extraño pueblo, como hay de los celtas ó de los germanos; existen huellas y vestigios diseminados en todas partes de España, de



Italia y hasta de Grecia, si bien, mezclados á veces y desfigurados en parte por otros pertenecientes á pueblos sobrepuestos á causa de diferentes y posteriores invasiones; estos vestigios ó nombres éuskaros de localidades, tienen todo el sabor y el aire de familia de los vascos actuales y (lo que es decisivo por las coincidencias) tienen verdadera adecuación entre el significado y el sitio; ¿cómo no confesar que son éuskaros? Esta es la piedra de toque. El mismo Humboldt, al dar la etimología vasca de Astura, en Italia, lo hace con timidez y recelo, confesando que no hay rocas en las arenosas riberas de aquel río. Hoy se cree que Astura procede de *Stura*, que viene á su vez del céltico *dur*, agua. Enhorabuena; pero este *dur* pudiera demostrarse que, á pesar de ser el nombre del agua en celta, ha tenido una forma más antigua en el *ur* éuskaro, agua también, ó mejor dicho, en un antecesor de ambos idiomas. El éuskaro emplea la *t* eufónica antes del *ur*, en ocasiones, sobre todo en composición; y el nombre de *iturri*, fuente, no tiene otro origen. Bien visto, pues, si Humboldt se equivocó en la etimología de Astura, no es menos cierto que á la larga, se encuentra esta etimología más arcaica en el éuskaro que en ningún otro idioma, pues conserva en él su núcleo en la forma más simple y primitiva: *ur*.

Por lo demás, importa poco para los fines de la ciencia que los primeros habitantes de España hayan hablado ó no hayan hablado el éuskaro; basta sólo reconocer en esta lengua un resto del lenguaje primitivo, conservando raíces y formas antiquísimas y más puras que otro cualquier idioma de los que han podido influir en la religión y cultura de nuestra raza.

Pero no es fácil saber qué otra lengua pudo haber sido hablada en el Mediodía de Europa antes de las invasiones aryanas, como no sea el éuskaro ó dialectos

tos, antecesores suyos, de la misma familia. De ningún otro idioma quedan restos anteriores á esta época. ¿No se impone como lo más natural, sencillo y verosímil el creer en la dominación de una raza mongoloide con civilización turaniana y lenguaje éuskaro en aquel tiempo? ¿No vienen á confirmar esto mismo los testimonios geológicos y los caracteres antropológicos? Pues si esto es así, ¿á qué ese empeño en negar la extensión y la influencia del éuskaro? ¿Por qué rebajar la importancia de los trabajos de Astarloa y de Humboldt? ¿Por qué no confesar que aunque no sea más que una hipótesis, así como pasa en las ciencias naturales, conviene suponer la existencia del éuskaro en los tiempos prehistóricos como punto de partida de la investigación científica?

Nosotros suponemos una invasión éuskara que se sobrepuso á los pueblos autochtonos, de raza khamítica, probablemente, ó *bereberes*, según motivos que hay para sospecharlo así (1); invasión, por otra parte, muy anterior á las invasiones aryanas.

Se ve, pues, como es posible reconocer gran importancia y extensión al éuskaro (2) dentro del método científico, sin pasar plaza de vasco-maniacos, que es el duro epíteto con que algún ligero escritor ha motejado á los exagerados partidarios del vascuence. Negar por negar se puede negar todo. ¿No ha negado Dugald Steward la existencia del sanscrito? Pero este descrédito del éuskaro pasará como pasa todo lo que no tiene razón de ser. Una reacción en buen sentido comienza á iniciarse ya. En la discusión sosteni-

(1) *Los aborígenes ibéricos ó los bereberes en la península*, por don Francisco María Tuvino.

(2) Siempre que empleamos esta palabra *éuskaro*, refiriéndose á tiempos antiguos, entiéndase: conjunto de caracteres antecesores parecidos.

da durante estos últimos meses en la importante revista inglesa *The Academy*. M. Julien Vinson, profesor de la Escuela de lenguas orientales vivas de París, ha sostenido con brillantes datos que el Oeste y el Norte de Europa fueron poblados en los tiempos prehistóricos por razas que hablaban lenguas que se refieren al tipo eúskaro.

Probada esta opinión, puede deducirse la uniformidad de lenguaje en toda Europa antes de las invasiones aryanas.

El origen y clasificación del eúskaro es, en nuestro concepto, cosa averiguada; llegó, pues, la hora de sacar las consecuencias de estos hechos y aplicarlos á la investigación científica.

## LA ONOMATOPEYA BER.

Hemos visto que el eúskaro no se parece en su estructura á los idiomas indo-europeos, y que es una lengua conglutinada, cuyas analogías se encuentran, más que en ninguna otra parte, en los idiomas americanos. Añadiremos que tiene para distinguir los casos un sistema de proposiciones que la aproximan bastante á las leguas tártaras pertenecientes al Asia central y al grupo finés, grupo que comprende, no sólo los idiomas del Nordeste de Europa, sino todos los que se hablan en la Rusia septentrional hasta la extremidad del Kamtchatka.

Es de notar que el empleo de las posposiciones es anterior, en la evolución de las lenguas, al empleo de los casos, como éstos lo son al de las preposiciones. No hay ejemplar de que las preposiciones hayan sido usadas jamás antes que las posposiciones y los casos, y éstos no son más que el resultado de la conglutinación de las posposiciones á las palabras.

Hé aquí el procedimiento evolutivo en sus diferentes grados: primero la radical casi siempre monosilábica; después la radical seguida de posposiciones correspondientes al período de conglutinación; la ra-

da durante estos últimos meses en la importante revista inglesa *The Academy*. M. Julien Vinson, profesor de la Escuela de lenguas orientales vivas de París, ha sostenido con brillantes datos que el Oeste y el Norte de Europa fueron poblados en los tiempos prehistóricos por razas que hablaban lenguas que se refieren al tipo eúskaro.

Probada esta opinión, puede deducirse la uniformidad de lenguaje en toda Europa antes de las invasiones aryanas.

El origen y clasificación del eúskaro es, en nuestro concepto, cosa averiguada; llegó, pues, la hora de sacar las consecuencias de estos hechos y aplicarlos á la investigación científica.

## LA ONOMATOPEYA BER.

Hemos visto que el eúskaro no se parece en su estructura á los idiomas indo-europeos, y que es una lengua conglutinada, cuyas analogías se encuentran, más que en ninguna otra parte, en los idiomas americanos. Añadiremos que tiene para distinguir los casos un sistema de proposiciones que la aproximan bastante á las leguas tártaras pertenecientes al Asia central y al grupo finés, grupo que comprende, no sólo los idiomas del Nordeste de Europa, sino todos los que se hablan en la Rusia septentrional hasta la extremidad del Kamtchatka.

Es de notar que el empleo de las posposiciones es anterior, en la evolución de las lenguas, al empleo de los casos, como éstos lo son al de las preposiciones. No hay ejemplar de que las preposiciones hayan sido usadas jamás antes que las posposiciones y los casos, y éstos no son más que el resultado de la conglutinación de las posposiciones á las palabras.

Hé aquí el procedimiento evolutivo en sus diferentes grados: primero la radical casi siempre monosilábica; después la radical seguida de posposiciones correspondientes al período de conglutinación; la ra-

dical sometida á la flexión como en las primeras lenguas indo-europeas; por último, la preposición seguida de la radical como en las modernas.

Estas observaciones sobre la declinación en el lenguaje pueden servir para fijar de un modo relativo la edad de las diferentes familias de idiomas. Antes de saber esto, los gramáticos tenían este axioma: «el artículo precede al nombre como el Lictor marcha delante del Cónsul.» Si hubieran conocido los idiomas conglutinantes, hubiesen dicho que era un escudero marchando detrás de su señor. La anterioridad del eúskaro y de los idiomas turanianos sobre los arianos no admite duda por consiguiente. El estudio del vocabulario de estas lenguas prueba además que estas razas carecían de una porción de conocimientos que se encuentran desde su origen en los pueblos indo-europeos. Esta marcha general del lenguaje que hemos determinado solamente respecto de las declinaciones, puede estudiarse también en la evolución particular de los idiomas.

En el primer estado de la lengua egipcia, las radicales poseen la facultad de ser empleadas como sustantivos, como verbos y como partículas, sin que la escritura sufra por eso cambio alguno.

La idea de indicar, por una modificación, el papel de la palabra en la frase, ha venido mucho después. El espíritu suplía á las formas indicativas de la categoría gramatical, de la misma manera que hoy todavía empleamos un adjetivo en su sentido adverbial. Se han servido los hombres, pues, de la palabra, al principio, con su sentido general é indefinido que no comprende más que la noción fundamental que había que explicar.

Este hecho que se observa también en el antiguo chino parece ser una ley del lenguaje.

Los pensamientos expresados por los primeros hombres eran tan sencillos y tan poco abstractos, que la inteligencia, para coger su sentido, podía descuidar el empleo de las flexiones que subordinan las palabras entre sí. Las flexiones se introdujeron gradualmente, consistiendo primero en ciertas radicales empleadas á título de calificativos, signos, nombres, modos y tiempos, y acabando por ser exclusivamente reservadas á este papel excepcional. Nada pone de manifiesto mejor este hecho que la comparación del chino antiguo y moderno.

En el *Kouan-hoa*, lengua llamada impropriamente de los mandarines, se emplean como pronombres relativos, auxiliares y marcas de tiempo, palabras que en el *Kou-wen* ó lengua antigua, figuran con su sentido propio de radicales abstractas.

El egipcio sigue la misma ley.

Ahora bien, de todas esas radicales ó palabras primitivas empleadas como simples nombres, verbos simples ó pronombres simples, salieron por individualización de sentido, por combinaciones, derivación y composición, los nombres sustantivos y adjetivos, los verbos conjugados con sus participios, los adverbios, las conjunciones, las preposiciones y los artículos. De no tener en cuenta estos hechos, que son la base de la ciencia del lenguaje, se caerá en el error de creer que los hombres empezaron por inventar un nombre para cada cosa.

Sin estos antecedentes no sería fácil probar la identidad de ciertas formas arianas y turanianas; pero la ciencia, facilitando el conocimiento de los elementos del lenguaje, alcanza á las primeras manifestaciones de la inteligencia. Comprendiendo toda la sorpresa que el sistema de interpretación de un nombre ariano, semítico ó egipcio por el eúskaro, tártaro ó *mant-*

*chu*, puede causar aun en aquellos filólogos que no se han elevado en sus comparaciones más allá del sanscrito ó del aryaco, no nos habríamos atrevido á presentarlo sin mayores desenvolvimientos; pero la opinión respetable de un profesor ilustre nos abona, y la ciencia exige ya que se pongan de una vez y frente á frente el aryanismo con el turanismo para compararlos.

Hé aquí este pasaje de Max Muller en una de sus conferencias públicas sobre la ciencia de la religión.

«Los nombres de las principales divinidades, las palabras también que expresan los elementos esenciales á toda religión, tales como *oración, sacrificio, altar, espíritu, ley, fe*, han sido conservadas entre las naciones aryanas y semíticas, y esta preservación no puede explicarse sino de una manera. Este primer punto esclarecido se podrá abordar con más esperanza de éxito, un estudio comparativo de las religiones turanianas, porque no es permitido, en mi concepto, dudar de que al lado de las religiones primitivas de los aryanos y semitas, haya habido igualmente una religión turaniana primitiva antes que cada una de estas razas se dividiese en muchas ramas por la lengua, el culto y el sentimiento nacional.»

Esa preservación de las palabras sagradas en las razas aryanas y semitas no puede explicarse en efecto, sino de una manera: por la comunidad de origen que sólo pudo tener lugar en el seno del turanismo, de donde surgieron después esas dos ramas en virtud de la evolución.

A nadie deberá sorprender de ahora en adelante que un pueblo de lengua turaniana, como el eúskaro, haya tenido una influencia compartida, sin embargo, con las otras ramas del turanismo, en la cultura y en la religión de los aryanos y semitas. Es cierto que el eús-

karo, bien sea, como siente Humboldt, por haber conservado mejor la pureza de sus formas, ó por haber sido, lo que es más probable, en aquellos primitivos tiempos el más extendido de todos los idiomas turanianos, ejerció á nuestro modo de ver mayor influencia que los otros.

La palabra *bero* no es precisamente eúskara por más que en este idioma nos ofrezca una de sus más importantes significaciones, la de *calor*, puesto que su homónimo turco *bar* presenta la no menos interesante de fuego, y que otros muchos idiomas, como veremos luégo, la poseen con ligeras variantes expresando las mismas ideas ó las consecuencias que de ellas se desprenden; pero el eúskaro conserva, á no dudarlo, la más pura forma primitiva: *Ber*.

Esta palabra encierra en sí una onomatopeya curiosísima que nos hace remontar á los orígenes del lenguaje. Es una de las palabras más antiguas y que nos va á instruir en el procedimiento empleado por los hombres cuando empezaron á querer expresar sus pensamientos por medio de la voz.

Hagamos abstracción de la cultura actual de la humanidad. Figurémonos una familia de la edad de piedra, que no ha tenido todavía ocasión de aprender á servirse del fuego para condimentar sus alimentos ni para calentar el agua. Hubo un tiempo en que el hombre estuvo así.

Por primera vez á un individuo de esta familia se le ocurre coger una vasija, llenarla de agua y aproximarla al fuego. Al poco rato la familia sentada en el hogar siente un ligero rumor que sale del fondo de la olla; el ruido crece; se aproximan todos y entre nubes de vapor que despide el agua aprisionada, se ven ¡oh pasmo! multitud de ampollas ó burbujas que se chocan, que se aprietan, que se rompen. El agua está

en movimiento, el agua hierve, el agua vive. ¿Es, pues, un sér animado? La familia se contempla atónita. ¿Qué sér, qué espíritu de vida habrá allí dentro? El agua, en tanto, sigue murmurando su *ber, ber, ber, ber*.

Este fenómeno del agua hirviendo, que á nadie llama ya la atención, debió impresionar vivamente el ánimo de los que primero lo observaron. Sería un error indisciplinable juzgar la humanidad primitiva por la actual. Aquella tenía otro modo de ver las cosas, de sentir, y, por lo tanto, de pensar. Hay entre esos dos grupos de generaciones humanas la diferencia que entre un niño y un hombre. Todo interesa y excita la curiosidad del primero, por lo mismo que no comprende nada; y si no se le inculcan nociones exactas de las cosas, mil ideas absurdas se apoderan de él; mientras que sólo llama la atención del segundo lo inesperado y nuevo, cansado ya de ver los fenómenos ordinarios de la vida. Pero en la infancia de la humanidad era milagroso y sorprendente mucho de lo que hoy nos parece ordinario y natural. La explicación que los antiguos se daban de los admirables fenómenos de la naturaleza, contribuía, más que nada, á aumentar su turbación y respeto, viendo en todos ellos una causa animada, un soplo vital y, por consiguiente, un poder y una voluntad. Atraerse el amor, ó por lo menos la simpatía de estos seres temibles, de buena ó mala intención, pero siempre fuertes, siempre poderosos, contra los cuales toda resistencia era inútil, debió ser el empeño de los primeros hombres. Mas ¿cómo lograr su amistad? ¿De qué modo obligarles á ser buenos y compasivos? Nada más fácil. Ellos, como los hombres, deben agradecer los dones, ablandarse con los ruegos, aplacar su ira, desfogar su cólera con la sangre de un sér cualquiera; de ahí la *ofrenda, la oración, el sacrificio*.

La religión y el culto surgieron, pues, lógica y espontáneamente del discurso humano en presencia de la naturaleza animada. Si bien es cierto que los más antiguos documentos religiosos que nos quedan, no representan este primordial estado religioso del género humano en toda su sencillez original, indican, sin embargo, suficientemente, como debió ser. En un principio hubo tantos dioses como poderes ocultos ó agentes animadores eran supuestos en los fenómenos. Cada uno de éstos tenía el suyo. A pesar del alto grado de evolución religiosa que representan ya los Vedas, hay pasajes en que el número de dioses se eleva á 300 y á 3.000, distinguiéndose en grandes y pequeños.

Es un recuerdo de la antigua pluralidad.

Sin embargo, ya desde los tiempos más remotos empezó á operarse un movimiento lógico de concentración caminando á la unidad: un Richi dice: «Ninguno de vosotros, ó dioses, es pequeño ó grande; todos sois grandes;» y otros se elevan ya al más puro mono-teísmo.

Los hombres llegaron á comprender que un mismo agente podía obrar y manifestarse en diversos fenómenos, y la pluralidad primitiva fué reduciéndose poco á poco. Una gran división debió establecerse desde luégo en medio de la infinita variedad. Los fenómenos celestes son manifestaciones de un poder diferente del que agita y produce los que tienen lugar acá en la tierra. De aquí la famosa *Dyada* creatriz, alma del cielo y alma de la tierra, primer dogma de la teogonía india, el padre y la madre de todo lo creado, Dyaus-Pitar, el cielo padre y Prithyvi-mâtar en los aryas asiáticos; el Thir escandinavo y el Tius tudesco, con Herta y Nertha, en los europeos.

La trinidad de Brahma, Vichnu y Siva es posterior-

En los Vedas no se hace mención de ella todavía. La primera trinidad védica tuvo su origen en una división anterior de dioses superiores, medios ó atmosféricos, é inferiores ó de la tierra. Tomando el principal de cada una de estas tres clases resulta una especie de trinidad: Varuna, Indra y Agni. Según Wilson, estos tres dioses no son más que uno, personificación del alma del universo *maha atma*; el svayambou de las leyes de Manú. Esta idea monoteísta existe en los himnos de la última época.

En los *Nascas* se establece otra división más filosófica. Se refunden en una unidad todos los poderes, agentes ó principios del bien, y en otra todos los del mal. La lucha entre los elementos de la naturaleza se engrandece, simplificándose, representándose en dos personalidades, Ahoura-Mazda y Arímanes; pero el buen principio triunfará del malo. No habrá más dios que Ahoura-Mazda. El destino de la religión en las razas superiores, es, pues, llegar á la unidad; y nosotros apenas conocemos, de los pueblos históricos, sino ese último período de su evolución religiosa, que si no fuera por los muchos vestigios que nos han dejado de su desordenado politeísmo, nos veríamos tentados á creer que la unidad de Dios había sido siempre el dogma de la humanidad. Los libros santos que poseemos, los Vedas, los *Nascas*, la Biblia, reflejan el pensamiento religioso de aquellos pueblos; pero no son bastante antiguos para iniciarnos en el misterioso origen de los mitos.

El mito en su nacimiento pertenece al estado primordial del espíritu humano. Solamente comprendiendo este estado mental que puede ser comparado con el del niño ó el del salvaje, se conseguirá ver claro entre tanta niebla.

La causa principal que convierte en mitos los más

ordinarios fenómenos de la vida, es, como hemos dicho, la creencia en la animación de la naturaleza entera. De esta creencia en la animación de una cosa cualquiera, á la de su personificación, no hay más que un paso.

Esta manera semi-infantil de ver las cosas existe en el salvaje de todos tiempos, y se observan de cuando en cuando todavía reminiscencias de ella en la historia de pueblos civilizados. La niña que castiga su muñeca, el hombre grave que da un puntapié al banco ó á la silla que le ha hecho tropezar, como Jerges azotando el Helesponto ó Cyro secando el Gyn-dés, revelan esa tendencia á ver la vida y la personalidad en todos los objetos de la naturaleza. ¿No se ha formado causa y condenado hace poco más de dos siglos en Asturias, á un enjambre de ratas que molestaban á un pueblo, ni más ni menos que el Tribunal del Pritanco en Atenas hacía lanzar fuera del territorio á cualquier objeto inanimado que causase la muerte de un hombre? Otros dosejemplos citados por Tylor en su *Primitive culture* son también claros vestigios de ese estado psicológico primitivo: la antigua ley inglesa que declaraba *deodand*, ó dado á Dios, es decir, confiscado y vendido para los pobres, no solamente toda bestia que hubiera muerto á un hombre, sino hasta una rueda de carro que pasase por encima de él, ó un árbol que le aplastase al caer; y esa costumbre alemana que hace prevenir y avisar la muerte del amo de la casa á las abejas del jardín y á los ganados del establo, y remover hasta los sacos de trigo y los muebles todos á fin de que se enteren de que el señor no existe ya. Todo esto parecerá inverosímil allí donde las costumbres hayan llegado á desaparecer; pero no por eso la doctrina de la vitalidad universal ha de ser considerada como una ficción filosófica moderna ó un mo-

do poético de hablar en los tiempos primitivos. No, la animación de la naturaleza con esas ideas de vida y de voluntad que llegan á personificar los fenómenos y los objetos, fueron propias de los primeros hombres, y á nosotros nos queda todavía alguna reminiscencia de aquella manera de sentir. Platón está bien cerca de nosotros en el tiempo, y á pesar de su genio, creía que los astros eran seres animados. Los griegos y romanos personificaban también los ríos, los vientos, las nubes. Todas estas ideas, lejos de ser meras fantasías ó simples metáforas, proceden de una reflexión muy lógica y muy seria; vienen á ser el sistema filosófico de las primeras razas, grosero, si se quiere, pero el único que podía darles razón de los fenómenos á falta de leyes naturales.

Hé aquí ahora por qué se ha tardado en descubrir el origen de los mitos. A parte de que *la etimología de los nombres es además y al mismo tiempo, la guía y salvaguardia del mitologista*, como dice Tylor (1), los exegetas y los críticos no se colocaban en ese punto de vista, y seguían juzgando el mito con arreglo á sus principios, á su educación y á otro sistema del mundo enteramente distinto y que no podía, de ningún modo, producir verdaderos resultados. Menester es, por consiguiente, identificarnos con aquel modo de ver y de pensar del hombre primitivo. Tenemos ya la clave principal en esa filosofía de la animación del todo. No se necesita más, para tener éxito, que seguir el curso lógico de la asociación de ideas partiendo de ese principio.

Ahora comprenderán perfectamente nuestros lectores por qué un fenómeno tan insignificante hoy, como la ebullición del agua, pudo producir y produjo

(1) *Primitive culture*; E. Tylor, pág. 289, tomo 1.º, Londres.

sin duda tal sorpresa en la familia prehistórica. Ella adquirió el convencimiento de que el agua sometida á la influencia del fuego cobraba aliento y vivía. Al recordar después, todos los fenómenos que acompañaron al hervor, el desprendimiento de vapores, la formación de las ampollas, el calor intenso, y, sobre todo, el inexplicable rumor, no se les pudo ocurrir para expresar todo eso nada más á propósito que la onomatopeya *ber*, es decir, el susurro de la vasija. Donde hay onomatopeya, el hombre no necesita inventar palabra. Cuando la ciencia esté más adelantada se verá que las verdaderas raíces son onomatopeyas y que el acento, la combinación, la conglutinación, la analogía y la asociación de ideas han hecho lo demás. El hombre no tuvo necesidad de inventar palabras, sino sólo de imitar, de enlazar, de reformar ciertos sonidos aplicándoles á tales objetos. Nosotros veremos cómo una simple raíz, onomatopeya en un principio, llega en virtud de su evolución á servir de núcleo á una gran parte del vocabulario de ciertas lenguas; desarrollo monstruoso y que prueba la pobreza del lenguaje original.

En el principio, la palabra *ber* designó todos y cada uno de los fenómenos que acompañan á la ebullición, mas las ideas que naturalmente se asociaron á su conjunto. Aquel sonido debió despertar todos esos recuerdos y todas esas ideas desde el primer momento. Su significación no pudo ser por lo mismo simple y única, sino varia y compleja. El estado mental del hombre en aquella época comprendía bajo la misma expresión los hechos observados y las causas productoras. Las dos principales eran en este caso el calor y la vida; la una física, la otra metafísica. En el agua hirviendo que se mueve y que murmura, la razón de entonces supuso un sér que la prestase el movimiento y



la vida. Por otra parte, observaciones de otro género, conducían al mismo resultado: el hecho de enfriarse los cadáveres, mientras que los seres vivos desprenden calor, había asociado ya en la mente de los hombres primitivos estas dos ideas de calor y de vida que desde entonces fueron inseparables; el calor fué la manifestación de la vida, y ésta la consecuencia natural del calor. Desde entonces, el fuego que comunica y engendra el calor, el más brillante y maravilloso de todos los fenómenos naturales á los ojos del hombre primitivo, fué el padre de la creación, el espíritu de vida, el alma del mundo; y el sol, la más bella y luminosa manifestación de este sér en el espacio, recibió la adoración universal. De ahí la importancia, la complicación y la infinidad de los mitos solares.

Una antigua leyenda esthoniana confirma este nuestro modo de ver y demuestra todavía la manera de sentir y de pensar de los primeros hombres.

«El viejo Dios resolvió, luégo que los hombres hallaron muy estrecha su morada, dispersarlos por toda la tierra y dar á cada pueblo su propia lengua. Para ello, colocó sobre el fuego una caldera de agua, ordenando á las diversas razas que se fuesen aproximando á ella, una á una y tomando los sonidos que más les agradaran, de los que producía el agua hirviendo.»

Esta leyenda que no llegó á nuestra noticia sino después de haber empezado este estudio de la palabra *bero*, vino á confirmarnos en la suposición que habíamos hecho del procedimiento lingüístico de los orígenes.

Esa caldera de agua, Torre de Babel de la raza turaniana, proporciona los primeros sonidos ó raíces á los antepasados. Se conoce que la tradición y la leyenda han exagerado mucho las cosas. De una vasija hirviendo no había de salir de repente una lengua for-

mada; pero sí onomatopeyas que habían de dar origen, andando el tiempo, á infinidad de palabras importantes. Solamente, en efecto, acudiendo á un pasado remotísimo, á un centro de creación humana, donde fuese inventado de la manera más natural un sonido imitativo de la ebullición ó del hervor para distribuirse luégo en todo el mundo por las emigraciones, será posible explicar la persistencia de esa forma primitiva, *ber*, con idéntica significación, si bien se mira, en todos los idiomas. Podrá estar más ó menos disfrazada, á veces oscurecida en la composición, pero la misma significación de la palabra, comparada con otras, descubrirá su rango.

Un mitologista contemporáneo, Moreau de Jonnés (1), ha hecho una observación interesante, aunque reducida sólo á los nombres de la Teogonía de Hesiodo, y es que la sílaba *er* domina en todos ellos: *Æther*, *Erebus*, *Eros*, *Hemera*, *Hera*, *Hesper*, *Demeter*, *Erinnys*, etcétera. Nosotros veremos que esta sílaba es la clave y la base de la mayor parte de las mitologías; y que no sólo el Olimpo griego y el Panteón romano, sino los mitos aryanos, turanianos y semitas, se pueden explicar, gracias á ella.

¡Lástima que Moreau de Jonnés en vez de empeñarse en extravagante restitución histórica no se hubiera fijado en tan importante observación y la desarrollara! Pero esta empresa no estaba reservada para él. Es misión nuestra.

Ahora, cuando presentemos ese mismo *er* tan humilde en su origen, jugando un papel tan principal en todas las religiones; cuando comprobemos que ese sordo murmullo salido de la vasija de agua hirviendo

(1) *Les temps Mythologiques, etc.*, par C. A. Moreau de Jonnés, pág. 294.

dió nombre á tantos grandes y adorados nombres; cuando identifiquemos este oscuro y hasta ahora desconocido monosílabo, con el excelso Belo, con el misterioso Elohim ó el antiguo Pardjania; si se pregunta cómo pudo persistir á través de tantos cambios y transformaciones, contestaremos que esto ha sucedido con arreglo á esa ley presentida por Terencio, según la cual aquella raíz que logra verse rodeada de numerosa familia de derivados, subsiste, mientras que desaparecen las demás; y no hay raíz ninguna, podemos asegurarlo, que haya dado origen á más variadas y distintas formas. La gran significación de esta onomatopeya en el principio contribuyó á extenderla en mil aplicaciones diferentes, pudiéndose agregar á esta circunstancia el haber sido acaso la primera, al menos de su categoría, y haber encontrado, por lo mismo, libre de rivales el lenguaje. Cuando llegaron las otras, ella era fuerte ya y bien preparada para la lucha de la vida. ¿Qué daño podrían hacerla las demás? ¿No tenía ella ya los nombres de los dioses inspirando respeto á todas las edades? ¿No se expresaban con ella todas las ideas magníficas de creación, producción, desarrollo, vida y calor? Bien podía, pues, desafiarse el porvenir. ¡Sería curioso un libro que en todas las lenguas conocidas, presentase la filiación de esta raíz, porque muchos misterios del lenguaje podría poner en claro! Un grupo ó una familia de palabras debería tener su historia como una tribu humana, y es un obstáculo para conseguirlo la poca atención que se presta á los orígenes, dedicándose más bien á las formas gramaticales, cuyo secreto nunca se cogerá sin un conocimiento previo de las raíces. Para el estudio de éstas sería preciso romper el molde estrecho en que se han encerrado hasta ahora los filólogos y acabar de una vez con los estudios de la especialidad y

del detalle en que tanto tiempo se pierde por falta de principios y de método. El que conoce una familia de lenguas, es como si conociera una sola lengua, que vale tanto, para el caso, como no conocer ninguna; porque el lenguaje es un todo tan estrechamente enlazado, que un secreto suyo no se revela sino abarcando el conjunto. Que no es posible, se dirá, quizá, abarcar el conjunto; nos explicaremos: en el método seguido ordinariamente se estudia un tema en un grupo de lenguas de una misma familia; pocas veces se estudia en dos, y en tres casi ninguna. Es claro que una cabeza de hombre no basta para contener estudios tan extensos; pero todo consiste en la dirección que se les dé y en el método que se adopte. Hasta ahora no se ha salido apenas de los estudios clásicos y del sanscrito. Es cierto, se dirá, que se han estudiado bien; enhorabuena; pero los resultados positivos ¿están en relación con el tiempo gastado en ese estudio? ¿Hay un descubrimiento, fruto sobresaliente de esas observaciones minuciosas? Prescindiendo de la fraternidad lingüística indo-europea, que era fácil notar con un mediano estudio del sanscrito y su comparación, nosotros haremos ver que el más grande de todos los que se han hecho es un error. Es necesario, en esta clase de estudios perder en detalles lo que se gane en ampliación.

Es preciso conformarse con un regular estudio de las gramáticas, y dedicar toda la atención á la comparación de los vocabularios. Es el único modo de llegar á los orígenes para reobrar después y conseguir definitivos resultados en el estudio de las formas gramaticales. Una inversión del método se está haciendo imprescindiblemente necesaria.

Por nuestra parte, los resultados que vamos á presentar, los hemos conseguido de este modo.

Este simple monosílabo *er* resuelve más problemas con su significación original que todos los estudios clásicos y orientales aplicados á la mitología hasta nuestros días.

El asunto es tan vasto que nosotros no haremos más que allanar el camino apuntando, de trecho en trecho, ideas que harán oficio de faros. Otros se encargarán de sacar las deducciones.

La más antigua y mejor conservada forma de esta onomatopeya, fuera de los nombres religiosos, es la palabra eúskara *bero*, calor. Chaho, buscando, sin método, por todas partes, analogías al eúskaro, había comparado esta palabra al bretón *beru*, hirviente; pero á M. Bladé (1) se le figura que Chaho ha ido á buscar un poco lejos el origen del *bero*, y supone que debe ser gascón más bien que celta, porque los ageneses dicen *bullent*, y los gascones *bourent*, hirviente. No acabarán nunca estas contradicciones entre sábios, mientras no se cambie el método de estudio. Tanta razón tiene Chaho en lo que dice, como Bladé en lo que critica; es decir, ninguno de los dos la tiene, porque las palabras por regla general no saltan de ese modo de una lengua á otra, sino que son formas evolutivas de otra anterior á todas ellas, que es la que puede explicar los parecidos. No basta encontrar algunas semejanzas, sino que es preciso hacer una comparación casi universal para encontrar la verdadera raíz de las palabras. *Bero*, *beru* y *bourent*, tienen el mismo origen; son afines, pero no descendientes unas de otras. *Bero*, sin embargo, presenta un carácter mucho más arcaico por su significado sustantivo de calor y por sus derivados en lenguas antiquísimas. Aparte de los nom-

(1) Nota de la pág. 74 de sus *Etudes sur l'origine des Basques*.

bres de los dioses que por sí solos forman una prueba terminante, hay una infinidad de palabras en todos los idiomas, cuyos significados, salidos por asociación de ideas y por analogía, de la idea de calor, se han expresado, como no podía menos de suceder, con la misma raíz que produjo el *bero* eúskaro. No al celta, que tan lejano parece á Bladé, sino á otra lengua muy separada de aquél, en evolución, hay que recurrir para encontrar su origen: á la primitiva, que es donde tienen nacimiento las verdaderas raíces.

Si se preguntase todavía cómo es posible llegar á esa lengua original faltando tantos eslabones en la cadena lingüística, diremos que es cosa fácil, más fácil de lo que se cree; pero hay que cambiar de método. El estudio comparativo que hasta ahora se ha hecho de los idiomas indo-europeos, no dará grandes y verdaderos resultados, si no se hace extensivo á los otros idiomas de diferentes familias, prescindiendo, al empezar, de las formas gramaticales, y comparando solamente los vocabularios. De este modo no se tomarán por primitivas, raíces ó palabras que no lo son, como ese célebre *div*, brillar, que trae consigo una evolución tan larga y una composición heterogénea, y que ha sido supuesto origen de los nombres genéricos de Dios, que son mucho más antiguos que él; ni habrá lugar tampoco á equivocaciones que introducen la mayor confusión en la lingüística, como esta, por ejemplo: atribuir á los nombres que expresan la idea de jefe: *bari*, persa; *barn*, irlandés; *beorn*, anglosajón; *Brenno*, galo, la raíz *bhar*, llevar, sostener. El procedimiento empleado no puede ser más inocente y cómodo: se busca un verbo en sanscrito que se parezca á los nombres cuya filiación se procura encontrar, y una vez hallado, sea cualquiera la significación que tenga, brillar ó sostener, se fuerza el sentido

hasta el punto de ver alguna analogía con ellos; así se encuentran relaciones extravagantes, y se dice: los nombres de jefe vienen de *bhar*; porque el jefe es el que sostiene, *baratha*, ó el que lleva; sin hacerse cargo que esta clase de nombres tienen la misma forma y llevan la misma onomatopeya *ber* en idiomas que, como el egipcio, por ejemplo, son anteriores á la formación de ese *bhar*, sostener, y tienen ya el nombre de sus jefes y reyes, formado del mismo modo, *forou*, *pirha*, como veremos después.

Pero es más: ¿no se ha sacado también el nombre de hermano, *bhrâtar*, sanscrito, de *bhar*, llevar; siendo, por precisión, heredado de la familia primitiva y del lenguaje original, y anterior, por lo tanto, á esa que se quiere suponer raíz?

Con estos nombres de familia sucede lo que con los nombres de los dioses; se conservan con respeto, de una lengua á otra; querer buscar su significación etimológica en la misma lengua, aunque esta sea el sanscrito, es el mismo sistema que buscar la del nombre de un dios en un solo idioma. Es la causa de todos los errores este método. Véase el modo de proceder de Max Muller, por ejemplo, investigando la significación original de *gâmatâr* y *γᾰμβρος*, (*gambros*), hierno en sanscrito y en griego, que primero significó marido, esposo. «Todo lo que nosotros podemos probar, dice, es que para crear estas dos palabras se ha tomado la misma raíz, y, por consiguiente, la misma idea fundamental se encuentra en el origen de la palabra griega y de la palabra sanscrita; pero la derivación se hace en cada lengua de una manera particular. En semejante caso, nosotros no debemos abanzar sino con precaución y tener cuidado con nuestras conclusiones; pero lo reconocemos, estas diferencias de formas son en general las que se presentan entre los dialectos de

una misma lengua, donde muchas formas son posibles y empleadas desde luego confusamente; después una de ellas es cogida por un poeta, otra por otro, y viene á ser entonces más popular y tradicional. Vale más suponer esto, que creer que los griegos, para expresar una relación que habrían podido rendir de tantas maneras diferentes, hayan escogido la misma raíz *γαμ* (*gam*) para formar *γᾰμβρος*, *γᾰμβρος*, independiente del indio que tomó la misma raíz para el mismo uso, dándole una forma causal (como en *bhrâtar* en lugar de *bharatar*) y uniendo á ella el sufijo ordinario *tar*, formando así *gâmatâr* en lugar de *gamara* ó *yamara*, paralelo de *γᾰμβρος*. La palabra latina *gener* es todavía más difícil de explicar; y si es la misma palabra que el griego *gambros* por *gamros*, el paso de *m* á *n*, no puede explicarse sino por un procedimiento de asimilación y un deseo de dar á la antigua palabra *gener* una forma más inteligible.»

Se comprende bien cuánto perturban estos nombres irreductibles á Max Muller. El no ve en ellos más que una raíz *gam* que no sabe lo que es, y una terminación sanscrita ordinaria, *tar*, que no dice nada, queriendo al mismo tiempo reglamentar detalladamente los tránsitos, y extrañándose de la forma griega *gambros* y de la latina *gener*, en la suposición (y aquí está el error gravísimo de su método) de que estos nombres están comprendidos en las lenguas indo-europeas como en un círculo de hierro. Es el mismo método que se ha seguido en la investigación de los dioses y que tan malos resultados ha producido.

Compárese ahora con el nuestro: *gambros* y *gener* son dos formas que nos dan á conocer que el *tar* de *gâmatâr*, no es un sufijo ordinario, sino un elemento importante *ar* ó *er*, como en *gambros* y *gener* de la palabra

compuesta. La forma *gambros*, contracción de *gam-beros*, lleva una *b* eufónica propia de la onomatopeya primitiva *er*, como el *gamatar* lleva la *t* de enlace antes de *ar* ó *er*. El *gener* latino no puede menos, por consiguiente, sino venir de una forma primitiva que las comprende todas y que no es la sanscrita *gamatar* más complicada y peor conservada que las demás. ¿Cuál será, pues, esa forma original que las explique todas? No puede ser otra que la formada por las dos onomatopeyas primitivas del soplo y del calor: *jam* ó *gen-er* ó *ber*, que dieron lugar á estas dos: *Famber* y *Gener*. *Gambros* viene de la primera; *gener*, de la segunda, sin sufrir variación; y *gâmâ-tar*, (*gam-t-ar*.) de una intermedia, enlazada por *t* eufónica. La significación, pues, de la palabra en su origen fué, por inmediata asociación de ideas, *engendrar*, *engendrador* (soplo productor) y de aquí, marido, esposo, idea conservada en griego, y después, marido de la hija, yerno, el que había de fecundar ó reproducir la familia, que es lo mismo.

¿Cuál de los dos métodos explica más y mejor?

¿A qué ocuparse en esos detalles de pronunciación, y extrañar que en latín sea *gener*, en vez de *gemer*, una palabra que ha atravesado tantas generaciones en las que ha podido ser usada la espiración separada é indistintamente, *gem* ó *gen*, cuya diferencia apenas se nota? Son delicadezas de *domine* que deben desaparecer en el lingüista.

Veremos que *gâmatar*, en su significación original de *producir* ó de espíritu creador, es el término paralelo vulgar de la forma *Dêméter*, la diosa griega. Si se compara una palabra cualquiera, *ber*, por ejemplo, en diez ó doce idiomas separados por muchos siglos en el tiempo y por muchas leguas en el espacio, y se ve que en todos subsiste más ó menos disfrazada su raíz con el mismo significado ú otro parecido, procedente de ló-

gica asociación de ideas, es preciso convenir en que estas doce palabras, semejantes en su forma y significación, derivan todas de otra primitiva que necesariamente ha de ser su origen; y, en efecto, si se despojan de los elementos diferentes que en forma de afijos ó sufijos han podido unírseles, quedará siempre el núcleo primitivo, onomatopeya casi siempre de algún sonido natural. No se nos oculta que este método se ha aplicado ya con alguna utilidad á las dos familias de lenguas aryanas y semitas, pero sin salir de ellas y sin el necesario estudio de los vocabularios. Es preciso extender la operación á todos los idiomas conocidos, sin reparar en tiempo ni en distancia. Únicamente así podrá encontrarse el sentido original de las raíces.

Antes de hacer aplicación de esta onomatopeya *er* ó *ber* á la investigación de los nombres de los dioses, estúdiense en el siguiente cuadro las diferentes significaciones que ha llegado á alcanzar en varias lenguas por la analogía y la asociación de ideas, partiendo siempre del primitivo significado de vida, producción ó desarrollo por el calor.

Hé aquí algunos términos de su evolución, teniendo en cuenta las leyes fonéticas:

Turco . . . . .	Fuego . . . . .	Var.
Húngaro . . . . .	Sangre . . . . .	Ver.
Estoniano . . . . .	Sangre . . . . .	Werri.
Kargélico . . . . .	Sangre . . . . .	Veri.
Lapón . . . . .	Sangre . . . . .	Vuor.
Bretón . . . . .	Viento . . . . .	Abel.
Griego . . . . .	Viento . . . . .	<i>Aella</i> .
Sanscrito . . . . .	Viento . . . . .	An-ila.
Bretón . . . . .	Soberano, Jefe . . . . .	Brenín.
Celta . . . . .	Jefe . . . . .	Bren.

Celta.....	Tierra.....	Ar-a.
Húngaro.....	Tierra.....	Fold.
Kargélico.....	Tierra.....	Peldo.
Finés.....	Sol.....	Auringa.
Malabar an- tiguo.....	Sol.....	Mitra.
Medo.....	Angel.....	Phristha.
Cimbro.....	Niño.....	Barn.
En dialectos di- namarqueses.	Niño.....	Bar, Barn, Bel.
En el Báltico..	Niño.....	Barn.
Dinamarqués..	Nacido.....	Baren.
Alemán.....	Nacido.....	Geboren.
Inglés.....	Nacido.....	Born.
Alemán.....	Mujer.....	Fraw.
Alemán.....	Lúcido.....	Heli.
Inglés.....	Vivo.....	Briski.
Inglés.....	Alegre, lleno de vida.....	Frisk.
Francés.....	Brisa fresca...	Breeze.
Inglés.....	Fuego.....	Fire.
Georgiano.....	Calor.....	Tbilis.
Kalmulco.....	Jefe.....	Ulus.
Lapón.....	Lluvia.....	Abbre.
Galo.....	Jefe.....	Brenno.
(1) Inglés.....	Ser agitado co- mo licor en vasija sobre el fuego.....	Fry.

Cada palabra emanada de una onomatopeya primitiva hace mil distintas evoluciones en diferentes lenguas, y así es difícil encontrar nombres de idéntica

(1) Diccionario de Samuel Jhonson.

forma con una misma significación. Dos palabras iguales al principio, viajando luego, cada una con su tribu, y esparcidas por los pueblos de la raza, con variantes nuevas después, adquieren tan disfrazadas formas que es difícil reconocerlas por más que guarden siempre su raíz. Pero, como en el origen del lenguaje una misma raíz ha dado forma á diferentes nombres, obedeciendo á esa ley natural de evolución que consigue el mayor resultado posible con el menor gasto de fuerza posible, de aquí que muchas palabras ligeramente desemejantes al principio, lo puramente indispensable para no ser confundidas, y cuya diferencia de un acento ó de una simple vocal, (como tenemos ejemplos en el chino, donde un solo monosílabo puede expresar ocho ó diez significados diferentes, según se pronuncie), no quitaba ni añadía á la raíz nada de su forma, hayan podido atravesar los siglos, iguales en su constitución, pero diferentes en su significado.

Esta indentidad de la forma actual con la original se ha conservado en unas lenguas y se ha perdido en otras. Las que han conservado, por ejemplo, la pureza original en los nombres que expresan la idea de fuego ó de calor, la han perdido en los que expresan las de creación, nacimiento, crecimiento, exuberancia, etcétera, y viceversa. Por eso si se va á los vocabularios á buscar la identidad formal y significativa de una palabra, apenas se encontrarán media docena en que pueda asegurarse el origen común, á no ser que sean lenguas de una misma familia; pero este no es el caso, porque una misma familia de lenguas debe ser para el filólogo una lengua sola. ¿Cuál será, pues, el procedimiento que habrá que emplear para encontrar una raíz primitiva? Es el mismo que se ha recomendado para la interpretación de los mitos; ponerse en el esta-

do de espíritu del hombre primitivo; prescindir de cuanto, se sabe, y seguir la analogía y la asociación de ideas como pudieran hacerlo un niño ó un salvaje. Es preciso, para dar con esas claves misteriosas que son la raíces del origen, que el sabio se haga ignorante, inocente y simple. Hé aquí el secreto.

Toda raíz primitiva tiene una significación, producto de una onomatopeya natural; pero esta onomatopeya puede ser cogida donde menos se piensa; ¿quién había de suponer que la más importante de todas ellas había de ser tomada de un puchero hirviendo? Esto, en la civilización moderna, casi parece ridículo. Se habla del origen del lenguaje en nuestras academias, en términos pomposos, se escudriñan los misterios psicológicos, se hace la autopsia del aparato laringeo y se observan con toda atención las leyes fonéticas. Todo ello es muy bueno, pero vale poco, cuando uno se remonta á los orígenes. El gran mueble de la familia prehistórica en su choza es el puchero de agua que hierve al fuego, acaso con un trozo de pantorrilla humana. Un poco de realismo hace falta en la ciencia también.

Comprendida la onomatopeya en la familia, surge una nueva necesidad: ¿cómo se llamará el trozo de carne que acaba de salir caliente del agua hirviendo? Se repite la onomatopeya con diferente tono, y el trozo de carne tiene un nombre ya; por eso se llamó al carnero *berber*, y al pastor que cuida los rebaños se le llama todavía *berger*, en frances; y así lo demás; pero es preciso proceder con lógica para no confundirse en la asociación de ideas. Se buscarán, por tanto, en los vocabularios, aquellas palabras que sin tener el mismo significado, puedan tener alguna analogía en el estado mental de los salvajes, y aun aquellas otras que por lógica asociación, en cerebros infantiles, tengan

relaciones entre sí. De este examen resultará seguramente, si ha sido bien conducida la investigación, una raíz primitiva con su significado original.

Ante todo es preciso estudiar cada palabra por sí sola; hacer su verdadera historia ó filiación; comparar sus términos evolutivos en los diferentes idiomas, y alcanzar el conocimiento de su forma primitiva, excojiendo los términos más aproximados y completos.

Sirvan de ejemplo los nombres que expresan la idea de cabeza y que deben su formación á las dos onomatopeyas del soplo y del calor: *Ha-ber*, en sus formas *Ka-el* ó *Ka-bel*.

#### CABEZA.

##### Lenguas.

Kamchadala.....	Kavel.
Australiana de Sidney.....	Kabra.
Sanscrita.....	Kapála.
Griega.....	Kephalé.

##### Lenguas que han sufrido en esta forma contracción ó síncope.

Burnu (Africa).....	Kla ó Kela.
Cafre.....	Klogo.
Armenia.....	Klukh.
Ostiaca.....	Kolka.
Koriaca (Asia).....	Koltch.
Kourila (Asia).....	Killa.
Persa y turco.....	Kelleh.
Mbaya (América).....	Kilo.
Samoyeda.....	Hollad.
Latín.....	Calva.
Slava.....	Golova.
Polaca.....	Glova.
Bohemia.....	Illava.
Lituania.....	Gulva.

Griega antigua.....	Kar, Kara, Karé.
De Java (en las islas de la Sonda).....	Koar.
Tanna (Oceanía).....	Karau.
Kamakan (América).....	Hero.
Sakatua (Africa).....	Hora.
Patagonia (América).....	Her.
Epirota (Europa).....	Krue.
Persa.....	Guruhé.
Fulah (Africa).....	Horée.
Ostiaca.....	Vgol.

*Con la onomatopeya er, y con la espiración pospuesta y antepuesta.*

Votiaca (Volga).....	Yer, Yir.
Permiana (Siberia).....	Yor.
Zyriaina (Siberia).....	Yur.
Agon (Africa interior).....	Ur.
Fulah (id. occidental).....	Uoré.
Nuba (id. oriental).....	Urka.

*Otras en er con la espiración en ch ó s.*

Kanara (Asia).....	Chir.
Mahrata (Asia).....	Tchero, Thero, ó Kerón.
Sanscrita.....	Sira.
Tsingara ó Bohemia.....	Siraha.
Persa.....	Ser.
Kurda.....	Ser.
Osseta (Cáucaso).....	Ser.

*Formas del er con eufónica ó con la espiración en at perdida la inicial.*

Kanga (Africa interior).....	Tri.
Achanti (id. occidental).....	Tirrie.

Kasenti (Africa interior).....	Dur.
Tongusa (Siberia).....	Del, dil, dali.
Kanara (Asia meridional).....	Talé.
Malbar.....	Tala.
Varuga (Asia meridional).....	Tolgo, Tologot.

*Otras en er, con espiración en ab.*

Tchar (Cáucaso).....	Beker.
Acucha (id.).....	Beter.
Khoundzakh (id.).....	Beter.
Isla Pelew (Oceanía).....	Botheloutch.

*Perdido el er.*

Lezghi (Cáucaso).....	Bek.
Amara (América del Sur).....	Pekke.
Turca.....	Bach, bas.
Hotentote.....	Bikkua.
Movimi (América del Sur)....	Bakuakua.
Kara Kaitag (Cáucaso).....	Baag.

*Con la espiración am, ma, perdido el er, menos en la primera.*

Kundzakh.... (Cáucaso).....	Metheri.
Akkim..... (Africa central)...	Metih.
Kora..... (América central).	Mouti.
Angola.....	Mutue y Mitue.
Sanscrito....	Maste.
Mahrata..... (Asia meridional)..	Mata.
Kanara..... (Id. id.).....	Mate.

*Con la onomatopeya er en forma de el, unas veces sola, otras con la espiración.*

Samoyeda.....	Ol, óllo.
Camacha (Asia).....	Ulu.
Java (Sonda).....	Hulu.



Tagala (Filipinas).....	Olo.
Tonga (Oceanía).....	Ulu.
Delavare (América).....	Uil.
Honduras.....	Holan.
Samoyeda (Asia septentrional).	Holad.
Macasar (Africa oriental).....	Loha, lula.
Cafre.....	Logo, loko.
Koriaika (Siberia).....	Leut.
Tchuktch (id.).....	Laut.
Araucana.....	Lonko.

*Espiración sola en at, ta, ab, pa, ban ó pen.*

Papa ó Watjie (Africa interior).	Ta.
Laza (Cáucaso).....	Ti.
Loango (Africa interior).....	Tu.
Tonquin.....	Tou.
Inbatse (Siberia).....	Tu.
China.....	Teou.
Georgiana.....	Tavi.
Darfur (Africa interior).....	Tavu.
Balandi (Hindostán).....	Doi.
Bima (Molucas).....	Tuta.
Vigul (Siberia).....	Tous.
Kurila (Asia oriental).....	Pa.
Kousa y Sioux (América del Norte).....	Páh.
Yukatan.....	Poi.
Finesa.....	Pæ Pea.
Húngara.....	Foe.
Tibetina.....	Bu.
Gaélica.....	Pen.
Bretona.....	Penn.
Cornuaille (Francia).....	Pend.
Vogul (Siberia).....	Pang.

Nueva Caledonia (Oceanía)..	Banghé.
Timbuktu (Africa interior)....	Bongo.

*En otra forma con la onomatopeya ber, contraída ó cambiada en bel.*

Eúskara.....	Buru.
Morduina (en el Volga).....	Præ.
Mokcha (id.).....	Præ.
Tamanaka (América).....	Proutp.
Bullam (Africa).....	Bul.
Mayna (América).....	Pol.
Bajo alemana.....	Poll.
Inglesa.....	Poll.
Frigia.....	Bal, bala.
Maldivia.....	Bolle.

*Lenguas que en esta forma han perdido la terminación.*

Bajo alemana.....	Kopp.
Latina.....	Caput.
Arabe.....	Koebb.
Japonesa.....	Kove.
Oceánica (en las islas del Sur)	Kabu.
Gótica.....	Haubit.
Danesa.....	Hobed.

*Formas con la espiración sola.*

Kensi (Nubia).....	Ok.
Valaca.....	Oku.
Ostiaca.....	Og, oukh.
Berberisca.....	Akai.
Guarani (América).....	Akang.
Homagua (id.).....	Yakæ.
Mocobia (id.).....	Ykaig.

Abaze (Cáucaso).....	Yeca.
Copta .....	Ngog.
Burnu.....	Egnum.
Soco (América).....	Ukkun.
Berberí (Africa interior).....	Ykhf.
Mandinga (Africa).....	Koun.
Bambara (Africa).....	Koung.
Mianmay (India).....	Kaung.
Birmana.....	Goung.

Nótese, pues, que en la palabra que expresa la idea de cabeza en todos esos idiomas, las onomatopeyas van juntas ó separadas, antepuestas ó pospuestas, la una á la otra, y que la espiración ha servido en todas sus formas, y la onomatopeya *er* en todas sus variantes. Las leyes que presiden á la variación ó cambio fonético de este nombre, en el mundo entero, son las mismas que han presidido en las diferencias que se observan en los nombres de los dioses.

Todos ellos, si bien se mira, tienen sus correspondientes en alguno de esos derivados de la palabra cabeza que debió también su formación en el origen á las mismas onomatopeyas, porque era natural, que la cabeza, considerada instintivamente como residencia del espíritu y centro del principio vital, fuese llamada así.

Es probable por esto que el nombre de *Fahvel* fuese en un principio *Fanver* ó *Fahvel*, perdiendo la segunda onomatopeya, como el nombre árabe de cabeza *Koebb*; idea que anticipamos, sin embargo, como una simple suposición.

La forma Kanchadala *Khavel* que es la más perfecta, debió ser parecida en evolución á la de *Fahvel* como nombre de Dios.

Los chinos, á quienes hemos supuesto separados de

la familia primitiva antes del descubrimiento de la onomatopeya del calor, tuvieron, en su dificultad de pronunciar la *r*, el monosílabo *Po*, para expresar la idea del hervor; y ¿quién sabe? acaso fué este sonido imitación de otro en *Por* ó *Bor* = *Ber*, como los nombres de cabeza en Finés *Po*, en Kurila, *Pa*, en húngaro *Foe*, y en el Thibet *Bu*; por más que nos inclinemos á suponerlos productos de la espiración sola; pero ya se ha visto con qué facilidad se ha perdido la *r* en otras formas.

Ahora podemos estudiar el paralelismo de la evolución en los nombres de cabeza y en los nombres de Dios, aunque estos últimos por el tradicional respeto hayan sido generalmente mejor conservados.

Vemos en primer lugar que la evolución de las dos onomatopeyas llega á formar los nombres de cabeza: *Her* en Patagonía, *Hero* en Kamakan (América meridional) *Horée* en Fulah (Africa occidental), *Hora* en Sakatu, (Africa central), *Kar*, *kara*, en griego antiguo, *Karan*, en Tanna (Oceanía) *Koar*, en Java, etc. Pues bien; todos los nombres en *Her*, *Ger* ó *Ker* de la mitología, que son tantos, quedan explicados por este solo hecho: *Hero*, *Hermes*, *Hércules*, *Gerión*; el término escítico y germano *Her*, señor; nuestra palabra *Héroe*, y otros muchos.

Observamos después, el *Our*, *Or*, ó *Ur* de Agow, en el Africa central, el *Ouore*, de Fulak en el Occidente, el *Ourka* de la Nuba, en la central, y vemos puesta en claro la evolución de *Oro* ó de *Hor* egipcio; *Yer*, en el Volga, *Yur* y *Yor*, en la Siberia, confirman la identificación de *Pardjania* con *Piorkun*, su forma germánica; *Talé* de Kanara, *Tala* del Malavar, y el *Tologol*, mongol, son aproximaciones del *Taaroa* y *Tangaloo*, los dioses oceánicos.

Las formas *Sev* de la Persia y del Cáucaso, y el *Sira*,

sanscrito, ó el *siraha*, bohemio, enseñan de donde han salido las formas Osiris y Serapis.

El *bal*, frigio, *cabeza*, ha llegado allí con la misma evolución que el dios *Bal* ó *Baal*.

El duodécimo nombre de Ahura Mazda, *Popol Vu*, tiene la misma historia evolutiva que el *Poll*, bajo alemán, el *Pol* Mayu, en la América central, y el *Bul* de Bullan, en el África interior; y ese nombre *Mazda* que se añade á Ahura, y se traduce *Omnisciente*, acaso no es más que otra rara forma de la evolución de las onomatopeyas, igual á la que ha heho el *Maste*, cabeza del sanscrito.

Y, en fin, por este paralelismo, se explican otra porción de cosas secundarias; por ejemplo: *Kols*, de Oukéh, en el Nordeste de Asia, *Koltch*, koriaco en el Asia oriental, unidos al *Poll*, bajo alemán, ponen de manifiesto la significación primitiva de los *Kobols*, ó espíritus duendes de Alemania, lo mismo que el *Khobel* del Kantchadala. La forma *Kabra*, de Sidney, en nueva Holanda, se conserva en el nombre de la antigua danza *Ma-cabra*, que es debido, sin embargo, al significado espiritual de las onomatopeyas.

El famoso término de las invocaciones y de los conjuros, *Abrahadabra*, tiene la misma evolución y el mismo origen.

Los nombres *Killa*, en Kurila, (Asia oriental) *Kilo*, en Mbaya (América meridional) han sufrido las mismas transformaciones que *Killa*, el nombre de la luna en lengua Quichua del Perú. *Dur*, en Kasenti, (África central) *Tri*; en Kanga, en el mismo país, *Tula* en Varuga, (Asia meridional), (siempre nombres de cabeza,) dan razón de *Taru*, nombre de la luna entre los botokudos. El *Kobbel* de Kamtchadala, el *Kobe*, japonés, el *Kopp*, bajo alemán, muestran la evolución de *Kopi*, *luna*, en lengua *Vilela*, americana.

*Yrri*, luna, en Samoyeda, *Tareme* en Coreana, *Yra-ri*, en Cuyubabi, América, *Paas*, en Chicacha, tienen también correspondientes en el cuadro que hemos presentado.

En megicano, la luna es *Mets-tli*, y es imposible no ver su relación con el *Metheri* del Cáucaso, paralelo de *Mitra*.

Véanse ahora, y compárense también otras palabras que por asociación de ideas tienen el mismo origen onomatopeico

*Hombre*, en lenguas mongolas, *ere*, en armenia, *air*, en Caribe, americana, *eier*.

*Vientre*, en Oustiaka, *parokh*, en Erisa *biru*, en Kiriri, americana, *burô*, en Aymara, americana, puraka, en éuskaró, *sa-bel*.

*Corazón*, en Somoyeda, *soi*, en Kiriri, *si*; en éuskaró, su fuego, el centro del calor y de la vida, que se ha expresado con la espiración antes de descubrir la segunda onomatopeya,

*Sol*, en Samoyeda, *Haiya*, (¿no es el nombre del dios de los hebreos?); en Tagala, *Arao*; en turca, *Kun*, (en éuskaró, *egün*, día) en Nueva Inglaterra (América) *Kone*, en Caribe, *Hueyou*, (también se pudiera leer así el tetragrama hebreo) en Brasil, *Arasu*.

*Lluvia*, considerada en un principio como el semen celestial que engendra, produce y desarrolla los gérmenes, en Persa *carân*, en Kurdo, *parân*, en Albanés, *si*, en Camacan (América) *si*. Es el *su*, fuego, como origen de producción, el más antiguo nombre por pertenecer á la primera onomatopeya, como el japonés *ame* y el guarani, americano, *amã*, lluvia también.

*Estrella* en algonquina, *alang*, y en kotta, *alagan*; á pesar de ser idiomas el primero del nuevo y el segundo del antiguo mundo. Su forma ha sido esta: *er-agan*, luz del fuego, como *ahan*, sanscrito, y *egun*, éuskaró.

El lector comprenderá la importancia que es preciso conceder á todos esos nombres, iguales, en sitios tan opuestos y lejanos del mundo.

Hé aquí ahora un cuadro de la persistencia de la primitiva raíz *er* en las lenguas modernas, donde se notará que la significación de todas las palabras se refiere al calor y á sus consecuencias de creación, producción y expansión, como principio animador y vital; y otro, en asirio y acadiano con las formas de las inscripciones cuneiformes que mejor presentan el parecido con el éuskaro *bero*. Nótese sobre todo la igualdad de forma de la palabra que designa el fuego en acadiano y la que significa calor en el vascuence. Si algunas palabras van, no pertinentes, es que harán falta después en el discurso de la obra ó que encierra gran interés su aproximación.

## EN ALEMÁN.

Brama, época del cielo...	Brüllen.
Bramar.....	Bloken.
Feracidad.....	Fruch, Barkait.
Fermentar.....	Gahren, Bringuen.
Herida.....	Bervundung.
Verbo, (palabra).....	Wort.
Verbos.....	Fluche.
Verde.....	Grun, -Frisch y derivados.
Lozano.....	Fruchtbar, Fröhlich.
Gusano, verme.....	Wurm.
Cerdo padre.....	Eber.
Verriondez.....	Brunst.
Virilidad.....	Manthbarkeit.
Viripotente.....	Mann-bar.
Rana.....	Frosch.
Raíz.....	Wurtzel.
Placer.....	Frende.

Fervor.....	Brennende.
Flojedad.....	Faulheit.
Fortuna.....	Gluck.
Fragancia.....	Wohlgeruch.
Frágil.....	Tzerbrechlich.
Fresco-a.....	Frisch.
Frialdad.....	Frost.
Frondosidad.....	Weber-flutz.
Fruto.....	Frucht.
Fuego.....	Feuer.
Fulgar.....	Glantz.
Fulminante.....	Blitze.
Iluminar.....	Beleuchten.
Obra.....	Werk.
Criador.....	Schopfer.
Crear.....	Erwahlen.
Hervir.....	Wallen.
Producir.....	Hervorbringen.
Prolífico.....	Fruchbar.
Hierva.....	Krant, Gras.
Teta.....	Brust.
Campo.....	Feld, Flache.
Llama.....	Flame, Gluth.
Arder.....	Brennen.

## EN ASIRIO (1).

Reverencia.....	pulukhu.
Divinidad del fruto.....	ilutu sa sibrí.
Profundidad.....	nalvar-same.
Cruzar.....	ebiru.
Señor.....	Khiru.
Cadáver.....	pagru.
Omen de Dios.....	sarsu.

(1) V. Assyrian Grammar, Sayce, Syllabary.

Raza ó región.....	cipratu.
Ciudad.....	alu.
Poderoso protector.....	sagaburu.
Alto, precioso.....	illu.
Príncipe, grande.....	rubu, rabu.
Señor.....	belu.
Mitad, batalla.....	gablu.
Mes.....	arkhu.
Grano, fruto.....	sibru.
Herve.....	karradu.
Generatriz.....	alitu.
Omen.....	libitu.
Hijo.....	ablu.
Fecundidad.....	aru, epuru.
Altar, sacrificio.....	paraccu.
Verde, floreciente.....	arku.
Sol.....	samsu.
Incendio.....	Kilutu.
Ciudad.....	uru.

## EN ACADIANO.

Gozo.....	Cibra?
Incendio.....	gibil.
Quemar.....	cibir.
Alto.....	el, il?
Ciudad.....	Kal, gal.
Río.....	aria.
Diluvio, inundación.....	eva.
Destructor.....	bir.
Luz, ver.....	bir.
Casa.....	gal.
Altar, sacrificio.....	bar, bara.
Verde.....	Khir.
Fuego.....	bil, pil, gibil.
Espada.....	pal.

No hacemos el cuadro más extenso, porque lo expuesto basta para ver la importancia de la raíz: los nombres españoles equivalen á los latinos, franceses, italianos, etc.; y los alemanes, como de lengua madre á los otros idiomas del Norte. Si fuéramos á presentar todos los derivados por una asociación de ideas más lejana y compleja, tendríamos que ofrecer á los ojos del público casi una cuarta parte de los vocabularios. Este trabajo quedará para otros el día que se pueda hacer la historia de una raíz desde el origen del lenguaje hasta nuestros tiempos.

Se habrá notado que el núcleo *er, ber*, con la eufónica, se contrae en *bra, ble, fli, gro, glu*, con arreglo á la ley, conservando siempre el significado propio, menos cuando indica una falta de cualidad, como en el español *frio, frialdad*, en latín *frigus, frigiditas, frige-facio*, en cuyo caso la contraindicación procede de un sufixo en que debió predominar un sonido gutural, como el *gabe* eúskaro, *sin; berogabe*, sin calor. ¿Y no es el frío la falta de calor?

Pero el eúskaro, aun conservando con su propio significado la palabra *bero*, no tiene sin embargo muchos compuestos con ella. Exceptuando *iraquin*, hervir, es decir, *hacer ir ó er*, que es donde se ve bien el origen de la onomatopeya, tomada del hervor, apenas tiene otros, como *berocay a=braseo, era-beroa*, pubertad, que acaso sean de formación moderna. En el antiguo egipcio, se llama, no obstante, al brasero, *berbe*.

Lo mismo sucede en el sanscrito que fuera de la mitología sólo tiene algún verbo: *bhrajj=freir, prachh=interrogar*; pero quemar, que en eúskaro es *erré*, y en latín *urere* y *cremare*, en sanscrito se aleja enteramente, y es *dah* y *tap*. El latín, el griego y el alemán son los idiomas aryanos donde inconscientemente más se desenvuelve aquella forma, mientras que la clave, la

raíz, el núcleo que lo explica todo, queda casi abandonado y sólo en el eúskaro. La razón de estas anomalías puede verse en las emigraciones, en las mezclas, y en esos cambios de vocabulario, que aun conservando su gramática, sufren algunos pueblos.

Hé aquí por qué no debe nunca haber en la exegesis preferencia por una determinada lengua; sino aprender, como la abeja extrae los mejores jugos de las flores, á utilizar los más arcaicos elementos que cada una de ellas pueda contener. Es lo que hemos hecho con respecto al vasco. Hemos visto en él, algo, como una clave que nos abriera las puertas de los grandes misterios, y lo hemos aprovechado, sin perjuicio de atender y hacer uso de otras enseñanzas.

Véanse ahora, en confirmación de todo lo que hemos dicho, las siguientes palabras tártaras en que predomina la onomatopeya *er*, expresando siempre la idea de creación, crecimiento, desarrollo, expansión y luz, y algunas espiraciones notables por su significado.

*En tártaro Mantchú.*

Arhan (1) = los gérmenes de todo; el primer broto.

Arhanaha = los cuernos de la luna.

Arfa = trigo = grano, (nombre genérico.)

Anouan = pez sin escamas.

Amba = extenso, grande.

Alisoum = germinación del trigo.

Archike = heveli = el bajo vientre, (en eúskaro sa-bel.)

Eme = madre.

Elou = especie de cebolla.

Elouri = niño listo, de talento.

(1) *Dictionnaire Tartare-Manichou-Français composé d'après un Dictionnaire Mantchou-Chinois*, par M. Amyot, missionnaire á Pekin; Redigé et publié, par L. Langles, Paris, 1809.

Atcha = madre, también.

Efen = pan.

Etchen = Señor-rey; soberano.

Etchê = un buey.

Erpe y erpenekipi = tener viruelas, una erupción.

Erte = la aurora.

Ertemon = universal.

Erkengue = todo lo que tiene vida.

Erguen = el principio de vida, el *Ki*, el alma.

Erki = comenzar á adquirir fuerzas, el esfuerzo del niño para andar.

Erki-lambi = emplear toda su fuerza.

Ergoum-ni-ania = el día del nacimiento.

Entouri = espíritu.

Elden = rayos del sol, de la luna, de las estrellas, brillante.

Eltek = id. id.

Elheou = saludo, desear vida, felicidad.

Elkin = rico en todo.

Elhe = dulcemente.

Elkin-ania = año fértil, abundante.

Yngue = día, (en chino *ge*, en eúskaro *egun*.)

Ylan ertemou = lo que tiene en sí un principio de vida y animación, como el cielo, la tierra, el hombre.

Ylha = flor.

Hambi = desarrollarse, crecer.

Ylaca = esta flor se abre, se desenvuelve.

Ylengu = la lengua.

Yra = el grano ma duro.

Yndan = flecha con plumas.

Ynde = el á el, le.

Hailaha = regocijo. (Aleluya?)

Piha = trozo de carne.

Pisan = inundación.

Pihla = desfiladero, puerto. (Pilas, todavía.)

Tala = camino desierto.

Moholo = buey sin cuernos.

Yasa = ojos.

Son bien expresivos estos nombres. Ved aquí el de la flor, *Ylha*, que viene á confirmar lo que hemos dicho de ella en un capítulo anterior.

*Er-ha*, vida de la creación, expansión de la naturaleza, desarrollo por el calor, fecundidad del espíritu animador. Toda esta asociación de ideas pasó por la mente de los primeros padres al bautizar la flor con el nombre mismo de la divinidad. Y todo es igualmente lógico: *Yl-ambi*, gran desarrollo, crecer, *Ylengu*, de donde viene nuestra palabra *lengua*, el kin, *erjin*, fértil, abundante, *Yra*, *er-a*, el grano maduro, la cosecha, *Er-guen*, el principio de vida, *Arhan*, *er-han*, los gérmenes de todo; ¿no es esto lo mismo que hemos sostenido en el discurso de la obra? ¿No viene ello á probar que las acepciones de la onomatopeya *er* en las lenguas primitivas, desaparecidas, debieron ser las mismas que nosotros les asignamos? Si alguno, al empezar la lectura de este libro, pudo suponer que sería uno de tantos ensayos caprichosos como ven la luz pública, habrá reformado ya su modo de pensar, porque las pruebas abundan, y el método nos lleva por la mano al esclarecimiento de la verdad.

Obsérvense nuevas confirmaciones en las palabras que sirven de traducción á las turanianas de nuestra lista anterior, y se verá resaltar el parentesco de unas y otras y su origen común.

Flor, flecha, broto, felicidad, brillante, fértil, erupción, vientre, germen, grande, trigo, grano, todas estas palabras, cogidas al acaso, por la casualidad del índice, llevan en su íntima constitución aquella onomatopeya, y expresan algo de aquella misma asociación de ideas primitiva.

No ha habido una raíz mas desconocida antes de ahora, ni más importante, y que más haya extendido sus ramas por el mundo entero. No se ha encontrado nada en la lingüística hasta el día, que pudiera servir de lazo de unión entre lenguas de tan diferente estructura como son las turanianas, semíticas, indo-europeas, hamíticas, americanas y oceánicas, sino esta onomatopeya *er* y las diferentes formas de espiración comunes desde el origen del lenguaje. Y es una cosa digna de admiración, por cierto, que sean los nombres de los dioses los que conserven principalmente, en todos los idiomas, esta prueba de fraternidad y descendencia común del género humano.

Hacer la historia de palabras españolas es hacerla de las latinas é indo-europeas correspondientes. En el presente estado de la ciencia, la historia de una palabra, desde su origen, no puede menos de tener muchas soluciones de continuidad; pero nosotros sentamos los jalones, y el porvenir se encargará de colmar los vacíos.

Las palabras *broto*, *brotar*, indican exactamente aquella idea de expansión y desenvolvimiento producido por las fuerzas de la naturaleza creadora, que tanta admiración causaban á los primeros hombres, suponiéndolas obras de un poder mágico. En *broto*, la adecuación á la idea y la contracción del *bero* son bien visibles. Prescindiendo de las terminaciones propias de la lengua castellana nos queda *brot*, para ser examinado: la *t* se presenta siempre en fin de dicción lo mismo en eúskaro que en la mayor parte de los idiomas, indicando abundancia ó aumento progresivo de fuerza; por eso el *eth* hebreo, el *ἔτι* griego, el *et* latino y el *et* francés, antiguo español *e*, habiendo perdido la *t*, (*y*, hoy) expresan siempre adición, aumento, pluralidad. *Brot*, es, pues, una palabra conservada desde el

origen sin más que haber sufrido una ligera contracción. Su forma primitiva no pudo ser otra que *berotz*, la misma que como hemos visto, sirvió también de arquetipo al nombre de flor. La correspondiente francesa *bourgeon* trae el mismo origen, pero pertenece á otra corriente que conservó la espiración. En un principio fué ó debió haber sido *bero-jam*, expansión, crecimiento, vida por el calor.

*Felicidad, felicitas*, en latín, se reduce del mismo modo á las dos onomatopeyas. Atravesó estas formas: *Bero-ha-at*, *Belo-ja-at*, *Feli-je-at* *Feli-si-at*, *Felicit-á*, que todas se explican con arreglo á ley: la aspiración pasa á sibilante, y ésta se contrae con el *at* ó *et* aumentativo. El transito de la *b* á *f*, y de *r*, á *l*, es normal.

Indica, pues, esta palabra en su origen, aumento de la fuerza vital, un desarrollo físico, animación, ó estado de bienestar producido por el calor. Después, la asociación de ideas la ha hecho significar todo lo que hoy expresa. Otra palabra, casi sinónimo de ésta, es *prosperidad*, que lleva su historia, como se suele decir, escrita en la frente.

El secreto de la composición de estas palabras en el origen es bien sencillo. Dueños los primeros hombres de algunas onomatopeyas (veremos luégo que las diferentes formas de espiración son otras tantas onomatopeyas de la respiración natural), y habiendo fijado el sentido que convenía dar á cada una para indicar los más ordinarios fenómenos de la vida y las nuevas ideas que se les pudieran ocurrir, no podían tener otros signos de expresión sino los conocidos; pero para evitar la confusión que de esto había de resultar, se les ocurrió naturalmente la repetición y combinación de los sonidos para establecer las diferencias. Así, para designar un terreno lleno de vegetación ó de caza, y abundante y *productor* de alimentos indispen-

sables á la vida, si usaran la palabra *ber* únicamente, por expresar mucho no expresarían nada, y el interlocutor se quedaría sin saber cuál de las muchas ideas que despertaba esa palabra en su mente, era la que se le quería designar; pero al oirla repetida con un signo de aumento ó de abundancia en el medio, en esta forma: *ber-tz-ber*, ó *er-tz-er*, sabe ya, que esta repetición se reserva para indicar aquel fecundo terreno. Un día que debieron pasar juntos por allí, uno de ellos habría dejado escapar instintivamente, al ver tal abundancia de producción, esta palabra; el recuerdo la haría usar con frecuencia y sería, desde entonces, una palabra más adquirida para el idioma. *Er-tz-er* ó *ber-tz-er*, llega á ser con el tiempo: *ber-ter*, *ber-tel*, *fer-tel* y *fertil*. Lo mismo puede decirse de *feraz*, *fer-ax*, y *ubertas*, *u-ber-t-as*.

Otras veces se hace la distinción de otra manera; pero siempre de un modo sencillo y natural: ó se contraen la raíz y la espiración, ó se antepone ó se postpone ésta á aquélla, ó se suaviza ó se fortifica un sonido gutural, etc., etc.; y con media docena de formas de espiración y esta onomatopeya *er*, *ber*, *fer*, tuvo una tribu primitiva sobrados medios de hacerse comprender y de desenvolver su inteligencia.

Las palabras, *grande*, *grano*, *crear*, *crecer*, *criar*, *grasa*, *crasitud*, *gloria*, *claridad* y sus derivados, sufrieron la misma transformación que la palabra *gren*, *verde*; y por una asociación de ideas, cuya marcha sería muy fácil seguir, han llegado á su significado actual.

*Fragancia*, *fraternidad*, *fragua*, *franqueza*, *frase*, *freír*, *frenesí*, *freno*, *fresa*, *fresno*, *freza*, *frigidez*, *frondosidad*, *fruto*, *fructificar*, *frugal*, *fulgor*, *fulminante*, etc., son otros tantos ejemplos de contracción del *bero*; lo mismo que en otra forma: *brazo* (latín, *brachium*), *braga*, *bramar*, *branguías*, *braña* (en Asturias, prado donde hay pasto y humedad) *brasa*, *abrasar*, *bravura*, *bravear*, *bregar*, *brova*, *bre-*



*xia, brezo, brisa, brizo* (la cuna del niño), *broza, bruja, brucolaco*, y otros muchos.

Nótese que estos nombres indican casi todos, ó acción producida por el calor ó el fuego, ó fuerza y exceso de vigor, ó desarrollo y crecimiento, ó algún efecto espiritual á consecuencia de la asociación de ideas.

Dejaremos á otros el trabajo de seguir estos nombres hasta el origen; el camino está marcado, y establecer la filiación es fácil ya. Si fuésemos á poner ejemplos, no acabaríamos nunca, porque se ofrecen á porfía en muchas lenguas. Lo dicho basta para hacer comprender nuestro pensamiento.

## LA ESPIRACIÓN.

### I.

No se pueden estudiar las formas del *bero*, en las diferentes mitologías, sin acompañar á este estudio el de la espiración con la cual generalmente van aquéllas unidas. La espiración, *berscheiden*, en alemán, la salida del aire aspirado, fué siempre considerada por el hombre, como el principal síntoma de vida, después del calor. La respiración afirmando la idea de existencia en los animales superiores, hizo creer también por analogía, en la viviente personalidad de la naturaleza, cuyo aliento, soplo, ó espíritu santo, desde entonces, fué el aire conmovido. Los *Maruts* del Rig Veda son los vientos, espíritus divinos; el dios Pan, es el aire, como veremos luégo; y el espíritu de Dios es llevado sobre las aguas en la cosmogonía bramánica y en el Génesis. No sólo es el soplo ó la respiración la señal cierta de la vida, sino que en el primitivo orden de ideas, la comunicaba: «Formó, pues, Jehobá, Dios, al hombre del polvo de la tierra y alentó en su nariz soplo de vida, y fué el hombre un alma viviente.»

Las onomatopeyas de la espiración son estas: *ah*,

*xia, brezo, brisa, brizo* (la cuna del niño), *broza, bruja, brucolaco*, y otros muchos.

Nótese que estos nombres indican casi todos, ó acción producida por el calor ó el fuego, ó fuerza y exceso de vigor, ó desarrollo y crecimiento, ó algún efecto espiritual á consecuencia de la asociación de ideas.

Dejaremos á otros el trabajo de seguir estos nombres hasta el origen; el camino está marcado, y establecer la filiación es fácil ya. Si fuésemos á poner ejemplos, no acabaríamos nunca, porque se ofrecen á porfía en muchas lenguas. Lo dicho basta para hacer comprender nuestro pensamiento.

## LA ESPIRACIÓN.

### I.

No se pueden estudiar las formas del *bero*, en las diferentes mitologías, sin acompañar á este estudio el de la espiración con la cual generalmente van aquéllas unidas. La espiración, *berscheiden*, en alemán, la salida del aire aspirado, fué siempre considerada por el hombre, como el principal síntoma de vida, después del calor. La respiración afirmando la idea de existencia en los animales superiores, hizo creer también por analogía, en la viviente personalidad de la naturaleza, cuyo aliento, soplo, ó espíritu santo, desde entonces, fué el aire conmovido. Los *Maruts* del Rig Veda son los vientos, espíritus divinos; el dios Pan, es el aire, como veremos luégo; y el espíritu de Dios es llevado sobre las aguas en la cosmogonía bramánica y en el Génesis. No sólo es el soplo ó la respiración la señal cierta de la vida, sino que en el primitivo orden de ideas, la comunicaba: «Formó, pues, Jehobá, Dios, al hombre del polvo de la tierra y alentó en su nariz soplo de vida, y fué el hombre un alma viviente.»

Las onomatopeyas de la espiración son estas: *ah*,

*aj, ja, yah, av, af, aph, am, an, ass, ast, asch, at, ath.* Así vemos, que el hebreo, que en esta parte ha conservado mejor que ningún otro idioma el elemento arcaico, ha com puesto con ellas, perfectamente puras, su verbo sustantivo, que como es sabido, afirma la respiración y la existencia. Unas lenguas han cogido unos sonidos y otras otros; pero el hebreo los usa casi todos en su conjugación; de aquí el error, como veremos luégo, de atribuir á su dios el nombre de un tiempo de su verbo. El eúskaro conserva bastante bien la misma onomatopeya en el verbo respirar = *ats-eguin*, (*hacer ats*;) *asnase* y *artu*. A veces la *m, n*, finales suelen convertirse en *r*.

Lo mismo que el *ber* da lugar á la formación de infinidad de palabras, expresando ideas de calor, producción, expansión y crecimiento, estas onomatopeyas de la respiración sirven para indicar todas las referentes á vida, animación, movimiento, existencia, soplo, espíritu, alma, voz y palabra. *Om oum*, el misterioso monosílabo de los Bhudistas y Brahmanes, significa en hebreo, como el griego *Pan*, todo lo que existe. Puede decirse que toda la mitología está encerrada en estas dos palabras claves: *Han* y *Ber*.

La espiración *han, hen* cambia frecuentemente en sibilante la aspirada, y suele hacerse *van, ven, phan, phen, fan, fen*. Por eso *phanim* en hebreo significa el soplo, la palabra, y el griego *φωνη* la voz. No cansaremos al lector con más preparaciones; esto basta para la comprensión de los mitos que podemos llamar del espíritu y para distinguirlos de los del calor ó del fuego.

Tendremos, pues, que los nombres de dioses, considerados como espíritus animadores del mundo y de la vida, serán todos formados desde un principio por alguna de las onomatopeyas de la espiración, y otros

pasarán á sonidos similares del mismo orden; por ejemplo: *Janus, Jan, Jaun, Yama*, cuyo nombre prehistórico, sin duda alguna, es la espiración *han*, se transformarán en *Faunus, Panú, Pan, Venus, Haoma*, según la preferencia de las lenguas por determinado sonido del mismo orden.

En las lenguas madres de los idiomas aryanos, el verbo sustantivo está tomado de la onomatopeya de la espiración, significando existencia ó vida, y en el eúskaro, que es sin duda alguna el mejor representante hoy, y el más extendido en otro tiempo, de los turanianos, conserva la forma primitiva en algunos tiempos que pudieron servir de modelo á nuestras lenguas de flexión.

Véanse los siguientes paradigmas:

Eúskaro.	Sanscrito.	Griego.	Latín.
Ser.... izan...	.....	.....	Sum, esse.
Tu eres aiz....	así.....	εἷς....	es.
Se tu.. zaité...	.....	τοῦτι...	.....

Sin que el resto de la conjugación se parezca, ni remotamente, se cogen estos puntos principales de contacto como una lejana reminiscencia en las personas paralelas del verbo; pero si se prescindiese del paralelismo personal, haciéndose cargo de que los que hablan mal un idioma suelen emplear el infinitivo y los otros tiempos indistintamente, como pudo suceder en alguna mezcla prehistórica de lenguas ó pueblos, pudieran presentarse otras analogías, aunque esto ya sería pasar los límites de la licencia científica. Por fin, de estas originales onomatopeyasha formado el hebreo: *aph*, soplo, y narices por donde sale el soplo, y *ja-hâph*, ser ahogado; *av*, suspiro y *avah*, deseo; *habah, hajah*, vivir, llegar á ser, y el alma ó la vida; y los griegos, más suaves

en su pronunciación:  $\alpha\omega$ ,  $\alpha\omega\omega$ , soplar, respirar, gritar;  $\alpha\lambda\omega$ , espirar;  $\alpha\lambda\omega\gamma$ , la duración de la vida;  $\zeta\delta\eta$ , la vida;  $\zeta\omega\sigma\gamma$ , animal y  $\Phi\alpha\omega$ , decir, hablar, con el cambio de la aspiración en sibilante.

La misma metáfora del soplo forma en hebreo *ani*, ser, (*houm* en caldeo) *haz* vivo, fuerte, *oz*, cosa, todo lo que existe, *aich*, hombre, (en vasco *guiz*) y *nephesh*, soplo, atribuyéndole las significaciones diversas de vida, alma, espíritu, animal. Igual transición entre soplo y espíritu se encuentra en las expresiones *ruach* y *neshamah*, y en las correspondientes árabes *nefs* y *ruh*. Obsérvase una relación idéntica entre las palabras sanscritas *atman* y *prana*, aunque esta última lleve envuelto el *ber* con la significación de espíritu de vida, y las griegas *psichê*, *pneuma*, y *animus*, *anima* ó *spiritus*, latinas. El alemán *athem*, soplo, el *aice* eúskaro, como *buhatu* soplar, *izana* ser, conservan perfectamente la aspiración.

Cuando el soplo ó el aire en movimiento se individualizan, producen, pues, estas ideas: respirar, vivir, existir, ser, sentir, oler, y la expresión de deseos violentos y fuertes aspiraciones del alma. Todas estas imágenes salen por asociación de ideas, de un modo natural, del hecho del soplo. Soplar, ventar, inflamar, llegan á ser en alguna corriente evolutiva, lucir, brillar, porque se sopla la llama del fuego para que viva, y después iluminar y su correlativo ver y el causativo de este, hacer ver ó demostrar, indicar, decir y hablar. El verbo simple *vā* soplar y sus derivados *vas*, *vād*, *van*, *vanh*, *vag*, pasan, por asimilación, del efecto á la causa ó del resultado determinado á la ocasión determinante, individualizando la idea de lucir, de la que resultan, ver, saber, con sus causativos hacer ver, hacer saber ó decir. Inflamar, inflar, hinchar, se particularizan en crecer, y por asimilación ser

fuerte, prosperar, como en el nombre *çabas*, fuerza, de *çu çvi* inflar, crecer y ser vacío ó hinchado de aire, pues los aryanos y los hombres primitivos consideraban el aire como un espacio sin nada, y de ahí la admiración al sentir sus efectos, y la causa de la distinción del espíritu y de la materia. Se comprende, en vista de esto, á qué serie de ramificaciones en las diferentes corrientes evolutivas podrá dar lugar una simple onomatopeya primitiva.

Hay un medio, como se ve, infalible, para conocer la historia de las primeras manifestaciones y del desenvolvimiento primitivo de la inteligencia, y consiste en atinar con los primeros elementos del lenguaje, las onomatopeyas; después es preciso estudiar la fonología ó conocimiento de las formas silábicas y las leyes que presiden á las variaciones de sus elementos fónicos, vocales y consonantes; y, por último, tener presente siempre la analogía y asociación de ideas, ideología positiva ó especie de historia natural del llegar á ser de las formas lógicas encarnadas en las sílabas.

La fonología comparada del sanscrito y de los idiomas indo-europeos ha logrado ya reconstituir las formas integrales del aryaco, lengua común de las tribus aryanas antes de la separación.

Se saben hoy las variaciones sufridas por las vocales y consonantes de esta lengua en las diferentes evoluciones á que dió lugar; y como la mayor parte de esas variaciones pueden considerarse como leyes generales fonéticas del lenguaje humano, expondremos aquí las principales que deben ser presentes en la investigación que vamos á hacer de los nombres divinos.

La *a* aryaca está representada en griego y en latín por *a*, *e*, *o*; á veces llega á ser *u*, ó se debilita en *i*; así

el aryaco *gan-as*, raza, en sanscrito es *jan-as*, en griego γένος, y en latín *gen-us*. Nótese, en este ejemplo, la espiración sola llegando á significar generación, raza.

Del mismo modo *naw-as*, nuevo, hace γενος en griego, y en latín *novus*; y *padas*, pié, *podos*, *pedis*. Esta ley de la variación de las vocales es general.

Cuanto á las consonantes, el aryaco tiene quince nada más; no conoce *v, j, f, ch* ni *z*. Los tránsitos principales de consonantes se hacen, generalmente, en el mismo orden, labial por labial, etc.; *g* por *k*, *r* por *l*. Labiales, sin embargo, como *b* y *p*, pasan á dentales *d* y *t*. La *y* pasa á *g*; *Yahb* se hace *gab*, *geb*, *gib*; *Yut*, *guth*, *goth*; *Yas*, *gas*, *ges*, *gos*, etc.

Suponemos que el lector está enterado de todos estos cambios que son rudimentarios.

Nosotros aplicaremos á las familias de lenguas, cuya morfología está por estudiar, estas mismas leyes, en la seguridad de que son leyes generales del lenguaje humano; pero no saldremos nunca de los cambios, dentro del mismo orden, sino cuando haya pruebas terminantes.

La personalidad ó deificación del sopro ó del espíritu (pues el hombre no podrá nunca concebir ni adorar sino un Dios personal), se comprende en toda su sencillez y naturalidad, sin más que ponerse uno en el estado mental que tuvieron los primeros hombres, y del cual sólo puede dar una idea aproximada el actual modo de ser de los salvajes. Su manera de investigar las causas era parecida; pero tenían menos experiencia acumulada, menos tradiciones y menos contingente heredado en sus facultades.

Así es que la naturaleza, en todo lo que se les aparecía dotado de movimiento, fuerza ó sonido, les revelaba un poder que, por analogía, y con mucha razón, se les figuraba personal é inteligente. Ellos no sabían

como sabemos ahora y los mismos salvajes sospechan, que el fuego y el calor, el aire y el viento son fenómenos naturales y propios de un estado especial de la materia; ellos veían estas cosas en su imaginación infantil como seres terribles que podían serles adversos ó propicios, según sus dones y sus ruegos. En Tylor (1) puede verse, por ejemplo, que el estornudo, resto de una preocupación primitiva, originada en este modo de ver las cosas, es entre los Zulos todavía la salida de un espíritu por las narices. El que se tome el trabajo de estudiar un poco las costumbres comparadas de los pueblos, observará un sin número de supervivencias por el estilo. Todos los ruidos y sonidos que tenían lugar en el mundo y hasta en el cuerpo humano, eran tomados por manifestaciones del espíritu. El fuego y el calor, cuya naturaleza no podían explicarse, y el aire y el viento ó el sopro personal les ofrecían un misterio en su intangibilidad los unos, y en su invisibilidad los otros, que se prestaba perfectamente al carácter religioso que les dieron. El famoso pasaje del *Tao-te-king*: *Yi hi vei*, igual, poco, fino, en la moderna significación, hace referencia quizás á la antigua concepción del sopro ó viento: «Se le mira sin ver, su nombre es *yi*; se percibe sin oír, su nombre *hi*; se le concibe sin alcanzar, su nombre es *vei*; estos tres no pueden ser comprendidos, por eso se unen y son uno.»

Donde quiera que se notaba un movimiento ó que se oía un sonido, sin causa alguna aparente ó visible, allí se ocultaba un dios. Que las hojas blandamente mecidas se chocasen, haciendo producir á la enramada un sordo murmullo, ó que estremecidas por el huracán causasen un ruido infernal, era el sopro divino, Céfiro

(1) Primitive culture.

ó Pan, andando el tiempo, que visitaba sus bosques. Que silbase el viento por la hendidura de la cueva ó el resquicio de la choza, era el dios que tocaba su *sy-rinx* y quería ser escuchado con respeto. Que en la oscura noche la tempestad arrancase de cuajo la cabaña endeble, dejando sumidos en la fría oscuridad sus moradores, y el terror *pánico* se apoderaba de ellos. Fué así con lo demás posteriormente, aunque no trajo ya tan grandes consecuencias á la mitología.

Las tribus que llegaron á las costas, al ver la alteración del mar, supusieronle un dueño: Poseidón ó Neptuno; *Ydaspati* ó señor de las aguas. Neptuno tiene el mismo significado con distintas raíces. Cuando los ríos, los bosques y los mares se poblaron de dioses, el sentido primitivo de los grandes mitos se había perdido ya. Sólo se conservaba en algún colegio sacerdotal un resto de tradiciones muy veladas y con mezcla de una revelación moral hecha por profetas que nunca faltan y son de todos tiempos. En ese risueño gentilismo de la Grecia, lo mismo que en el paganismo romano, no quedan más que nombres rodeados de aventuras y de hazañas sobrepuestas, confundidas y mezcladas por una no interrumpida asociación de ideas durante miles de años, de tal modo, que será siempre imposible desenredar por completo la enmarañada madeja de los mitos, dejando á cada uno lo que le pertenece.

A pesar de eso, con buen método, puede llegarse á ver claro el origen de los grandes dioses y á desentrañar sus principales cualidades y atributos. Estableciendo, pues, las dos grandes divisiones de la mitología primitiva: los mitos del calor ó fuego y los del soplo ó espíritu, por más que en los tiempos sucesivos hayan llegado á combinarse de mil maneras los unos con los otros, podremos descubrir el nacimiento é im-

posición de nombres de los dioses con seguras señales y datos positivos. Mas como pudiera haber quienes dudasen de esta relación estrechísima entre el soplo y el espíritu, que indicada dejamos, pondremos algunos ejemplos para probar la supervivencia de aquel modo de ver que tuvieron los antiguos y hacer notar que la adopción de la palabra *soplo* para con ella expresar también el *espíritu*, no fué una simple metáfora. Cuando moría un romano, el pariente más próximo se inclinaba sobre su boca para aspirar su último suspiro, *hanc animam*, del mismo modo que, los seminolas de la Florida, cuando una mejer muere de parto, ponen el niño sobre su rostro para que reciba el espíritu al salir (1).

Los paisanos del Tirol se imaginan, todavía, que el alma de un hombre de bien se escapa por la boca bajo la forma de una nube blanca.

«No es el corazón el que sube al cielo, dicen los indígenas de Nicaragua, sino el soplo que le hace vivir; es decir, la respiración que se escapa por la boca y se llama *Julio* (2).»

Esta alma soplo, llamada *Julio*, es idéntica al *Yuli*, azteca, vivir, y en ambas expresiones van envueltas las dos onomatopeyas primitivas, sin más cambio que el de las vocales y el paso de la *r* á *l*. Lo mismo puede decirse del *lá* ó *kela* de los karenos, alma, espíritu ó genio, sobre el cual fundan un sistema de vitalismo muy complejo. Es un hecho cierto que en toda palabra denotando soplo, alma, animación ó vida van incluidas aquellas raíces. *Wang*, significa en la Australia occidental, respiración, espíritu, alma, y en Califor-

(1) Brinton; *Myths of New World*, pág. 253.

(2) Oviedo; *Historia de Nicaragua*.

nia, en la lengua netela, *piuts* significa también respiración, vida y alma.

Los groelandeses reconocen dos almas en el hombre, la sombra y la respiración; el alma se escapa por las narices, dicen los malayos; y en Java, para designar las ideas de respiración, vida y alma, emplean la misma palabra *nawa* (1).

El espectro ó fantasma, percibido en sueños ó en visión, es lo que más afirmó al hombre primitivo en la creencia del alma; así, que á veces busca su analogía en la sombra, por su falta de sustancialidad. Esta es otra forma diferente para expresar la idea de espíritu; pero supone ya más reflexión. La misma palabra sirve á los tasmanianos para expresar alma y sombra. En arawaco *neja* significa alma y sombra, y los abipones se sirven de la palabra *loa kal*. *Seriti*, la sombra, designa entre los basutos lo que subsiste después de la muerte. De todos modos, lo mismo en estas palabras bárbaras, que en el *umbra* latino y el español *sombra*, se ven subsistir siempre las primitivas onomatopeyas. Fué primero indudablemente la comparación de la sombra al espíritu, conocido ya por su nombre onomatopeico, que la del espíritu á la sombra, porque el nombre de sombra conserva la espiración en muchas lenguas. En el ritual funerario de los antiguos egipcios se hace la distinción entre el *ba* y el *akba*, el *ka* y el *khaba* del hombre, que M. Birch traduce por alma, espíritu, existencia y *sombra*. Suavícese el sonido de la *k* y tendremos la espiración.

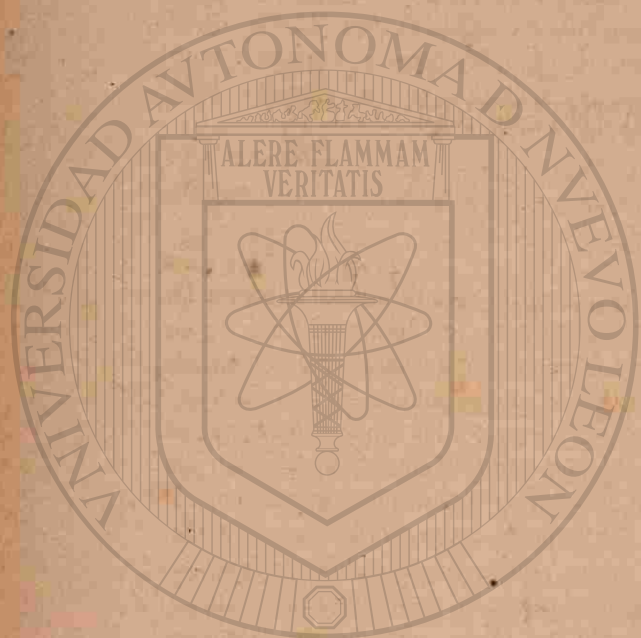
En fin, un ejemplo excelente del modo de proceder los primeros hombres en la investigación de las causas, y de la analogía que existe, entre el poco desenvolvi-

(1) *Cranz. Gröieland*, pág. 257.—*Crawford. Malay. Gr. and Dicto Marsden, Sumatra*, pág. 386.

miento de la inteligencia y el de la civilización, nos lo proporciona Laura Bridgman, joven aislada completamente del mundo por impedimento de sus sentidos y que cuando pudo darse á entender, decía: «Yo soñaba que Dios arrebatava mi respiración para llevarla al cielo (1).» Su estado de espíritu, casi igual al del hombre primitivo, le presentó la misma analogía entre el soplo y el alma. ¿Qué mejor prueba de la verdad de aquella correlación?

El soplo, la respiración, fué por consiguiente en el origen del lenguaje, el espíritu, la vida, la existencia, la animación y el *verbo*.

(1) Lieber, Laura Bridgman, dans *Smithsonian Contrib.* Vol. 2.º, pág. 8.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LA INTERPRETACIÓN.

Antes de entrar en el estudio etimológico de los nombres míticos, no podemos desentendernos de las opiniones agitadas en diferentes épocas sobre el modo de interpretar las religiones politeístas. Esto hará que se aprecien en su justo valor las consecuencias que de aquellas etimologías naturalmente se desprenden, y la conformidad que con un significado original guardan las tradiciones; hallando así, en esta inesperada adecuación, la mejor prueba de la verdad de nuestros asertos. Veremos que todo se ilumina á la simple comparación de las raíces, siempre que ésta sea hecha con arreglo al verdadero método. A través de las espesas nieblas de los siglos, veremos con toda claridad la noción exacta que las razas prehistóricas superiores se habían formado de la naturaleza y de la divinidad, ó lo que es lo mismo, de la materia y de la fuerza ó de la forma y de la inteligencia, habiendo llegado á confundirlo todo, después de un largo período evolutivo, en la unidad, rota posteriormente en el fraccionamiento y separación de nuevas razas que ya perdieran la memoria de aquella síntesis sublime; resultado idéntico de la visión instintiva y simple de los



primeros hombres y de la razón epurada y compleja de los últimos grandes metafísicos.

La exegesis mítica es bien antigua. Se conoce que Platón estaba ya preocupado con ella. Sócrates rehúsa entrar en este género de indagaciones por la sencilla razón de que no conociéndose á sí mismo todavía, le parece ridículo intentar conocer lo que le es extraño, y se atiende en este punto á las creencias públicas (1).

La incredulidad, á pesar de esta prudencia socrática, ganaba terreno, y con ella, el afán de aclarar el misterio de los dioses. Poetas y filósofos coadyuvaban, sin darse cuenta de ello, á preparar un nuevo porvenir social y religioso. Los políticos y los historiadores, como Pericles y Thucydides, casi tenían miras idénticas. Enripides, en su tragedia perdida, *Melanipe*, discute y refuta la doctrina *teterata* ó signos sobrenaturales. Aristófenes, á pesar de su espíritu conservador, rebaja las cosas santas al nivel de sus burlas. Un autor, Palæphate, sectario de Aristóteles (2), avanza la idea de que no debe darse crédito á ninguna historia, si no tiene un fundamento de verdad, y que por otra parte, no se pueden admitir contradicciones con los fenómenos actuales de la naturaleza. Todo lo explica de una manera natural; pero no niega los hechos. Para él, el Dragón que Kadmo mata en Tebas, es un rey que se llamó Dragón; los Centauros son jóvenes que por primera vez aparecieron montados á caballo en la Tesalia; Scilla es un buque de piratas, y así lo demás. Se parece á Holbach, procurando explicar sucesos no menos religiosos, en su *Historia crítica de Jesucristo*.

(1) Fedro; *Diálogos socráticos*, Obras de Platón, II, pág. 266. —Trad. Azcárate.

(2) Palæphate. *De Incredibilibus Historicis*; Amsterdam, 1868.

Eveemero, espíritu fuerte del tiempo de Tolomeo Soter, pretendía haber encontrado en una isla de Pancea inscripciones antiguas que probaban, que los dioses habían sido hombres, reyes, héroes ó bienhechores divinizados.

Cuando los cristianos entablaron la lucha intelectual con el paganismo, se vieron enfrente de una escuela temible, no sólo por el talento y la virtud de sus corifeos, sino por el giro especial que dieron á la interpretación de los mitos greco-romanos. Al calificativo de fisiologistas que los padres de la iglesia les daban, tachándoles así de adoradores de las sustancias elementales, contestaban los neo-platónicos con una metafísica á que aquellos no estaban acostumbrados y que no tuvieron por conveniente discutir. De las grandes enseñanzas de los misterios, nada parece haber llegado á los santos padres: San Agustín es eveemerista; casi se burla de los que creen que los dioses son los elementos de la naturaleza (1). Lo mismo que él, piensan sobre este punto San Cipriano, Tertuliano, San Juan Crisóstomo, Lactancio, Clemente Alejandro y Minicio Félix. Taciano y San Epifanio, el papa San Clemente y San Justino, son demonologistas. El gran Orígenes, Julio Firmico, Teodoreto y Prudencio, son fisiologistas. San Atanasio se inclinaba también al fisiologismo; pero llama malvados infames á Osiris, Júpiter y Mercurio (2). Atenagoras refuta á los que creen que Minerva es el pensamiento que todo lo vigila, Isis, la naturaleza que á todo da origen, y que deifican á los elementos y les dan un nombre particular. Eusebio (3) cree que los dioses son demo-

(1) *De civ. Dei*. L. 7.º, cap. 5.º, 18, 1, 6.

(2) *Orat. contra Gent.* caps. 9.º, 10 y 11.

(3) *Legatio pro Christianis*, cap. 22.

nios malos y lúbricos que se aparecieron bajo formas humanas, y engañaron á los hombres para que les hicieran dioses.

En vano los neo-platónicos procuran hacer ver que los dioses no son astros, ni elementos materiales, ni habían sido hombres, ni demonios, sino cualidades de la inteligencia creadora, fuerzas distintas y personificadas de la creación; que Vuleano, por ejemplo, no era precisamente un dios especial, padre del fuego, sino la fuerza del Dios creador que obraba sobre él; y lo mismo de Neptuno, de Apolo y los demás. Los neo-platónicos estaban más en lo cierto que Platón con sus genios directores de los astros y de los elementos. Eran además sinceros, creían de buena fe lo que decían; y de ser posible que una nueva religión espiritual y razonada hubiera salido de aquél fangoso y agotado paganismo, ellos hubieran realizado este milagro.

Es de notar, en este larguísimo combate de las dos religiones, el silencio de los sacerdotes politeistas. La defensa del paganismo, si es que defensa puede llamarse á la exegesis neo-platonica, no fué una cosa oficial. ¿Qué causas pudo tener este silencio? ¿Es que perdida ya la fé y considerando seguros sus privilegios, los sacerdotes del antiguo culto, experimentaban impasibles, egoistas como Luís XV, una tempestad que no les había de coger? Pero esto es tan opuesto al carácter sacerdotal y al espíritu de cuerpo, que no parece razón satisfactoria. Por otra parte, el fuego sagrado de la fe, no se ve extinguido aún, y buena prueba de ello son los neo-platónicos, los hombres más ilustrados de la época.

¿Llevarían su respeto á los misterios hasta el punto de ocultar sus grandes enseñanzas, á pesar del gravísimo peligro que les amenazaba? Sea como quiera, es lo cierto, que la Religión greco-romana (que no es el

paganismo de los últimos tiempos) cayó sin ser oída, llevando consigo secretos y misterios que sólo en parte conocemos hoy.

Después vino el silencio de la Edad Media. Sin embargo, en el siglo VIII, Alverico el filósofo estuvo á punto de tocar en la verdadera doctrina, reconociendo la diferencia entre los dioses reales y los simbólicos en un sistema mixto de platonismo fisiológico, y el cordobés Maimónides, rabino del siglo XII, atribuye el origen de la idolatría al culto de los astros.

Con el renacimiento, se despertó en Europa, y en Italia sobre todo, el deseo de instruirse en las antiguas creencias religiosas, y Boccacio, el primero, vacilante en el modo de apreciar aquellas fábulas, y después de él Giraldo, Cintio, Natal Conti, Julián Aurelio y Vicente Cartari, más ó menos eveemeristas ó fisiologistas, publicaron con éxito sus obras (1).

Bacon entrevé algo ya en el origen de estos cuentos míticos; y Pignoria, explicando en 1605, la mesa Isiaca, reconoce en Isis y Ceres una sóla divinidad símbolo de la tierra, y en Osiris, Baco, Horo y Atis, representaciones del sol. Pocos años después Jerónimo Alejandro demuestra que Apolo, Baco, Hércules y Mercurio eran dioses soles (2).

El jurisconsulto inglés, Juan Selden, el mismo que explicó los mármoles de Arundel, probó que Osiris era el sol y que los otros dioses no eran más que los elementos y los astros (3).

En medio de todos estos pareceres, fluctuaba la opinión, sin fijarse en ninguno, cuando Gerardo Juan

(1) *Genealogia Deorum.—Histor. Deorum gentil.—Mytologia.—De Cognom. Deorum gentil.*

(2) *De sap. veterum. Antig fabula explicatio* (Pignoria).

(3) *De Düs Syris* (Obras de Selden: 3 tomos en fol. edic. Londres, 1726.)

Vossius, contemporáneo de Selden, profesor de Cronología, primero, y de Historia después, en Amsterdam, llamó la atención, en la primera mitad del siglo xvii, volviendo en parte al eveemerismo, y estableciendo una concordancia entre los nombres míticos y bíblicos. Suponía él que los pueblos, habiéndose olvidado de Dios, rindieran culto al bien y al mal, y de éste, fueron pasando sucesivamente al de los génius y al de las almas de los muertos y de los reyes divinizados. Se conoce que influyó sobre él una idea emitida anteriormente por otro. Se había dicho ya que Serapis era José; Jano, Noé; Minerva, Noemi; y Vossius, pretende que Adán, Noé y Tubalcain, adorados por los egipcios bajo nombres desfigurados, fueron introducidos por ellos en Grecia. Por lo demás, cree que el culto de los elementos y de los astros es posterior á todos, sino que confundidos luégo entre sí, dieron lugar á la religión compleja, tal como se presenta en los últimos tiempos de Grecia y Roma (1).

Este sistema debió agradar á Samuel Bochart que se propuso reducir toda la mitología al culto de los patriarcas y al de algunos personajes egipcios. Así, para él, la reina Nitócris es Minerva, Nembrod es Baco, y así los demás. No le faltó ingenio, pero no pudo satisfacer á nadie por falta de pruebas (2). Es verdad que sus ideas, sin formar sistema preciso, están desparramadas en sus principales obras. Vino después el jesuita Atanasio Kircher, hombre de gran erudición, pero cuya fantasía jamás encontró vallas, llegando á descifrar piedras llenas de garrapatos, escondidas á propósito por sus amigos, simulando luégo descubrimien-

(1) *De idol. orig. et. prog.* (Obras de Vossius. 6 tomos en fol. Amsterdam.)

(2) *Hierozoicon*, 2 tomos en fol. 1646.

tos arqueológicos. Hizo una miscelánea de todos los sistemas conocidos, en su *Edipus-Ægyptiacus* (1) convirtiendo á Noé en Urano, á Sem en Saturno y á Japhet en el sol.

Estas interpretaciones hebreas estuvieron de moda por mucho tiempo. El obispo de Abranches, Pedro Daniel Huet, ve á Moisés en Osiris, en Serapis, en Baco, en Apolo, en Adonis, en Esculapio, en Pan, en Priapo, en Proteo, en todas partes, y así lo manifiesta en su *Demostración Evangélica* (2). No se hizo cargo de que siendo todos estos dioses más antiguos que Moisés, la historia bíblica no quedaba bien parada. Fué entonces, cuando el gran Racine aplicó á Huet aquella frase del Demeo de Terencio: «Te cum magna illa tua demonstratione perdat Júpiter.» Nuevos estudios de actualidad sobre Moisés han venido á dar, sin embargo, en cierto modo, la razón al sabio obispo.

El Dr. Schultze, en su *Investigación mitológico-histórica sobre Moisés y las diez palabras*, hace de Moisés un dios-sol, y casi le identifica con Osiris y Dionyso, hallando analogías que inducen á reconocer en Moisés un primitivo mito religioso. Es chocante notar entre los patriarcas y los mitos, estas analogías y coincidencias, expuestas, lo mismo por los sabios del siglo xvii que por algunos de nuestra época; pero se ve que la intención y las conclusiones no son las mismas. Había antes un interés especial en hacer salir de la Biblia la religión y las tradiciones de los otros pueblos, y así, por ejemplo, el inglés Juan Marshan, hace proceder de los judíos la circuncisión y otras muchas ceremonias que se encuentran en los egipcios y en

(1) Cuatro tomos en folio. El primero contiene algo curioso de la Historia de Egipto; pero los otros tres tienen poco ó nada de real y verdadero.

(2) *Demonstratio Evangélica*, 1679, 2.<sup>a</sup> edición.

los demás pueblos (1). Ahora, en igualdad de circunstancias, en frente de analogías y semejanzas entre varios mitos ó tipos religiosos, la crítica no opta por ninguno, sino que se reducen, si es posible, á un carácter más antiguo ó á una forma más universal, y no se da más importancia á la narración bíblica que la que pueda tener por su alta antigüedad. Esta clase de interpretación por la fe presenta algún caso de supervivencia en nuestro tiempo, todavía, y el célebre político inglés, M. Gladstone, es buen ejemplo de ello, creyendo y defendiendo en algunas de sus obras, que las fábulas mitológicas no son más que la corrupción de misteriosas doctrinas reveladas por Dios á los patriarcas (2).

Una idea más elevada y nueva que las anteriores fué concebida y desenvuelta por Rodolfo Cudworth (3) en su *Sistema intelectual del Universo*. Según éste, Júpiter, Zeus, Jehováh, Ammon y los otros grandes dioses eran el mismo Dios, el Dios supremo de los gentiles y de los cristianos; pero seguía creyendo, como todos, que los elementos y los astros personificados se habían asociado al culto primitivo de la divinidad, llegando á ser los dioses de la mitología.

A fines del siglo xvii el inglés Tomás Gale procuró resucitar la antigua teoría neo-platónica. Era un hombre de fe, como sus maestros, y se queja de que los escritores de su tiempo se inclinen á la duda y hagan poco caso de la moral. Parece iniciado en los misterios antiguos, habla con conocimiento de causa, y se aproxima mucho á la verdad. Sus ideas, en cuanto á

(1) *Canon chronicus Ægyptiacus, Hebraicus, Grecus*, in fol. 1672.

(2) *Homero y la edad Homérica*, y en su *Inventus Mundi*.

(3) Un compendio publicado en inglés, por Tomás Wise, dos tomos en 4.º

la interpretación, son las mismas de Jamblico en el libro de *Misterios egipcios*.

Cuper, Wits y Leclerc apenas trajeron nada nuevo; el último fué un eveemerista ardiente, y su sistema se compone de arbitrariedades que no resuelven ninguna dificultad. Por último, en un libro de Pablo Pezron (1) se hace descender á los dioses, de Noé, y dar origen á la raza y á la lengua celta.

No se pueden repasar las obras escritas en el siglo xviii sin rendir un tributo de admiración á los eruditos trabajos de sus mitógrafos. Eran hombres que estudiaban á conciencia y tomaban las cosas con calor. Samuel Bochart muere discutiendo con Huet en la Academia, como un guerrero antiguo en la palestra. A estas virtudes solía ir unida la modestia, rara cualidad en la gente de letras. Hé aquí lo que se lee de Tomás Gale en la *Huetiana*: «Tiene una profunda erudición, pero su modestia es tan grande, que parece que oculta su saber; apenas sufre que se pongan sus iniciales á tan excelentes obras, como salen de sus manos (2).»

En los primeros años del siglo xviii, el jesuita Renato José de Turnamin vuelve á ver en los dioses astros y elementos personificados y hombres como Adán y Noé divinizados (3); al contrario de Eschenbach que sigue los más acertados principios del neo-platonismo, aunque sin sacar todas las consecuencias que debiera.

Después de esta pleyade de mitógrafos de fe viene

(1) *Antiquité de la nation et de la langue des Celtes*, 1793, París.

(2) Estas obras son: *Sylogon Scriptorum, Mythologicorum, Ethicorum. Trad. de Mysteriis Ægyptiorum de Jamblico, Opuscula mythologica física, ethica*. Griego y latín con notas, etc., etc.

(3) *Projet d'un ouvrage sur l'origine des tables. Journal de Treboux, Eschenbach, Epigenes sive de poesía orphica*. Nuremberg, 1702.

un excéptico, Pedro Bayle, que se burla de todos los sistemas y niega el sentido alegórico de las antiguas fábulas (1).

Entre los mitógrafos de verdadera vocación, es preciso contar al abate Banier, cuyas obras revelan, no menos, la variedad de su erudición, que su ardor infatigable para el trabajo. Los estudios que tenía que hacer para explicar á sus discípulos, dieron lugar á su primera obra mitológica, *La explicación histórica de las Fábulas*, y le determinaron á dedicarse enteramente á la mitología. Es lástima, que á pesar de tanto saber, no obtuviera mejores resultados por su falta de método (2).

Todos estos sistemas eran tan pronto abandonados como vueltos á recoger por la opinión. Aun no había llegado la hora de descubrir el misterio de los dioses.

Una ocurrencia feliz de Juan Bautista Vico (3) pudo haber fijado la interpretación mítica separándola de los sistemas rutinarios. Vió él en el *instinto d'anima-zione*, como le llama, el instinto que personifica los fenómenos ó movimientos de la naturaleza, suponiendo por todas partes como causa determinante una acción casi humana. El hombre tiene una especie de filosofía espontánea que le lleva á ver en sí mismo la regla del universo. Así, la mitología es para Vico una creación de la sabiduría poética que tuvo principio, no en una metafísica razonada y abstracta, sino sentida é imaginada. Esta poesía, expresada en un lenguaje primitivo como el de los niños, particulariza las ideas generales,

(1) *Dictionnaire*, art. Jupiter, 1696.

(2) *La Mythologie et les Tables expliquées par l'Histoire*, 3 tomos, París.

(3) *De la metafísica poética*. Edición de sus obras, tomo 5.º, pág. 189, Milán, 1876.

presenta el pensamiento abstracto como un hecho, una generación como un hombre. De todo esto pretendió sacar las consecuencias y se equivocó, como no podía menos, faltándole conocimientos filológicos. Hizo salir el mito de Saturno, del grano sembrado; el de Vulcano, de una selva quemada; el de Ceres, de la semilla que está seis meses bajo tierra y otros seis fuera. Acertó, sin embargo, en otra cosa: en creer inoportunas todas las significaciones místicas de una elevada metafísica, dadas por los sabios á las fábulas griegas y egipcias, debiendo, por el contrario, resultar naturales los significados históricos que unas y otras deben contener naturalmente (1).

Una prueba de que los más grandes genios se extravían, cuando pretenden resolver problemas, sin datos suficientes, es que Newton se ocupó también de mitología, sin éxito. Fué eveemerista, Nicolás Freret le batió en regla, abrazando á su vez el neo-platonismo (2), y Jablonski refutó á los dos, manifestando que los dioses no eran más que los elementos y los astros; etro error (3).

Llamó también por entonces la atención, Warburton, á causa de una nueva hipótesis en que vislumbra una parte de verdad tan solamente. Supone que el pueblo no tenía más religión que la de los hombres divinizados, mientras que en los misterios se enseñaba la verdadera religión, el culto del Dios Supremo y de los génios. Warburton (4) lleva, como se ve, demasiado lejos, la separación ó diferencia entre la enseñanza de los misterios y la de la religión popular que en

(1) *Principios de ciencia nueva*, lib. 2.º de la metafísica poética.

(2) *Defensse de la Chronologie*. 1758. Mem, sur. Bachus.

(3) *Pantheon egypt*. Francfor, 1750.

(4) Warburton; *The divine legat. of. Mos*. 1737.

el fondo eran una misma cosa. Es cierto que la religión se presentaba en los misterios pura y simple, desechando la infinidad de fábulas con que los poetas habían oscurecido la naturaleza de los dioses, y presentando á éstos como representaciones distintas de una sola fuerza universal é inteligente, poco más ó menos, como la entendieron y confesaron los neo-platónicos; pero la religión del pueblo era desde un principio la misma, no teniendo otro carácter diferencial que el antropomorfismo. Los dioses habían llegado á ser para el pueblo como una especie de hombres muy grandes y poderosos. ¿Acaso no queda mucho de esto todavía en ciertas religiones populares?

En los misterios sabían mejor á qué atenerse respecto á la naturaleza de los dioses. Por invariable tradición, tal como suele conservarse en los colegios sacerdotales, conocían éstos los orígenes algo velados ya de la religión, cuya pureza les había sido confiada. De este modo en los misterios se daba una enseñanza verdaderamente arcáica, sin antropomorfismo, que no dejaba de ser por eso la religión popular.

Hubo un hombre, Tomás Blackevel (1), que llegó á comprender que las fábulas, explicadas de la manera que se venía haciendo, ni se entendían, ni daban la menor idea de una religión, y así tuvo el valor de manifestarlo; pero en cambio De-Brosses llevó su atrevimiento hasta inculpar á los neo-platónicos y á la religión griega, producida según él por un exceso de estupidez, en lugar de reconocer humildemente, en vista del caos y de las dificultades de la interpretación, su falta de conocimiento. Cour de Gibelin vino á complicar más el asunto tomando por mitos primitivos, fábulas secundarias é invenciones poéticas posteriores, ha-

(1) *Letres sur la Mithologie*, 1748.

ciendo alarde al mismo tiempo de arbitrarias etimologías. Por fin Heine, Meiners, Hancarville y Görres el primero volviendo al fisiologismo, el segundo á la creencia en los genios divinizados, y los dos últimos viendo el dios de los patriarcas en todas las religiones, tuvieron miras ingeniosas sin poder fijar la exagesis con su sistema que por bello que fuera á los ojos de un creyente, no podía satisfacer las exigencias científicas. Cudworth, Wadwurton y Burigni les siguieron. Todos conocen el famoso libro de Dupuis: *El origen de todos los cultos*, que llegó á explicar bastante bien algunos mitos solares, como Hércules y Jason; pero que no pudo reducir, ni explicar ningún otro á causa de su reducido punto de vista.

Así como Bayle cierra el siglo xvii burlándose de todos los sistemas que durante él tuvieron vida y exposición, así el poeta Bossio se mofa al concluir el siglo xviii del fisiologismo y de la *inmundicia alegórica*, negando en sus *Cartas mitológicas* que pueda explicarse el origen de las fábulas en ningún sentido filosófico. Ni faltó tampoco un resumen general al fin del siglo, pues Bailly fundió todos los sistemas, dando entrada en el suyo á todos los elementos que habían jugado un papel en la exagesis.

En nuestros días continúan los trabajos de interpretación mítica, con mayor ardor y más abundancia de datos, después de los viajes y estudios de lenguas y religiones en todas partes del mundo, con que tanto enriquecieron la filología: Cook en Persia, Castren en Siberia, Estanislao Julien, en China, Zeisberger en América del Norte, Sir G. Grey en Nueva Zelandia, Caldwell en la India Meridional, Bleek y Applegard entre los cafres, y Humboldt en Jaba y por todo el mundo.

La última palabra no se ha dicho aún, sin embargo,

ni tenemos nosotros la pretensión de pronunciarla, conformándonos con señalar algunos puntos de vista nuevos, y abrir, aunque no sea más que una estrecha senda, que pueda ser ensanchada por los que sigan nuestros pasos.

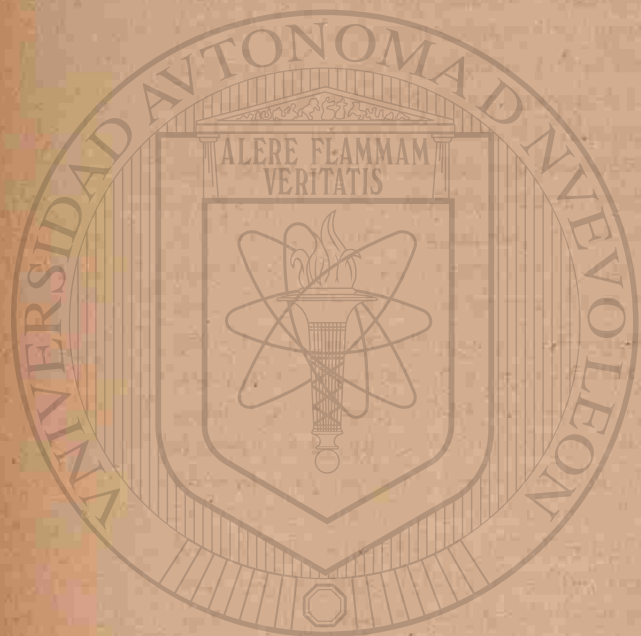
Los sistemas antiguos subsisten todavía, el evehemerismo, el fisiologismo, el eclecticismo, tienen hoy esclarecidos representantes, y esta es la mejor prueba de que la exagesis mítica no se ha fijado aun, por mas que Otfried Muller haya tenido el honor de indicar el verdadero método en sus prolegómenos á una mitología científica, en 1825, viendo en los mitos la obra sencilla de la humanidad en su infancia. El mito le aparece como un acto inconsciente y necesario, por el cual el espíritu del hombre, incapaz de abstracción, considera todas las cosas bajo forma concreta y viva. El mito es luego embellecido y desfigurado por el capricho de la tradición y por la fantasía de los poetas. Hay, pues, que remontarse á las formas antiguas y simples. Así proceden Gerhard, Welcker, Preller. La lengua es el gran auxiliar de este estudio: «la madre de los dioses y de los héroes» como la llama Creuzer. Es preciso ponerse en cuanto sea posible en el estado de espíritu de los hombres primitivos, y tener un sentimiento profundo de la naturaleza y una especie de adivinación poética, si se quiere descifrar con verdad.

Por nuestra parte, creemos, con ciertas salvedades, en el *nómina númina* de Max Muller, es decir, en que sólo podemos tener conocimiento de lo que son los dioses por sus nombres. Los datos filológicos que hoy existen, pueden llevarnos á descubrir su verdadera significación por medio de la etimología comparada, quedando reducido el estudio de las fábulas secundarias á un simple análisis psicológico de asociación de

ideas. De este modo únicamente el misterioso origen de los dioses dejará de ser un secreto.

El procedimiento que habremos de emplear será sencillo: Habiendo reconocido que los idiomas aglutinados ó turanianos no pueden menos de ser en virtud de la ley de evolución sancionada ya por la experiencia, anteriores á los modernos de flexión ó indo-europeos, buscaremos en los primeros las formas primitivas de los nombres de los dioses. Entre los diferentes pueblos de origen turanio, preferiremos para la comparación aquellos que por su importancia etnográfica ó por la extensión de sus emigraciones, han debido influir más poderosamente en la cultura prehistórica de nuestras razas, haciéndolas herederas de su religión y vagas tradiciones; tales son: el acadiano ó turanio de las inscripciones cuneiformes; el eúskaro, que como G. de Humboldt comprendió, el primero, es acaso la lengua que ha quedado más fiel al espíritu primitivo (1), y el tártaro mantchú hablado siempre por esas tribus inquietas y agitadas que forman el foco de población de una gran parte del Asia. Por último, estableceremos las analogías y haremos notar la descomposición de aquellos mismos nombres con arreglo á leyes fijas y determinadas, y su tránsito á los idiomas de flexión.

(1) *Essai sur le basque* de S. Humboldt, á la suite du *Mistridate* d'Adelung et Vater.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LOS MITOS

DEL CALOR Y DEL FUEGO, Y EL CULTO DEL ÁRBOL Y DE  
LA SERPIENTE.

### I.

«Tres fenómenos han chocado al Arya, dice Emilio Burnouf, el movimiento, la vida y el pensamiento. Estas tres cosas abarcan todos los fenómenos naturales. Si un principio puede explicarlas, será él la explicación de todo. Este principio, los aryas le vieron en el calor.»

Estamos enteramente de acuerdo, y por eso hemos dicho que la gran clave de interpretación mítica debe ser esa misma palabra: *calor*; pero sería más exacto, en vez de concretar al Arya ese fenómeno, hacerlo extensivo á tribus anteriores en evolución, porque la raza aryana hace su aparición con el Rig-Veda, que no por ser antiquísimo, deja de suponer un estado social que no es el primitivo, ni tiene ese carácter de infantil sencillez que se requiere para el nacimiento del mito. Sabido es que el sanscrito, la lengua de los aryas, no basta para explicar sus mitos, y que los nombres de sus dioses revelan un origen mucho más antiguo. Si el calor y las consecuencias que él produce, se ofrecieron á la imaginación del hombre verdaderamente primitivo como prodigiosos fenómenos de anima-



ción, hasta el punto de adorarlos como manifestaciones de un poder invisible y personal, dando lugar así á la primer florescencia religiosa de la humanidad, esto tuvo su causa en la misma simplicidad salvaje de su ánimo, perfectamente ajeno, hasta tal momento, á cualquier otra creencia metafísica. Los aryas, los griegos, los romanos, los salvajes modernos, pueden embellecer y complicar un mito ya heredado; pero para crearlo en toda su sencillez, se necesitaría un cerebro virgen, sin noción de ley, sin idea religiosa anterior, sin prejuicio alguno, como debió estar el de los primeros hombres.

El mito es hijo de esa facultad de la inteligencia del hombre que se llama *causalidad*; pero es menester que ella obre en toda su ignorancia de las leyes. Por eso no debemos buscar la raíz del mito en el Arya, ni en la Grecia, ni en Roma, sino en el hogar de alguna humilde familia prehistórica, perdida allá en las nieblas del origen, en el misterioso principio de la evolución humana, y de la cual no queda otro vestigio que una sola palabra inmortal, por lo que tuvo de religiosa y de divina, transmitida de un idioma á otro con el respeto que infunde el nombre de la divinidad.

Esta idea primitiva del calor considerado como alma del mundo, ó principio animador por excelencia, verdadero Dios, en pluralidad de manifestaciones, alimentó la creencia científica de los sabios hasta la Edad Media. Hay en la *Colección Hipocrática* un libro titulado, *De las Carnes*, cuyo autor, que acaso no será Hipócrates, pero para el caso es lo mismo, procura explicar la formación de los órganos: «Lo que nosotros llamamos calor, dice, es en mi concepto inmortal: tiene la inteligencia de todo, ve, entiende, conoce todo el presente como el porvenir; cuando todas las cosas se confundieron, la mayor parte del calor ganó la cir-

cunferencia superior; es lo que los antiguos me parece que llamaron ether. El segundo elemento colocado interiormente se llama la tierra; frío, seco y lleno de movimiento y tiene de seguro una gran cantidad de calor. El tercer elemento, que es el aire, ocupa, siendo un poco caliente y húmedo, el espacio intermedio. El cuarto, el agua, que está más cerca de la tierra, es el más húmedo y el más espeso.»

El calor es, pues, para los antiguos, el principio activo, inteligente, que mezclándose á la tierra, la anima y da las formas vivientes de los órganos.

Galeno, más próximo á nosotros, á fuer de buen discípulo de Hipócrates, y á pesar de su gran piedad, dice en sus *Costumbres del alma*, que aun cuando no se quiera conceder que la sequedad es la causa de la inteligencia, aduciría el testimonio de Heráclito, porque ¿no ha dicho él, alma seca, alma sapientísima? «Es preciso ver que esta opinión es la mejor si pensamos que los astros que son resplandecientes y secos tienen una inteligencia perfecta, porque si alguno dijese que los astros no tienen inteligencia, parecería no comprender el poder de los dioses.»

Es claro que la sequedad de Galeno no es más que una consecuencia del calor de Hipócrates. Véase aquí, pues, un caso de supervivencia de una idea nacida en la ignorancia primitiva, influyendo en el ánimo de sabios y hombres de ciencia, pertenecientes á una civilización adelantada.

Qué de relaciones pudieron encontrar aquellos hombres entre el calor y el fuego; qué series de ficciones y mitos, con el tiempo, no habrán desarrollado, suponiendo dotados de inteligencia á tales elementos, es cosa, que para comprenderla, no basta figurarse las mil combinaciones que en un cerebro sólo puede hacer la asociación de ideas, sino que, hay que fijarse en el

resultado que darán millares de cerebros, por millares de años, buscando analogías, y tratando de explicar, á modo de inteligencia humana, aquel fenómeno. Por eso, el tejido mítico de pueblos avanzados será siempre en su mayor parte indescifrable. Sin embargo, siendo el método bueno, la exegesis será más acertada y podrá vislumbrarse una parte de verdad en alguno que otro mito. En la leyenda de Dionyso, hervido en una caldera por los titanes, puede verse, por ejemplo, una reminiscencia de la antigua creencia que suponía un dios agitando el agua en el hervor. Cuando le llegue el turno, veremos, que Dionyso, antes de ser dios del vino, fué una divinidad puramente acuática como su nombre indica. *Medea*, con su caldera vivificante, la fuente de Juvencio, y hasta los cuentos populares que han llegado á nuestros días con la misma idea de reanimación y juventud por el agua hirviendo, no tienen otro origen que aquella antiquísima observación.

Visto que el agua expuesta al fuego cobraba vida al calor, ¿por qué un sér, hundido en ella, no la cobraría también en ciertas circunstancias á beneficio de súplicas ó encantos? La asociación de estas dos ideas es bien natural. Desde entonces, la vasija de agua se convirtió en objeto religioso y mántico; se hizo de ella un mueble de preferencia, se la colocó en un trípode para poder recibir cómodamente el calor del hogar inferior, y llegó á tener una importancia decisiva en los oráculos y en el gobierno de los pueblos.

El trípode no fué nunca, como se ha creído por algunos, un asiento; no, el trípode fué un verdadero hogar con la tradicional vasija de agua hirviendo. Téngase en cuenta que en Delfos, en el gran santuario de Apolo, durante los tres meses de invierno, se daba culto á Dionyso exclusivamente. Se ha disputa-

do mucho si el trípode era símbolo de las divinidades solares ó atributo de Dionyso. Algunos, entre ellos O. Müller, lo adjudicaron á este último. Nosotros creemos que pertenece á los dos, y que Delfos fué en un principio el sitio del recuerdo y del culto del ser inteligente y activo que presidía el maravilloso fenómeno del agua vivificada por el fuego. El culto tuvo dos representaciones como la cosa misma: Apolo fué el calor, Dionyso el agua. Volveremos á tratar de esto que, por otra parte, está bien lejos ya del fenómeno observado en la cueva ó choza prehistórica.

No cabe duda, pues, que el calor fué considerado en la antigüedad como el gran principio de animación y vida de la naturaleza; principio, que no así como se quiera, suponían dotado de inteligencia y fuerza, sino que hacían de él un dios cuya influencia bienhechora penetraba las criaturas todas y se dejaba sentir por todo el mundo. Esta idea del calor, como principio de vida y movimiento en los seres, es acaso anterior á la observación de cualquier otro fenómeno; pero el calor es una cosa abstracta, y el hombre debió sentir pronto la necesidad de referir su admiración y dedicar su culto á alguna cosa más visible y concreta: de aquí la adoración del fuego. El fuego, viva y esplendorosa manifestación del calor, no pudo menos de ser tomado en el orden de ideas primitivo, como la aparición real y sensible del principio de vida en el mundo; verdadera encarnación del dios en la materia combustible. ¡Hecho maravilloso y propio solo de la bondad de un sér consolador, bajar con los confortables rayos de su luz, esencia de la vida, á la pobre choza de la miserable familia prehistórica, tiritando de frío y sumida en la oscuridad!

La producción del fuego por el rozamiento del *pramantha* fué para aquellos hombres una revelación. Si

ahora viésemos de repente abrirse los cielos y asomar allí el rostro del Omnipotente, no nos causaría mayor admiración.

Desde entonces el hombre primitivo no necesitó más enseñanza ni más fe; tuvo á dios en su casa; un dios visible y bueno que no dejaba nunca de acudir cuando se le evocaba. ¡Qué intimidad religiosa, qué fe viva, qué ternura de sentimientos conserva todavía el Rig-Veda para *Agni*, el amigo del mundo, el mensajero!

El fuego era un dios vivo que se veía nacer, desarrollarse y morir, como una criatura; hijo de Dios que se sacrificaba por salvar al género humano. Todas las extrañas creencias de reencarnación que vinieron después proceden de ésta.

El espiritualismo más puro forma desde un principio la base de toda religión humana. Sólo la preocupación de una fe exclusiva puede hacer ver *asqueroso* fetichismo ó *grosera* idolatría en el culto religioso de los pueblos primitivos ó de los salvajes modernos. No; el hombre, donde quiera que adora alguna cosa, levanta su corazón, en alas del ruego, á un ente superior que adorna con las cualidades más sublimes que puede concebir. El negro de Guinea, postrado delante de veinte mil fetiches, ridículos á los ojos de un hombre civilizado, ejerce un acto tan agradable á Dios, dada su cultura, como el cristiano orando á los pies de un crucifijo. En cada fetiche, en cada simulacro, ven los devotos de todas religiones la morada del ser espiritual que adoran.

Todaya se resienten las religiones modernas de la impresión profunda que, en el ánimo de los primeros padres, hicieron los fenómenos de la naturaleza, considerados por ellos como manifestaciones inequívocas de la divinidad.

Un ejemplar de esto podemos ver en el culto de la serpiente y en el significado del *pramantha* que brevemente estudiaremos aquí, porque tiene conexión con la palabra *bero*.

En aquel tiempo, como ahora entre salvajes, y aun en nuestro vulgo, todo se exteriorizaba y tomaba forma; de esta tendencia, natural en la infancia del espíritu, salieron los símbolos y las imágenes. La serpiente era el símbolo del espíritu entre los egipcios. Es probable que en alguna tribu prehistórica, lo fuese también, más anteriormente, porque su culto se encuentra repartido por todas partes del mundo.

Prescindiendo de lo mucho que se ha escrito sobre el culto de la serpiente, sobre todo en Inglaterra por el Dr. Stukeley, Colt-Hoare, Geoffrey, Higgins, Bathurst-Deane y otros, y ateniéndonos á los últimos descubrimientos, vemos el más grandioso templo del Asia, fundado por indios venidos de Taxila, en el siglo XIII de la era cristiana, y el de Nakhou-Vat, situado en el centro de la Cambodia, descubierto por el viajero francés Mr. Muhot, dedicado al culto de la serpiente. Otro descubrimiento fué debido á esta casualidad: buscando la Comisión de Indias restos que mandar á la Exposición de París en 1867, se encontró con una colección de esculturas en mármol blanco que Sir Walter Elliot había sacado diez años antes del templo de Amrabati, construido en el siglo IV de nuestra era á unas 60 millas del río Kistuah, en Zillah-Guntoor. Es un monumento budhico destinado al culto de *Naga de siete cabezas* ó del dios-serpiente, casi tan extendido en aquella época como el de Budha. Este culto estuvo representado en Grecia por la *Hydra de Lerna*.

Una circunstancia, fortuita también, vino á demostrar el culto del árbol. En las fotografías que se han

sacado de las esculturas del templo de Sanchi, cerca del Bhopal, en la India central, anteriores al siglo I, no hay trazas del culto de Bhuda y pocas del de la serpiente; el culto principal allí era el del árbol. Estos cultos del árbol y de la serpiente eran turanianos; lo que queda de ellos en la India se debe á la raza conquistada cuando la invasión aryaná, unos tres mil años antes de Jesucristo. En Grecia sucedió lo mismo; una antigua raza es absorbida y dominada por los aryanas. Todos los mitos antiguos se refieren al culto del árbol y de la serpiente y á los esfuerzos de los conquistadores por destruirlos. El oráculo de Apolo en Delfos fué fundado precisamente sobre un templo más antiguo dedicado á la serpiente. Apolo, dando muerte con sus dardos á Python, es el dios de los invasores, el dios de luz, triunfando del símbolo turánico y haciéndose adorar en su lugar, como Hércules, el nuevo mito solar, matando la Hydra. Es uno de tantos episodios naturales como se vieron después en la sustitución del cristianismo al paganismo, ó en la conversión forzosa de los americanos por los españoles, transformando sus templos en iglesias, y derribando sus ídolos para poner imágenes en su lugar.

Siempre los dioses vencidos son demonios para los vencedores. San Miguel, luchando con el dragón y atravesándole con su lanza, es el mito perenne y constante de la misma historia. La serpiente vencida fué desde entonces la encarnación del genio del mal para los aryanos y semitas. De cuando en cuando, sin embargo, tal era la persistencia de su culto en el fondo de la población avasallada, que revive é influye sobre sus mismos enemigos. El dios de los judíos la maldice en el Paraiso, y á pesar de eso, Moisés, para librar á su pueblo de los mordiscos de las serpientes del desierto, hace elevar una de metal sobre la bandera, para

que mirándola se animen los enfermos. Apariciones veleídasas de este antiguo culto surgen á intervalos en la nación judía hasta Ezequías, y la serpiente, conservada en el templo, debió ser considerada como un recuerdo simbólico. Después de Cristo, reaparece con los *Ophitas*, y á juzgar por las monedas, prevaleció en la mayor parte de las ciudades del Asia menor.

Esculapio, adorado bajo la forma de serpiente en los bosques de Epidauro, es un legado turánico. En la mitología griega figura la serpiente además en las leyendas de Cecrops, Jason, Teseo, Hércules, Agamemnon, Mercurio y en las narraciones homéricas. En Italia, Lanubium fué el centro de su culto que en tiempo del imperio llegó á ser una plaga. Los germanos tuvieron su árbol Igdrasil, pero no la serpiente, cuyo recuerdo, en cambio, duró en los pueblos de origen turánico, como los estonianos y escandinavos, hasta el último siglo. En Africa se conserva este culto con todos sus detalles, y en América, mezclado con el del sol, conservó las formas de la antigua creencia asiática. Ahora bien; se sabe que el antiguo templo de la Acrópolis de Atenas fué construido para abrigar el árbol de Minerva, confiado á la guardia de la serpiente *Erechthonios*; y en la escultura del Louvre, representando el robo del trípode, se ve un árbol con una serpiente enroscada á él que hace recordar dos cosas: el culto del árbol y de la serpiente en Delfos, y la escena del Paraiso terrenal. Si se nota que el árbol de Minerva no puede ser otro que el árbol de la ciencia, pues que Minerva es la sabiduría, implicando el conocimiento del bien y del mal, se comprende en seguida que la reminiscencia mitológica, lo mismo que la bíblica, tienen su origen en la misma fuente. Por lo demás, el antiguo culto de la serpiente y del árbol, fundado en la creencia de la animación, y debido al

capricho de una tribu prehistórica, no tiene nada de extraño, pues persiste aun en pueblos atrasados y que viven en el mismo orden de ideas.

Nos hemos detenido un momento en estas correspondencias, porque lo creimos conducente á nuestros fines, haciendo ver la influencia que el modo de ver y de pensar del hombre primitivo tiene todavía en la moderna civilización. Ahora recomendamos simplemente que se fije el lector en la extraña coincidencia que salta á la vista entre la manzana de Adán y el mito de la producción ó generación del fuego. Es una coincidencia de nombres, significativa y que sólo se puede apreciar en español.

Para sacar el fuego, dice el Rig Veda, se pasa una correa alrededor de un palo como una rienda al cuello de un caballo. El acto de frotar se llama en sanscrito *manthami*, *mathami*, agitar, sacudir, obtener frotando, y se aplica al movimiento rotatorio sobre todo, como lo prueba su derivado *mandala* que significa un círculo, en irlandés *mondull*, eje de rotación, y en bajo alemán, *mageln* por *mandeln*, rodar, hacer rodar. En griego *manzano* aprender, *mazema* estudio, ciencia, parecen proceder de lo mismo por analogía de sentido, siendo aprender, dar vueltas á una cosa en la cabeza, devanarse los sesos.

Al obtener el fuego por el frotamiento creyeron hacer nacer a dios, y la producción del fuego *manthana* fué comparada á la generación. El instrumento que daba nacimiento al dios, parecía tener partes masculina y femenina, y se llamó *Pramantha*, el Prometeo de los griegos que va á robar á Júpiter el fuego vital. Hé aquí un bien sencillo instrumento de madera convertido en personaje heróico, por el tiempo, por el olvido de la significación de la palabra al pasar á otra lengua, y por la asociación de ideas, tres cosas que desem-

peñan un gran papel en la formación de los mitos. *Pramantha*, pues, se descompone en dos palabras: *Pra* y *mantha*. Esta última ha sido perfectamente estudiada ya con la correspondencia del mito griego por Adalberto Kuhn (1). En efecto, procede de una raíz *math*, agitar circularmente, en sanscrito, ya por el mareo de la embriaguez, ya por el movimiento de rotación que se hacía al preparar ciertas bebidas embriagantes. Pero esta raíz *math*, ¿es efectivamente sanscrita? ¿Tiene ella la natural simplicidad de significado que debió tener primitivamente, ó adquirió después la significación sanscrita como tantas otras? Tenemos en griego μέθος, vino, el céltico *medd* y el lituaniano *medus*, miel, cuyo origen se ha dicho que es el sancrito *madhu*. ¿No es mejor suponer que proceden todos ellos de una raíz anterior, heredada por los idiomas indo-europeos de una lengua primitiva aglutinante? ¿No es esto más conforme al verdadero método? Por nuestra parte, creemos que esa raíz pudo envolver en un principio la idea de mojar, humedecer, dar jugo á la presión, y que de ella proceden el eúskaro *mats*, uva, y *mastia*, viña, el alemán *most*, el latín *mustum*, el inglés *must* y el español *mosto*, y aun el verbo *machacar* expresando la presión de sustancias que sueltan humedad. Después con el tiempo y la asociación de ideas ha llegado á tomar en el sanscrito el significado de agitar circularmente. La *m* se ha convertido en *n* en el paso de unos idiomas á otros; así *humedecer*, *mojar*, en latín *made-facio*, en inglés *moisten*, *meddle*, se hacen en griego ζιζίνω, mojar, y en alemán *násse*, humedad. *Moho*, sin embargo, la vegetación en la humedad, la humedad creadora, *moss*,

(1) *Die Herabkunft und des Gattertranks, ein Beitrag zur vergleichenden Mythologie der Indo germanen* von Adalbert Kuhn, in 8.º Berlin, Dummler, 1859.

en inglés, es también *moos* en alemán. La etimología nos lleva aquí, sin querer, á recordar los nombres de Dionyso y Moisés; pero no es oportuno entrar en nuevas investigaciones, sin poner en claro la de Prometeo.

Kuhn se equivoca, pues, al asignar otra raíz, *mad*, estar loco, embriagar, para explicar el origen de  $\mu\epsilon\theta\upsilon\varsigma$ , vino,  $\mu\epsilon\theta\iota$ , embriaguez, y *medd*, *medus* y *madhu*, miel, porque todas estas palabras proceden de una más antigua *math*, en nuestro concepto turaniana, humedecer, mojar, ser acuoso.

Por lo demás, en el paso de *pramanthas* á *Prometeo*, la pérdida de la nasal no tiene importancia, como él dice muy bien: se encuentra el epíteto de *Promantheus* dado por Licophron á Zeus; y el Mahábarata llama á los que siguen á Çiva, *Pramathas* en vez de *Pramanthis*. Pero el mito de Prometeo ó de *pramatha* es muy complicado, y para entenderlo bien es preciso distinguir las dos corrientes de ideas que le han creado en la mitología india y en la griega. Con la manía antropomórfica propia de los griegos, la idea de productor del fuego, persistente por tradición en la palabra *pramatha*, se hace hombre y participa de las cualidades de tal. La asociación de ideas se desenvuelve desde entonces con toda lógica. Un hombre que se llamó Prometeo se hizo dueño del fuego; el fuego es el principio de la vida; luego Prometeo pudo crear hombres á su antojo; y en efecto, Prometeo, ayudado de Athéne, la inteligencia, crea hombres con tierra y agua y la chispa anímica. Pero ¿cómo Prometeo, un hombre, puede disponer del fuego divino? Muy sencillo; robándolo; y más natural todavía la consecuencia del delito, el castigo de Dios; el buitre y las cadenas del Cáucaso. Hé aquí, en su simplicidad primitiva, la génesis y desarrollo del gran mito griego, que puede servir de modelo para la interpretación de los otros.

Se ve que hay lógica en los mitos, y que el error, como sucede en la locura, proviene del punto de partida, de la idea madre.

Pero véase lo que es una idea personificada: en Panopea, en la Focida, antiguo país de los semidioses flegianos, se mostraba la tierra de que se había servido Prometeo para hacer los hombres, lo mismo que se enseñaban en el Cáucaso sus cadenas que pudo ver allí todavía el famoso Apolonio de Thiana.

Los aryas asiáticos dieron otra dirección, que se puede llamar cósmica, á este mito. Lo que pasaba en la tierra con el *pramantha* dió lugar á creer que pasaba en el cielo con el combate, fricción ó choque de las nubes. En el cielo hay *pramanthas* también; uno de estos, Matariçvan, lleva un *narthex*, especie de caña hueca ó férula, donde oculta el fuego robado. Este *narthex* le hereda en Grecia Dionyso para herir la roca de donde saca el vino y Moisés en el desierto para sacar agua. El rayo y el relámpago, *Bharga* y *Bhrigu*, nacen de la fricción de los *pramanthas* celestes. Vano sería, pues, sin esta distinción, buscar correspondencia entre el *pramantha* asiático y el Prometeo griego; los dos tienen un mismo origen anterior á la raza; pero se bifurca la corriente de ideas, y esto es todo.

La segunda parte de la palabra *pramantha* está bien estudiada, pero ¿porqué se ha supuesto que la primera, *pra*, había de significar fuego? No se han dado razones para ello, y esta palabra queda sin explicar. Todos pasan por encima de ella como por sobre ascuas, y se da por supuesto lo que está por probar. En sanscrito no hay nada que la explique como no sea traído por los cabellos: *bhrig*, *freiv*, forma debilitada de *bhvaj*, brillar, como quiere Kuhn. Por lo visto se han empeñado en que este verbo brillar lo explique todo en la mitología sanscrita, sin hacerse

cargo de que no hay peor método que descifrar mitos en la propia lengua, porque siempre las palabras sagradas son voces muertas.

Además, si viniera el *pra* de *pramantha* de *abiraj*, contraído *bhraj*, sería tan antiguo el mito como la raíz; ni la una ni el otro habrían salido nunca de su raza; y *bhraj* necesitaría tener, como el *mats* eúskaro de que hemos hablado antes, una significación más sencilla y primitiva. Ser inflamado, brillar, son cualidades que no pudieron ser expresadas al principio por una palabra caprichosa, sino después de un largo trabajo mental y por la aplicación de una raíz más simple. Lo que hay, es que este verbo sanscrito *bhraj*, como otras muchas palabras que veremos luego y que figuran de un modo importante en toda la mitología, se refieren á ese gran monosílabo *er* ó *ber*, que conserva el eúskaro, más puro que ninguna otra lengua en su palabra *bero*, calor. Es el sonido ó la onomatopeya *er*, *ber*, *fer*, del hervor del agua, señal de la mayor intensidad del calor, en una lengua verdaderamente primitiva, monosilábica quizá, ó por lo menos aglutinante ó turaniana. Las pruebas que de esta afirmación podemos presentar, son tantas, que la duda no podrá subsistir, ni un momento, después de repasadas. En el desenvolvimiento mismo del mito de Prometeo tenemos varias que, como sucede en la comparación, se fortifican unas á otras.

Otra tradición, sin embargo, hace crear al hombre por Deucalion, hijo de Prometeo y esposo de Pyrrha. Pausanias es el que nos ha conservado esta tradición que tiene dos variantes: en una, Deucalion disponiendo del fuego de su padre, infunde la celeste chispa á las piedras que se hacen hombres; en otra, Deucalion, primer hombre, saliendo de una nube, caído del cielo, por lo tanto, da principio en la tierra á la raza humana.

Sin más que fijarse en estos nombres, *Flegias* y *Pyrrha*, y en los del mito asiático, *Bharga* y *Bhrigu*, se puede sospechar la significación idéntica que tienen y la raíz á que deben su formación.

Estos cuatro nombres, un poco deformados por el tiempo, se reconocen perfectamente: *Flegias* fué *Bregias*; *Pyrrha*, *Birga* ó *Bhrigu*, simples contracciones con cambios de vocal del antiguo Pardjania aryano y de la más antigua forma todavía, *Bero-jan-ia*, eúskaro, significando el soplo creador, espíritu de vida, que era así como consideraban el fuego y el calor. En cuanto á Deucalion, el segundo personaje del mito después de Prometeo, si bien no tenemos términos de comparación, que son la piedra de toque de la etimología, vamos á dar una, como muy probable por la coincidencia que es otra especie de prueba, entre su significación y la acción del mito. El nombre Deucalion se descompone así: Deu-calion. Esta segunda parte se refiere á formas semíticas que estudiaremos más adelante; baste decir que tiene perfecta conexión con las voces *fo-el*, *fa-el*, *Elohim*, *Elion*, etc. Conviértase *calion* en *jalion*, *jelion*, sin más que suavizar la gutural, y tendremos la misma fórmula, *berjaun*, *el-jaun*, invertida. Si no supiésemos que el mito de Deucalion, en lo que se refiere á este nombre y á su diluvio, no es aryano, lo comprenderíamos por esta inversión de la segunda parte de su nombre, que nos da á conocer que ha sido conservado en otra raza. Probablemente lo tomaron los griegos de los antiguos habitantes que encontraron á su llegada en el suelo de la Grecia, y que tenemos motivos para sospechar que fuesen eúskaros en parte, ó de los semitas, porque los aryanos han conservado el *er* antes de la aspiración. Si esto es así, tendremos que Deucalion ó *Deicalion*, porque el cambio de estas dos vocales es indiferente, pudo ha-

ber sido confundido con *Odeicalion*; en cuyo caso, la pérdida de la inicial perfectamente explicada por el tiempo, nos deja el nombre del semi-dios saliendo de la nube, en eúskaro *Odei*; y Deucalion sería, pues, el espíritu creador que sale de la nube, y en otra variante ó corriente de ideas, sería la lluvia fecundante que hace producir la tierra, y hasta un diluvio que pueda ahogar los seres todos para darle lugar á nuevas creaciones. No hay que extrañar que Deucalion sea fuego y agua al mismo tiempo, y salga de la nube, porque de la nube salen el rayo, el relámpago y la lluvia. Deucalion sería por consiguiente la fuerza creadora oculta en la nube, en ambas formas, el espíritu del calor ó del fuego que da la vida y la fecundidad.

Ni es extraño tampoco que tantos nombres en un mismo mito se reduzcan á una sola radical y á un mismo significado, porque la historia de un mito es muy compleja; él puede hacer su evolución en el seno de diferentes razas ó pueblos; los nombres, iguales en el origen, se transforman con el tiempo, y si al cabo de un largo período, en una civilización común, se reúnen algunos de estos pueblos, al encontrarse mitos parecidos, casi iguales, pero nombres distintos á primera vista, hacen, sin darse cuenta de ello, una refundición en la que se casan y forman parentesco los diferentes dioses que en su origen fueron uno sólo. Es lo que ha sucedido con el de Prometeo. Entonces el mito se presenta en toda su complicación y florescencia, y se llega á creer que de él salieron los otros más sencillos de pueblos ignorados. Ver así los mitos es discurrir como el que afirmara que los riachuelos salen de los ríos grandes, ó que los grandes ríos son el origen de los riachuelos. En un error así caen Schiefner y Kuhn creyendo que el mito finés de Panú fué tomado por este pueblo de raza turaniana á los aryanos. Es preci-

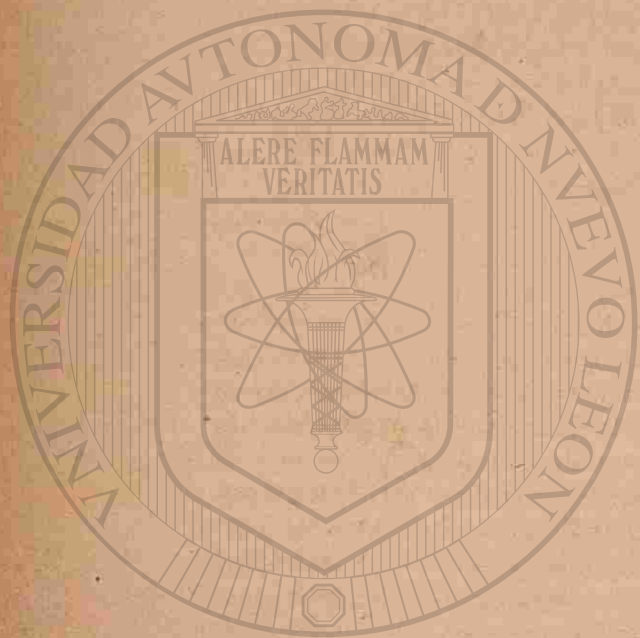
samente, creemos nosotros, en este mito, donde puede verse más próximo á su origen el de Prometeo.

Entre los fineses, el sol es encendido por un personaje divino llamado Panú que hace girar el *pramantha*, un batidor de manteca, en una mantequera de fuego. «Panú, dicen los *runas*, bate la manteca en un vaso de fuego, haciendo volar las chispas. O tú Panú, hijo del sol, ó descendiente del día amable, haz subir el fuego hasta el cielo, hasta el medio del anillo de oro, en el centro de la roca de cobre. En el seno del buen viejo, (el sol) llévale como un hijo en brazos de su madre. Hazle lucir durante el día y reposar de noche; hazle levantarse por la mañana y acostarse cuando venga la tarde.»

*Panú*, es el soplo, el aire, el viento, la respiración, haciendo las veces de *pramantha* en el fuego; es el *Pan* griego de que hablaremos después. El fuego, una vez encendido se anima con el soplo ó con el viento que produce las chispas y la llama. Hé aquí otra corriente de ideas que produjo el mito de *Pan*, como generador de la vida por su acción sobre el calor del fuego, y por otra legítima deducción, como inventor de la música y gran tocador de flauta, puesto que el aire ó soplo produce los dulces sonidos del tubo. Por eso en hebreo *paha*, *phaha*, significan silbar, soplar.

Esto prueba que es en la raza turaniana donde puede observarse el mito de Prometeo en su más natural y sencillo aspecto, y que es en alguna de sus antiguas lenguas, donde es preciso buscar la interpretación mítica, que en vano se exige del griego ó del sanscrito. ®





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LOS DIOSES TURANIANOS.

### I.

En las curiosas investigaciones que ha hecho Castren en las tribus turanianas del Asia septentrional puede estudiarse la naturaleza de su idolatría. Sus ídolos consisten en piedras ó pedazos de madera, y algunas veces en estatuillas de metal más ó menos perfectas; unas son grandes, y otras como muñecas de niña, y pertenecen á tribus, á familias ó á individuos. Generalmente se les coloca al aire libre, en los bosques sagrados ó en los puestos de caza ó pesca, y entonces están desnudos; pero los que habitan en templos, son adornados con lo más precioso que poseen los samoyedos ó los ostiakos: preciosas pieles, paño escarlata, collares y dijes. Se les hacen ricas ofrendas de alimentos, vestidos, pipas, etc. El ídolo, en Siberia, como el fetiche en Guinea, es más que un símbolo ó representación del dios, pues los adoradores se imaginan que la divinidad se ha encarnado en la estatua y que, por lo tanto, el ídolo es un Dios real y verdadero, capaz de asegurar al hombre la salud y la dicha. En casi toda el Asia quedan huellas de este modo de

considerar el ídolo. En la India, donde la teología ha llegado á un grado tan alto de profundidad, se fabrican millares de ídolos de barro que llegan á ser objeto del culto, mediante los oficios del brahman que invita á la divinidad á venir á habitar la imagen. Es la ceremonia que llaman *Adhivâsa* ó encarnación, en virtud de la cual se insufla en el ídolo el *prâna*, es decir, el soplo, la vida ó el alma. Nótese que este *prâna* (cosa que nadie sabe aun) no es otra cosa que el *bero-an-a* contraído, el espíritu de vida ó de animación por el calor, cuyo primitivo origen hemos señalado, y del cual no es posible que nadie dude ya.

Según Arnobius (1), los griegos y romanos veían en el ídolo también la divinidad misma que por la consagración había venido á habitarle, y San Agustín (2) nos dice, refiriéndose á Hermes Trimegisto, que los ídolos son los cuerpos de los dioses mismos, cuyo espíritu ha encarnado en ellos. Es esto prueba de que el fetichismo y la idolatría son, y han sido siempre, cultos tan espirituales como cualquier otro; lo que se ha hecho, es aproximar al hombre la divinidad, haciéndola visible y tangible; pero la adoración de la materia bruta, como se ha supuesto, no ha existido nunca. Cuanto más se acerca uno á los orígenes, más se ensancha la esfera de lo espiritual y metafísico, hasta el punto de llegar á preguntarse á sí mismo algún escritor positivista (3), si la civilización moderna no habrá sufrido una decadencia en la manera que tiene de considerar ciertos fenómenos que en el estado salvaje se explican tan perfectamente. «El médico del indio, Piel-roja, el nigromántico de Tartaria, el vidente de la

(1) Arnobius; *Adversus Gentes*. VI 16. 17.

(2) *De Civitate Dei*. VIII. 23.

(3) Tylor; *Primitive culture*. Cap. 4.º, pág. 85.

alta Escocia y el *medium* de Boston poseen una creencia y una ciencia que contienen grandes é importantes verdades, rechazadas, sin embargo, como si no tuviesen valor alguno, por el gran movimiento intelectual de los dos últimos siglos? Y esto, de que nosotros estamos tan orgullosos, lo que llamamos la nueva luz, ¿no sería más bien una decadencia científica? Si ello fuera así, sería este un caso de notable decadencia; los salvajes que ciertos etnógrafos tienen por hombres degenerados, y cuyos antepasados conocieron una civilización más avanzada, podrían entonces volverse contra los que les acusan y reprocharles de haber caído más abajo del nivel de la ciencia salvaje.»

Esta ráfaga de duda que en vista de los admirables hechos del espiritualismo salvaje, atraviesa el ánimo de uno de los más convencidos profesores del positivismo, debe llamar la atención sobre el estudio de fenómenos metafísicos, bien atestiguados, que acaso con el tiempo puedan llegar á constituir leyes desconocidas hoy. Es lo cierto que la fe en un espíritu animador, encarnado en la naturaleza toda y más especialmente en alguna parte, es la fe de todos los siglos, y bien pudiera la ciencia moderna equivocarse en su tendencia á proscribir y desterrar del mundo y su gobierno el poder personal é inteligente cuya existencia afirmaron intuitivamente las generaciones anteriores. El hombre buscaba las causas en los primeros tiempos con una lógica más pura que se buscan hoy; la serie de sus razonamientos instintivos podía desenvolverse sin tropiezo alguno, porque el excepticismo no le obligaba á romper el eslabón misterioso que unía el efecto físico á la causa metafísica. Al ver las cosas admirables de la naturaleza, los órganos bien constituidos de los seres, la fuerza poderosa de los elementos, el fuego y la luz, que todavía la ciencia no explica en

el fondo más que con palabras vanas, el hombre primitivo supuso, residiendo en todas estas incomprensibles cosas, un sér invisible, pero personal é inteligente, por analogía. Después, de su relación íntima con este ser, algunos predilectos llegaron á tener una comunicación amistosa, figurándose obtener de él efectos sensibles, maravillosos fenómenos que se llamaron milagros. ¿Será cierto? Los testimonios pululan en la historia y en los viajes modernos. La ciencia no debe despreciar por simples prejuicios, auténticas aseveraciones; y si quiere sentenciar definitivamente el pleito de lo maravilloso, debe tomar nuevos derroteros y estudiarlo.

La magia y la hechicería son artes practicadas también en todas las civilizaciones inferiores, y propias, más acaso que de otra alguna, de la raza turaniana.

Sus sacerdotes, por regla general, son hechiceros profetas ó adivinos, y no son aptos para su profesión sino cuando se han asegurado el concurso de un *torngak* ó espíritu que viene á ser su demonio familiar y puede ser el alma de algún pariente muerto. Los espíritus se multiplican de tal modo en la imaginación de estos pueblos, que lo inundan todo. Los esquimales temen beberlos con el agua; los talenos de Birmania y los siameses dirigen oraciones, cuando cortan un árbol, al espíritu que le habita y que ellos llaman *Kelach*; y los kantchadals suponen á los *kamueli*, espíritus de los volcanes, calentando las montañas que habitan y arrojando los tizonés por la chimenea, como ellos calientan sus cabañas (1). Los *vampiros*, estas extrava-

(1) Nótense estos nombres: *Torngak*, *Kelah* ó *Kulah* y *Kamueli*, acusando perfectamente, y sobre todo el último, el *jamber* en su variante *Ka-el*, *Kam-el* ó *Kam-bel*.

gantes creaciones de la más sobrecitada imaginación, son temidos como seres reales, cadáveres animados, por los húngaros, últimos restos de la raza turaniana en la Europa civilizada. Y fíjense los lectores en este nombre especial de *vampiro*, en polaco *upior*, en ruso *upir*, y verán explicada en él perfectamente la creencia que inspiró su formación, que debe ser antiquísima, á juzgar por lo bien conservada que se halla la palabra: *vampiro*, *vam* ó *jam-bero*, espíritu de vida, que es el que se considera animando el cuerpo muerto. Las variantes rusa y polaca dan una clara idea de las transformaciones que el mismo nombre compuesto puede sufrir en los diferentes pueblos, sin perder por eso sus principales elementos. Si la expresión polaca hubiera sobrevivido á las otras dos, habríase dicho quizá que nosotros forzábamos la interpretación, pero, en este caso, la palabra más antigua y original no deja lugar á duda alguna.

En Finlandia se oye todavía en las selvas el grito espantoso del demonio de los bosques. ¿No será este el mismo *Baso-faun* de los eúskaros?

La mitología de la selva conserva aun todo su imperio en las tribus turanianas de Siberia como antes en Laponia. Los yakutos suspenden de sus más hermosos árboles trozos de hierro, de cobre, y otra porción de objetos, sacrificando en primavera caballos y bueyes cuyas cabezas cuelgan de sus ramas. Un matarral en la espesura del bosque es el templo de la tribu, en donde improvisan himnos en honor del espíritu de la selva, ofreciéndole al mismo tiempo manojos de crines de caballo. Estrabón describe también el sacrificio del caballo entre los eúskaros astures, y el Ríg Veda lo cuenta de los aryas, que debieron heredarlo de los turanianos.

Cada choza estoniana tiene un árbol al lado que

suele ser una encina, un tilo ó un viejo fresno, cuyas raíces se riegan con la sangre de un animal para asegurar la salud de los ganados. Lo mismo entre los bodos, khondos descendientes de los habitantes primitivos de la India, se encuentra el *sij* sagrado, en el patio que precede á las habitaciones, y cuando se trata de fundar una aldea nueva se planta con gran pompa el árbol sagrado, que hoy es un algodouero, y se coloca al pié de él la piedra que forma el tabernáculo de la divinidad. Esta piedra es la misma que tienen los estonianos debajo de sus árboles para depositar la ofrenda (1).

El más antiguo símbolo de Cybeles, en Grecia, fué una piedra también. Ya veremos que el culto de *Cybeles*, como su nombre indica, no pudo menos de tener origen turaniano.

El bosque turaniano estaba lleno de espíritus, como los bosques griegos y latinos, de faunos y de sátiros. *Ceres* tenía sus bosques consagrados en el Latium, y en prueba de su relación con el árbol turaniano, léase el episodio de Eresichthon, en Ovidio (2).

«Derribó con su hacha el bosquecillo de *Ceres* y profanó los antiguos, umbrosos lugares, con el hierro. Allí se encontraban una robusta encina que había desafiado los rigores de los siglos; estaba cubierta de guirnaldas y tenía sobre su tronco tablitas votivas que atestiguaban las súplicas que escuchado había.»

Los países eslavos poseían sus bosques donde se quemaba el fuego eterno de *Piorum*, el Dios del cielo (3), y los prusianos adoraban la encina sagrada de

(1) *Castren, Finn. Mith.* f. 86, etc. *Boeckler, Ersten Aberglaubische Gebrauche*, etc. pág. 2.112.

(2) Ovidio; *Metam.* VIII.

(3) Nótese en *Piorum* la misma alteración del *Ber-jam*, que en el *upior* polaco, vampiro.

Romowe cubierta de lienzos preciosos y de imágenes. Puede decirse que el culto del árbol turaniano se extendió por el mundo entero. El árbol famoso de Guernica, á cuya sombra se realizan los actos solemnes de la vida política de las provincias vascas, ¿no tendrá, allá, en lo antiguo, este mismo origen religioso?

En fin, en este afán de espiritualizarlo todo, la raza turaniana llegó á adorar animales como la serpiente, el oso, el cisne, etc., y *Castren* asegura que las tribus tártaras de la Siberia están muy satisfechas de tan excelentes protectores, persuadidas de que la envoltura corporal de estos animales oculta poderosos espíritus (1).

A este modo turaniano de ver las cosas deben referirse todos los cultos extravagantes del mundo, desde el egipcio adorador del cocodrilo hasta el filipino arrodillado ante el aligador.

Por lo demás, la raza turaniana, en medio de estas aberraciones, no dejó de elevarse al conocimiento del verdadero Dios, del Padre Celestial, como puede verse en esta oración de los finlandeses á *Ukko*, el antiguo, su principal Dios:

«¡Oh *Ukko*! ¡Oh Dios colocado por encima de nosotros! Tú nuestro padre que estás en los cielos, que reinas en las nubes; envíanos la lluvia del cielo; haz que la miel baje de las nubes; que el trigo inclinado por la sequía levante la cabeza; que la hinchada espiga se estremezca de gozo.»

¿No es este una especie de Padre-nuestro, en que falta, sí, el elemento moral desconocido en las religiones primitivas, pero en que se reconoce ya el precioso atributo de *Padre*, de donde saldrán con el tiempo las deducciones morales?

(1) *Castren Finn. Mith.*, pág. 196.

Los lapones reconocen á *Tiermes* por el Dios del cielo; pero tienen otro del rayo que llaman *Aija*. Este *Aija* es un sér vivo que voltigea continuamente por los aires, prestando la mayor atención á las palabras de los hombres y dispuesto á lanzar el rayo contra cualquiera que hable mal de él.

*Ukko* tiene todos estos atributos reunidos; lleva por traje la nube tempestuosa con un tinte sangriento; hiende con su martillo poderoso (lo mismo que el Thor germano) las rocas para arrojar las piedras; el brillo de su espada es el relámpago, y el arco enorme con que lanza sus flechas de cobre, el arco-iris. *Ukko* es el tipo primordial del *Indra* aryano, y del *Júpiter pluvius* de los latinos; pero los fineses dejaron de llamarle por su nombre, dándole este apodo de antiguo ó viejo, que recuerda, también, el anciano de los tiempos, de los hebreos. *Aija* no es otra cosa que una forma de la espiración, designando el aire animado, la personificación de la atmósfera donde es elaborado el rayo. *Tiermes* es el *Di-ermes*, como dirían los aryas; *Diaus ermes*, *er-am*, *er-ma*; el mismo origen del *Hermes* griego, con la *t* eufónica sustituyendo á la aspirada; el espíritu creador por el calor y la humedad, que acaso se había dado esta última significación anteriormente á la raíz *ma*, aunque por otra corriente lleve la significación de luz, como veremos después. La *H* era usada por los griegos como aspiración antes de usarla por *é* larga.

El profesor Max Muller, rompiendo la valla que separaba á los indianistas de todo lo que no fuese clásico y sanscrito, ha penetrado un poco, ó intentado penetrar en las religiones turanianas, extendiendo, por lo menos, á ellas, la comparación en su *Clasificación de las religiones*. Pero fuese por falta de datos, ó por no conocer bien las lenguas, cuyas religiones trataba de

comparar, muy poco fruto ha sacado de su ensayo. Sin embargo, algunas observaciones se le ocurren, que debemos aprovechar por la conformidad que tienen con las nuestras, y porque viniendo de tan ilustre lingüista no pueden menos de dar autoridad á este trabajo. «Los nombres de las principales divinidades, dice él, las palabras, también, que expresan los elementos esenciales de toda religión, tales como oración, sacrificio, altar, espíritu, ley, y fe han sido conservadas entre las naciones aryanas y semíticas, y esta preservación no puede explicarse más que de un modo. Este primer punto esclarecido se podrá abordar con esperanza de éxito un estudio comparativo de las religiones turanianas, porque no es permitido, imagino yo, dudar de que, al lado de las religiones primitivas de los aryas y semitas, no haya habido igualmente una religión turaniana primitiva antes que cada una de estas razas se separase en pequeñas ramas por la lengua, el culto y el sentimiento nacional.»

Esto es lo que llaman los franceses y podemos llamar nosotros una mira del genio, pero, ¿qué ha conseguido Max Muller con su clasificación? Aparte de algunas aproximaciones inexplicadas que ya estaban bien claras en *Castren*, como la de *Num*, *Fuma* y *Fumala*, todo lo demás, incluso el método, fueron otros tantos errores en lo referente á la parte turaniana. El toma la religión de la China como tipo primitivo del culto turaniano y procura saber antes, si tuvo algún punto de contacto con la de los mantchués, mongoles, tártaros y finlandeses. Encuentra allí, en efecto, un poder activo y otro pasivo que abrazan todas las cosas, identificadas con el cielo y la tierra. Pudo leer en el *Shu-kin* (3-11) que este cielo y esta tierra eran el padre y la madre de todo lo creado; pero en las antiguas poesías el cielo era sólo, padre y madre al mis-

mo tiempo. El signo de *Tien*, en chino, compuesto de *ta*, grande, y — uno, le indica que como no hay más que un cielo no puede haber muchos dioses. *Tien* es el sér más alto, el antepasado de todas las cosas, el gran obrero, tiene voluntad y providencia. Y en fin, se aseguró de que en China existía el culto de los espíritus múltiples y que todo era allí animación, fuerza, movimiento y espíritu.

Pero todas estas mismas costumbres y creencias pudo haberlas encontrado también en cualquier otra parte, porque como hemos visto, son casi universales; de modo que las coincidencias entre las religiones turanianas y la china no prueban, más que otras algunas, la filiación ó descendencia que es lo que se trata de indagar. Es cierto que Edkins ha encontrado semejanzas y relaciones numerosas entre el chino y las lenguas turanianas del Norte y del Mediodía, húngara, lapona, estoniana, finesa, mongola, siamesa y tibetina; pero estos parecidos no proceden del chino en su estado actual, sino de los orígenes del chino, en un pasado monosilábico y primitivo anterior á todos. El *Tien* chino tiene el mismo origen que los otros dioses del espíritu ó del soplo; es el *Dyaus*, sanscrito, el *Zeus*, griego, el *Faun*, eúskaro; pero los chinos debieron separarse, mucho antes que los otros pueblos, del centro de creación; ellos no estuvieron presentes seguramente á la distribución de sonidos de que habla la leyenda estoniana. Desconocen el sonido de la *r*, y esta palabra *bero* que tanta importancia tiene en todas las mitologías, no figura en la suya para nada. Su aislamiento desde los tiempos más remotos, porque es indudable que la antigüedad histórica no supo su existencia, sólo se explica por una absoluta carencia de recuerdos y de todo lazo de unión con el resto del género humano. Su evolución es una evolución aparte,

en que apenas hay que estudiar otras comparaciones que las más primitivas de la espiración y animación de la naturaleza.

*Tien*, *Chang-ti*, señor mío, otro nombre que suelen dar al *Tien*, y *Yao*, son los únicos nombres que los unen á la mitología universal. Desde ahora, los parecidos que presenta Max Muller entre *Tien* y *Tengri* de los mogoles, *Tengry* de los turcos y *Tangara* de los yakutos, no tienen nada de particular, pues lo mismo pudiera compararle al *Tangaroa* de la Polinesia.

El culto de los espíritus entre los chinos, y los nombres que les dan, demuestran su asistencia en el centro de creación, antes que el sonido *er* ó *ber* fuese aplicado á ningún objeto de culto, porque tal sonido es excusado buscarle en ningún nombre religioso de la China, á no ser que sea alguna importación moderna de las invasiones turanianas. Los *Tien Shin*, espíritus celestes, y los *Fin Kwei*, espíritus de los antepasados ó de los muertos, han tenido indudablemente su origen en el centro primitivo. La palabra *Shin*, espíritu, acusa la espiración misma que dió lugar á la formación de los otros nombres religiosos de las diferentes razas, y mejor aun puede observarse en *Fin*, vida, significando *Fin Kwei*, sin vida, y de ahí, los muertos.

*Chang-ti* ó *Shang-te*, que también se escribe *Hang-te*, hace recordar la misma espiración que el *Fanus*, latino, que el *Faun*, vasco, y que el *Fum-a*, samoyedo.

Peró tanto como los nombres religiosos de la China, importan para nosotros dos palabras de su vocabulario: *Yn* y *Yang*, porque ellas son otra prueba de nuestra teoría. *Yn* y *Yang* en la lengua china, designan principios materiales á los cuales da el gran principio la fecundidad para producir lo que existe en la naturaleza.

Esto es todo lo que los chinos sacaron de la herencia común. Cuando las formas en *er* y *ber* fueron descubiertas y aplicadas, ellos estaban lejos ya del centro de creación. Su emigración debió haber sido la primera de la especie humana. Hubo un tiempo, pues, en que nuestros antepasados y los suyos vivieron juntos, hablaron una misma lengua compuesta de unas cuantas docenas de monosílabos en que la *r* no figuraba para nada, y adoraron unos mismos espíritus. Los chinos, son, por consiguiente, parientes nuestros, pero los parientes más lejanos de todos.

Las formas *Tengri*, *Tengry*, *Tangli*, *Tangara* que constituyen los nombres de los principales dioses de los mogoles, turcos, hunos, y yakutos, son fáciles de explicar si se estudian antes análogas transformaciones. Sirva de ejemplo la palabra inglesa *green*, verde, que antes quería decir ó designar el crecimiento ó desarrollo de los vegetales. Wihtney (1) no se atreve á remontarse á la fuente de esta palabra que, dice, se pierde en los tiempos prehistóricos; pero le encuentra parentesco con esta otra, *grow*, de donde se habría originado este *green* procedente de una cosa *growing*, creciente. *Grow* se dice de todo lo que es susceptible de desarrollo ó crecimiento: hombres, animales, plantas, etc. Esta palabra, aplicada al crecimiento de los vegetales, caracterizado, más que por ninguna otra cualidad, por la manifestación del color verde en las hojas y en las hierbas, hizo que fuese abstraída esta cualidad y designada con la pequeña variante de la palabra *grow*, *green*. En lugar de *green*, el alemán dice *grün*; el holandés, *groen*; el sueco, *grön*; todas, palabras semejantes á *green*, sin ser idénticas. El niño español aprende la palabra *verde*; el francés, *vert*; el ita-

(1) Wihtney; *La Vie du Langage*, pág. 14.

liano, *viride*; entre las que se nota la misma semejanza. El ruso dice *zelenii*; el húngaro, *zoll*; el turco, *ishil*; el árabe, *akhsar*, y así los demás. Pues estas palabras que indican, todas, la idea de color verde por una abstracción deducida de la idea de crecimiento, desarrollo, expansión, producidos por la influencia benéfica y activa del calor del sol, deben su formación á la misma causa que ha hecho designar todo fenómeno de creación, como hemos dicho ya, con la palabra *bero*, ó la onomatopeya *er* acompañada ó no de la espiración.

En este caso, las lenguas latinas conservan, con más pureza que las otras, la palabra original; *verde*, *vert*, *viride* no son más que ligeras variantes de un *ber-tz* primitivo indicando *abundancia*, expansión, fuerza de vida ó creación por el calor, crecimiento. La terminación *tz* es *abundancial* en eúskaro, como diría Astarloa. Las variantes germánicas provienen á su vez de otra corriente primitiva que expresó las mismas ideas por la espiración y la onomatopeya reunidas. *Ha-er*, *ja-er* ó *ga-ero* dieron lugar á las contracciones en *grown*, *grün*, *gron*, etc., habiendo alguna más antigua y perdida, en *gren*, probablemente. *Zelenii*, *zold*, *ishis akhsar*, son variantes de otra índole, pero que tienen la misma historia. Hé aquí el origen prehistórico de estas palabras al que Withney no pudo remontarse por no tener la clave.

Ahora, con estos antecedentes, la interpretación de los nombres de dioses turanianos se hará por sí misma. Sin embargo, debemos antes advertir que el *bero* sólo, puede dar lugar á las mismas contracciones en *gre* ó *gri*, etc. Nos hemos convencido de ello por una feliz casualidad, aunque después lo vimos confirmado en otros casos: sacando etimologías de toponimia asturiana, nos encontramos con este nombre: *Villagrufi*, pequeño pueblo de la parte occidental de la provincia.

En vano nos hubiéramos devanado los sesos en descifrarlo, si no fuese un antiguo documento en el que constaba su primitivo nombre de *Villa-verulfi*. Es un caso indudable de contracción de *ber*, en *gru*, como pudo tener lugar en algún dialecto prehistórico, porque las leyes de vocalización humana se diferencian poco. Por consiguiente, los nombres de los dioses tártaros y mogoles, *Tengri*, *Tangri*, el de los yakutos, *Tangara*, el de los espíritus turcos, *Ten-gili*, y todos los que puedan presentarse en esta forma, son y serán, de ahora para siempre, contracciones de la espiración y del *be-ro*. No hay necesidad, por tanto, de detenerse en ellos; están juzgados.

## II.

Existe en Finlandia una mitología bien conservada, y en sus poemas, tradicionales en un principio, y después escritos, hay descripciones magníficas de *Jumala*, el dios, el cielo. Para explicar ó interpretar el nombre de *Jumala*, es preciso hacer otras aproximaciones. Los samoyedos tienen su *Num* que también llaman *Juma*, y este mismo nombre, ligeramente modificado, según las leyes fonéticas propias de cada lengua, se encuentra entre los estonianos, lapones, circasianos y votyakos.

Castren, saliendo en esto de su papel tan bien desempeñado de etnógrafo, quiso interpretar el nombre de *Jumala*, y supuso que debía venir de *Juma*, el trueno, y *la*, lugar. Es uno de tantos errores en que se ha caído por querer explicar el nombre de un dios por la lengua en que es adorado. El trueno se llama *Juma*, porque el trueno, lo mismo que la montaña en cuya cima estalla la tempesta, y el cielo mismo, son identificados con el dios, en todas partes, y reciben su

nombre. La terminación *la*, de *Jumala*, no podía explicarla Castren, ni nadie, antes de ahora, sin tener la clave del misterio. Esta confusión de las terminaciones es antigua. El nombre de un dios tradicional y heredado, como sucede siempre, por una raza, suele tener una terminación que, en alguna de las muchas lenguas que le pronuncian, ha de parecerse á alguna parte de su gramática ó á alguna palabra de su vocabulario. Es el mismo error, que como veremos luégo, ha dado margen á la famosa traducción hebrea: *Elohim vara, los dioses creó*; una de las mayores faltas de concordancia que pueden darse, y que ha pasado, sin embargo, por una profunda concepción de Moisés.

Max Muller procura salir del paso por medio de un círculo vicioso: supone que el nombre *Jumala* ha sido empleado, primero, para expresar el cielo, después, el Dios del cielo, y en tercer lugar, para designar los dioses en general; nada en suma. Sacamos estas cosas á colación, para que se vea la dificultad que ofrece el caminar sin brújula, que es aquí el método, aun para hombres tan instruidos en la ciencia como Max Muller y Castren. Ellos se mortifican, estudian, dan mil vueltas á una leyenda, comparan, examinan, preguntan, escudriñan, pero la esfinge no abandona por eso su impenetrabilidad.

Un día, Castren interroga á un samoyedo que miraba melancólicamente el mar: «¿Quién es *Num* ó *Jumala*?» El marino samoyedo extendió el brazo, y señalando el Occéano, contestó: «Héle ahí.»

Castren supuso, en vista de esto, que *Jumala* era también divinidad del mar.

Es cierto que en la epopeya de *Kalewala*, dice Pohjola invocando á *Jumala*: «Baja ahora al baño, *Jumala*, á apagar tu calor, ó señor del aire.»

Pero esto no es más que una oración de la tarde; es



el sol hundiéndose como todos los días en el mar, en medio de su rojo crepúsculo.

En otro pasaje, es dios del aire: «Reviste ahora de sus arneses á tus caballos, Jumala, tú que eres dueño del aire.»

Ved qué antiguos son los caballos del sol.

«Excita los rápidos corceles. Haz volar el trineo de los colores brillantes pasando á través de nuestros huesos, á través de nuestra carne que se agita y tiembla, á través de nuestras venas que parecen rotas. Fija, junta la carne y los huesos; une más sólidamente las venas á las venas.»

Max Muller no se atreve á decidir qué clase de divinidad es *Jumala*; si dios del cielo, del aire, del sol, ó del mar, ó Dios Supremo, revelándose bajo diferentes aspectos de la naturaleza; y sin embargo, ¡qué fácil será ya para nuestros lectores averiguarlo! Sí; *Jumala* es todo eso y algo más; es el soplo creador, es el calor que da la vida y el aire que respira el pulmón; es el mar lleno de seres animados, y el cielo lleno de fuegos, y morada del sol; es la naturaleza santa, tal como se presentó en los primeros días á nuestros padres, toda animada, llena de vida y de encanto, pero también de terribles misterios; es el sagrado *Jam-er-a*, que forma los nombres de todos los dioses del mundo, porque es el nombre del primero concebido por la virgen imaginación del hombre prehistórico: *Jam-el-a*, *Jum-al-a*.

*Jum* es la misma forma sin el *er*, y *Numi*, una variante dialéctica.

Jumala no es, pues, como supone Max Muller, un producto de la concentración religiosa de las tribus turanianas, sino sencillamente, un nombre mejor conservado de la herencia común.

Si hubiésemos seguido el método preconizado por

Max Muller, tarde ó nunca habiéramos demostrado la identidad de *Tien*, de *Tengri* y de *Jumala*. ¿De qué nos hubiera valido servirnos de subfijos derivativos, como él propone para encontrar fácilmente el parecido, con nombres como *Tien* y *Jumala* que no tienen subfijo alguno, como no sea la *a* final de *Jumala*, que nada nos diría, porque no forma parte del nombre original? Su método analítico y simplemente deductivo no producirá nunca grandes resultados. A toda ciencia hay siempre que aplicar las dos escalas, la de subida y la de bajada que constituyen la síntesis, so pena de abandonar la solución de los mayores problemas. Por eso, el descubrimiento á que da él tanta importancia: la identidad hallada entre *Dyaus*, *Zeus*, *Deus* y *Tiu*, que un ciego podría ver con un poco de intuición, aun lleva consigo, como notaremos, un lamentable error etimológico.

Pasemos á otra cosa. *Nam* es la forma paralela del *Num* samoyedo en el Thibet, país que sirve de punto de reunión á las lenguas turanianas del Norte y Mediodía. Su religión antigua y sus tradiciones se elevan hasta la creación del hombre; fijándose en ellas, pudiera creerse que fué allí la cuna de la especie humana. Ellos se creen, en efecto, los antepasados de todas las razas. En ninguna otra parte puede verse semejante tradición. Pretenden los thibetinos descender de una especie de monos, y todavía el centro del país se llama de los *Jimios*. Sólo hay una tribu india que tiene á mucho honor tal descendencia. Vivían antiguamente errantes, sin gobierno, apacentando rebaños, antes que las cien familias del *Kuen-lim* bajasen á poblar el imperio del *medio*. Todo es en ellos tradición, porque no se introdujo el alfabeto allí hasta el siglo VII. *Prasrimpo* y *Prasrimno* son sus antecesores y primeros padres, según ellos. Su principal genio

maléfico se llama *Gongor*, pero es al mismo tiempo protector del mundo, de la religión y de la fe. Es un tipo raro este *Gongor*, dios y diablo al mismo tiempo, que no se encuentra en ninguna otra parte más que aquí.

*Yam-yang*, el dios de la sabiduría, el espíritu, el verbo, habita en la luna, y fué el que enseñó á los dioses que era necesario, para que el hombre naciese, que un dios y una diosa tomasen la figura de monos. Hé aquí á *Yam-yang* dando la razón á Darwin y Heckel.

¿Puede darse una idea más armónica?

La zoología y la teología deben apretarse las manos; están de enhorabuena. El animal y el angel se han fundido en uno.

*Prasimpo* y *Prasimno*, el Adán y Eva de los thibetinos son dioses en cuerpos de monos. ¿Qué se pierde con esto? La dignidad humana queda á salvo, porque mira al cielo y se ve inmortal. ¿No dice la Biblia también que somos dioses?

En fin, *Gen-Zeden*, otro de los antiguos dioses, nació de un tumor de *Zedent* que le parió por uno de sus muslos como Júpiter á Baco. Este es el origen de tan extraño mito, que sólo puede ser debido á una confusión de dos palabras: acaso boca y muslo; porque la asociación de ideas no conduce á una aberración tan grande.

En efecto, *Gen-Zeden* no es más que el soplo vital, el alito de vida. *Atsedent* significa soplo todavía en eúskaro, y *Gen*, ya sabemos lo que es; de modo que *Gen-Zeden* puede ser el principio vital ó soplo de la respiración humana saliendo de la boca de *Zedent* el espíritu, el soplo animador universal. En este caso, *Gen* significaría vida ú hombre, que los dos significados tiene en chino. Es verdad que *Zedent* significa hoy en lengua thibetina, el *bellísimo*; pero esta no es más que una se-

mejanza casual de dos palabras con distinta significación en dos idiomas lejanos y que prueba la que pudo haber habido con respecto al muslo de *Zedent*. Ningún antiguo dios se llamó nunca *bellísimo*, ni la belleza tuvo nombre siquiera en las primeras lenguas. La misma *t* final superlativa, aumentativa, ó *abundancial* como en eúskaro, prueba que *Zedent* es el gran espíritu, el animador universal. *Gen-Zeden* no lleva *t* al final. Es el efecto, el resultado, el hijo.

*Gongor* fué *Gan-gor* ó *Fangor*, indudablemente, en un principio. Hemos visto ya la contracción del *bero* en *gre*, y su transformación en *gara*, *garoa*, en *Tengri*, *Tangara* y *Tangarova*, los dioses mogoles, yakutos y polinesios. *Gon-gor* es, pues, idéntico á *Tangara* y *Tan-garova*, habiendo atravesado por las formas *Gan-gar*, *fangar*.

*Yam-yang* es la espiración repetida, como en tantos otros casos; pero es de notar que es el dios luna. Si ahora, pues, le añadimos el subfijo eúskaro, tendremos *Yana* ó *Yama*; y si á la forma *Yana* ponemos la *D* eufónica, obtendremos *Diana*, la luna de los latinos. Que este nombre de *Diana* pase, de un idioma eúskaro, por ejemplo, en que el subfijo *a* designe indistintamente el género masculino y femenino, á un idioma latino en que los terminados en *a* son por regla general femeninos, y el dios *Yan* ó *Dian-a* se convertirá en diosa. Felizmente, en latín, se heredaron las dos formas: *Jan-us* masculino y *Dian-a* femenino.

En medio de la infinidad de espíritus y dioses inferiores que los tongusos adoran, *Buga*, el Dios Supremo, es objeto de la mayor veneración. *Buga* es una forma bastante rara de la espiración. Fué seguramente *Baja* ó *Ba-ga* en los primeros tiempos, procedente de otra más primitiva aún: *Ab-ag-a*. *Buga* tiene un descendiente en la Europa civilizada. Es *Boge*, el nombre de Dios en ruso, que viene á confirmar con

su variante los cambios prehistóricos. No sabemos si esta identidad de *Buga* y *Boge* se habrá ocurrido á alguien; pero es bien clara y terminante, y marca perfectamente la filiación del pueblo ruso, ó por lo menos de alguna parte de él, la principal quizá, que debió servir de corazón y núcleo al gran imperio. Estas dos palabras, solamente, nos permiten afirmar la influencia decisiva que una tribu tongusa ejerció antiguamente en los elementos que formaron después el pueblo ruso. Max Muller, sin embargo, que en todas partes busca términos de comparación, habla del *Buga* tonguso sin explicar lo que es, y no se acuerda para nada del *Boge* ruso.

No cerraremos este capítulo sin dar á conocer los nombres de los dioses acadianos. Suponemos á nuestros lectores enterados de la historia asombrosa del descubrimiento de los cuneiformes, y, por tanto, de que la lengua acadiana, ó llámese como se quiera la que resulta del valor fonético de los caracteres, es un idioma turaniano. Nos referiremos en todo lo que sigue á la «Gramática Asiria» (*Assyrian Grammar*) de A. H. Saice, donde pueden verse la mayor parte de los caracteres empleados en las inscripciones de los monumentos.

En ellos encontramos *An*, *Ana*, un nombre de dios, de donde procede la forma asiria *Ann*, el dios histórico de los asirios.

*An*, *An-a*, la más simple y primitiva forma del soplo ó respiración.

*Nab*, divinidad en general; *An-ab*, las dos aspiraciones unidas. *Alat*, espíritu en general; *Er-at*, soplo del calor, álito de vida.

*Tahhal*, el dios *Hea*, en asirio; *At-er-ater*, idéntico al anterior, invertido y repetido.

Véase el cuadro siguiente:

Palabras acadianas.	Traducción asiria.	Significado.
Gudibir.....	Maruducu.....	Merodach.
Dimir.....	Ylu.....	Dios.
Dingir.....	Ylu.....	Dios.
Timkhir.....	Nabiuv.....	El dios Nebo.
Kurnum.....	Tasmitu.....	La diosa Tasmit.
Alim.....	Bilu.....	Belo.

En los cuatro primeros, *Gudi-bir*, *Dim-ir*, *Din-gir*, *Tim-khir*, se distingue bien la espiración y el *er*. *Dim-ir* es la más simple forma del primitivo *am-er*, con la *d* eufónica. *Gudibir* es de formación posterior. Se cree que es el nombre del planeta Júpiter al que corresponde el *Merodach* ó *Maruducu* asirio; sin embargo, casi nos atrevemos á asegurar que ha habido en esto alguna equivocación. El nombre de *Gudibir*, sentaría mucho mejor, por la significación que envuelve, á Marte que á Júpiter. *Guda* debió haber sido una palabra muy generalizada en lo antiguo para expresar la guerra. Se encuentra en eúskaro con este significado, y en sanscrito se emplea la palabra *goshu-yudh* como un nombre de guerrero, el que se bate entre las vacas. *Goshu* ó *goxu* es el locativo plural de *go*, toro ó vaca, y *yudh* tiempo del infinitivo *yodhum*, pelear, batirse; de modo que *guda* debe ser contracción de una palabra anterior á los dos idiomas eúskaro y sanscrito, que habrá tenido esta forma: *goh-yudh-a*, batirse ó luchar por la vaca, uno que se bate por la vaca, y de aquí *guda*, la guerra.

En aquel tiempo, defender las vacas ó robarlas, era el principal motivo de la guerra. Todavía en sanscrito se llama una batalla: *gav-ishiti*, que significa al pié de la letra, lo mismo, luchar por las vacas.

*Gudibir*, pues, debe ser el dios de la guerra, el pla-

neta Marte, y no el planeta Júpiter, como se creyó hasta ahora. El correspondiente asirio, *Maruducu*, tiene también más estrecha relación con Marte que con Júpiter. Hágase una contracción de *Maruducu*, cambiando la *d* en *t*, y se obtendrá *Martucu* que ya se aproxima bien á Marte. Pero aun hay más; *Maruducu* es un nombre compuesto que se descompone así: *Maru-ducu*. Ahora, debemos advertir que *ducu, dicu*, en asirio, significa, *soldado, guerrero*; que *Mar-u* no es más que otra forma del *Am-er*, significando el espíritu creador ó animador, propio de los dioses; y que la *u* final es el signo del nominativo masculino asirio. De modo que *Maruducu*, como *Gudibir*, son dioses de la guerra que corresponden á Marte, por más que los mismos asirios hayan podido equivocarse, lo cual no tendría nada de extraño, atendiendo á la complicación de los signos y á la confusión de los valores.

El profesor Maspero (1), y los que como él hayan ofrecido al público estas correspondencias planetarias ó míticas, deben variarlas en esta forma: *Maruducu* = Marte, Júpiter = Nergal, etc.

*Dingir* corresponde al mogol *Tengri*; es su forma anterior, heredada de la misma tribu de cuyo seno salió la emigración polinesia que llevaba por dios á *Tangaroa*. *Timkhiv* es de la familia; no tiene otra diferencia que la gutural fortificada.

*Alim*, equivalente al asirio *Bilu*, fué en los primeros tiempos: *Er-im, er-am*, la más sencilla expresión del espíritu de vida. Después atravesó estas formas: *el-am, el-im, al-im*.

*Kurnum, Kur-num*; su historia es esta: *Haer* ó *Fa-er-num*, contraído, *Gar, Gor, Gur, Kur-num*. *Num*, ya sabemos lo que es: variante de *fum* y *fumala*; ha habi-

(1) Maspero; *Histoire antique des peuples de l'Orient*, pág. 151.

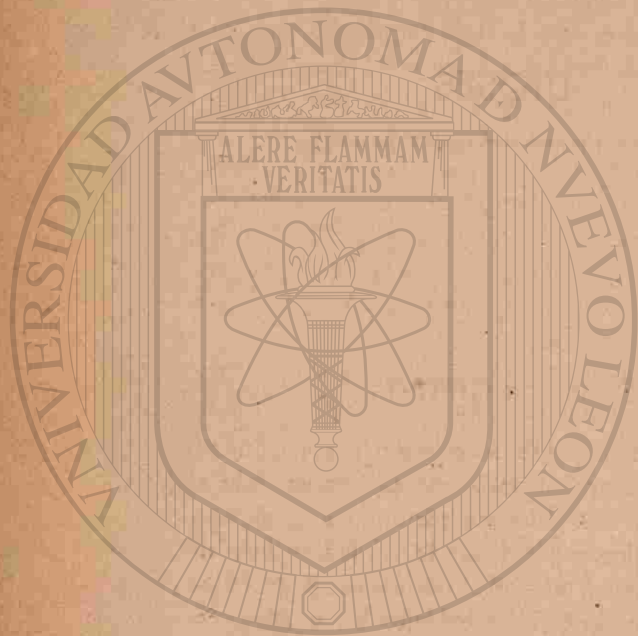
do reduplicacion; dos corrientes que se han unido; dos dioses que se hicieron uno.

Sobre todos estos dioses descuella *Izbar* ó *Bilgi*, el principio del calor ó del fuego, superior al sol mismo, «pontífice supremo en la superficie de la tierra» sea que queme en la llama del sacrificio ó brille en el hogar doméstico. Es el hijo de Hea, y mediador entre su padre celestial y la humanidad que sufre. «Su voluntad es un decreto divino que obedecen los cielos y la tierra. . . . Señor tu eres sublime ¿quién te iguala?»

Hé aquí bien marcada la importancia que el principio del calor llegó á tener en el mundo; sí, porque *Izbar* es *Is-bar, Ih-ber*, lo mismo que *Bilgi*, es *Ber-hi*. Es el mismo nombre puesto al revés. Es la mejor prueba de que las dos onomatopeyas se han puesto indiferentemente delante ó detrás.

Comprendemos que hay cierta monotonía en estas interpretaciones; pero no es culpa nuestra si los dioses se llaman por todas partes lo mismo. Vaya todo en gracia de la novedad, pues que hasta ahora no se habían averiguado tan sencillas cosas.

La ciencia busca la unidad en la ley que abarca el conjunto de hechos ó de casos, y la ley, como la unidad, tiene que ser por precisión constante é idéntica á sí misma. La variedad está aquí en la transformación de la envoltura exterior de las palabras, pero la raíz, persistente á través de todo cambio, representa la unidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## DIOSES

DE LOS IMPERIOS HISTÓRICOS.

I.

### DIOSES EGIPCIOS.

El Egipto llama ante todo nuestra atención, no sólo por su alta antigüedad, sino por haber sido el pueblo más religioso y devoto que hubo en el mundo. Los egipcios llegaron á tener la verdadera idea de Dios; vieron á Dios por todas partes, en el universo, y comprendieron que vivían en Dios y por Dios. Su Dios era un sér único, perfecto, dotado de perfecta inteligencia, inmutable en su inmutable perfección, «el padre de los padres, la madre de las madres,» uno en esencia y no único en persona; á la vez, el padre, la madre y el hijo de Dios, tres personas que son Dios en Dios, y que, lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren todas tres á su infinita perfección. Este Dios, trino y uno, es infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo y goza de eternidad y omnipotencia.

La teología cristiana apenas tendría nada que pe-

dir al Dios de los egipcios; pero las dos teologías se separan en esto: que el Dios egipcio «crea sus propios miembros, que son los dioses,» y se asocia á su acción bienhechora. De cada uno de estos dioses secundarios sale un tipo nuevo con nombre y atributos especiales que, aun considerado como idéntico al Dios Supremo, puede extraviar al crítico, como extravió al vulgo egipcio, en el más extravagante politeísmo. Así, considerado como generador universal, dando á luz la fuerza latente de las causas ocultas, Dios tiene por nombre *Ammon*; como espíritu que contiene en sí todas las inteligencias, *Ymhotep*; como hacedor de todas las cosas con arte y verdad, *Phtah*; y como Dios bueno y bienhechor, *Osiris*. En cada nomo se le adoraba por algunos de estos atributos y algunos más. Como era indiferente asociar varios de estos atributos, en ocasiones se reunen dos ó tres en la misma adoración: *Phtah-Sokari*, *Sevek-Ra*, *Phtah-Sokar-Osiris*, etc.

El jefe de la rebelión para destruir la obra divina de la creación se llama *Ap-af*, que se ve representado en los monumentos bajo la figura de una larga serpiente.

La batalla entre Dios y sus ángeles, ó dioses de luz y vida, contra los *hijos de la rebelión*, no fué decisiva. Los malos espíritus amenazan sin cesar el orden de la naturaleza, y Dios, para resistirles, tiene que estar creando continuamente nuevos mundos. Los egipcios representaban esta lucha, entre el fecundante Nilo y el árido desierto.

El sol, la más esplendorosa imagen que puede encontrarse de Dios en la naturaleza, fué asimilado é identificado al gran sér invisible. Desde entonces, todas las formas secundarias de Dios convienen lo mismo al sol, *Râ*. *Ammon*, *Osiris*, *Hor*, *Phtah* fueron consi-

derados como manifestaciones del *alma viviente* de *Râ*. Las fases de su carrera fueron señaladas como otras tantas aventuras de su vida diaria y diferentes modos de su sér. Así fué llamado *Hor-em-akhouti*, es decir, *Hor* en los dos horizontes; *Râ*, *Shou*, *Anhour*, *Hor*, cuando llegaba al punto más alto, al medio día, que entonces era sol en toda su fuerza y en su edad viril; *Khopér* ó *Harpocrates* (Hor niño), en su levante; *Nower-Toun*, en su puesta; y *Osiris*, durante la noche, mientras hundido en las tinieblas, visita las regiones infernales. Esta lucha contra la oscuridad representa también la lucha contra el mal principio. El *Harmachis* de los griegos es *Hor* de la mañana y de la tarde; antes de ponerse y después de levantarse, *Hor-em-akhuti*.

Tal es, á grandes rasgos, el fondo de la religión egipcia, según se deduce del estudio de las inscripciones y de los manuscritos que pudieron salvarse de las ruinas de su civilización. Pues bien; fijándose en esos nombres ¿no se ve una brillante confirmación de nuestro aserto?

Por de pronto, el nombre del gran Dios egipcio *Râ*, aplicado al sol, como haremos observar en otros pueblos, pone de manifiesto la onomatopeya *er*, sin más que un ligero cambio de pronunciación, consistente en la supresión de la vocal. Téngase presente que el sonido *er-er*, si se repite, oscurece la vocal; *er-er* llega á quedar *rev*, *rar* y *Râ*. Si el lector reflexiona en los muchos siglos y en los muchos labios por que ha atravesado este sonido, comprenderá cuán natural y sencilla es la variante. El resultado preciso, ineludible, claro, estable y definitivo de aquella forma no pudo haber sido otro sino *Râ*. *Râ*, en toda su simplicidad, representa para nosotros la más bella forma conservada de la onomatopeya primitiva. Es, pues, como

todos los otros dioses, el principio creador, cuyo gran atributo se le concede en Egipto; es la gran manifestación de la vida por el calor, cuyo foco permanente y eterno está en el sol; es el mismo nombre de Dios que hemos encontrado y encontraremos aún por todas partes.

Ammon, Ymhotep, Phtah, son formas teológicas posteriores que llevan envuelta siempre la idea de espíritu, el soplo de la espiración. *Osiris* merece más detenido estudio, no sólo por la especialidad del nombre, sino por la importancia histórica que tiene, complicándose con otras religiones.

*Osiris* no es un dios heredado con la raza por los egipcios. *Osiris*, por más que haya que remontarse á tiempos bien antiguos, es un dios de importación extranjera; y esto nos lo hace conocer la historia de la palabra. *Osiris* es de procedencia asiática, y la evolución de su nombre ha sido hecha en el seno del aryanismo.

Para probar esta afirmación debemos tomar las cosas de atrás.

Hubo un tiempo en que la raza aryaná se dividió, quedando parte de ella en la Bactryana ó Airyana propiamente dicha, y bajando la otra al Mediodía donde la conquista de la India le reservaba grandes destinos. Estas dos fracciones de un mismo pueblo, cuyo pasado religioso debió ser el mismo, cuyas lenguas se parecen, como dos hermanas, y cuya creencia debió haber sido elaborada en un centro común, ofrecen en sus libros sagrados un contrasentido inexplicable. Los dioses, los espíritus buenos en los unos, son demonios ó espíritus malos en los otros. Los nombres más adorados en los Naçkas son los más odiados y temidos en los Vedas. Cualquiera que fuese el motivo de tal cambio, lo cierto es, que el nombre de

Ahura indisolublemente unido al nombre de Dios Supremo en los Naçkas, representa en los Vedas el espíritu del mal, y se da este nombre á todos los adversarios de los buenos dioses. Son como los titanes griegos haciendo la guerra á Júpiter. A pesar de la poca diferencia que hay entre el Zenda, que es la lengua en que están escritos los Naçkas, y el sanscrito de los Vedas, el nombre *Ahura* pierde en el tránsito la aspiración y se convierte en *Asura*, cambiándola por la sibilante. La reforma no fué tan radical, sin embargo, que el nombre de *Asura* haya perdido todo respeto en el Veda, pues en ocasiones, se le ve aplicado á alguno de los buenos dioses, como significando un sér dotado de fuerza y movimiento, comunicando la vida de que está animado. Así, por ejemplo, se puede leer en el Rig-Veda: «Nosotros eludimos tu cólera ó *Varuna* por nuestras ofrendas y nuestros sacrificios; quédate aquí, ó *Asura*, rey sabio, quita de nosotros los pecados.»

La lengua, como la teología, guardó también el recuerdo de la antigua supremacía de *Ahura*. Uno de los más antiguos nombres de Brahma es el de *Asura*.

De modo que el carácter de este gran nombre permanece flotante é indeciso, aun entre sus mayores enemigos. La identidad, por otra parte, del *Ahura*, *Zenda*, y del *Asura*, sanscrito, está bien probada ya en la ciencia, para que gastemos tiempo en demostrarla. Lo que nos corresponde ahora es probar la de *Osiris* con *Ahura*.

El nombre de Dios Supremo en los Naçkas, en la religión de Zoroastro, es *Ahura-Mazda*. Es el mismo nombre que se leyó: *Aurmazd* sobre los monumentos de Persepolis; el mismo que los griegos tradujeron por *Ormisdas* y *Oromazes*, y que en el persa moderno ha llegado á ser *Hormidjda*, y entre nosotros *Ormuzd*.

Ahura, como sucede generalmente con los nombres de los dioses, ha llegado á significar en Zenda: *Rey, Señor, Soberano del cielo*. Es el mismo procedimiento que siguieron los hunos, por ejemplo, para dar á sus jefes, según los historiadores chinos, el nombre de *Ten-gli*, que es el de Dios en toda la raza. Ahura-Mazda, pues, ha llegado á significar entre los sabios: el *Señor omnisciente*, porque han dividido el segundo miembro *Mazda* en *maz* y *da*, y se encontraron con que *maz* significa grande y *da*, ley ó ciencia; y como no podía decirse *Señor gran ciencia*, han buscado una equivalencia en *Señor omnisciente*.

Nosotros debiéramos dejar la interpretación de este nombre para cuando llegásemos al mazdeísmo; pero los mitos se enlazan de manera que no se puede descifrar *Osiris*, sin haber explicado antes Ahura Mazda, siquiera en la primera parte de su nombre.

Max Muller se aproxima bastante á la verdad, hablando del nombre Ahura en su *Ensayo sobre la Historia de las Religiones*.

«Lo que dice Spiegel del nombre de la divinidad en Persia es muy dudoso.

Ahura, según él, significa Señor, lo mismo que *Ahu*, y debe referirse á la raíz *ah*, en sanscrito *as*, que significa *ser*; pero tiene esta significación porque en su origen expresó la idea de *respirar*. De esta raíz, tomada en su sentido original, formaron los indios las palabras *asu*, soplo, y *Asura* el nombre de Dios, ya haya significado esta palabra, *aquel que respira*, ó aquel que dá el aliento, la vida.»

Lástima que Max Muller no haya aplicado esa raíz *ah* ó *as* á los nombres divinos de todos los pueblos y de todas las religiones; sin duda, sus resultados hubieran sido grandes; pero él no ha comprendido toda la transcendencia de la onomatopeya del soplo ó de la

respiración. Es cierto que le faltaría siempre para su exégesis la onomatopeya del calor; y como se completan la una á la otra, su interpretación quedaría siempre coja, como le sucede en esta de Ahura.

Si *ah*, como él dice, es una raíz que significa *ser*, y en su origen expresó la idea de respirar, el nombre de *Ahura* tendrá dos partes: *Ah-ura*, de las cuales, la primera nos es conocida por el significado primitivo: soplo, respiración, espíritu, vida ó señal de vida; pero Max Muller abandona la segunda parte y procura separar de ella la atención, bien convencido de la dificultad. ¿Qué papel puede jugar ahí esa *r*, entre esas dos vocales? Nada sobra nunca en esos nombres, y todo tiene su historia y su razón de ser. Mas los sonidos en *r* y *l*, que tanto caracterizan los nombres de los dioses, son las esfinges de los exegetas, y esto consiste en una cosa: en que hasta ahora, la lengua clave para ellos fué el sanscrito, y en el sanscrito, precisamente, las raíces *ra* y *la*, no son seguras, es decir, no tienen determinado sentido; y como la gran mayoría de los nombres de dioses deben su formación á estas raíces, de ahí que el sanscrito ¡quién lo digera! sea la lengua menos á propósito para la interpretación. De este modo se explica lo poco que ha adelantado la exégesis; á pesar del conocimiento perfecto que del sanscrito se tiene hoy. Uno de los mayores descubrimientos que con su ayuda se han hecho, la tan decantada identidad de los nombres de *Dyaus*, *Zeus*, *Deus* y *Tiu*, está basado en un error, porque la raíz *div*, lejos de dar origen á estos nombres, les debe ella misma su existencia.

Pero no es ocasión aun de explanar esto; volvamos al nombre *Ahura*.

Las lenguas indo-europeas sólo tienen en su origen tres vocales breves: *á*, *i*, *u*, y la *á* es mucho más usada que las otras dos en las lenguas más antiguas de la



raza. Si se tiene en cuenta que la *i* y la *u*, son modificaciones de las líquidas *j*, *v*, es casi seguro que en los primeros tiempos sólo hicieron uso de la *á*.

El griego y el latín están muy lejos de esta sencillez primitiva. El sanscrito debilita la *á* en *i* y *u*. No tiene la gradación que se observa en latín, de *á*, *é*, *i*, como en *facere*, *effectus*, *efficere*, y en griego, en *ασθη* = *asdhi*.

Si los antepasados de los aryas, tomaron, pues, como es seguro, el sonido de la onomatopeya *er* por *ar*, dada la índole y la tendencia de su lengua que empezaba á favorecer este último sonido, el nombre de *Ahura* no pudo menos de ser pronunciado por ellos, al principio: *Ah-ar-a*, en lugar de *Ah-er-a*, *Ha-er* ó *Ho-el*, variantes del mismo tema en las diferentes familias ó tribus.

Ahora, pues, el sanscrito ó la lengua anterior á él y al zenda, tuvo que debilitar, con arreglo á la ley que hemos dicho, el sonido *ar* de *Ah-ar*, en *ur*; tránsito inevitable, imprescindible, fatal, obedeciendo á la ley. *Ahura*, pues, como los otros nombres que hemos analizado hasta ahora, es el soplo ó el espíritu creador, el álito de vida universal, á la noción del cual se elevaron naturalmente los primeros hombres, por analogía y asociación de ideas, deduciendo el principio de vida, del calor, y su manifestación, del soplo al respirar. La *a* final de *Ahura* no es más que subfijo indicativo de las antiguas lenguas, que se conserva perfectamente en el eúskaro.

Nuestra interpretación de *Ahura* está completa y su identidad con *Osiris* es fácil de demostrar ahora.

Hemos visto que *Ahura* y *Asura* son un mismo nombre. Su identidad está ya demostrada, y no hay lingüista que no esté conforme; así que sería inútil detenerse en ello.

Los egipcios han convertido *Asura* en *Osiris* de una manera normal y arreglada á las leyes de su fonética: *Asura* fué, pues, *Asuris*, *Asiris* y *Osiris*. La terminación *is* caracteriza y acompaña una porción de nombres religiosos egipcios: *piromis*, *potiris*, *Isis*, *ibis* *Apis*. Sustituyó á la *á* final de *Asura*.

La introducción de este nombre en Egipto no tiene nada de extraño si se atiende á que pudo haber entrado con una raza conquistadora, y sino, á que su teología, habituada á reconocer un mismo espíritu divino bajo multitud de formas y de nombres, se los asimilaba fácilmente. Así vemos, más adelante, á *Baal* identificado con el dios *Sutech* y al *Zeus-Hadés* de Sinope, confundido, en tiempo de los Tolomeos, con *Serapis*.

De todo esto, se puede suponer, que un grupo, separado de una tribu asiática en que empezaba á bosquejarse una tendencia arya, pero mucho antes de la formación del sanscrito y de los cantos védicos, penetró en Egipto, fundiéndose allí con las tribus africanas y llevándoles ideas y nombres religiosos de evolución asiática. Era un tiempo en que podían vivir juntos todavía los antepasados de los aryas y de los semitas. La raza egipcia se relaciona por sus caracteres etnográficos á los pueblos blancos del Asia occidental; su lengua se aproxima un poco á las lenguas semíticas por su constitución gramatical; uno de los tiempos de su conjugación, el más simple y antiguo de todos, está compuesto de pronombres subfijos idénticos, y algunas raíces son comunes al hebreo y al siríaco; los pronombres, subfijos y absolutos son casi iguales y juegan el mismo papel que en estas lenguas. La conclusión admitida hoy es que los egipcios se separaron de los semitas en una época en que su lengua estaba en vía de formación, y que una vez separados, sus elementos comunes de lenguaje sufrieron

por muchos siglos, como no podía menos de suceder, una evolución diferente, que hizo tomar á las dos ramas una fisonomía bien distinta. Renan ha probado, por su parte, la comunidad original de arianos y semitas, y nosotros haremos ver también que el nombre de *Asura* se conservó perfectamente en las dos razas.

En esto, como en otras muchas cosas, será preciso dar la razón á la Biblia que atribuye á los egipcios un origen asiático, diciendo que Mizraim; hijo de Cam tuvo por hijos á Ludim, Hanamin, Labahim y Naphtuhim, nombres que corresponden á los pueblos que según las inscripciones geroglíficas habitaban las orillas del Nilo. Ludim el primogénito, personifica á los egipcios propiamente dichos, los *Rotu* ó *Lodu* de las inscripciones (1).

Por otra parte, si se examinan las estatuas y bajo relieves que los monumentos nos han conservado, se ve que, lejos de ofrecer el color y aspecto general de los africanos, tienen el mayor parecido con las razas blancas de Europa y Asia; todo lo cual permite asegurar, que los egipcios se separaron, en época remota, de algún centro, en el que empezaban á bosquejarse tendencias y caracteres aryo-semíticos.

La identidad teológica de *Osiris* y de *Asura* sería fácil de demostrar, por más que no nos proponamos hacerlo, dejando á otros este trabajo, después de haber indicado la identidad del nombre. El culto, los atributos, las cualidades y los mitos que se amontonan sobre un dios, suelen variar, con el transcurso de los siglos y

(1) Génesis X. 6, 13. Ananim es Anu, la gran nación que fundó á Heliópolis, (On); Lehabim, los Libyos, Naph-tuhim (Nophthah), en el Delta, al Norte de Menfis; Pathrusim, Pa-tores, (tierra del Mediodía) que habitaron el Saïd actual.

el tránsito de unas razas á otras, más que su nombre. Sin embargo, haremos notar que Osiris, lo mismo que Asura, son considerados como fuerzas, modos de ser, momentos de manifestación de la vida universal, en el desenvolvimiento histórico de las dos religiones. Si el uno es *miembro*, cualidad ó modo de ser de *Râ*, el otro es fuerza, movimiento y vida de *Brahma* ó de *Varuna*; es en los dos casos la más alta representación del Dios Supremo, su vida propia, el impulso interno de su actividad. Si se llama Osiris, en el hemisferio infernal, es que va á combatir allí con las tinieblas y con el poder malhechor.

*Ahura-Mazda*, el dios de la luz y del bien, sostiene eterna lucha con el principio del mal. Osiris es, pues, un dios de luz como *Ahura Mazda*, y pelea también, contra los malos y contra la oscuridad, todas las noches. Es lo que significa el mito de la estación infernal de *Râ*, llamado *Osiris*. Este mito no es más que una de las muchas formas en que se ha representado la lucha entre el bien y el mal, el orden y el desorden, la luz y las tinieblas. Osiris es el enemigo eterno de *Set* (Tifon), como *Ahura-Mazda* de Arimanes, ó *Feridun* de *Zohak*, en la lucha tan celebrada por Fidursi en el *Shahnameh* (1).

Osiris, no por eso, dejaba de ser dios durante el día; él gobernaba la tierra bajo la figura del sol, *Râ*, y con el nombre de Osiris *Ounnowré*, (el ser bueno por excelencia), las doce horas del día. Era, pues, más que el sol, y uno mismo con *Râ*.

El culto de Osiris está ligado al del buey Apis ó Hapi, y juntos constituyen el nombre del dios Osar-Hapi ó Asar-Hapi, del que los griegos hicieron su *Scrapis*.

(1) Véase en el nombre *Feridun* otra variante de lo mismo: *Beri-d-un*.

El buey Apis era la representación de la divinidad bajo la forma animal. Se creía que el alma de Osiris, en forma de rayo de luz, venía á encarnarse, de cierto en cierto tiempo, en el cuerpo de una novilla. Los sacerdotes reconocían el buey-dios en ciertas manchas especiales que afectaban la forma de un águila, de un buitre y de un escarabajo. No podía pasar de 25 años porque al llegar á esta edad se le ahogaba en la fuente del sol. Después, se llevaba su cadáver al Serapeon con el mayor respeto. El nombre de Serapis ha atravesado estas formas, según las leyes de la fonética egipcia, lo mismo que el de Osiris: *Osovoapis*, *Soroapis*, *Serapis*.

¿Será necesario hablar de *Hov*, contracción natural de *Ahur*, *Ha-ur*?

*Khoper* es *Hov*, niño aun, el sol á la salida. En *Khoper* se manifiestan bien las dos onomatopeyas: *Ha-ber*. Bastó á los egipcios fortificar los dos sonidos y hacer *Khaper* y después *Khoper*; el espíritu y la luz del mundo, de la creación. El hacerlo niño fué cosa de la teología, cuando concibió las estaciones del sol como edades de la vida humana; pero en realidad es una forma de las onomatopeyas, lo mismo que *Râ*, que *Osi-ris*, que *Hov* y que *Anhour*, sólo que estuvo sometida á diferente evolución.

*Khoper* tiene además en la lengua egipcia la significación de *ser*, de llegar á ser, lo cual confirma su origen onomatopéico, pues sabemos que la idea de existencia y de vida fué expresada por la espiración y por la onomatopeya del calor. Esto confirma aquéllas y aquéllas confirma esto. ¿Qué mejor prueba?

Réstanos hablar de un dios de otras edades, apenas recordado ya en Egipto, y del que se hace mención una vez sola en un curioso y raro documento. Es *Han-han*, el dios de los viejos, que debe ser anti-

quísimo, á juzgar por el olvido en que se le tiene y por el papel que se le asigna. En las ya célebres *Instrucciones de Ptahhotep*, príncipe anciano de la quinta dinastía, se lee, en una de las últimas páginas, lo siguiente: «O Hanhan, señor de la vejez; cuando llega la ancianidad, vienen con ella también la impotencia y la debilidad infantil. El viejo siempre se queda en cama padeciendo, la vista se le acorta, los oídos se endurecen, las fuerzas se le acaban; el corazón no encuentra reposo. La boca se calla y no habla ya. La memoria se pierde y no se acuerda del día de ayer. Los huesos sufren á su vez. Lo bueno se convierte en malo. El gusto desaparece enteramente. La vejez vuelve al hombre miserable del todo. Las narices se tapan y no respiran. Lo mismo se cansa uno derecho que sentado. En el estado en que yo me encuentro ¿qué hará otro viejo? Le diré lo que dicen los que han oído la historia de los tiempos antiguos, lo que los dioses mismos han oído? Obra según ellos rechazando el mal de los seres inteligentes; ataca á los malditos? La santidad de este dios (1), Hanhan, ha dicho: Instrúyete en las palabras del pasado y hará la admiración de los hijos de los grandes; lo que á él se le oiga, penetrará, porque será justicia de corazón. Lo que él diga no cansará jamás.»

Hemos copiado este párrafo, porque de él se desprende que Hanhan es un dios muy antiguo á quien se recurre únicamente en la vejez, y cuando se recuerdan historias y doctrinas de los tiempos pasados, que siempre á nuestro parecer, á la humana aprensión, fueron mejores. La antigüedad de Hanhan se nota bien, considerando que es primo hermano del *Yan-*

(1) Es el dios Hanhan que responde á la invocación de Ptahhotep.

*Yang* del *Thibet*, del *Fan-us*, latino, del *Fain*, eúskaro, y de todos esos dioses de la espiración y del soplo que tan apartados viven unos y otros en el espacio y en el tiempo. La onomatopeya repetida no puede estar más clara en *Hanhan*. Es la mejor conservada de todas, y no parece sino que se repite, para que no se olvide ni se altere.

La lengua egipcia, como las otras lenguas, ofrece además otros nombres que tienen la misma procedencia; el nombre de *Faraón*, acaso, también, por la cualidad de grandes sacerdotes que tenían los reyes, tiene este origen religioso. *Faraón* en las inscripciones, es *Pir-ha*. ¿Podrá negarse ahora su identidad etimológica con el *Par-d-jan-ia* del *Veda*? ¿No tendrá la misma significación que el *πῦρ*, *pir*, griego, fuego, que el *ber*, eúskaro, calor, que el *var* turco, fuego, que el *var* hebreo, crear, con todas las otras deducciones que la asociación de ideas ha sacado de la idea de calor y de su onomatopeya?

Téngase en cuenta que cada nombre nuevo, en *ber* y en *ha*, que aducimos, es una prueba que confirma las otras, porque en esta clase de estudios la única prueba es la comparación.

Serían imposibles tantas coincidencias en los más apartados puntos de la tierra, si todos estos nombres, envolviendo siempre y por todas partes la misma significación religiosa, cósmica, ó de grandeza, no tuviesen el origen común que les hemos señalado.

En *Khéphren* ó *Chefren*, el Creador, en *Potiris*, el Cielo, en *Piromis* la más alta esencia, pueden observarse también las dos onomatopeyas disfrazadas. *Her*, en copto antiguo, significa Dios, y en el *papyrus* de Turín, es el nombre de una dinastía divina; en fin *Hathor*, (la Señora del Cielo) y *Selk*, un sobrenombre de *Ysis*, tienen la misma composición.

El *Faraón* (1) ha sido bien llamado *Pir-ha*, porque, para los egipcios, los reyes eran representaciones de la divinidad. Se les aplicaban los nombres más pomposos y más altos. Véase en prueba de esto la inscripción de Onadi-Magarah, erigida después de una campaña de *Snewrou*, el fundador de la cuarta dinastía: «el rey de los dos Egiptos, el señor de las diademas, el dueño de la justicia, el Hor vencedor, *Snewrou*, el gran dios.»

Era la mejor manera de halagar á sus reyes, darles el más antiguo nombre de dios: *Pir-ha*. Algunos leyeron *Fhorou*, y en el *papyrus* Abbott, se escribe á *ü-per-ti*; otras tantas pruebas en favor nuestro.

En los nombres religiosos del Egipto se comprueba, pues, la existencia, como por todas partes, de las dos onomatopeyas primitivas.

En el fondo de todas las teologías que hemos revisado hasta ahora, encontramos un dios, á la vez uno y múltiple, y se comprende bien porque fué así: consideraron la materia penetrada por la inteligencia, produciendo fenómenos inexplicables, dignos de un grande y misterioso encantador; pero al mismo tiempo, en cada acto realizado sobre la materia, vieron diferentes aspectos del mismo sér.

El espíritu de vida, el soplo animador, es siempre el Dios que anima la naturaleza entera, pero considerado así, en esta colosal abstracción, permanece oculto é invisible; sólo por el razonamiento, por deducciones lógicas, puede llegarse á él; y el hombre necesitó más: necesitó verle limitado y concreto, sorprenderle en un acto que pudiera hacerle apreciar el todo por la parte, y de aquí salió la multiplicidad. El soplo y el calor,

(1) *Faraón* es la corrupción griega del nombre egipcio.

el aire y el fuego, y después, el sol, la luna, las estrellas, fueron manifestaciones de Dios.

## II.

## DIOSES ASIRIOS.

Las teologías han acabado por desfigurar los primitivos significados de los dioses.

La trinidad caldea: materia, verbo, providencia, no fué semejante cosa en el principio. Ni *Anu* fué la materia, ni *Bel* el verbo, ni *Nuah* la providencia. Bien se ve que todo esto es producto de un refinamiento posterior. *Anu* (Oannés), «el antiguo, el padre de los dioses, el Señor del mundo inferior, el dueño de las tinieblas y de los tesoros ocultos,» no fué otra cosa más que nuestro antiguo soplo, *An-u*. Esta *u* es el signo del nominativo en asirio. ¿Puede darse cosa más sencilla y forma mejor conservada? Pero, ¡cuántas atribuciones llegó á regalarle la asociación de ideas!

Sin embargo, en el modo de representar su imagen se reconoce el primitivo soplo vital.

*Anu* es retratado en figura de hombre con cola de águila, llevando en la cabeza un pez monstruoso cuyo cuerpo le cubre las espaldas. ¿No revela esta imagen un símbolo del espíritu vital que anima los seres todos de la naturaleza, representando, en el hombre, en el pez y en el águila, los tres reinos de la misma?

El nombre de *Nuah*, llamado también *Nisrok* y *Shal-manu*, el Salvador, está compuesto de estas dos formas del soplo reunidas: *An-u-ah*, abreviando *Nuah*. Es un genio adornado de cuatro alas desplegadas como los querubines. Es el guía inteligente, el Señor del mundo visible, el dueño de las ciencias, de la gloria y de la vida. Es formación puramente teológica, uniendo, en

uno solo, atributos prehistóricos de las dos espiraciones.

*Bel* es la forma mejor guardada, en el más importante de los nombres de Dios en Asiria, del *ber* original. *Bel*, «el demiurgo, el Señor del mundo, el dueño de todos los países, el Soberano de los espíritus.»

*Bel-Aura* ó *Bel-Asura* es en esta religión el espíritu del fuego, conservado, como una reminiscencia de lo antiguo en memoria de su significado primitivo, entre los dioses secundarios. Pero, para nosotros, este *Bel-Aura* es el gran Dios de los primeros tiempos y al que debe el teológico *Belo* su existencia. El nombre de *Bel-Aura* destruye toda duda respecto de la significación original de *Belo*.

Por otra parte, las palabras acadianas, *bilgi*, fuego, y *gibil*, *bil* ó *pil*, quemar, *kal-û* en asirio, (contracción fortificada de *ha-er-u*) vienen á demostrar de una manera palmaria su relación con el calor. Otra prueba más es que *gibil* significa espíritu también, es decir, que, en acadiano, reúne esta palabra las dos verdaderas y grandes significaciones que hemos venido asignando á las dos onomatopeyas: *ha-bir* ó *ber* (1).

Y ahora, séanos lícito presentar al público el siguiente párrafo de Tylor (2): «Sería sin duda una tarea imposible el distinguir todas las personalidades confusas de *Baal*, de *Bel* y de *Moloch*, y ningún anticuario podrá acaso jamás resolver el problema que presenta el nombre divino de *El*, y saber si este nombre, tan extendido en la nación judía y en las otras naciones semíticas, llevaba consigo la idea de una doctrina de la supremacía divina.»

(1) Saice; *Assyrian Grammar*, págs. 21 y 22.

(2) Tylor; *La Civilisation primitive*, Paris, 1878.—Ed. Reinwald, tít. 2.º, pág. 458.

el aire y el fuego, y después, el sol, la luna, las estrellas, fueron manifestaciones de Dios.

## II.

## DIOSES ASIRIOS.

Las teologías han acabado por desfigurar los primitivos significados de los dioses.

La trinidad caldea: materia, verbo, providencia, no fué semejante cosa en el principio. Ni *Anu* fué la materia, ni *Bel* el verbo, ni *Nuah* la providencia. Bien se ve que todo esto es producto de un refinamiento posterior. *Anu* (Oannés), «el antiguo, el padre de los dioses, el Señor del mundo inferior, el dueño de las tinieblas y de los tesoros ocultos,» no fué otra cosa más que nuestro antiguo soplo, *An-u*. Esta *u* es el signo del nominativo en asirio. ¿Puede darse cosa más sencilla y forma mejor conservada? Pero, ¡cuántas atribuciones llegó á regalarle la asociación de ideas!

Sin embargo, en el modo de representar su imagen se reconoce el primitivo soplo vital.

*Anu* es retratado en figura de hombre con cola de águila, llevando en la cabeza un pez monstruoso cuyo cuerpo le cubre las espaldas. ¿No revela esta imagen un símbolo del espíritu vital que anima los seres todos de la naturaleza, representando, en el hombre, en el pez y en el águila, los tres reinos de la misma?

El nombre de *Nuah*, llamado también *Nisrok* y *Shal-manu*, el Salvador, está compuesto de estas dos formas del soplo reunidas: *An-u-ah*, abreviando *Nuah*. Es un genio adornado de cuatro alas desplegadas como los querubines. Es el guía inteligente, el Señor del mundo visible, el dueño de las ciencias, de la gloria y de la vida. Es formación puramente teológica, uniendo, en

uno solo, atributos prehistóricos de las dos espiraciones.

*Bel* es la forma mejor guardada, en el más importante de los nombres de Dios en Asiria, del *ber* original. *Bel*, «el demiurgo, el Señor del mundo, el dueño de todos los países, el Soberano de los espíritus.»

*Bel-Aura* ó *Bel-Asura* es en esta religión el espíritu del fuego, conservado, como una reminiscencia de lo antiguo en memoria de su significado primitivo, entre los dioses secundarios. Pero, para nosotros, este *Bel-Aura* es el gran Dios de los primeros tiempos y al que debe el teológico *Belo* su existencia. El nombre de *Bel-Aura* destruye toda duda respecto de la significación original de *Belo*.

Por otra parte, las palabras acadianas, *bilgi*, fuego, y *gibil*, *bil* ó *pil*, quemar, *kal-û* en asirio, (contracción fortificada de *ha-er-u*) vienen á demostrar de una manera palmaria su relación con el calor. Otra prueba más es que *gibil* significa espíritu también, es decir, que, en acadiano, reúne esta palabra las dos verdaderas y grandes significaciones que hemos venido asignando á las dos onomatopeyas: *ha-bir* ó *ber* (1).

Y ahora, séanos lícito presentar al público el siguiente párrafo de Tylor (2): «Sería sin duda una tarea imposible el distinguir todas las personalidades confusas de *Baal*, de *Bel* y de *Moloch*, y ningún anticuario podrá acaso jamás resolver el problema que presenta el nombre divino de *El*, y saber si este nombre, tan extendido en la nación judía y en las otras naciones semíticas, llevaba consigo la idea de una doctrina de la supremacía divina.»

(1) Saice; *Assyrian Grammar*, págs. 21 y 22.

(2) Tylor; *La Civilisation primitive*, Paris, 1878.—Ed. Reinwald, tít. 2.º, pág. 458.

Creemos haber resuelto el problema, considerado para siempre insoluble, por el honorable Tylor. Respecto á distinguir las personalidades teológicas de *Baal*, de *Bel* y de *Moloch*, no nos incumbe, y sólo tiene ya una importancia secundaria desde el momento en que se sabe todo lo que abarcó su significación en el origen. Pero, ¿por qué juntará Tylor á *Belo* con *Moloch*? *Moloch* tiene otra evolución muy diferente, aunque figure en pueblos de la misma raza en que se adoró á *Belo*.

*Moloch* es el *Moholo*, buey sin cuernos, de los tártaros. Pero esto no le quita de ser, al mismo tiempo, un poderoso dios, y de hacer su entrada en el panteón semítico. Hemos visto que *Apis* era la encarnación de Osiris en el buey ¿por qué el buey de Tartaria no había de ser la encarnación del espíritu de vida y llevar su nombre? *Moholo* procede de *Am* ó *Ma-ha-elo*, contra lo *Maholo*, después *Moloh*, *Moloch*. Es natural que, á pesar de las extravagancias míticas posteriores, se parezca en sus atributos á *Baal* y á *Bel*, porque es como ellos el espíritu creador desde el principio. *Moloch*, *Melech*, como de costumbre, tuvo también el significado de rey.

El nombre de Dios en general, y el Dios Supremo que envuelve la trinidad asiria, al mismo tiempo que hace parte de ella, es *Ilu*.

Desde luego se observa que *I-lu* es una simple variante del *El* hebreo, y de su propio verbo, *Bel*, que conserva la *B* para marcar una ligera separación ó diferencia en su evolución prehistórica, es decir, por haber llegado en otra corriente lingüística. Los teólogos respetan siempre mucho los orígenes, y para ellos no era lo mismo ciertamente *Il-u* que *Bel*, porque habían perdido la historia de sus nombres. *Ilu* es quien saca el mundo del caos y penetra después el universo

con su luz, le anima, y mantiene el orden establecido por el verbo.

Por poco que nos quede de la teología caldea basta, sin embargo, para ver que, en el fondo, estos dioses conservan las altas cualidades que los antepasados habían atribuido al soplo y al calor.

De *Asur*, el nombre del gran dios de Ninive, es excusado hablar, porque ya está estudiado. Sólo recordaremos que señala, entre los semitas, la existencia, como gran nombre de Dios, y como tránsito al Osiris egipcio, de la forma aryana, *Asura*.

Estos dioses asirios tenían esposa. *Belita* es la forma femenina de *Bel*; *Zirbanit* ó *Zarpanit*, la esposa de *Marduk*.

Descompónganse los elementos del nombre *Zarban-it*. Este *it* es el signo del femenino asirio; queda, pues, *Zar-ban*, *Sar-ban*, que debió haber sido *Ha-er-ban*, antes de ser *Zarpan-it*.

Hé ahí la evolución en ida y vuelta de la palabra; su significado es conforme á la etimología que le damos: es «la producción de los seres», es la naturaleza misma.

*Adar*, nombre del planeta Saturno, fué en su origen *At-er*. *Zagar*, uno de sus epítetos, lleva también, en vueltas las onomatopeyas.

*Istar*, la Venus asiria, fué también *Ah* ó *ih*, y por la conversión en sibilante, *Is-t-er*. Se conservó á su lado la forma intermedia *Ester*, en los nombres propios. La Isis egipcia no es más que la primera parte de este nombre.

*Nabu*, en fin, «el capitán del universo, el ordenador de las obras de la naturaleza, el que hace suceder la puesta del sol á su levante» el tipo entre los asirios del perfecto caballero, y el modelo que los reyes debían proponerse imitar, fué, en los más antiguos

tiempos, el soplo en sus dos formas: *An-ab*, haciendo después *Nab-u*, el glorioso nombre que los reyes de *Bab-ilu* asociaban por piedad al suyo propio en forma de oración.

Por lo demás la segunda parte del problema planteado por Tylor como irresoluble: «saber si el nombre de *El*, tan extendido en la raza semita, llevaba consigo la idea de una supremacía divina» se halla resuelto con sólo comparar las tradiciones del diluvio en esta raza.

Todos habrán leído el episodio bíblico de Noé. Véase ahora la leyenda, más detallada, en la Caldea:

«Una noche el rey *Xisuthros* oyó la palabra del dios *Nuuh* que le habló así: Hombre de Sivippak, hijo de Obartu, haz una gran nave para tí y los tuyos, porque voy á destruir los pecadores y la vida.... Haz entrar en la nave la semilla de vida de la totalidad de los seres para conservarlos.»

*Xisuthros* obedece y construye un barco calafateado con betún; reúne todo el oro, plata y cuanto poseía vivo ó en semilla y lo introduce en el buque. «Todos mis servidores varones y hembras, los animales domésticos de los campos, los animales salvajes de los campos y los jóvenes del ejército, á todos les hice entrar.» La operación terminada, el dios *Samas* alzó la voz en medio de la noche: «Yo haré llover del cielo abundantemente, entra en la nave y cierra la puerta.»

La inundación comienza. «Por la mañana el furor de una tempestad se levantó y se extendió anchamente por el cielo. *Bin* (1) tronó en medio del cielo, *Nebo* y *Sarú* (2) avanzaron de frente; los devastadores marcharon sobre las montañas y las llanuras; *Nergal* el

(1) El dios de la tempestad.

(2) Genio que acompaña á *Nebo*.

destructor lo trastornó todo; *Adar* marchó delante y derribó; los *Genios* llevaron por todas partes la destrucción y arrasaron la tierra en su gloria; la tierra brillante fué cambiada en un desierto.... el hermano no vió más á su hermano. La tempestad no perdonó al pueblo; los dioses mismos la temieron en el cielo y buscaron un refugio; subieron hasta el firmamento.»

*Istar* lloró sobre la suerte de la humanidad; los dioses y los espíritus lloraron lo mismo que ella; los dioses sobre sus tronos se lamentaron. Pasaron seis días y seis noches, el trueno, la tempestad y el huracán dominaban. En el día séptimo, la tempestad que lo había destruido todo, como en un temblor de tierra, se apaciguó.

«Yo fuí llevado á través del mar; el que había hecho el mal y toda la raza humana que se había vuelto al pecado, flotaban (sus cuerpos) como juncos. Yo abrí la ventana y la luz penetró en mi retiro.»

El arca se detuvo en el país de *Nizir* sobre la cima de los montes *Gordianos*. Después de siete días de espera «yo solté fuera una paloma y partió. La paloma partió, buscó y no encontrando sitio donde reposar, volvió. Solté una golondrina y partió. La golondrina partió, buscó y no encontrando sitio donde reposar, volvió. Solté un cuervo y partió. El cuervo partió, vió cadáveres sobre las aguas y comió, voló y erró á lo lejos y no volvió. Yo solté entonces los animales á los cuatro vientos. Derramé una libación y edificué un altar sobre el pico de la montaña (1).»

Las oraciones de *Xisuthros* y de los dioses, calmaron al fin la cólera de *Bel*. «Cuando se hubo cumplido su

(1) Esta narración está sacada parte de fragmentos de *Beroso* y parte de las planchas asirias traducidas por la primera vez por *G. Smich*. «The Chaldean account of the diluge.»



sentencia, Bel entró en el buque, tomó mi mano y me condujo fuera; me condujo fuera y me hizo llevar á mi mujer á mi lado. Él purificó el país, estableció un pacto, y tomó al pueblo bajo su protección.»

Nótase en esta leyenda un gran parecido entre el dios *Nuah y Noé*. ¿Se habrán cambiado estos nombres? *Non* es también en egipcio el nombre del Occéano, de las aguas que cubrieron la tierra en su principio. Ha habido una antigua raíz en *n*, para expresar *agua, humedad, inundación*, que á la larga se ha convertido en *m*. Sea lo que quiera de esto, lo principal es que *Bel* es el gran dios que dicta sentencias y las cumple por medio de los otros dioses inferiores. Todos tiemblan, todos lloran, todos ruegan; hasta que *Bel* se calma, la tempestad no cede. ¿Qué significa esto sino la supremacía de *Bel* en el panteón semítico?

El hebreo *El* hace lo mismo: ¿Quién es el que habla á Noé? ¿Quién dispone el diluvio bíblico sino *El*, el eterno, el Dios creador, porque *Jehová* no figura todavía en el Génesis?

¿Podrá negarse tampoco la supremacía antigua del *Alah* de los árabes, que no es sino otra forma del mismo *El*?

En el panteón semita, *El* es lo que *Dyaus*, en el indo-europeo. Son las dos onomatopeyas separadas haciendo su evolución aparte.

En las *Inscripciones griegas y latinas de Siria*, de Waddington, se hace mención de los monumentos del culto de *Kronos* que era como los griegos llamaban á *El*. En las colonias fenicias y en Cártago existía su culto, cuya antigüedad se revela en los *Beth-el* ó casas de Dios, santuarios de piedra que se consagraban con aceite ó sangre. El pueblo que edificaba estos *Beth-el*, era el teraquita de donde salieron los *Yksôs* ó reyes pastores del Egipto.

Más tarde, estos monumentos megalíticos tuvieron sus leyendas y sobre ellos se levantaron altares que son los *ba-moths* de la Biblia «los altos lugares». Esto basta para probar la alta antigüedad de *El*.

Los hebreos tuvieron, como todos los pueblos de su raza, el culto de *El* hasta que lo cambiaron por el de *Jehová*, después de la salida en 1320, durante el reinado de Menephtah, sucesor de Ramses.

### III.

#### DIOSES HEBREOS.

##### JEHOVÁ, ELOHIM.

El nombre de *Jehová* ha preocupado mucho en todo tiempo á los sabios. Las hipótesis de Eichorn y de Vater, suponiendo que estos nombres de *El* y de *Jehová* habían sido conservados, cada uno en una tribu diferente, no parecen destituidas de todo fundamento. Los inconvenientes, que á esto opone Miguel Nicolás, son de poco peso, pues aunque en ciertos capítulos del Génesis, se nombre á Dios, *Jehová-Elohim*, en nada se perjudica aquella conjetura, porque pudo muy bien el autor del Génesis, concedor ya de los dos nombres después de su fusión, usarlos reunidos.

Manethon hace de Moisés un sacerdote de Heliópolis, en cuyo caso, podría ser *Jehová* un nombre misterioso conocido sólo por el alto sacerdocio egipcio; pero todo induce á creer que es un Dios semita, de muy antiguo reverenciado en Israel, si no en todas las clases, por lo menos entre algunas familias escogidas; esoterismo religioso bastante frecuente en la antigüedad, y que Moisés tuvo el mérito de hacer popular. Así, este profeta pudo decir á su pueblo, que *Jehová* era el mismo Dios de Abraham, de Isaac y de

sentencia, Bel entró en el buque, tomó mi mano y me condujo fuera; me condujo fuera y me hizo llevar á mi mujer á mi lado. Él purificó el país, estableció un pacto, y tomó al pueblo bajo su protección.»

Nótase en esta leyenda un gran parecido entre el dios *Nuah y Noé*. ¿Se habrán cambiado estos nombres? *Non* es también en egipcio el nombre del Occéano, de las aguas que cubrieron la tierra en su principio. Ha habido una antigua raíz en *n*, para expresar *agua, humedad, inundación*, que á la larga se ha convertido en *m*. Sea lo que quiera de esto, lo principal es que *Bel* es el gran dios que dicta sentencias y las cumple por medio de los otros dioses inferiores. Todos tiemblan, todos lloran, todos ruegan; hasta que *Bel* se calma, la tempestad no cede. ¿Qué significa esto sino la supremacía de *Bel* en el panteón semítico?

El hebreo *El* hace lo mismo: ¿Quién es el que habla á Noé? ¿Quién dispone el diluvio bíblico sino *El*, el eterno, el Dios creador, porque *Jehová* no figura todavía en el Génesis?

¿Podrá negarse tampoco la supremacía antigua del *Alah* de los árabes, que no es sino otra forma del mismo *El*?

En el panteón semita, *El* es lo que *Dyaus*, en el indo-europeo. Son las dos onomatopeyas separadas haciendo su evolución aparte.

En las *Inscripciones griegas y latinas de Siria*, de Waddington, se hace mención de los monumentos del culto de *Kronos* que era como los griegos llamaban á *El*. En las colonias fenicias y en Cártago existía su culto, cuya antigüedad se revela en los *Beth-el* ó casas de Dios, santuarios de piedra que se consagraban con aceite ó sangre. El pueblo que edificaba estos *Beth-el*, era el teraquita de donde salieron los *Yksôs* ó reyes pastores del Egipto.

Más tarde, estos monumentos megalíticos tuvieron sus leyendas y sobre ellos se levantaron altares que son los *ba-moths* de la Biblia «los altos lugares». Esto basta para probar la alta antigüedad de *El*.

Los hebreos tuvieron, como todos los pueblos de su raza, el culto de *El* hasta que lo cambiaron por el de *Jehová*, después de la salida en 1320, durante el reinado de Menephtah, sucesor de Ramses.

### III.

#### DIOSES HEBREOS.

##### JEHOVÁ, ELOHIM.

El nombre de *Jehová* ha preocupado mucho en todo tiempo á los sabios. Las hipótesis de Eichorn y de Vater, suponiendo que estos nombres de *El* y de *Jehová* habían sido conservados, cada uno en una tribu diferente, no parecen destituidas de todo fundamento. Los inconvenientes, que á esto opone Miguel Nicolás, son de poco peso, pues aunque en ciertos capítulos del Génesis, se nombre á Dios, *Jehová-Elohim*, en nada se perjudica aquella conjetura, porque pudo muy bien el autor del Génesis, concedor ya de los dos nombres después de su fusión, usarlos reunidos.

Manethon hace de Moisés un sacerdote de Heliópolis, en cuyo caso, podría ser *Jehová* un nombre misterioso conocido sólo por el alto sacerdocio egipcio; pero todo induce á creer que es un Dios semita, de muy antiguo reverenciado en Israel, si no en todas las clases, por lo menos entre algunas familias escogidas; esoterismo religioso bastante frecuente en la antigüedad, y que Moisés tuvo el mérito de hacer popular. Así, este profeta pudo decir á su pueblo, que *Jehová* era el mismo Dios de Abraham, de Isaac y de

Jacob, pero que este nombre «no se les había notificado á ellos.»

Es lo cierto que las dos tendencias representadas por los dos cultos de *El* y de *Jehová* vienen luchando continuamente en toda la historia de Israel. Nótase por primera vez la oposición al culto unitario de *Jehová* en la adoración del buey de oro, en el desierto. El pueblo hebreo estaba tan acostumbrado á representarse y adorar la fuerza creadora de *El*, en forma de buey ó toro, como todos los de su raza; así, que el mismo Aarón, á pesar de hallarse revestido ya del manto y del *ephod* de sumo sacerdote, muy lejos de sospechar las elevadas miras de su hermano, mandó fabricar un toro de bronce que representase al nuevo *Jehová*.

Conócese por este paso atrás, que los hebreos, como los hamonitas á *Moloch*, los moabitas á *Kamos* (1), y los edomitas á *Orotal* (2), adoraban su *El* en forma de toro desde muy larga fecha (3). Los nombres propios revelan también este pasado sumido en la idolatría. El mismo Gedeon, que es uno de los buenos jueces, se llamaba *Ferubaal*, es decir, temeroso de Baal. Todos sabemos lo que pasó en el reino de Samaria y las continuas caídas de Judá, á pesar de los profetas y de los castigos. Se ve en todo esto una religión distinta de la de *Jehová* que había logrado echar raíces profundísimas que no pudieron ser arrancadas hasta el fin. Parece, al lado de esta superstición popular, el culto de *Jehová*, un culto aristocrático y dominador. Sin embargo, *El* y *Jehová* vivieron juntos en paz, durante miles de años, tolerándose mutuamente, por-

(1) Kam-os = Jam-os.

(2) Oro-t-al = Ero-al, luz y fuego.

(3) Exodo, cap. 32, v. 5

que en el fondo y al principio, fueron una misma cosa. ¿Quién pudo haber sido el que causó la ruptura, el que tuvo la idea de hacer de *Jehová* un Dios exclusivo, único y celoso, el que se elevó en fin á la noción sublime del verdadero Dios? ¿Abraham? ¿Moisés? No es posible saberlo. Acaso una familia se transmitió el secreto de la unidad original de todos los dioses, participando únicamente el misterioso secreto á sus primogénitos con el santo y seña de *Jaavah*, la onomatopeya del soplo. Movers y otros afirman que *Javeh* es el Dios supremo de toda la raza semítica.

Hay en ella, en efecto, una reminiscencia de la antigua importancia de la forma espirada; pero es menester confesar que, á excepción de los hebreos, en cuyo seno la hizo revivir el genio de Moisés, los semitas han dado el privilegio y la supremacía religiosa á la otra forma de la onomatopeya, al *ber*. Entre los aryas alternan las dos también, pero llega á triunfar, al menos en el nombre genérico de Dios, la corriente evolutiva de la onomatopeya espirada. Por eso el oráculo de Apolo de Clarós, recogido por Macrobio, y que no es por cierto, como aseguran Lobeck y Movers, ninguna obra apócrifa de gnósticos, dice que *Jao* es el más grande de todos los dioses, la divinidad suprema:

Dic omnium deorum supremum esse Jao.

Quem hieme Orcum dicant ineunte autem.

Vere, Jovem.....

Wilkinson, de acuerdo con Hoffman, ha hecho resaltar la relación que existe entre los nombres de *Jehová* y *Javo*, forma primitiva del vocablo *Jovis*, Júpiter. El grito de las bacantes *Evo-heh*, parece inversión de *Jehová*.

Como la mayor parte de las lenguas primitivas, el hebreo ha heredado una porción de palabras,

nombres, pronombres y verbos que deben su constitución á la onomatopeya del soplo. Todo lo que tenía vida, animación, movimiento propio, como un sér vivo, un animal, el alma ó la vida misma, se expresaba con algunas de sus formas: *chajah, jahâph, hou*, etc. Era natural que el verbo ser, que indica en todos los idiomas la idea de existencia manifestada en la respiración, se expresase en hebreo por la misma onomatopeya; así, *haiah, habah* es el verbo ser, respirar, vivir, y como una consecuencia de esto, las ideas de poder, grandeza, fortaleza, suelen tener la misma composición, si no son tomadas de la otra onomatopeya del calor; por eso *Yahouh* significa el Fuerte, *Schadai*, el Creador, etc. Es claro que todo esto había de establecer una confusión grandísima entre los exegetas, al tratar de averiguar el origen del nombre *Jehová*. Como *Jehová*, leído de las diferentes maneras que puede leerse, era casi idéntico á *havah*, ser, vivir, respirar; á *iahouh*, el fuerte, y á *haiah* y *haouah*, otras formas del verbo ser, se creyó que Dios mismo había sacado su nombre, del verbo hebreo, para confirmar la idea de su existencia eterna, de su fortaleza y de su poder. De aquí salió también el *Ehieh ascher ehieh*, yo seré siempre el que seré, por la preocupación de ese significado verbal. Y sin embargo, *Jehová* representa más que todo eso, y es más antiguo que las formas del verbo hebreo: *Jehová* no siempre se pronunció así; nadie sabe hoy cómo se pronunciaba en tiempo de Moisés. Se cree que antes de la puntuación de las vocales, el tetragrama místico se leía probablemente *Jahveh*, casi lo mismo que *havah* el verbo ser ó vivir; y sólo cuando empezaron á puntuarse, se leyó *Jehovah*. A juzgar por la contracción *Jah* de los salmos, el nombre pudo haber sido como quieren otros, *Yahouh*, y en un principio á caso *Jah-Jah*, desfigurado después por esa ten-

dencia á confundirle con los tiempos del verbo, que tanto se le parecen, por haber salido como él de la misma onomatopeya. De todos modos, y como quiera que se haya pronunciado, aun ateniéndonos á lo más admitido, al nombre de *Jahveh*, esta forma no sería más que otra de tantas de la primitiva espiración: *fa-av-ah*. Su identidad con los otros nombres divinos que deben su formación á la onomatopeya del soplo, será un hecho desde hoy. Pero hay más; nosotros no podemos conformarnos con la lectura que se ha hecho de este nombre y que da por resultado la forma *Jahveh*; no; porque la segunda mitad del tetragrama místico, cuyos dos signos pueden pronunciarse *iah*, es una terminación común en los nombres hebreos, que ordinariamente no tiene otro objeto que aumentar el sentido de la raíz, de modo que estos signos unidos a nombre *Jah*, tal como lo escribía David, nos darán la forma *Jahiah*, con el significado literal de Ser Supremo ó de gran Ser.

Siendo *iah* una desinencia postiza, designando grandeza y aumento, el *Hah* ó *Jah* de los salmos es el verdadero nombre antiguo, anterior á la existencia del hebreo, y todas las lecturas que se han hecho del tetragrama para aproximarle piadosamente á las significaciones de *Fuerte* y de *Viviente*, han sido otras tantas equivocaciones.

Todo el error estriba en el modo de analizar esta palabra: si se supone, como se ha supuesto, que el primer signo del tetragrama, empezando por la derecha, que es como se lee en hebreo, es una simple letra *i*, equivalente al artículo griego *ó*, y á nuestro *el*, los tres signos siguientes dan la lectura: *haiah hauah*, que es el verbo ser, respirar, vivir, en cuyo caso sería la traducción: *el ser*, el que es, el que vive, el *viviente*, y el fuerte, (*iahouh*). Pero la ruptura que se hace del te-

tragrama en ciertos salmos y en la palabra *alelu-yah*, prescindiendo de los dos primeros signos, más que una contracción, parece una reminiscencia del más antiguo y simple nombre de *Yah* ó *fah*.

De todos modos *Jehová*, como quiera que se considere ó se acepte la lectura: *Javeh*, *Jah-iah* ó simplemente *Hah*, queda reducido al soplo primitivo.

A pesar de la importancia exclusiva, atribuida á *Jehová*, es preciso reconocer que el dios tradicional y popular entre los antiguos hebreos había sido *El*, en sus diferentes formas: *El*, *Eloim*, *Eloë*, *Eliom*, *Elohim*, que pueden verse en las divinas escrituras, así como las de *Jehová*, *Eiech* y *Ya*, que suena en la última sílaba de *Aleluya*, y los nombres de Cristo: Jesús, Soter, Enmanuel, *Bel*, (que se tradujo malamente por *vetus*) y *Brachii* «quia in ipso omnia continentur,» como dice San Isidoro (1).

*El*, es el creador; es el nombre puesto á la cabeza de la Biblia y que comienza nuestra evolución religiosa con la célebre frase: *Elohim vara*, que muchos han traducido: los dioses creó, por creer aquella terminación plural, prefiriendo este contrasentido que dejaba libre vuelo á la imaginación de los teólogos para ver allí una alusión profética de la Trinidad, al más razonable parecer de otros que veían en el mismo signo, solamente, una expresión de cantidad y grandeza compatible con el genio de la lengua, y usada, sin que pudiera entenderse de otro modo, en varios nombres propios.

Realmente, aquella extraña frase necesitaba una explicación. Su autor, que no es ciertamente el del  *Génesis*, libro compuesto de dos corrientes tradicionales diferentes, debía estar bien ajeno del sentido en

(1) San Isidoro, Etymol, lib. 8.º, pág. 119.

que se había de tomar después. *Elohim*, para él, era el dios en singular de los hebreos, como el *Elim* de los cartagineses, el *Hēlios* de los griegos, el *Ylah* de los árabes ó el *Baal* de los fenicios; pero por una porción de coincidencias, muy explicables á causa del origen idéntico de algunas voces, el nombre de *Elohim* llegó á perder su número y su significado.

Hemos visto que las dos onomatopeyas que dieron nombre á los dioses, sirvieron también, por analogía y asociación de ideas, para formar una sucesión de palabras indicando todo lo que pudiera tener algo de espíritu, de vida, de crecimiento, de grandeza, de elevación, etc., así los nombres de los reyes, fueron parecidos á los de los dioses, y se llamaron *Ten-gli*, los jefes; *sar*, *rajah*, *melech*, *pir-ha* los reyes y los emperadores; todas, variantes de los mismos sonidos primitivos. *El* significó, además del nombre de Dios, todo lo que era fuerte y elevado como Dios; se decía por ejemplo, *arce-el*, de un cedro elevadísimo, y *harre-el*, de una montaña muy alta. No es extraño, pues, que el pueblo y los mismos sacerdotes después, hayan creído que el nombre de su Dios *El* significaba el fuerte ó el muy alto. La casualidad de haber en la lengua hebrea una desinencia *im* para expresar el plural, como nuestra *s*, hizo que se tomase por plural el nombre *Elohim*, habiéndose olvidado del origen compuesto y singular de su sonido; y esto era natural en unas gentes en cuyos oídos sonaba siempre la terminación *im*, como plural. La costumbre, también, de ver y oír separados el nombre *El* por un lado, y la espiración *fah* por otro, contribuyó á que, al encontrar escrito el nombre de *Elohim* en tiempos posteriores, lo tomaran por plural y tradujesen «los dioses.» Y la prueba es, que hay otras formas idénticas, *Eliom* y *Eloë*, Dios, en singular.

Lo anómalo del pasaje se explica por esta confu-

sión, habiendo tomado como desinencia del plural, lo que es una antiquísima forma de la onomatopeya del soplo. Restituyendo al singular el nombre de Elohim, se hace la traducción del texto bíblico de un modo regular: el espíritu de creación, el soplo animador de la naturaleza, Dios, en una palabra, en sus dos grandes acepciones primitivas de espíritu y fuerza expansiva y productora, *vara*, creó. Obsérvese en este *vara* hebreo, con su significación de crear, el mismo origen onomatopéico, el *ber*, y véase lo que hacen dos diferentes evoluciones: recuérdese la forma *fum* de los turanianos del Norte, y compárese con este *him* hebreo, al mismo tiempo que la otra forma *fum-ala* con *Elo-him*, y podrá verse que no hay más que un cambio de anteposición en los cuatro sonidos. En una evolución tan larga, la debilitación de las vocales no supone nada. Pronúnciese el nombre hebreo, *Ala-jim*, y el turanio *fim-ala*, y es la misma cosa puesta al revés. Unase á esto ahora la idéntica significación que, de Dios supremo, tienen estas dos palabras en las dos razas, y dígase, si es posible presentar una mejor prueba de su origen común. *El* era también adorado en Byblos por los fenicios, y en las inscripciones himiaríticas se ha encontrado su nombre (1). Filon reconoce en *El*, al griego Kronos, pero Max Muller renuncia á esta etimología, porque es rechazada por Fleischer y otros semitólogos. Sin embargo, será preciso volver á ella. Se ha dicho ya que los que no conocen más que una sola familia de lenguas, son, como los que no conocen más que una lengua sola, y ahora podemos añadir, que los que sólo comparan las religiones y mitologías de una misma raza, no pueden tener voto para juzgar de la identi-

(1) Osiander; *Revue de la Société orientale allemande*. X, pág. 61.

dad de dos divinidades lejanas. ¿Cómo había de sospechar Fleischer el tránsito de *berojan* ó de *Elo-him* á Kronos? Sin salir de las lenguas semíticas le sería imposible; y hemos visto, no obstante, de qué manera se verificó.

La etimología de *Eloah*, por ser la misma de *Allah*, ha sido muy discutida por los sabios orientales y europeos.

El Kamus dice que había veinte opiniones respecto de ella, y Mahomet el Fasí cuenta hasta treinta. Kuenen (1) adopta la etimología de Fleischer como la mejor y dice que *Eloah* viene de una raíz *al*, intermediando un *vav-av-al* que significa sólido, espeso, fuerte. Se duda entre esta y otra raíz *alah*, que significa ser agitado, confundido, y tiene el significado de temor. Por éstas puede juzgarse de las otras. Siempre las mismas vacilaciones, siempre las mismas dudas, porque estas supuestas raíces, encontradas en las propias lenguas, no son, si bien se mira, tales raíces, sino monosílabos, verdaderas palabras que han tenido ciertamente el mismo origen que el nombre de los dioses, pero que han recibido otros significados por la asociación de ideas, y nunca pueden dar luz, más que á medias, ni probar con exactitud una etimología. En lugar de ser ellas, raíces de los nombres de los dioses, son en cierto modo originadas por ellos. Las verdaderas raíces están en los mismos nombres divinos, porque son ellas el *verbo*, Dios, los dioses mismos. Se ha venido procediendo al revés completamente.

(1) Kuenen, *Le culte d'Israel*, pág. 45.

## IV.

## DIOSES FENICIOS.

De muy antiguo, las influencias egipcias y fenicias se habían compenetrado; Isis va á buscar á Byblos su perdido consorte, y una cabeza mística era llevada por mar, desde las riberas del Nilo á esta ciudad, en las fiestas de Adonis. Suponían los fenicios que su teología fuera revelada por el egipcio Tot, si bien el dios Sur-Mohelo (1) habíala expurgado de las alegorías, algunas generaciones después. Sin embargo, en el fondo, la mitología fenicia permaneció enteramente semita.

Una porción de Baales se repartían el culto nacional. *Baal*, que es otra forma de *Bel*, era adorado en todos los países semitas con muy distintos epítetos: Baal-Peor, Baal-Schámayin, Baal-Samen, Baal-Zebub, que es nuestro famoso *Belzebú*, y era entre ellos el dios de las moscas. Esto es interesante. Las moscas se producen con el calor; parece que salen de la nada por generación espontánea, por obra y gracia del calor. Los fenicios debían recordar algo de esta importancia del calor en los orígenes, porque dice Filon: «cuando se hacía excesivo, las antiguas razas de la Fenicia levantaban sus manos en el aire con dirección al sol.» ¿Era una especie de acción de gracias por aquella manifestación extraordinaria de su fuerza? ¡Ah! sí; seguramente adoraban todavía al sol, como fuente del calor universal y por lo tanto, causa de toda vida, y á Baal-Zebub, como el ser productor, y representación ó imagen del calor que anima, vivifica y hace bullir el fango mismo con millares de insectos, en prueba de su fuerza creadora,

(1) Porfirio, ap. Euseb., Præp evang., lib. 1.º (Mohelo = Moholo = Tártaro?)

que se hacía más visible y realmente popular en la producción de las moscas. Y este es el secreto primitivo de todas las mitologías, y esta será siempre la causa eterna de todas las religiones: la vida, el movimiento, la animación, incomprensible siempre y misteriosa. ¿Se hace todo esto por sí mismo? ¿No hay quien lo haga? ¡Ah! sí, lo hace el calor, ha dicho el hombre primitivo al observar la ley: á mucho calor mucha producción, á poco calor poca producción. De aquí la consecuencia perfectamente lógica: el calor es la vida, es la animación y la manifestación de Dios.

*El, Bel, Baal, Helios, Elim, Allah, Ylah, Jumala, Tengri, Tangaroa, Pardjania, Varuna, Kronos*, y todas las otras formas secundarias de estas y otras muchas que examinaremos, son el calor, expresado por su onomatopeya. Con este método se ve todo claro en el desenvolvimiento del lenguaje y de la mitología. ¿Quién sería capaz de hallar sin él la clave del parecido, por ejemplo, entre la palabra hebrea *Aléluya* y la americana de los Dacotas *Hele-li-la*, ó la explicación de la latina *coelus*? El tiempo y la distancia nada suponen para el parentesco de las palabras. El sacerdote israelita ó el católico, cantando la *Aléluya*, se refieren sin saberlo al mismo pasado común que el hechicero Dacota, entonando el *He-le-li-la*, cerca del enfermo, para expulsar de él los malos espíritus. Las palabras *Aléluya* y *Helelila* contienen, con los sagrados sonidos del origen religioso del hombre, una especie de poder mágico, debido á la veneración de lo antiguo, que alegra el corazón, alivia el espíritu y libra del mal. *Cælus* es el *Ja-er* primitivo: *Ha-er, Feer, Ka-el, Cæ-el-us*.

El cielo tiene, por todas partes, el nombre de Dios. Ese gran *Bel* de Babilonia, sobre cuyo altar revestido de oro se quemaba incienso por valor de miles de talentos, forma como el núcleo de todos los demás *Belos*

## IV.

## DIOSES FENICIOS.

De muy antiguo, las influencias egipcias y fenicias se habían compenetrado; Isis va á buscar á Byblos su perdido consorte, y una cabeza mística era llevada por mar, desde las riberas del Nilo á esta ciudad, en las fiestas de Adonis. Suponían los fenicios que su teología fuera revelada por el egipcio Tot, si bien el dios Sur-Mohelo (1) habíala expurgado de las alegorías, algunas generaciones después. Sin embargo, en el fondo, la mitología fenicia permaneció enteramente semita.

Una porción de Baales se repartían el culto nacional. *Baal*, que es otra forma de *Bel*, era adorado en todos los países semitas con muy distintos epítetos: Baal-Peor, Baal-Schámayin, Baal-Samen, Baal-Zebub, que es nuestro famoso *Belzebú*, y era entre ellos el dios de las moscas. Esto es interesante. Las moscas se producen con el calor; parece que salen de la nada por generación espontánea, por obra y gracia del calor. Los fenicios debían recordar algo de esta importancia del calor en los orígenes, porque dice Filon: «cuando se hacía excesivo, las antiguas razas de la Fenicia levantaban sus manos en el aire con dirección al sol.» ¿Era una especie de acción de gracias por aquella manifestación extraordinaria de su fuerza? ¡Ah! sí; seguramente adoraban todavía al sol, como fuente del calor universal y por lo tanto, causa de toda vida, y á Baal-Zebub, como el ser productor, y representación ó imagen del calor que anima, vivifica y hace bullir el fango mismo con millares de insectos, en prueba de su fuerza creadora,

(1) Porfirio, ap. Euseb., Præp evang., lib. 1.º (Mohelo = Moholo = Tártaro?)

que se hacía más visible y realmente popular en la producción de las moscas. Y este es el secreto primitivo de todas las mitologías, y esta será siempre la causa eterna de todas las religiones: la vida, el movimiento, la animación, incomprendible siempre y misteriosa. ¿Se hace todo esto por sí mismo? ¿No hay quien lo haga? ¡Ah! sí, lo hace el calor, ha dicho el hombre primitivo al observar la ley: á mucho calor mucha producción, á poco calor poca producción. De aquí la consecuencia perfectamente lógica: el calor es la vida, es la animación y la manifestación de Dios.

*El, Bel, Baal, Helios, Elim, Allah, Ylah, Jumala, Tengri, Tangaroa, Pardjania, Varuna, Kronos*, y todas las otras formas secundarias de estas y otras muchas que examinaremos, son el calor, expresado por su onomatopeya. Con este método se ve todo claro en el desenvolvimiento del lenguaje y de la mitología. ¿Quién sería capaz de hallar sin él la clave del parecido, por ejemplo, entre la palabra hebrea *Aléluya* y la americana de los Dacotas *Hele-li-la*, ó la explicación de la latina *coelus*? El tiempo y la distancia nada suponen para el parentesco de las palabras. El sacerdote israelita ó el católico, cantando la *Aléluya*, se refieren sin saberlo al mismo pasado común que el hechicero Dacota, entonando el *He-le-li-la*, cerca del enfermo, para expulsar de él los malos espíritus. Las palabras *Aléluya* y *Helelila* contienen, con los sagrados sonidos del origen religioso del hombre, una especie de poder mágico, debido á la veneración de lo antiguo, que alegra el corazón, alivia el espíritu y libra del mal. *Cælus* es el *Ja-er* primitivo: *Ha-er, Feer, Ka-el, Cæ-el-us*.

El cielo tiene, por todas partes, el nombre de Dios. Ese gran *Bel* de Babilonia, sobre cuyo altar revestido de oro se quemaba incienso por valor de miles de talentos, forma como el núcleo de todos los demás *Belos*



compuestos. Entre éstos, el más célebre es el tyrio *Elagabal*, adorado en Roma en tiempo del joven emperador sirio Heliogabalo, que llevaba su nombre.

Elagabal no desmiente su origen. Las dos formas de la onomatopeya del calor se repiten al principio y al fin, dejando la aspiración en el medio: *El-aga-bal*. Indudablemente la forma primitiva fué: Er-ag-a, El-ag-a, unida después como idéntica al nombre genérico de Bal ó Bel. Ofrecen tal claridad estos nombres, estando en el secreto, que nos parece excusado insistir más.

El culto de *Bel*, *Baal* ó *Beel*, en sus diferentes formas, debe elevarse á una antigüedad remotísima, mucho antes de la aparición histórica de la raza semita, á una época verdaderamente salvaje, porque tiene este culto cosas características y comunes con las tribus oceánicas, americanas y del Norte de Asia. El siguiente caso confirma la antigüedad del nombre: en la leyenda de Belo y del Dragón, se le deja la cena á Belo sobre el altar, y al día siguiente la desaparición de los manjares y las huellas que se notan sobre la ceniza, extendida á propósito, prueban que el dios vino y se alimentó. Lo mismo hacen hoy los negros de Labode, que se figuran oír el ruido que hace su dios *Jimawong* (1) vaciando las botellas de aguardiente que han depositado á la puerta de su templo. Los ostyakos, según Pallas, tienen la costumbre de poner á los pies del dios un cuerno lleno de tabaco. El viajero cuenta la admiración de estos salvajes un día que apareció el cuerno vacío, por haber robado todo el tabaco un ruso, aquella noche. Esto probaría mucho en favor de los sacerdotes ostyakos, porque hay quien supone que

(1) Jimawong, Jim-a-wong. Recuérdese Juma.

los de Belo se comían la cena, haciendo ver que era el dios.

El Baal supremo, especie de Saturno fenicio, con cuatro ojos, dos en la frente abiertos y dos en la nunca cerrados, y cuatro alas, dos desplegadas y dos plegadas, había inmolado por la salud del género humano á su propio hijo *Jeud*, y por eso se le ofrecían cruentos sacrificios de niños, arrojándolos á un horno, que dentro del pecho mismo, tenía la estatua del dios. En Cartago, donde se celebraba este culto también, se quemaron, en un momento de peligro para la patria, doscientos niños nobles. La descripción que de estos horrores hace Flaubert en *Salambô*, es exactísima.

*Melkarte*, uno de sus grandes dioses, si no el mayor, era especialmente venerado en Tyro, y su culto era indispensable en todas las colonias, como para servir de lazo de unión. Los cartagineses enviaban á su templo el diezmo de las rentas públicas, y allí se reunían á la entrada de la primavera los Teoros de las colonias. Todos los años, donde había un templo, se encendía una hoguera, desde la cual había de remontar un águila su vuelo; escena idéntica á la representada por los griegos en el monte Oeta, en recuerdo de Hércules abrasado por el manto de Dejanira, y que los romanos adoptaron en sus apoteosis.

El más suntuoso y espléndido de los templos dedicados al Hércules Tyrio ó Mel-karte fué el de Cádiz, y en las rápidas é incidentales descripciones que de él nos legaron los autores antiguos, podremos averiguar lo que era el Dios.

Según testimonio de Silio Itálico, no había en este templo imagen ninguna de Melkarte; su única representación era el fuego:

Inrestructa focus servant altaria flammæ.

Sed nulla effigies simulacra ve nota Deorum.

Ocupaba, dice Filostrato, una de las tres islas de Cádiz, por entero, la llamada Heraclea y después de San Pedro. Como la mayor parte de los templos antiguos, la entrada miraba al Oriente, y el sol podía, como en su templo del Cuzco, iluminarlo todo á su salida.

Las mujeres, por absoluta prohibición, no podían entrar, y los cerdos, considerados como animales inmundos, tampoco. Parece que Melkarte estaba resentido con el bello sexo, porque una tarde, con sed abrasadora, hubo de pedir agua á unas mujeres que festejaban á la diosa Bona, y ellas se la negaron; pero, lo de los cerdos deja traslucir una influencia egipcia, porque eran tan odiados allí, según Herodoto, que si un egipcio topaba casualmente con un animal de éstos, al punto, vestido y todo, se arrojaba al agua para purificarse, y los pastores del tal ganado ó porquerizos, tan infamados, que no podían entrar en ningún templo ni casar con mujeres de otro oficio, ni más ni menos que sucede hoy con la raza paria de los *vaqueros* en las montañas ó breñas asturianas, donde seguramente se conserva aún esta preocupación, cuyo origen hasta ahora fué desconocido.

Los sacerdotes vestían de blanco, como los egipcios, ó por la pureza que debían guardar, ó por el Dios luminoso á quien servían. Llevaban una toca del mismo color en la cabeza, y el día de sacrificio se ponían otra túnica bordada de flores carmesies, suelta y sin cinturón: *Disinctis mos thuradare*, como dice Silio. Andaban descalzos, como modernos frailes, y se afeitaban la cabeza cada tercero día: *Pes nudus, tonsæ que comæ*. Por todo holocausto se quemaba incienso, pues el Dios no gustaba de sacrificios sangrientos. El humo odorífero subía, despedido por el fuego perpétuo, con las oraciones de los fieles al cielo. Pomponio Mela

afirma que en este templo se guardaba el sepulcro con los huesos de Hércules; idea que salió sin duda, de ser Gades el extremo occidental del mundo entonces, donde el sol se pone ó muere cada día. Si se fuese á buscar la identidad de los dioses, por la comparación de cultos y atributos, como todavía quieren los mitógrafos, á pesar de los malos resultados que da, habría que identificar á Melkarte con Vesta, porque Vesta como él, son los únicos dioses adorados sin imagen y sólo reverenciados en el fuego. Si bien se mira, todos los dioses tienen alguna cualidad idéntica, porque todos proceden de la misma concepción primitiva del calor y del soplo, como causa el primero, y manifestación el segundo, de la vida; pero las diferentes evoluciones á que han sido sometidas las onomatopeyas á través de las razas, y las mil combinaciones de propiedades y atributos que la asociación de ideas amontonó sobre ellas, hacen que no haya siquiera una pareja divina enteramente idéntica en diferentes pueblos. Es cansarse en vano buscar la identidad de esa manera; pues no se encuentra más que en el origen, por la etimología de los nombres. Casi todos los dioses tienen en sus templos el fuego por ser la brillante y visible concentración del calor que da la vida.

En un principio, el fuego y el calor tuvieron el mismo nombre, porque entonces abundaban poco las palabras y una sola podía contener muchas ideas que se distinguían por el momento, el acento y la expresión. La onomatopeya del hervor, único medio de coger por el sonido la acción del fuego y del calor, fué la más á propósito para expresar la poderosa causa creadora. Así es que el fuego llega á nuestros días con ese mismo carácter divino y consagrado.

No hay religión ni templo en que el fuego no re-

presente un gran papel: *ignis autem semper ardebit in altare* dice el Levítico (1); de los egipcios lo afirma Diodoro Sículo (2); de los atenienses, en el templo de Minerva, Plutarco en sus Problemas (3); de los Lacedemonios, Estobeo en sus Colectaneas (4); de los de Capadocia, Estrabón en su geografía (5); de los antiguos britanos, Julio Solino en su *Polystor* (6), y Ammiano Marcelino y Virgilio de los templos de Asia y del de Júpiter Ammon.

*Centum aras posuit, vigilemque sacraverat ignem* (7).

Pero en los templos caldeos, en los de Melkarte y Vesta, y en el de Jerusalén, no había más figura ni representación de Dios que el fuego mismo. ¿Qué tenía que hacer el fuego en el templo de Jehová? porque el fuego no era imagen, símbolo ó representación figurada de la divinidad, no; sino Dios mismo; era sí, manifestación visible de la inteligencia y de la fuerza que en él se suponían, pero Dios vivo en la llama y en el movimiento del fuego. No había una diosa Vesta, concebida en espíritu fuera del fuego, sino que el fuego era Vesta. Es en lo que se diferencia el fuego de todos los demás simulacros divinos: en que no es simulacro, sino verdadero Dios. Ovidio expresó esto admirablemente, de Vesta, en el libro sexto de los *Fastos*:

*Nec tu aliud Vestam quam vivam intellige flammam.*

Esta importancia religiosa del fuego no podía menos de llamar la atención de los expositores cristia-

(1) Levítico VI.

(2) Diodor. Sic. lib. 1.º *Bibliot in Numa*.

(3) Plutarch; *Problem.* 75.

(4) Stoveo; *Colectan.* 42.

(5) Strabon; *Geograph*, lib. 15.

(6) Solin. *Polystor*, cap. 35.

(7) Virg. lib. 4.º *Eneida* v. 200.

nos: San Dionisio Areopagita, en su libro de *Celesti Hyerarchia* dice que «entre las cosas divinas ninguna es más parecida á Dios que el fuego, porque está en todas las cosas sin mezclarse con ellas y las pasa y atraviesa; todos le pueden ver por ser claro y resplandeciente, pero cuando no está visible en la materia nadie le ve, ni le conoce (aunque está en sí mismo) si no es por fe.» Santo Tomás, describiendo las propiedades de Dios, dice, que es como el fuego, por la sutileza, luz, calor y ligereza.

En las fiestas de Pales (*Bar-es*) diosa latina de la producción que se celebraban el día 1.º de Mayo y se llamaban Palilia, se hacían hogueras de paja y hierba seca y se saltaba sobre ellas suponiendo que tenían la virtud de limpiar y absolver de toda culpa, lo mismo que se hace todavía en nuestros pueblos la víspera de San Juan. «Llamas sagradas» como dice Tibulo (1).

*Ille levis stipulae solemnes potus acervos*

*Atcendet, flammam transiliet que sacras.*

Esta creencia en la virtud purificadora del fuego era general entre los semitas. Ellos hacían atravesar por llamas á sus hijos creyendo así comunicarles algo de divino. Es la misma ceremonia que se cuenta del rey Achaz en el lib. 2.º del *Paralipomenon*.

Por fin, si se quiere tener una idea exacta de la noción que el mundo antiguo tuvo de Dios, sin excepción alguna, hasta los tiempos clásicos, medítese el oráculo de Apolo de Clarós, fiel intérprete, esta vez, del pensamiento primitivo, dado á la ciudad de Colofon en respuesta á esta pregunta: ¿Quién es Dios?

«Ex se ortus: non edoctus, sine matre inconcusus.

»Nomen non verbo quidem capiendum, in igne habitans.»

(1) Tibul, lib. 2.º *Elegia* 6.

El que habita en el fuego, el fuego mismo, inteligente, universal y vivo. Este es el Dios y los dioses: sus grandes manifestaciones de vida son el calor y el soplo.

El mismo Jehová, siempre que hace sus apariciones, se manifiesta en forma de aire, viento impetuoso, ó fuego; en la zarza ardiendo, en la columna de humo y de fuego que guía al pueblo por el desierto, en el Sinaí, en Oreb, en la aceptación de algunos sacrificios, siempre su presencia es revelada por el viento ó el fuego. Es cierto que, en Oreb, estos dos elementos no hacen más que preceder su venida; el Eterno no estaba en ellos pero viene detrás inmediatamente. Es que la separación empieza á establecerse entonces, y acaso Elías tenía una noción espiritual de Dios, aislado de todo elemento natural, por más que el aire y el fuego no fuesen materiales tampoco, en el concepto antiguo.

Sería natural, por consiguiente, que *Melkarte*, un dios-fuego, como Vesta, llevase en su etimología la misma idea; pero la interpretación que se ha hecho de este nombre, significa: *rey de la ciudad*. Tenemos que deshacer este error, motivado en esa confusión tan común en los pueblos antiguos, cuyo vocabulario tenía tantas palabras parecidas con diferente significación. Hemos dicho que todas las ideas de grandeza y elevación se expresaron en las lenguas primitivas con las mismas onomatopeyas que habían servido para el nombre de Dios. *Mel*, *Melech*, pueden significar rey, en efecto, y *Karte*, ciudad en lengua fenicia; pero nosotros tenemos ya bastantes datos para asegurar que los fenicios no dieron á *Melkarte* el nombre de rey, hasta después de haberse olvidado del sentido primitivo de la palabra.

*Melkarte*, antes de significar *rey de la ciudad*, signi-

ficó dios de la ciudad, porque lleva el signo de su divinidad en la onomatopeya del fuego, en esa primera parte de su nombre *Mel-karte*, que fué seguramente en un principio *Mer-karte*.

Este cambio de *Mel-karte* en *Mer-karte* es normal, y nosotros podríamos suponer una espiración en *am* formando *Am-er-karte*; pero no; *Mer-karte*, fué seguramente, *Ber-karte*, *Ber-ja-er-te* en un principio, ó mejor, *Ber-ja*, la antigua forma de *Pardjania*, unida, después de olvidada su significación, á la forma *er-te* ó *her-te*, que es lo que dió origen á la diosa germánica *Herta*. Esta reduplicación de los nombres santos es frecuente, por la tradición idéntica que traen. El tránsito de la *m* de *Mer* á *Ber* es normal también en las lenguas indo-europeas, que debieron heredar esta tendencia de otras anteriores. Así, *Mare* viene, en todas las lenguas europeas, de una forma *vari*, sanscrito *vari*; *maritus*, el elegido, en sanscrito *varita*, el objeto del *vara*; *Swayamvara*, la ceremonia matrimonial; *murus*, de *var*, cubrir, como *valum*; *Mars*, corresponde á un antiguo *vavarta* que se reconoce en *Mavors*, y *mamers*; *Mas-mavis* de *vars*, *mor-ari*, de *vas*, permanecer, etc., etc.

Los sonidos *m* y *b* se parecen tanto, que *m*, *v*, *f*, juegan un papel idéntico en muchos afixos, no sólo en las lenguas semitas, sino que para expresar estas articulaciones, hay otras, como las de las inscripciones anarianas cuneiformes, que no tienen más que un solo signo. Los griegos hicieron de la palabra *Baga*, dios, *Mez*. *Membey*, la Hierápolis de Siria, es llamada *Bambyce* por los antiguos. Cambian lo mismo entre vocales: *caminus* por *cabinus*, de *Kav*, semita; *clamare*, *clamor*, sanscrito, *cráv-ai*, etc., etc. Abundan los datos, por consiguiente, para probar que la *b* de *Bel* pudo mudarse en *m*, y hacer *Mel*, por alguna ley fonética de los mil dialectos, por los que habrá atravesado la

palabra. La *m* suele convertirse en *v* al fin de dicción en griego, cuando no se suprime, y el paso de la *b* á la *m*, obsérvase en la India en el mito de *Cámada* ó *Cabala*, vaca de la abundancia, correspondiente á la vaca *Sibilia*, de la mitología del Norte, y á la cabra *Amaltea*, símbolo de la fecundidad, de la abundancia y de la alimentación, que en su origen no pudo menos de ser *Abarthea*, compuesta del *ber* productor, de la espiración y de la *th* abundancial. *Sibilia* fué Jiberia.

Es posible que *Karte* haya sido *Kalte*, en cuyo caso se parece bastante á las terminaciones de *Hércules* ó *Heraclés* y *Mercurio*, para que acompañando la misma raíz, no tenga el mismo significado.

Si prescindimos, en efecto, de la final *te*, que puede ser el signo semita del femenino, ó remontándonos más, una *t* abundancial como en eúskaro, la forma que nos queda, *Kal* ó *Kar*, puede servir perfectamente para *Hércules* y *Mercurio*. *Herkal*, *Herkul-es*, *Mer-kar*, *Mer-cur-i-us*. Esto es lo más probable; pero ¿de dónde puede venir esta terminación, se preguntará, á tantos y tan principales dioses? Es fácil saberlo; *Kal*, no es más que *fa-er*, *fa-el* sincopado; y en esos nombres, es una reduplicación de las onomatopeyas, y nada más, *Melkarte*, es, pues, como todos, el fuego vivo, el espíritu que reside en el fuego, el calor creador de todas las cosas.

Esta identidad que establecemos de *Melkarte* con *Mercurio*, no dejará de chocar á los minuciosos mitógrafos de la rutina ¡Cómo, se dirá: comparar á *Mercurio* con *Melkarte*! Sí, señores; ¿qué tiene esto de extraño? ¿No han indentificado los romanos su *Mercurio* con el *Hermes* griego; dioses, que no tenían, por cierto, la mayor semejanza? Casi siempre los dioses coinciden en alguna cosa, porque como la mayor parte de las cualidades se les atribuyen en diferentes pueblos, y

las leyendas se elaboran sobre un fondo común ó cualidad original, todos se diferencian ó se parecen en algo, que es lo que queda del principio. *Hércules* y *Mercurio* se parecen en que los dos son peregrinos, viajeros, y abogados de los caminantes:

«Ybit quá vagus *Hércules*», dice Estacio Papirio; y Scaligero nos habla del *Hércules peregrinus*.

Precisamente, por esta cualidad de protector de viajeros, tenía el templo de Cádiz un magnífico hospital de peregrinos (1) levantado por la piadosa caridad de los devotos, como pudiera hacerse entre cristianos.

#### ASTARTÉ Y ASHERA.

*Astarté*, la diosa de los fenicios, cartagineses, sirios, filisteos y hebreos, cuyo nombre se ha encontrado en el templo de Sana, la antigua capital del reino himiarítico, en esta forma: *Athtar*, es la luna adorada como representación del espíritu del calor y de la luz, en compañía del sol, *Belo*, *Baal*, *Elion* ó *El-jon*, en la raza semítica. Este nombre debe su formación á la onomatopeya del soplo *Ah* y á la del calor *er*, enlazadas por la eufónica. Su forma primitiva tuvo que ser esta, por precisión: *Ah-er-a*, de donde viene el nombre de la voluptuosa *Ashéra* ó *Axéra*, transformación periódica de la cruel *Astarté*, que revela un carácter más antiguo, y un atributo de diosa de la generación que se recuerda por momentos con el nombre original, y cuyo mito se conserva completo en la *Istar* asiria ó

(1) Este hospital fué reedificado por Servio Sulpicio Prophinus. Decía así la inscripción que lo acredita: «Herculi Saxano, Sacrum. Ser. Sulp. Prophinus. Ædem. Zotheam. Colinan. Pecunia. Sua. A. Solo. Restituit. Ydenque, dedicavit. K. Decemb. L. Turpilio. Dextro. M. Maecio. Rufo. Coss. Eutiquius. Ner. Peregrinantibus. Curavit.

Venus semita. Esta forma *Ah-era*, se convierte en *As-t-er*, *As-t-ar* ó *Istar*, por la *t* eufónica de enlace, necesaria, después de cambiar la espiración en sibilante. *Astarté* es esta misma forma: *Astar*, con la desinencia del femenino, *ti* ó *te*, como en asirio. Así se explican las formas paralelas *Athtar* y *Astarté* que son idénticas, sin otra diferencia que la falta de la desinencia en la primera y la pronunciación que daría un andaluz á la segunda. Los antiguos idiomas tenían también sus dialectos que establecían estas pequeñas variaciones en los nombres. *Ashéra* y *Astarté*, son divinidades semitas, cuyo origen se halla también enlazado por su etimología al culto primitivo del fuego como símbolo vivo del calor creador, y de ahí su carácter, al mismo tiempo que de diosas-lunas, de la generación y de la reproducción de los seres, expresado, en periodos de corrupción, por la *lubricidad*. Hé aquí por qué se llama á la *Astarté* de Sidon, *nombre de Baal*, en las inscripciones de Eshmunazar, y por qué en las cartaginesas, se dice lo mismo, «rostro de Baal» aludiendo á la diosa *Tanit*, que como *Athéné*, no son más que el espíritu, perdida la onomatopeya del calor. *Astarté* lleva realmente envuelto en su forma el nombre primitivo de *Baal*, el *er*; y *Tanit*, la luna, es también, *rostro*, manifestación visible del calor creador, lo mismo que el sol. Si supiera esto Jeremías, que llama á *Astarté*, la *Reina del cielo*, mejor la llamaría probablemente, *rostro de El*.

ADONIS Y LOS CANTOS FÚNEBRES.—EL CANTO DE LELO.

El mito de Adonis se relaciona, por los cantos fúnebres á su muerte, con la onomatopeya que podemos llamar divina, contenida en el más antiguo de los cantos éuskaros; pero es una relación en que nadie se ha fijado hasta ahora.

*Adonis*, el Señor, fué en un principio *Ad-on*, el gran espíritu; después se le casó como era justo, con *Afro-dite*, forma femenina del *bero*; es el soplo, casado con el calor, completándose uno al otro en la creación. Más adelante se confunden las dos significaciones, y Adonis representa la vida de la naturaleza en su producción y desarrollo. Como toda la parte vegetal parece revivir en primavera y morir en otoño, Adonis, el espíritu animador, debía sufrir también la misma suerte, y se supuso, con perfecta lógica, que moría en otoño. Morirse el dios de la vida, debilitarse el dios de la fuerza, eran ideas capaces de hacer prorumpir en llanto á los devotos, y motivos de inspiración para un pueblo afligido, que llegó á tener en tales dogmas una completa fe. Podrá parecer increíble, pero es cierto, que se acompañaba antes un entierro de Adonis, con tan verdadero sentimiento y una fe tan viva, como la que puede tener hoy el mejor creyente, en el entierro de Cristo, por Semana Santa.

Los cantos fúnebres de Adonis pertenecen á un alta antigüedad, pero todos tienen un carácter idéntico, sin duda impuesto por el rito, y, por lo tanto, invariable. Son una verdadera lamentación. El mito tiene diferentes variantes, acaso, efecto del olvido de su primitiva significación: en las Mariandinas, á las orillas del mar Negro, se lamentaba la muerte de un joven que queriendo llevar agua á los segadores durante el calor de la jornada, fué atraído por las ninfas y se ahogó en el río. Era un canto triste, acompañado de flautas y que llamaban el *Bormos*, el que se usaba allí. Esta misma leyenda se repite en Bitynia, llamando á gritos á *Hilas*, tragado también por las olas. En Tegea se salmodiaba el *Skephros*, y en Frigia, el *Lytierves*, mientras se segaba el trigo, señal de que el principio activo de la naturaleza tocaba á su fin.

Herodoto identifica ya los lamentos del *Maneros*, en Pelusa, por la muerte de un joven príncipe arrebatado en lo mejor de la edad, al canto de *Linos*, que según Homero, tenía lugar después de las vendimias, conocido también por los nombres de *Αἰλίνος* y *Οἰτολίνος*, (*Ailinos* y *Oitolinos*), (ay ¡ó Linos, ó, ha muerto Linos!) En la leyenda de Argos, Linos es un niño de origen divino, educado por pastores entre los rebaños y devorado por perros rabiosos. El perro rabioso era para los griegos, desde muy antiguo, el símbolo de la canícula; y recientes investigaciones han demostrado que la lamentación de Linos es la misma que cantaban los habitantes de Byblos en otoño, cuando el bello Adonis había sido muerto en el monte Libano por un jabalí. Se lloraba durante siete días; las mujeres se cortaban el cabello; se herían el pecho, y sentadas á lo largo de las calles, gritaban: ¡*Ailanu!* Este grito lanzado por mujeres semitas, se ha dicho por algunos, que es el origen del famoso canto de Linos. Hay, en efecto, parecido de palabras, pero ¿no habrá un error de significación? *Ailanu*, se traduce: ¡desgraciadas de nosotras!; mas, puede haber una confusión, como se ven muchas, originada por la semejanza entre el primitivo canto y esa palabra semita. La raíz eús-kara *il*, morir, matar, se nota en las lenguas semíticas con la misma significación, y dió lugar á ese *Aila-nu* con el significado de desgracia. Ahora, el canto es indudable que lamentaba la muerte de Adonis, y, por consiguiente, la palabra muerte ó morir, con el sonido de la raíz *il*, debía estar en él. Este parecido es lo que hizo creer á las mujeres de Byblos, que se trataba de una desgracia sentida por ellas.

Por lo demás, el nombre de los cantos en las diferentes leyendas indica bastante el sentido primitivo. En el *Skephros* de Tegea, en el *Bormos* del mar Negro

y en el *Hilas* de los Bithinios, nótase con bien poco disfraz la onomatopeya del calor. ¿Cuál habrá sido el retorneo original de la canción? No hay más que uno que nos ponga en camino de descubrirlo; el célebre canto eús-karo: *Lelo il Lelo*. Por atrevido que parezca, lo afirmamos así, porque vamos á explicarlo.

Todos los críticos están conformes hoy en que los cantos heróicos de los vascos son piezas, relativamente recientes y apócrifas, de las que no es posible sacar ningún partido para la historia política ó literaria del país; pero al mismo tiempo, se hace una salvedad respecto de la primer estrofa que figura á la cabeza del «Canto de los Cántabros» y que dice así:

¡Lelo! il Lelo. . . . . (O) ¡Lelo! Lelo (ha) muerto.

¡Lelo! il Lelo. . . . . (O) ¡Lelo! (ha) muerto Lelo.

¡Leloa! Zarac. . . . . (O) ¡Lelo! Zara.

Il Leloa . . . . . Mató á Lelo.

Lo demás no nos interesa; es un canto de guerra contra los romanos, escrito muy posteriormente; pero se conoce que su autor quiso darle un carácter nacional y no encontró mejor medio que encabezarlo con los lamentos de Lelo, el más popular y antiguo de los cantos, según lo prueba el viejo dicho eús-karo: *Betico Leloa*, eterno como Lelo.

Nosotros lo transcribimos tal como es aceptado por las copias sacadas del roido pergamino que en 1590 encontró Ibáñez de Ibarguen en Simancas; pero notamos, en la traducción que de él se hace, varias inexactitudes: el nombre *Zarac* tiene una terminación plural y, sin embargo, se traduce *Zara*, como nombre propio, y en las últimas palabras, *il Leloa*, aparece *Leloa*, articulado, cosa que tampoco se tiene en cuenta en la traducción. Es difícil, imposible más bien, que en un canto de carácter tan antiguo no haya habido algún error, bien en las copias, por lo

borroso del pergamino, bien en este mismo, copia, á su vez, de alguno más antiguo. Para obtener un sentido perfectamente gramatical en este canto, sería preciso, pues, modificar un poco el nombre de *Zarac* y traducir *Leloa* de otro modo. Si estaba el pergamino roído y borroso, como dicen, fácil habrá sido tomar *Zarac* por *Zaroa*, que es, de seguro, lo que fué al principio: *Zaroa* es la noche.

Veamos si es posible hacer una restitución del canto primitivo:

¡Elo! il Elo  
 ¡Elo! il Elo  
 ¡Elo! Zaroa  
 Il Eloa.

Léase ahora en voz alta, y se verá, que la cacofonía de las *eles* es la que ha hecho el nombre tradicional de *Lelo*, que en un principio fué seguramente *Elo*. Que *Zaroa* debe ser, en lugar de *Zarac* ó de *Zara*, se encarga de confirmarlo el ritmo, más natural y mejor de esta manera, además de la propia significación de *Zaroa*.

Algunos críticos han confundido este antiquísimo canto religioso, esta lamentación prehistórica, con las otras coplas del canto de los cántabros, que nada tienen que ver con ella, y hasta hubo quien se atrevió á compararla á un vulgar *Tra la la*. ¡Así se hace la crítica! Sin embargo, ya están todos de acuerdo, en que es preciso separar de una vez la estrofa de *Lelo*, del resto del canto, y en la suposición de que es una leyenda aparte, que se parece bastante á la de *Agamenon*. Se supuso, en efecto, que *Lelo* era un jefe eúskaro, cuya mujer, llamada *Tota*, seducida, mientras su marido estaba en la guerra, por un tal *Zara*, éste lo asesinó á la vuelta. Es el olvido, como hemos visto ya, de la significación primitiva del canto, lo

que da lugar á estas leyendas antropomórficas. Pero lo que marca la gran importancia del canto de *Lelo*, y su carácter excepcional, es la continua lamentación tan idéntica á los cantos de *Linos*.

Si ahora suponemos que este antiquísimo canto turaniano, en esta forma, «Elo il Elo» es aprendido por semitas que no entienden ya su significación, y que sólo han heredado la costumbre de cantarlo en ciertas épocas con la idea de que se lamenta en él la muerte de la vegetación ó la de su dios, veremos que «Elo il Elo» puede sonar en bocas semitas: *Aila*, *aila*, al cabo de algún tiempo, con tanta más razón, cuanto que alguna de sus lenguas tiene una palabra parecida, con la significación de desgracia ó tristeza, que se presta perfectamente al objeto del canto.

Tomando estas palabras *Laila-laila* ó *aila-aila*, por desgracia, era natural que las mujeres de *Byblos* añadiesen el pronombre y formasen *Lailanu*, ¡desgraciadas de nosotras! de donde salió el griego *Λιλινα*, *Li Line*, por la repetición *Lailanu*, *lailanu*.

Este es el origen del famoso canto de *Linos*, y no puede ser otro. ¡Quién lo digera! que el tan desconocido y apartado canto de *Lelo*, por tantos miles de años, había de probar su identidad con el de *Linos*!

Hemos sentido una satisfacción tan gozosa al dar con ella, como al encontrar la clave de los nombres divinos en las dos onomatopeyas del soplo y del hervor.

Fáltanos ahora explicar el sentido primitivo del canto de *Lelo*. Hemos dicho que en estos cantos se lamentaba la debilitación ó la muerte de la fuerza productora ó del principio activo de la naturaleza, considerado como espíritu personal en *Adonis*; pero este concepto, tal como lo encontramos ya en los tiempos históricos, no pudo ser de primera invención.



El salvaje y el hombre primitivo no se elevan á un dogma como éste, sino por larga evolución mental y asociación de ideas.

En el principio, la idea más infantil y salvaje que pudo dar origen á este mito, es la desaparición del calor y de la luz, explicada por la muerte del sol. Para probarlo, basta estudiar el estado mental de los salvajes modernos, idéntico al del hombre prehistórico, respecto á la noción que de este mismo fenómeno se forman. El conflicto de la luz y de la oscuridad, del sol, tragado todos los días por la noche, y después, el verano vencido por el sombrío invierno, con todas las consecuencias que esto arrastra, han dado lugar á infinidad de mitos que giran siempre sobre el tema de un héroe muerto (el sol), ó de una joven en peligro de ser devorada por un mónstruo (la luz y la oscuridad), pero que se ve libre á lo mejor. Tales son, por ejemplo, les mitos de Perseo y de Belerofonte (1).

En la obra de Tylor puede verse toda esta clase de leyendas salvajes en que se figuran el sol y la luna tragados por un mónstruo que es la noche. Una prueba de la sinceridad con que son creídos estos mitos, y de su naturalidad en el estado salvaje, es esta expresión tupi: *arasu jagüarcte vit*, el jugar se ha comido el sol, y que sirve para designar un eclipse. Esta frase es tan entendida en su sentido propio, que, hoy todavía, se lanzan gritos lamentables y se arrojan flechas á la sombra invasora, como si fuera una bestia capaz de abandonar su presa. Tal fué el estado de espíritu de los primeros eúskaros al inventar el canto de Lelo.

*Elo* representó en un principio, y después sirvió pa-

(1) Perseo = *B-er-je-o*, Belerofonte = *Bev-ero-vante*. Formas también de las dos onomatopeyas.

ra designar, el calor, el fuego, la luz y el sol. No había entonces, ciertamente, una palabra para cada cosa. *Eguzquiya*, el nombre que tiene hoy el sol en eúskaro, es de formación posterior y viene á significar la causa del día: *Eguna*, del sanscrito *Ahaná*, la aurora, la luz del día, que es forma más antigua y mejor conservada; porque hay que tener en cuenta que lo verdaderamente arcaico se halla repartido en todas las lenguas. Cada una guarda su pequeño lote para el que sabe buscarlo. En la primitiva fusión y mezcla de razas y de lenguas se prestaban unas á otras lo que necesitaban. Si *Elo* fué el *sol*, como lo prueban todas las mitologías, *Zaróa* fué la noche, el mónstruo de las tinieblas que se traga al sol en todos los mitos salvajes, es *Zohak* en lucha con *Feridum*, *Tifon* con *Osiris*, *Arimanes* con *Ormud*, la causa y el origen probablemente de todas las leyendas del conflicto entre la luz y la oscuridad, ó el día y la noche, el calor y el frío, el invierno y el verano, la producción y la esterilidad, la muerte y la vida del espíritu creador que es á donde vino á parar la leyenda eúskara, por evolución, en el mito de *Adonis*, después de haber fijado definitivamente la lucha en los límites del verano y del otoño, cuando el calor vencido empieza á disminuir y las hojas de los árboles á caer.

Todo indica, pues, que el canto de *Lelo*, que desde ahora debiera llamarse de *Elo*, es la más antigua lamentación del mundo. La raza en que se ha conservado, la lengua en que se ha compuesto, los nombres que en ella están contenidos, le prestan un carácter tan arcaico, que se sobrepone á cuanto de original y primitivo pueden ofrecer las mitologías. Por si pudiera quedar alguna duda ampliaremos la prueba.

El nombre del día es en casi todas las lenguas, ó formado por la espiración ó por las dos onomatope-

yas ó por la del calor sólo. Generalmente predomina esta última; véase:

Lenguas.	Día.
Francesa.....	Jour.
Aimara.....	Ouru.
Armenia.....	Or.
Tagala.....	Arao.
Guaravi.....	Ara.
Samoyedo.....	Dere.
Zamuka.....	Diri.

Pues bien, algunas lenguas han formado el nombre de *noche*, de la idea de sol muerto ó día muerto, porque el día tuvo en el principio el mismo nombre que la luz y el calor procedentes del sol. Así, que las formas originales de la noche, en ciertas lenguas, fueron estas: *er* ó *el-il*, ó *elo-il*, *ela-il*, como en árabe *lail*, en caldeo *lailu* y en moxa americano, *lailo*, noche, es decir: sol muerto, día muerto, luz apagada.

Sólo el *il* eúskaro podía dar razón de esto. Si se pregunta, por qué el nombre de *noche* no fué formado así en todas las lenguas, diremos que la asociación de ideas no está sujeta á reglas fijas, y que impresiones diferentes producen invenciones distintas. El canto de Lelo no pudo expresar, por consiguiente, otra idea que esta: El sol ó el día ha muerto; *Zaróa*, *Saru*, el genio maléfico del Veda, la oscuridad, la noche mató al día. Es el monstruo dragón de todas las mitologías salvajes tragando al sol. Max Muller, ha hecho notar que en el Bechuana, dialecto africano, la idea que expresa la puesta del sol, se indica por estas palabras: «sol muerto (1).» Es la misma idea que, en otras for-

(1) *Essais sur la Mythologie comparee*, pág. 108.

mas, puede verse en muchos pueblos salvajes, y que constituye una parte muy principal del fondo de casi todas las mitologías.

¿Puede haber duda, en vista de todo esto, de que el canto de Lelo es el mismo de Adonis ó de Lino, y el origen del *Lailamu* semita?

Pero hay más; nosotros nos atrevemos á identificar el canto de Lelo con el *Aleluya* de los Salmos, que ha sido recogido por las iglesias cristianas como expresión de alabanza ó de alegría. La *Aleluya*, puesta, como el canto de Lelo, á la cabeza y al final de los cantos hebreos, fué en el origen, indudablemente, el mismo, *Elo il Elo*. Si, en efecto, separamos en la palabra *Aleluya*, este *ya* final, que no es más que el *Hah*, nombre de Dios, como lo lleva otras veces, (Salmo CVI) en esta forma: *Alelu-Hah*, nos queda la palabra *Alelu*, forma semita de *Elo il Elo*, conservando su carácter de canto tradicional y religioso y figurando al frente y al final del Salmo, pero habiendo perdido el significado de lamentación por la muerte del sol, al menos para nosotros, pues no sabemos si la conservaría en tiempo de David. *Al-elu*, *Aila-nu*, *Elo il Elo*, son las tres formas, por lo tanto, más antiguas, del canto de *Linos*, y una fórmula religiosa, en el principio, que ya de muy antiguo, entre los tártaros, llegó á significar regocijo: *Hailaha*.

Hé aquí la verdadera traducción, en nuestro concepto, del famoso canto:

Elo! il Elo.....	Sol! murió sol.
Elo! il Elo.....	Sol! murió sol.
Eloa! Zaróa.....	El sol! la noche
Il Eloa.....	Mató el sol.

Esta es la forma primitiva del canto de Lelo con el carácter infantil y salvaje de los primeros tiempos;

lastimoso y tierno como una endecha que es; triste y desconsolador, como lamento de hijo por su padre; natural y sencillo, como el sentimiento de los hombres en su origen.

¡Qué lejos está esto del *Tra, la la* de los críticos! ¡Qué aprendan, pues, á no despreciar nada sin estudiarlo mucho!

El canto de Elo será considerado desde hoy como el más antiguo recuerdo que posee la humanidad.

Los pueblos éuskaros pueden estar orgullosos de haberlo conservado con una tenacidad y persistencia de que no hay ejemplo. Es cierto que la importancia religiosa que en un principio tuvo, y las muchas generaciones, cuyos labios lo hicieron resonar, le dieron una consistencia hereditaria en la raza, que sólo con ella desaparecerá. Fué, en su seno, tan arraigado y popular en todas épocas, que en un manuscrito del siglo XIII, titulado *Planeta*, que se conserva en Toledo, celebrando las virtudes del Arzobispo Rodrigo, se dice que excede: «Galloecos in loquela, Legionenses in eloquencia, Campesinos in mensas, Castellanos in pugna; Serranos in duricia, Arragonenses in constancia, Chatalanos in loeticia, Navarros in Leloa, Narvonenses in invitatura, (invitiatura?)» (1).

El autor, según dice el prólogo, vivía en el año de 1218. Ese *leloa* del manuscrito prueba que el canto de Lelo fué siempre una especie de sello distintivo en las costumbres y el carácter de los éuskaros.

La única diferencia consiste en que la lamentación primitiva llegó á convertirse en balada ó canción popular. Todavía *Done*, que es otra forma del nombre

(1) Se hace mención de este manuscrito en la *Aperçu de l'histoire des langues neo-latines en Espagne* de M. M. Ad. Helfait y G. de Clermont. Madrid, 1857; pág. 26.

de *Adon-is*, conserva su origen religioso y significa en éuskaro, *santo*; prueba de que hubo algo de común entre las dos razas al principio.

En fin, para concluir el capítulo de los nombres semíticos, haremos notar que los nombres propios, testigos tan seguros del estado arcaico de una lengua, nos han conservado formas caídas en desuso. Así, la aptitud á formar palabras compuestas, perdida temprano en las lenguas semíticas, se encuentra en los nombres propios, hebreos y fenicios, *Azrbaal*, *Hannibaal*, donde la preformante, dice Renan, que no queda en ningún sustantivo, indica, en la conjugación, la atribución de la acción verbal á una persona, y revela el secreto más íntimo de la formación de estas lenguas (1). M. Renan confunde en este caso productos de evolución, extraños al genio de las lenguas semíticas, con sus vocablos propios y verdaderos. *Hannibal* es pura y simplemente la unión de las dos onomatopeyas, y prueba que hubo un tiempo en que el nombre del dios *Belo ó Baal* estuvo unido, como en otras lenguas, á la onomatopeya de la espiración. El nombre Annibal es otra forma de Elion ó Elohim, puesta al revés, con la *B* eufónica. Las onomatopeyas, iguales en categoría, son antepuestas ó pospuestas indistintamente.

#### ENDOBELICO Y OTROS DIOS DE LA ANTIGUA EUROPA.

En el antiguo fondo de población éuskara de Europa, antes y después de las invasiones aryanas, abundan los dioses primitivos del calor, conservando la onomatopeya en la forma *Bel*. Tiene esta forma un carácter tan general y persistente, que es imposible

(1) *Historia general de las lenguas semíticas*, pág. 124.

lastimoso y tierno como una endecha que es; triste y desconsolador, como lamento de hijo por su padre; natural y sencillo, como el sentimiento de los hombres en su origen.

¡Qué lejos está esto del *Tra, la la* de los críticos! ¡Qué aprendan, pues, á no despreciar nada sin estudiarlo mucho!

El canto de Elo será considerado desde hoy como el más antiguo recuerdo que posee la humanidad.

Los pueblos éuskaros pueden estar orgullosos de haberlo conservado con una tenacidad y persistencia de que no hay ejemplo. Es cierto que la importancia religiosa que en un principio tuvo, y las muchas generaciones, cuyos labios lo hicieron resonar, le dieron una consistencia hereditaria en la raza, que sólo con ella desaparecerá. Fué, en su seno, tan arraigado y popular en todas épocas, que en un manuscrito del siglo XIII, titulado *Planeta*, que se conserva en Toledo, celebrando las virtudes del Arzobispo Rodrigo, se dice que excede: «Galloecos in loquela, Legionenses in eloquencia, Campesinos in mensas, Castellanos in pugna; Serranos in duricia, Arragonenses in constancia, Chatalanos in loeticia, Navarros in Leloa, Narvonenses in invitatura, (invitiatura?)» (1).

El autor, según dice el prólogo, vivía en el año de 1218. Ese *leloa* del manuscrito prueba que el canto de Lelo fué siempre una especie de sello distintivo en las costumbres y el carácter de los éuskaros.

La única diferencia consiste en que la lamentación primitiva llegó á convertirse en balada ó canción popular. Todavía *Done*, que es otra forma del nombre

(1) Se hace mención de este manuscrito en la *Aperçu de l'histoire des langues neo-latines en Espagne* de M. M. Ad. Helfait y G. de Clermont. Madrid, 1857; pág. 26.

de *Adon-is*, conserva su origen religioso y significa en éuskaro, *santo*; prueba de que hubo algo de común entre las dos razas al principio.

En fin, para concluir el capítulo de los nombres semíticos, haremos notar que los nombres propios, testigos tan seguros del estado arcaico de una lengua, nos han conservado formas caídas en desuso. Así, la aptitud á formar palabras compuestas, perdida temprano en las lenguas semíticas, se encuentra en los nombres propios, hebreos y fenicios, *Azrbaal*, *Hannibaal*, donde la preformante, dice Renan, que no queda en ningún sustantivo, indica, en la conjugación, la atribución de la acción verbal á una persona, y revela el secreto más íntimo de la formación de estas lenguas (1). M. Renan confunde en este caso productos de evolución, extraños al genio de las lenguas semíticas, con sus vocablos propios y verdaderos. *Hannibal* es pura y simplemente la unión de las dos onomatopeyas, y prueba que hubo un tiempo en que el nombre del dios *Belo ó Baal* estuvo unido, como en otras lenguas, á la onomatopeya de la espiración. El nombre Annibal es otra forma de Elion ó Elohim, puesta al revés, con la *B* eufónica. Las onomatopeyas, iguales en categoría, son antepuestas ó pospuestas indistintamente.

#### ENDOBELICO Y OTROS DIOSSES DE LA ANTIGUA EUROPA.

En el antiguo fondo de población éuskara de Europa, antes y después de las invasiones aryanas, abundan los dioses primitivos del calor, conservando la onomatopeya en la forma *Bel*. Tiene esta forma un carácter tan general y persistente, que es imposible

(1) *Historia general de las lenguas semíticas*, pág. 124.

negar su procedencia onomatopéica. Empezando por el más conocido nombre, el de *Endobelico*, que empieza á figurar históricamente como dios celtíbero, y cuyo principal santuario estaba en Terena, cerca de Evora, donde iban á buscar milagrosa salud, llenos de fe, los enfermos, haremos notar que, en concepto de todos los autores, hubo de simbolizar en un principio el fuego, considerado como creador, organizador y conservador del universo. Es Endobelico la divinidad ibérica, sobre la que más se ha escrito y desvariado. Sin embargo, la significación y simbolismo de este nombre continúan siendo tan desconocidos como el primer día, según confesión de los mismos que en él se han ocupado (1).

La primera parte del nombre *Endo-velico* ha sido descifrada ya (2). *Endo* es el artículo céltico *sanda*, perdida la *s*, después de haber sido usada como aspirada *h*, según la nueva interpretación. Nosotros creemos que *Endo* es una forma heredada en un dialecto céltico del artículo turaniano ó tártaro-mantchú, *Yndo=él*. El tránsito es más fácil de *Yndo* á *Endo* que de *Sanda* á *Endo*; pero es cosa resuelta de todos modos que *Endo* es el artículo de *velico*, y por consiguiente el misterio del nombre queda en pié. *Velico*, pues, ó mejor *Belico*, porque su ortografía ha sido caprichosa, ¿qué remedio tiene, siendo como es el fuego creador, sino

(1) De *Deo Endobelico*, por Tomás Reinesius, Altemburgo, 1637, Freret. *Memorias de la Academia de Inscripciones de Paris*, t. 3.º, 1733. *Disertación del dios Endobelico*, por Pérez Pastor, Madrid, 1760. *Observações sobre a divindade que os lusitanos conhecerao debaixo da denominação d'Endobelico*, apud. *Memorias de la Academia de Lisboa*, 1843, etc.

(2) *Restos de la declinación céltica y celtibérica*, por el P. F. Fita, págs. 158, 161; 1879.

ser otra forma bien idéntica de la onomatopeya *ber*, siguiendo la regla general?

*Belico*, *Berico*, *Berijo*, *Bevi-ha*, *Bev-iah*, son sus formas ascendentes; *Belico*, pues, es *Pardjania*, es *Perkun*, es *Belo*, porque la cuestión de cualidades y atributos no se significa nada, después de la confusión cien veces secular que de todos ellos se ha hecho; y el pararse en detalles y el andar á caza de pequeñas analogías, entre unos y otros, para establecer una identidad atributiva, es un camino propio solamente para hacer alarde de enorme erudición sin resultado alguno positivo.

Aclarado de una vez el misterio de *Belico*, cae también el velo de las otras formas europeas en *bel*.

*Beall*, citado por Ausonio, dios popular de los escoceses, á quien todos los años se dedicaba una festividad popular llamada *Beall tuim* ó fuego de *Beall*, para conseguir que fuese abundante el año; dos cosas que prueban que *Beall* era un dios-fuego y que conservaba todavía su carácter primitivo de calor creador ó productor (1); *Belin* ó *Beleno*, dios de los antiguos bretones, cuyos sacerdotes se llamaban *beleck*; *Belis* de Aquileya, identificado con Apolo en algunos epígrafes de esta ciudad; el británico *Belatucadro* y el *Balkan* gaelico, todos son formas del sagrado *ber*, y de la espiración.

La diosa de Viseo, *Cabar*, cuyo nombre se encuentra en otras partes *Camal*, siendo otra prueba del tránsito de la *b* á la *m*, y que Mauri intentó demostrar que era un nombre céltico, es el mismo *fa-ber* de los orígenes.

Ese nombre *burr* que se ha encontrado en los Toros de piedra de Avila y Alcántara, y que nadie comprendió hasta ahora, es nuestro *ber*. El Toro le lleva como símbolo natural y universal de la fuerza creadora,

(1) *Diction, scoto-celticum*.

generadora y fecundante de la naturaleza. Es el sello de la vida y de la fuerza que da el calor, en la noción antigua, simbolizado en el Toro.

El *par*, céltico, piedra consagrada, tiene el mismo origen. El *menhir* de los erablos, en Turena, está, como otros muchos, horadado de parte á parte para recibir una luz. Eran piedras consagradas al sol, como fuente de calor y luz universal.

Es, pues, este calor creador, adorado bajo sus brillantes manifestaciones de sol y fuego, lo que forma con el soplo animador el misterio de las mitologías, revelado ahora por el conocimiento de las dos onomatopeyas *Ha* y *Bev*.

## LOS MITOS SALVAJES

DEL ESPÍRITU Y DEL CALOR.

### I.

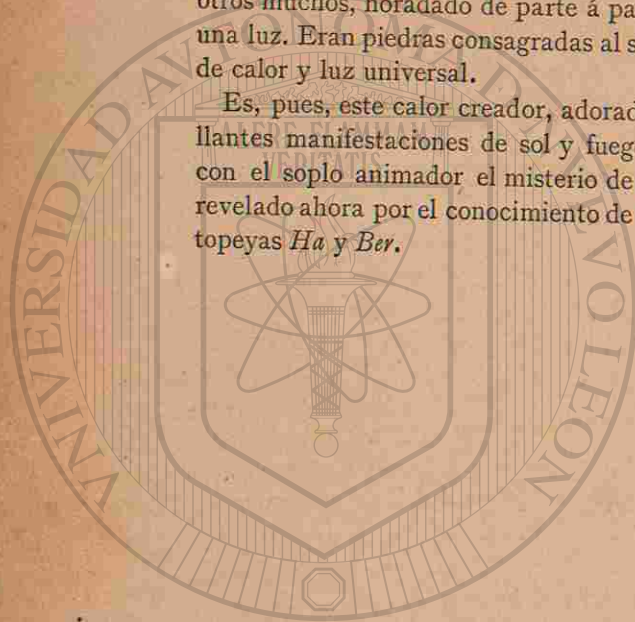
Hemos visto que el mito tiene su origen en un estado primordial del espíritu humano semejante al que puede tener un niño y que, sólo procurando colocarse en él con la imaginación, y desentendiéndose de cualquier otro modo de ver las cosas, puede llegarse á comprender el nacimiento de un dios. En ninguna época del mundo tuvo el hombre ese poder creador que se le ha supuesto. Los dioses nacen de la manera más sencilla y pobre, en la ignorancia y la miseria de la choza prehistórica; después, el mito, como una bola de nieve, ya creciendo; las analogías se sobreponen unas á otras con los siglos, y la poesía se encarga últimamente de embellecer, exagerándole, el mito personal antropomórfico.

El salvaje se encuentra todavía en este período de desenvolvimiento mítico, porque conserva, mejor aun que nuestras antiguas civilizaciones, el orden de ideas primitivo y, por eso mismo, guarda el sentido del mito original y retiene su nombre á pesar de haberse sepa-

generadora y fecundante de la naturaleza. Es el sello de la vida y de la fuerza que da el calor, en la noción antigua, simbolizado en el Toro.

El *par*, céltico, piedra consagrada, tiene el mismo origen. El *menhir* de los erablos, en Turena, está, como otros muchos, horadado de parte á parte para recibir una luz. Eran piedras consagradas al sol, como fuente de calor y luz universal.

Es, pues, este calor creador, adorado bajo sus brillantes manifestaciones de sol y fuego, lo que forma con el soplo animador el misterio de las mitologías, revelado ahora por el conocimiento de las dos onomatopeyas *Ha* y *Bev*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LOS MITOS SALVAJES

DEL ESPÍRITU Y DEL CALOR.

### I.

Hemos visto que el mito tiene su origen en un estado primordial del espíritu humano semejante al que puede tener un niño y que, sólo procurando colocarse en él con la imaginación, y desentendiéndose de cualquier otro modo de ver las cosas, puede llegarse á comprender el nacimiento de un dios. En ninguna época del mundo tuvo el hombre ese poder creador que se le ha supuesto. Los dioses nacen de la manera más sencilla y pobre, en la ignorancia y la miseria de la choza prehistórica; después, el mito, como una bola de nieve, ya creciendo; las analogías se sobreponen unas á otras con los siglos, y la poesía se encarga últimamente de embellecer, exagerándole, el mito personal antropomórfico.

El salvaje se encuentra todavía en este período de desenvolvimiento mítico, porque conserva, mejor aun que nuestras antiguas civilizaciones, el orden de ideas primitivo y, por eso mismo, guarda el sentido del mito original y retiene su nombre á pesar de haberse sepa-

rado mucho antes del centro de creación y de haber cambiado tanto su lenguaje.

Los salvajes, como los hombres primitivos, prestan sin esfuerzo alguno, á los fenómenos de la naturaleza, una vida tan real y verdadera, que cuesta trabajo comprenderla así al hombre civilizado. Tylor cuenta, para probar este poder de imaginación con el cual los salvajes pueden personificarlo todo, una graciosa conversación de unos indios algonquinos con uno de los primeros misioneros en el Canadá, el P. Lejeune: «Yo les he preguntado de dónde venían la luna y el sol; ellos me respondieron que la luna se eclipsaba y parecía negra, porque llevaba á su hijo en brazos y éste impedía que se viera su claridad.—Si la luna tiene un hijo estará casada ó lo habrá estado? les dije yo.—Sí señor, me respondieron, el sol es su marido que camina todo el día y ella toda la noche, y si él se eclipsa ó se oscurece, es que toma también al hijo que ha tenido de ella entre sus brazos.—Sí, pero ni la luna ni el sol tienen brazos, les repliqué. Tú no tienes talento; ellos tienen siempre sus arcos tirantes delante de ellos y por eso no se les ven los brazos.—Y sobre quien quieren tirar?—Eh! qué sabemos nosotros?»

Una leyenda célebre de esta misma raza, la historia ottawa de *Yosco*, supone el sol y la luna, hermano y hermana, como en el Perú.

Cuando los aleucianos pensaban que si uno de ellos ofendía á la luna, ésta arrojaría piedras sobre el culpable y le mataría, ó cuando la luna aparecía á una *squawa*, bajo la forma de una hermosa señora, llevando un niño en los brazos y pidiendo una ofrenda de tabaco y de vestidos de pieles; ¿qué concepción de una personificación realísima puede ser más clara? pregunta Tylor. Cuando los apaches interrogaban á los españoles: ¿No creéis en este dios, en ese sol que nos ve

y nos castiga cuando lo merecemos? es imposible sostener que estos salvajes hablasen en sentido figurado. El *Helios* de Homero es una viviente personalidad, no una metáfora. Estas analogías que para nosotros, más instruidos de las causas, no son más que simples productos de la imaginación, eran para los hombres del pasado una poderosa realidad. Esto, que nosotros llamamos poesía, era para ellos la realidad de la vida, apareciéndoles el mundo, como hoy aparece al niño escuchador de cuentos, lleno de prestigios y de encantos. La roca que se abre por sí misma, la serpiente y el pájaro que siguen una conversación tirada, los genios escondidos en el fondo del mar y de los bosques, no son más que supervivencias de aquel estado primitivo del pensamiento. En aquel tiempo, las llamas que consumían la presa, eran lenguas de fuego; los dolores del hambre, algo vivo que roía las entrañas; los ecos de la voz en la prolongación de la cueva, eran ninfas, espíritus que contestaban; los truenos, ruidos de la carroza de Dios rodando sobre el firmamento. ¿No se dice en Asturias todavía á los niños, cuando truena, que son los ángeles que juegan á los bolos?

A pesar de todo, por más que procuremos coger por un momento aquel estado mental, se nos escapan algunos parecidos. ¿En qué se parece el arco-iris á una serpiente? Y sin embargo, es posible que el antiquísimo culto de este reptil tenga algo que ver con aquel fenómeno. En Dahomey, *Dauh*, la serpiente celeste que da á los hombres la dicha, no es otra cosa que el arco-iris. En Nueva-Zelanda hay un mito en que se describe la lucha de la tempestad contra el bosque: «el arco-iris se levanta y, colocando su boca sobre la de *Tane-Mahuta*, el padre de los árboles, continuó combatiendo hasta que su tronco hubo estallado en dos y sus ramas vinieron al suelo.» Entre los karenos de



Birmania existe la idea de que el arco-iris es un espíritu ó un demonio que puede devorar la vida de los hombres: «El arco-iris, dicen, ha bajado á beber agua; vereis como va á morir alguno de muerte violenta.» Los zulos tienen la misma opinión. Esta idea de bajar á beber el arco, cuando toca en la tierra aparentemente, y la curva que describe en las nubes, fueron suficientes para hallarle analogía con la culebra. Desde entonces puede ser esta el símbolo, la representación en la tierra, de la serpiente celeste.

Ya hemos dicho que las serpientes juegan un gran papel en las religiones del mundo. Los indios de la América del Norte veneran la serpiente de cascabel como un protector divino que puede traer el buen tiempo ó producir la tempestad. Los peruanos adoraban grandes serpientes y los mejicanos tenían su dios Quetzalcoatl, la serpiente de las plumas rojas. Los lombardos adoraron su víbora de oro hasta que Federico Barbaroja la hizo fundir para hacer patenas y cálices. La serpiente fenicia que se mordía la cola, simbolizaba el universo y el dios *Taut*, llegando á ser con el tiempo emblema de la eternidad. En la envoltura de las momias egipcias se encuentra la forma de la serpiente *Apophis*, y representando el genio del mal, figura en la religión de Zoroastro la serpiente *Aji-Dakka*, trastornado ya su culto de dios benéfico por los magos.

Dada esta animación de la naturaleza entera, el culto del árbol se presenta también como una cosa lógica y natural. Bien que sea difícil averiguar si se le creyó en un principio habitado por un alma que le fuese propia ó por algún otro espíritu que hiciese de él su templo ó tabernáculo, el culto del árbol es un culto tan espiritual y anímico como pudo ser el de los grandes dioses.

Hemos dicho que no hubo nunca idolatría en el mundo, salvo algún caso raro de aberración mental. En toda religión, por salvaje que sea, no hay más culto que el de las imágenes ó representaciones, que pueden ser bonitas estatuas ó deformes mónstruos; cuestión de arte. Un día que un negro, adorando á un árbol, le ofrecía alimentos, alguno le preguntó, dice Waitz, si el árbol comía. «El árbol no es un fetiche, le contestó el negro; el fetiche es un espíritu invisible que ha bajado á este árbol. Sin duda el espíritu no puede devorar nuestros alimentos materiales; pero se asimila la parte espiritual de estos alimentos y deja la parte material que nosotros vemos.» ¿Se quiere más prueba de la universal originalidad del espiritualismo?

Pero los árboles, como dice Bosman, son dioses de segundo orden; no se les hacen ofrendas, no se les ruega, sino en tiempo de peste ó de calamidad. Los paisanos de Europa tienen todavía fe en antiguas tradiciones, relativas á sauces que sangran, que lloran, que hablan cuando se les corta, como en las hadas que habitan los pinos, en las *yanas* ó *xanas* de Asturias, en el silfo del bosque de Rugaard, etc., etc. Todavía en Franconia van las jóvenes solteras el día de Santo Tomás á dar tres golpecitos en la corteza de un árbol, y después escuchan la respuesta que les da el espíritu que le habita; éste les indica del mismo modo el marido que les tocará en suerte. Los vascos conservan el recuerdo de su *Basojaun* ó espíritu de los bosques, que acaso enlaza su perdida mitología con la de los primeros habitantes de la India. La costumbre de la gran peregrinación anual de la provincia de Birbhûm, en Bengala, resto indudablemente de la religión de las tribus indígenas, no aryanas, en que los peregrinos se dirigen á un bosque para ofrecer

arroz y dinero á cierto fantasma que le habita, puede ser una ceremonia de origen turaniano, hecha en honor de una especie de *Basojaun* eúskaro. Para los ainos, indígenas de Yesso, y los yakutos de Siberia, el espíritu de los bosques es un oso, en quien suponen poder é inteligencia. Otras veces se adoran ciertos animales, porque se les considera como la encarnación del alma de algún antepasado; pero este es el rasgo de unión entre el culto de los animales y el de los manes.

Nada de esto nos interesa, porque ya son desenvolvimientos lejanos de una idea primitiva. Nuestra tarea se reduce á sorprender el mito en su origen, y á descorrer el velo que ocultó hasta ahora, el misterio genésico de los dioses.

## II.

La observación hecha por Moreau de Jones, de que la sílaba *er* entraba en la composición de la mayor parte de los nombres del Olimpo griego, es un hecho cierto que se extiende á todas las mitologías del mundo. Nosotros vamos á sacar las consecuencias que él no pretendió sacar siquiera de aquella observación. Hemos visto que, independientemente de esta sílaba *er*, puede observarse otra, que unas veces combinada con ella y otras aislada ó sola y reduplicada, forma también una gran parte de los nombres divinos; Esta no es más que el sonido de la espiración, variada según la índole de las diferentes lenguas. Hé aquí el gran misterio en toda su sencillez original. Si prescindimos de esa multitud de almas, genios, espíritus y demonios de segundo orden, cuya aparición es posterior y fruto de un desenvolvimiento aislado, y nos fijamos en los grandes dioses, veremos que por todas partes y á pesar de los siglos transcurridos, llevan el sello de las dos onomatopeyas primitivas.

Ved: *Bayama* el creador australiano, por otro nombre *Biam*, que enseña á los hombres himnos y canciones y que es la causa de las enfermedades. Descomponed estos nombres *Bayama*, *Biam*, si es que á primera vista no veis la espiración: *B-iam*, *yam*, *jam*; iguales á otros muchos nombres de la mitología del antiguo mundo que veremos después. La *B* puede ser eufónica ó haber ido desde un principio como forma de espiración. Se dirá quizá que no es posible que pueblos tan aislados y lejanos como los australianos hayan heredado los mismos nombres de dioses que nuestra raza. ¡Eh! qué sabemos nosotros donde estuvo el primer centro de creación del mito, ni las emigraciones y choques de razas y hasta hundimientos de continentes que pudo haber habido en los tiempos prehistóricos.

Aquí tenemos otra forma todavía más clara: *Yang*, el dios que ha enseñado la religión á los dayaks y que domina entre ellos á los otros espíritus, en unión de Tapa, el creador, y de Jiron, que preside al nacimiento y á la muerte. Tienen otro creador, *Tenabi*, para la tierra exclusivamente, pues el hombre debe el ser á *Tapa*. En *Tenabi* y *Tapa* es fácil ver formas de la espiración: *at*, *ab*, *ap*, unidas, pero *Jiron*, es un caso como encontraremos muchos en el mundo antiguo. Es la misma forma que puede estudiarse en *Eliom* y en *Gerion*; conserva contraídas las dos onomatopeyas: *fa-er*, y en cuanto á la terminación *on*, tenemos motivo para creerla heredada de un *on* primitivo, que se conserva en eúskaro con la significación de *bueno* y acaso grande al principio, y que pudo dar origen al *bonus* latino, *b-on-us*, con la *b* eufónica y la terminación.

En la Polinesia, los grandes dioses de los diferentes pueblos son *Oro* y *Tane*, *Raitubu*, el creador del cielo, y *Hina*, que ha ayudado á su padre *Taaroa*, el creador

increado, á crear todo lo que existe en el mundo. ¿Tendremos necesidad de explicaciones para estos nombres? Oro recuerda el Oro egipcio. Es el *bero* éuskaro, sin la *b* eufónica y el cambio de vocal. *Hin-a* es la espiración con el artículo. *Tane* es *at-an*, el *Tina* etrusco, como veremos; y *Raitubu* forma corrompida que debió ser: *Ey-at-ab*. Estos cambios de vocal ó conversión de diptongos son naturales en alguno de los infinitos dialectos perdidos para nosotros. Si Gausin no hubiera probado que los polinesios son de origen asiático, se probaría lo mismo su comunidad de origen por sus tradiciones. Oro es el sol dios que hace verter llanto á los naturales, como á las mujeres de Byblos, cuando se aleja ó se hunde en el mar, y que alegra con su salida en los equinocios de otoño y primavera.

Möerenhout dió á conocer una porción de cosas, que Wallis y otros, después de haber pasado largas temporadas en estas islas, no llegaron á conocer: su nobleza, los *areois*, los *bardos*, los *harepos*, los misterios, y el canto cósmico de *Taaroa*: «El era; Taaroa era su nombre y residía en el vacío; nada de tierra, de cielo, ni de hombres; Taaroa llama, pero nadie le responde, y existiendo sólo, se cambia en el universo. Los ejes son Taaroa, las arenas son Taaroa, las rocas son Taaroa. Así se ha nombrado él mismo. Taaroa es la claridad, Taaroa es el germen, Taaroa es la base, Taaroa es lo incomprendible, lo incorruptible, lo fuerte que creó el universo, el universo grande y sagrado que no es sino la cáscara de Taaroa.»

Taaroa no puede ser, siendo un dios creador, sino *Ta-er-oa*, en el origen.

Los principales dioses de los vientos en Polinesia son, según Ellis: *Veromatautoru* y *Taribu*, hermano y hermana de los hijos de *Taaroa*. Son ellos los que desencadenan las tempestades, y cuando los habitantes

de una isla temen la invasión de los otros isleños, enemigos suyos, hacen grandes ofrendas á estos dioses para que susciten una tempestad que les destruya con su flota. En *Vero-mat-aut-oru*, se nota una reduplicación de la espiración *at-at*, y *oru* en vez de *ero*, con una reminiscencia de la espiración *am* en la *m* interpuesta. La forma primitiva fué seguramente el *bero* seguido de las diversas especies de soplos ó espíritus. *Taribu* y *Taaroa* son variedades de la misma forma: *at-ero*; conservando el primero la espiración *ab*, al fin, y el segundo el artículo *a*, como en *bero-a*, el calor. No puede darse más exactitud en nombres que atravesaron tantas razas y tantos siglos.

El Dios del cielo para los kanchadals es *Billukai* que desciende á la tierra y arrastra su trineo sobre la nieve levantando grandes montones que marcan las huellas de su paso (1). Si se suaviza la espiración final y se convierten normalmente la *u* en *o*, y la *ll* en *r*, tendremos que *Billukai* fué en un principio *Bero-jai*.

Los hurones de la América del Norte tienen por Dios del cielo á *Aronhiaté*, con un recuerdo de la importancia religiosa del fuego. Así, cuando arrojan tabaco en las llamas para ofrecer un sacrificio, exclamaban: «*Aronhiaté* recibe mi sacrificio, ten piedad de mi, ven en mi ayuda.» *Aronhiaté* significa el cielo visible entre ellos. Esta transformación, de espíritu personal en cielo material, se observa en muchos pueblos. Lo mismo sucedió con el *Tien* chino y el *Fovis* romano. De ahí la expresión latina: *Sub Fove frigidó*. Es una consecuencia de la animación del todo, pero el cielo estrellado y azul seguía siendo la residencia del espíritu personal que oía y veía.

(1) Steller, *Kamschaka*, pág. 266.

También el cielo representa la divinidad suprema de los iroqueses, *Taronhiawagon*. Desde luego se ve que *Aronhiaté* y *Taronhiawagon* son una misma cosa. En este último, las espiradas guturales están reduplicadas, pero siempre quedan, en los dos, las primitivas formas, *ero-an*, contraídas *eron* ó *aron*, con la *t* eufónica el segundo. Una prueba de que ellos tienen el cielo por un Dios personal, es esta fórmula que emplean cuando concluyen un tratado importante: «El cielo entiende lo que nosotros hacemos hoy.» El cielo es, pues, el gran espíritu que habita el cielo, el Señor del cielo.

En una leyenda de los zulos que se refiere á una princesa cautiva en el país de los semi-dioses, quejándose ella del mal trato que le dan, se dirige al cielo en estas palabras: «Escucha ó cielo! préstame tu atención ó Mayoya! escucha ó cielo!» Véase también en Mayoya la reunión de las aspiraciones: *am-ya-ya*.

En el Aquapin, Africa occidental, *Yankupong* es á la vez el Dios Supremo y el tiempo; pero obsérvese que fácilmente puede una misma divinidad adquirir ó perder un elemento en su nombre y diferentes atributos; entre los naturales de Oji que forman cuerpo de nación en Costa de oro, el gran espíritu, *Nyankupon*, no sólo es la bóveda celeste (*sorro*), sino también la lluvia y el trueno.

Claro es que el *Yankupong* del Aquapin y el *Nyankupon* de Oji son uno mismo, pero nos presentan un ejemplo de los cambios que la índole de las lenguas y la asociación de ideas pueden operar en pueblos vecinos y de una misma raza. Por lo demás, el nombre de este Dios sigue la misma ley ineludible: *Yam-ja* ó *ju-van* ó *von*; continuamente las mismas espiradas que hemos estudiado en griego y en hebreo. La *N* inicial del segundo, tiene que ser, pues, ó eufónica por exi-

gencia de la lengua, ó resto de la primitiva espiración *an*, suprimida en el de Aquapin; no hay medio.

Este país de la costa de Oro nos ofrece un estado de espíritu idéntico al de los primeros tiempos. Toda la naturaleza está animada por espíritus bienhechores ó malhechores que habitan bosques y praderas, montes y valles. Los aires y las aguas están llenos de ellos. Son los semi-dioses, que se llaman los *Edró*, protectores de los hombres, de las familias y tribus, obedientes á las órdenes del dios supremo *Mawu*. Ved en el nombre de los *Edró*: *ad-ero*, contracción *Adro*, *Edro*; y en *Mawu*: *Am*, *ab* ó *ag*, el cumplimiento de la misma ley (1).

Entre los khondos, la multitud infinita de dioses locales abraza el mundo entero, pero todos están sometidos al dios del sol, al creador, *Boora*, *Bello-Pennu*, y á su mujer, la diosa de la tierra, *Tavi-Pennu*. *Boora* y *Tavi* no necesitan explicación apenas: *Ab-er*, *At-er*; respecto á *Pennu*, sólo diremos que es el *Panu* finlandés y la Venus latina de que hablaremos luego, es decir, la espiración, *van*, *ven* ó *pen*; siendo las finales *á*, *í*, *u*, de los tres nombres, variantes de un artículo primitivo como el *á* eúskaro ó el *us* latino.

Los kols de Bengala tienen un dios supremo, *Marang-Buru*, que reside en una gran montaña y dispone de la lluvia. Las mujeres suben á la cima llevando ofrendas de leche y hojas de betel, y allí, de rodillas, suplican al dios que haga llover sobre sus mieses. Después, acompañadas del ruido de los tamboriles, y en medio de gestos y contorsiones salvajes, todas desgredadas, dan principio á un baile, que llaman *Kurruum*, sobre la roca, hasta que *Marang-Buru* responde á sus ruegos con un trueno lejano ó con algunas go-

(1) *Smithsonian Contrib.*, vol. I, pág. 16, Ioruba Lang.

tas de lluvia, en cuyo caso vuelven á sus hogares felicitándose de haber sido escuchadas. La particularidad de estar consagrada al dios la más alta colina de la meseta del Lodmah ó de ser considerada como su morada predilecta en el país de Chota-Nagpur, da motivo á creer que la segunda parte de su nombre, *Buru*, signifique en este caso cabeza ó cumbre, la parte más alta de una cosa, como sucede en el éuskaro, en cuyo caso el nombre de Dios será *Marang* tan sólo; donde podemos leer: *Am, er, an*, siendo la *g* final residuo de alguna otra aspirada gutural. El monte, pues, no sería otra cosa en un principio que la cumbre ó la cima de Merang, habiendo llegado con el tiempo á identificarse el dios con la montaña y á dársele todo el nombre junto. Y no parezca extraño encontrar esta palabra *Buru*, tan perfectamente conservada en Bengala, porque hay allí una porción de palabras, cuya adecuada significación prueba, como esta, que hubo en el centro de Asia un primitivo centro de formación éuskaro. En todo caso, bien puede ser el mismo *bero* con cambio de vocales.

En los Manaos de la América meridional encontramos, de bueno y mal espíritu, á *Manari* y *Saraua*, es decir: *Am-av-er*, y *Ha-er-av*. Es conocida la facilidad con que la *h*, espirada, se convierte en *s*.

En los Damaras africanos, la divinidad suprema es *Omakuru*, (*Am-aj-ero?*) que vive allá lejos, hácia el Norte. El dios cielo y la lluvia suelen tener el mismo nombre en muchos pueblos. No es extraño, porque la lluvia, fecundante y creadora, lleva consigo envuelta la virtud del dios.

El dios del rayo en los Ossetas del Cáusaco se llama *Ylia*, = *Er-ya*. Hubo quien quiso ver en él un recuerdo de Elías, cuyo carro de fuego parece haber dado origen en algunos sitios al dios del rayo, y no

faltó quien notase que la más alta montaña de los alrededores de Egina, consagrados á Zeus en otro tiempo, se llama hoy el monte de San Elías. Este nombre nos explica la razón; Elías es también un mito religioso personificado: *Er-iah*, un dios ó un espíritu de fuego.

Los *Yorubas* no atribuyen, en cambio, el rayo y el relámpago á su dios del cielo, *Olorun*, sino á dos divinidades inferiores *Shanga* y *Dzakuta*, el tirador de piedras, como llaman á este último, creyendo que fué él quien arrojó á la tierra las hachas de piedra que encuentran esparcidas por su territorio, procedentes de una época que han olvidado ya; la edad de piedra. *Ol-or-un*, el gran dios, no puede ser otra cosa que *Er-er-on*, cambiando en *l* la primera *r* por evitar cacofonía.

Toda la nomenclatura religiosa salvaje gira alrededor de este tema primitivo *er*, cual si fuese el motivo de una sinfonía mística. Los dioses del mar conservan también esta reminiscencia del fuego, ya olvidada, pero con una significación más amplia, designando todo poder animador en cualquier elemento de la naturaleza. Así sucede con las divinidades marinas de la Polinesia *Tuaraatai* y *Ruahatu* que no pudieron menos de ser en el origen: *At-av-ero-at*, y *Ero-ah-at*.

El mito de Hiro, otro dios del mar, recuerda el de Neptuno. *Hiro* habita las profundidades del mar, en una caberna donde los monstruos vienen á velar por él y á adormecerle. El dios del viento se aprovecha de su sueño para desencadenar una tempestad con la intención de destruir los bajeles en que navegan los amigos de Hiro. Este se despierta, avisado por un espíritu inferior, sube rápidamente á la superficie y apacigua las olas irritadas. No falta más que el «Quos ego». ¡Quién sabe si la leyenda clásica procederá

de un tiempo en que arianos y polinesios, antes de ser razas distintas, vivieron juntos! Es lo probable.

De todos modos, *Hiro* es el *Ha-ero*, bien claro, y si tiene este origen el dios, bien puede tenerlo la leyenda. *Hiro* es el sol hundiéndose en el mar como Dioniso, y es, por su forma, el Helios griego.

Otros muchos nombres pudieran presentarse, tomados de los más verídicos datos etnográficos; pero como las reducciones, sujetas á la misma ley, ofrecen cierta monotonía, abandonamos á la sagacidad de los lectores estos y otros muchos que la tienen facilísima: *Hantukayu*, espíritus de Malaca; *Ofanu*, dios de la agricultura, en las islas de la Sociedad; *Alo-Alo*, dios del viento y de la producción (1), en Tonga; *Heno*, el dios trueno de los iroqueses que recorre los cielos sentado en las nubes, hiende los árboles con sus rayos y hace germinar las plantas; *Phebe-Yau*, la Ceres de los karenos, vigilando siempre por el crecimiento y la madurez del grano. *Taru*, la diosa de los botocudos, representada en la luna que produce relámpagos y truenos y lleva su acción á las legumbres y á los frutos. *Ra-Vula*, la luna, diosa de los fidjianos; *Rangi* y *Papa*, el cielo y la tierra de los maoris, sus grandes dioses; *Eriginers*, el poderoso mal espíritu de los carolinos; *Torngarsuk*, el gran espíritu de los gróelandeses, (aumentativo de *Torngar*, espíritu), Dios Supremo y bienhechor con todos atributos del verdadero Dios, hasta el punto que cuando oyeron á los misioneros cristianos, creyeron que querían hablarles de *Torngarsuk*, lo mismo que sucedió con el *Atahocan* de los algonquinos, que cuando el misionero Lejeune les hablaba de un criador todopoderoso del cielo y de la tierra, se

(1) *Ale-a*, grano en eúskaro.

decían unos á otros: «Atahocan, sí, Atahocan, ese es Atahocan.»

Por fin, si se considera que el nombre general de Fetiche, entre los negros del Africa occidental, es *Bosumbra*, contracción exacta de *Ba-jam-bero*, sin más que el cambio de las vocales y de la aspirada en sibilante, y que los dioses de las Antillas se llamaban *Cemi* ó *Kemi*, suavizando el sonido, *Fem-i*, *Jam-i*, tendremos que en este cuadro general de dioses, adorados por los pueblos salvajes, se conservan admirablemente, tras un ligerísimo disfraz, las dos grandes onomatopeyas primitivas, designando siempre, (y esta coincidencia de adecuación es la mejor prueba) el poder creador y animador de la naturaleza ó parte de él, bien se le represente residiendo en el cielo, en la tierra, en el fondo del mar, en la cumbre de la montaña, en la luna, en el sol ó en el más ridículo fetiche. Todas estas moradas le fueron asignadas después. Las tribus todas estuvieron presentes por sus antepasados á la primer imposición de nombres, que fué instintiva y sin darse cuenta de ella, repitiendo las onomatopeyas al observar los fenómenos del soplo ó de la respiración y el del hervor producido por el agua al fuego. Es cierto que estos nombres han sufrido en su mayor parte, de resultas de las relaciones y choques de las diferentes razas, alguna confusión, combinándose á veces ó mezclándose en un mismo nombre dos ó más, procedentes de distinta evolución, como puede observarse en estos de Malaca: *Fin-Bhumi*, que debe su formación á la palabra árabe *Fin*, demonio, y á la sanscrita *Bhu-mi* tierra, y *Jewa-jewa*, á la sanscrita *Dewa*; pero tienen en cambio aquellas tribus su *Pirman*, divinidad invisible que permanece por encima de las nubes, cuyo origen directo no puede ser otro que el *bero* y la espiración.

El nombre del cielo ó de divinidad en general, entre los samoyedos, ofrece una complicación que pudiera parecer confusión á primera vista y no es más que reduplicación de las onomatopeyas primitivas: *Filibeambaertje*, según Castren, y es un precioso ejemplar para nosotros. No parece sino que en el temor de llegar á olvidarlas, se repiten y agrupan, para que no se pierdan, las palabras sagradas. Refiriéndose á este nombre, cuenta Castren la anécdota de la mujer samoyeda que da una excelente idea del sentimiento religioso de estos pueblos: Tenía la costumbre de salir de su tienda, mañana y tarde, á hacer su oración, postada ante el sol. «Cuando tú te levantas ó *Filibeambaertje*, me levanto yo, decía por la mañana;» «cuando tú te acuestas también me acuesto yo, le decía por la tarde.» Esta mujer se tenía por devota y se citaba ella misma como una prueba de que los samoyedos son gentes religiosas; pero, ¡ay! solía añadir con aire pesoso, hay todavía salvajes que no se acuerdan nunca de invocar á Dios!

El Creador preexistente, el Dios Supremo iroqués se llama *Neo* ó *Hawaneu*, ¡Qué parecido grande con el *Nou* egipcio y *Anu* y *Nebu* de los asirios! ¿Y no es más extraño encontrar entre los iroqueses, en el Norte de América, este nombre: *Areshove*, dios de la guerra, que no parece sino la unión de Ares y Jove, el dios de la guerra griego y el padre de los dioses romano? ¿No indica todo esto una relación prehistórica olvidada entre los más apartados pueblos?

Júzguese como se quiera, no daremos por terminado este capítulo sin exponer antes los siguientes extraños dogmas de la Polinesia que, con nuestro propósito, se relacionan.

En esta parte del mundo existe la creencia de una mansión occidental á donde van á parar las almas de

los muertos. Es una especie de *Amenti* egipcio, que como es sabido, también significaba el Occidente. En ciertos sitios, esta mansión se llamó *Reigna* y en otros *Bulutú*, mansión subterránea que hace recordar á Pluton, porque, en efecto, contraída y acentuada fuertemente, su final se hace *Blutum* ó *Pluton*, partiendo siempre del origen *ber*. Los dioses infernales ó demonios que presiden aquí se llaman *Wiro*, *Sveasiuleo*, en las islas Samoas, y *Hiculeo* en las de Tonga.

Desde luégo se ve que *Sveasiuleo* es idéntico á *Hiculeo* y que, sólo á fuerza de tiempo, por el aislamiento de las islas, ha llegado á ser diferente en la apariencia. En efecto, si convertimos las dos sibilantes de *Sveasiuleo*, en su pristino estado de aspiradas ó guturales, tendremos *Haveajiuleo*; ahora bien, si se fortifica la gutural *j*, el diptongo inmediato *iu* se contrae espontáneamente en *u*, y nos quedará *Haveaculen*, que en un principio pudo haber sido, *Ha-ab-ha-ero*, y posteriormente, pero en un centro antiquísimo todavía, pudo dar lugar al *Javea* eúskaro, el señor, el dueño, al *Faveh*, hebreo, y á la terminación tan común de *Hércules*, *Mercurio*, etc., que explicamos en otra ocasión. Que esto no pudo menos de ser así se prueba con su leyenda, que es una misma para los dos y que parece raíz de la de Prometeo.

Los dos habitan en el *Bulutú*, al Occidente, y tienen una inmensa cola que se prolonga por toda esta región para vigilarla. *Hiculeo* tenía costumbre de visitar las islas de Tonga y arrebatarse los primogénitos de las familias para poblar su mansión. *Tangaloo* y *Maui*, compadecidos de los padres, se apoderan á su vez de *Hiculeo* y le encadenan, fijando un extremo de la cadena en el cielo y otro en la tierra. Hé aquí otro mártir gigantesco por querer hacer la dicha de los hombres sin permiso de los otros dioses, porque el

*Bolutú*, á donde los llevaba, era un lugar de delicias una isla bien aventurada. Tales parecidos de nombres y de hechos no parecen casuales ni fundados, como se ha supuesto, en la semejanza *psíquica* del hombre, porque las coincidencias son tantas como iremos viendo, y las adecuaciones entre nombres, significados y atributos, tan exactas y grandes, que no hay remedio sino deducir de todo ello un origen común; pero este origen común, entiéndase bien, no puede ser otro que el de la familia salvaje primitiva, rompiendo á hablar y haciendo aplicación á las cosas, de las interjecciones y onomatopeyas naturales.

Otra creencia, no menos digna de tenerse en cuenta, es la en que están casi todas las tribus de la América meridional, de que el ser más poderoso y que más se ocupa en hacer la dicha ó la desdicha de la especie humana, es el mal espíritu. Esta adoración del diablo es general, y supone un trastorno de la inteligencia que, sin embargo, se explica bien por la miseria en que viven ó pudieron haber vivido sus antepasados. Los hombres sencillos que no ven ni esperan de la naturaleza más que daño y castigo, prefieren creer que el mundo está gobernado por un ser maléfico, antes que negarlo, porque el hombre que tiene intimidad con la misma naturaleza y observa de cerca sus procedimientos admirables y terribles, no puede menos de tener por segura la existencia de su fuerza, de su inteligencia y de su poder, que en la mente salvaje se personifica, como todo.

Este malo, pero grande espíritu, se llama entre los macusis, *Epel* y *Horiuch*. Cualquiera de estos dos nombres recuerda bien su etimología; en *Epel*, sobre todo, se puede admirar la vida y persistencia de las palabras religiosas, aun en los más miserables medios y más expuestos al olvido y á la corrupción. Lo mismo

sucede con el dios malo de los yumanas, *Vanüloa* y *Locozi*, donde el *ero* primitivo, convertido en *lo*, forma siempre el núcleo de la palabra. Los kodiacos de la América del Norte tienen también este dualismo del bien y del mal; pero es probable que le hayan tomado del cristianismo. Su creador del cielo y de la tierra se llama *Shljem-Shoa*, cuyo nombre no es menos significativo: *Ha-er-jem*, seguramente en su principio. Con el *Meulen* de Chile, buen espíritu amigo del hombre sucede lo mismo. Un dualismo rudimentario se nota todavía en las religiones indígenas del Africa, como en el antiguo Egipto. La lucha de Osiris y Typhon está representada por *Zambi*, el creador, y *Zambi-ambi* el destructor, en Loango, y por *Ombwiri* y *Onyambe*, entre los negros de Guinea. Las espiraciones naturales en unos, y la onomatopeya *ber*, en *Om-bwir-i*, están bien marcadas. En la leyenda iroquesa de los dos hermanos gemelos, que cualesquiera que hayan sido las modificaciones sufridas posteriormente no deja de tener, por más que se diga, un marcado sello de antigüedad, el nombre del buen espíritu es *Enigorio*. Esta leyenda versa toda ella sobre la idea fundamental del dualismo, como la otra, cuya versión ha dado el padre Brebeuf, misionero entre los hurones en 1836, y que hace recordar la de Caín y Abel. Esta es la más interesante para nosotros. Hé aquí cómo la cuenta el P. Brebeuf: «*Ataentsic*, la luna, cayó del cielo sobre la tierra y parió dos hijos: *Taouiscaron* y *Youskeha* que cuando fueron grandes tuvieron una disputa. Los dos hermanos salieron á combatir con armas bien desiguales: *Youskeha* llevaba un asta de ciervo; *Taouiscaron*, algunas bayas de agabanzo, persuadido de que en cuanto pudiese tocar á su hermano con ellas, éste caería muerto á sus piés. Pero sucedió todo lo contrario, porque *Youskeha* le dió un golpe tan terrible en el



costado, que la sangre corrió á torrentes. El herido huyó, y su sangre, que cayó sobre la tierra, se transformó en Silex que los salvajes llaman todavía *Taouiscara*, del nombre de la víctima.»

Esta leyenda parece ser un simple mito de la naturaleza: la lucha entre el día y la noche, porque los hurones llaman *Youskeha* al sol, y á la luna *Aataentsic*. El sol, *Youskeha*, es el ser bueno; su influencia bienhechora se extiende á todo; mientras que la luna, *Aataentsic*, causa la muerte de los hombres y gobierna el mundo de las almas; los indios dicen que es mala.

Ahora bien; *Aataentsic* tiene un parecido notable de nombre y atributos con la divinidad celtíbera *Ataccina*, y se enlaza bajo cierto aspecto con *Athene*, la griega. El parecido de nombre, aislado como en este caso, no tendría nada de particular ó nada probaría, si no fuese la similitud de los atributos. Es cierto, según parece de una lápida descubierta cerca de Mérida, que esta deidad lusitana fué asimilada, en tiempo del imperio, á la Proserpina siciliana: «*Dea Ataccina Turibrigensis Proserpina*» (1): lo cual prueba que para los naturales era una divinidad infernal. Creuzer identifica con razón á Proserpina con Artemis ó la luna, por el sacrificio del toro, y es indudable que Proserpina fué considerada así, á pesar de sus otras atribuciones, de ser la esposa de Pluton y tener á su cargo el desarrollo de los gérmenes. La *Aataentsic* americana es también creatriz de la tierra y del hombre. Al identificar, pues, *Ataccina* con la hija de Ceres, se tuvo en cuenta sin duda la igualdad de carácter y semejanza de cualidades entre las dos deidades. Esto mismo nos impulsa á identificar también con ellas á la diosa americana; mas respecto á la interpretación del nombre,

(1) Corpus inscript. Hisp. lat. vol. II. 463.

sobre el cual tanto se ha divagado ya, debemos reservarla para el de *Athene*, que también fué luna al nacer, rasgando la bóveda azul, el cráneo de su padre, el cielo, armada con sus rayos de luz. No guardaremos la misma reserva con *Youskeha*. Poco trabajo nos costará probar su identidad con el sol éuskaro; basta poner en frente, la una de la otra, las dos palabras: *Youskeha*, *Eguzquiya*, el sol. Estas dos palabras, pertenecientes hoy á dos razas tan separadas en el espacio como son los hurones y los vascos, encuentran su lazo de unión en los vocabularios de las islas aleutianas, donde se habla una lengua diferente de las del Kamstchatka y donde llaman al sol, *Aquiya*.

Los aleutianos no entienden la lengua de Bering. Ellos se llaman á sí mismos *Kangist*; á la luna la llaman *Tughilak* (en éuskaro, ilarguia), y á la casa ó tienda *ooloe* (en éuskaro, chabola). Se dice que los tchutkos llegan en un día de verano, desde su costa del Nordeste de Asia á América, en sus barcas de piel de vaca marina, y esto debió haber sucedido siempre, de modo que no es extraño que se encuentren las relaciones que hemos hecho ver, entre el nuevo y el antiguo mundo.

Es bastante general entre los indios de la América del Norte la creencia de que el sol es el dueño de la vida y lo anima todo. Algunos misioneros han creído que *Youskeha* es lo mismo que *Ataocan* el creador (1), pero estas cuestiones de teología india apenas nos interesan después de haber hecho notar la importante correspondencia de *Yousquiha*, *Eguzquiha* y *Aquiya*. Charencey no iba ciertamente descaminado al esta-

(1) Sagard, *Hist. du Canada*, pág. 490. Hennepin, *Voyage dans l'Amérique*, pág. 302.

blecer la relación lingüística de los idiomas del San Lorenzo con el eúskaro.

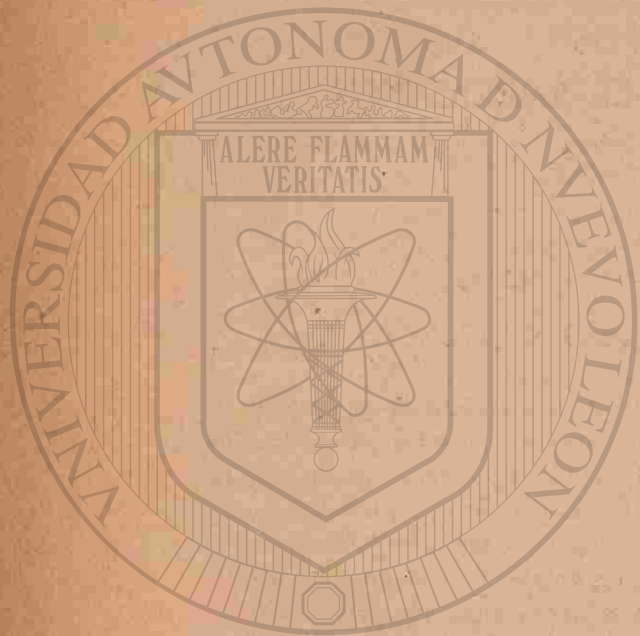
En la lengua de los Tschuwaches, pueblo, provincia hoy de Rusia, que hizo antes parte del reino de Kiptchaks, según un bosquejo ó especie de gramática hecho por los sacerdotes (1): el sol, *kwel*, (*ha-veli*) se lee *gmesch*, que se parece mucho, para que no venga de un mismo origen, al *egun*, día, de los eúskaros, y á *Eguzquiya*, por consiguiente, que tiene la misma formación. En Kirghi, el sol es también *Kajasch*, sonando la *j* como *sch* turca.

Ponemos estas palabras, como ejemplos, para que nadie extrañe después otras aproximaciones por lejanas que estén en el espacio, pues ya es sabido que los pueblos más distantes pudieron haber tenido un origen común.

Los vocabularios Tamules traen, con el sentido de dios, las palabras: *Amara-ar*, *And-ar*, *Vivud-ar*, *Ileg-ar*, *Aditt-ar*, *Sur-ar* y *Tirtt-ar*. Se ve en todos ellos la onomatopeya *er* en el *ar* final, y reduplicada, en vuelta en la espiración, en los más. *Sur-ar* es correspondiente del *Surya*, sanscrito; es el *su*, fuego, en eúskaro, más la onomatopeya del calor; pero, *su*, fuego, viene también de la espiración en su forma *ju*. *Aditt-ar*, corresponde quizá á la Aditi aryana, perdido el *er*. *Panna-var* son los creadores, y en este nombre se ven las dos onomatopeyas con su precisa significación. *Umbar*, (*Am-beri*), es el cielo, el aire, la elevación, los espíritus celestes ó bienaventurados, y se emplea en oposición á *Ambar*, este mundo material. *Puttélir*, plural de *Puttel*, Dios, que también significa

(1) Natschertanie Pravil Tschuwaschkago Jazika, Gramática publicada en 1836.

novedad, compuesto según se cree de *puđu*, nuevo, y una palabra que se confiesa desconocida, *el*, que no puede ser otra cosa que nuestra onomatopeya *er*. (*Eyar*, los señores, los príncipes; *Ul*, corazón, existencia, vida; *Ir-æ*, rey señor; *Ir-a*, morir, como el *il* eúskaro, todos llevan el sello original.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## DIOSES AMERICANOS.

### I.

#### DIOSES MEJICANOS.

Examinando los medios gráficos de expresar ideas que tenían los americanos, se encuentran: ya kriológicos ya trópicos como los egipcios, cifras simbólicas que expresan palabras enteras como los caracteres chinos, cifras silabarias como las de los tártaros manchues, en las que las vocales forman un solo cuerpo con las consonantes, algo en fin, que parece marcar el tránsito del geroglífico á la escritura, pero que no llega nunca al alfabeto, que ningún pueblo de la América conoció, al parecer. Es verdad que se ha dicho que el P. Narciso Gilbar vió leer por un libro en 4.º como los nuestros á un indio viejo rodeado de otros jóvenes, y que, habiendo podido conseguirlo, lo mandó á Lima, al P. Cisneros, en cuyo poder se extravió. Eran indios panos á orillas del Ucayal, en la embocadura del Sarayacu, al Norte. La semejanza de ese libro en 4.º con los nuestros, hace desaparecer toda sospecha de que fuese resto de una civilización ante-

rior americana como se ha supuesto, aunque no pruebe nada en contra de ella. En cambio, la inscripción de Dighton, á doce leguas de Boston, igual á las que se ven en las rocas de Noruega, unida á la tradición de los naturales, de que hombres blancos en casas de madera subieron por el río y después de vencer á los indios gravaron aquellos signos, confirman las relaciones y el comercio de peletería, sostenido por los escandinavos hasta el siglo XII, con la América del Norte.

En las riberas del Caura, peñascos elevadísimos están esculpidos con figuras de animales, del sol, de la luna y geroglíficos. Los cráneos americanos examinados por el Dr. Waren, de Boston, en sepulcros antiguos, parecen de una raza superior á la actual, si bien inferior á la europea. Los adornos de los túmulos son semejantes á los de la India. Entre los japoneses y los naturales de Bogotá hay grandes conexiones; en los dos idiomas falta la letra *l*; se visten de algodón; sus calendarios tienen los mismos ciclos de números y días, y el período de sesenta años.

Ruinas antiquísimas se extienden en América, desde el estado de N. York, á lo largo de los Alleganis, al Occidente. Al Sur, se dirigen á la Georgia oriental hasta el Occéano, en la parte más meridional de la Florida; al Occidente, hasta más allá de las fuentes del Missisipí, y siempre á orillas de los ríos, pero no tocan al Atlántico, ni llegan al Pacífico, ni á los países fríos. Inmensos bosques se han renovado dos veces encima de ellas. Todo indica que son anteriores á la raza actual. El paso de las razas de Asia á América debió haberse efectuado antes de la abertura del estrecho de Behering, cuando acaso los dos continentes estaban unidos. No puede verse la dirección de las islas Aleutias, formando una especie de compuertas que cierran á medias el mar de Behering, sin convencerse de que

hubo un tiempo en que estas islas formaron las más altas cimas de una cordillera que sirvió de unión á los dos continentes. El paso era fácil entonces por donde están hoy las islas Kurilas y las de Yeso, desde la Mongolia actual, sin subir á los climas helados del Norte.

El hundimiento de todo este país que enlazaba las dos partes del mundo, no tiene nada de extraño si se considera, que América estuvo expuesta á grandes trastornos geológicos desde el origen y que sucesos, como el de la noche del 23 de Enero de 1663 en que toda ella se conmovió experimentando treinta y dos sacudidas de terremoto, pudieron tener un resultado más decisivo en la transformación del continente en otro tiempo. La circunstancia de haberse encontrado bastante diferencia entre la flora y la fauna americanas y asiáticas, y la falta de nuestros animales domésticos allí, hacen presumir un período de aislamiento enormemente largo, necesario para que las especies hubiesen tenido tiempo de variar, hasta el punto de no poder ser ya clasificadas con sus antiguas parientes de Europa y Asia. ¡A qué época remota no se elevarán, pues, esas tradiciones americanas que revelan un origen común con las del viejo mundo!

Los imperios civilizados que encontramos en América, son restos probablemente de una civilización primitiva, representada por las grandes ruinas, y que debió tener un mismo origen con las civilizaciones del mundo antiguo, egipcia, asiria, etrusca, china, separadas por las emigraciones y haciendo después el resto de su evolución á parte. Sólo así se explican los grandes parecidos y las conexiones que entre ellas se observan. ¿Cómo serían posibles, si no, costumbres como esta, por ejemplo: el emperador de la China y el Inca del Perú arando la tierra en la misma festividad del año para inaugurar los trabajos de la agricultura?

Los monumentos prueban también la identidad original de las civilizaciones en una época que no es posible fijar, pero de cuya altísima antigüedad nos da una idea la variación de las especies en los dos mundos.

Existía la tradición de que la pirámide de Cholula, doble en su base que la de Cheops, aunque mucho más baja, fuera construida por siete hombres solos, salvados del diluvio; pero que los dioses, irritados por esta construcción que debía tocar las nubes ó llegar al cielo, como la torre de Babel, fulminaron sus rayos sobre ella, y por eso se quedó incompleta.

En las ruinas de Culuakan ó de Palenke que ocupan ocho leguas de extensión, los sepulcros son tumbas cónicas, verdaderas pirámides, como en Egipto, que cubren vastos subterráneos. Sobre un terrado de sesenta piés de elevación hay un edificio de raro estilo, entre gótico y morisco, que tiene en medio una torre de pisos en disminución que debió ser altísima. Los bajos relieves dejan conocer los ritos funerales. El cadáver se ponía en las hogueras con sus armas, sacrificando allí las esposas y los esclavos. Hay otros que parecen ritos de iniciación. Pero lo que causó más sorpresa á la comisión enviada por Carlos IV á las órdenes de Dupaix para explorar las ruinas, fué un cuadro donde, en medio de geroglíficos, se ven el escarabajo y la T, tan frecuentes en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina, de cuyos brazos pende una especie de palma enroscada, con un gallo encima. A la derecha, hay un sacerdote que ofrece un vaso de flores, y á la izquierda, una mujer, con tiara á la egipcia, que presenta un niño acostado en una cesta de mimbres. ¿Cómo explicar este hallazgo sorprendente en el corazón de la América, en una ciudad enterrada después de tantos siglos? ¿No parecen esos los símbolos de la Pasión? ¿Por qué visión profética se fijaron en el cuadro de

Palenke? ¿O será la cruz emblema de una religión primitiva?

Hay noticia, en el mundo antiguo, de la cruz que señalaban en el aire los sacerdotes etruscos, apuntando con sus bastones á los cuatro puntos cardinales del espacio, residencia del espíritu, habitación de los vientos. Esta cruz circunscripta por el círculo que representaba el universo, pero incluida en él, representaba el conjunto de las cosas, el infinito, el espacio, el soplo, el espíritu, la vida, todo. Es la cruz, por lo visto, el símbolo más antiguo de la vida, originada en el soplo universal, é individualizada en la respiración de los seres.

Mr. Martillet (1) ha probado en su libro, *El signo de la cruz*, que esta señal era usada como un emblema religioso en una porción de pueblos europeos, asiáticos y africanos, antes del cristianismo.

El séptimo rey del noveno *Ki* en China, se lee en la obra de Pauthier, se llamó *Hien-Yuen* por haber hecho la balanza «poniendo juntos dos trozos de madera, el uno derecho y el otro al través, á fin de honrar al Altísimo.»

«El símbolo supremo fué siempre la cruz, dice Cantú (2), en su *Historia universal*, «ésta se halla muy frecuentemente en Egipto como signo heriático de la vida; como signo de salvación fué trazada en la frente de los arrepentidos de Jerusalén (Ezequiel IX); en Palenke, ciudad mejicana, tan antigua que ni siquiera los primeros conquistadores tuvieron conocimiento de ella, se la encontró colocada en el santuario como objeto de culto.»

(1) M. G. Martillet. *Le signe de la croix avant le christianisme*. I Vol. in 8. París, 1866.

(2) *Historia universal*, t.º 7.º, pág. 676.

Se nos figura que el nombre de la cruz ha de ser también onomatopéico. Hemos visto ya, cómo la palabra que expresa el color verde adquirió en los idiomas germánicos los sonidos *green, grow, etc.*, procedentes de la contracción del *bero*, expresando en un principio las ideas de creación, desarrollo y crecimiento vegetal, caracterizados por el color verde de las hojas y hierbas, y designando en fin este color, con la misma onomatopeya, por analogía y asociación de ideas. El espacio, residencia del espíritu ó del soplo en sus cuatro puntos cardinales, que lo abarcan todo, circunscriptos en un círculo imaginario, considerado como universo viviente y animado, debió ser conocido en el origen con el nombre de la divinidad: *Bero-ja*.

Es una prueba de esto, la concepción que se formaban de sus grandes dioses: *Pardjania, Zeus, Elohin, Belo, Indra, el Omphalos*, que todos representaban, además de su carácter especial, el espacio universal y aéreo. La forma primitiva *Bero-ja*, pasa, por contracción, á *Bro-ja* y *Grox-a*, y por último, á *Cruz* latina y Cruz en español. En todo caso, si su etimología se quisiera traer de su aplicación á instrumento de patíbulo, sería lo mismo: *Patíbulo, Gabal-us* en latín: *fabar = faber*, otro término evolutivo de las onomatopeyas como *Cruz*: álito vital; sin expresar si era para conservarlo ó para perderlo; pero en la lengua primitiva, acaso el acento ó la manera de decir expresaba la diferencia, como en chino. La idea que se quería indicar con las palabras *Gabal-us* ó *Cruz*, era la de rendir ó entregar el espíritu vital, como ahora decimos espirar por morir. Son dos evoluciones de una misma idea y de un mismo nombre primitivo. La cruz fué, pues, símbolo del espíritu ó del soplo, y figura de sus cuatro puntos cardinales, y como tal, emblema de la vida y de la muerte.

Los aztecas y toltecas no conservaban memoria alguna de tales monumentos, ni tenían noticia de la ciudad enterrada por las lianas de tal modo, que gran número de trabajadores, empleando el hierro y el fuego, sólo pudieron descubrir quince edificios en treinta y cinco semanas. Waldeck (1), ha descripto otras ruinas, más admirables aun, del Yucatan y de Itzalan.

Uno de los siete que, según la tradición, edificaron la pirámide de Cholula, se llamaba *Xelua*, (*Ha-er,?*) (2) y el canto que los cholulanos entonaban alrededor de la pirámide, acababa en estas palabras: *Tullaniam hulu-laez*, que no son de ningún idioma mejicano y que se parecen á nuestro Aleluya.

Ciertas ceremonias y creencias de las religiones americanas dejaron absortos á los religiosos españoles por su gran parecido con el catolicismo. Este fragmento de exhortación de un sacerdote mejicano á un penitente nos ha sido conservado por el P. Sahagún: «Hermano, ¿me has ocultado tal vez alguno de esos pecados tan graves, horribles y vergonzosos que el cielo, la tierra y el infierno saben ya, y que infestan el mundo del uno al otro confín?» «Te has presentado al Señor nuestro clementísimo, protector de todos, á quien has ofendido, cuya cólera has provocado, y que mañana ó pasado te sacará de este mundo y te enviará á la mansión universal del infierno?» . . . . En conclusión te digo que limpies las inmundicias y el muladar de tu casa, que te purifiques y des una fiesta á los sacerdotes para cantar alabanzas al Señor. Harás también penitencia trabajando un año ó más en la casa del Señor.»

Las mismas palabras y el mismo estilo que un indio

(1) *Boletín de la Sociedad de Geografía*, 1835.

(2) Manuscrito de Pedro de los Ríos, en el Vaticano.

mejicano puede escuchar de un sacerdote católico. Esto, la comunión del Perú, que obligaba á decir á Acosta que había sido una falsificación de Satanás en odio á los Sacramentos de la Iglesia, y el Bautismo que se aplicaba á los niños al nacer, hizo suponer á Cieza de León, á Herrera y á Piedra Hita, que el Apóstol San Bartolomé había estado en América.

Era preciso inventar algún recurso para dar razón de tantas semejanzas, porque hasta una tribu de gaspesianos en el Canadá adoraba la *Cruz* y designaba la dirección de los vientos, á la llegada de los europeos.

En la colección de Mendoza pueden verse las ceremonias que se ejecutaban en Méjico al nacimiento de un niño: la partera invocando al dios *Ome-t-velli*, y á la diosa *Ome-cihualt*, (*Ome-t-vel-ti?*) dioses de la reproducción ó de la fecundidad, arrojaba agua sobre la frente y el pecho del recién nacido, recitando oraciones (1): El agua purificaba el alma. La comadre hacía aproximar á los niños que habían de ponerle nombre. En algunas provincias se encendía *fuego* y se figuraba que se pasaba por las llamas la criatura.

Debemos ahora advertir, antes de entrar en el examen de los nombres, que la lengua de los aztecas carece de *b, d, f, g, r, s*, y que la *t* representa en cambio un gran papel, como eufónica y letra de enlace, en todos los casos en que esta lengua compone, de varios nombres, uno sólo. Es la *t* el sonido preferente de los mejicanos, y la que hace sus palabras de difícil pronunciación, aunque ellos pasaban rápidamente sobre ella y apenas se notaba.

Por de pronto diremos que los nobles se llamaban *Pilleos*, nombre que, atendiendo á cuanto hemos dicho

(1) *Clavijero*, t.º 2.º, pág. 86.

ya respecto á la antigua costumbre de los sacerdotes y de los grandes, consistente en apropiarse los nombres divinos, no puede menos de ser onomatopéico. *Pilleos* ó *Pileos*, *Bel-he-os* (*Ber-he-os*), los grandes, los de origen celeste, los venerables, como los aryas. No se puede tener gran confianza en el modo de escribir hoy los nombres de los dioses mejicanos. Se sabe que no tenían verdadero abecedario, y que la pronunciación tradicional era el todo en esta clase de nombres. *Vitzilipotli*, por ejemplo, debía tener una pronunciación muchísimo más sencilla que la que suponen tantas letras, agrupadas después por historiadores que nunca lo oyeron pronunciar de labios mejicanos. Nosotros preferimos la clara ortografía que da de este nombre Bernal Díaz del Castillo, por parecernos que es el único historiador que tuvo ocasión de oír el nombre del Dios en boca de los nobles y del pueblo, y que pudo rendir fielmente su pronunciación en esta forma: *Huchilobos*, si bien preocupado, acaso, por el parecido de la segunda parte con la palabra española *lobos*. El nombre, en nuestro concepto, podría pronunciarse así: *Huitz-elo-huotz-elo*, pasando sobre esta última rápidamente, y sonando de este modo á los soldados españoles, *Huchilobos*, y aproximándose al mismo tiempo á esta forma: *Huitz-ilo-pozt-li*, como otros escriben. Como quiera que se considere, este nombre no debió ser en el origen más que una reduplicación de las dos onomatopeyas *Ah* ó *ach-elo*, *ach-elo* con la *t* mejicana de enlace.

*Huitzilopotzli*, además de dios de la guerra y personificación del sol, era el principio creador también, á juzgar por su imagen y su culto. Era representado con figura humana, sentado sobre una bola azul, que llamaban cielo, de cuyos cuatro lados salían cuatro serpientes, símbolos de la vida. Cubría su cabeza un

pájaro de hermosas plumas, con la cresta y el pico de oro; en una de sus manos tenía enroscada una culebra y en otra cuatro flechas, que se creía bajadas del cielo. El rostro, de una severidad horrible, tenía la frente y la nariz pintada de azul también, como para indicar mejor que era el cielo. Llevaba además una rodela con cinco plumajes blancos, dice Solís, puestos en cruz. El carácter de dios cielo, segunda etapa, en la asociación de ideas, de los dioses creadores, está, pues, bien marcado en *Huitzilopoztli*. ¿Cómo no había de tener por nombre las onomatopeyas?

Pero hay más, y es esta una prueba decisiva. Otro dios, ó mejor dicho, otra persona, pero el mismo dios bajo una forma enteramente igual, que pasaba por hermano, compañero y amigo suyo, idéntico á él, con uniforme voluntad, hasta el punto que se acudía á entrambos con una sola víctima y un ruego; en fin, otro él, tenía un departamento igual al suyo en el mismo templo; su nombre era *T-laloch*, forma perfectamente conservada, como se ve: *T-era-ero*, con la espiración.

El dios del bien era *Teotl*, enemigo de *Tlecatcolotle*, que premiaba ó castigaba por medio de la transmigración del alma, como Brahma. Si se suprimen las *tt* y se convierten las *ll* en *rr*, estos nombres reproducen las onomatopeyas en su primitivo estado.

El mito de *Quetzalcoatl*, que tanto chocaba á Humboldt á causa de su papel de instructor y moralizador, y sobre todo, por su representación como hombre blanco y barbudo, merecería un capítulo aparte, que no ponemos aquí por separarse del plan que nos hemos propuesto. Sólo indicaremos que es, en nuestro concepto, un mito moderno y personal, fundado sobre otro primitivo, aunque digno por su extrañeza de un detenido estudio, y que tenemos motivos para

sospechar que acaso el islandés Biorn Abramson representó un papel divino entre los antepasados de los aztecas, cuando vivían en el país de las aguas, es decir, donde están los grandes lagos del Canadá.

## II.

## DIOSES ARAUCANOS.

Un canto de los montañeses armenios en que todavía celebran al antiguo dios *Vahagn*, sin darse cuenta de ello, dice así: «Engendraba la tierra, engendraba el cielo, engendraba el agua de color purpúreo. Los dolores de parto atormentaban también á la caña encarnada. Desprendíase de su extremidad el humo y luego apareció la llama y de ésta brotó un joven de rubia cabellera. La llama envolvió sus rizos y su barba. Sus ojos y sus párpados eran dos soles.»

Este fuego eterno, origen de todo, productor de la vida, por medio del calor, es adorado en abstracto, como ente metafísico universal y bajo la figura de sus manifestaciones el sol y la luna, en los imperios americanos lo mismo que en el antiguo mundo.

Los araucanos ó moluches, como ellos se llaman, la raza heroica que tanto dió que hacer á los españoles, son de cara chata, pómulos salientes, mirada feroz, rojiza ó bronceada tez, nariz corta, barba sin pelo, larga y lisa cabellera; cualquiera al verlos los toma por mongoles. Es el Araucano la mejor prueba de las emigraciones asiáticas por el Kamtchatka á América. Gomara suponía á los americanos oriundos de Canaán, Adar, de la India, Huet y Kircher, de Egipto, Campomanes, de los cartagineses, otros, de los hunos, de los japoneses, etc. Humboldt cree con razón que se separaron pronto del tronco común conservando las tradiciones primitivas y que penetraron en América por



pájaro de hermosas plumas, con la cresta y el pico de oro; en una de sus manos tenía enroscada una culebra y en otra cuatro flechas, que se creía bajadas del cielo. El rostro, de una severidad horrible, tenía la frente y la nariz pintada de azul también, como para indicar mejor que era el cielo. Llevaba además una rodela con cinco plumajes blancos, dice Solís, puestos en cruz. El carácter de dios cielo, segunda etapa, en la asociación de ideas, de los dioses creadores, está, pues, bien marcado en *Huitzilopoztli*. ¿Cómo no había de tener por nombre las onomatopeyas?

Pero hay más, y es esta una prueba decisiva. Otro dios, ó mejor dicho, otra persona, pero el mismo dios bajo una forma enteramente igual, que pasaba por hermano, compañero y amigo suyo, idéntico á él, con uniforme voluntad, hasta el punto que se acudía á entrambos con una sola víctima y un ruego; en fin, otro él, tenía un departamento igual al suyo en el mismo templo; su nombre era *T-laloch*, forma perfectamente conservada, como se ve: *T-era-ero*, con la espiración.

El dios del bien era *Teotl*, enemigo de *Tlecatocoltle*, que premiaba ó castigaba por medio de la transmigración del alma, como Brahma. Si se suprimen las *tt* y se convierten las *ll* en *rr*, estos nombres reproducen las onomatopeyas en su primitivo estado.

El mito de *Quetzalcoatl*, que tanto chocaba á Humboldt á causa de su papel de instructor y moralizador, y sobre todo, por su representación como hombre blanco y barbudo, merecería un capítulo aparte, que no ponemos aquí por separarse del plan que nos hemos propuesto. Sólo indicaremos que es, en nuestro concepto, un mito moderno y personal, fundado sobre otro primitivo, aunque digno por su extrañeza de un detenido estudio, y que tenemos motivos para

sospechar que acaso el islandés Biorn Abramson representó un papel divino entre los antepasados de los aztecas, cuando vivían en el país de las aguas, es decir, donde están los grandes lagos del Canadá.

## II.

## DIOSES ARAUCANOS.

Un canto de los montañeses armenios en que todavía celebran al antiguo dios *Vahagn*, sin darse cuenta de ello, dice así: «Engendraba la tierra, engendraba el cielo, engendraba el agua de color purpúreo. Los dolores de parto atormentaban también á la caña encarnada. Desprendíase de su extremidad el humo y luego apareció la llama y de ésta brotó un joven de rubia cabellera. La llama envolvió sus rizos y su barba. Sus ojos y sus párpados eran dos soles.»

Este fuego eterno, origen de todo, productor de la vida, por medio del calor, es adorado en abstracto, como ente metafísico universal y bajo la figura de sus manifestaciones el sol y la luna, en los imperios americanos lo mismo que en el antiguo mundo.

Los araucanos ó moluches, como ellos se llaman, la raza heroica que tanto dió que hacer á los españoles, son de cara chata, pómulos salientes, mirada feroz, rojiza ó bronceada tez, nariz corta, barba sin pelo, larga y lisa cabellera; cualquiera al verlos los toma por mongoles. Es el Araucano la mejor prueba de las emigraciones asiáticas por el Kamtchatka á América. Gomara suponía á los americanos oriundos de Canaán, Adar, de la India, Huet y Kircher, de Egipto, Campomanes, de los cartagineses, otros, de los hunos, de los japoneses, etc. Humboldt cree con razón que se separaron pronto del tronco común conservando las tradiciones primitivas y que penetraron en América por

el estrecho de Behering, lo mismo que han seguido entrando hasta los tiempos modernos, los chipewais, los osegos y otras tribus de Siberia. La lengua de los araucanos es dulce y armoniosa; no tiene nombres ni verbos irregulares y sus reglas son tan sencillas que pocos idiomas podrán aprenderse con más facilidad que el *Ghili-dugu*.

Su mitología no es tan sencilla como su lengua. Sobre todas las divinidades secundarias que son muchas y sobre sus grandes dioses que deben ser producto de la fusión de varias tribus, domina el Criador de todas las cosas, *Vilbemboc*, en cuyo nombre volvemos á encontrar la onomatopeya del calor: *Vil* ó *Bil*, *Ber-bemboc*, con el significado de creación ó creador y acompañada de una forma de espiración *bem*.

Otro gran dios bajo la denominación de ser supremo tiene por nombre *Guenu-Pillan*. La espiración y la onomatopeya del calor se vislumbran también á través de este nombre. *Thalcabe* es el dios del trueno; *Moly-helle*, el eterno; *Meulen* es el genio del bien, y *Vancubu* el del mal. Todos estos nombres dejan traslucir las onomatopeyas; pero donde se ve clara la tradición es en el nombre del todopoderoso, *Bil-pel-bil-boe*, en el cual la reduplicación del *ber* no puede estar más manifiesta.

Los otros espíritus y fuerzas de la naturaleza se llaman *ulmenas* y *apulmenas*, que fueron al principio *ermenas* y *aper-menas*; *menas*, (ma-nes?), espíritus de creación, de producción, de calor, antes de indicar las ideas de luz en el antiguo mundo.

Cada hombre tiene su *ulmena* tutelar, ó angel custodio.

Los chilenos llaman á sus poetas *fem-pir*, que ellos traducen por señores de la palabra, pero que nuestros lectores traducirán mejor en el sentido original. ¿Puede darse mejor prueba de enlace entre el nuevo

y el antiguo mundo que el término *fem-pir*, «señor de la palabra,» en esta lengua? ¿No es paronimo seguro, por la idea que representa y por su significado, de los nombres en *ber* del antiguo continente? ¿No es *Par-d-jania*, al revés? ¿No es *Pir-ha*? ¿No es el mismo nombre del verbo y de dios en todas las lenguas del mundo, aplicado al poeta-profeta, como *carmen*, *carmetas* en la evolución latina? Son, como hemos dicho, la analogía y la asociación de ideas, las que producen á la larga estos significados, diferentes, sí, pero guardando siempre en el sentido y en la forma la relación constantemente lógica con las onomatoyas. Así, por ejemplo, el término oriental *Haven*, el sitio donde habitan las mujeres, significa todavía *lugar sagrado*.

### III.

#### DIOSES PERUANOS.

Los peruanos atribuían su civilización á hombres blancos que salieron del lago de Titicaca. Hay en este sitio ruinas más antiguas que los Incas, y es probable que éstos heredasen algo de esta civilización anterior. La tradición decía que el fundador del imperio, *Manco-Capac*, había enseñado la agricultura á los hombres, y su esposa *Mama Oello* á hilar y tejer á las mujeres. Desde luego se comprende que se hace referencia á un período mítico, acaso el mismo, que el de Menes en Egipto, el de Minos en Creta y el de Manú en la India, que nadie sabe dónde ni cuándo habrá podido verse realizado. El nombre de *Man-co* parece idéntico al de los otros fundadores, relacionándose á la palabra éuskara *Man-ua*, poder, autoridad. El sobrenombre *Capac* significa *grande* en peruano y

lo llevaba también el conquistador de Quito, *Huaina Capac*, como Alejandro Magno.

*Mama Oello*, bien pudiera interpretarse, como Deméter, por la tierra madre. *Mama* es, en peruano como en español, madre, y *Oello*, ¿porqué no habrá de ser el *Ha-ero* primitivo, pasando por una lejana evolución á *A-elo* y *O-ello*? Hay aproximaciones que llaman la atención entre los idiomas mejicano y quichua, y las lenguas europeas: *Papa* se llamaba en Méjico á un sacerdote de alta jerarquía;  $\pi\alpha\pi\alpha\alpha$   $\phi\lambda\epsilon$  dice Nausicæ á su padre; *Capac*, grande, es, en español, *capaz*, que casi da la misma idea; *Capax*, en latín. El nombre *Inca* se parece tanto á *Jaincoa*, contraído, que teniendo los dos la relación que tienen con el sol, se puede asegurar que son el mismo nombre del astro, y que en el origen sirvieron para designar el espíritu universal, el sopro. Hemos visto que el nombre de Dios servía también para los rayos y para los sacerdotes. Coya, el nombre de la esposa del Inca, ¿no se parece á *Goico*, luna, todavía, entre los eúskaros del Valle del Roncal? El grito, *Hailli*, marcaba siempre el fin de los cantos peruanos, como nuestro *alehuya*.

Pachacamac y Viracocha son dos nombres del Creador supremo. El culto de Pachacamac es anterior en el Perú á la dominación de los Incas, que no pudiendo derribarlo, debieron consentirlo por política, pues ellos eran verdaderos misioneros del culto del sol en sus conquistas, y su gran Dios creador, cuya manifestación es aquel esplendente lumínar, se llama *Viracocha*. En estos nombres tenemos las dos onomatopeyas conservadas con su natural significación de espíritu creador.

*Pacha-camac* significaba en antiguo peruano «el que da ó sostiene la vida al universo.» La espiración *Pach*, *Vach*, *Vah*, contenía, pues, su sentido original de vida,

ó espíritu vital. *Pacha* tiene también en el Thibet la significación de vida y tierra.

En la gran fiesta del *Raymi*, en el solsticio de verano, (Er-ay-mi) luz del espíritu creador, se sacrificaba un llama, y el *Villac-Omu*, gran sacerdote, buscaba en sus entrañas el anuncio del porvenir, lo mismo que en Roma. Cieza de León llama á este sacerdote ó gran pontífice, *Vilaoma*, «y era tan estimado, dice, que competía en razones con el Inca.» Parece que el verdadero nombre es *Vila-homa*, (Ber-hom?), que como se ve, tiene los mismos elementos que Pardjanía. El sacerdocio reservó para sí el verdadero y primitivo nombre de la divinidad, conservándole en la mayor pureza, dadas las exigencias del idioma quichua.

Los sacerdotes se llamaban *Yana-Vilcas* (*Yan-a-Ber-ja*); y la Tiara del pontífice: *Vila-chuchu*, (*Bel-a-chu-chu*), figurando siempre el monosílabo sagrado en estos nombres religiosos. Las vírgenes sagradas cuidaban también el *fuego perpétuo* que si se apagaba era señal de calamidad. Si alguna de ellas faltaba á sus castos deberes, era enterrada viva. El culto religioso era igual, como se ve, al de los grandes imperios del viejo mundo, antes del cristianismo. Un fondo común de tradiciones es innegable; ¿cómo no habíamos de encontrar aquí también las onomatopeyas divinas?

El fuego sagrado se llamaba *Nina-Vilcoa*, y las vírgenes que le cuidaban, *aellas*. *Yllai-tanta* era una especie de hostia, imagen del sol. En *Nina-Vilcoa* puede verse una reminiscencia de *Bel* ó *ber-jo-a*. *Ylla-pa* significa rayo, trueno y relámpago. Los nombres religiosos del Perú bastarían por sí solos para confirmar nuestra tesis (1).

(1) Relación anónima de las costumbres antiguas de los naturales del Perú.

Según nuevos datos(1), creyeron y digeron los peruanos que el sol y la luna, el cielo y la tierra, fueron creados por otro mayor que ellos: á este llamaron *Ylla-tecce*, «Luz eterna ó Dios eterno; igual este *Ylla-tecce*, al *El hebreo*, *Ela sirio*, *Theos griego*, etc.,» dice el autor de las relaciones mencionadas en la nota, y tiene razón; sólo que en lugar de Luz eterna, ese *Ylla*, pronunciado *Yla*, es el *El* ó *Er* creador, el calor universal, la tradición de todos los pueblos y de todas las razas, la onomatopeya del hervor.

*Viracocha*, el creador, el productor, tenía en la lengua popular del Perú, (los incas hablaban el quichua de Quito,) una significación que admira por su coincidencia con el mito de Afrodite: *Viracocha* significaba también la *espuma del mar*.

Hubo escritor español que pasmado con esta analogía de que Prescott tampoco se da cuenta, opinó que el origen de la civilización americana era debido á algún viajero del antiguo continente. La explicación es la misma que exponemos en el mito de Afrodite: la doble significación de *Vira* y *Afos*, como términos vulgares de la evolución del *Ber*. Pero ¡qué prueba más brillante que esta analogía, si algo faltase para corroborar nuestro descubrimiento!

(1) Tres relaciones de antigüedades peruanas publicadas por el Ministerio de Fomento con motivo del Congreso americanista de Bruselas.

## DIOSES GERMÁNICOS.

El *Edda*, que recogió las tradiciones nacionales después que la mitología germánica se hubo extinguido, ofrece nuevas pruebas á nuestra tesis por el brillante papel que juegan las onomatopeyas.

Sigamos la narración del *Edda*. «En un principio todo era noche y caos; pero el *Allfader*, creador, subsistía desde la eternidad, solo, en el vacío inmenso. Creó éste la tierra, cubierta de hielo en parte y abrasada en otra, *Muspelheim* (Mus-bel-hein?) custodiada por *Surtur* que vendrá un día con la flameante espada á pelear con los dioses y á reducir á cenizas el mundo. El calor del *Muspelheim* penetró derritiendo los hielos del Norte, y del calor y de los hielos nació el gigante *Ymer* (*Ym-er*), amamantado por cuatro torrentes de leche que daba la vaca *Odumbla*, (*Od* ó *Ad-um-ber-a*). Los hielos derretidos por el calor hacen aquí el papel del agua hirviendo de la primitiva tradición, dando el ser á la primera criatura, *Ymer*, ó la creación amamantada por el mismo soplo creador, representado por la vaca *Odumbla*. Esta vaca, á fuerza de lamer una piedra cubierta de escarcha saca de ella en el primer día los *cabellos*, en el segundo una *cabeza* y en el tercero un

Según nuevos datos(1), creyeron y digeron los peruanos que el sol y la luna, el cielo y la tierra, fueron creados por otro mayor que ellos: á este llamaron *Ylla-tecce*, «Luz eterna ó Dios eterno; igual este *Ylla-tecce*, al *El hebreo*, *Ela sirio*, *Theos griego*, etc.,» dice el autor de las relaciones mencionadas en la nota, y tiene razón; sólo que en lugar de Luz eterna, ese *Ylla*, pronunciado *Yla*, es el *El* ó *Er* creador, el calor universal, la tradición de todos los pueblos y de todas las razas, la onomatopeya del hervor.

*Viracocha*, el creador, el productor, tenía en la lengua popular del Perú, (los incas hablaban el quichua de Quito,) una significación que admira por su coincidencia con el mito de Afrodite: *Viracocha* significaba también la *espuma del mar*.

Hubo escritor español que pasmado con esta analogía de que Prescott tampoco se da cuenta, opinó que el origen de la civilización americana era debido á algún viajero del antiguo continente. La explicación es la misma que exponemos en el mito de Afrodite: la doble significación de *Vira* y *Afros*, como términos vulgares de la evolución del *Ber*. Pero ¡qué prueba más brillante que esta analogía, si algo faltase para corroborar nuestro descubrimiento!

(1) Tres relaciones de antigüedades peruanas publicadas por el Ministerio de Fomento con motivo del Congreso americanista de Bruselas.

## DIOSES GERMÁNICOS.

El *Edda*, que recogió las tradiciones nacionales después que la mitología germánica se hubo extinguido, ofrece nuevas pruebas á nuestra tesis por el brillante papel que juegan las onomatopeyas.

Sigamos la narración del *Edda*. «En un principio todo era noche y caos; pero el *Allfader*, creador, subsistía desde la eternidad, solo, en el vacío inmenso. Creó éste la tierra, cubierta de hielo en parte y abrasada en otra, *Muspelheim* (Mus-bel-hein?) custodiada por *Surtur* que vendrá un día con la flameante espada á pelear con los dioses y á reducir á cenizas el mundo. El calor del *Muspelheim* penetró derritiendo los hielos del Norte, y del calor y de los hielos nació el gigante *Ymer* (*Ym-er*), amamantado por cuatro torrentes de leche que daba la vaca *Odumbla*, (*Od* ó *Ad-um-ber-a*). Los hielos derretidos por el calor hacen aquí el papel del agua hirviendo de la primitiva tradición, dando el ser á la primera criatura, *Ymer*, ó la creación amamantada por el mismo soplo creador, representado por la vaca *Odumbla*. Esta vaca, á fuerza de lamer una piedra cubierta de escarcha saca de ella en el primer día los *cabellos*, en el segundo una *cabeza* y en el tercero un

hombre, *Bor* (*Ber*). Este último, habiéndose casado con la hija de un gigante, engendra á *Odin*, (*Ad-in*, que es la misma forma de *Adan* y *Adon-is*), el soplo, el espíritu, que en este caso se supone producido por el calor, *Bor* ó *Ber*. *Odin*, tuvo dos hermanos *Vili* y *Ve*; (*Vili*, otra forma de *Ber* ó *Bir-i*, *Bil-i*.) *Ve*, es un soplo. Los tres hermanos mataron á *Ymer*; pero de su carne formaron la tierra, con su sangre los mares y los lagos, con sus huesos las montañas, con sus dientes las piedras, con su cráneo la bóveda celeste, con su cerebro las nubes. Es el paso de la unidad homogénea de la creación que se supone acabada y muerta, al transformarse en variedad, llena de vida otra vez, por el espíritu y el calor, representados en *Odin*, *Vili* y *Ve*.

Son las concepciones caóticas de varios pueblos fundidas en una sola, pero, en todas ellas, se ven siempre las onomatopeyas conteniendo las ideas que expresan calor, espíritu y creación. El sol y la luna son en esta mitología dos hermosos niños que *Odin* arrebató á su padre y que continuamente son perseguidos por lobos que amenazan devorarlos. Es esta idea salvaje, una de tantas pruebas que demuestran que el sol y la luna no fueron tales dioses en el origen, sino más tarde, considerados como manifestaciones, figuras visibles, *rostros*, ojos del poder creador.

«Estaba la tierra desierta, continúa el *Edda*, cuando los dioses que habían salido de *Asgard*, pasando por la ribera del mar, vieron dos ramitas ondeantes, y habiéndolas cogido formaron de ellas á *Ask* y á *Ambla*. (*Am-bera*.) á los cuales dió *Odin* el alma y la vida.

*Odin* habita una ciudad brillante como el sol, en torno de la cual giran lucientes espíritus alados: los *alfes* ó *elfos*, (*er-va*),

Después de las batallas, las *Valkirias*, altas y hermo-

sas mujeres que asisten á los combates, llevan á su presencia las almas de los que han muerto peleando. Las *Valkirias* son, pues, una especie de espíritus ó divinidades sicopompas, y su nombre debía relacionarse con el espíritu y la vida: *Ber-ja-er-ia*. *Bar-jir-ia*, *Valkiria*.

*Thor* es el dios de la fuerza; es el *Yndra* germánico, salvo las diferencias causadas por lo lejano de la evolución. Su nombre fué *Ter* seguramente, en el principio, y uniéndole la espiración, formó en la corriente evolutiva aryana, *In-t-er*, *In-d-er-a*, *Indra*: la fuerza, en el término paralelo vulgar de una lengua turania en que pudo tener origen el eúskaro.

Es chocante que *Thor*, dios del rayo, tenga el mismo imperio sobre la generación. Esta coincidencia, hemos visto que, se explica por la asociación de ideas, siendo el rayo compañero de la tempestad, y la lluvia que fecundiza la semilla en el seno de la madre tierra, hija de aquélla. Pero en este caso, *Thor* sería más bien parónimo de *Pardjania*. Si nos dejásemos llevar por la semejanza fonética, *Thor* se parece tanto al *Aitor* eúskaro, *padre elevado*, que no parecería inverosímil aplicarle esta etimología. Los letones llamaban también á su *Perkons*, el *padre antiguo*, y en el *Rig Veda* se llama á *Pardjania*, *padre nuestro* (himno 83, V. mand.)

Pero este nombre de padre sólo se emplea como epíteto, cuando una religión ha atravesado cierto grado de cultura, y no hay ejemplo de que haya llegado á formar nunca el nombre propio de un dios. Hay otro modo más fácil de explicar que *Thor* sea como *Pardjania* un dios atmosférico, y fulminante y dispensador de la vida al mismo tiempo. La identidad de *Thor* y de *Pardjania* parece confirmarse por la inutilidad de una asociación idéntica de ideas, aplicada á dos dioses diferentes en una misma raza. Además, un

estudio más detenido y profundo de las antiguas religiones, ha hecho ver que no son tantos como se creía los dioses mitológicos; que si es cierto que existen muchos nombres más ó menos diferentes, la mayor parte de éstos no son, en un principio, sino apodos ó atributos de un solo dios, sobrenombres que perdiendo al cabo su significación por la ignorancia de pueblos más modernos, llegan á ser considerados como tales dioses. Así, Thunar y Donner son también motes de Perkun, tomados del fenómeno cuya acción se le atribuía. Por eso, el carro de Thor era arrastrado por machocabríos y los germanos consagraban la naba salvaje á Donar, y los letones á Perkons, emblemas todos del poder generador. Otra prueba de la identidad de Thor y de Pardjania nos proporciona la mitología escandinava en la cual *Fiörgun* es madre de Thor, y *Fiorgün* padre de Frigg, la esposa de Odin. Nótase aquí, en medio de la confusión del mito, el olvido de la significación primitiva de los dos nombres *Thor* y *Pardjania*, á la par que un vago recuerdo, sino de la identidad, de un parentesco muy próximo entre ambos dioses. Hacer á Thor hijo de *Fiörgun*, es lo mismo que hacerle hijo del espíritu creador, del alma del mundo. ¿Qué otro lazo de unión pudieran encontrar más estrecho, de no recordar la identidad primitiva?

*Fiörgun* es indudablemente *Pardjania*. En germano hay *Fairgunia* con el significado de montaña y *Fergunia* y *Virgunia* con el de cadena de montañas ó sierra. Jacobo Grimm hace observar que las radicales *fairg*, *frig*, *fiörg* de las palabras citadas enlazan el *Fairguni* gótico á un *Fairguns* ó *Fairguneis* que corresponde al *Pardjania* védico y al *Perkunas* lituano. Que estos nombres hayan venido á significar montañas bajo las formas *Fargunia*, *Ferguna* y *Virgunnia* no tiene nada de extraño, y antes corrobora más la iden-

tidad de *Pardjania* con *Perkunas*, con *Fiörgun* y con *Thor*. Los aryas veían principalmente á *Pardjania* en la nube tempestuosa; las cimas de las montañas son los campos de batalla de la tempestad; la nube baja hasta tocarlas y las envuelve por todos lados; la tierra y el cielo se confunden allí. *Pardjania*, el agitador celestial, que va á producir la fecundante lluvia, besa y abraza á su esposa la tierra. Un misterioso himeneo se celebra en la cúspide. Desde entonces, las cimas de las montañas son consagradas á *Pardjania* ó á *Perkunas*. Si el espíritu generador está en la nube también está en la montaña. Si la nube se llama *Pardjania*, la montaña se llamará con el tiempo *Fergunya*. Es igual. En el *Rig Veda*, nube y montaña se confunden con frecuencia. Véase, pues, que el desconocimiento de las leyes de la naturaleza y un sentimiento metafísico, unido á una asociación lógica de ideas, son los elementos capaces de crear el mito. La ignorancia con la imaginación crean esta poesía religiosa que los hombres modernos con la sabiduría y la razón son incapaces de producir. Se hace necesario, por lo tanto, si se ha de comprender bien el origen de los mitos, procurar desentenderse de todo lo sabido; colocarse con el pensamiento en las condiciones de sencillez que debieron tener los hombres primitivos, y prescindir de nuestro modo de ver las cosas á través del prisma de una razón desenvuelta y científica. ¿Quién sabe, hoy, por qué rara asociación de ideas se llama á la becada en Lituania, *Perkuno ozys*, cabra de *Perkuno*, y en Alemania, *Donnerziege*, cabra del trueno? «Este pájaro, ¿por qué habrá sido llamado así por los más antiguos pueblos aryanos de Europa?» (1)

(1) *Pardjania* bajo sus formas slavas y germánicas, por Girard de Rialle. Revue d' Linguistique et filologie.

pregunta, sin podérselo explicar, Girad de Rialle.

Aunque no sea más que por dar una idea del procedimiento empleado primitivamente en la invención de nombres, vamos á dar la razón de éste, que permanece aun sin explicar.

Las becasas, (*Scopolax Rusticola*) chochas y agachadizas, son bien conocidas; esta última especie abunda mucho en la Alemania del Norte, en Holanda, Dinamarca, Escandinavia, Livonia, Finlandia y Siberia; es ella, sin duda, más que la chocha, la verdadera *cabra de Perkuno*. Como esas aves de la familia de los pájaros de San Pedro, que hoy llamamos aves de la tempestad, porque la presienten y se complacen en ella, las becasas prevén también el mal tiempo y entonces detienen su viaje en cualquiera parte. Los pueblos, en los cuales pudieron hacer estas paradas, repetidas veces, se acostumbraron á verlas como mensajeras del temporal. De ahí su identificación con Perkun, dios de la lluvia, del trueno y de la tempestad, por cuyo medio fecundiza la tierra. Era, pues, natural llamar á la becada el pájaro de Perkuno, porque la llegada del ave coincidía con la del dios, es decir, con la nube tempestuosa. Si lo hubieran llamado simplemente así, esta explicación era suficiente, mas ¿por qué haberle llamado, en vez de pájaro, *cabra de Perkuno*? También la razón de esto, es sencillísima. Las becasas producen un sonido ronco y especial que se parece poco al de los otros pájaros. La agachadiza, sobre todo, al elevar su vuelo, deja oír un grito penetrante que se expresa perfectamente por este sonido: *queek* ó *beck*, *bek*, muy parecido, como puede observarse, al balido de una cabra; (1). Los hombres primitivos

(1) Véase «Creación», *Historia natural* escrita por una Sociedad de naturalistas bajo la dirección de D. Juan Vilanova y Piera, tomo 4.º, págs. 322 á 324.

ejercitaban ya esas facultades de comparación y de causalidad lo mismo que ahora, pero establecían mejor aun las semejanzas, siendo su atención, á los menores fenómenos que la naturaleza les presentaba, mayor que la nuestra, por lo mismo que su ignorancia hostigaba su curiosidad. Observar, comparar y deducir, hé aquí su procedimiento, que es también el nuestro; sólo que ellos se engañaban casi siempre en el ejercicio de la causalidad. Este error de las causas tiene gran influencia en el nacimiento del mito, y es como un arsenal de ilusiones para la poesía.

Estos nombres germánicos de la becada «cabra de Perkuno ó cabra del trueno», parecen tan bien escogidos, sabidos los antecedentes, que en cualquiera otra lengua pudieran adoptarse; pero el error primitivo se echa de ver en la parte mítica y poética, precisamente relativa á la noción de causa. Ellos entienden que el pájaro es el enviado del dios para anunciar la tempestad; nosotros vemos las cosas de una manera opuesta; discurrimos de un modo diferente; nuestra noción de causa es enteramente distinta: el pájaro llega cuando la tempestad, pensamos, porque la presiente en su organismo ó porque procura guarecerse de ella. Es que ellos lo refieren todo á causas metafísicas, y nosotros á causas físicas ó mecánicas. Conviene ponerse en este punto de vista para apreciar y juzgar la mitología. Se había creído que la metafísica era incompatible con la simplicidad primitiva, y hoy vemos que la metafísica es, al contrario, lo propio de ese estado, y que la humanidad empezó por ella y á ella son debidas las religiones todas de la tierra. ¿De qué otro modo, que no fuera por medio de un lazo metafísico, pudieran estrecharse relaciones como ésta, entre un pájaro y un dios?

En Kief y en Novogorod, las dos metrópolis de la



antigua Rusia, se adoraba á *Perun*. Todavía, en tiempo, del Czar Wladimiro se elevaba sobre una columna, situada enfrente del castillo residencia de los príncipes, la estatua de *Perun*, de madera, con la cabeza de plata y la barba de oro, sosteniendo en su mano un rayo de piedra guarnecido de rubíes y de carbúnculos. Se le sacrificaban toros y hombres, y un fuego perpetuo ardía ante su imagen, en su altar. Los primeros mártires de Rusia, San Fedor y San Yvan, recibieron la muerte ante la imagen de *Perun*. Cuando el mismo Wladimiro, en un principio tan celoso custodio de la antigua religión de los eslavos, abrazó el cristianismo y obligó, bajo pena de la vida, al bautismo á todos sus súbditos, doce soldados derribaron la estatua de *Perun* y la arrastraron al Dnieper. Díjose que al romperse el ídolo, se oyó un quejido, como si el dios lamentase la ingratitud de sus adoradores. Esto sucedió á principios del siglo xi. Más tarde, en 1384, un Jagellon príncipe de Lituania, convertido por su mujer Eduvigis que le había dado su mano amando á otro, sólo con el objeto de atraerle al gremio de Iglesia con todo su pueblo, hizo destruir los bosques sagrados y las serpientes domésticas que se adoraban, y romper la imagen de *Perkun*. El príncipe tomó en el bautismo el nombre de Wladislao. El mismo predicaba y bautizaba en su palacio, enseñando á sus súbditos á rezar el Pater y el Credo, lo único quizá que sabía él, dice un historiador. Así acabó, en la raza aryaná, el culto de *Perkun*, ó de *Pardjanha*, el dios antiguo, como le llama el Veda.

Con razón se ha dicho que lo que menos cambia en el mundo es la religión. Hé aquí un dios verdaderamente prehistórico, anterior sin duda al aryanismo, puesto que su nombre no se explica por las más antiguas lenguas de la raza, y cuyo culto persiste, á pesar de

las emigraciones de los pueblos, hasta el siglo xi, viéndose *Perun* enfrente de Jesucristo.

*Freyr* preside la entrada de las estaciones, dirige los vientos y las lluvias, tiene á su cuidado el curso ó la carrera del sol y es el productor de las grandes cosechas. Su estatua era paseada en un carro alrededor de los campos. Blande una espada que hiende las rocas y las corazas. El amor es la única pasión que tiene imperio sobre él. En estos rasgos se reconoce en seguida el calor productor, y su nombre debe estar de acuerdo con ellos: *Fre-yr*, *Bero-cr*, *Fre-cr*, *Fre-yr*, repetida la onomatopeya del calor, como para marcar bien que es el calor productor por excelencia; es el *Fira-Mader* anglo-sajón, la tierra.

*Njord*, *Ni-cr-d*, el Neptuno germánico, lleva en su nombre la raíz *na* designando el agua, el mar, como las Nayades y Nereides, con la onomatopeya del calor.

*Tyr*, protector de los guerreros y de los atletas, es una variante de *Ter*, *Tor*.

*Freya*, diosa del amor, es honrada y fiel, como debía ser la Venus germánica; se casó con *Odr* que la dejó por viajar; ella le llora y busca por todas partes con las lágrimas de oro de la fidelidad. *Freya*, (*Bre-ya*, *Bero-ya*,) es *A-fro-dite*, en otra corriente evolutiva. *Odr* es *Ad-cr*, que tiene otra forma, *Hanu-odr*, que es el que baja á buscar á *Balder* á los infiernos, *Nifflein*, (*Ni-flein*, *Ni-bre-in*); es el lugar tenebroso atravesado por nueve ríos.

*Balder*, dios bueno y amable, sueña una noche que se ha de morir, y se lo cuenta á Odin. Este manda ensillar su caballo y baja al infierno á preguntar á la profetisa, que le revela la suerte del dios. *Friga*, la madre de *Balder*, exige de todos los seres la promesa de que no dañarán á su hijo, pero se olvida de un arbolillo plantado junto al *Valhalla*. *Lok*, el genio del mal, lo

arranca y pone en manos del dios ciego *Hander* que, por broma, pega con él á *Balder* y le mata.

El cielo y el universo gimen, y la muerte entonces, enternecida, consiente en que *Balder* vuelva á la vida, con tal que toda la creación, sin faltar un ser siquiera, le llore. Todos lo sienten, menos una vieja que con sarcástica alegría protesta que nunca llorará por *Balder*: es *Lok* disfrazado, que de este modo consigue su objeto.

Parece esta una fábula solar, mezclada posteriormente á la mitología caótica germánica. Es un recuerdo de la muerte de Adonis, y del canto de Lelo. Pero los nombres ¡qué bien conservados! *Balder*, el sol, que en los pueblos del Norte desaparece como si muriera para siempre, por tanto tiempo, es *Bal-d-er*, ó *Bel-d-er*; *Friga*, su madre, *Briga*, *Berija*; *Hander*, *Han-d-er*, el dios ciego, el sol en el hemisferio inferior, la noche, que mata al día; *Lok*, el dios del fuego, *Ero-j-a*, *Elo-k*, *Lok*, que no es posible saber hoy, por qué extraña asociación de ideas, ó por qué olvido de su significación, pasó á ser también genio del mal. Es probable que fuese, en esa forma, el nombre de un dios de un pueblo enemigo.

En fin, *Valis*, el poderoso arquero, *Hell*, diosa de la muerte, *Uller*, el valiente corredor, *Vidor* que matará un día al lobo *Fenris*, *Vora* que sabe cuanto sucede, la cabra *Eidrun*, cuya leche se toma en los banquetes del *Val-halla*, y la diosa tierra, *Herta*, de la que hemos hablado en otra parte, llevan todos en sus nombres, bien patentes, la onomatopeya del calor y la del soplo.

El nombre de *Odin* se ha querido explicar por *Watan*, penetrar invadiendo, ir, y después, por consecuencia mal sacada, fuerza universal, espíritu que penetra y anima el conjunto de los seres, mens agitat molles,

etcétera. Mejor sería decir que viene de *Ode-ia*, la nube en eúskaro, porque la separación de lenguas importa pocopara el nombre de un dios. Hay motivos para considerar á *Odin* y á *Wodan* tan antiguos como el *Votan*, cartaginés, escandinavo y chiapanés americano. ¿Por qué buscar su etimología en germano? Su mujer se llama *Hil-odhin*, (*Ha-er-odhin* contraído, *Hil-od-hin*.) Grimm y Max Muller han pretendido hacer la historia de la palabra *Tyr*, y para ello empezaron comparándola y confundiéndola con *Tiu* ó *Ziu*. Ese *er* de *Tyr*, como el de todos los demás dioses, inspiró siempre ascos á los filólogos, que prescindieron de él, siendo precisamente la clave de todas las mitologías. Una vez *Tyr* reducido á *Tiu* y rechazada aquella *r* incómoda, la interpretación entraba en el cuadro general de la exégesis que privaba entonces: *Dyau*s, brillante, bóveda celeste, después *Dyu*, que produjo las formas: *Dies-pitar*, padre brillante, *Zeus*, *Theos*, *Diovis*, osco, *Jovi*, viejo latino en Ennius, *Ziu* alto alemán, *Tiu* anglo-sajón, y *Tyr* norreno del Edda. Hé aquí la última y principal consecuencia tan mal sacada como la primera, porque *Tyr*, no viene de *Dyau*s, sino de *Ter*; que algún papel había de hacer en este nombre la *r*.

Respecto de *Frey* y *Freya*, están conformes todos en que representan la *fecundidad*, y en nada más; pero nos basta esto para comprender que son formas del *ber*, y de la espiración.

Holtzman y Leo (1) han demostrado una cosa sumamente curiosa: que la historia de *Sigurd* y de *Sigfrido*, enemigos de los *Niflungen* y *Nivelungen*, es idéntica á la de *Karna* en el *Mahabharata*.

*Sigfrido* nace de una hija de rey y de un *Vals* ó *Elfo*, (*Ber*); *Karna*, de una hija de rey y del dios del sol, es

(1) Recherches sur les Nivelungen. 1854.

decir, de *Ber* también, el calor productor. Los dos son expuestos en la corriente de un río, como Moisés, Rómulo y Remo, y muchos otros. Sus madres tienen otros tres hijos de un rey, (los Niflungen) salvados todos por un herrero ó por un conductor de carroza real. Educados en estado humilde, sufren grandes pruebas; aman y se ven rechazados á causa de su humilde origen. *Brunhilt* y *Draupadi* prefieren al hermano vencido. En fin los héroes mueren traidoramente por la perfidia de *Hagen* y de *Krisna* que saben cómo pueden hacerles perder sus talismanes. Hay identidad de palabras, como de aventuras, á los ojos del filólogo, en los dos poemas: *gunt* y *yudh*, la guerra, *Iudhistira* y *Gunter*, *Ardshuma* y *Hagen*.

La misma comparación puede hacerse entre el caballero del cisne, (*Surya*, el cisne, el sol) y el héroe *Bhisma*.

Por último, después del incendio del mundo, según el Edda, de resultas de la victoria de los gigantes sobre los Ases (*Ar-es*, *Er-es*) la *Vala* ó profetisa, *Bar-a*, *Ber-a*, la inspiración, (como en *Carmenes*, *Ha-er*.) ve la tierra verde salir otra vez del seno de las aguas; las cascadas se precipitan; el águila se cierne sobre el pez desde lo alto de la roca; los Ases se reúnen de nuevo, hablan de los runas antiguos, del polvo poderoso del pasado. La tierra, libre de todo mal, produce mieses no sembradas, un palacio se levanta más bello que el sol, donde vivirán en una dicha perpétua virtuosas generaciones; Balder renace.

Siendo Balder el sol, no podía morir de hecho; su muerte, no fué más que alegoría de la noche, al principio, y después, del invierno, como por todas partes. El incendio á que se refiere la *Vala*, era el tinte rojizo del crepúsculo que parece el reflejo de una inmensa hoguera.

Es preciso ver en la mitología germánica un conjunto mezclado de diferentes tradiciones, heredadas todas, sin embargo, del origen común, pero habiendo hecho su evolución en pueblos separados. Es cierto que esta misma observación puede hacerse en casi todas las mitologías. Esto explica los diferentes nombres de los dioses y la repetición de unos mismos cuentos en distintos mitos, así como la existencia de ideas primordiales y salvajes al lado de otras que suponen una larga y reflexiva evolución. El mito de Balder, por ejemplo, es muy posterior, y ha sido adquirido por los germanos, todo hecho y sin entenderlo ya, conservando, á pesar de él, la otra interpretación infantil de los lobos persiguiendo á los dos niños, el sol y la luna, para devorarlos, idéntica á la que todavía se observa en muchos pueblos salvajes de los dos continentes. Las relaciones ó la fusión con otra tribu cualquiera, que hubiese hecho su evolución en otro medio, decidían la adopción de nuevos mitos, conservando siempre los suyos propios. Es esta, otra causa de las diferencias y de las semejanzas. El error ó confusión de los términos vulgares con los divinos es otra de las cosas que nunca se tendrán bastante en cuenta para la buena interpretación. ¡Cuántos mitos incomprensibles deben su origen á alguno de estos equívocos!

Sirva de ejemplo este de las manzanas que, hasta ahora, jamás había podido tener explicación:

«Todos los dioses viven y son jóvenes, gracias á las manzanas de *Iduna*; el día que falten, ellos y el mundo perecerán.»

Nuestros lectores descifrarán el mito con sólo tener presente que manzana, en lenguas germánicas, es *apfel* (*ab-ber*, *ap-pel*, *ap-fel*), término vulgar que lleva las onomatopeyas divinas; lo que fué causa de que se

atribuyese, por tradición, á la manzana, una virtud poderosa, de vida, de creación y de fecundidad, que la ha hecho tomar parte en casi todas las mitologías. Este solo nombre de la manzana, *apfel*, y la importancia que se le atribuyó por él, bastarían para comprobar nuestra teoría. El mito, como se habrá visto, es de fácil solución, después de saber esto. Es claro que los dioses y el mundo perecerían el día que faltase *apfel*, el espíritu de vida universal, el calor creador.

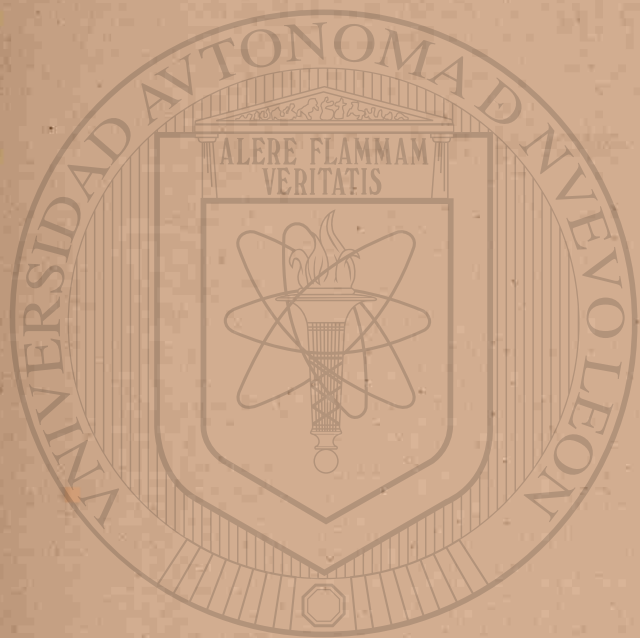
Después de mucho tiempo, el nombre *apfel* no representó en la imaginación de los pueblos más que la idea de *manzana*, á la que se atribuyó, en especial, una virtud encantada y maravillosa por tradicional costumbre. Es bien raro, sin embargo, que coincidan con el nombre español de manzana, la operación del pramantha, *manthana*, y con el alemán de *apfel*, las onomatopeyas creadoras. ¿No sería, por su jugo, la sidra, una de las primeras bebidas que se habrán acostumbrado los hombres á beber, y así como en el Arya llamaban á su breva predilecto Soma y Homa, del nombre de su dios, en otras corrientes lingüísticas llamarían también á la manzana con dos nombres divinos? De todos modos, el papel que hacen en las mitologías procede de aquella confusión.

Compréndese ahora la importancia de los vocabularios para penetrar en el laberinto mítico. Las leyes fonéticas son bastante precisas para marcar los tránsitos de unas lenguas á otras; pero es tal la variedad de pronunciación en los idiomas lejanos, que apenas se puede sujetar á reglas fijas la fonética, aunque la regla general debe ser siempre tal como hemos tenido el cuidado de seguirla: el cambio, dentro de cada grupo orgánico: labial por labial, gutural por gutural, etc. Las excepciones no deben despreciarse, si hay indicios de otra clase.

Si se quieren más pruebas de la existencia constante de las onomatopeyas en los nombres divinos, siempre con el significado de espíritus de vida ó creación, véanse los nombres de los Silfos, espíritus buenos antes del cristianismo, en estos idiomas: *elfos* en Alemania, *alfre* en Escandinavia, *elvar* en Suecia, *elve* en Dinamarca, y *cheffro*, forma idéntica del *chefren* egipcio, en el gaélico irlandés. En Escandinavia, los reyes se creían descendientes de *Odin*, como en el Perú. El valor heroico tenía un nombre en las sagas: *Berskir*. El templo, en germano, es *Haruc*.

Todos esos nombres, contraídos en *fre*, de la mitología germánica, conservan una significación de grandeza ó de nutrición en los términos vulgares de la misma familia de lenguas: así en zenda, *freten*, grandeza, *fretaum*, nutritivo, y en islandés *freya*, alimento, fuerza nutritiva.

*Tir*, es, entre los persas todavía, el nombre del angel custodio de los rebaños y del mes de Junio, y en danés y en sueco, el nombre del Toro es *Tyr*, el mismo dios de la fuerza y de la guerra que adoraban los cimbros bajo el emblema de un Toro de cobre.



## DIOSES DEL ARYA.

### PARDJANIA.

*A Pardjania por Vasichtra ó Coumara hijos de Agni (1).*

1.º Pronuncia las tres palabras de las cuales la primera es dhyotís y que sirven para extraer la leche de la teta celeste. Que Pardjania produzca su becerro que hace brotar las plantas. Apenas nacido este toro divino muge con fuerza.

2.º Este dios hace crecer las plantas y produce las ondas; es el dueño de la naturaleza entera. Que nos dé los bienes que provienen de los tres mundos y esta luz bienhechora que tiene sus tres estaciones.

3.º Hay otra vaca más que la vaca celeste; Pardjania la fecunda igualmente y produce otros frutos deseados. Esta madre terrestre recibe la leche que le

(1) Himno I.

*Chefs d'œuvre littéraires de l'Inde, de la Perse, de l'Égypte et de la Chine; tome premier, pág. 392. Rig Veda ou livre des Hymnes, traduit du sanscrit par A. Langlois. 2.ª edición; Paris, 1872.*

envía el Padre celestial, y que aprovecha al padre mismo y á los hijos.

4.º En él están todos los mundos, y las tres atmósferas; en él corren las salidas de una triple fuente; por él, por este dios, digno de nuestras alabanzas, se agotan los tres vasos llenos de miel sagrada.

5.º Que el brillante Pardjania acoja nuestro himno, que este himno penetre hasta el fondo de su corazón. Podamos nosotros obtener lluvias afortunadas. Que las plantas regadas por una onda saludable estén bajo la salvaguardia de este dios!

6.º Que este toro fecundice un gran número de vacas. En él se encuentra el alma de este mundo, sea animado ó inanimado. Que su onda pura me conserve durante cien años.

En el himno 102, del VII mandala se lee:

«2.º El que hace los retoños de las plantas, de las vacas, de las jumentas, de las mujeres, es Pardjania.

3.º Como un cochero que excita sus caballos con el látigo, él dirige las nubes para hacerlas correr hácia aquí. Como al oír el lejano rugido del león se tiembla, así, cuando Pardjania lanza la nube llena de agua.

4.º Los vientos soplan, los relámpagos vuelan, las plantas brotan, el cielo se funde en agua. Cada criatura obtiene de beber cuando Pardjania riega la tierra con su semilla.

5.º Por su poder nacen las plantas de todas las especies.»

Hemos traducido estos himnos para dar una idea de lo que fué Pardjania en la consideración de los aryas del Veda, porque, de los himnos que le son dedicados, en estos se encuentran, mejor que en los demás, expresiones capaces de darle á conocer. Estos himnos son bien significativos. La imagen del toro, como

representación de la fuerza y de la fecundidad de la naturaleza, es aplicable á todos los grandes dioses del Arya; simple comparación de poeta en un principio, llega á adquirir por la tradición un carácter mítico interesante. Júpiter toro, en el robo de Europa, es una reminiscencia de esta imagen poética. No es de extrañar que, si un dios animador de la naturaleza es comparado á un toro, los elementos sobre que *actúa*, sean comparados á vacas, y ese enlace del cielo y de la tierra, por medio de la lluvia que viene á fecundarla, haya parecido á los primitivos hombres la unión sexual en la naturaleza. Así, el Dios está en el cielo ó en las nubes; la lluvia es el licor prolífico; la tierra es la vaca que va á ser fecundizada; el trueno es el mugido de aquel toro. Otras veces las nubes son las vacas. Todo esto es poesía. Lo simple, lo arcáico, lo primitivo, no se encuentra aquí.

Pero hay dos pasajes en que se revela lo que era Pardjania en los primeros tiempos: «Este dios hace crecer las plantas y produce las ondas. Él es el dueño de la naturaleza entera.....» «En él se encuentra el alma de este mundo, sea animado é inanimado.»

En el himno siguiente se dice: «Pardjania produce el germen de las plantas, de las vacas, de los caballos, de las yegüas.»

En otro (1): «Los vientos soplan, los relámpagos brillan, las plantas crecen, el aire es inundado. La tierra renace por todas partes, Pardjania ha fecundado á Prithivi.....»

.....O Pardjania, tú que das la vida, tú que eres nuestro padre, ven con esa mole donde ruge la tempestad y reparte sobre nosotros las ondas.»

A pesar de todo esto, á pesar de ser llamado con

(1) Himno XXI por Bhóma, hijo de Atri, pág. 304. Obra citada, corresponde al 83 del V mandala.

tanta claridad *alma del mundo* y *Asoura* ó *quien da la vida*, el dueño de la naturaleza entera, casi todos creen que Pardjania no es más que la *nube tempestuosa*.

Es cierto que Pardjania es un viejo dios, un poco relegado al olvido, y no ocupa en los Vedas el puesto privilegiado de los grandes dioses. La devoción para con él había disminuido mucho, se conoce, pues tan sólo cuatro himnos del Rig Veda le son dedicados, mientras que Indra, Soma y Agni tienen muchísimos. Pero las expresiones conservadas en esos pocos himnos, revelan que hubo un tiempo en que Pardjania reinaba acaso sin competidor en una época remota, probablemente en el seno de otra raza. Es además este mismo nombre de Pardjania, que ya no tenía sentido para los poetas del *Veda*, lo que nos hace pensar así. Todo lo más que ha sido posible encontrar en sanscrito, para explicar esa palabra, es una raíz *sp̄hrg* que significa tronar, hacer ruido. Esta vaga etimología no puede apenas satisfacer á nadie. Sayana, el comentador védico, prefiere ver en Pardjania un equivalente de nube ó lluvia, convirtiendo así una simple imagen de poeta en significado de un gran nombre, y explicando el dictado de *dispensador de la vida*, por la lluvia que hace crecer las plantas y los árboles de donde nos viene el alimento. Puede decirse con seguridad que Pardjania era un dios heredado y tradicional en la raza aryana, que había conservado en los cuatro himnos del Rig Veda algunos de los grandes atributos que antes formaran su gloria. Algunos otros nombres con que era conocido no tienen verdadera importancia; sólo marcan su principal operación fecundante en el fenómeno de la lluvia; tales son: *udaniman*, que da el agua, *urstman* (1) que da la

(1) Nótese como el *ur*, agua, antiquísima palabra eúskara pa-

lluvia, *bhuridhaghat*, que da la rica bebida, etc. El principal epíteto, que sirve también para Varuna, es el de *Asura*.

Si hemos dado al nombre de este dios el puesto de preferencia en la mitología india, es porque el nombre de Pardjania encierra en sí con más claridad que ningún otro las dos palabras claves por medio de las cuales se descifrarán otros muchos nombres pertenecientes á diferentes religiones, y porque es indudablemente uno de los más antiguos y completos nombres de Dios, del que la humanidad tiene una noticia histórica. Pardjania no fué siempre Pardjania; debió tener una forma anterior: Bardjania. Ahora, para estudiar esta forma, es preciso descomponerla en dos: *Bar* ó *Ber*, y *djania*. No se crea que esta pequeña alteración que introducimos en este nombre, es atrevida; ella está hecha con estricta sujeción á las reglas; y por otra parte, como tendremos ocasión de ver, otros muchos nombres procedentes de la misma forma llevan indistintamente la *B* ó la *P*; suelen hacer la primera parte de la palabra en *Par*, *Per* y *Por*, y cambian la *j* de la segunda en *h*, suprimiendo la *d* eufónica de *djania*. Así, que todo induce á creer, después de estudiada esta palabra en todas sus evoluciones, que hubo una forma más primitiva y simple, de la que salieron todas, y que no pudo ser otra sino esta: *Ber-jania*. Probaremos esto siguiendo la evolución de la palabra que es la historia del dios.

Pardjania, volvemos á repetirlo, no es aryano, es un dios creído y creado por otra raza anterior; es un dios turaniano, por más que cause admiración. Entre los fineses y los húngaros existe su culto todavía.

sa á significar lluvia en sanscrito: prueba de que al principio abarcaba todos los significados que envolviesen la idea de agua.

Los mordvinos dicen cuando truena: *Paschangui Parguini pas*. «Que el dios Parguini te proteja.» ¿No es esta una prueba, dice Girad de Rialle, en su precioso, aunque incompleto estudio sobre *Pardjania*, de este culto entre los fineses? Y se pregunta en seguida: ¿es esta una aryanización de los eslavos y fineses, ó son realmente aryas? Ni lo uno, ni lo otro, contestamos nosotros. Hemos visto cómo una raza puede tener principio en el seno de otra raza, en virtud de la evolución. Rasgos físicos y caracteres morales nuevos, poco apreciables en un principio, van acentuándose paulatinamente por medio de la *selección*.

De una pareja en esas condiciones sale una familia, de esta familia una tribu, un pueblo y una raza, que acaba por diferenciarse física y moralmente de la primitiva, pero que no se separa por completo de ésta sin llevar consigo una porción de tradiciones sociales y religiosas, de formas del lenguaje, de nombres sagrados, de costumbres y de leyes; todo esto, unido á las nuevas aptitudes que van á influir en su destino. Así, nada se pierde en el progreso.

Vamos á hacer, pues, una afirmación, que admirará y enojará quizás á los que no quieren comprender esos procedimientos de la naturaleza, pero que no por eso es menos cierta: la raza aryaná, antes de ser aryaná, fué turaniana. De este modo se explica la existencia del culto de *Pardjania*, un dios turaniano, entre los aryas, y el de *Parguini* entre los fineses, pueblos turanianos, que no han hecho más que conservar el dios primitivo de su raza (1).

Hemos dicho ya que en tiempos del *Rig Veda*, á pesar de remontarse á tan antigua época, el culto de

(1) Véase el estudio de Girad d'Rialle en la *Revue de Linguistique et de Filologie*, art. *Pardjania*.

*Pardjania* había venido á menos; pero debió de haber estado en todo su vigor poco antes de las emigraciones eslavas y germánicas, porque estos pueblos importaron á Europa este culto bajo formas poco distintas y bien reconocibles. Por eso hemos visto que se encuentra este nombre con ligeras variantes en los antiguos dialectos nórdicos y teutónicos, y en los lituano-slavos, con las formas *Perkuna* y *Perkons*; en viejo prusiano, *Perkunos*; en antiguo eslavo y en ruso, *Perun*; en checo, *Peraun*; en slovacó, *Parom*; en venda *Perem*, y en polaco *Piorun*. Entre los lituanos y eslavos, *Perkuna* y *Perun* son dioses del rayo. En Livonia y Curlandia, las piedras heridas por los rayos se llaman piedras de *Perkuns*.

Los esclavones adoraban á un gran dios del rayo, dice Procopio (1).

Los lituanos y antiguos prusianos tienen esta oración: «Contente *Perkunas* no maltrates mi campo y yo te daré esta ofrenda; dios *Perkunas* consérvanos.»

Los letones dicen: «*Perkons*, persigue al diablo»; y el *Veda*: «*Pardjania* tonante, inmola á los malvados.»

El principal santuario de *Perkuna* lo tenían los lituanos y prusianos en *Romowe*. Se le adoraba allí en figura de hombre robusto y vigoroso, de rostro encarnado, y barba y cabellos negros, cual convenía á la representación del espíritu de vida, del *alma del mundo*, por más que estos grandes atributos se hubieran olvidado ya en aquellos pueblos. En el *Veda*, *Pardjania* conserva todavía ese carácter de generador universal, pero entre los eslavos y germanos queda reducido á dios del rayo y de la tempestad, por una asociación de ideas que hace de la lluvia el principal elemento fecundante de la tierra. Sin embargo, á través de cier-

(1) Procopio. *De bello got.* III. 14.



tas prácticas tradicionales, se vislumbra la primitiva grandeza y universalidad de Pardjania.

Kojalowict dice que á los bordes del Newasa, en la Somogicia, hay una montaña sobre la cual los sacerdotes entretenían un fuego eterno en honor de Parguns. Un fuego perpétuo era dedicado también á Perkunas por los prusianos que le sacrificaban el toro. Hemos visto que el Veda compara á Pardjania con el toro. Ese fuego mantenido en honor de *Parguns* y de *Perkunas* es el símbolo de la vida, es Pardjania mismo que se da á sus adoradores bajo su más brillante forma. La práctica es antiquísima y universal. Se la encuentra en Europa, en Asia y en América. Los incas la observaban, como los parsis ó güebros la observan todavía. El fuego no se enciende ni se conserva en ninguna religión, sino como imagen del dios generador, del principio de vida, como se entendía en el origen.

Las formas derivadas de Pardjania ó más bien de la otra forma anterior y turaniana: *Berjania*, de que hemos dado cuenta, no son las únicas; las religiones semíticas tienen también nombres de dioses, derivados de la misma fuente, que hemos estudiado á su debido tiempo, proporcionando así una prueba más de la comunidad original de las dos razas semítica y aryanas.

Pardjania es una forma aglutinada que revela su origen turaniano; impropia y extraña por consiguiente en las lenguas indo-europeas.

Ahora que tenemos una idea de lo que representaba Pardjania bajo todas sus diferentes formas en las religiones aryanas, veamos si las dos palabras turanianas de que se compone este nombre y que son las verdaderas raíces, expresan ó no, todos esos tradicionales significados. La forma germánica *Per-kun*, variante de Pardjania, indica bien cuál pudo ser la for-

ma primitiva y más sencilla, que no debió ser otra que *Ber-jan*, las dos onomatopeyas, simplemente.

Esta forma *Ber-jan* ó *Per-jania*, al hacer su entrada en la lengua sanscrita, debía precisamente convertirse en *Par-d-jania*, porque este idioma, como algunos otros indo-europeos de su familia, no tenían en su principio más vocales breves que *a*, *i*, *u*, y la *a* era preferida y mucho más usada. Esta forma reconstruida, *Ber-d-jan-ia*, no tiene ya elemento alguno que nos sea desconocido: *Ber*, es la onomatopeya del calor, que por asociación de ideas ha producido las de vida, animación, producción, fecundación, etc., que forman los atributos de Pardjania; la *d* es eufónica, propia del sanscrito también, antes de los nombres que empiezan con *j* ó *y*, como en *D-yaus*; *jan* es la espiración; *ia* ó *ya* es el artículo heredado de un idioma turaniano, tal como se conserva en eúskaro.

Se ha dicho que Pardjania viene de una raíz *Sphrg*, tronar, zumbar, en griego *σφραγισ*; pero el nombre del dios es más antiguo que esta raíz, que viene á su vez de las onomatopeyas. Pardjania por otra parte, es más que el trueno, es el gran espíritu creador, productor, generador y fecundante, que está, sí, en el cielo, y que domina la nube y causa el trueno, pero que está en la tierra también, excitando la germinación y el desarrollo de las plantas y de los seres. Es el gran espíritu animador, universal, íntimo en la naturaleza. No verlo así, después de leer los himnos, es no tener sentido filológico. Y siendo todo esto, no puede ser su nombre el trueno, ni se inventaban de ese modo los nombres de los dioses.

Ya se irá viendo, á medida que se avanza en este estudio, que Pardjania es un término de evolución paralelo á los otros de los grandes dioses, y que sólo su confusión con otros términos evolutivos, vulgares,

produjo las falsas etimologías y los mitos secundarios.

Pardjania es, por consiguiente, el espíritu productor, el principio generador y fecundante de la naturaleza, con todos los caracteres y cualidades que la asociación de ideas había hecho atribuir, desde el principio, á las dos onomatopeyas del soplo y del calor.

Pardjania es ciertamente el dios antiguo, el viejo dios, como le llama el Veda, y nuestro padre (en los últimos tiempos), porque es el espíritu universal de vida y producción, que lo anima todo con su soplo y lo desarrolla con su calor; el dios que está en la naturaleza entera, en la nube y en la planta; conforme con su nombre.

Sayana, el comentador védico, está en lo cierto al decir «que Pardjania es el dispensador de la lluvia, porque por la lluvia crecen las plantas y los árboles, y es de éstos, de donde nos viene el alimento.» Pero de esto, á confundirle con la lluvia y con la nube como se ha hecho últimamente, hay mucha distancia. Se puede decir de él que es *urstimán*, el que da la lluvia, ó *udanimán*, el que da el agua, y nada más; pero no creer que sea él mismo, solamente, la lluvia y el agua. El no es otra cosa que el espíritu de vida, *Asura*, Ahura, (ahu, vida). Se daba este epíteto antiquísimo á Pardjania, porque se le suponía lleno de vida ó de *soplo vital*. El *Esus* de los galos tiene el mismo origen. El nombre de Pardjania (Ber-jania) lleva, pues, envueltas todas las cualidades del dios.

#### INDRA.

1. Canto este Indra, cuya fuerza triunfa; que siempre vencedor, nunca es vencido, y á quien invoca todo el mundo.

7. Con esta fuerza inmortal que doblega toda resistencia, protege la raza de los hijos de Manú (1).

8. Así, cuando se trató de combatir, eres tu, Indra, el que los dioses eligieron por jefe (2).

11. O generoso Indra, ó hijo de la fuerza, ven á nos otros de mil maneras con la riqueza y la abundancia (3).

8. Traenos esta fuerza generosa, que conserva, que aumenta, que defiende la riqueza, etc.

9. Que esta fuerza fecunda nos llegue de Occidente ó del Septentrión, del Mediodía ó del Oriente, ó Indra, que nos llegue de todos lados. Danos la abundancia y la gloria (4).

12. O valiente Indra, tu agitas las nubes, etc. (5).

1. O terrible y robusto Indra, etc. (6).

8. Que estas vacas adquieran un crecimiento dichoso. O Indra tu eres su toro; que ellas sean fecundadas por tu poder (7).

1. Indra, incomparable, inmortal, acrece y aumenta sus fuerzas. Indra es más grande que el cielo, más grande que la tierra.

2. Yo adoro su *poder vital* que se extiende por todas partes (8). Alrededor de Indra se reúnen para servirle los (maruts) sus auxiliares, las fuerzas de formas varoniles. . . . ., etc. (9).

21. Indra naciendo en un lado del cielo expulsa á

(1) Ríg Veda, Lecture sixieme. Himne II.

(2) Lecture sixieme. Himne I.

(3) Id. id.

(4) Himne III.

(5) Himne IV.

(6) Himne IX.

(7) Himne XII.

(8) Lecture sixieme.

(9) Himne VIII.

produjo las falsas etimologías y los mitos secundarios.

Pardjania es, por consiguiente, el espíritu productor, el principio generador y fecundante de la naturaleza, con todos los caracteres y cualidades que la asociación de ideas había hecho atribuir, desde el principio, á las dos onomatopeyas del soplo y del calor.

Pardjania es ciertamente el dios antiguo, el viejo dios, como le llama el Veda, y nuestro padre (en los últimos tiempos), porque es el espíritu universal de vida y producción, que lo anima todo con su soplo y lo desarrolla con su calor; el dios que está en la naturaleza entera, en la nube y en la planta; conforme con su nombre.

Sayana, el comentador védico, está en lo cierto al decir «que Pardjania es el dispensador de la lluvia, porque por la lluvia crecen las plantas y los árboles, y es de éstos, de donde nos viene el alimento.» Pero de esto, á confundirle con la lluvia y con la nube como se ha hecho últimamente, hay mucha distancia. Se puede decir de él que es *urstimán*, el que da la lluvia, ó *udanimán*, el que da el agua, y nada más; pero no creer que sea él mismo, solamente, la lluvia y el agua. El no es otra cosa que el espíritu de vida, *Asura*, Ahura, (ahu, vida). Se daba este epíteto antiquísimo á Pardjania, porque se le suponía lleno de vida ó de *soplo vital*. El *Esus* de los galos tiene el mismo origen. El nombre de Pardjania (Ber-jania) lleva, pues, envueltas todas las cualidades del dios.

#### INDRA.

1. Canto este Indra, cuya fuerza triunfa; que siempre vencedor, nunca es vencido, y á quien invoca todo el mundo.

7. Con esta fuerza inmortal que doblega toda resistencia, protege la raza de los hijos de Manú (1).

8. Así, cuando se trató de combatir, eres tu, Indra, el que los dioses eligieron por jefe (2).

11. O generoso Indra, ó hijo de la fuerza, ven á nos otros de mil maneras con la riqueza y la abundancia (3).

8. Traenos esta fuerza generosa, que conserva, que aumenta, que defiende la riqueza, etc.

9. Que esta fuerza fecunda nos llegue de Occidente ó del Septentrión, del Mediodía ó del Oriente, ó Indra, que nos llegue de todos lados. Danos la abundancia y la gloria (4).

12. O valiente Indra, tu agitas las nubes, etc. (5).

1. O terrible y robusto Indra, etc. (6).

8. Que estas vacas adquieran un crecimiento dichoso. O Indra tu eres su toro; que ellas sean fecundadas por tu poder (7).

1. Indra, incomparable, inmortal, acrece y aumenta sus fuerzas. Indra es más grande que el cielo, más grande que la tierra.

2. Yo adoro su *poder vital* que se extiende por todas partes (8). Alrededor de Indra se reúnen para servirle los (maruts) sus auxiliares, las fuerzas de formas varoniles. . . . ., etc. (9).

21. Indra naciendo en un lado del cielo expulsa á

(1) Ríg Veda, Lecture sixieme. Himne II.

(2) Lecture sixieme. Himne I.

(3) Id. id.

(4) Himne III.

(5) Himne IV.

(6) Himne IX.

(7) Himne XII.

(8) Lecture sixieme.

(9) Himne VIII.

través de la otra mitad las (noches) negras que se iluminan con los rayos del día. El da la muerte en el seno mismo de la nube á los dos bandidos ávidos de tesoros, á *Vartchin* y á *Sambara* (1), (*Vartchin*=*Bertjin*, *Sambara*=*fam-ber-a*?)

14. O Indra, tú has precipitado los dasyous que serpenteando, escalaban el cielo, bajo su apariencia mágica (2).

2. Dueño de los *dwibarhas*, él ha sostenido con su fuerza poderosa el cielo y la tierra (3).

10. En tí se encuentra toda la creación (4).

7. La oración excita tu fuerza, tu poder, tu maravilloso vigor, etc., etc. (5).

El carácter sobresaliente de Indra, como se ve, es la fuerza. Apenas hay un himno en que no se le designe por este su principal atributo. Es el toro, símbolo de la fuerza que fecundiza las vacas celestes ó las nubes, en el poético lenguaje del Rig Veda.

En él se encuentra ese mito de Júpiter impidiendo á los titanes escalar el cielo, y algunos de los trabajos de Hércules, más ó menos disfrazados.

Es el guerrero, el héroe, el dios del combate, el fuerte de los Vedas.

Tiene el carácter de Marte; en una palabra, es la fuerza bajo todos sus aspectos; fuerza creadora, protectora, defensora, en lucha perpétua contra el mal.

Dueño de los *dwibarhas*, como se le llama en uno de los últimos himnos que hemos citado, no quiere decir, «dueño de los dos mundos,» que es la traducción de

(1) Himne XIX.

(2) Sección sixieme. Lect. I, Himne III.

(3) Himne IV de id.

(4) Id. id.

(5) Id. id.

Langlois, sino dueño de los dos espíritus creadores: *bar-has* ó *ber-has*, es decir, del soplo universal ó espíritu propiamente tal, y del calor ó el fuego, considerado como fuerza espiritual. Es esto tan claro, en vista de la etimología de las dos onomatoyas, que estamos seguros de que esa traducción se reformará en este sentido, como la otra del Himno III, de la lectura sexta, en que se coloca á Indra entre dos mundos, cosa que no forma sentido, aunque se suponga con Langlois, que el poeta considera á Indra entre el cielo y la tierra. Dueño de los dos espíritus, del aire y del fuego, ó del soplo vital y del calor creador, y colocado entre los dos, se concibe á Indra, como creador del mundo y dispensador de la vida.

Hé aquí cómo estas dos raíces que parece que nada tienen que ver con el sanscrito, y en las que jamás pensaron los traductores del Rig, vienen á dar luz y á interpretar un pasaje bien oscuro, y que ha puesto en confusión á los conocedores del sanscrito. ¿Cómo Indra, se pregunta Langlois, puede tener, siendo el más elevado de los dioses y por consiguiente de los elementos, este epíteto, *dwibarhas*? Ya ve explicado el por qué.

Son estos los dos espíritus de que habla el gran Dirghátamas, en su inspiración de poeta, cuando dice: «Los dos espíritus eternos van y vienen por todas partes, solamente que los hombres conocen el uno, sin conocer el otro.» Y tenía razón; el espíritu, el soplo vital, el aire, se ve y se siente, pero ¿dónde está el poder invisible que anima el fuego ó produce el calor? Poseyendo Indra los dos, era indudablemente el dios de la creación y de la vida.

Así se explican los dos grandes caracteres que se le atribuyen en el Veda y que formaban de él, hasta ahora, un ser bastante equívoco; de un lado, tenido

por la atmósfera, por el aire azul, hasta el punto de aludir á sus azules barbas, y de otro, reuniendo en sí todo el tipo de Apolo, montado en su carro tirado por corceles y ahuyentando la noche, es decir, un dios-aire y un dios-sol, en una misma persona.

Esta significación de *dwi-bar-has*, vagamente conservada por la tradición en el antiguo dogma de los dos espíritus eternos, comprendido á medias por el inspirado Dirghátamas y explicado ahora, después de tantos siglos, es uno de los más bellos triunfos de nuestro método, porque nos revela completamente la doble y misteriosa personalidad de *Indra*. ¿Y cómo no había de ser así, llevando envueltas en su nombre aquellas dos ideas, bajo la forma de las onomatopeyas?

¡Qué rebuscadas y arbitrarias parecerán ahora las etimologías que de este nombre han dado las más célebres orientalistas!

«Es el dios de la lucha por excelencia, dice Eug. Burnouf; se le llama *Indra*, de la raíz *Ind*, reinar, *Arya*, como los nobles señores de aquel tiempo, *Susipra* el de la bella nariz, para distinguir al jefe, por este signo de nobleza, de los enemigos de nariz aplastada que se llamaban *Dasyous*.»

Benfey vacila entre esta etimología y la de *Sindhu*, correr, en cuyo caso sería *Indra* el que hace correr las aguas. *Indu*, que significa la gota de agua, pareció que daba también alguna verosimilitud á la etimología; y Benfey que encontró en el lib. 4.º de las leyes de Manú, la palabra *Indriya*, empleada en el sentido de semen viril, vió en ella un lazo de unión entre *Ind* y *Sind*. Pero estas etimologías no han logrado satisfacer á nadie, porque, por ese estilo, pudieran darse muchas con los mismos visos de probabilidad. Es el mismo sistema etimológico de Platón, y ya no están los tiempos ni la ciencia en estado de hacer caso de

ellas, cuando no hay comparación que las confirme. Más probable sería y verosímil, esta interpretación, por ejemplo: *Ind*, el artículo *el*, heredado de una tribu tártara, mezclada de muy antiguo con los aryas, (pues es sabido que el panteón védico está formado de una porción de nombres de dioses, de diferentes orígenes y tribus, dioses que pierden ó ganan supremacía según la influencia que goza en la federación aryana la tribu respectiva), y el *Ra* egipcio, adoptado en su origen y unido al artículo, formando el nombre *Indra* que sería simplemente *el sol*.

Pero esta interpretación no convendría más que á medias á *Indra*, que además de ser el sol, como manifestación visible, es *dwibarhas*, es decir, posee los dos espíritus de vida y de creación; es el calor y es el aire; y su nombre debe llevar en sí estos dos caracteres. *Indra*, por consiguiente, ha de ser *In*, la espiración, onomatopeya, expresión del soplo vital y universal, y *er-a*, la onomatopeya del calor ó del hervor, con la *d* eufónica intermedia, como en *Par-d-jania*; ley fonética primitiva conservada en el eúskaro hasta hoy.

*In-d-er-a*, el espíritu de vida ó creador, se contrajo en *Indra*, palabra que en eúskaro significa, pura y simplemente, la fuerza.

Que esta palabra, en su origen, fué formada por las dos onomatopeyas, lo prueba la significación del verbo eúskaro *indartu*, *indar-tu*, que significa *alentar*, *respirar fuerte*. No contentos con la onomatopeya del soplo para expresar esto, añadieron la otra del calor, uniéndolas por una *d* eufónica, según costumbre, y haciendo *in-d-er*, palabra, que contraída, tomó el sentido de *fuerza*, gran respiración, mucha vida. Es el destino de estas onomatopeyas expresar siempre todo lo grande, todo lo bello, todo lo fuerte, como lo abundante, lo crecido, lo brillante, porque son el nombre

de Dios. Hemos visto que es esto lo que confunde luego la interpretación, y tenemos otro ejemplo de ello en el epíteto de *Susipra*, que se traduce: «bella nariz» aplicado á Indra. Desde luego se nota que es el apodo más extravagante que se ha ocurrido nunca dar á un dios. No es imposible el hecho, pero no hay otro ejemplo, y esto debiera ya causar vacilación. Es una de tantas coincidencias en que se toma una palabra vulgar por un nombre de dios. *Susipra* es otra forma del nombre de Indra que expresa la misma idea, y por eso se le llama así. *Susipra* ha sido *Suhipra* y *Suhibra*. Su esfuerzo en eúskaro; *hi-bra* son las onomatopéyas; todo ello: el *barhas* de Dirghátamas: los dos espíritus de creación, en uno. Lo mismo da *Indra* que *Susipra*. Indra será, pues, el aire y el fuego, el sol y la atmósfera; y estas cualidades tan opuestas están justificadas por su etimología. Siendo el sol, ha de lanzar rayos, como Júpiter, y dirigir su carro, como Apolo; y siendo atmósfera, ha de fecundar las vacas haciendo llover las nubes. Todo se explica así.

¿Qué ha pasado en la India, ó por qué extraña revolución del cielo habrá perdido Indra el primer puesto en la categoría divina? Sólo se sabe que es el gran dios de los poetas *xytryas* como Viçwamitra, en cuyos himnos tiene un papel preponderante, pero que nunca, en el panteón brahmánico, consiguió ocupar el primer puesto. Agni, el fuego, Visnu, el penetrante, Çiva mismo, que no se encuentra en el Veda, ó que no es más que el *Asura* del viento, se han puesto por encima de él.

Indra ha quedado de jefe de los dioses inferiores, ó como dice M. Pallegoix, el Obispo de Siam, de rey de los angeles.

¡Así pasa la gloria de los dioses mismos!

Criticando M. Renan la idea sistemática de una obra de Max Muller (1), «hacemos justicia, dice, á su penetración, con la cual, y de acuerdo con los más hábiles indianistas, ha mostrado las ramificaciones extensas de la raza tártaro-finesa en la India ante-brahmánica.»

Nosotros añadimos que en esa raza turaniana debieron encontrarse elementos eúskaros, porque el nombre de Indra con la significación de fuerza, en vasco, bastaría para probarlo, si no hubiera, como hay, otra porción de datos. Sólo así se explica que Indra no tenga su correspondiente en la Iran, ni palabra alguna en forma parecida, que tenga en Zenda la misma significación. Indra es un intruso después de la escisión de la raza aryaná; y este nombre no pudo menos de ser tomado de alguna tribu eúskara, ó hereditariamente eúskara, después de la conquista ó poco antes.

Puede ser también un culto eúskaro, conservado por herencia en una tribu aryaná, y latente, hasta el momento de hacer su aparición en condiciones favorables. Es esto quizá lo más probable, porque las antiguas tribus aryanas se parecían más al tipo eúskaro que nos revela la arqueología prehistórica, ó al mongoloide, que á los germanos de hoy.

No se supo, hasta hace poco, que estaba prohibido por la ley de Manú, casar con quien tuviera los cabellos rubios, y Sita, en el Ramayana, se pondera de tener los cabellos finos lisos, y negros.

Ujfalvi, en su viaje al Asia central, nos da á conocer, lo que eran por sus restos los habitantes del Kohistan, ó altos valles del Zerafchave y sus afluentes, y

(1) Lecture of the science of language, lect. V y siguientes.

del Pamir, al extremo occidental de los montes celestes, que va á perderse en las Arenas del Turkestan, á las faldas ó ramificaciones del Altai, punto señalado con todos los visos de probabilidad, como la mansión primitiva de la raza arya (1). Pues bien; el resumen de su obra: *El Kohistan, el Ferganah y el Kouldja*, es: que estos montañeses, por su tipo y por su cráneo, son iguales á los saboyanos, descendientes de los alobrogos; á los aubernes, de los antiguos arvernes; y á los bajo-bretones, de los armoricanos; puros celtas braquicéfalos, de pelo negro y moreno. No se sabe cuándo la raza rubia se mezcló con los aryas. Es probable que despreciados en un principio los nuevos tipos rubios, como todo aquello á que no se está acostumbrado, pero saliendo por selección del seno de la misma raza amarilla, no encontraron condiciones favorables sino después de la emigración á Europa.

Es cierto que se lee el nombre de un demonio iraníano *Andra*; pero los mejores manuscritos dicen *Andra* que, como observa Justi, sería transcripto *Aindra*, pues la forma pehlvi, *andr* (andar) supone una *a* primitiva. No estamos conformes, sin embargo, con la etimología de Justi, porque del verbo *andar*, no hay noticia que se haya sacado nunca nombre divino alguno.

Este Andra, más se parece al eúskaro *Andra*, señora, en cuyo caso pudo ser una divinidad femenina, la luna, que fué llamada *Chandra*, ó *Eche-andra*, señora de la casa ó de la tribu, transformada en demonio, después de olvidado el sexo, por un odio religioso de pueblo conquistador ó convertido.

(1) *Los Aryas y su patria primitiva*, por C. A. Pietrement.

Andra no tiene tampoco ningún rasgo de Indra. Si á algún dios iraníano se parece Indra, es á *Verethragna*, nombre que tampoco desmiente su origen.

La cuestión no tiene importancia ya, después de todo, porque aunque Andra iraníano fuese Indra, convertido en demonio por orden de una religión extraña, *Indra* quedaría como el nombre original del dios benévolo, confirmado por esta palabra eúskara *Indra*, la fuerza. Ahora, que *la fuerza* es el carácter sobresaliente en Indra, es admitido por todos, luego aquella aproximación es indiferente.

Max Muller, empeñado, en buscar la identificación por los atributos, dice que «Indra, nombre de origen indiano, cuya significación es muy oscura, es el mismo Júpiter.» Pero lo mismo que Júpiter, pudiera ser *Pardjania*, ó *Thor*, ó *Belo*, á quienes se parece mucho también. Esto es no decir nada, porque los grandes dioses todos se parecen.

Muir, sin decidirse, ni tomar partido, cita la opinión de Benfey que, como hemos dicho, ve en Indra una forma gastada de *Sind-ra*, significando «el que hace correr» y que recuerda aquella otra que se daba de *Zeus*, *corredor*, abandonada ya como un disparate que era. Sin embargo, la opinión de Benfey, á falta de otra mejor, ha sido generalmente adoptada. Girard de Rialle ha puesto algunos inconvenientes bastante graves á esta etimología. Desde luego, si Indra fuese el *Andra* zenda, nunca una *i* orgánica, como la de *Sind*, correr, podría convertirse en *A* iraníana, porque este cambio se opone á las leyes de la fonética indo-europea; ni es fácil tampoco que el nombre de un gran dios perdiese una *S* inicial tan importante, ni que su significación fuese tan impropia como la de «el que hace correr.»

Puede conocerse por estas contradicciones, cuán

extraviados y sin brújula, andan los mitógrafos en la cuestión de etimologías, y cuán insuperables dificultades les ocasiona el desacertado método que emplean. Otra cosa será seguramente, si siguiendo nuestra ruta, adoptan el procedimiento sencillísimo de la comparación de los vocabularios y de la deducción lógica, una vez supuesta la raíz primitiva, de las diferentes conexiones, que por asociación de ideas han venido á tener los derivados.

Es preciso para esto abandonar la creencia de que las raíces primitivas son simples sonidos sin significación; al contrario, son los gérmenes de los árboles lingüísticos, y en ellas están virtualmente encerradas todas las demás significaciones, que hasta nosotros llegan, habiendo brotado sucesivamente á impulso de la analogía y de la asociación. Es este el único modo de llegar, aun faltando los eslabones que faltan en la cadena lingüística, á conocer las primitivas raíces, en su mayor parte onomatopéicas, y por lo tanto, á comprender la lengua de los primeros padres del linaje humano, ó lo que es lo mismo, el origen del lenguaje.

No debe olvidarse ni por un momento, en el curso de la interpretación, lo que hemos dicho ya respecto al tránsito de ciertas palabras, que pululando en los idiomas turanianos de Asia [y conservadas todavía algunas de ellas en el país de los vascos, penetraron como herencia religiosa en el panteón védico, llevadas allí por tribus de origen turanio, aryanizadas en virtud de la evolución.

Esta clase de palabras abundan en el Veda: tales son los *prayas*, pasteles hechos con arina y manteca; *ghrita*, de donde viene el asturiano *griton*, trozo de tocino, después de soltar la grasa; *Vipra*, el sacerdote que preside el sacrificio; *bhârati*, la palabra acompaña-

da del gesto, la acción declamatoria; *ilâ*, tierra, y además vaca, y la palabra poética, *varhis*, el cesped; *Vrihas-pati*, el fuego del sacrificio, (señor de la creación, en ambos conceptos de soplo y calor); *Garhapatya*, el fuego doméstico, *Varaniya*, (diosa de la oración; *prasouh*, madres, y ramas de árbol; *Brisaya*, (que los comentadores hacen venir absurdamente de *brisis*, vestido, y es un genio en lucha con Agni); *Bhârata*, ofrenda (objeto del culto); *Prithivi*, la tierra, (cambiada en vaca, según una leyenda); *Varri*, nombre de Agni, (que se traduce por el que cubre, siendo el espíritu del fuego ó del calor); *Abhriyah*, las nubes, consideradas como llevando la fecundidad y la vida á la tierra y á la vegetación; *Pradja-pati* señor de la creación, y otras muchas que bien interpretadas darían mucha luz en la traducción del Veda. En todas ellas se observan, en efecto, con alguna significación divina ó religiosa, ó por lo menos de creación, expansión ó abundancia, las onomatopeyas primitivas ó la contracción del *ber*. Pero donde se ve más clara esta contracción es en el nombre del dios por excelencia *Brahma*; nombre, que es por sí solo, una de las mejores pruebas de nuestra teoría.

#### DYAU, BRAHMA.

Se ha supuesto que *Dyu*, el cielo, padre de Indra, fué en un principio el gran dios de la raza.

Todo parece confirmarlo así, aunque su papel, en el Rig Veda, es algo desairado:

«Delante de Indra se inclinó el divino *Dyu*; delante de Indra se inclinó la gran *Prithvi*.» (R. V. I. 131).

De esto no se deduce más, que el cielo y la tierra prestaron homenaje á Indra; pero *Dyu*, no tiene otro



extraviados y sin brújula, andan los mitógrafos en la cuestión de etimologías, y cuán insuperables dificultades les ocasiona el desacertado método que emplean. Otra cosa será seguramente, si siguiendo nuestra ruta, adoptan el procedimiento sencillísimo de la comparación de los vocabularios y de la deducción lógica, una vez supuesta la raíz primitiva, de las diferentes conexiones, que por asociación de ideas han venido á tener los derivados.

Es preciso para esto abandonar la creencia de que las raíces primitivas son simples sonidos sin significación; al contrario, son los gérmenes de los árboles lingüísticos, y en ellas están virtualmente encerradas todas las demás significaciones, que hasta nosotros llegan, habiendo brotado sucesivamente á impulso de la analogía y de la asociación. Es este el único modo de llegar, aun faltando los eslabones que faltan en la cadena lingüística, á conocer las primitivas raíces, en su mayor parte onomatopéicas, y por lo tanto, á comprender la lengua de los primeros padres del linaje humano, ó lo que es lo mismo, el origen del lenguaje.

No debe olvidarse ni por un momento, en el curso de la interpretación, lo que hemos dicho ya respecto al tránsito de ciertas palabras, que pululando en los idiomas turanianos de Asia [y conservadas todavía algunas de ellas en el país de los vascos, penetraron como herencia religiosa en el panteón védico, llevadas allí por tribus de origen turanio, aryanizadas en virtud de la evolución.

Esta clase de palabras abundan en el Veda: tales son los *prayas*, pasteles hechos con arina y manteca; *ghrita*, de donde viene el asturiano *griton*, trozo de tocino, después de soltar la grasa; *Vipra*, el sacerdote que preside el sacrificio; *bhârati*, la palabra acompaña-

da del gesto, la acción declamatoria; *ilâ*, tierra, y además vaca, y la palabra poética, *varhis*, el cesped; *Vrihas-pati*, el fuego del sacrificio, (señor de la creación, en ambos conceptos de soplo y calor); *Garhapatya*, el fuego doméstico, *Varaniya*, (diosa de la oración; *prasouh*, madres, y ramas de árbol; *Brisaya*, (que los comentadores hacen venir absurdamente de *brisis*, vestido, y es un genio en lucha con Agni); *Bhârata*, ofrenda (objeto del culto); *Prithivi*, la tierra, (cambiada en vaca, según una leyenda); *Varri*, nombre de Agni, (que se traduce por el que cubre, siendo el espíritu del fuego ó del calor); *Abhriyah*, las nubes, consideradas como llevando la fecundidad y la vida á la tierra y á la vegetación; *Pradja-pati* señor de la creación, y otras muchas que bien interpretadas darían mucha luz en la traducción del Veda. En todas ellas se observan, en efecto, con alguna significación divina ó religiosa, ó por lo menos de creación, expansión ó abundancia, las onomatopeyas primitivas ó la contracción del *ber*. Pero donde se ve más clara esta contracción es en el nombre del dios por excelencia *Brahma*; nombre, que es por sí solo, una de las mejores pruebas de nuestra teoría.

#### DYAU, BRAHMA.

Se ha supuesto que *Dyu*, el cielo, padre de Indra, fué en un principio el gran dios de la raza.

Todo parece confirmarlo así, aunque su papel, en el Rig Veda, es algo desairado:

«Delante de Indra se inclinó el divino *Dyu*; delante de Indra se inclinó la gran *Prithvi*.» (R. V. I. 131).

De esto no se deduce más, que el cielo y la tierra prestaron homenaje á Indra; pero *Dyu*, no tiene otro

carácter que el de cielo padre. Pudo ser, en efecto, Dyu, un dios más antiguo en la raza arya, y haber figurado como primer dios en la época de la emigración á Europa de aquellos aryas, que después llegaron á ser griegos, latinos y germanos, llevando consigo este nombre, en las formas, *Zeus, Deus y Tiu*.

Dyu no se eleva nunca, en su vida mítica, al poder y á la personalidad; es el cielo y el día, en el Veda; pero más antiguamente fué la aspiración *ya, yu, ha, hu*, de todas las razas, sólo que los aryas añadieron la *D*, sanscrita, regla fonética heredada, como en eúskaro, de algún idioma turania no, que se convierte en *Z* y en *T*, en Grecia y en Germania. Es una ley fonética constante en el eúskaro: así, los eúskaros de Italia han dicho *Tiber*, por *Iber*, el Ebro, y más adelante los romanos, llamaron *Duretum*, de *Dureta*, una silla del baño llevada de España, que es *Ureta*, sitio de agua, sin *d* eufónica. En este país la mayor parte de los nombres en *ur* y *uri*, agua y pueblo, llevan siempre la misma *D* ó *T*: *Turia* en Valencia, *Turon* y *Buron* en Asturias, *Turbula* en los bastetanos antiguos, Durango en Vizcaya, Durana en Alava, y otros muchos, cuyo origen eúskaro es imposible negar.

Esa raíz *div*, brillar, de la que Max Muller saca el nombre de *Dyaus*, no es verdadera raíz; al contrario, debe ella su origen á la misma espiración *yu* ó *dyu*, en sanscrito, pues ya hemos visto que estas onomatopeyas que han dado nombre á los dioses, sirvieron también para expresar todo lo grande, lo fuerte, lo exuberante, lo hermoso y lo brillante.

Max Muller ha caído en el mismo error que los pueblos antiguos, que creían que los nombres de los dioses eran palabras de su propia lengua. Él llama á *Dyu*, el brillante, como los hebreos, el fuerte á Jehová, ó el señor á Adonis, y los fenicios á Melkarte el rey

de la ciudad. Ya se ha visto á cuántas confusiones puede dar motivo semejante método.

*Brillar* no es verbo primitivo; para llegar á expresar la idea de brillo, el hombre, acabado de salir de manos de la naturaleza, necesitó una larga asociación de ideas. ¿Cómo había de arreglarse para dar á comprender su idea de las cosas brillantes? ¿Ha de creerse que la raíz *div* salió así, de repente, del pensamiento humano? Nó; las cosas no pasaron así. El hombre llegó á obtener naturalmente las onomatopeyas de la espiración; con ellas pudo dar nombre á Dios, al cielo, y á sí mismo, porque el pronombre personal en la mayor parte de los idiomas, procede de ellas. Nada más natural, que viendo brillar los astros en el cielo, se les diera un nombre parecido al del cielo: *dewa*, espíritus vivientes, celestes, hasta que la aplicación de este nombre á todo objeto brillante le hizo ser adecuado para expresar la idea ó la acción del verbo *brillar*. Pero inventar de repente una raíz para expresar el brillo, ni es lo natural, ni está conforme con las leyes que presidieron el origen del lenguaje. Y este proceso ha tenido lugar en la raza arya especialmente, porque en otras, la idea de brillo, se expresa con la otra onomatopeya *er*, alusiva al brillo que despiden los objetos calentados ó expuestos al fuego, y al del mismo fuego. Un buen ejemplo de esto es ese mismo verbo *brillar* que estamos usando ahora; En la palabra *brillar*, tenemos la contracción del *beró* bien marcada. Esta palabra es debida, pues, á otra corriente y á otro procedimiento en la asociación de ideas. Tiene parecido con el *vibrare*, latino, y ya se pierde la filiación; pero la onomatopeya, por grandes que sean las lagunas de por medio, fija siempre el origen.

Si, pues, en *vibrare, fulgere* y *brillar*, se notan aun las onomatopeyas designando la misma idea por otra evo-

lución, es natural y lógico que el *div* sanscrito proceda, como ellas, pero más simplemente, de la onomatopeya del soplo. La espiración y el nombre de Dios son, pues, anteriores á la idea del brillo.

Explica, también, Max Muller, el griego *Zen*, *Zenos*, así como el latino *Fan*, la forma más antigua de *Fan-us*, como representando una forma sanscrita, *Dyav-an*, formada como *râjan*, pero con *guna*. Para explicar *Fan* y *Zen*, busca terceras declinaciones, y acaba por hacer de Diana una forma sanscrita, *divana*, la *celestial*. ¡Cuánta investigación fuera de su lugar! *Fan*, la forma más antigua de *Fan-us*, es la espiración misma, más antigua que el sanscrito también, y tratar de reducirlo por terceras declinaciones, después de haber atravesado tantos idiomas y por consiguiente tantas gramáticas desconocidas, es un procedimiento que no tiene defensa.

Diana es también anterior á la forma sanscrita *divana*, por lo que hemos dicho antes; y no es otra cosa que la espiración *han* ó *ian*, con la *D* eufónica y el artículo, *D-ian-a*. Es el *fain*, *Faun* ó *Fan* eúskaro, hecho femenino á causa de la final *a*, mal entendida.

Todos los mitos de luz proceden asimismo de estas onomatopeyas, cuando llevan la forma original *ar-ja*, por *er-ja*, como la *Arjuni* del Veda. Luz y rayo son en sanscrito *archi* y *archis*, con otro derivado *arkah*, luz ó rayo de luz, nombre del sol también por natural metáfora; *riksha*, estrella, *ghar* ser brillante, *gharma* calor en sanscrito; en griego *thermos* y en latín *formus*; *ghar* = *har*; *harî*, *harit*, los caballos del sol. *Arjuni*, la aurora, que traduce Max Muller, la *brillante*, fué, pues, en su origen, *Er-jun-i*, á no ser que con el simple cambio de la *e* en *a*, se haya dado á las onomatopeyas el significado de luz, en cuyo caso sería el espíritu luminoso, siendo la luz esencial cualidad del calor ó del fuego.

*Arguinis*, un nombre de Afrodite, que los griegos hacían derivar de un lugar á los bordes del Cephiso, es la misma *Arjuni*, en etimología, por más que la diosa griega no tenga otra cosa que ver con la aurora, ni con la luz, sino la idea de calor ó fuego como todos los dioses; es el *arguia* eúskaro; luz, resultado también de aquellas dos raíces.

Estas mismas palabras de que hacemos uso, luz, calor, no tienen otro origen: *lux*, *calor*, *ardor*, en latín; *lux*, que perdió una vocal inicial que se conserva en *illuminare*, y debió ser en el principio *er-ax*, *er-ux*, lo mismo que *luna*, *er-un-a*, que se conserva en eúskaro, *iluna*, oscuridad (1), porque llaman á la luna, *ilarguia*, luz apagada ú oscura. Calor, *ha* ó *ja-er-er*, que pasó á *ca-el-er*, y por contracción, calor. La *l* sucede poco á poco á la *r*. En los vedas es raro este tránsito, pero en griego y en latín ocupa un gran puesto; así se dice, por ejemplo; *λυος* *lupus* por *urka*. En *ardor*, *er-d-er*, se ve bien clara la repetición onomatopéica.

*Brim*, en inglés, *borde*, en un principio borde, orilla del mar, del sanscrito *Bhram*, hacer remolinos, agitar-se el agua de un modo semejante al hervor, prueba también que la onomatopeya *ber* ha sido tomada del

(1) Max Muller hace venir luna de *lucina* = *lucere*, brillar, que es lo mismo que decir que sombrero viene de sombra, con lo cual no se adelanta nada, porque no se sale de la misma lengua; luna, como *lucina*, traen su origen de la raíz *il* conservada en eúskaro, y que ha formado su *iluna*, oscuridad. Esta antiquísima raíz nos enseña un curioso procedimiento primitivo para la expresión de las ideas opuestas: si *er* llevaba la significación de dar la vida por el calor, el simple cambio, en *ir*, significó quitar la vida, y por asociación de ideas, *er* ó *el*, la luz del sol ó del día, como *arjuna*, *arguia*, *Hélios*, etc. llegó á ser *ir* ó *il*, luz moribunda, oscuridad, la luz de la luna, *il-arguia*. Desde el *kill*, inglés, hasta el *katt* la ó *kettel* hiktil de los semitas proceden de ahí, con sus significados de matar, morir.

sonido producido por el agua caliente y agitada. Todavía el sanscrito *bhraj* significa *freir*, y *ripple* en inglés, hervir ó agitarse el agua á borbotones.

¿De qué otras raíces puede creerse que procede este nombre *Praja-pati*, epíteto de Agni, y que significa en sanscrito señor de la creación ó de la generación, si no de *Praja*, *Braja*, contracción de *Beroja*?

La significación tradicional y la forma del nombre lo están diciendo.

De esta forma, *Praja*, han querido algunos sacar el nombre de *Brahma*, sin saber por qué, y únicamente por la importancia de su significado; pero *Brahma* no procede de *Praja*; es otra evolución paralela á ésta, como hay muchas.

*Brahma*, el incomprensible y misterioso nombre, es contracción de *Bero-ham-a*, el espíritu del calor, y por asociación de ideas, el principio universal de toda vida, el Dios de la creación y animador de la naturaleza.

Esta forma ha hecho su evolución latente en el seno del turanismo, siempre considerada, como palabra santa, hasta hacer su radiante aparición en el Indostán, escogida como el nombre más propio de la divinidad por una especie de atavismo en el sacerdocio.

Indra, símbolo y representación de la fuerza, cuya residencia llegó á estar localizada, para el pueblo, en el cielo tonante y en las nubes, no era un nombre conveniente de Dios, en la noción teológica sublime á que se habían elevado ya las altas clases. Se procuró primero hacer del nombre de Indra, un nombre esotérico, interponiendo en él una sílaba inútil; pero no tardaron en comprender cuánto se prestaba al ridículo; así fué que esa forma caprichosamente inventada no tuvo éxito. Este nombre, que puede verse en el *Aitareya Upanishad*, era *Idamdra*, porque se supo

na que los dioses gustaban de los apelativos difíciles de comprender. Pero nada de esto pareció suficiente. Para expresar esa gran concepción teológica de la intimidad de Dios con el mundo, y en especial, con el hombre, era necesario un nombre nuevo, y ninguno más á propósito que *Brahma*, al que la tradición asignaba ya la residencia interior en el fondo de las cosas, contenidas todas en él.

Hé aquí lo que se lee en el *Aitareya Upanishad*:

«13. Cuando hubo nacido (el hombre provisto de alma ó atman) consideró los seres, sin saber que había, que tenía, dentro de sí otra cosa. Pero (instruido un día,) vió que el hombre no es otra cosa que *Brahma* precisamente, y dijo: «yo he visto esto» (es decir á *Brahma* que formaba la naturaleza de su sér.)

«11. El, (el atman ó *icvara* universal, porque hay atman individual y universal) dijo: «¿Cómo *esto* podrá pasar sin mí?»

*Esto*, es la criatura humana acabada de crear de una embozada de agua caliente (1).

Él concibió este pensamiento: «¿De qué manera puedo yo penetrar allí? (en el hombre.)» Él concibió este pensamiento: «¿Qué soy yo si la palabra habla, si el *prana* respira, si el ojo ve, si el oído oye, si la piel toca, si la mente piensa, si el *opana* cumple sus funciones, si el miembro viril emite (semen) sin mi concurso ó sin que yo goce?»

Max Muller cree (2), y no se engaña en esto, aunque no comprenda la razón, que *Brahman* significó en el

(1) Es otra confirmación de la teoría esa *agua caliente* dando principio á la vida.

(2) *Ensayo sobre la historia de las religiones*, pág. 144. Traducción española.

origen: potencia, voluntad, deseo y la fuerza propulsiva y creadora.

La palabra brahman, en neutro, significando la fuerza creadora, no se encuentra en el Rig, pero sí en el Atarba Veda y otros muchos Brahmanas. Significa aquí el Brahman más grande que gobierna todo lo que ha sido y será.

El cielo pertenece sólo á Brahman, se dice en el Atarba Veda (X. 8. 1).

En los Brahmanas es denominado Brahman, el primer nacido, el que existe por sí mismo, el mejor de los dioses. Los espíritus vitales son identificados con Brahman.

«Los que reconocen á Brahman en el hombre, los que reconocen al más alto de los dioses; los que reconocen en éste á las criaturas; el que conoce á *Prajapati* (el señor de las criaturas) y los que conocen al más antiguo Brahmana, éstos conocen el fondo del abismo.»

La tradición está, pues, de acuerdo con la etimología, y *Brahma* es ciertamente el *icvara*, el alma del mundo, el *Purusu macho*, padre de la naturaleza, autor de la vida y propagador de la generación.

Este mismo sentido religioso y tradicional de las onomatopeyas ha formado el nombre esotérico de Cristo «*Brachiü*, quia ab ipso omnia continentur (1).»

Brahma es el resumen lógico de la evolución teológica de la raza arya en la India; la unidad que abarca la inteligencia, la fuerza y la vida de la creación, simbolizadas antes, especial y respectivamente, en *Aditi*, *Indra* y *Pardjania*.

(1) San Isidoro, *Etym.*, lib. 3.º

## ADITI.

Acabamos de decir que Aditi es la inteligencia y debemos explicar esta apreciación, porque nadie hasta ahora había descubierto ese carácter, y sería muy extraño que después de tanto como se ha escrito acerca de este nombre y su significación, fuésemos nosotros á darle un atributo que no le perteneciera.

Aditi, por su misma sencillez, es uno de los nombres más rebeldes á toda interpretación. Los textos, por otra parte, dicen poco de ella; un par de himnos es todo lo que tiene en el Rig Veda; pero siempre que por incidencia se recuerda, lo poco que se dice, es de alta importancia y revela una grande y misteriosa divinidad.

Aditi es tan pronto usado en sustantivo como en adjetivo; pero sustantivo abstracto, frecuentemente personificado.

Mr. Roth ha dado del adjetivo dos explicaciones diferentes en su diccionario, y le traduce por *bundlos*, *frei*, sin lazo, libre, haciéndole salir de la raíz *dâ*, ligar; pero en su *Estudio sobre las grandes divinidades aryanas* (1) supone que Aditi es la eternidad: *die Ewigkeit*. Este sentido responde algo mejor á las necesidades de los textos que el primero, pero dista mucho de explicarlos todos.

Muir ve en Aditi la naturaleza entera, madre de los dioses y de los hombres, fuente, origen y materia de todas las cosas celestes, divinas, humanas, presentes y futuras. Traduce el himno, donde se describe la creación, donde los adityas son dados á luz, y en los capítulos siguientes, después de haber señala-

(1) *Journal de la Société germanique orientale*, t. 6.º, pág. 68.

origen: potencia, voluntad, deseo y la fuerza propulsiva y creadora.

La palabra brahman, en neutro, significando la fuerza creadora, no se encuentra en el Rig, pero sí en el Atarba Veda y otros muchos Brahmanas. Significa aquí el Brahman más grande que gobierna todo lo que ha sido y será.

El cielo pertenece sólo á Brahman, se dice en el Atarba Veda (X. 8. 1).

En los Brahmanas es denominado Brahman, el primer nacido, el que existe por sí mismo, el mejor de los dioses. Los espíritus vitales son identificados con Brahman.

«Los que reconocen á Brahman en el hombre, los que reconocen al más alto de los dioses; los que reconocen en éste á las criaturas; el que conoce á *Prajapati* (el señor de las criaturas) y los que conocen al más antiguo Brahmana, éstos conocen el fondo del abismo.»

La tradición está, pues, de acuerdo con la etimología, y *Brahma* es ciertamente el *icvara*, el alma del mundo, el *Purusu macho*, padre de la naturaleza, autor de la vida y propagador de la generación.

Este mismo sentido religioso y tradicional de las onomatopeyas ha formado el nombre esotérico de Cristo «*Brachiü*, quia ab ipso omnia continentur (1).»

Brahma es el resumen lógico de la evolución teológica de la raza aryana en la India; la unidad que abarca la inteligencia, la fuerza y la vida de la creación, simbolizadas antes, especial y respectivamente, en *Aditi*, *Indra* y *Pardjania*.

(1) San Isidoro, *Etym.*, lib. 3.º

## ADITI.

Acabamos de decir que Aditi es la inteligencia y debemos explicar esta apreciación, porque nadie hasta ahora había descubierto ese carácter, y sería muy extraño que después de tanto como se ha escrito acerca de este nombre y su significación, fuésemos nosotros á darle un atributo que no le perteneciera.

Aditi, por su misma sencillez, es uno de los nombres más rebeldes á toda interpretación. Los textos, por otra parte, dicen poco de ella; un par de himnos es todo lo que tiene en el Rig Veda; pero siempre que por incidencia se recuerda, lo poco que se dice, es de alta importancia y revela una grande y misteriosa divinidad.

Aditi es tan pronto usado en sustantivo como en adjetivo; pero sustantivo abstracto, frecuentemente personificado.

Mr. Roth ha dado del adjetivo dos explicaciones diferentes en su diccionario, y le traduce por *bundlos*, *frei*, sin lazo, libre, haciéndole salir de la raíz *dâ*, ligar; pero en su *Estudio sobre las grandes divinidades aryanas* (1) supone que Aditi es la eternidad: *die Ewigkeit*. Este sentido responde algo mejor á las necesidades de los textos que el primero, pero dista mucho de explicarlos todos.

Muir ve en Aditi la naturaleza entera, madre de los dioses y de los hombres, fuente, origen y materia de todas las cosas celestes, divinas, humanas, presentes y futuras. Traduce el himno, donde se describe la creación, donde los adityas son dados á luz, y en los capítulos siguientes, después de haber señala-

(1) *Journal de la Société germanique orientale*, t. 6.º, pág. 68.

do la unión de Aditi con Visnu, uno de los adityas en la época brahmánica, produce todos los pasajes interesantes sobre estos hijos de Aditi, principalmente los que se refieren á los dos *reyes aliados* Mitra y Varuna.

Boehlungk, como Roth, deriva Aditi de *A* y de *diti*; y *diti* de *da ó do*, cortar. Sería, pues, según esto, Aditi, la indivisible, y por un *tour de force*, lo infinito. «Esta etimología es dudosa, dice Max Muller; pero yo no conozco otra mejor.»

Por lo que se ve, Aditi como Indra han sido un verdadero *rompecabezas* para los exegetas, y todos los otros nombres de los dioses están en el mismo caso para ellos.

«Claro es, dice Max Muller, que Aditi representa lo que está más allá de la aurora, y que ha sido elevada al rango de emblema de lo divino y de lo infinito. Es llamada *nabhir*, *amritsya* (umbilicus immortalitatis), el cordón que une lo mortal á lo inmortal. Así, dice, que exclama el poeta: «¿Quién nos volverá á la grande Aditi, para que yo pueda ver á mi padre y á mi madre?»

Aditi, para Max Muller, es también la aurora; pero, ¿cómo comprender que se pida volver á la aurora para ver á su madre? Este texto, como otros muchos, no se explica por ninguna de las interpretaciones que hasta ahora se han dado.

Langlois, en su comentario al himno 5.º de la lectura duodécima, dice, que ser de Aditi equivale á fundirse con la naturaleza, á ser completamente de ella. Aditi es para él, el *todo*, en oposición á *Diti*, que quiere decir *dividido*, *incompleto*.

Aditi, según Girard de Rialle, sería la naturaleza, donde existe todo, hasta los muertos.

«Cuando el rico Damana hace volver el ojo al sol,

el soplo á Vayu, el cuerpo á la tierra, el agua á las plantas, hace recordar la estrofa de Cunacepa: «¿Quién nos volverá á la grande Aditi, á fin de que yo vea á mi padre y á mi madre?»

En otra parte, se pregunta, después de observar que *Prakrti*, la materia primordial, es identificada con la oscuridad en las leyes de Manú: ¿Sería Aditi la luna, como imagen de la noche? Pero nada apoya esta conjetura, que pierde su valor considerando la forma masculina del sanscrito *çandra*.

¿Qué será, pues, Aditi? ¿Cuál será su significación etimológica?

Estudiemos, primero, algunos textos:

«Aditi es el cielo; Aditi es la atmósfera; Aditi es la madre, el padre y el niño; Aditi es todos los dioses y las cinco razas; Aditi es lo que ha nacido y lo que nacerá.» (Palabras de Gotama.)

«¡Oh Varuna, desata las cadenas que nos oprimen por arriba, por abajo, por en medio! ¡Hijo de Aditi, que nuestras faltas sean borradas, que nosotros seamos de Aditi!» (1).

4. «Estos divinos Adityas, guardianes del mundo entero, sostienen todos los seres animados é inanimados, llenos de grandes pensamientos, conservando el espíritu vital y deudores equitativos (para con los mortales)» (2).

6. «¡Oh Aryaman, Mitra y Varuna, el camino que vosotros abris es bueno, agradable, sin espinas! ¡Oh Adityas, llevadnos por este camino y prestadnos un socorro todopoderoso!» (3).

(1) *Rig.* Lecture deuxième, himne 5.º, section premier.

(2) *Rig.* Lecture septième, himne 4.º, section deuxième.

(3) *Idem*, id.

7. «Que *Aditi*, que tiene por hijos, estos reales (*Adityas*), aleje á nuestros enemigos» (1).

11. «O dioses que constituís (el mundo) ¿es, pues, la imprudencia ó la sabiduría la que preside vuestros consejos?» (2).

14. «O *Aditi*, ó *Mitra* ó *Varuna* perdonadnos los pecados que hayamos podido cometer» (3).

1.º «O *Varuna* y *Mitra* y vosotros dioses que me escucháis; yo os llamo en mi auxilio, á vosotros pide la dicha *un sabio*.»

2.º «Dioses socorredores, vosotros sois la sabiduría y la fuerza misma» (4).

4.º «O divina *Aditi*, patrona segura y querida, ven con esos *dioses sabios*, (los *Adityas*, sus hijos) esos protectores fieles» (5).

7. «Que la *sabia Aditi* venga durante el día á nuestro socorro. Que extienda sobre nosotros (6) su benevolencia y rechace á nuestros enemigos.»

6. «O *Adityas* defended nuestra vida de los golpes que la amenazan. Ya lo habeis hecho otras veces, por que escuchais la invocación.»

7. «Dadnos esta protección, este apoyo que merecé un devoto servidor.»

10. «O divina y buena *Aditi*, yo te llamo á nuestro socorro.»

12. «O buena diosa, cuyo poder é influencia se extienden á lo lejos, danos la *libertad de obrar*, da la existencia á nuestros hijos» (7).

(1) *Rig.* Lecture septieme, himne 4.º, section deuxieme.

(2) *Id.* *id.*

(3) *Id.* *id.*

(4) *Id.* *id.* himne VI.

(5) *Rig.* Section sixieme. Lecture premier, himne VIII.

(6) *Id.* *id.*

(7) *Id.* XI.

El himno I á *Aditi*, de la lectura tercera, sección octava, es algo misterioso:

1.º «Cantemos los nacimientos de los dioses que celebrados por nuestros himnos, verán el día en las edades futuras.»

2.º «*Brahmanas pati*, como hábil artista, los forma *con su soplo*.

Los dioses existentes nacen de aquellos que no existen ya, y que ha visto la época precedente.»

4. «*Dakcha* nace de *Aditi*, *Aditi* nace de *Dakcha*.»

9. «En las edades pasadas *Aditi* vino también con sus siete hijos. El octavo, *Martanda*, ha sido llevado por ella á la muerte y á la reproducción.»

Cualesquiera que hayan sido las envolturas postizas y posteriores de este mito, lo que en él más resalta es el carácter *inteligente y sabio* de toda la familia de los *Adityas*. El pecador se dirige á ellos, como puede dirigirse á un padre ó á una madre, pidiendo el perdón de sus culpas, en la seguridad de ser oído. Es ya la gran concepción teológica de la inteligencia universal y personal de Dios, produciendo frutos de moralidad, y llamada *Aditi*.

Sus hijos, los siete dioses, gozan también de ese mismo atributo y son llamados los *sabios*. «O *sabia Aditi*» se dice repetidas veces. Este carácter de sabiduría no se refiere, con esa insistencia al menos, más que á los *Adityas*, como el de fuerza á *Indra*.

¿Qué quiere decir sinó esta invocación? «Hijo de *Aditi*, que nuestros pecados sean perdonados, que nosotros seamos de *Aditi*.»

Quiere decir que nosotros seamos *dignos* de *Aditi*, es decir, de la inteligencia, de la *razón* universal, por la elevación de nuestras ideas, por la pureza de nuestras costumbres.

Cuando se trata del perdón de los pecados y de la



perfección moral, nadie se dirige más que á los Adityas.

Aditi es la que ve, es la que conoce, es la que oye, es la que registra el fondo de la conciencia.

Ella y sus hijos dirigen por el buen camino á los pecadores. Este es su gran carácter; lo demás son mitos agregados.

Sin embargo, suponiendo que Aditi es la inteligencia ó la razón, la verdadera diosa razón, la mayor parte de las dificultades de los textos se explican y desaparecen.

*Naturaleza, eternidad, infinito*, nada de esto puede ser, porque nada conviene. ¿Qué ha de ser, pues, sino la inteligencia personal, residiendo en el todo, antes que todo, *siendo lo que ha nacido y lo que nacerá*, la gran diosa razón, *Aditi*, la inteligencia en eúskaro?

Los comentaradores indios dicen de *Aditi*, que es lo ilimitado en el tiempo y en el espacio, *Akhandaniya*, es decir, lo inmortal, lo imperecedero. ¿No tiene estas condiciones la inteligencia universal que en Dios es la razón infinita?

Pero *Aditi*, inteligencia divina, residiendo en el todo, es Dios y todo al mismo tiempo. Es la naturaleza, es la eternidad, es lo infinito.

Todo queda explicado de este modo, y *Aditi*, en su forma pura de inteligencia universal, con las consecuencias moralizadoras que se desprenden de esta idea, dirigiendo á los hombres por el camino del bien, perdonando al pecador arrepentido, inspirando un ideal de perfección, y con su carácter de buena diosa, en cuyo seno puede el hombre reposar y dejarse llevar por el destino, como un niño en los brazos de su madre, ofrece ya, en el Veda, la más alta idea que puede alcanzar la evolución religiosa en ningún tiempo.

De este modo se explica que Max Muller, en su traducción del Rig Veda, vea, en *Aditi*, el primer nombre encontrado para expresar lo *infinito*, y que Girard de Rialle, piense que es «una vaga concepción *metafísica* de la naturaleza infinita, verdadera correspondiente de la *Prakrti* del sistema *sankhia*,» y note, que los textos en que se hace mención de *Aditi*, parecen de una fecha relativamente muy reciente, de la última mitad probablemente de la época védica, donde empiezan á despuntar prolegómenos de una escuela *metafísica*. Y es cierto que los Richis se elevan á veces al monoteísmo más abstracto, y que esta concepción de *Aditi* revela ya todo un mundo teológico; pero ¡qué léjos está de nosotros, todavía, cuando para expresar esa noción se han valido de un nombre turánico: *Aditi!*

Si *Aditi* es la inteligencia, los dioses son sus hijos, y su carácter de madre no tiene por qué extrañar: Todos podemos pasar por hijos de la razón universal, en sentido figurado, y Muir no necesitaba agrupar tantos textos para probar este carácter de madre.

Respecto á esa cuestión de la *Dyada*, que se ha querido hacer difícil: *Diti* podría ser la materia, acaso la ignorancia, en oposición de *Aditi*; pero es de creer más bien, que sólo el parecido de los nombres ha sido causa de su aproximación.

*Diti*, lo divisible, nada explica, ni es posible que haya sido nunca tal idea origen de una divinidad. Si esa *A* que se supone privativa de *Aditi*, lo fuese en efecto, *Aditi* sería lo contrario de la ignorancia, la sabiduría; y el verbo eúskaro *aditu*, entender, habría tenido en un principio la significación de no ignorar ó aprender lo que no se sabe, como los latinos *disco* y *edisco*, de donde ha salido nuestro adjetivo *didáctico*. *Diti*, debió haber salido de *Titia*, la alimentación ma-

terial, en eúskaro, la materia, de donde se formaron después Tetis y los Titanes, sus hijos, fuerzas materiales en lucha con las espirituales; la tierra, contra el cielo, la animalidad contra la inteligencia.

La *A* privativa de Aditi, puede ser anterior á la formación del griego y del sanscrito. Pudo haber sido una forma parecida al *ez* eúskaro, negación, *no*, en cuyo caso, habría hecho *Extita* ó *Aztita*, *Aditi*, quedando *Titi*, *Diti* como lo material, lo animal, lo contrario de *Aditi*. La espiración *At*, tiene un gran desarrollo evolutivo con la significación de producción y alimento en los idiomas posteriores: *ad*, comer, *edo*, *ēdo*, *itan*, *ezan*, *ithim*, etc., en las lenguas indo-europeas, con los sustantivos *adas*, *adya*, alimento, *adas*, grano, en persa *ador*, *espelta* en latín; *azi*, simiente en eúskaro; *acti*, en escandinavo, trigo, *ata*, *ate*, en anglosajón, avena; *had*, en bretón, semilla, etc.

Todos éstos conservan la vocal inicial de la espiración, que perdió el eúskaro en su abundancial *tza* y en su nombre *titia*, indicando la primera alimentación.

¿Qué tendría de extraño que en un idioma donde se conservase una forma parecida, *diti*, con un significado material, se añadiera esa *A* privativa que antes de ser propia del griego, debió serlo de alguna lengua antecesora?

Aditi, como todos los mitos secundarios productos de una larga asociación de ideas es muy difícil de reducir.

Si fuera un mito original, como *Jano*, *Belo* ó *Pardjania*, con términos de comparación y con su franco sentido de vida ó de calor universal, no se resistiría seguramente á nuestro método.

Prescindiendo de sus atributos podía decirse: Aditi es como todos: un producto de la onomatopeya del soplo, con una abundancial, *Ad-it-a*. Pero ese atributo

principal de inteligencia y de sabiduría y esa cualidad moral de perdonar á los pecadores, ¿cómo se explican?

El atributo de inteligencia no creemos que pueda tener otra explicación que la que hemos dicho; respecto á la facultad de perdonar las culpas, nos faltan datos, porque sería preciso conocer las lenguas inmediatamente anteriores al sanscrito para coger la causa del mito; pero es indudable que existió en alguna de ellas una palabra parecida á Aditi, teniendo la significación de perdonar, y siendo motivo de que se le achacase á Aditi esta propiedad que tanta influencia había de tener en lo sucesivo, en el desenvolvimiento moral de la humanidad.

El verbo *adizevo*, ser culpable, perdonar, en otra forma anterior más parecida á Aditi todavía, pudo haber tenido alguna parte en ello, si es que esta idea de perdón, no fué una consecuencia natural, de la inteligencia y de la justicia divinas, aunque la idea parezca avanzada, en aquel estado de progreso teológico.

La palabra más usada para expresar la idea de leer, en sanscrito, es también *adhiti*, que parece suponer la existencia de libros, por más que hoy todavía los Brahmanes no hablen nunca de sus libros ó *granthas*, y sí de su Veda, es decir, de lo que han entendido por sus oídos, de la sabiduría tradicional. Cítanse entre ellos, *brahmanas* ó discursos de los Brahmanes, *sutras*, ó reglas, *vedangas* ó partes del Veda, *sastras* ó enseñanza, *pravachanas*, ó predicaciones, pero nunca un libro, una página, ni un tomo. En el Rig Veda, hay la división antigua de *suktas*, himnos, *anuvakas*, repeticiones, *mandalas*, ciclos, *ahnica*, jornada de trabajo, pero no hay palabras que expresen como *liber*, *biblos*, *book*, la materia de que se ha hecho el libro, la corteza ó envoltura interior del papyrus ó del haya.

La escritura fué allí desconocida hasta poco antes de la conquista de Alejandro, y durante el período de los sudras quizá. *Adhiti*, pues, no significó en el principio leer, sino aprender, entender lo que decía el maestro (*guru*, en eúskaro padre, maestro, como en sanscrito); aplicado después á la lectura: entender lo que dice el libro. *Adhiti*, por lo tanto, es indudablemente, ó fué en lo antiguo, el mismo verbo eúskaro entender, cuya significación se cambió luego en la de leer, después de la introducción de la escritura. Así dicen todavía «deer un libro de boca del maestro» por la antigua expresión: aprender ó entender de boca del maestro, y *adhia-payati*, hacer leer ó enseñar. Los etimólogos dan de este verbo una explicación poco satisfactoria: según ellos, *adhi* significaría debajo, *i*, *ir*, juntos, ir al fondo, acabar una cosa, poseerla bien, aprenderla.

Esta etimología trae la palabra á la misma significación que le supusimos en el origen, al *aditu* eúskaro, entender. ¿Cómo los exegetas no se habrán fijado en este verbo, *adhiti*, para aproximarle al nombre de *Aditi*?

Sin duda la significación moderna de leer, no les dijo nada, y no se elevaron por no saber el eúskaro, á la que tuvo antiguamente de entender y que resuelve la cuestión, unida á los otros datos.

*Aditi* es, pues, como quiera que se considere, lo espiritual inteligente, negación de la materia animal y de la fuerza bruta. De aquí todos los accesorios de su mito.

Ulises, el astuto é inteligente Ulises, Ὀδυσσεύς, *Odiseus* *Odise-us*, es la forma correspondiente griega de *Aditi* = *Odite*, *Odite-us*, con la terminación. El carácter de Ulises ¿no es la inteligencia, exagerada hasta la suma prudencia y la astucia?

¿No se confirma la interpretación de *Aditi* por el mito griego?

Pero hay más aún. ¿De dónde viene, y qué significado tiene ese nombre *Adytum*, ἀδύτων, cámara particular ó secreta de los templos griegos, en que nadie, sino los sacerdotes que oficiaban, podían entrar? (1).

El *Adytum* era distinto de la *cella*; se ve por un pasaje de Lucano (2), en el que la sacerdotisa temiendo las crisis violentas que la agitaban allí, se detiene en el recinto del templo y se resiste á entrar en el *Adytum*, *antrum*, como le llamaba Lucano. Es preciso emplear la fuerza para hacerla entrar. Una vez dentro, fuese por medio del *hipnotismo*, ó por cualquier otro medio, la inspiración profética se apodera de ella y en su lúcido sonambulismo lo ve y lo sabe todo.

Es la cámara misteriosa, el *Adytum*, donde la inteligencia divina se comunica ó revela su conocimiento al alma, libre, suelta de los lazos materiales, de la profetisa. Sólo los templos célebres por sus oráculos tenían *Adytum*. ¿Qué quiere decir esto?

Que allí donde no se revelaba la inteligencia del Dios, el *Adytum* ó estancia misteriosa donde tenía lugar la comunicación intelectual, no hacía ya falta, siendo esta pieza exclusivamente dedicada á la transmisión del conocimiento divino: *Adytum* (3).

Era este el sitio donde la Pithia daba sus oráculos, la mansión de *Aditi*, *Adyton*, como el *Sarapeon*, el *Ammon*, etc., el templo, la mansión de estos dioses; pero

(1) Virgilio *Æneid.* VI, 98.

(2) *Pharsalia.* V, 141-161.

(3) El *Adytum* estaba situado detrás del *absis* ó abside. En las ruinas de un templo en Alba Fuentis en el país de los Marcos, hoy Alba, sobre el lago Fucino, puede verse el abside aun; pero el *Adytum* está hundido y más profundo que el pavimento del templo. Se entraba por una puerta secreta.

los griegos ya no sabían lo que fuera primitivamente su *Adyton*.

«Las brumas filosóficas que según Girard de Rialle, hacen de Aditi una de las principales dificultades del Vedismo» están, pues, disipadas, porque su principal carácter queda averiguado.

Cuanto á los otros pormenores de los textos, creemos tiempo perdido su interpretación: se hace tan complicada la asociación de ideas, continuada por siglos, que es hoy sumamente difícil descifrar esos puntos de vista secundarios que podían ocurrirse, á veces por la misma ignorancia del mito, á los poetas.

SURIA, MITRA.

¿Quién no habrá oído hablar, ó no habrá visto, alguno de esos preciosos, pero obscenos cuadros en que se representa el mito de Júpiter y Leda? El cisne parece que besa estremecido los labios de la hermosa, admirada de ver un ave idiota expresar tanto amor. ¿Cómo es posible se pregunta uno, que esto haya sido un mito religioso?

Y en efecto, sólo un error de nombre produjo esta leyenda vulgar; pero ella puede enseñarnos cómo han pasado las cosas en los otros mitos también.

*Surya*, el sol, tenía otro nombre más antiguo que él, y que se conservaba por tradición en sanscrito. Este nombre era *Hansa*. Pero *Hansa* llegó á ser en sanscrito por la coincidencia de otra evolución, el nombre del cisne ó ganso, nombre heredado ya de otra lengua anterior seguramente, y de aquí salió la extravagante idea que con el tiempo se hizo misteriosa, de representarse el *Paramatma* ó alma del mundo, espíritu santo, en teología, en forma de *Hansa* ó cisne, y posteriormente de paloma. Esta idea, en su origen, llevada por

la emigración aryana á Grecia, dió aquí por resultado antropomórfico el mito de Júpiter y Leda.

A *Surya* le hacen venir también de *sur* y *swar* brillar, y Burnouf ha querido sacar de él el *Helios* griego, sin haber comprendido que estos dos nombres son producto de dos evoluciones diferentes de las mismas onomatopeyas.

Así como el nombre de *cabeza* ha llegado en sanscrito á la forma *Sirha*, lo mismo el nombre onomatopéico y primitivo del sol ha llegado en este idioma á la forma *Surya* (1).

*Surya*, por consiguiente, ha sido *Ja-er-ya*, *Sa-er-ya*, *Surya*; fases inevitables de su evolución. Todavía en eúskaro, *Zuri* significa blanco.

Lo mismo se puede decir de *Mitra*, de quien dice Ahura el espíritu de vida: «Este *Mitra*, yo le he creado tan digno de ser honrado como yo mismo.»

*Mitra* es la luz del sol, es el sol mismo y el espíritu del calor y de la vida en el origen, como todos los dioses onomatopéicos.

Lo mismo que la evolución ha llegado, en la forma caucásica del nombre que expresa la idea de *cabeza*, á *Metheri*, así ha llegado también la onomatopeya divina á la forma *Mitra*.

La coincidencia de haber en sanscrito una palabra idéntica, con la significación de *amigo*, ha hecho que algunos tradujesen así el nombre de *Mitra*, que fué lo mismo que traducir la antigua espiración *Hansa*, nombre del sol y de dios, por cisne.

*Mitra* conserva en Malavar su significado de sol que es el que tuvo en el origen, como el ojo ó la manifestación visible y luminosa de la divinidad. Asociación de ideas igual por todas partes.

(1) Véase el cuadro comparado de los nombres de cabeza.

los griegos ya no sabían lo que fuera primitivamente su *Adyton*.

«Las brumas filosóficas que según Girard de Rialle, hacen de Aditi una de las principales dificultades del Vedismo» están, pues, disipadas, porque su principal carácter queda averiguado.

Cuanto á los otros pormenores de los textos, creemos tiempo perdido su interpretación: se hace tan complicada la asociación de ideas, continuada por siglos, que es hoy sumamente difícil descifrar esos puntos de vista secundarios que podían ocurrirse, á veces por la misma ignorancia del mito, á los poetas.

SURIA, MITRA.

¿Quién no habrá oído hablar, ó no habrá visto, alguno de esos preciosos, pero obscenos cuadros en que se representa el mito de Júpiter y Leda? El cisne parece que besa estremecido los labios de la hermosa, admirada de ver un ave idiota expresar tanto amor. ¿Cómo es posible se pregunta uno, que esto haya sido un mito religioso?

Y en efecto, sólo un error de nombre produjo esta leyenda vulgar; pero ella puede enseñarnos cómo han pasado las cosas en los otros mitos también.

*Surya*, el sol, tenía otro nombre más antiguo que él, y que se conservaba por tradición en sanscrito. Este nombre era *Hansa*. Pero *Hansa* llegó á ser en sanscrito por la coincidencia de otra evolución, el nombre del cisne ó ganso, nombre heredado ya de otra lengua anterior seguramente, y de aquí salió la extravagante idea que con el tiempo se hizo misteriosa, de representarse el *Paramatma* ó alma del mundo, espíritu santo, en teología, en forma de *Hansa* ó cisne, y posteriormente de paloma. Esta idea, en su origen, llevada por

la emigración aryana á Grecia, dió aquí por resultado antropomórfico el mito de Júpiter y Leda.

A *Surya* le hacen venir también de *sur* y *swar* brillar, y Burnouf ha querido sacar de él el *Helios* griego, sin haber comprendido que estos dos nombres son producto de dos evoluciones diferentes de las mismas onomatopeyas.

Así como el nombre de *cabeza* ha llegado en sanscrito á la forma *Sirha*, lo mismo el nombre onomatopéico y primitivo del sol ha llegado en este idioma á la forma *Surya* (1).

*Surya*, por consiguiente, ha sido *Ja-er-ya*, *Sa-er-ya*, *Surya*; fases inevitables de su evolución. Todavía en eúskaro, *Zuri* significa blanco.

Lo mismo se puede decir de *Mitra*, de quien dice Ahura el espíritu de vida: «Este *Mitra*, yo le he creado tan digno de ser honrado como yo mismo.»

*Mitra* es la luz del sol, es el sol mismo y el espíritu del calor y de la vida en el origen, como todos los dioses onomatopéicos.

Lo mismo que la evolución ha llegado, en la forma caucásica del nombre que expresa la idea de *cabeza*, á *Metheri*, así ha llegado también la onomatopeya divina á la forma *Mitra*.

La coincidencia de haber en sanscrito una palabra idéntica, con la significación de *amigo*, ha hecho que algunos tradujesen así el nombre de *Mitra*, que fué lo mismo que traducir la antigua espiración *Hansa*, nombre del sol y de dios, por cisne.

*Mitra* conserva en Malavar su significado de sol que es el que tuvo en el origen, como el ojo ó la manifestación visible y luminosa de la divinidad. Asociación de ideas igual por todas partes.

(1) Véase el cuadro comparado de los nombres de cabeza.

Mitra es *Aditya* como *Varuna*, especie de Osiris, *dios-sol*, (este último) en el hemisferio inferior, ó hundiéndose en el mar; el correspondiente de Poseidon y Neptuno por el atributo, pero cuyo nombre, como se ve, tiene una evolución y un origen diferente. *Varuna*, fué *Ber-un-a*, espiración y calor; el sol en su última estación, *Urano* que se le parece mucho por el nombre, no tiene en cambio nada que ver con él por los atributos.

Hé aquí por qué sólo puede decirse que se ha probado la identificación de dos dioses, cuando coinciden perfectamente su principal carácter y la evolución de sus nombres. Buscarla de otro modo, es exponerse al error y al desengaño; así la *Aditya Bhaga*, coincide en todo, con el *Buga* siberico y el *Boge* ruso.

Mitra es anterior á la ruptura ó disensión religiosa de la raza aryana, pero ¿qué antigüedad, qué arraigo y qué carácter de bondad sería el suyo, para persistir considerado buen dios por el Iran!

Plutarco dice que Mitra era el mediador. En los libros zendas, es la unidad ó su símbolo, anterior á Ormuz y á Ahariman. En los monumentos mitriacos, se ven el sol, la clava y el toro. Es la luz y la verdad, la actividad creadora y la fuerza vital.

Dupuis, coloca los monumentos mitriacos 4.500 años antes de J. C., pero es muy poco. Estas fechas cortas nos hacen reir hoy. El culto de Mitra llegó á Roma.

Plutarco dice, que los piratas vencidos por Pompeyo, lo dieron á conocer á los romanos, mas no se sabe cuando penetró en el Capitolio. Luciano le hace asistir al banquete de los dioses con su vestido blanco y con su tiara, pero sin hablar griego, ni saber cuándo beben á su salud. Comodo inmoló un hombre en honor de Mitra por su propia mano.

Su culto tenía grandes analogías con el cristiano,

cosa que admiró á muchos. En el equinocio de primavera se celebraban sus misterios y el 25 de Diciembre su nacimiento como sol invencible, cuando nuestra Pascua y nuestra Navidad. Sin embargo, la Iglesia de Oriente celebraba la Natividad el 6 de Enero, día consagrado allí á Osiris, (*Ahura*) principio, también, de creación y vida. Dos grados de la iniciación mitriaca se llamaban *bromios* y *helios*, recuerdos tradicionales de su significación onomatopéica, y el Archigalo habitaba y daba oráculos en el Vaticano. Después de pruebas difíciles acababan bautizándose y sorbiendo harina disuelta en agua, con otras fórmulas rituales que significaban la fuerza productora y el poder generador de Mitra.

Hubo quien supuso este nombre corrupción de *Belita*, y no son de extrañar tales confusiones, dados los términos parecidos de la evolución de los nombres divinos. Mitra, en la suya, tuvo seguramente una forma parecida á aquel nombre, pero no por eso fué corrupción de ella. La raíz *ma* salida de las espiraciones *am*, *am*, ha llegado á tener un significado propio de luz, como veremos luégo en el nombre *Minerva*. Mitra fué, pues, andando el tiempo, el nombre divino de la luz solar, sin perder por eso las otras grandes cualidades de espíritu productor y animador que tuviera al principio, como lote de las onomatopeyas que formaron su nombre. Mitra fué *Am-at-er-a*, *ma-t-er-a*, *me-t-er-a*, y por fin contraído, *Mitra*. Es el mismo espíritu creador, que todos, con el carácter solar y luminoso que le dió posteriormente el nuevo sentido de la raíz *ma*.

Estos resultados son tan halagüeños, que á veces no podemos menos de sentir una dulce satisfacción, mezclada, por lo débil de la condición humana, á un poco de orgullo, cuando vemos descifrazados nombres que los mismos comentadores indios no entendieron nun-

ca, y que los más ilustres exegetas modernos no han podido tampoco interpretar con todos los datos de la ciencia. Ni Wilson, Cowel y Goldstucker con su sistema de respetar y seguir las opiniones de Sáyana y los teólogos; ni Weber, Benfey, Roth, Muir y Max Muller, con su crítica científica y las leyes positivas de su lingüística, preferibles ciertamente á las preocupaciones religiosas y á las absurdas etimologías de los indios, han conseguido nunca semejante triunfo sobre los misterios del origen.

## DIOSES DEL IRAN.

HAOMA, PERAHOM, AHURA-MAZDA.

La teología mazdeana ó religión de Zoroastro ofrece, en su culto del fuego, pruebas excelentes en apoyo de nuestra investigación. Zoroastro es mucho más antiguo de lo que se cree. Su historia, aproximada á nosotros por el espejismo de la leyenda, se pierde realmente en la noche de los tiempos, y no se sabe, á decir verdad, si es un hombre ó un mito. Parece que su nombre es Zarathustra ó astro de oro, cosa que no aclara nada la cuestión de origen. Los antiguos hacían figurar á Zoroastro en los últimos límites de la historia, en un período fabuloso ya, haciéndole contemporáneo de Nino y de Semiramis. El historiador Justino hace de él un rey mago de los bactrianos que tuvo guerra con Nino; pero los más serios testimonios, entre ellos el de Xanto, contemporáneo de Herodoto y el más enterado de las cosas antiguas según Dionisio de Halicarnaso, suponen que vivió cinco ó seis mil años antes de la guerra de Troya, lo

ca, y que los más ilustres exegetas modernos no han podido tampoco interpretar con todos los datos de la ciencia. Ni Wilson, Cowel y Goldstucker con su sistema de respetar y seguir las opiniones de Sáyana y los teólogos; ni Weber, Benfey, Roth, Muir y Max Muller, con su crítica científica y las leyes positivas de su lingüística, preferibles ciertamente á las preocupaciones religiosas y á las absurdas etimologías de los indios, han conseguido nunca semejante triunfo sobre los misterios del origen.

## DIOSES DEL IRAN.

HAOMA, PERAHOM, AHURA-MAZDA.

La teología mazdeana ó religión de Zoroastro ofrece, en su culto del fuego, pruebas excelentes en apoyo de nuestra investigación. Zoroastro es mucho más antiguo de lo que se cree. Su historia, aproximada á nosotros por el espejismo de la leyenda, se pierde realmente en la noche de los tiempos, y no se sabe, á decir verdad, si es un hombre ó un mito. Parece que su nombre es Zarathustra ó astro de oro, cosa que no aclara nada la cuestión de origen. Los antiguos hacían figurar á Zoroastro en los últimos límites de la historia, en un período fabuloso ya, haciéndole contemporáneo de Nino y de Semiramis. El historiador Justino hace de él un rey mago de los bactrianos que tuvo guerra con Nino; pero los más serios testimonios, entre ellos el de Xanto, contemporáneo de Herodoto y el más enterado de las cosas antiguas según Dionisio de Halicarnaso, suponen que vivió cinco ó seis mil años antes de la guerra de Troya, lo



cual representa una antigüedad que en vano han tratado de aminorar los sabios del Renacimiento por esa tendencia á encerrar, en un período marcado de antemano, toda la cronología. Como quiera que sea, su religión se presenta en los Nazkas, que son sus libros santos, con un carácter que, sino es primitivo por la elaboración del dogma, se acerca bastante á los orígenes por la conservación directa de las tradiciones.

El culto del fuego, sin mezcla de idolatría, es la base del mazdeísmo. Ya hemos hecho notar que, en esta religión se observa el caso extraño de que los nombres divinos de los Vedas son en ella demonios ó espíritus malos, con pocas excepciones; así se lee en los Nazkas: «Pronunciad estas palabras victoriosas que curan: Yo aniquilo á Indra; yo aniquilo á *Çaru*, yo aniquilo al Dèva Nâonghaitia.»

Este *Çaru zenda* es el sanscrito *Çarva*, uno de los más antiguos nombres del *Shiva* de la trinidad brahmánica. Este odio á los otros dioses no se concibe en el seno de una misma raza educada de la misma manera; y sin embargo, á juzgar por la lengua, el sanscrito y el zenda son hermanos. Para comprender esto vamos á proceder por analogía. Los dioses del imperio romano no se convirtieron en demonios á los ojos de los mismos pueblos que estaban acostumbrados á adorarles, hasta que una religión más espiritual y más mística, venida de fuera, extraída del seno de otra raza, el cristianismo, apareció trayendo nuevos ideales y consuelos á la humanidad. Sólo un reformador inspirado, y auxiliado por entusiastas apóstoles que secunden sus miras, puede conseguir tales resultados. Ahora bien; Zoroastro, sin ser precisamente aryanos, debió representar el papel de Jesús ó de Mahoma en el aryanismo; debió romper con los antiguos dioses del Arya, algunos de ellos de procedencia extraña,

como Indra, considerándoles espíritus malos, cuyo culto separaba á los hombres del verdadero y único Dios de la luz y de la vida. Así se explica la ruptura del Arya y del Iran. Y que la reforma tuvo esta razón de ser, puede confirmarse con el carácter unitario de pureza que Zoroastro asignó á su religión. Algunos dioses, sin embargo, muy queridos del pueblo por ser de evolución enteramente aryanos, como Mitra y Varuna, fueron convertidos en ángeles por él. Es por lo que decíamos antes que Indra debía ser un dios de procedencia turaniana, y por eso encontramos su significación de *fuerza* en el eúskaro. El brahmanismo es, acaso también, una vuelta á los orígenes, que habrá sufrido, antes de su definitivo triunfo, una larga incubación de tímida resistencia bajo la opresión de dioses extraños á la raza. La oposición que señala Burnouf, entre el magismo y el brahmanismo, no existe pues; porque el magismo es muy anterior al brahmanismo, que es indio, y la ruptura debió tener lugar antes de la separación de las dos ramas y acaso ser causa de ella. Donde se marca la oposición es entre los Nazkas y los primeros Vedas.

La misión de Zoroastro es de las más sublimes, porque es, por excelencia, moralizadora. Es el primero de los grandes reformadores, y en él empieza verdaderamente la lucha consciente del bien contra el mal, preñada de progresos y esperanzas.

Zoroastro es el profeta y el revelador de Ahura-Mazda, anterior, muy anterior, á la redacción de los Nazkas, en donde se le invoca ya como un santo consagrado por la tradición, á quien no sólo se debe la nueva ley, sino una nueva era.

Marcan los Nazkas la ruptura de la tradición aryanos en dos períodos precisos; uno, el de la antigua ley, en el cual no figuran todavía ni Zoroastro ni Ormud,

sino *Haóma*, el más antiguo nombre de Dios de que hay noticia; otro, el de los hombres de la nueva ley, *Nabanazdistá*. Burnouf ha hecho notar y con razón, que este período de la nueva ley señala la separación del Arya y del Iran.

En el nombre de *Haóma*, ó *Homa*, se ve la filiación turaniana. *Homa* es Juma; es la espiración, es el espíritu; en cambio, el *Ahura* de Zoroastro es el espíritu universal presente en el fuego, como hemos visto ya por incidencia. *Homa* tiene la variante *Soma* en la India, y es, al mismo tiempo, el nombre de un licor extraído del jugo de un vegetal que tiene la virtud, después de consagrado, de llevar en sí el espíritu del Dios. Mientras que los otros sacramentos no dan más que la pureza, éste da la vida, porque es el mismo Dios, asimilado al hombre por la comunión.

Era este el dogma capital del culto mazdeano: «Yo soy Hom, se dice en el *Yaçna*» (h. IX), el santo que aleja la muerte. Sacrificame ó *Gúitama*; prepárame para comerme; cántame himnos.»

«Zoroastro contesta: «Yo te dirijo mi oración, ó Hom! Hom puro, que das lo que es bueno, que das la justicia, que das la pureza, la salud, etc. Cuando las almas te comen con pureza, tú las proteges, ellas son dignas del paraíso.»

El mazdeísmo no conoce más sacrificio que éste; no admite sacrificios cruentos. El oficio divino consistía en la celebración de este misterio; el oficiante, teniendo en la mano el cáliz en el momento de la consagración, decía estas palabras: «Por esta sólo copa que yo te presento, dame tres, cuatro, seis, siete, nueve, diez por uno; recompénsame así, ó puro *Pera-hom!* da la pureza á mi cuerpo. Vela sobre mí, *Hom*, producción excelente. Ven tú mismo, fuente de pureza. Dame, Hom santo, que alejas la muerte, las moradas

celestes de los santos, mansión de luz y de dicha.» (*Yaçna*, h. XI.)

En este himno, aparte de su importancia como rito histórico, por verse en él el origen del misterio eucarístico cristiano, se encuentra el nombre de *Perahom*, que para nosotros es muy significativo, porque prueba que el sacerdocio antiguo conocía las dos partes ó las dos onomatopeyas del nombre divino, pero que en ciertos colegios, se reservaban una como más misteriosa y daban la otra al vulgo. Por eso Hom, durante el oficio, es llamado por el sacerdote: *Pera-hom*, nombre que probablemente no conocería el pueblo.

Ahora bien: en *Perahom*, se ven perfectamente las onomatopeyas. ¡Qué misterio tan general y tan universalmente conservado! Si las plantas son fuentes de salud y de vida, *Pera-hom* es el espíritu que les da esta virtud; es Dios en la planta que produce la inmortalidad, rechaza la muerte, y da la salud y larga vida; «planta de hermoso cuerpo, de amarillos colores, de tallos flexibles, buena de comer.» En ella se concentran todas las virtudes curativas, medicinales y saludables de las otras.

«*Pera-hom* es, pues, (y esto lo dice Max Muller) la fuerza vital, expansiva, creadora, saludable, actuando en la naturaleza por los jugos mágicos de las plantas.» ¿No es este el sentido que hemos dado nosotros á las dos onomatopeyas desde un principio? ¿Puede darse más consonancia entre el nombre y la representación?

*Pera-hom* es *Ber-a-hom*; es el primitivo nombre del *Pardjania* védico, que viene á darnos la razón en aquella etimología como en todas.

Pero ¡qué antigüedad! anterior á la formación del Rig Veda y á la excisión de la raza aryaná.

Los escritores griegos no están bien informados del

papel de *Hom* en la liturgia mazdeana. Plutarco habla de cierta planta llamada *Omómi*, que, en su oficio sagrado, los magos machacan en una especie de mortero, y sirve para hacer libaciones á *Ahriman*.

Estrabon dice que los magos celebran sus ceremonias teniendo en la mano un ramillete de pequeñas plantas. Es, en efecto, el hazecillo de *Hom* que en la liturgia mazdeana hace un servicio continuo y se llama en los libros santos, *barsom*. Aquí tenemos otro nombre más claro todavía: *barsom* (*ber-jom* ó *ber-hom*) el jugo, el espíritu de *Hom* en la planta que va á servir para el sacrificio; el espíritu animador de la naturaleza, representado en aquella planta. Esto nos va á explicar el extraño dogma de la eucaristía mazdeana, por asociación de ideas.

Esta idea de comer el hombre á su Dios no existe más que en el mazdeísmo y en el cristianismo: «Tomad y comed; este es mi cuerpo», ha dicho Cristo. «Prepárame para comerme», dice *Hom*. ¿Cómo pudo nacer idea tan rara? Veamos.

Siendo *Hom*, el soplo ó espíritu vital, desde un principio, unido al *ber*, en *Perahom* y en *barsom* del sacrificio, resulta ser el espíritu creador y productor en la naturaleza. Si es el que produce y anima y da la vida y hace germinar las plantas, no hay duda que debe estar en ellas como en todo lo que manifiesta vida ó crecimiento; pero este modo de estar es por completo, en todas y cada una de las partes. Hasta aquí la asociación de ideas no puede ser más lógica. La obra del mundo no se parece á las obras humanas que, una vez hechas, pueden abandonarse, no; el mundo, en todas sus partes, necesita cuidados constantes para su conservación. Es obra de todos los momentos, por lo mismo que es vivo. Una planta necesitó, en el concepto de los hombres primitivos, que el espíritu

universal la asistiese, la hiciese crecer, la diese forma y color, y residiese en ella.

No podían comprender, y nadie lo ha comprendido hasta ahora, cómo un ser vivo puede hacerse á sí mismo, darse forma con perfecta regularidad y crecer ó desarrollarse sin que el espíritu de creación universal, que lo llena todo con su vida y lo anima con su calor, no siguiese paso á paso, en todos los momentos, las diferentes fases del desenvolvimiento. Así adoraban á Dios hasta en lo más humilde, y en vez de ser extravagantes eran profundamente religiosos. Y si Dios está en la planta ó en sus jugos, comiéndola ó bebiendo su licor, el hombre se asimila el espíritu de vida que reside en ella, y por esta intimidad con la naturaleza viva no puede menos de cobrar fuerzas, pureza y salud. El sacerdocio se encargó después de dar valor dogmático á la idea, con la consagración. Es admirable que este gran dogma de la moral epurada, apreciado tan sólo por algunas naturalezas privilegiadas, la intimidad de Dios con el hombre, ó la existencia de lo *inconsciente* en el fondo del ser, cuya fórmula religiosa dió San Pablo: «en Dios estamos y El está en nosotros» que tanto respeto y dignidad debe causar en la personalidad humana, haya sido simbolizado desde el principio, en esa intimidad material del *Hom*.

El hombre necesitaba, y necesita aun, esta representación visible de lo divino que está en él operando sin dejarse ver.

Probada está la lógica del dogma.

El mito de los *Feruers* no ha sido bien comprendido. Se ha querido hacer de él un mito metafísico, suponiendo á los *Feruers* una especie de ideas tipos como las de Platón, presidiendo cada uno su cosa ó su ser. Los angeles, los animales, los hombres, los astros, toda existencia tiene su *Feruerv*. ¿Qué quiere decir esto?

*Feruer*, en zenda *Fravachi*, no significa lo que se ha supuesto: *fra*, encima, y *vach*, crecer ó vivir; sino que son formas de la onomatopeya repetida en *Feruer*, y de las dos del soplo y el calor en *Fravachi*. No significan más que el espíritu vital que anima á cada existencia. Después se supuso este espíritu, inmortal y separado de los cuerpos; y los *Feruers* son desde entonces las almas persistentes y eternas. El mismo Ormud tiene la suya que equivale á nuestro verbo. A este *Feruer* supremo se refieren las palabras de Ormud sobre el principio del mundo: «El puro, el santo, el activo *Honover*, ó *Sapetman* Zoroastro, te lo digo claramente, era antes del cielo, antes del agua, antes de la tierra, antes de los rebaños, antes de los árboles, antes del fuego, hijo de Ormud, antes del hombre puro, antes de los *dewas*, antes de los *kharfesters*, antes de la existencia del mundo, antes de todos los bienes, antes de todos los puros gérmenes dados por Ormud.» (Yaçna h. XIX.)

¿Quién será este *Honover* tan antiguo?

El espíritu creador, el soplo de vida y el principio del calor animador teologizado ya: *Hon-ó-ver*; las dos onomatopeyas con su significado constante.

«Mi nombre es la palabra de todo» dice Ormud en otra parte; y en efecto, los elementos que forman el nombre de Dios en todo el mundo, dieron origen también á casi todas las palabras del lenguaje humano, pero sólo en los nombres divinos se conservaron puros á causa del respeto de las generaciones.

En esta teología mazdeana, Ahriman, no por ser el genio del mal, deja de ser una gran divinidad, participando á medias con Ormud del imperio universal. El nombre primitivo de Ahriman, en zenda, es *Aghrô-Majnius*, espíritu malo. La primera parte *Aghrô*, *Agh-rô*, contracción de *Agh-ero*, conserva las raíces en perfecto

estado, y hasta la significación de espíritu, tradicional en zenda. ¿Qué más prueba de que es también el espíritu vital, ó el principio espiritual del calor? No hay más diferencia de él á Ormud ó *Ahuva-Mazda*, que en el epíteto, *Malo*, en vez de *Sabio*, debido á la noción que del mundo se llegó á formar la teología mazdeana. Esta aparición en la tierra del principio del mal personificado, que tantas consecuencias entrañaba y que tantos tormentos iba á causar realmente á la pobre humanidad bajo el disfraz nominal de diablo, empieza de este modo.

«Ormud, exclama Zoroastro, ¿quién es el que produce los males y atormenta al mundo?»

Ormud le responde: «Es el que enseña la mala ley ó Zoroastro. . . . Yo le he dado el *Hom* bien preparado, el *Miezd* en abundancia; á pesar de esto, él no ha querido hacer el bien.» (Vend. Farg. XVIII.)

Y en el Yaçna dice: «Al principio del mundo celeste me dijo él: O tú que eres la excelencia, yo soy el crimen.»

«El orgullo pierde á Ahriman, como á Satanás: Cuanto más le he rogado más orgulloso se ha hecho», dice Ormud en otra parte.

De este orgullo, principal causa del mal, todos tenemos un poco. Ahriman, antes de ser zoomorizado en serpiente, como lo más vil y rastrero de la creación, no era más que la idea del mal producido en la sociedad humana por la libertad de la ignorancia. Así Ahura-Mazda es el dios *omnisciente*, porque sólo el saber puede ser causa del bien. Ormud procura atraer á los malos, les ofrece el *Homa* y el *Miezd*, pero la ignorancia prefiere placeres inmediatos, y el orgullo rechaza la gracia, haciendo uso de la libertad; sin embargo, al fin de los tiempos, todos serán humildes y sabios y aceptarán la gracia de Ormud. Es en lo que se diferen-

cian los dos mitos: en la conducta de Dios y de Ormud respecto de ellos. Satanás no tiene perdón; pero al mismo tiempo desempeña un puesto oficial: es el verdugo de la justicia de Dios, encargado de castigar eternamente al malo. Ahriman, en cambio, será vencido por la gracia que opera siempre en él, y atraído al bien, porque Ormud no piensa más que en librar del mal al universo. Hubiera podido Ormud suprimir el mal desde un principio, quitando la libertad al hombre y á los seres; pero entonces, todo mérito habría desaparecido con la evolución moral, hecha imposible, y la inteligencia misma no podría desenvolverse sin las luchas de la libertad que sirven de acicate al progreso. Lo que no puede Ormud, es hacer una inteligencia de repente, sinó, la hubiera hecho.

Ahora, Satanás se condena, y Ahriman se salva. ¿Cuál de los dos desenlaces es mejor?

Por lo demás, *Diablo* ha sido *fa-ber*, con la *D* sanscrita, *Diabalo*, en eolico *zaballo*, porque donde hay una *D* inicial sanscrita se hace *z* y desaparece la *i*. *Diabolus* es corrupción bizantina; y en latín se ve *Zabulus* por *Diabolus*; luego *Dia-bel-us* = *fa-ber*.

Y por último, lo que es decisivo, entre los veinte nombres que Ahura-Mazda revela á Zoroastro como suyos, el duodécimo: «*Ahmi Popol Vug*: Yo soy el *hirviente*, no permite dudar de que es la primitiva onomatopeya, el hervor del agua, lo que ha formado la mayor parte de los nombres de Dios. Decir soy el *hirviente*, es como si dijera Ormud: «Soy el que conocieron vuestros padres, al principio, en el hervor del agua; soy el espíritu del calor que anima las burbujas; soy el sonido que dió lugar á mi nombre; soy la onomatopeya *Popol*, ó *Popor*, *Bobor*, *Borbor*, *Ber-ber*, de la que se formaron todos mis nombres.

Nuestro adjetivo *fuerte* es el *fortis* latino, paralelo al

*bor* y *phor* de los hebreos, que se encuentra en griego bajo la forma de afauros ἀφαιρος con la *á* privativa, flojo, débil, y que corresponde todavía al adverbio *valde*, sacado del adjetivo *validus*; por eso el *fort-bean* francés equivale á muy hermoso, bien bello, hermosísimo. Es la aplicación de las onomatopeyas á todas las cosas buenas, después de haber nombrado con ellas á los dioses.

La tradición estoniana no se había perdido, como se ve, en la raza aryaná.

#### THWASHA.

En las invocaciones del Vendidad, sólo se hace mención dos veces de Thwasha, y sin embargo, Thwasha es un gran dios.

«O Zarathustra, se dice, celebra á Thwasha que obedece á su propia ley, el tiempo, (akaranahé) (kronos,) sin límites, el viento (vayaos) que vive en las alturas (uparokairyéhe)» (XIX, 44).

En otra parte del Vendidad (III, 149) se emplea el término Thwashem en el sentido de un viento poderoso con el calificativo de rápido.

Neriosengh traduce uno de sus atributos por *svayamdatta*, creado por sí mismo, en cuyo caso, Thwasha es una divinidad primitiva que tiene existencia propia.

Spiegel, que quiso relacionar este dios con el moderno *Sipiur* (esfera), aunque con muy pocas pruebas y forzando mucho la concordancia, confiesa sin embargo, que los eranianos tenían á Thwasha por el primer dios del Cosmos.

Es, pues, cosa segura, que Thwasha, cualquiera que sean los atributos que después se le han dado, confundiendo con la atmósfera, con la bóveda celeste, ó con la esfera ó circunferencia terrestre, como hace

cian los dos mitos: en la conducta de Dios y de Ormud respecto de ellos. Satanás no tiene perdón; pero al mismo tiempo desempeña un puesto oficial: es el verdugo de la justicia de Dios, encargado de castigar eternamente al malo. Ahriman, en cambio, será vencido por la gracia que opera siempre en él, y atraído al bien, porque Ormud no piensa más que en librar del mal al universo. Hubiera podido Ormud suprimir el mal desde un principio, quitando la libertad al hombre y á los seres; pero entonces, todo mérito habría desaparecido con la evolución moral, hecha imposible, y la inteligencia misma no podría desenvolverse sin las luchas de la libertad que sirven de acicate al progreso. Lo que no puede Ormud, es hacer una inteligencia de repente, sinó, la hubiera hecho.

Ahora, Satanás se condena, y Ahriman se salva. ¿Cuál de los dos desenlaces es mejor?

Por lo demás, *Diablo* ha sido *fa-ber*, con la *D* sanscrita, *Diabalo*, en eolico *zaballo*, porque donde hay una *D* inicial sanscrita se hace *z* y desaparece la *i*. *Diabolus* es corrupción bizantina; y en latín se ve *Zabulus* por *Diabolus*; luego *Dia-bel-us* = *fa-ber*.

Y por último, lo que es decisivo, entre los veinte nombres que Ahura-Mazda revela á Zoroastro como suyos, el duodécimo: «*Ahmi Popol Vug*: Yo soy el *hirviente*, no permite dudar de que es la primitiva onomatopeya, el hervor del agua, lo que ha formado la mayor parte de los nombres de Dios. Decir soy el *hirviente*, es como si dijera Ormud: «Soy el que conocieron vuestros padres, al principio, en el hervor del agua; soy el espíritu del calor que anima las burbujas; soy el sonido que dió lugar á mi nombre; soy la onomatopeya *Popol*, ó *Popor*, *Bobor*, *Borbor*, *Ber-ber*, de la que se formaron todos mis nombres.

Nuestro adjetivo *fuerte* es el *fortis* latino, paralelo al

*bor* y *phor* de los hebreos, que se encuentra en griego bajo la forma de afauros ἀφαιρος con la *á* privativa, flojo, débil, y que corresponde todavía al adverbio *valde*, sacado del adjetivo *validus*; por eso el *fort-bean* francés equivale á muy hermoso, bien bello, hermosísimo. Es la aplicación de las onomatopeyas á todas las cosas buenas, después de haber nombrado con ellas á los dioses.

La tradición estoniana no se había perdido, como se ve, en la raza aryaná.

#### THWASHA.

En las invocaciones del Vendidad, sólo se hace mención dos veces de Thwasha, y sin embargo, Thwasha es un gran dios.

«O Zarathustra, se dice, celebra á Thwasha que obedece á su propia ley, el tiempo, (akaranahé) (kronos,) sin límites, el viento (vayaos) que vive en las alturas (uparokairyéhe)» (XIX, 44).

En otra parte del Vendidad (III, 149) se emplea el término Thwashem en el sentido de un viento poderoso con el calificativo de rápido.

Neriosengh traduce uno de sus atributos por *svayamdatta*, creado por sí mismo, en cuyo caso, Thwasha es una divinidad primitiva que tiene existencia propia.

Spiegel, que quiso relacionar este dios con el moderno *Sipiur* (esfera), aunque con muy pocas pruebas y forzando mucho la concordancia, confiesa sin embargo, que los eranianos tenían á Thwasha por el primer dios del Cosmos.

Es, pues, cosa segura, que Thwasha, cualquiera que sean los atributos que después se le han dado, confundiendo con la atmósfera, con la bóveda celeste, ó con la esfera ó circunferencia terrestre, como hace

Herodoto que en esta parte no se ha equivocado como algunos creen, tomándole por Zeus (1), es un dios de los primeros tiempos, en cuyo nombre deben ir escondidas las onomatopeyas.

La forma primitiva, según Justi, fué *Thwakhs-a* que aun se conserva en manuscritos, y se aproxima á la raíz sanscrita *tvax*.

Que es un dios del soplo es indudable; del puesto que se le asigna en el Avesta, se puede concluir que se encontraba en la más alta región del aire y con el tiempo ilimitado que va siempre en su compañía. Es *açman*, espíritu y espacio aéreo. Pero esto no basta. Es un nombre muy complicado el de *Thwasha* para ser producto de la espiración sola; y por otra parte, siendo como era la circunferencia celeste, y siendo ésta, como dice Herodoto, la cúspide del sistema religioso persa de su tiempo que era llamada el *día*, *Thwasha* debía ser una especie de *Dyáús*, ó de Zeus. Para llegar á este puesto era preciso que hubiera antecedentes en la tradición. La bóveda celeste está llena de fuegos, y un dios del soplo, sólo, no estaría bien representado allí. El carácter cósmico de *Thwasha* supone también las dos onomatopeyas. ¿Cuál debió haber sido, pues, su nombre? Nosotros encontramos su más antigua forma *Tevar*, nombre de Dios en los viejos libros tamules.

Si *Thwasha* tuvo la forma que dice Justi, inmediatamente anterior, no primitiva, *Thwakha*, no habría que suponer más que un cambio de la *r* en gutural, entre este último nombre y *Tevar-ha*; cambio que puede suponerse, por muchas razones, en alguna de las lenguas en que sufrió su evolución el nombre.

*Te-var-ha* sería, pues, como casi todos los dioses

(1) T.º 1.º, pág. 131.

del origen, el principio de creación por el calor, el dios que los iranianos colocaron acertadamente, como confiesa Spiegel, á la cabeza del ordenamiento cósmico.

#### ZERVANE-AKERENE.

No cerraremos este ligero cuadro de la mitología bactriana sin decir breves palabras de Zervane-Akerene.

Cualquiera que sea el origen que se asigne á este dios: bien se considere su nombre, intruso en el seno del mazdeismo, bien se suponga que es un dios babilónico, introducido por los medo-persas á consecuencia de su mezcla con los pueblos del Eufrates, ó que es el dios más antiguo de los eranianos, generador ó causa de Ormuz y de Ahrimanes, es lo cierto que su nombre tiene un carácter que revela la más alta antigüedad.

Son dos términos distintos de evolución onomatopéica formando un solo nombre. ¿En qué punto se reunieron los dos?

Es difícil de determinar y no es cosa de nuestra incumbencia.

Diremos solamente que *Zervane* hace saltar á la vista las onomatopeyas: *Ha-cr-van*, por contracción *Servan* y *Zervan*, y que es por consiguiente un dios creador, de los primeros tiempos.

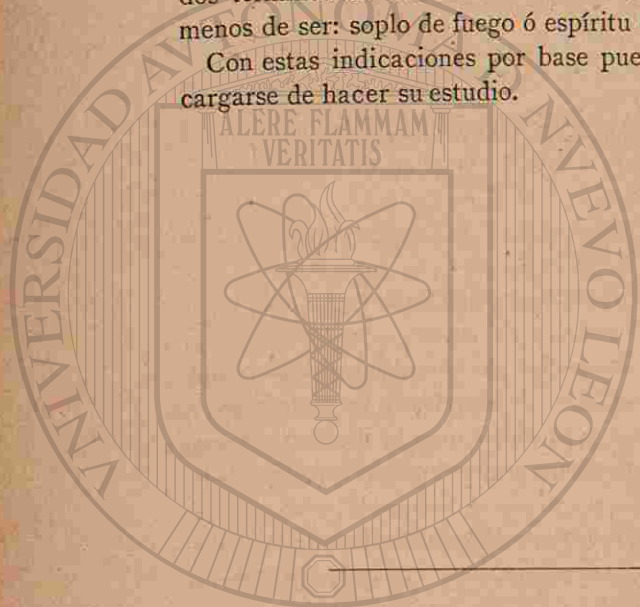
Akerene, no por pertenecer á otra corriente evolutiva, disimula más las onomatopeyas: *Ah*, ó *Aj-cr-en*, *Ah-cr-ene*; el mismo soplo creador.

La interpretación que se le ha dado, de tiempo sin límites ó tiempo eterno, corresponde á su parecido con el *kronos* griego, del cual es un término paralelo

de evolución, sin otra diferencia apenas, que la contracción de este último.

Pero el significado original, lo mismo de *Zervane* que de *Akevene*, en cuya separación insistimos, porque son dos términos de evolución diferentes, es, y no pudo menos de ser: soplo de fuego ó espíritu creador.

Con estas indicaciones por base pueden otros encargarse de hacer su estudio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DIOSES GRIEGOS.

HEROS, HERACLES.

«Una tradición venida de los antiguos y de la más alta antigüedad, dice Aristóteles en la *Metafísica*, y transmitida á la posteridad bajo la forma de mitos, nos enseña que éstos (los primeros principios del mundo), son dioses, y que lo divino abraza la naturaleza toda entera. Lo demás ha sido añadido fabulosamente con el objeto de persuadir al vulgo, y á fin de sostener las leyes y los intereses comunes.»

Es así, en parte, como debe juzgarse la mitología griega. Deben dejarse á un lado las fábulas para elevarse á los principios ó manifestaciones maravillosas (por más que fuesen naturales y regulares) que sorprendieron la imaginación de los hombres prehistóricos.

Considerados así, los dioses griegos dejan de ser griegos, y pasan á ser otros tantos términos de evolución lingüística y mental de la serie de generaciones que acabó por tener su asiento en Grecia.

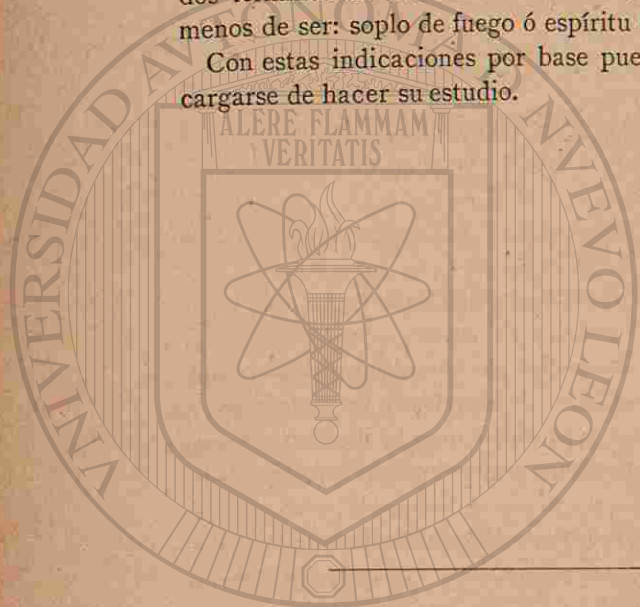
Alguien ha dicho que la idea que engendró el símbolo en el origen del pueblo ó de la raza, era indepen-



de evolución, sin otra diferencia apenas, que la contracción de este último.

Pero el significado original, lo mismo de *Zervane* que de *Akevene*, en cuya separación insistimos, porque son dos términos de evolución diferentes, es, y no pudo menos de ser: soplo de fuego ó espíritu creador.

Con estas indicaciones por base pueden otros encargarse de hacer su estudio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DIOSES GRIEGOS.

HEROS, HERACLES.

«Una tradición venida de los antiguos y de la más alta antigüedad, dice Aristóteles en la *Metafísica*, y transmitida á la posteridad bajo la forma de mitos, nos enseña que éstos (los primeros principios del mundo), son dioses, y que lo divino abraza la naturaleza toda entera. Lo demás ha sido añadido fabulosamente con el objeto de persuadir al vulgo, y á fin de sostener las leyes y los intereses comunes.»

Es así, en parte, como debe juzgarse la mitología griega. Deben dejarse á un lado las fábulas para elevarse á los principios ó manifestaciones maravillosas (por más que fuesen naturales y regulares) que sorprendieron la imaginación de los hombres prehistóricos.

Considerados así, los dioses griegos dejan de ser griegos, y pasan á ser otros tantos términos de evolución lingüística y mental de la serie de generaciones que acabó por tener su asiento en Grecia.

Alguien ha dicho que la idea que engendró el símbolo en el origen del pueblo ó de la raza, era indepen-

diente de las palabras que debían más tarde expresarla, y que así, la simbólica es anterior á su expresión en el lenguaje; que no hay en el Veda, por ejemplo, término único para cada divinidad, sino que una palabra tiende á prevalecer entre otras muchas, y en fin, que el nombre no fué definitivo hasta la perfecta elaboración del símbolo.

No es de extrañar este error cuando no se abarca toda la evolución desde el principio. Si en el Veda hay varios nombres, en efecto, consiste en que su significado tradicional fué idéntico, porque idéntico fué también su origen. Son producto ó resultado de evoluciones que conservan el carácter original, y por eso, al fundirse en sociedad común, las diferentes tribus admiten, unas de otras, aquellos nombres que expresan los mismos atributos de sus dioses, prevaleciendo aquel que mejor se aviene con la nueva concepción del símbolo ó que pertenece á la más influyente tribu. Mas en el principio, el nombre y el símbolo son como el sello y la estampa; no se mide el tiempo que se llevan; y sobre todo, no hay tal independencia del símbolo y los nombres, pues ya hemos visto que éstos no son nunca caprichosos ni arbitrarios, sino reflejo exacto y lógico de la idea expresada por la oportuna onomatopeya. Y una vez nominado un dios, su nombre no cambia jamás; recorre su evolución como las otras palabras del lenguaje, y llega á desfigurarse en mil diferentes formas, conservando siempre, sin embargo, su raíz. Es lo que hace fácil nuestra interpretación y lo que imposibilitó hasta ahora la exégesis. Todo estriba en la verdad del método. Acaso el nombre de Dios fué el primero que conscientemente pronunciaron labios humanos.

La idea de Dios vibra en el cerebro del hombre al mismo tiempo que la palabra suena por prime-

ra vez en su boca. No parece sino que el nombre de los dioses encierra y contiene el origen del lenguaje.

Pero las generaciones pasaron y el significado de los nombres divinos se olvidó, quedando sólo un vago recuerdo de los más salientes caracteres.

Los griegos no conocían, mejor que los otros pueblos, su mitología. Prometeo era para ellos «el hombre previsor» y Epimeteo, su hermano, «el que toma consejo.» De las palabras vulgares de su idioma querían sacar el nombre de sus dioses, así como ahora todavía, ilustres exegetas suponen que *Pirra* es el barro rojo, y que *Hera* viene de *Svar* cielo, en sanscrito, ó de *Era*, en griego, la tierra.

Nuestros lectores conocen, desde luégo, que estos nombres, ó no tienen el significado que se les atribuye, ó no proceden los unos de los otros, sino que son términos de las evoluciones onomatopéicas, lo mismo que estos otros que vamos á examinar: Heracles, Apolo, Cybeles, Ceres, Démêtér, etc.

La mitología debe ir en busca del mito primitivo separándole de las concepciones posteriores: «Una etimología, como dice Girard de Rialle, si es natural y bien fundada, y por tanto, verdadera, da mucha luz.»

«Los más antiguos puntos de contacto, dice Muir, entre las ideas religiosas de los griegos y de los indios, de que se ha hecho mención, son de un carácter diferente y *vestos innegables de una mitología original* que fué común á los antepasados de las dos razas.»

El Veda no es aun para Muir, y tiene razón, á pesar de considerársele antiquísimo, la fe primitiva de la raza: «Así como en latín ó en griego hay formas más antiguas de palabras que en sanscrito, así hay mitos en Germania ó en Grecia que tienen un carácter más arcaico que en el Veda, y que no pueden ser explicados por ese cómodo *Usá* de Max Muller.»

El método empleado por nosotros llena todos estos requisitos; abarca la mitología desde su fuente original; explica todo ampliamente; se confirma por la comparación, y produce una ley etimológica infalible.

Veamos ahora los términos de la evolución en Grecia.

El antropomorfismo predomina aquí más que en Asia. El Caos, anterior á la tierra, pero que no es su padre, es el principio de tenebrosa humedad, productora de monstruos, que Beroso coloca en el origen de todas las cosas, en un tiempo en que reinaba *Omoroka*, es decir, según la interpretación de *Lenormant* (1), la diosa madre=*Um-uruk*, adorada en la ciudad de Uruk, (*ερχοη*), que es la misma Belit, la gran diosa.

Es natural que siendo grandes diosas las dos, puedan ser identificadas por *Lenormant*; pero son resultados bien fonéticamente distintos en evolución. Belit es la forma femenina de Belo, conservando sólo la onomatopeya del calor, mientras que *Omoroka* lleva las dos: *Um-ero-ja*, muy transparentes.

Se llamaba también *Tihavi*, la mar, ó abismo primordial; pero los griegos por cierta asonancia con *θαλασσα* hicieron de ella el mar. De su cuerpo cortado en dos, hizo Belo el cielo y la tierra, y de su sangre, los dioses y los hombres. Era en un principio toda la creación, el espíritu y la materia caliente y dispuesta para la vida: *Ham-ero-ha*.

*Heros*, *Ēpos*, que Hesiodo presenta como el señor de los espíritus y de los corazones, ocupa en la teogonía cosmogónica un puesto eminente que atestigua su antigüedad y su importancia. Es la forma primitiva del Belo de los caldeos, el Demiurgo, y de las diferentes formas del *El* hebreo. Es el origen de las formas, *Krios*,

(1) Essai sur la cosmologie de Berosé.

el sol de Byblos, y *Kronos*, por la síncope del acento áspero griego ó espiración fortificada y la segunda onomatopeya. Preside, como no podía menos, dada su significación primitiva, la unión fecunda de los seres, que es el mismo concepto que los pueblos de Asia tuvieron siempre del principio de toda producción.

*Era* la tierra, la procreación simbolizada en la tierra, procrea á Urano, el cielo estrellado, mansión del espíritu de vida: *Er-an*; y los dos, á *Tetis* madre de las aguas dulces y alimenticias; (*Titia*, la abundancia en eúskaro). Esta teogonía es ya muy posterior á los orígenes, y producto de mil oscuridades y confusiones.

El Titan Hiperion que sube al cielo con su hermana *Toya*, frutos de la segunda pareja divina, es *Hi-ber-ion*, el espíritu del calor que llegó á ser el sol como *Toya* la luna, (espiración sencilla). La terminación es el *on* eúskaro indicando bondad, grandeza.

De la tercer pareja salen Palas y Perseo, ó *Bar*, *Ber-ah*, *Ber-he-o*

Hecate, la reina de la naturaleza, es el conjunto de tres aspiraciones, y nada más.

De Zeus hemos hablado ya por incidencia, y de Hera. Estudiemos ahora el nombre de Heracles.

Según Benfey, *Virya-m*, nombre neutro de *vira*, el guerrero, el héroe, originado probablemente en un *Wara* aryaco, en latín *vir*, en gótico *vair*, en anglo-sajón *wer*, habría dado nacimiento al griego *ἥρας*=Hera, Heracles.

Desde luego se nota que todas estas palabras de diferentes lenguas, son términos de la evolución onomatopéica de nuestro *ber*, y que, por consiguiente, no tienen unos sobre otros privilegio alguno, para sacar de ellos esta etimología. Tanto valdría sacarla de nuestra palabra *héroe*, que está mejor conservada aun, pero que tiene como todas ellas el defecto de ser posterior

al nombre divino de Heracles, y de no conservar la significación primitiva. No acaban de comprender los exegetas, por más que teorizan, que estos nombres divinos, tan antiguos como el lenguaje humano, no pueden tener explicación por ninguna lengua indoeuropea, y que á lo más, sólo sirven para la comparación y confirmación, una vez encontrada en los orígenes la verdadera raíz.

La primera parte del nombre de Hércules, *Her*, ya sabemoslo que es; mas, la segunda no es tan conocida; pero aun de la forma *Her* hay algo que añadir. Se lee en algunas medallas antiguas *Feracleon* por *Heracleon*, marcando así la pronunciación eólica cuyo digamma tenía un sonido entre *F* y *V*, y suplía las aspiraciones, por lo que se llamaba *επιτημον βρω*, el signo *Vau*, puesto en lugar del espíritu colocado sobre la vocal y correspondiente al *Vau* oriental. Señalamos esta ley conservada en un dialecto griego para que no se extrañen ciertas interpretaciones sucesivas que pueden obedecer á esto mismo. Además, nos indica la facilidad con que pudo haber pasado en otros dialectos desconocidos el *Ber* á *Her* y viceversa, pues una ley no se limita generalmente á un dialecto solo.

Es fácil notar que Hércules y Akiles, (*Ἀχιλλεύς*), tienen el mismo origen. En efecto, Akiles no parece más que esta segunda parte de *Heracles* contraída; de modo, que sabiendo lo que es Akiles, tendremos completa la interpretación de *Heracles*, con tanta más razón, cuanto que la forma latina *Hércules* nos deja ver la variante más aproximada: *Heracles*, *Akiles*, *Hércules*. Es indudable que el nombre de *Hércules* ó *Heracles* está formado por las onomatopeyas divinas *Ha-er*, más el nombre de Akiles. ¿Qué nombre es este? Max Muller acertó un poco la forma primitiva de este nombre: Akiles debe su origen indudablemente, ó es un térmi-

no de evolución idéntico, á las formas sanscritas *ahar*, el día, *ahal*, y *Ahalia*, la diosa de la noche, según Kumarila, la aurora. Akiles debió haber sido, pues, *Aher-a* y después *Ah-el* y *Ak-il-a* ó *cus*, en griego, *Ἀχιλλεύς*. *Ah* es la onomatopeya del soplo, pero *Ah-er* son ya las dos onomatopeyas unidas.

El significado de la segunda, *er*, es lo que no conoció Max Muller, ni nadie, hasta ahora.

*Ah-er* fortificando la espirada se convierte en *Ah-el*, *Ah-il*, *Ah-ul*. El primero, contraído con el subfijo, forma *acles*, el segundo sin contraerse, *Akiles* ó *Ἀχιλλεύς*, el tercero por elisión, *cules* ó *cur*. Todos estos nombres son nombres del sol ó de la divinidad, con el significado de las onomatopeyas: espíritu de vida, calor de creación, fuego vivo, luz del mundo. Estas significaciones se olvidaron, mas las palabras consagradas santas por la tradición fueron añadidas, en una época de que no hay recuerdo, al nombre genérico de Dios, *Her*, y entonces se formaron los nombres de Hércules y *Heracles*, simbolizando en el sol un héroe lleno de espíritu, de vida, de fuerza, de valor. Y la prueba de que esta unión fué posterior y postiza, es la reduplicación que resulta de las onomatopeyas, puesto que *Her* y *cles* ó *cules* son evoluciones del mismo nombre primitivo. Y por otra parte, la forma Akiles, aislada siempre, confirma esa especie de soldadura de sus hermanas con el gran *Her*.

El estudio de estas formas contraídas ó sincopadas, *cles* y *cules*, de las onomatopeyas, es curioso. Nuestras palabras, claro, claridad, la francesa *clair*, las inglesas *clarity*, *clearnis*, proceden de ellas con la reduplicación del *er*. Todavía en los *patois* franceses se llaman los fuegos fatuos, *cla* y *cula*. *Cula* ha llegado á ser un personaje casi mítico. Por la noche se entretiene en extraviar, perseguir y en hacer daño á los que se aproxi-

man á él. No hay más remedio para librarse, que arrojar una piedra al agua; entonces *Cula* salta tras de ella lanzando una carcajada.

Así se forjan los mitos. ¡Qué partido no hubieran sacado los griegos de este *Cula* patois!

Hércules y Akiles son, pues, mitos solares y términos de la misma evolución, en cuanto al nombre. Esas formas *cla* y *cula*, significando fuegos ó luces nocturnas, nos dan la explicación de los nombres de *Heracles* y de *Hércules*, que tuvieron en el origen la misma significación y que hasta ahora no tuvieron etimología cierta.

Nosotros insistiríamos en la prueba de que Hércules es un dios sol, si no fuese cosa universalmente aceptada y no estuviese brillantemente demostrada en la explicación del poema de la Heraclida, por Dupuis (1), de quien es preciso aceptar lo mucho verdadero que tiene en su obra. Es una observación exacta, aquella suya, de los trescientos sesenta días, sin incluir los epagómenos, cuyo número figura con un carácter religioso en tantas partes y da razón de una porción de extrañas cosas: como las trescientas sesenta estatuas que rodeaban al dios *Hobal*, (*Ha-ber*) de los árabes; las trescientas sesenta capillas levantadas alrededor de la mezquita de *Balk*; los trescientos sesenta genios que se apoderan del alma á la hora de la muerte, según los cristianos de San Juan; los trescientos sesenta *Eones* de los gnósticos; los trescientos sesenta dioses admitidos en la teología de Orfeo; las trescientas sesenta copas de agua del Nilo que los sacerdotes derramaban, una cada día, en el tonel sagrado de Acanto, etc.; otros tantos ritos en memoria del paso diurno del dios sol durante el año; lo mismo que

(1) *Origen de todos los cultos*, por Carlos Francisco Dupuis.

los trabajos de Hércules representan su paso por los signos del Zodiaco, y que el viaje de *Jason* en el buque de Argos, (*argui-a*, la luz, en eúskaro), revela, ó la elevación del sol en nuestro hemisferio en primavera, ó la subida del sol saliente para llegar en el crepúsculo vespertino á la conquista del vellocino de oro, la dorada puesta del sol. *Jaso*, en eúskaro, *subida*, *elevación*.

Vése, pues, que aun en las fábulas, que más parecen producto de la imaginación poética, no se prescinde nunca del fondo razonable, y que la misma poesía no es más que analogía y asociación de ideas.

#### EL ORÁCULO DE DELFOS, APOLO, EL OMPHALOS.

Apolo es el tipo más perfecto del ideal griego y el último producto, quizá, de la imaginación mitoplástica de aquel pueblo que supo aliar la gracia con la fuerza y con la dignidad, elevándose á la más sublime concepción de la belleza. Después de dar á las fuerzas naturales formas humanas, cierra su ciclo mítico, haciendo de Apolo un perfecto griego. Alcibiades, Epaminondas, Leonidas, tienen un ideal que pueden imitar; Apolo es la encarnación del tipo de la cultura griega. Y sin embargo, tampoco es un dios griego, ni siquiera pertenece exclusivamente á la raza arya. Antes de la llegada de los griegos, su culto era ya establecido en Troya, en Licia y en Creta, de tiempo inmemorial. Acaso el antiguo fondo de población turaniana le conocía, como hay recuerdo de que le conocían en las costas de la Anatolia y en las islas del mar Egeo; mas la introducción definitiva del culto de Apolo en Grecia se atribuye á los cretenses, pueblo sin carácter determinado por ser mezcla heterogénea, al menos en lo que alcanza la historia, de diferentes razas, curretas, pelasgos, etc.; pero cuyo

man á él. No hay más remedio para librarse, que arrojar una piedra al agua; entonces *Cula* salta tras de ella lanzando una carcajada.

Así se forjan los mitos. ¡Qué partido no hubieran sacado los griegos de este *Cula* patois!

Hércules y Akiles son, pues, mitos solares y términos de la misma evolución, en cuanto al nombre. Esas formas *cla* y *cula*, significando fuegos ó luces nocturnas, nos dan la explicación de los nombres de *Heracles* y de *Hércules*, que tuvieron en el origen la misma significación y que hasta ahora no tuvieron etimología cierta.

Nosotros insistiríamos en la prueba de que Hércules es un dios sol, si no fuese cosa universalmente aceptada y no estuviese brillantemente demostrada en la explicación del poema de la Heraclida, por Dupuis (1), de quien es preciso aceptar lo mucho verdadero que tiene en su obra. Es una observación exacta, aquella suya, de los trescientos sesenta días, sin incluir los epagómenos, cuyo número figura con un carácter religioso en tantas partes y da razón de una porción de extrañas cosas: como las trescientas sesenta estatuas que rodeaban al dios *Hobal*, (*Ha-ber*) de los árabes; las trescientas sesenta capillas levantadas alrededor de la mezquita de *Balk*; los trescientos sesenta genios que se apoderan del alma á la hora de la muerte, según los cristianos de San Juan; los trescientos sesenta *Eones* de los gnósticos; los trescientos sesenta dioses admitidos en la teología de Orfeo; las trescientas sesenta copas de agua del Nilo que los sacerdotes derramaban, una cada día, en el tonel sagrado de Acanto, etc.; otros tantos ritos en memoria del paso diurno del dios sol durante el año; lo mismo que

(1) *Origen de todos los cultos*, por Carlos Francisco Dupuis.

los trabajos de Hércules representan su paso por los signos del Zodiaco, y que el viaje de *Jason* en el buque de Argos, (*argui-a*, la luz, en eúskaro), revela, ó la elevación del sol en nuestro hemisferio en primavera, ó la subida del sol saliente para llegar en el crepúsculo vespertino á la conquista del vellocino de oro, la dorada puesta del sol. *Jaso*, en eúskaro, *subida*, *elevación*.

Vése, pues, que aun en las fábulas, que más parecen producto de la imaginación poética, no se prescinde nunca del fondo razonable, y que la misma poesía no es más que analogía y asociación de ideas.

#### EL ORÁCULO DE DELFOS, APOLO, EL OMPHALOS.

Apolo es el tipo más perfecto del ideal griego y el último producto, quizá, de la imaginación mitoplástica de aquel pueblo que supo aliar la gracia con la fuerza y con la dignidad, elevándose á la más sublime concepción de la belleza. Después de dar á las fuerzas naturales formas humanas, cierra su ciclo mítico, haciendo de Apolo un perfecto griego. Alcibiades, Epaminondas, Leonidas, tienen un ideal que pueden imitar; Apolo es la encarnación del tipo de la cultura griega. Y sin embargo, tampoco es un dios griego, ni siquiera pertenece exclusivamente á la raza arya. Antes de la llegada de los griegos, su culto era ya establecido en Troya, en Licia y en Creta, de tiempo inmemorial. Acaso el antiguo fondo de población turaniana le conocía, como hay recuerdo de que le conocían en las costas de la Anatolia y en las islas del mar Egeo; mas la introducción definitiva del culto de Apolo en Grecia se atribuye á los cretenses, pueblo sin carácter determinado por ser mezcla heterogénea, al menos en lo que alcanza la historia, de diferentes razas, curretas, pelasgos, etc.; pero cuyo

origen puede sospecharse por los nombres de su célebre rey mítico, Minos, de su principal ciudad, Gortina y el de su isla, *Creta*. Minos, legislador y soberano, es el *Menes* egipcio y el *Manú* indio, símbolo y personificación de la ley, de la constitución y del orden social, y mito que conserva el importante recuerdo de la federación de las primeras tribus aisladas y bárbaras bajo un gobierno central. Sólo hay una lengua que guarde, en su pureza, la forma original y el sentido propio de estos nombres: la palabra eúskara *manu-a*, el poder, el imperio, el mando, la autoridad.

Abandonen, pues, los historiógrafos, esas disquisiciones en que suelen ocuparse para averiguar la fecha del reinado de Menes ó de Minos, porque carecen de objeto. Estos nombres no tuvieron otra existencia real que aquel hecho tan influyente en la civilización, pero cuya fecha es imposible averiguar, porque *Minos*, *Manes* y *Manú* son los mitos de idéntico suceso en un punto del globo desconocido ya para nosotros, y en el seno de un pueblo en que se habló un idioma turaniano parecido al eúskaro.

Gortina es un nombre de sitio que pudiera encontrarse en las provincias vascas con el significado de altura ó monte agudo, y Creta se parece bastante á la antigua localidad española *Cerreta*, que los romanos llamaron *Cerretania*. Induce esto á sospechar, no que el fondo de población cretense fuese eúskaro precisamente, pero sí que muchas de sus tradiciones religiosas y civiles debieron de haber sido heredadas de un centro común y anterior á eúskaros y á cretenses.

Son estos cretenses, por un lado, y los dorios, por otro, los que concentraron en Delfos, principal oráculo del dios, las diferentes y esparcidas fábulas referentes á Apolo.

No es posible estudiar el mito de Apolo sin saber

lo que era el oráculo de Delfos; y es tanto lo que se ha escrito acerca de éste, que forma ello por sí solo una biblioteca (1), sin haber conseguido más que

(1) Todo lo concerniente al oráculo de Delfos ha dado materia para una porción de obras y disertaciones modernas que, aparte de las compilaciones antiguas, cuyos restos han sido recogidos y clasificados en los *Fragm. Historie Graec.* de C. Muller, prueban lo importante y recóndito del asunto.

Hé aquí algunas principales:

C. Wescher y P. Foucart. *Inscriptions recueillies á Delphes, etc.* (480 Inscr.), Paris, 1863. Cf. *Bullett. Instit. arch.*, 1865, págs. 17, 26 y 97.

C. Cavedoni. *Monete archaiche de Delfi, confrontate con le analoghe de Focii.* *Bullett. Instit. arch.*, 1853, págs. 78 á 80.

E. Dickinson. *Delphi Phoenicizantes*, Oxon, 1655; Francof, 1669.

Casp. Sagittarius. *De Oraculo Dephico*, Ienae, 1675.

Hardion. *Sur l'oracle de Delphes*, 1712. (*Mem. Acad. Inscr.* 3.<sup>a</sup>, págs. 13 á 199.)

De Valois. *Des richesses du temple de Delphes, et des différentes pillages qui en ont été faits*, 1715. (*Hist. del Acad. d'Inscr.* 3.<sup>a</sup>, pág. 78.)

F. Mengotti. *L'Oracolo di Delfo* (terza ediz.), Milano, 1821.

F. Torriceni. *Considerazioni sull'oracolo di Delfo del conte Mengotti*, Milano, 1821.

F. Ambrozoli. *Dell'oracolo di Delfo é degli Anfizioni di Delfo*, Milano, 1821.

Chr. Lobeck. *De Thriis Delphicis*, Regiom, 1820.

O. Müller. *Diss. de Tripode Delphico*, Gotting, 1820.—*Ueber die Tripoden.* 2 Abhdel, 1820, 1825.

C. F. Wilster. *De religione et oraculo Apollinis Delphici*, Havniae, 1827.

H. Piotrowski. *De gravitate oraculi Delphici*, Varsov, 1827.

A. Grashof. *De Pithonis oraculi primordiis atque incremento*, Hildesh, 1836.

P. G. Forchhammer. *L'occupation de l'oracle de Delphes par Apollon*, *Annal. Inst. arch.* 1838, pág. 276.—*Apollo's Ankunft in Delphi*, Kiel, 1840.

L. Preller. *Art. Delphi*, 1842.—*Delphica*, 1854.

F. Stiefelwagen. *De oraculo Apollinis Delphici*, Bonn, 1848.

J. Kayser. *Delphi*, Darmstadt, 1855.

C. Boetticher. *Der Omphalos des Zeus zu Delphi*, Berlin, 1859.

aclarar algún tanto los orígenes del mito en aquel sitio, y hacer una historia, no del todo exacta, pero sin poder penetrar el misterio profético ni descifrar los nombres de los símbolos. Haremos un resumen de lo que nos parece más verídico, y daremos la verdadera etimología de los nombres que nadie, hasta ahora, había podido interpretar.

Delfos, que como dice Eurípides (1), había de ser el trípode central de la Grecia, fuera ya, en más antiguos tiempos, lugar preferido para el culto de Zeus, de *Gaea* y de Poseidon. Puede decirse que Apolo fué allí un recién venido.

El sitio de Delfos no puede ser más á propósito para mansión de dioses y hormiguero de mitos. Están allí separados por una cortadura honda, indescriptible, el Kirfis y el Parnaso, donde se elevan sobre enormes cantos, que parecen arrojados por una mano invisible, dos muros verticales, los Phedriades, que forman, uniéndose en ángulo obtuso, un anfiteatro colosal. Sobre esta pendiente circular véñese correr las aguas de fuentes misteriosas que saltan vivas de la piedra misma. En días de nube, parece unirse allí la tierra al cielo por un vapor espeso que filtra la luz de un modo sorprendente, en extraña irisación, donde resalta un óvalo negruzco, formando copos de orillas blanquecinas como otras tantas envolturas ó mantos de genios

Fr. Wieseler. *Intorno all'omfalo delfico*, Annal. Inst. arch. 1857, pág. 160.

G. Wolff. *Ueber die Stiftung des delphischen orakels*, Leipzig, 1863.

C. W. Goettling. *Das Delphische Orakel*, 1863.

P. Foucart. *Memoire sur les ruines et l'histoire de Delphes*, Paris, 1865, Arch. Miss. 2.º, ser. t. 2.º

K. J. Ehlinger. *De Apolline et oraculo ejus Delphico*, Gymnpr. Emmerich, 1870.

A. Mommsen. *Delphika*, Leipz, 1878.

(1) *Yon*, 36.

y de dioses. Repercute el eco en los Phedriades, si se da una voz, y responde con toda claridad. Tal fué el origen probable del oráculo: los dioses preferían este sitio para contestar; no había más que llevar allí los utensilios mánticos, la caldera, el trípode ó los *lithos*, y las revelaciones no se harían esperar. Aun se decía, cuando el oráculo apolínico estaba en todo su auge, que la tierra y la noche madre de los sueños, y después Temis, habían profetizado en Delfos antes que Apolo. Se sabía también que Poseidon había revelado el porvenir por medio de un profeta llamado *Pirkon*, (Ber-jon?), personificación del espíritu profético del Dios.

Por lo que se sabe del oráculo de Dodona puede formarse idea de lo que sería el de *Gaea*: una fuente, un árbol y una abertura por donde se escapaban los sueños, era todo lo necesario para ponerse en relación con lo invisible, porque se supone que los primeros oráculos fueron onirománticos principalmente. La fuente, se cree que fuese la de Casotis, y el árbol, después que con el culto de Apolo se dedicó el laurel á los ritos adivinatorios, se dijo ser el mismo que estaba plantado á la entrada del antro, y que era *Daphne* convertida en laurel por su madre *Gaea*, en los brazos de Apolo. El nombre de *Daphne* ha sido explicado por Max Muller refiriéndole con razón al *ahan* sanscrito; es la aurora, expresada por la espiración; pero la coincidencia de significar también laurel en griego ha producido el mito.

*Python*, que tanto figura en la epopeya apolínica, es como *Daphne*, reminiscencia de un período anterior. *Poseidon*, cuyo culto en Delfos coincide con el advenimiento de los kronidas, cuando la religión de los heleenos expulsa ó transforma los cultos pelásgicos y chtonianos, parece ser el verdadero destructor de este culto



de la serpiente bajo el mito de *Python*. Poseidon es un dios que ha perdido su nombre, quedando sólo conocido por un atributo bien moderno: «El señor del mar,» pero los ritos pyrománticos que tenían lugar en las ceremonias de su adivinación, indican perfectamente que es un dios solar, y Pabst (1) ha tenido razón en hacer de él un *sol marino*. Es, en efecto, el sol en el hemisferio inferior, como Osiris, el sol hundiéndose en el mar, y de ahí su consideración de dios marino, el sol en la última estación de su carrera. Así como *Osiris* lucha con *Tiphon*, Poseidon combate y acaba con *Python*, sólo que esta aventura se atribuyó posteriormente á Apolo que, después de todo, es también un dios sol en la más alta estación. Por eso el culto de Poseidon, más extendido al principio en Grecia que el de este último, fué asociado en muchos puntos al de *Helios*, anterior al suyo todavía, hasta que fundido con el de Apolo, puso fin al reinado de Poseidon.

*Helios* es un término de evolución onomatopéico, idéntico al *Elohim* ó al *Elión* hebreo; sólo que conserva la espiración inicial, y tiene ciertamente, no la identidad que sospechó Burnouf, sino un origen común con el *Surya* sanscrito en la forma primitiva: *Ha-er-ya*, *Sa-er-ya*.

El mito de Apolo vencedor de *Python*, es considerado como el «dogma fundamental de la religión pitthica» y se supuso que el dios había matado al monstruo en el mismo sitio donde estaba su oráculo; pero es lo cierto que la leyenda de la muerte del dragón se encuentra en diferentes lugares; en Creta, en Tegyra, en Sikione, en Gryneia y en otras partes; lo que confirma la suposición de que la aventura es muy antigua y se relaciona con el mito de *Tiphon*, y para

(1) *De Diis Græc; fattd.* pág. 73.

complemento de prueba basta ver que el nombre de *Python* no se diferencia de *Tiphon* más que por una simple metátesis.

Se han dado de *Python* una porción de etimologías que á su vez produjeron un desbordamiento de conjeturas: que venía de *πυλεσθαι*, pudrirse, porque su cadáver se pudriera en el suelo, ó de este mismo nombre que también es aoristo de *πυθωνομαζι*, traducido por lugar de interrogación, por más que la sílaba *πυ* de este verbo sea breve, mientras que *πυ* es larga en *πυθω*; que se deriva de *βυθος*, el abismo, y que por tanto, *Python* es un genio subterráneo; que pudo haber salido de la frase *πυματων-θεων*, significando el sol llegado al término de su carrera, en cuyo caso, Apolo *Pythio* sería, como supone Cornificio, «el último de los dioses»; y nada, en fin, que pudiera satisfacer á todos. Hoy se inclinan más bien á identificar á *Python* con *Tiphon*, pero en este caso no se sabe todavía lo que es *Tiphon*.

Este nombre debió, en nuestro concepto, haber atravesado durante su evolución alguna lengua semítica en la que la espiración *van, fan* ó *phon* fué precedida de un artículo que se conserva en el *Ti* inicial de *Ti-phon*. Así, este nombre no significaría más, en un principio, que el soplo vital, el aire ó el viento, adorado acaso bajo la forma de serpiente, símbolo del espíritu antes del nacimiento de los dioses del calor ó del descubrimiento de la onomatopeya del hervor, y odiado, perseguido y reducido por éstos á la cualidad de demonio ó mal espíritu en lucha constante con el calor y el sol. Y es esto tanto más admisible cuanto que *Tiphon* pudo representar últimamente el viento frío y huracanado de la tempestad y todas las fuerzas malhechoras del invierno, en oposición al verano benéfico que lo anima y vivifica todo por medio de los rayos del sol que son las flechas de Apolo matando al dragón. Vic-

toria del sol en verano, simbolizada en Apolo, y acaso en Poseidon, que no sería más que un epíteto suyo, (lo mismo que de Osiris,) opuesto al triunfo del invierno, lamentado en la muerte de Adonis, otro sobrenombre del sol en una de sus diferentes estaciones.

Todos estos mitos son, sin duda, de origen posterior, y proceden de una mayor experiencia ú observación de las leyes naturales, después del mito general, en los pueblos salvajes, de la desaparición diaria del sol, tragado por otro mónstruo, la noche. No es extraño, pues, que según una tradición antigua, aprobada por los alejandrinos, *Pytho* fuese el defensor del oráculo de *Gæa* contra las invasiones de los nuevos cultos de Poseidon y Apolo, pues bien pudo ser adorado allí, con la tierra, este antiguo símbolo del espíritu y de la fuerza de los elementos desencadenados á cuyo miedo es posible que sea debido su culto. Si es esto así, *Tiphon* es otro término evolutivo de la espiración, lo mismo que el *Pan-u* de los pueblos del Norte, que *Pan* de los griegos y que *Venus* de los latinos, recibiendo todos, distintos atributos según las dos corrientes de asociación de ideas producidas por la consideración de los dos significados del soplo, aire ó viento, y espíritu universal que lo anima todo. Así se explica que *Pan* (gen. *Pan-os*) fuese el *todo*, y el dios del aire al mismo tiempo.

Se concibe bien, por consiguiente, que *Tiphon*, sin el artículo, sea identificado á *Pan*: *Phon*, *Bon*, *Ban*, *Pan*. Lo demás depende de las distintas evoluciones á que han sido sometidas la onomatopeya y su significación. *Ti*, de *Tiphon*, ¿no será el demostrativo hebreo *Thu*, ó el de una lengua semítica anterior, tan parecido como él?

En la metátesis *Pytho*, se conserva aún mejor este sonido, y la duda se disipa por completo.

El santuario de *Pytho* encerraba, pues, antes del advenimiento de Apolo, el antro de *Gæa*, el *Omphalos* simbólico, que nadie sabe todavía lo que era, la imagen y el altar de Poseidon, y la tumba de Dionyso, el Zeus de Nysa, que nacido, según los griegos, en un pliegue del Helicon, era natural que tuviese allí, tan cerca, su culto.

Delfos, lugar abierto á todos los aventureros y traficantes fenicios, carios, cretenses y jonios, por su pequeño puerto formado por el Pleistos, al pié del Parnaso, fué, desde una remota antigüedad, receptáculo de mitos, tradiciones y simulacros que de todas partes refluían allí. Es el centro, el ombligo, como le llamaron los griegos por una equivocación, si no de la tierra, al menos, del mundo religioso de entonces. Allí se encontró un día la piedra misma que *Rhea* hacía tragar á Kronos, envuelta en pañales para engañar su apetito. Esta piedra, «vomitada por él, fué fijada por Zeus en la divina *Pytho* para ser monumento de admiración á los mortales (1).»

Hay un tal enjambre de leyendas, pululando alrededor del Parnaso, que es imposible inducir, en las más, la asociación de ideas, en medio de tan complicada confusión. Sin embargo, fijándose en caracteres principales y salientes, puede llegar á hacerse, después de verdaderas etimologías, alguna luz; pero hasta ahora, el desconocimiento de los nombres ha aumentado las tinieblas más aún.

Apolo llega, y absorbe y concentra en sí la mayor parte de estas leyendas, además de los distintos caracteres que le dan los diferentes pueblos en que vino haciendo su evolución. El Apolo dorico no era, por ejemplo, el Apolo de los cretenses; no es el artista

(1) Hesiodo. Teogonía.

aventurero y caprichoso de éstos, sino un poco de luz física y moral. Hay algo en él, de la *Aditi* védica. El sol es una manifestación material suya, pero él tiene una influencia interior en los seres todos, y es el que hace brillar la verdad ante la inteligencia, y el bien, en la conciencia de los hombres, atrayéndoles siempre y sacándoles en caso necesario de su extravío. Es el dios de pureza y el enemigo declarado de la perversidad y de los malos, á quienes persigue implacable, como á Python. Estos dos tipos que vienen del Norte y del Mediodía, se funden en uno por su encuentro en Delfos, donde los cretenses se habían apoderado ya del sacerdocio.

La leyenda jónica que hacía nacer á Apolo en Delfos, no ofrecía dificultad ninguna á los antiguos, que se preocupaban poco de la verdad, atendiendo mucho más al mérito de un sistema que revelase ingenio y patriotismo; pero cuando las pretensiones de la patria griega fueron abandonadas, y se sospechó que, en época anterior, el culto de Apolo tuviera su centro en Asia y su puesto más avanzado en Creta, el problema se hizo más difícil de resolver. Apolo se llamaba en algunos sitios *Likeios*, y por más que se buscaba alguna relación con lobos, hasta el punto de suponerle hijo de una loba, como Rómulo, nada podía dar cuenta de este nombre, á no considerarle simplemente como un dios de *Lycia*. De este modo, dando cada uno su explicación arbitraria de los misterios, la interpretación misma vino á añadir nuevas confusiones á la ya inextricable complicación de las fábulas. Algunos atributos, sin embargo, se explican bastante bien: Apolo, por ejemplo, era pastor porque los cretenses lo habían sido, y músico porque lo eran sus sacerdotes. Como todo se personificaba, Apolo, en su oráculo, fué tomado también por la palabra de Zeus, *el verbo de Dios*,

revelándose al mundo; y así, la primera Pythia se llamó *Phemonea*, «la que comprende las voces», porque se suponía que Zeus hablaba por medio de sonidos naturales.

Resto de un culto primitivo, hemos dicho que era, en el santuario de Pytho, el famoso ombligo, el Omphalos, cuya significación nadie conoce. El sentido simbólico del *Omphalos* ha dado tanto que hablar y escribir como el del trípode, y es una curiosidad enigmática que aun está por resolver.

El Omphalos era una piedra blanca en forma de cono redondeado, que se adornaba con cintas ajustadas en randa. Algunos han confundido el Omphalos con la piedra de Kronos que se regaba de aceite todos los días y se envolvía en lana blanca los de fiesta, en memoria de los pañales de Zeus; pero un texto bien explícito de Pausanias prueba que eran dos cosas diferentes; dice él: «que ha visto el Omphalos en un sitio, y la piedra de Kronos en otro más lejos, al extremo del peribolo (1),» y esto resuelve la cuestión.

Respecto al sitio que en el templo ocupaba el Omphalos, no se sabe á punto fijo, aunque los vasos pintados le representan cerca del trípode y próximo á la balaustrada que separaba el *adyton* de la *cella*; lo que sí, puede asegurarse, es que estaba dentro del templo, y á poca distancia del *estia*, ó fuego perpétuo. ¿Qué podía ser, pues, esta piedra adornada y misteriosa? Si es un símbolo ¿qué representa? Tales son las preguntas que se hacen y que nadie contesta satisfactoriamente. La piedra de Kronos, están conformes todos en que es un antiguo betil; pero, y ésta, ¿qué significa? Los de Delfos estaban persuadidos, que marcaba el centro exacto de la tierra, y que por esta razón, se la

(1) Pausanias X, 16. 3. 24-6.

llamaba el «ombligo». Apolo había castigado en otro tiempo á Epimenides por haber dudado de que la cosa fuese así. Varrón, que tenía poco miedo á Apolo, se conoce, decía maliciosamente, que la naturaleza no pone el ombligo en medio del cuerpo. Este nombre de Omphalos sería, pues, una simple metáfora, como la aplicada á Jerusalén por los doctores cristianos y judíos, si no se reflexionase que esta piedra simbólica data seguramente de una época en que Delfos no soñaba ni podía soñar en ser centro del mundo. A esta duda de la crítica vino á añadirse el recuerdo de un lugar llamado también *Omphalos*, en Creta, el país de Zeus, que se decía llamado así, por haber caído allí el cordón umbilical de Zeus niño, y se empezó á sospechar que el *Omphalos* debía tener alguna relación con el culto de Zeus, y que bien podría ser este nombre, alteración de otro anterior, que no se comprendiera ya. O. Muller tuvo la desgraciada idea de sostener que el Omphalos era originariamente el antro mismo, de donde salía una voz divina ó un olor suave, (*ομφη*, *ομφη*;) pero el Omphalos quedaba, como tal piedra, sin explicación. Otros han visto en el Omphalos el símbolo de la purificación, á causa de su color blanco, y porque Orestes se había sentado en él (1), como se sentó sobre otras piedras en Trœzen y en Gythion. Bœtticher lo considera como el sitio de donde Zeus Musagetes hacía escuchar sus voces, *ομφη*; y en fin Bouché Leclerc (2) cree con más fundamento, que el Omphalos es el símbolo del Zeus pelásgico, de la atmósfera luminosa contenida en la bóveda celeste que le sirve del molde, un símbolo arcaico, adoptado después

(1) Eschil. Eumenides.

(2) *Histoire de la Divination dans l'antiquité*. T. 3.º Ed. Leroux-París, 1880.

por el Zeus helénico, que con sus águilas, puso sobre él su sello. Una tradición de que se ha hecho poco caso, muestra bien que el Omphalos representa á Zeus ó su revelación: así como la *Pythia* profetiza sobre el trípode, perteneciente á Apolo, así éste cuando se le suponía profetizando, se sentaba en el Omphalos, cosa de Zeus, de quien era entonces el verbo. Cornuto tenía razón en decir que el Omphalos, como silla mántica, había precedido al trípode. Y después de todo esto, que es el punto culminante de la crítica, ¿qué significa el Omphalos? ¿Qué palabra sería esa, cuyo sentido se perdió, según se cree, y dió lugar á este nombre? Habiendo ya llegado á ver en la forma del Omphalos la representación de Zeus, considerado cielo, atmósfera y bóveda celeste, su nombre debe representar la misma idea, ó al menos, otra que tenga con ella analogía, y lógicamente anterior en la asociación de ideas primitiva. Si la etimología que vamos á dar del nombre, conviene con lo que de él se sabe, no podrá menos de ser la verdadera. La forma de Omphalos, si se compara á la latina *umbilicus*, á la alemana *nabel*, y á la francesa *nombril*, hace resaltar una forma inmediatamente anterior: *am* ó *an-ber*, prescindiendo de los subfijos acomodados á cada lengua, y que nos da el significado de las dos onomatopeyas: soplo vital, vitalidad, principio de creación ó producción por el calor. Y fué natural en el origen llamar así, pues no tenían entonces otras palabras en que escoger, el cordón umbilical que une la vida de la criatura á la de su madre, recibiendo de ésta el crecimiento y el ser.

*Omphalos* viene, pues, de estas formas: *am* ó *an-bel* que dió origen al *nabel* alemán, y *om-bal* que originó el griego *Om-phal-os*. La contracción francesa prueba, sin necesidad de más, la primitiva forma en *ber*. Es esto tan sencillo, que no necesita eruditas explicaciones.

Nosotros sabemos que cuantos estudios se hagan, siguiendo la evolución de esta palabra, confirmarán lo que decimos. Hé aquí resuelto el gran acertijo del *Omphalos*, en que se estrelló toda la erudición y toda la crítica de los mejores exegetas; porque es claro que una vez averiguado, como está, el sentido original de las onomatopeyas, la significación del símbolo salta á la vista. El *Omphalos* es el simulacro de Zeus, y su nombre, el mismo nombre de Dios en los primeros tiempos: el espíritu creador ó el soplo caliente de la vida, adorado en esa tosca efigie que quería figurar la bóveda celeste, ó forma visible de Dios en los orígenes. De aquí ha salido, por corrupción de formas y de ideas, el culto general de todos los betiles y de todas las piedras. El *Omphalos* de Delfos no era seguramente el primitivo, aunque se aproximaba más que otros, en su forma.

El error de los nombres ha hecho, como en todas partes, lo demás; los griegos se encontraron con una palabra santa y misteriosa, *Omphalos*, que á sus oídos no significaba ya más que ombligo, y sobre esta significación forjaron sus explicaciones, que vinieron á ser otras tantas fábulas. La evolución de las onomatopeyas terminó en Grecia del mismo modo: en el sentido de ombligo, y en el de divinidad; como *Omphale*, término del nombre primitivo de Dios en los antepasados, quedó oscurecido y relegado á ínfimo y afeminado puesto, por el otro término de la onomatopeya del soplo, *Zeus*, más antiguo, y acaso más influyente en la raza.

Lenormant explica el nombre de *Omphale*, por *umpalí* (madre espada); interpretación que ha sido tomada en serio, por el afán que hay de entender lo incomprendible, y porque parecía relacionarse á la costumbre que se achacaba á *Omphale*, de vestirse y armar con los

avíos de Hércules, cambio de los atributos del sexo, que se nota, por otra parte, en muchos dioses.

Por esta y otras muestras, puede formarse idea de lo muy extraviados que andan los exegetas, á causa de su falta de método en la investigación.

Los romanos tenían también su Júpiter *Lapis*, una piedra que los feciales llevaban consigo, y un Júpiter Terminus que había llegado milagrosamente al Capitolio, como el *Omphalos* plantado por Zeus en Delfos.

#### APOLO, DIONYSO.

No es posible estudiar el mito de Apolo y sus accesorios, sin mezclar á Dionyso, en el estudio. Los dioses tienen este punto de contacto con la Trinidad cristiana: que son muchas personas y un sólo Dios verdadero. No considerarlos así, es un motivo de error que vicia todos los sistemas.

El culto de Dionyso es más antiguo, y por lo mismo, más pobre en leyendas y menos importante que el de Apolo, hasta haberse enriquecido con el ejemplo contagioso de las orgías frigias de Sabazius y las tradiciones asiáticas de Yako. En sus oráculos de Amphikea en Focida y de los satres de Tracia, Dionyso es un dios médico y adivino, cuyos ritos mánticos es imposible estudiar por falta de datos. Aristóteles, en apoyo de las razones que llevan á identificar á Dionyso con Apolo, cita un adyton de Dionyso, en los ligirianos de Tracia, donde se daban oráculos; solamente que, los que iban á profetizar, bebían mucho vino, como se bebía agua en Klaros.

Los sacerdotes de Delfos mostraban en su santuario la tumba de este dios, teniendo cuidado siempre, de subordinar su culto al de su «hermano». Él era el sím-

Nosotros sabemos que cuantos estudios se hagan, siguiendo la evolución de esta palabra, confirmarán lo que decimos. Hé aquí resuelto el gran acertijo del *Omphalos*, en que se estrelló toda la erudición y toda la crítica de los mejores exegetas; porque es claro que una vez averiguado, como está, el sentido original de las onomatopeyas, la significación del símbolo salta á la vista. El *Omphalos* es el simulacro de Zeus, y su nombre, el mismo nombre de Dios en los primeros tiempos: el espíritu creador ó el soplo caliente de la vida, adorado en esa tosca efigie que quería figurar la bóveda celeste, ó forma visible de Dios en los orígenes. De aquí ha salido, por corrupción de formas y de ideas, el culto general de todos los betiles y de todas las piedras. El *Omphalos* de Delfos no era seguramente el primitivo, aunque se aproximaba más que otros, en su forma.

El error de los nombres ha hecho, como en todas partes, lo demás; los griegos se encontraron con una palabra santa y misteriosa, *Omphalos*, que á sus oídos no significaba ya más que ombligo, y sobre esta significación forjaron sus explicaciones, que vinieron á ser otras tantas fábulas. La evolución de las onomatopeyas terminó en Grecia del mismo modo: en el sentido de ombligo, y en el de divinidad; como *Omphale*, término del nombre primitivo de Dios en los antepasados, quedó oscurecido y relegado á ínfimo y afeminado puesto, por el otro término de la onomatopeya del soplo, *Zeus*, más antiguo, y acaso más influyente en la raza.

Lenormant explica el nombre de *Omphale*, por *umpalí* (madre espada); interpretación que ha sido tomada en serio, por el afán que hay de entender lo incomprendible, y porque parecía relacionarse á la costumbre que se achacaba á *Omphale*, de vestirse y armar con los

avíos de Hércules, cambio de los atributos del sexo, que se nota, por otra parte, en muchos dioses.

Por esta y otras muestras, puede formarse idea de lo muy extraviados que andan los exegetas, á causa de su falta de método en la investigación.

Los romanos tenían también su Júpiter *Lapis*, una piedra que los feciales llevaban consigo, y un Júpiter Terminus que había llegado milagrosamente al Capitolio, como el *Omphalos* plantado por Zeus en Delfos.

#### APOLO, DIONYSO.

No es posible estudiar el mito de Apolo y sus accesorios, sin mezclar á Dionyso, en el estudio. Los dioses tienen este punto de contacto con la Trinidad cristiana: que son muchas personas y un sólo Dios verdadero. No considerarlos así, es un motivo de error que vicia todos los sistemas.

El culto de Dionyso es más antiguo, y por lo mismo, más pobre en leyendas y menos importante que el de Apolo, hasta haberse enriquecido con el ejemplo contagioso de las orgías frigias de Sabazius y las tradiciones asiáticas de Yako. En sus oráculos de Amphikea en Focida y de los satres de Tracia, Dionyso es un dios médico y adivino, cuyos ritos mánticos es imposible estudiar por falta de datos. Aristóteles, en apoyo de las razones que llevan á identificar á Dionyso con Apolo, cita un adyton de Dionyso, en los ligirianos de Tracia, donde se daban oráculos; solamente que, los que iban á profetizar, bebían mucho vino, como se bebía agua en Klaros.

Los sacerdotes de Delfos mostraban en su santuario la tumba de este dios, teniendo cuidado siempre, de subordinar su culto al de su «hermano». Él era el sím-

bolo de las fuerzas teluricas, y como tal, disponía de la revelación por la inspiración y por los sueños. En su oráculo de Amikea, estaba oculto en una gruta inaccesible; y dice Pausanias, que no había allí, ni entrada que condujese al adyton, ni estatua visible. El dios curaba de sus enfermedades á los que iban á pedírselo en peregrinación, y adivinaba por medio de un sacerdote poseído.

Es casi todo lo que se sabe de él en sus orígenes; pero su culto se anima de repente, y al redor de su nombre se agrupan una porción de mitos y de símbolos. Es probable que la escasez de noticias oculte rasgos importantes de su antiguo carácter, y tal parece probarlo la adjudicación que se le ha hecho del famoso trípode, reputado hasta hace poco, como símbolo del fuego y de las divinidades solares, exclusivamente. Era el único instrumento, considerado propio de Apolo, donde la Pythia se sentaba sobre el antro, para dar los oráculos.

El trípode es muy digno de estudio y tiene su leyenda. Se decía que había sido regalado por Jason, arrebatado por Hércules, encontrado en el mar por un pescador, reclamado por diversos competidores y adjudicado por Apolo «al más sabio,» con lo que fué ofrecido sucesivamente á cada uno de los siete sabios, y últimamente, devuelto al mismo Apolo.

Se suponía que sus tres piés representaban el pasado, el presente y el porvenir. Pudo cambiar con el tiempo su dimensión ó la materia empleada para construirlo, que unas veces fué de oro y otras de bronce, y con seguridad, de madera en un principio, pero su forma siempre quedó poco más ó menos la misma. De creer algunos testimonios, el trípode anunciaba la llegada de Apolo, con sonidos, y otras veces, el soplo del dios, como dice Claudiano, le hacía girar sobre sí

mismo: «*Tripodas plenior aura rotat,*» (1) cosa que le asemejaría bastante á los modernos veladores espiritistas.

Fijándose en el bajo relieve antiguo del Museo del Louvre, se ve, que el trípode arrebatado por Hércules, y que Apolo trata de disputarle, no se parece en nada á un asiento, y que el uso, que primitivamente debió tener, fué muy diferente. Son tres barras de longitud casi igual á la mitad del cuerpo del hombre, terminadas por la parte superior en tres anillas que sostienen un círculo de unión, y por debajo de ellas, pero á muy pocos dedos de distancia, una fuente que ocupa el espacio comprendido entre los piés. Más se parece á alguno de esos viejos aguamaniles que suelen encontrarse en las aldeas, que á otra cosa. Su forma no tiene la esbeltez y elegancia que caracteriza los artefactos griegos, y se conoce que está hecho con arreglo á disposiciones hieráticas de otro tiempo. En las medallas de Crotona, es un mueble bien dibujado y más perfecto, pero la fuente va colocada en la parte superior, y las anillas forman una simple corona puramente de adorno. Nadie hubiera puesto reparo en admitir, que el trípode fuese un símbolo del fuego ó de las divinidades solares, si la leyenda de Dionyso hervido en una caldera, los trípodes corágicos, y otras cosas, no hubiesen hecho adjudicar el trípode á Dionyso. O. Muller sostuvo con ventaja, que el trípode es un hogar porque lleva una caldera, y Dionyso, el agua en que ha de incorporarse el fuego, siendo por consiguiente el trípode, un instrumento báquico; pero esta idea, para cuya prueba no tenía O. Muller suficientes datos, ni cuya gran importancia comprendió tampoco, pues todo se limitaba entonces á dar ó quitar atributos á Apolo ó á Dionyso, fué acogida por el

(1) In Rufin. I Praef. 12.

lado ridículo, y hubo quien preguntó, si se quería hacer de Baco un dios *Alcool*. Wieseler, que se ha ocupado en todo lo relativo al trípode, ha hecho, de sus diferentes clases, divisiones exactas. Distingue, lo primero, el trípode hogar ó de caldera, *ἑμπορῖστης*, de los otros, sin fuego, á estilo de Delfos, instrumentos ó muebles sagrados que conservados por tradición en los templos, fueron dedicados á otros usos, sobre todo á las evocaciones mánticas. Es indudable, que en un principio, el único trípode fué el de hogar ó caldera, y que de éste proceden todos los demás; fué sencillamente, el trébedes de la familia primitiva, y todavía este utensilio de la cocina antigua, tres piés y una corona ó cerco formando trébedes, conserva la forma y el nombre del primitivo trípode. Es donde se pone el cazo ó la caldera con el agua caliente, y es el mismo instrumento donde se observó el fenómeno del hervor del agua, en los primeros tiempos.

Hé aquí donde venimos á parar, y donde encontramos una de las mejores pruebas de nuestra teoría.

El trébedes, en Grecia el *trípode*, ese pobre utensilio de cocina que subsiste aun en los hogares del pueblo, es el que explica con su presencia sola, en medio de la civilización moderna, todos esos misterios del origen, que tantos sabios llenos de erudición no han sabido resolver. Ved en qué humildes sitios hay que ir á buscar á veces la verdad, y de cuán poco sirve una sabiduría basada en el orgullo.

Compréndese ahora, bien, la fábula ó leyenda de Dionyso hervido en una caldera: es *Yan* ó *Yon*, la espiración, con la *D* eufónica anterior, *Dion*; el nombre más antiguo de Dios, el espíritu universal hirviendo con el agua; calentado y puesto en movimiento y adquiriendo vida con el fuego. Por eso el trípode había sido regalado por Jason, marido de Medea, la posee-

dora de la caldera mágica que daba la juventud y la vida. Hé aquí explicados los grandes atributos de *Διον-ύς-ος*, del dios quemado, hervido, calentado, (raíz *us*, quemar; en un principio *ur*, de *er*).

Así se conciben su carácter de dios-sol, como manifestación radiante y visible del espíritu; su cualidad de médico, dando vida y salud; y sus atributos húmedos y acuáticos que por asociación de ideas, le hicieron dios del vino; el espíritu vivificante; el calor comunicado á la planta, á la vid, y hecho uno con ella el *Hom-a* del Iran.

¿Cómo se habían de explicar tan bien, caracteres tan opuestos que nadie concordó hasta ahora, si no hubiésemos atinado con la verdad; si nuestro método no nos hubiera llevado á los orígenes?

Ah! sí; la familia prehistórica usó el trípode para calentar el agua, y vió agitarse y bullir en ella su dios, y de este fenómeno sencillo arrancan la mayor parte de los mitos del linaje humano. Medítese bien, de cuán diferente modo veía la naturaleza el hombre primitivo, y nadie extrañará la profunda impresión que el hecho del hervor produjo en su mente. La idea pudo no surgir de repente las primeras veces; pudo pasar mucho tiempo sin fijarse en ella; pero la reflexión, investigando la causa del fenómeno, tuvo que llegar por precisión, dada la asociación de ideas primitiva, á explicar el hecho de la manera que dejamos consignado. Pongámonos en lugar del hombre prehistórico, enfrente del fenómeno: el agua se mueve, se agita, forma ampollas, murmura, *luego vive*; consecuencia lógica imprescindible, dado el modo de ser y de pensar en aquel tiempo. ¿Qué es lo que la anima ó la hace vivir? El fuego, el calor; luego el calor y el fuego, cuyo foco central se ve brillante en el sol, pálido y apagado en la luna y en las estrellas, es el princi-



pio que da vida al espíritu mismo, y sin el cual, éste permanecería inerte y moribundo. Así, de la caldera hirviendo sale, en las mitologías, la juventud y la vida. La importancia de esta investigación y de estos descubrimientos se apreciará mejor, luego que otros estudios, siguiendo el mismo método, hagan aparecer horizontes más vastos, lo mismo en lingüística que en mitología.

*Ampelas*, el amigo de Dionyso, es otra prueba más de lo que decimos: *Am-ber-es*, el nombre primitivo de la vid, ¿cómo no había de contener también las onomatopeyas? Acaso, de un encuentro fortuito, muy antiguo, de los dos nombres, viene su intimidad. Los otros nombres de Dionyso, *Baco*, *Yako*, no son más que la espiración reduplicada y fuerte ó con *B* eufónica.

Y para que se vea, á cuántas confusiones pueden dar lugar los términos semejantes de la evolución, vamos á presentar esta suposición interpretativa de Benlœw: «Es difícil creer, dice, que el Dios que preside al cultivo de la viña, no haya sido venerado ya en los tiempos pelágicos. El demo *Ycaria*, donde Baco parece haber sido más antiguamente adorado, ¿sacaría su nombre de *iherria*, palabra africana que significa *bouc*, (macho cabrío)?»

Hé aquí la causa de esta equivocación, que puede servir de ejemplo para todas las demás falsas interpretaciones: El *bouc*, cabrón ó macho cabrío, recibió, en un principio, el nombre onomatopéico de la fuerza vital ó creadora, por la potencia generatriz de que está dotado. La analogía y la asociación de ideas obraron en este caso lógicamente, como siempre. Así, en casi todos los idiomas puede verse el nombre del *cabrío*, formado, ó por la onomatopeya del soplo sola, ó por las dos. *Bouc*, el nombre francés, es el término de la primera como *Baco*; y los nombres españoles, ingleses y latinos,

*cabra*, *cabrío*, *cabrito*, *cabrón*, *cheberil*, *cah-brone*, *hirc-us*, *capra*, *capry*, *capreolus* y el ruso *kosole* (macho cabrío), son otros tantos términos de la evolución de las dos juntas.

Los nombres de cabra en alemán y en inglés, son espiraciones nada más; *siege* y *goat*:

Ese nombre africano *iherria*, citado por Benlœw, tiene su forma anterior en el eúskaro *akerr-ia*, y en ambos puede ver el ilustre escritor las dos onomatopeyas y las causas de su error: *akerr-ia* ha sido en un principio, *ah-err-ia*, espiración y calor; las mismas raíces que han dado nombre á Aquiles, á Hércules, á Helios y á Elohim, etc. No es extraño que, al encontrar dos términos de evolución iguales, se hayan equivocado los sabios, antes de conocer la ley, y menos aun, los pueblos antiguos, que no tenían remedio sino fundir en una misma fábula ó en un mismo grupo de caracteres, los dioses, objetos ó animales que se les presentaban con nombres semejantes. Todo el secreto de la interpretación consiste en evitar la confusión de los nombres, pero para evitarla, es preciso antes aprender la evolución de los términos paralelos.

Todas las etimologías que se han dado de Baco, tienen el mismo defecto. Se han encontrado, por ejemplo, nombres en cualquier lengua, como *bac* ó *baq*, licor, *ba-cah*, correr, regar, derramar, en hebreo, ó como *οχος* y *οχετος* en griego, y sin más examen, se ha dicho que Baco y Yako proceden de ellos. Es cierto que todas estas etimologías caprichosas, y que no tienen otra prueba que la aproximación de dos términos más ó menos parecidos, no satisfacen á nadie, y sólo sirven para acreditar la buena voluntad y la erudición del que las presenta.

Otro sistema es descomponer los nombres como mejor conviene; por ejemplo: el nombre *Semele*, la madre de Baco, viene se dice, de *Sem* y *mel*, que significan al-

tura en hebreo, ó de *Sem-ale*, significando Dios la última parte.

Estas etimologías hebreas vuelven á estar de moda para Semele; y Benlœw las prefiere á la antigua forma griega, *σεμνη*. Con esta falta de orden y de método, la etimología no adelantaría un paso, vendrían después otros y otros con nuevas aproximaciones en otras lenguas, y estaríamos siempre de nuevo y sin llegar jamás á una interpretación fija y segura.

*Semele* fué *Hem-er-e*; la sibilante, espirada, y la *r, l*; el subfijo primitivo turaniano ó eúskaro, *á*, se cambió en *e*. Los dioses son todos hijos, padres y madres del calor creador, del espíritu vital.

En Tebas se adoraba á Dionyso *Periklomo*, es decir, Ber-i-jam-a; lo mismo que el Perkun prusiano y el Pardjania védico. La *i* intermedia es producida por el hiato de la primitiva espiración suave, y para impedirlo, es por lo que usaron los arianos la *d* eufónica en Par-d-jania.

El nombre de Dionyso, dividido en esta forma *Dionyso*, dió lugar á las fábulas de Nisa, nombre común de varios sitios antiguos, por llevar una raíz con el significado de agua.

Hay entre lossiameses un espíritu de las aguas, Pnük, que coge y lleva á los nadadores; y en Alemania, cuando se ahoga alguno, el pueblo por un recuerdo religioso de los antepasados, exclama todavía: «el Nix lo ha cogido» (1). El Nix es el espíritu de las aguas. No sería extraño que este elemento acuoso entrase á formar parte de la leyenda de Baco, y una etimología, que supusiera el nombre de este espíritu Nix añadido á su nombre, no dejaría de ser muy atendible, sabiendo que Dionyso fué considerado por algunos, como un

(1) Grimm; *Deuts. Mytho*, pág. 462.

dios sol del hemisferio inferior, hundiéndose en el mar. En todo caso, este *Dio-nix-o*, espíritu del agua, especie de Neptuno, dios á quien se adjudica el antiguo trípode, tuvo de cualquier modo su origen en el hervor del agua. El mito sólo se explica así. El término *Nox, Nyx*, la noche, tiene este origen marino, á causa de la desaparición de la luz al ponerse el sol en el elemento líquido.

#### EL NOMBRE DE APOLO.

Aunque quisiéramos ocultar por un momento la significación de Apolo no podríamos; nuestros lectores la habrán adivinado ya; tal es el poder de la clave por tantos siglos encerrada en el misterio y cuyo descubrimiento publicamos hoy.

Este nombre de Apolo tiene el mismo origen onomatopéico, en efecto, que el de los otros dioses. Su forma relativamente antigua fué Apelon (1) *Ἀπλων*, reproducido en parte por el nombre propio *Apeles* y el nombre del mes *Ἀπελλίων* de la isla de Tenos. Los de Tesalia decían *Ἀπολόν*. Se han dado de este nombre porción de etimologías; se le ha hecho venir de *απολλυμί*, que ha parecido tan inverosímil, con su significado de hacer perecer ó morir, como *απολευων*, el purificador, que es otra de las interpretaciones.

Bachofen, que cita un sobrenombre bastante raro de *Apholo, Aphetas*, le aproxima al de una ciudad de Licia *Ἀπερλι* ó *Ἀπερρας*.

Benlœw, valiéndose de esta caprichosa aproximación, procura explicarlo por el albanés *ap dar*, abando-

(1) Preller I. 152, nota.

tura en hebreo, ó de *Sem-ale*, significando Dios la última parte.

Estas etimologías hebreas vuelven á estar de moda para Semele; y Benlœw las prefiere á la antigua forma griega, *σεμνη*. Con esta falta de orden y de método, la etimología no adelantaría un paso, vendrían después otros y otros con nuevas aproximaciones en otras lenguas, y estaríamos siempre de nuevo y sin llegar jamás á una interpretación fija y segura.

*Semele* fué *Hem-er-e*; la sibilante, espirada, y la *r, l*; el subfijo primitivo turaniano ó eúskaro, *á*, se cambió en *e*. Los dioses son todos hijos, padres y madres del calor creador, del espíritu vital.

En Tebas se adoraba á Dionyso *Periklomo*, es decir, Ber-i-jam-a; lo mismo que el Perkun prusiano y el Pardjania védico. La *i* intermedia es producida por el hiato de la primitiva espiración suave, y para impedirlo, es por lo que usaron los aryanos la *d* eufónica en Par-d-jania.

El nombre de Dionyso, dividido en esta forma *Dionyso*, dió lugar á las fábulas de Nisa, nombre común de varios sitios antiguos, por llevar una raíz con el significado de agua.

Hay entre lossiameses un espíritu de las aguas, Pnük, que coge y lleva á los nadadores; y en Alemania, cuando se ahoga alguno, el pueblo por un recuerdo religioso de los antepasados, exclama todavía: «el Nix lo ha cogido» (1). El Nix es el espíritu de las aguas. No sería extraño que este elemento acuoso entrase á formar parte de la leyenda de Baco, y una etimología, que supusiera el nombre de este espíritu Nix añadido á su nombre, no dejaría de ser muy atendible, sabiendo que Dionyso fué considerado por algunos, como un

(1) Grimm; *Deuts. Mytho*, pág. 462.

dios sol del hemisferio inferior, hundiéndose en el mar. En todo caso, este *Dio-nix-o*, espíritu del agua, especie de Neptuno, dios á quien se adjudica el antiguo trípode, tuvo de cualquier modo su origen en el hervor del agua. El mito sólo se explica así. El término *Nox, Nyx*, la noche, tiene este origen marino, á causa de la desaparición de la luz al ponerse el sol en el elemento líquido.

#### EL NOMBRE DE APOLO.

Aunque quisiéramos ocultar por un momento la significación de Apolo no podríamos; nuestros lectores la habrán adivinado ya; tal es el poder de la clave por tantos siglos encerrada en el misterio y cuyo descubrimiento publicamos hoy.

Este nombre de Apolo tiene el mismo origen onomatopéico, en efecto, que el de los otros dioses. Su forma relativamente antigua fué Apelon (1) *Ἀπλων*, reproducido en parte por el nombre propio *Apeles* y el nombre del mes *Ἀπελλίων* de la isla de Tenos. Los de Tesalia decían *Ἀπολόν*. Se han dado de este nombre porción de etimologías; se le ha hecho venir de *απολλυμί*, que ha parecido tan inverosímil, con su significado de hacer perecer ó morir, como *απολευων*, el purificador, que es otra de las interpretaciones.

Bachofen, que cita un sobrenombre bastante raro de *Apholo, Aphetas*, le aproxima al de una ciudad de Licia *Ἀπερλι* ó *Ἀπερρας*.

Benlœw, valiéndose de esta caprichosa aproximación, procura explicarlo por el albanés *ap dar*, abando-

(1) Preller I. 152, nota.

nar, y αποπτενε, dar el último suspiro; en cuyo caso sería Δπέρε, abandonar las tinieblas, la noche; porque ερε quiere decir tinieblas en albanés. Los verbos latinos, añade él, *aperire* y *operire*, tendrían de este modo una explicación suficiente, significando separar ó traer las tinieblas, y Apolo quedaría siempre el dios de luz cuyo nombre Φερος no sería más que la traducción griega de un antiguo término *lelegeta*.

No se sabe ciertamente, en vista de tales etimologías, expuestas con toda seriedad por los corifeos de la lingüística y de la mitología, qué ha ganado la ciencia desde los tiempos de Platón.

El capricho y la arbitrariedad siguen como entonces, sin método ninguno, interpretando nombres por lenguas nacionales, sin las debidas pruebas ni las comparaciones. Es cómodo encontrar un nombre parecido, y decir: debe ser, puesto que se parece; explicando un misterio por otro misterio, y prescindiendo de la evolución, sin comprender que sus términos más ó menos detenidos ó paralizados, son otras tantas formas evolutivas, que pueden expresar ideas parecidas por su comunidad de origen, pero que nunca pueden ser la verdadera filiación del mito. Así, *Apertas*, el sobrenombre encontrado por Bachofen, no es más que una detención ó parada de desenvolvimiento, que nos revela la forma primitiva del nombre de Apolo, *A-per-on*, en lugar de *Apel-on*, y conservado como epíteto, marcando la antigua identidad.

Tanta, y aun más razón que Bachofen y Benlæw tiene, el que quiere sacar el nombre de Apolo, del hebreo *pol*, *phol*, soplo, palabra, canción, que son indudablemente términos, bastante paralelos con él, de la evolución onomatopéica.

Forchhammer, á causa de las mil confusiones etimológicas del nombre de Delfos, en que se ha hundido,

y queriendo combinar algunas ideas, traduce Apolo por «secador de fango» ὄλος.

Estas etimologías de Delfos son curiosas y han dado mucho que decir; nosotros no las repetiremos, aunque son una prueba de lo mucho que puede extraviarse la etimología cuando no hay método; pero como después de tanto discurrir, aun no se sepa la significación verdadera de aquel nombre, la expondremos aquí en pocas palabras: Delfos, lo mismo que el delfin de Poseidon y que los nombres de las fuentes Telfusa ó Telfousa, y la palabra *delfys*, δελφος, con su significado de *uterus*, son otros tantos términos de evolución de otras tantas ideas expresadas por las onomatopeyas del soplo y del calor, y de ello proviene la confusión de las fábulas en que tomaron parte.

Delfos tiene, como los otros, una forma antigua, que se conservó en el eolico *Belfoi*, βελφοί, y que explica perfectamente su significado, siendo en el origen *Ber-foi*, *Berva* ó *Ber-ha-a*, y cambiando la espiración por el digamma en su paso á los dialectos griegos. Se explica de este modo, que el sitio habitado por los dioses, ó donde se suponía, por las circunstancias especiales que concurrían en él, que tenían su mansión predilecta, se llamase *Ber-ha-ia*, espíritu ó foco de creación, residencia divina, mansión sagrada, y después *Delfoi*, olvidándose del significado y plantando allí el *Omphalos* por la tradición del sinónimo, teniendo también por centro y ombligo del mundo.

Se concibe por lo mismo, que δελφος, *delfus*, (bel-f-us) tenga el significado de *uterus*, por ser el sitio misterioso de la gestación en el cuerpo humano; y que el delfin, llamado así por su monstruosidad y amplitud de formas, indicando una exuberancia vital, fuese dedicado á Poseidon.

La adecuación exacta de la idea y del nombre en

todos los casos, prueba sin réplica la verdad de nuestros descubrimientos. ¡Qué diferencia, de esta claridad, á esas oscuras batallas etimológicas, reñidas sin salir del estrecho campo de una lengua, explicando nombres desconocidos por otros más desconocidos todavía, sin elevarse nunca al sentido original de la palabra!

Las etimologías del nombre de Apolo son innumerables, como innumerables son también los términos de evolución de las onomatopeyas, que si bien se mira, todas se parecen, por más que envuelvan diferentes significados. Después de las que da Platón en el *Cratilo*, las que se han propuesto, no llevan mejor camino ni tienen más visos de verdad, faltando á todo lo que debe tener una investigación metódica. Prescindiremos de la mayor parte, por ser cosa pesada y estar ya desechadas. La que hoy es más seguida y considerada más cierta, es la que hace derivar á Apolo del verbo  $\alpha\pi\epsilon\lambda\lambda\omega = \alpha\pi\epsilon\epsilon\gamma\gamma\omega$ , no sin que se le oponga este grave reparo: que pudo muy bien Apolo haber venido de Oriente, y haberle los griegos amoldado el nombre á su lengua, así como el demiurgo asirio, *Bel*, llegó á ser en Fenicia el dios solar, *Baal*, cuya forma pudo hacer salir por simple metátesis, *Abal*, que se aproxima bastante al dios cretense *Abelios*, y que pudo dar lugar, según se condense ó se aspire la consonante labial, á *Apelios*, *Apelon*, *Apolon*, y á *Afelios*, á *Delios*, y á *Helios*. Y para hacer más fuerza, se recuerda que en Lacedemonia, Helios llevaba el nombre de *Bala* (1). Pero esta extracción semítica de Apolo tiene á su vez el inconveniente de no poder explicar los rasgos y ca-

(1) Hé aquí este nombre *Bala* confirmando nuestra etimología de Helios.

racteres comunes del dios griego con los dioses aryanos, sobre todo con Indra; y poco sirve decir, que el carácter de Apolo es muy complejo y su biografía muy accidentada, para verse obligado á tener un solo modelo, porque esto no haría más que embrollar el mito haciéndole retroceder hasta *Baal*, que era también para los mitógrafos otro misterio, tan grande por lo menos, como el de Apolo. No hay más solución, como quiera que se considere, que la que nosotros presentamos.

Apolo es, como los demás, un término evolutivo de las onomatopeyas *Ha-ber*, perdida la espiración en parte, y habiendo atravesado las formas: *A-bel* *A-pel*, *A-pel-on*, que es su forma antigua en Grecia, y codeándose en los primeros tiempos de la raza, con *Pard-jania*, *Indra* y *Varuna*, al mismo tiempo que con *Belo* y *Baal*. Es el espíritu del calor, el principio de la creación y de la vida que tienen su centro en el sol.

El sobrenombre italiano indicado por Bachofen, *Aper-tas*, lo confirma bien.

Apolo predice como los otros dioses.

La predicción, la adivinización y la mántica, venían de la idea segura, que tenían los antiguos, de la asistencia del espíritu universal en todas partes y especialmente en los templos. No tiene nada que ver, como supone Benlœw, la predicción, con el atributo de luz. El apodo de *Lykosura* es onomatopéico también, como el de Licurgo, y dejamos su prueba á los que vengan detrás. El epíteto  $\Sigma\upsilon\rho\iota\omicron\varsigma$  es el *Surya* sanscrito y el *Zuri-a* éuskaro, blanco, el calor ó la luz del sol.

La relación establecida en algunos parajes, entre Apolo y un elemento neptuniano, proviene como cierto carácter de Dionyso, de la salida y puesta del sol en los mares y en los ríos. En Tarsos representaban á Apolo con tridente, saliendo del mar. Neptuno y Poseidon no son más que epítetos marinos ó acuáticos

del sol, personificado en su mansión ó estación marítima.

Apolo es hijo de Leto que, no se sabe por qué, significaba la noche, y que le da á luz con Artemisa, la luna, en Delos. Se ha supuesto que Leto viene de *λανδνω*, ó del fenicio *lad*, parir, criar, pero más nos inclinamos á creer que sea también nombre onomatopéico, y en último caso, encontramos un parecido grande con el nombre de Leteo, río de los infiernos, y con el de nuestro Guadalete, río *Lete*, que los árabes llamaron así, añadiendo al nombre antiguo el suyo genérico de río, y que no significaron en su origen sino ríos profundos, de la palabra eúskara *letze-a*, profundidad.

Apolo y Artemisa nacen y surgen naturalmente de la profundidad del espacio ó del abismo infernal, hemisferio inferior, donde estaba el río Leteo, y se suponía la mansión de las sombras. Esta idea del hemisferio inferior que se encuentra en Egipto y en Grecia, no es de extrañar, pues proviene de la figura oval que acertadamente se atribuyó á la tierra desde bien temprano.

Leto era representada en Grecia por tan informe efigie, que ella sola tuvo el poder de hacer soltar la risa á Parmenisco de Metaponte que perdiera en el antro de Trofonio la facultad de reirse. ¡Cómo había de ser bella, la imagen del abismo!

Es cierto que estas piedras ó cantos mal tallados se ven en ciertos sitios, como testimonios del arte primitivo: Apolo mismo era venerado en Amiklea, en forma de columna de treinta codos de alto, con piés, cuatro manos, cuatro orejas, y una cabeza cubierta con un casco. Idolo que revela la gran antigüedad del culto de Apolo, que es mucho más antiguo todavía que su grosera imagen.

Se comprende ahora, que estas evoluciones milenarias de los tipos divinos embrollen algo los epítetos, que son menos respetados que los nombres. Pondremos un ejemplo para que se vea, cómo pierde el sobrenombre todo el sentido, en el tránsito y traducción de una lengua á otra, y cómo los errores, consecuencia de la nueva y adquirida significación de la palabra, pueden oscurecer un mito ó prestarle caracteres que no tuvo. Felizmente, esta traducción de los epítetos es una excepción; lo general es que permanezcan inmutables con el nombre.

Veamos el caso: llámase á Apolo, *Σμίνθεος*, *Smintheus*, en la Iliada, es decir *ratonero*; epíteto capaz de volver loco á un exegeta que, sin conocimientos previos, se empeñe en explicarlo. ¿Por qué habrá podido ocurrirse, llamar á Apolo de un modo tan extravagante: *ratonero*?

Las primitivas onomatopeyas se han usado, no sólo para dar nombre á los dioses, sino, como hemos visto ya, para designar todo lo fuerte, todo lo grande, todo lo brillante, todo lo bueno, extendiéndolas luego á infinidad de objetos, por asociación de ideas; de modo que encontrar el origen de los dioses, es casi encontrar el origen del lenguaje. Así, los animales más corpulentos y más fuertes, llevan en su nombre genérico las onomatopeyas, como por ejemplo: el *elefante*, *elephans*, (*ero-van*) y el jabalí, que se llama *ever* en sanscrito, y que por una corriente distinta ha llegado á nosotros en mejor conservada forma, si es posible.

El jabalí se llama también en sanscrito *vahra-danta*, especie de apodo que significa diente de rayo, de *vahra*, rayo, onomatopéico también; pero este epíteto fué adjudicado por burla al ratón, que era consagrado á *Rudra*, á quien se da muchas veces en el Veda este nombre de *vara-ha*, como nube tempestuosa que lleva la lluvia y la abundancia consigo.

Se conoce que se tradujo este epíteto, desde muy antiguo, al griego; antes, sin duda, de la emigración á Europa, de los griegos, y que se llamó á Apolo, como en el Arya se había llamado á Rudra, pero resultando un sentido inconexo y estrambótico, en el último caso. Si traducciones como esta, fuesen generales, no habría posibilidad de interpretar los mitos; pero apenas se encontrará otro caso.

En Corinto se adoraba á Apolo *Belero-phon*. Han hecho algunos, de este Belerophon, una especie de *Vritra* indio, espíritu de las tinieblas que es domado y vencido por Apolo, montado en su carro, con la cabeza rodeada de rayos luminosos. Pero entonces ¿por qué llamar en Corinto, *Belero-phon* á Apolo?

Los epítetos suelen ser nombres más expresivos y mejor conservados de algún rasgo principal y característico del Dios.

*Belero-phon* viene á confirmar la significación del nombre de Apolo, por si alguna duda quedase. Es la onomatopeya del calor, repetida para mayor claridad y fijeza, llevando consigo la del soplo, casi perdida ya en el nombre de Apolo; es, ó fué en el origen: *Berero-phon*.

Por todas partes encontramos, pues, el soplo y el calor adorados en la brillante manifestación del sol: *Ha-ber*.

Decharme dice, que no hay etimología que baste, para explicar el nombre de Apolo, ¿podrá decirse esto de ahora en adelante? (1).

#### ARTEMIS.

Desde luego se conoce, que *Artemis* ha atravesado en su evolución alguna lengua semítica, por el pareci-

(1) Mith gral. cap. 5.º

do que tiene con las diosas lunas Astharté, Istar y Astaroth, siendo ella luna también. Parece, en efecto, la segunda parte del nombre Astharté: *Arté*, con un nuevo elemento final que es preciso estudiar, porque se encuentra en varios otros nombres de divinidades. Artemis ha sido indudablemente, en el principio, la misma Astharté, ó al menos, ha heredado la misma forma primitiva: *Ah-er-te*, *As-thar-té*, por el enlace eufónico, perdida la espiración. Sólo después de haberse asignado á la forma espirada, *am*, *ma*, un significado especial de luz, muy posteriormente, se le pudo añadir esa terminación *mis* que la caracteriza.

Se observa en la evolución de las onomatopeyas primitivas, una tendencia á adquirir nuevos significados, cada vez más abstractos, en virtud de la asociación de ideas, que parte siempre de la idea más simple, material y concreta. Esta forma *am am*, cuyo sonido repetido produce la raíz *ma*, no expresó en el origen, más que la idea de respirar; después, inmediatamente, vivir, venir á la vida, nacer, como consecuencia de la respiración, síntoma perceptible de la vida. De aquí el sanscrito *Maia*, la gran madre, el principio generador; los *manes*, espíritus latinos, los que viven, y *manare*, salir, darse á luz, como el sol á la aurora; *mane*, la mañana, es decir el nacimiento de la luz; *manía*, un nombre antiguo de la madre de los seres; *matuta*, la aurora, etc.; Medea, que va con Jarón á la conquista del vellocino de oro, el crepúsculo vespertino, es la aurora; *Maia*, sobrenombre de *Bona Dea*, asimilada á veces á Medea, engendradora; *Manius*, el niño que nace por la mañana; en fin, *Ma*, aplíquese á lo que se aplique, indica siempre algo que nace, algo que sale á luz. La aurora, cuyo nacimiento era esperado, antes del hallazgo del fuego, en las noches interminables del oscuro invierno, llenas de peligros y

Se conoce que se tradujo este epíteto, desde muy antiguo, al griego; antes, sin duda, de la emigración á Europa, de los griegos, y que se llamó á Apolo, como en el Arya se había llamado á Rudra, pero resultando un sentido inconexo y estrambótico, en el último caso. Si traducciones como esta, fuesen generales, no habría posibilidad de interpretar los mitos; pero apenas se encontrará otro caso.

En Corinto se adoraba á Apolo *Belero-phon*. Han hecho algunos, de este Belerofon, una especie de *Vritra* indio, espíritu de las tinieblas que es domado y vencido por Apolo, montado en su carro, con la cabeza rodeada de rayos luminosos. Pero entonces ¿por qué llamar en Corinto, *Belero-phon* á Apolo?

Los epítetos suelen ser nombres más expresivos y mejor conservados de algún rasgo principal y característico del Dios.

*Belero-phon* viene á confirmar la significación del nombre de Apolo, por si alguna duda quedase. Es la onomatopeya del calor, repetida para mayor claridad y fijeza, llevando consigo la del soplo, casi perdida ya en el nombre de Apolo; es, ó fué en el origen: *Ber-ero-phon*.

Por todas partes encontramos, pues, el soplo y el calor adorados en la brillante manifestación del sol: *Ha-ber*.

Decharme dice, que no hay etimología que baste, para explicar el nombre de Apolo, ¿podrá decirse esto de ahora en adelante? (1).

#### ARTEMIS.

Desde luego se conoce, que *Artemis* ha atravesado en su evolución alguna lengua semítica, por el pareci-

(1) Mith gral. cap. 5.º

do que tiene con las diosas lunas Astharté, Istar y Astaroth, siendo ella luna también. Parece, en efecto, la segunda parte del nombre Astharté: *Arté*, con un nuevo elemento final que es preciso estudiar, porque se encuentra en varios otros nombres de divinidades. Artemis ha sido indudablemente, en el principio, la misma Astharté, ó al menos, ha heredado la misma forma primitiva: *Ah-er-te*, *As-thar-té*, por el enlace eufónico, perdida la espiración. Sólo después de haberse asignado á la forma espirada, *am*, *ma*, un significado especial de luz, muy posteriormente, se le pudo añadir esa terminación *mis* que la caracteriza.

Se observa en la evolución de las onomatopeyas primitivas, una tendencia á adquirir nuevos significados, cada vez más abstractos, en virtud de la asociación de ideas, que parte siempre de la idea más simple, material y concreta. Esta forma *am am*, cuyo sonido repetido produce la raíz *ma*, no expresó en el origen, más que la idea de respirar; después, inmediatamente, vivir, venir á la vida, nacer, como consecuencia de la respiración, síntoma perceptible de la vida. De aquí el sanscrito *Maia*, la gran madre, el principio generador; los *manes*, espíritus latinos, los que viven, y *manare*, salir, darse á luz, como el sol á la aurora; *mane*, la mañana, es decir el nacimiento de la luz; *manía*, un nombre antiguo de la madre de los seres; *matuta*, la aurora, etc.; Medea, que va con Jarón á la conquista del vellocino de oro, el crepúsculo vespertino, es la aurora; *Maia*, sobrenombre de *Bona Dea*, asimilada á veces á Medea, engendradora; *Manius*, el niño que nace por la mañana; en fin, *Ma*, aplíquese á lo que se aplique, indica siempre algo que nace, algo que sale á luz. La aurora, cuyo nacimiento era esperado, antes del hallazgo del fuego, en las noches interminables del oscuro invierno, llenas de peligros y



visiones, con un ansia de que no podemos formarnos ahora idea, debió ser saludada con esta exclamación: *am-am*. Desde entonces, la raíz *ma* fué aplicada á las ideas de luz y nacimiento. Parecerá extraño, que afirmemos de esta manera sucesos primitivos; pero los datos lingüísticos y la asociación lógica de las ideas nos dan motivo para decirlo así. Después, vienen más trámites de la evolución. El mismo sonido que expresaba los hechos visibles, las ideas concretas, pasa á representar también las abstracciones; pero esto indica un refinamiento relativo de cultura, bastante posterior. La idea de luz y brillo llega á ser, por analogía, equiparada á la de apariencia relumbrante y *majestuosa*; (todavía lleva la raíz esta última palabra), aspecto, que generalmente reside en los hombres del poder, en la autoridad, en el que manda; y entonces el sonido que servía para expresar aquélla, sirve para ésta también, y se forman los nombres de los jefes, de los grandes, (*Magnus*) de los Imperios, del Gobierno en general: *Minos*, *Manú*, *Manés*, el primer rey mítico de Lidia, según Herodoto, y de Meonia según Dionisio de Halicarnaso, *Minyas*, el héroe epónimo de los pueblos de Minya, el *Mannus* germánico, citado por Tácito, y *Menes*, en fin, el primer rey de Egipto, de cuyo reinado no es posible fijar la fecha nunca. La palabra eúskara, *manu-a*, poder, dominio, mandato, explica todos estos nombres, y marca perfectamente la segunda significación de la raíz, así como el verbo *marmetu*, eúskaro también, engendrar, en un principio, *ma-er-ma*, (porque *tu* es la desinencia verbal,) es un ejemplo de la aglutinación de las onomatopeyas del calor y del soplo, expresando el misterio de la generación.

La prueba de estas asociaciones y analogías está en el griego *αργη*, *arge*, en el que las dos onomatopeyas llegan á significar también, principio, autoridad y

mando, teniendo las mismas raíces que el *argúa*, luz, eúskaro.

La palabra *mator*, *ma-t-er*, significó, pues, en el principio, engendradora, es decir, vida del calor, ser productor, nacimiento de criatura; todavía se dice: *dar á luz*.

Más adelante, muy posteriormente, por una serie de asociaciones y de analogías que no viene al caso seguir aquí, la raíz *ma* llega á significar también *medir*, *pesar*, y pensar; pero cuando ha conseguido expresar estas últimas ideas, tan abstractas ya, los objetos visibles y los fenómenos materiales estaban nombrados desde muy antiguo, con las primitivas significaciones de vida, existencia, respiración, nacimiento y luz.

Parece increíble que Max Muller se haya equivocado en cosa tan clara, atribuyendo á los nombres germánicos de luna, la moderna significación de medir, porque la luna mide los meses, según dice. Esos nombres tienen el mismo significado de luz, como manifestación brillante del Ser creador, que la sílaba final de *Arte-mis* y la primera de *Min-er-va*, diosas lunas también.

Todas son variaciones del mismo tema: luz, *mund*, *moon*, *monath*, y las sílabas tan usadas, *min*, *mis* y *mes*, en Hermes, por ejemplo, en Minerva y Artemis.

Pero esta expresión de la idea de luz por la onomatopeya del soplo sola, se diferencia mucho de la otra significación de luz, expresada por las dos onomatopeyas, en las formas *erja* ó *arja*, *argúa*, *arjuni*; pues los dos matices, el de luz naciente, suave y oscurecida, que conviene á la luna y al primer albor de la mañana, y el de luz fuerte y brillante del sol, ya visto en el horizonte, se distinguen perfectamente con las dos expresiones: así, la *Arjuni* del Veda es la aurora, que trae consigo los primeros rayos del sol.

La falta de la raíz *ma*, en eúskaro, para indicar la luna, y el haberse visto en la necesidad de llamarla en frase primitiva, luz oscura ó moribunda, *ilarguia*, prueba que, en el tiempo de la formación de esta lengua, no se daba todavía á la onomatopeya *am* ó *ma*, el sentido de luz naciente, que se produjo por asociación de ideas, andando el tiempo, en el seno de otra raza. *Mi*, *mis*, tienen en eúskaro el significado de suave, delicado, fino, que pudo atribuirse á la luz de la luna.

*Artemis* fué, pues, en el origen, Erte ó Arte, perdida la espiración que se conserva en Astarté, y después de olvidarse, hasta de lo que representaba la desinencia *te*, añadieron sobre ella la variante de la raíz *ma*, *mis*. *Artemis* significaría, por consiguiente, luz suave del sol ó del calor creador. Es el «rostro de Baal» como Tanit; manifestación luminosa de Dios. El sobrenombre de *Britomartis*, que le daban en Creta, en Egipto, y en Lacedemonia, confirma la etimología del nombre: porque *Bri-to-ma-er-tis*, ya sabemos lo que es: luz, calor, y creación también.

Se ha ido á buscar á Lithuania una palabra *martis* que significa *novia*, para unirla á un *bitu*, sacado del *mridu* sanscrito, tierno, para explicar el epíteto de *Brito-martis*, que significaría, si tan rebuscada y extraña etimología fuera cierta, tierna novia. Y esta clase de etimologías que nada aclaran, que nada enseñan, que dejan siempre en la misma incertidumbre, pues no pueden presentarse más que como suposiciones, son ofrecidas, como lo único que es posible averiguar, por los más ilustres maestros de la ciencia. En vista de esto, se nos figura á veces, que nuestra obra viene á llenar un gran vacío, y que tiene más importancia de lo que nosotros mismos suponemos.

Artemisa tenía un templo célebre en *Brauron*, nombre que tampoco ha conseguido nadie descifrar.

*Brauron* era el nombre de su templo en el Atica, servido por jóvenes vírgenes que se llamaban *arktoi*, *osas*, según la traducción corriente. Desde luégo se nota que esta traducción es fruto de un error idéntico á él en que se supuso á Artemisa, convertida en osa, recibiendo las caricias de Júpiter. El parecido de los nombres ha sido causa del mito y de la confusión del término sagrado y tradicional, *arktoi*, (*er-je-toi*,) sacerdote, sacerdotisa, con el del oso, en griego. Pero, *Brauron*, ¿qué significaría?

Se acudió como siempre á la erudición: Thucidides habla de una *Brauro*, mujer de un Pittaco, rey de los Edones, pueblos de Tracia; luego *Brauron* podía aproximarse á la raíz germánica *brausen*, mugir, que sería un nombre bien singular para una mujer. Benlœw prefiere explicarlo por el albanés *Brevete*, sombra, ó *Branesti*, el dios que dirige las nubes, aproximando y mezclando á su gusto los términos paralelos. Nosotros, gracias al método, sabemos que *Brauron* no quiere decir sino un templo consagrado al espíritu creador, pues lleva sincopada la onomatopeya del hervor.

La Artemis griega es, pues, la misma Artemis de Capadocia y de los otros pueblos semitas del Asia Menor, donde se la encuentra adorada bajo los epítetos de *Περγαια*, *Pergaia* (*Ber-ja-ia*.)

La estatua arcáica de Artemis en Efeso, tenía el pecho lleno de tetas, símbolo de su poder productor y fecundante.

En Capadocia, en *Cabeira*, se llamaba *Komana*, (*Faman-a*,) y tenía templos célebres, visitados por multitud de peregrinos, donde las mujeres se prostituían á los extranjeros, creyendo agradar así á la diosa de la reproducción de los seres.

Su nombre vulgar era *Ma* ó *Mene*, como la luna ger-

mánica. En fin todo viene á probar que se veía en ella como en el sol, una manifestación luminosa del poder fecundante, del espíritu universal, del calor productor.

Las Pleyades, vírgenes compañeras de Artemis, perseguidas por el cazador Orion, y libertadas por los dioses que las convirtieron en palomas (πελειάδες,) vienen á probar dos cosas: la uniformidad del empleo de las onomatopeyas en todos los nombres divinos, y el origen constante de los mitos secundarios, en la confusión de uno de estos nombres con un término paralelo y vulgar de la evolución onomatopéica.

Pleyades = *Bre-ja-des*, eran llamadas por los romanos, *Ver-gi-lia*, nombre que constituye otra prueba.

No parece sino que todo el lenguaje primitivo se redujo á estos dos monosílabos sagrados, Ha-ber.

¿Habremos encontrado nosotros, sin querer, el origen del lenguaje?

#### HERMES.

Hermes ha sido un tipo indefinible hasta ahora. Son tantos, tan variados y diferentes los rasgos de su carácter, que nadie ha podido dar de él una explicación satisfactoria. De creer á Duncker, hay que suponerle un espíritu del aire, emisario de Zeus, dios de los vientos y de las nubes, y un guardián del cielo, durante la noche. Por otra parte, Herodoto dice terminantemente, que los antiguos pelagos representaban á Hermes en actitud *ithiphalica*, y que, llevando como su principal atributo el *phalus*, desempeñaba un gran papel en los misterios de Somotracia. Ultimamente, se le ha identificado con *Savana* y *Sarameya*, términos paralelos de evolución con él, pero que apenas, en ningún atributo se parecen, sino en que son como él, dioses crepusculares.

La primitiva forma, *Ha-er-ma* ó *Ha-her-me-ya*, hadado lugar á *Hermes* por un lado, y á *Savana* ó *Sarameya* por otro, con el significado de luz naciente ú oscurecida del sol: *Ha-er*, *Her*, como representación, siempre, del espíritu.

Hermes, habiendo venido á parar á la raza griega, adquirió después una porción de cualidades antropomórficas, que le caracterizan y hacen de él un tipo muy diferente del *Savana* védico. Este, como todos los dioses aryanos, es honrado y casto, á más no poder, mientras que Hermes deja mucho que desear en estos conceptos. ¿Cómo se habrá ocurrido á los pelagos darle por atributo el *phalus*? Vamos á explicarlo por que nadie lo sabe aún.

Uno de los sobrenombres de Hermes es *Imbramos*, en Imbros. *Im-bra-mos* es la traducción fiel de *Hermes*; son en efecto, dos formas paralelas que significan lo mismo: *Ha-er-mes* ó *Him* ó *Im-bera-mos*, sincopados, *Hermes*, *Imbramos*; las dos onomatopeyas, con una variante de la raíz *ma* final. Pues bien; *Hermes* ó *Imbramos*, es, al mismo tiempo que luz crepuscular, de agregación posterior, espíritu de vida, principio generador de la naturaleza; y considerado bajo este más antiguo é importante aspecto, el *phalus* es su atributo natural como símbolo de la reproducción y del poder generador. Ahora, este nombre de *phallos*, nadie lo explica tampoco, y es bien sencillo: *phal-us*, *bal-us*, *bar-us*, *ber-us*; es el calor, el productor, el generador, el poder creador mismo que está en él.

En la suposición de que era una palabra de origen griego, se le buscaron parecidos en esta lengua y se encontraron, ¡ya se ve! en *φαλος*, que es una lámina brillante de metal, en *φαλιος*, blanco, y en *φαλακρος*, calvo, términos paralelos de evolución que se explican siguiendo la asociación de ideas, pero que significan co-

sas muy distintas, y nada tienen que ver con el gran atributo del dios.

Por fin Benlœw hizo notar que  $\varphi\lambda\gamma\tau\iota$  es el batidor de la manteca, y ya hemos visto la relación que tiene esto con los mitos del fuego. *Filis-ti*, en efecto, es un término de evolución aproximado al *falus* por su significado; pero, es el caso, que nadie supo hasta ahora lo que quería decir. Expliquemos este nombre: *Filisti*, ha sido llamado: *ber*, *bel*, *bil*, *fil-ih-ti*, *filisti*, por su destino rotatorio idéntico al del *pramantha*; es el productor de la manteca por los mismos medios que el último es el productor del fuego; su nombre onomatopéico le está también adecuado como al *phallos*, pero el de éste procede de una analogía anterior y más importante: era en el concepto del hombre primitivo, el órgano generador que comunicaba la vida: *ber*.

Debió haber en el origen un respeto profundo por la unión de los sexos, y por el acto solemne y misterioso que creaba los seres con la intervención indudable del espíritu. Nuestra sociedad descreída ganaría mucho por cierto, en volver á esta noción de los primeros padres, abandonando las ideas groseras que inspira hoy, á los más, el acto milagroso de la reproducción.

Debe ser, pues, considerado Hermes, bajo dos diferentes aspectos, uno anterior á otro, que dan razón de sus varias cualidades. Fué en un principio: *Ha-er*, como casi todos los dioses, y después *Her-mes*, luz crepuscular, el sol, manifestación del espíritu, en sus estaciones más extremas. Este doble aspecto explicará exactamente, si se sigue bien la asociación de ideas, todos los mitos referentes á Hermes, á medida que los datos científicos aumenten. Mientras tanto, se hace imposible este trabajo, por desconocer los términos paralelos que dieron origen á estos mitos en lenguas perdidas ó no estudiadas.

## ATHENE.

Es *Athênê* el único nombre de gran divinidad que haya sido medianamente interpretado hasta ahora, gracias á la feliz casualidad de encuadrar en el erróneo sistema de Max Muller, para quien no hay más mitos que los luminosos. *Athênê* es diosa de luz, y por eso pudo ser interpretada. Según él, viene este nombre de una raíz *ah*, que ha dado lugar á las formas sanscritas *Ahnyâ* la aurora, y *ahan* y *ahar* el día. Es este el germen de *Athênê*, pues que la *h* sanscrita es exponente neutral de las aspiradas dulces, guturales y labiales como *nah* y *naddha*, *saha* y *sadha*, *hi* imperativo, *dihita* por *Dhita*; *gharma*, calor, se convierte en *thermos*, y la *H* sanscrita es  $\theta$  en griego. El nombre *Athênê* está, pues, bien traído, con arreglo á leyes, del sanscrito, y su carácter general de divinidad luminosa parece bien probado. ¿Quién puede asegurar, sin embargo, que no sea todo esto simple coincidencia, y que la forma *Athênê* no sea más antigua que el sanscrito?

Se sabe ya, á cuántos errores dió lugar el afán de sacarlo todo de esta lengua, como si las otras no tuviesen formas tan antiguas. Pero esta cuestión no implica nada para el resultado, porque es indiferente deducir *Athênê* del *ahan* sanscrito, que después de todo, no es más que un término evolutivo de la onomatopeya del soplo que ha llegado á tener un significado de luz ó día, ó hacerle venir como término paralelo de la misma espiración en su doble forma: *At-ham*, ó *At-hên-ê*. De todos modos *Athênê* sería el espíritu ó soplo animador universal; pero, ó mucho nos engañamos, ó no pudo alcanzar esa significación de luz que se le atribuye con sus homónimos sanscritos, sin haber participado antes de la onomatopeya del calor, que es la

sas muy distintas, y nada tienen que ver con el gran atributo del dios.

Por fin Benlœw hizo notar que  $\varphi\lambda\iota\gamma\alpha\iota$  es el batidor de la manteca, y ya hemos visto la relación que tiene esto con los mitos del fuego. *Filis-ti*, en efecto, es un término de evolución aproximado al *falus* por su significado; pero, es el caso, que nadie supo hasta ahora lo que quería decir. Expliquemos este nombre: *Filisti*, ha sido llamado: *ber, bel, bil, fil-ih-ti, filisti*, por su destino rotatorio idéntico al del *pramantha*; es el productor de la manteca por los mismos medios que el último es el productor del fuego; su nombre onomatopéico le está también adecuado como al *phallos*, pero el de éste procede de una analogía anterior y más importante: era en el concepto del hombre primitivo, el órgano generador que comunicaba la vida: *ber*.

Debió haber en el origen un respeto profundo por la unión de los sexos, y por el acto solemne y misterioso que creaba los seres con la intervención indudable del espíritu. Nuestra sociedad descreída ganaría mucho por cierto, en volver á esta noción de los primeros padres, abandonando las ideas groseras que inspira hoy, á los más, el acto milagroso de la reproducción.

Debe ser, pues, considerado Hermes, bajo dos diferentes aspectos, uno anterior á otro, que dan razón de sus varias cualidades. Fué en un principio: *Ha-er*, como casi todos los dioses, y después *Her-mes*, luz crepuscular, el sol, manifestación del espíritu, en sus estaciones más extremas. Este doble aspecto explicará exactamente, si se sigue bien la asociación de ideas, todos los mitos referentes á Hermes, á medida que los datos científicos aumenten. Mientras tanto, se hace imposible este trabajo, por desconocer los términos paralelos que dieron origen á estos mitos en lenguas perdidas ó no estudiadas.

## ATHENE.

Es *Athênê* el único nombre de gran divinidad que haya sido medianamente interpretado hasta ahora, gracias á la feliz casualidad de encuadrar en el erróneo sistema de Max Muller, para quien no hay más mitos que los luminosos. *Athênê* es diosa de luz, y por eso pudo ser interpretada. Según él, viene este nombre de una raíz *ah*, que ha dado lugar á las formas sanscritas *Ahnyâ* la aurora, y *ahan* y *ahar* el día. Es este el germen de *Athênê*, pues que la *h* sanscrita es exponente neutral de las aspiradas dulces, guturales y labiales como *nah* y *naddha*, *saha* y *sadha*, *hi* imperativo, *dihita* por *Dhita*; *gharma*, calor, se convierte en *thermos*, y la *H* sanscrita es  $\theta$  en griego. El nombre *Athênê* está, pues, bien traído, con arreglo á leyes, del sanscrito, y su carácter general de divinidad luminosa parece bien probado. ¿Quién puede asegurar, sin embargo, que no sea todo esto simple coincidencia, y que la forma *Athênê* no sea más antigua que el sanscrito?

Se sabe ya, á cuántos errores dió lugar el afán de sacarlo todo de esta lengua, como si las otras no tuviesen formas tan antiguas. Pero esta cuestión no implica nada para el resultado, porque es indiferente deducir *Athênê* del *ahan* sanscrito, que después de todo, no es más que un término evolutivo de la onomatopeya del soplo que ha llegado á tener un significado de luz ó día, ó hacerle venir como término paralelo de la misma espiración en su doble forma: *At-ham*, ó *At-hên-ê*. De todos modos *Athênê* sería el espíritu ó soplo animador universal; pero, ó mucho nos engañamos, ó no pudo alcanzar esa significación de luz que se le atribuye con sus homónimos sanscritos, sin haber participado antes de la onomatopeya del calor, que es la

que dió origen á todos los nombres que expresan la idea de luz. Si alguna vez la espiración sola envuelve esta idea, es porque ha estado unida antes á aquella otra, acabando después por perderla ó separarse de ella. Es probable que las formas sanscritas *aham*, *ahnya* fuesen en un principio: *ar-han* y *ar-hanya*. Decimos probable, y debiéramos decir seguro, porque basta comparar estas formas con la otra védica, indudablemente más antigua por ser nombre religioso, *Arjuni*, la verdadera aurora divina.

Estos nombres *arhan* y *ar-hanya*, abandonados al vulgo, y sin la protección y respeto de las cosas santas, se sincoparon en *ahan* y *ahania* ó *ahniá*, mientras que *Arjuni*, nombre de la diosa, permaneció inmutable. ¿Y quién puede dudar de que no fueran al principio formas idénticas? Hay ejemplos en prueba: el eúskaro *ar-guia*, luz, el nombre arcáico de la nave *Argos*, que es indudablemente la luz también, y todos los epítetos luminosos de los dioses, de forma parecida, como el Ἀργηγετης (*Arjegetes*) de Apolo, prueban que esta es la forma primitiva en que se expresó la idea de luz, es decir, con las dos onomatopeyas reunidas. ¿Cómo se ha perdido la primera, la del calor, en las anteriores formas sanscritas?

Por lo que pasa hoy, podemos formar idea de lo que pasó en lo antiguo. Para los armenios, por ejemplo, la *r* y la *l* tienen el sonido dulce y gutural de la *gh*. Al oriente de los avasos, en los países que median hasta el Caspio, se encuentran los *alanos*, que los georgianos llaman *Alman*, y los armenios *Aghuan*. La Albania era antes *Aghoan*; y hasta hay un defecto de pronunciación, bastante general en ciertos pueblos, y en París sobre todo, en que se pronuncia la *r* con el sonido de *g*. El nombre de fuego, *su*, en eúskaro, no puede ser más que la mitad de la palabra *surya*, en un principio, *ha-er-*

*ia*. Los nombres de los dioses nos han probado esto bien.

*Agnes*, el dios fuego del Veda, ha debido ser también indudablemente en el origen, *Ar* ó *Er-han-a*, la misma forma que dió origen al *egun* eúskaro, *día*, y al *ahan* sanscrito. *Er-han* pasa por confusión de sonido, entre la *g* sustituida á la *r*, y la espiración, á las formas *chan* *ahan*, *ahnya* y *Agnes*, con los subfijos. De manera que si *Athênê* procede de estas formas sanscritas, (y si no procede es lo mismo) tendrá siempre un significado de espíritu de luz y de calor, con todas las consecuencias de la analogía. Y decimos, que si no procede es lo mismo, porque lo que hemos dicho de los otros nombres, se puede decir de *Athênê*.

Esta ley, que en el origen es cierta, de la expresión de las ideas de luz y de calor por la onomatopeya *er*, no puede ser exclusiva sin embargo, y es preciso admitir excepciones más modernas, que se explican por la pérdida y olvido de la significación primitiva. No es de extrañar, que se haya aplicado por algunos pueblos el sentido de luz al soplo sólo, después de haberle visto formar parte de nombres que expresaban luz y fuego, ó prescindiendo, por abreviar el vocablo, de aquello que era más esencial sin saberlo ellos, ó tomando sólo la onomatopeya del soplo, creyéndola de significación idéntica á la otra. De este modo se explica que la espiración *am*, *ma*, haya llegado á expresar, en tiempos relativamente más modernos, la idea de luz. El *rhotacismo* ó cambio de la *s* en *r*, que se encuentra en los dialectos latinos, en el antiguo alto alemán, en francés y en otras lenguas, viene también á demostrar que en todos tiempos hubo, por excepción, una tendencia á confundir los sonidos de la *r* con los sibilantes y espirados, y éstos con aquéllos. Pero esto no fué nunca más que excepcional; producto de un

defecto orgánico, primero, y después, de la imitación.

Los sobrenombres ó epítetos de Athênê, como los de los otros dioses, suelen tener explicación en las lenguas nacionales, porque son más modernos y revelan las ideas, que los mismos pueblos en que tenían culto, iban formando de ellos.

*Palas* es nombre, no es epíteto, y por eso no ha tenido verdadera explicación; Πηληγεας no ha podido menos de atravesar estas formas en su evolución; *Ber-ah* ó *Ber-ha-a*, *Bal-ah*, *Pel-as*, *Pal-as*. Una terminación del nombre antiguo que haya coincidido, en algún dialecto perdido, con una desinencia del femenino, produce la transición del género. *Palas*, que en el principio fué dios como Belo, Pardjania y Elo-ah, se transformó en diosa, de ese modo.

Este nombre de *Palas* confirma lo que hemos dicho de la pérdida indudable de la onomatopeya del calor en el de *Athênê*, puesto que es diosa de fuego y de luz. La confusión del nombre turaniano *palas*, espada, con el de la diosa, fué la causa, ya en tiempos muy antiguos, del carácter guerrero que se le atribuyó. Siendo una diosa *espada*, fué natural armarla de punta en blanco para el combate, y llamarla προμαχος y otras cosas. No se olvide que los dioses vienen de muy lejos, y que han atravesado toda la barbarie y todas las civilizaciones turanianas antes de hacer su aparición en Grecia, en Roma ó en la India. Al llegar á estos sitios, venían ya con sus nombres y con los principales rasgos de su carácter, definidos. Por eso no es extraño que se hayan fundido en uno sólo, los dos términos de evolución lingüística, *Palas*, diosa, y *palas* espada, llegando á olvidarse en el seno de otros pueblos la segunda significación, como se había olvidado antes la primera: la de espíritu de calor ó principio de luz.

Saber ahora, si *Palas* es la luna, ó si es la sabiduría;

por qué fué hija de Júpiter y Metis; ó qué representaba en el pensamiento griego, tiene poca importancia. Todo esto es agregación posterior, que cualquiera explicará en adelante fácilmente, porque *Palas*, dado su origen, podía ser ya todo lo que se quisiera; el espíritu universal tuvo siempre mil diferentes manifestaciones.

Athênê es, pues, demasiado importante como divinidad, para sacar su nombre de *Ahanâ*, la ardiente, la quemante, simple epíteto sanscrito de la *Aurora*, que tiene el nombre verdaderamente arcáico de *Arjuni*. La interpretación de Max Muller dejaba, respecto á todo lo que pudiera referirse á la formación y origen del mito, un gran vacío que se llena ahora. La explicación de Schwarz, diciendo que Athênê era el relámpago, no es admisible ya. Cuanto al epíteto que tanto ha dado que pensar: *Tritogencia*: *trito*, es un término de evolución como *Antitrite*, aunque algo raro, de las mismas onomatopeyas que han pasado á estas formas, como las africanas y asiáticas del nombre de cabeza á estas otras: *dur*, *tale*, *tula*, *tri*, *tirri*, *Tritogencia*.

Así, que *Trito-gencia* es la hija del calor, y esto prueba que su culto fué, de muy antiguo, propio de las tribus asiáticas y antecesoras de las africanas en que se observan los mismos términos de evolución lingüística.

Hubo quien intentó demostrar el origen africano de la egida de Athênê, bien ajeno de que pudiera haber existido semejante relación en el principio.

Aristóteles ve en Athênê la diosa de la luz lunar, y tiene razón á juzgar por la lechuza que le era consagrada y por el creciente que figura en algunas medallas de Atenas. Así como Apolo es manifestación del espíritu en el sol, Athênê lo es en la luna. Es una Artemisa resultado de otra evolución. En las lampado

forias de Corinto se celebraba una Athênê Elotis, (Ἐλλοτίς,) que Movers traduce por el fenicio *elloti*, que significa *mi diosa*. Este epíteto *Elotis* confirma plenamente cuanto hemos dicho del carácter onomatopéico de Athênê. *Elloti* ha podido llegar á significar *mi diosa* por equivocación de sentido y olvido de la primitiva significación; pero *Elotis* no pudo menos de ser en un principio, *Ero-ti* ó *Ero-thath*, si atravesó, como es de creer, alguna lengua semítica en que *thath* tiene la significación de altura y grandeza, procedente del abundancial turánico eúskaro *tz-a*, en cuyo caso *Elo-tis* no significó otra cosa que gran calor, es decir, gran espíritu creador ó productor. Con este *thath* hebreo forman paralelo los nombres de cabeza, *testa* y *tête*, lo más alto del cuerpo. Todo es cuestión de asociación de ideas después de hallada la onomatopeya del soplo *at*, *hat*. *Tis* pudiera ser también desinencia femenina.

Los griegos tuvieron el don de fundir con gracia en personas distintas, los grandes atributos del espíritu universal. Sus tipos míticos pueden tener parecido con los de otros pueblos, porque todos tienen el sello del origen común, pero debe abandonarse el sistema de andar á caza de identificaciones, porque la evolución del tipo, bifurcándose muchas veces en las emigraciones de las tribus, produce términos paralelos, pero nunca idénticos.

La derivación intentada por Max Muller, según las leyes fonéticas del griego y del sanscrito, queda destruida desde el momento en que se prueba la coexistencia de una diosa africana con los mismos caracteres principales de Athênê y con nombre parecido. Se inclinan hoy los más á admitir que Athênê tiene un origen libyco inmediato; que es la *Tanit* de Cartago y de Sidon, que los griegos han identificado con su *Gorgo* ó *Medusa*. Se ha observado que el traje con que se repre-

senta á *Palas*, es el mismo que usan todavía en la guerra algunas tribus africanas: una piel de cabra ó leopardo con la cabeza del animal colocada sobre el pecho, como se ve en las estatuas de la diosa, y la antigua *egida* libyca, llevada, en la misma posición que en sus representaciones plásticas, por los habitantes de las orillas del lago *Tshad*. La piel de cabra, listada de franjas de cuero que *Palas* usaba como manto, se encuentra en varios pueblos antiguos: los libyos orientales, (que tenían un dios del mar llamado *Palas* también) los getulos, los maquos y los habitantes de las Islas Baleares y de la Cerdeña. Athênê va vestida como sus adoradores primitivos; y si es esta la evolución del mito, ¿qué tienen que ver con su nombre las reglas fonéticas del griego y del sanscrito?

Max Muller, pues, no ha logrado descifrar á Athênê. Es cierto que en su simplicidad, es el nombre más irreductible de todos, porque sin dejar de ser forma onomatopéica, no se pueden marcar exactamente los grados de su evolución. Pudo haber sido simple espiración, y pudo haber perdido la onomatopeya del calor, como parece indicarlo el epíteto *Palas*.

Es posible, y nos atrevemos á decir, lo más probable, que sea la misma forma de la *Astarté* himiarítica, *Atht-ar*, habiendo cambiado la *r* por la *n*, mudanza natural en algunos pueblos como en los tosquos y en los güegos, por ejemplo, entre quienes la *r* y la *n* se reemplazan. *Atht-ar* pudo ser, pues, *Ath-an*, y *Ath-ênê*. Es indudable que el ser diosa luna, como la himiarítica, y el traer su origen inmediato de sitios próximos, convierte la suposición en certidumbre. De todos modos, su origen onomatopéico es bien seguro, y los griegos han obedecido á la tradición, juntando los dos nombres de *Palas*-Athênê, el soplo y el calor.

Los sobrenombres de Athênê llevan la onomatope-



ya del calor; difícil sería que su nombre no la hubiera tenido en el principio.

En Tegea, era adorada *Athênè-Alca*, cuyo epíteto ha dado bastante que pensar. Algunos de los vasos de Vulci representan á Athênè entre dos ó más guerreros que parecen esperar su oráculo, y esto bastó para que algún comentador hiciese de *Alca* un equivalente del *alea* latino, buscando como siempre un término parecido en cualquier lengua; pero ni la historia, ni las medallas, ni nada, han confirmado tal interpretación. No quedan más que tres medallas de Tegea en las que se ve á Athênè con una figurita al lado ofreciéndole una caja que no se sabe lo que puede contener. *Alca* no pudo ser otra cosa sino *Er-ca* (1).

Otro sobrenombre de Athênè es *Skiras*, bajo el cual se la honraba en varios sitios próximos á Atenas: en el camino de esta ciudad á Eleusis, donde había un lugar llamado *Skiron*; en Phalera, donde había otro *Skiron*, y en la isla de Salamina, en la que había un templo de Athênè-Skiras.

Se la llamaba la diosa de la sombrilla, porque se hacía venir Skiras de *σκιζ*, y se llevaban en efecto, parasoles, á la procesión del Skiroforion. Otros derivaban *Skiras* de *σκιρα*, calcárea blanca muy abundante allí, y decían que Teseo había hecho con esta piedra una estatua de Athênè (2).

Es lo cierto que Salamina se llamaba también Skiros (3); y cuando un nombre sirve para designación de dioses y países, es que es muy antiguo, y debe buscarse su significación fuera de la localidad en que figura.

(1) Término paralelo eúskaro *alea*, el grano.

(2) H. G. Lolling *der Tempel der Athênè Skiras und das Vorgebirge, Skiradion auf Salamis*, T. I, pág. 127; 1877.

(3) Estrabon IX. I. 9.

Bien pudiera ser *Sk-ir-as* una forma de las onomatopeyas, como tantas otras. En fin, *Metis*, (*Μητις*) encerrada en las entrañas de Zeus, que no llega á ser madre de Athênè por haberla guardado aquél en su cerebro, es la primera aparición de la luz, oculta en el espacio, convertida después en sabiduría por afinidad de su raíz con la que tiene el significado de inteligencia; Athênè no hace más que heredar este atributo equivocado de su madre, que es en la teoría órfica la diosa primogénita, la luz.

La fase turaniana de la evolución de Athênè se revela todavía en algunas medallas atenienses, donde, como en la bandera turca y en monedas de Iberia, puede verse el creciente con la estrella al lado.

#### AFRODITE, HEPHÆSTUS, HESTIA.

Los dos grandes rasgos de Afrodite (*Ἀφροδίτη*) son: ser diosa del amor, y haber nacido de la espuma del mar. Este último, sin embargo, es más moderno. En la Iliada, se representa como hija de Júpiter y Dionè, pero los poetas posteriores la han hecho hija de la espuma. ¿Por qué? Es bien sencillo: *ἄφροος*, *Afros*, significa la espuma. La confusión de nombres, como siempre, ha encontrado una relación ficticia entre el nombre ya desconocido de la diosa y la palabra griega, término paralelo de la evolución onomatopéica, significando espuma. Mas ¿por qué *espuma*, puede preguntarse, ha de tener la misma evolución que el nombre de Afrodite? También es muy sencillo: la espuma del mar es el producto de la agitación de las olas, que ya hemos visto, fué comparada en el origen al hervor del agua, y nombrada con la onomatopeya del calor; era natural que la espuma, resultado de la ebullición del agua en la caldera, tuviese el mismo nombre que la del mar. *Afros* ha sido, pues, en un principio, *Ha-*

ya del calor; difícil sería que su nombre no la hubiera tenido en el principio.

En Tegea, era adorada *Athênè-Alca*, cuyo epíteto ha dado bastante que pensar. Algunos de los vasos de Vulci representan á Athênè entre dos ó más guerreros que parecen esperar su oráculo, y esto bastó para que algún comentador hiciese de *Alca* un equivalente del *alea* latino, buscando como siempre un término parecido en cualquier lengua; pero ni la historia, ni las medallas, ni nada, han confirmado tal interpretación. No quedan más que tres medallas de Tegea en las que se ve á Athênè con una figurita al lado ofreciéndole una caja que no se sabe lo que puede contener. *Alca* no pudo ser otra cosa sino *Er-ca* (1).

Otro sobrenombre de Athênè es *Skiras*, bajo el cual se la honraba en varios sitios próximos á Atenas: en el camino de esta ciudad á Eleusis, donde había un lugar llamado *Skiron*; en Phalera, donde había otro *Skiron*, y en la isla de Salamina, en la que había un templo de Athênè-Skiras.

Se la llamaba la diosa de la sombrilla, porque se hacía venir Skiras de *σκιζ*, y se llevaban en efecto, parasoles, á la procesión del Skiroforion. Otros derivaban *Skiras* de *σκιρα*, calcárea blanca muy abundante allí, y decían que Teseo había hecho con esta piedra una estatua de Athênè (2).

Es lo cierto que Salamina se llamaba también Skiros (3); y cuando un nombre sirve para designación de dioses y países, es que es muy antiguo, y debe buscarse su significación fuera de la localidad en que figura.

(1) Término paralelo eúskaro *alea*, el grano.

(2) H. G. Lolling *der Tempel der Athênè Skiras und das Vorgebirge, Skiradion auf Salamis*, T. I, pág. 127; 1877.

(3) Estrabon IX. I. 9.

Bien pudiera ser *Sk-ir-as* una forma de las onomatopeyas, como tantas otras. En fin, *Metis*, (*Μητις*) encerrada en las entrañas de Zeus, que no llega á ser madre de Athênè por haberla guardado aquél en su cerebro, es la primera aparición de la luz, oculta en el espacio, convertida después en sabiduría por afinidad de su raíz con la que tiene el significado de inteligencia; Athênè no hace más que heredar este atributo equivocado de su madre, que es en la teoría órfica la diosa primogénita, la luz.

La fase turaniana de la evolución de Athênè se revela todavía en algunas medallas atenienses, donde, como en la bandera turca y en monedas de Iberia, puede verse el creciente con la estrella al lado.

#### AFRODITE, HEPHÆSTUS, HESTIA.

Los dos grandes rasgos de Afrodite (*Ἀφροδίτη*) son: ser diosa del amor, y haber nacido de la espuma del mar. Este último, sin embargo, es más moderno. En la Iliada, se representa como hija de Júpiter y Dioné, pero los poetas posteriores la han hecho hija de la espuma. ¿Por qué? Es bien sencillo: *ἄφροος*, *Afros*, significa la espuma. La confusión de nombres, como siempre, ha encontrado una relación ficticia entre el nombre ya desconocido de la diosa y la palabra griega, término paralelo de la evolución onomatopéica, significando espuma. Mas ¿por qué *espuma*, puede preguntarse, ha de tener la misma evolución que el nombre de Afrodite? También es muy sencillo: la espuma del mar es el producto de la agitación de las olas, que ya hemos visto, fué comparada en el origen al hervor del agua, y nombrada con la onomatopeya del calor; era natural que la espuma, resultado de la ebullición del agua en la caldera, tuviese el mismo nombre que la del mar. *Afros* ha sido, pues, en un principio, *Ha-*

*bero*, después, *A-bero*, y sincopado *Afros*, hecho parisí-lavo en *os*, según el genio de la lengua griega. Que este es el origen, se prueba con sólo fijarse en estos otros términos, designando ideas deducidas de las ideas de fuego y de vida: *αφλογος*, *aflogos*; sin llama, *αφλευος*, *aflevos*, sin venas, *afloismos*, espuma que viene á la boca, en que la síncope formada con la *l*, no oscurece el significado propio del *ber*; sólo que, en la mayor parte de éstos, la *a* inicial es privativa, y en *Afros*, es reminiscencia de la espiración.

Afrodite es diosa del amor, porque el amor es causa de la generación ó de la producción de los seres. Es un carácter lógico por la asociación de ideas.

Max Muller, que por todas partes ve mitos de la aurora, hace también de Afrodite una personificación de aquélla naciendo de la espuma del mar, sin considerar que es este un mito posterior, y que no debe tenerse en cuenta para la interpretación. Lo único que se desprende de él, es el paralelismo evolutivo de los dos nombres de espuma y Afrodite que, de todos modos, hubiera visto cualquiera que supiese griego, como vió el poeta que intentó explicar el nombre de la diosa, de ese modo. La importancia de la aproximación de esos dos nombres no está precisamente en su parecido, que nada explicaría, porque nunca se llegaría á comprender la analogía que pudiera tener la espuma con la aurora, sino en su evolución paralela, que nos revela el origen primitivo del mito en el hervor del agua. Esto es lo verdaderamente interesante y decisivo; pero es lo que no se hubiera hallado ni apreciado nunca con el método seguido por Max Muller, ni con ninguno de los empleados hasta la publicación de este libro.

¿En qué curso lógico de asociación de ideas, pudo caber, que la espuma del mar fuese la aurora? ¿Y por

qué la aurora habría de ser luégo diosa del amor?

*Afrodite* no tuvo explicación satisfactoria nunca. Todo cuanto se ha dicho de su nombre es un error. *Afrodite* es el calor, principio y causa de la vida universal; pero el calor considerado en su mayor pujanza, en la concentración y concurso de todas sus fuerzas en una sola acción, y no desparramado en diferentes manifestaciones.

Así debe entenderse, en vista de la terminación abundancial que lleva, expresando el conjunto, el *todo*, cuya palabra procede también de ahí; *tot-us*.

La forma primitiva fué: *Ha-bero-thath*; pero, como la lengua griega no puede terminar ningún nombre en otras consonantes, que no sean *n*, *r*, *s*, le amoldó á su carácter, formando el de *Afrodite*. La espiración pudo haberse perdido antes, en la evolución asiática del nombre, ó bien ser la *A* inicial, simple prótasis.

Uno de sus epítetos confirma lo expuesto: por tradición, se llamaba también *Kupro*, y notando los griegos que este nombre se asemejaba al de la isla de Chypre, se supuso que se llamaba así la diosa, por ser esta isla la primera tierra en que había puesto los piés al salir del mar, después que de la espuma se había transformado en mujer. Es la eterna confusión de los nombres produciendo los mitos. Chypre, como otras muchas islas y países, tuvo por nombre las dos onomatopeyas. Debió gustar á los hombres al principio, lo mismo que á los pueblos, ponerse nombres del mejor augurio; así que abundan mucho los de aquella clase, en la antigüedad. Otras veces designaban también de esta manera, el clima del país; y así, el Africa, por ejemplo, fué siempre la tierra del calor. Apenas hay necesidad de interpretar *Ku-pro*: es el *Ha-bero*, nombre constante de los dioses.

*Afrodite* no es sino el espíritu mismo de la creación

por el calor; y en el nombre tradicional *Kupro*, de idéntico significado que Afrodite, puede notarse la diferencia establecida en la forma de un mismo nombre por la evolución. Se conoce que, en una época, en que el significado de *Kupro* no era desconocido aún, se reunió este nombre al de Afrodite, comprendiendo su identidad. Es posible que fuesen dioses de tribus aliadas, que habiendo hecho su evolución á parte, acabaron por fundirse otra vez.

El epíteto *Afrogeia* ha sido posterior al mito de la espuma, y no tiene importancia por lo tanto.

Cuanto más se avanza en este estudio, más claro se va viendo que el origen de los nombres divinos toca siempre al origen del lenguaje, y la investigación que hemos hecho, habrá quitado ya cualquier escrúpulo, que al empezar la lectura de este libro se hubiere apoderado del ánimo, respecto á la verdad de la onomatopeya producida por el hervor del agua. Nuestros lectores habrán visto ir disipándose sus dudas, á medida que los mitos incomprensibles hasta ahora, iban siendo explicados, y no dejarían de sorprenderse con este descubrimiento inesperado de las onomatopeyas primitivas, por cuyo medio tantas cosas se aciertan y se aclaran.

El nombre griego de la espuma del mar, *afros*, confirma, de una manera que no deja lugar á duda alguna, cuanto hemos dicho de la onomatopeya del calor, sobre todo, si se recuerdan al mismo tiempo, todas las otras pruebas, y principalmente los mitos de Dionysos hervido, de Viracocha en el Perú, y la caldera del trípode, convertido en símbolo hierático.

Si los griegos hubieran sabido esto último, es bien seguro que, en lugar de hacer salir á Afrodite de la espuma del mar, la hubieran hecho surgir de las burbujas de la caldera hirviendo.

Por último, el ser diosa en vez de dios, *Afrodite*, no significa nada; pues hemos visto con qué facilidad pueden cambiar de sexo los dioses: basta un subfijo mal entendido para ello. *Afrodite* convertida en mujer, debía tener esposo, y se eligió entre los dioses aquel que mejor podía convenir con su carácter de calor intenso: ¿con quién casarla, sino con *Hephastos*, el fuego mismo? *Hephastos*, nace delicado y cojo, como la llama, antes de tomar cuerpo en el combustible; su madre *Juno*, el soplo, el aire, le arroja, al verlo así, á la tierra desde el cielo, y esta caída del desprecio hace la felicidad del género humano, que pudo en lo sucesivo tener un dios visible y bienhechor en su hogar, porque es indudable que *Hestia*, el fuego doméstico, no es más que otra forma de este nombre.

Se ha supuesto que *Hephastos* es la forma griega de un epíteto de *Agni*; es el error de siempre, confundiendo formas paralelas de evolución, con derivados.

La forma primitiva de *Hephastos* no pudo menos de ser *He-ber-a*, lo mismo que la de *Hestia*, *Ha-er-ia*, que dieron lugar también á las formas germánicas *Herta* y *Thor*, con una *t* de enlace en la primera, y una inicial eufónica en la segunda. Por eso el martillo célebre de *Thor* no puede compararse más que al martillo de *Hephastos*, trabajando en sus fraguas ó islas volcánicas de *Lipara*, *Hiera* ó *Imbros*, sitios del fuego, que guardan, como no podían menos, las onomatopeyas. El tránsito de las antiguas formas á *Hephastus*, se explica bien: *He-ber-a* pasa á *He-pher-a*, normalmente, y esta última á *He-phas-a*, porque la *r* y la *s* se confunden entre dos vocales, como en *ganasa*, *generis*, *γενεος*; pero la *s*, en griego, desaparecería entre dos vocales, si no se interpusiera una letra de enlace formando *He-phas-t-os*. Con *Hestia* sucedió lo mismo. La *s*, sustituyendo la *r*, no debía suprimirse porque era la

raíz de la palabra. Y lo que confirma evidentemente, no sólo cuanto acabamos de decir, sino toda la teoría basada en el origen cierto de la onomatopeya del hervor, es que los romanos llamaban *æstus*, el hervor del mar, ó la ebullición rumorosa de las olas, y los teutones, *brim* ó torbellino, por su parecido con la agitación del agua hirviendo. Esta analogía entre las ampollas y burbujas de la caldera al fuego, y las olas encrespadas por el viento, fué cogida exactamente desde un principio, y la palabra sanscrita *brahm*, hacer remolinos, agitarse el agua, en que tanto resalta la onomatopeya del hervor, es buena prueba de ello. No podemos juzgar más que por analogía, lo que habrá pasado en ciertos dialectos perdidos, anteriores al griego y al latín, pero es indudable que el nombre latino *æstus*, el hervor del mar, fué *ært-us* en su origen; y así como se dijo *erò* por *esjo*, se había dicho anteriormente Hestia por Hertia y Hephæstos por *He-ber-tos*.

*Erechtheos* ó *Erechthonius*, el hijo de Hephæstos, á quien se dedicó el magnífico *Erechtheum* del Acrópolis, conservó la forma primitiva mejor que su padre: *Erechth-cos*, el soplo y el calor, como siempre, personificados en diferentes tipos, antepuesta ó pospuesta la espiración, acompañada de eufónicas, desinencias ó subfijos.

Afrodite, considerada como el principio femenino de la generación por el calor, es la esposa que convenía á Hephæstus, el fuego, manifestación viva del Dios animador. Afrodite, Hestia y Hephæstos, son, pues, desde el origen, representaciones del calor, del fuego y del espíritu.

## PELOPE.

La raza maldita de los pelopidas marca bien la descendencia directa del *Bero*.

*Pelops*, (*Bero*ps), el nieto de Zeus, el espíritu divino manifestándose en el hervor de la caldera primitiva, sufre en Grecia, la evolución antropomórfica, como todas las representaciones de lo divino, y se le atribuyen las aventuras y desventuras de una raza heroica que llegó á creerse, por un parecido de nombre, descendiente del *Bero* tradicional, convertido en héroe semidivino llamado *Pelops*. Es, pues, preciso distinguir en este mito, el elemento arcáico, del elemento griego. La tradición primitiva, oscurecida y desfigurada ya, pero relativamente arcáica, debió ser esta: *Bero* ó *Pelo-ps*, desinencia ó espiración esta última, resto de un dialecto antiquísimo cualquiera, fué un hombre de familia divina, hijo ó nieto de un dios, de Zeus, el padre de los dioses, (olvidada ya la primitiva significación del *Bero*). Este célebre é importante personaje debió ser hijo de un rey que á su vez, fuese hijo de Júpiter, Tántalo, mito original de la luz, y una de las mil formas ó variantes del nombre del soplo creador: *Tan-talo*, *Tan-t-ero*. Tántalo sufrió la condena que todos saben, por haber robado á *Rhea*, (su antigüedad está bien marcada en esto), un perro de oro, que había colocado ella junto á Zeus, niño aun, y su nodriza.

¿Cómo Tántalo podía ser hijo de Júpiter, habiéndole robado el perro de oro que guardaba en su infancia? Es una de las grandes inconsecuencias de los mitos secundarios, forjados por gentes que ya no entienden su mitología. Este perro de oro es el Sarameya ó la perra de la india, la aurora. Tántalo, después de haber sido una forma del espíritu creador, se convierte como todas, en época posterior, en un mito de luz indicando una de las estaciones del sol, que disuelve los reflejos dorados, último matiz del crepúsculo matutino. Tántalo, personificado, pasó á ser

en Grecia un rey de *Frigia*, de *Argos*, de Lidia ó de Corinto; esto era igual; un rey, conservando, sin embargo, su origen divino. *Bero*, el hervor, era supuesto por las tribus que legaron el mito á la Grecia, producido por el espíritu de vida, que ellos conocían con el nombre heredado, pero ya confuso de *Tan-t-er*; y *Bero*, pronunciado *Pelops*, debía ser para ellos un ser hervido en una caldera, idea sobresaliente del gran suceso primitivo que nunca se olvidaba, por más que se confundiesen los accesorios.

Como se atribuyera la causa del fenómeno al espíritu universal, y el hervor se reputase hijo del calor y del espíritu por las generaciones anteriores, *Pelops*, una vez hecha la personificación, debió seguir siendo hijo de *Tántalo*, personificado también en un rey. La lógica popular no se detuvo aquí: si *Pelops* fué hervido en una caldera, fué hervido por su padre; pero para hervir á un hombre en una caldera es preciso partirle en trozos; no cabría sino; luego *Tántalo* hizo pedazos á su hijo *Pelops* y le hirvió en una caldera. Las consecuencias, admitida como no puede menos de admitirse la personificación, son ineludibles. Pero el pensamiento sigue trabajando; es preciso en esto como en todo, apurar el *ergo*: ¿Qué causa habrá tenido *Tántalo* para hacer una atrocidad como esa? Es la pregunta que se hace en seguida la razón. Pero esta pregunta ya no podía contestarse satisfactoriamente; lo único que se ocurrió, fué, que *Tántalo* había querido probar de esa manera, si los dioses podían ser engañados como los hombres. Se recordó su origen divino y que podía convidarlos á un banquete. Como era natural, todos descubrieron la impostura y el crimen; nadie tocó las tajadas de *Pelops*, más que la pobre *Ceres*, tan disgustada con la pérdida de su hija, que sin echarlo de ver, se comió un hombro. Los dioses dieron orden

á *Hermes*, de poner otra vez en un caldero los miembros de *Pelops* para volverle á la vida.

Vuelve aquí la idea tan admitida en todo el mundo antiguo, de que el agua hirviendo puede dar la vida; no encuentran los mismos dioses otro medio para resucitar á *Pelops* que ponerlo otra vez á la acción del calor en la caldera.

Se creía que *Tántalo*, más bien había sido castigado por haber descubierto un gran secreto de los dioses, que por este crimen. Bien podía ser *Tántalo* también, un nombre tradicional, y haberse confundido con el del hombre que primero hizo notar el hervor del agua, en cuyo caso sería *Tántalo* una especie de *Prometeo*, habiendo robado el calor mismo, así como el otro había robado el fuego.

No se pierda de vista, ni por un momento, que hablamos refiriéndonos á edades en que el nivel intelectual, por más que la razón estuviese desenvuelta ya, era semejante al que puede tener un niño ó un salvaje. De este modo únicamente, pueden comprenderse como ciertos, los fundamentos, á la manera de ver actual, desatinados, en que descansan los mitos.

Nosotros reputaríamos falso nuestro sistema de interpretación el día en que más lógicamente se pudiera interpretar el mito de *Pelops*.

¿No sería él solo, á falta de la otra infinidad de datos, prueba casi suficiente, del descubrimiento de la onomatopeya del calor?

#### CEPHALO Y PROCRIS.

No puede uno menos de sonreír, al ver los esfuerzos de ingenio y de erudición hechos por Max Muller para explicar ciertos mitos, faltándole esta clave: en el de *Céfalo* y *Procris*, que es el que mejor presenta, llega casi á la verosimilitud por la circunstancia de

ser, en su evolución griega, un mito secundario, producto ya de la confusión de los términos divinos y vulgares (1).

Céfalo (Kephalos), ama á *Prokris*, pero es amado á su vez por *Eos*, la aurora, cosa que no tiene nada de particular, siendo *Kephalos* el sol. *Eos* le aconseja, para poner á prueba la fidelidad de *Prokris*, que se transforme ó disfrace de extranjero y vaya á ofrecer ricos presentes á su mujer, que ofuscada por las brillantes joyas, está á punto de dejarse seducir, cuando su marido se declara, y ella, avergonzada, huye á Creta, donde Artemisa le regala un perro y un venablo que nunca erraba el tiro. *Kephalos*, teniendo noticia de estos encantados avíos de caza, ofrece su amor á la joven poseedora, si se los da. *Prokris*, entonces, se descubre y hacen las paces. *Kephalos* cazando un día nota movimiento entre el follaje del bosque; cree que es una fiera, dispara el venablo, y mata á *Prokris*.

Max Muller prescinde de toda la primera parte del mito, sin duda por no haber podido reducirla ó hacerla encuadrar en su interpretación. Esta dificultad probaría por sí sola, que el mito se compone de dos partes, una más arcaica que la otra, si los nombres mismos no lo demostrasen. *Kephalos*, no significa más, para Max Muller, que *cabeza*; y supone que los griegos, al ver salir el sol sobre el monte Himeto, se les figuraba ver asomar una cabeza. Hemos visto ya, que los semitas, lo mismo que los aryas, llamaban en ocasiones, al sol, *rostro de Dios*; «rostro de Aditi» «rostro de los dioses» se lee en los Vedas; pero nunca *cabeza*, que ofrecería un relieve que no tiene el sol.

*Kephalos*, sin embargo, ha podido llegar á ser el sol, en el segundo período de los mitos luminosos, lo mis-

(1) *Essais sus la Mithologie comparée*, pág. 113.

mo que los términos paralelos de evolución, *Surya*, *Osiris*, *Helios* ó *Belo*. *Kephalos* es el término divino *Ha-ber*, *Ka-bel* ó *Ka-phal-os*, paralelo al griego vulgar *Kephale*, cabeza, como hemos visto ya. Fué en un principio el espíritu creador, y por eso conserva un puesto en la mitología. Si *Kephalos* es el dios calor ó fuego, su mujer *Prokris* ó *Procne* no pudo ser la *gota de rocío*, como quiere Max Muller, á no ser en el último período de su evolución helénica, después de confundida con el término griego *πρωξ προκως*, una gota de rocío. Esta relación del rocío con el sol es una idea poética de los griegos, que no podía ocurrirse á los hombres primitivos, y que fué consecuencia de la confusión de los términos anteriormente existentes. Sólo así se concibe la creación del mito griego; porque sinó, la pequeñez é insignificancia de una gota de rocío no merecía la pena, por cierto, de hacer de ella una diosa.

*Prokris*, esposa de *Kephalos*, es la creación: *Bero-j-ne Procne*, ó *Bero-ja-er-is*, contraído *Pro-kris*, y no puede ser otra cosa. *Kephalos*, el espíritu creador, la ama como es natural. Este es el origen del mito. Céfalo y *Prokris* eran una misma cosa; á todo más, principios masculino y femenino, poco después. La evolución los separó en seguida, para volver á juntarlos cuando todavía se pudo averiguar que eran idénticos, salvo la diferencia de sexos. Pero el nombre de *Kephalos* estaba disfrazado ya por una corriente evolutiva más rápida, y no era extraño que *Prokris* no le conociera, aunque se le presentase con todo el brillo y riqueza de la luz solar. Esta aproximación de los dos términos paralelos, masculino y femenino, y su reconocimiento por la igualdad original de caracteres, después de una larga separación, produjo el mito arcaico. Lo que sigue después, lo antropomórfico, la huida á

Creta, la confusión con *procos* ó gota de rocío y la muerte de ésta, absorbida por los rayos del sol, es enteramente griego, y es lo que Max Muller ha logrado descifrar, sin sospechar, no obstante, el verdadero origen del mito.

Creemos que bastará lo dicho para convencer á todos, de que es preciso venir á colocarse en nuestro punto de vista, si se ha de conseguir, de ahora en adelante, una exacta y verdadera interpretación de todos los mitos.

#### NOMBRES DE LA TEOGONÍA ÓRFICA.

Hemos seguido hasta aquí la teogonía de Hesiodo; la órfica discrepa un poco en el período caótico, aunque sus rasgos esenciales son los mismos: de Kronos y de Rhea nacen Júpiter y sus hermanos; se repite la historia de Zeus, niño salvado y oculto, y de la piedra tragada por Kronos. Zeus se oculta en la caverna de Nix, la noche, el hemisferio infernal, residencia de *Phanés*, el soplo, el viento, el más antiguo espíritu, identificado con *Metis* y con Dionyso, el sol, hundiéndose también en la oscuridad y en el mar. Esta última identificación ha sido encontrada en un verso, citado por Diodoro (1), como de Orfeo. Zeus crece, engaña á su padre, le embriaga con *matza*, que no es *miel*, como se ha supuesto, sino el jugo de la uva, lo mismo que hizo *Can* con *Noé*; sólo que Zeus, sorprendiéndole en el sueño, le encadena y le castra, horror con el cual la raza semita, más moral, no pudo transigir. Apoderándose del poder, traga y absorbe en sí mismo á *Phanés* con todos los elementos pre-existentes, y entonces engendra de nuevo el mundo

(1) *Diodoro*, t. xi.

con su propia esencia y conforme á sus propias ideas. Esta *kataphosis* de *Phanés* por Zeus, es lo notable de la teogonía órfica, porque revela una revolución radical, que indica un cambio completo de teología en un pueblo primitivo, bastante civilizado ya. La operación hecha á *Phanés* por Zeus, apenas puede explicarse más que por un odio fanático de una religión á otra; aunque fuese natural, en el sentido simbólico, arrancarle con el poder el emblema de la reproducción y de la fecundidad.

De esta absorción se dice que proviene á Zeus el epíteto de *αρχη*. No lo creemos; porque este como el de *Herkeyos*, sólo significan en él, espíritu ó soplo creador lo mismo que el de *Zagreus* aplicado á Dionyso.

*Zagreus* representa un gran papel en la teogonía órfica; es el «niño cornudo» hijo de Zeus y Persephone, el niño mimado que se sienta en el trono á la derecha de su padre, destinado á heredar la autoridad y á lanzar el rayo, vigilado y guardado por Apolo y los *kyrotes*, (*ha er?*). *Hèrè*, celosa, excita contra él á los Titanes que le atraviesan con una espada mientras se ocupa en mirarse al espejo. En seguida le descuartizan, y cuecen en una caldera, llevando Athénè el corazón, única cosa que pudo recoger, á Zeus. Apolo recoge los restos, vuelve á quemarlos, y dando el corazón á Semele, *Zagreus* es engendrado de nuevo por ella bajo la forma de Dionyso.

Sabiendo que Dionyso es el sol poniente, la fábula se comprende bastante bien. El espejo en que se mira *Zagreus*, es el mar, en el que se va á hundir; los Titanes son los genios sombríos de la noche; las olas del mar figuran la caldera hirviendo, por la tradicional aproximación que se hacía entre ellas y el hervor; *Zagreus* es *Ha-bre-us*, que pasa á aquella forma, como *verde* á pasado á *green*; *Semele*, *Hem-ere*, es la fuerza



Creta, la confusión con *procos* ó gota de rocío y la muerte de ésta, absorbida por los rayos del sol, es enteramente griego, y es lo que Max Muller ha logrado descifrar, sin sospechar, no obstante, el verdadero origen del mito.

Creemos que bastará lo dicho para convencer á todos, de que es preciso venir á colocarse en nuestro punto de vista, si se ha de conseguir, de ahora en adelante, una exacta y verdadera interpretación de todos los mitos.

#### NOMBRES DE LA TEOGONÍA ÓRFICA.

Hemos seguido hasta aquí la teogonía de Hesiodo; la órfica discrepa un poco en el período caótico, aunque sus rasgos esenciales son los mismos: de Kronos y de Rhea nacen Júpiter y sus hermanos; se repite la historia de Zeus, niño salvado y oculto, y de la piedra tragada por Kronos. Zeus se oculta en la caverna de Nix, la noche, el hemisferio infernal, residencia de *Phanés*, el soplo, el viento, el más antiguo espíritu, identificado con *Metis* y con Dionyso, el sol, hundiéndose también en la oscuridad y en el mar. Esta última identificación ha sido encontrada en un verso, citado por Diodoro (1), como de Orfeo. Zeus crece, engaña á su padre, le embriaga con *matza*, que no es *miel*, como se ha supuesto, sino el jugo de la uva, lo mismo que hizo *Can* con *Noé*; sólo que Zeus, sorprendiéndole en el sueño, le encadena y le castra, horror con el cual la raza semita, más moral, no pudo transigir. Apoderándose del poder, traga y absorbe en sí mismo á *Phanés* con todos los elementos pre-existentes, y entonces engendra de nuevo el mundo

(1) *Diodoro*, t. xi.

con su propia esencia y conforme á sus propias ideas. Esta *kataphosis* de *Phanés* por Zeus, es lo notable de la teogonía órfica, porque revela una revolución radical, que indica un cambio completo de teología en un pueblo primitivo, bastante civilizado ya. La operación hecha á *Phanés* por Zeus, apenas puede explicarse más que por un odio fanático de una religión á otra; aunque fuese natural, en el sentido simbólico, arrancarle con el poder el emblema de la reproducción y de la fecundidad.

De esta absorción se dice que proviene á Zeus el epíteto de *αρχη*. No lo creemos; porque este como el de *Herkeyos*, sólo significan en él, espíritu ó soplo creador lo mismo que el de *Zagreus* aplicado á Dionyso.

*Zagreus* representa un gran papel en la teogonía órfica; es el «niño cornudo» hijo de Zeus y Persephone, el niño mimado que se sienta en el trono á la derecha de su padre, destinado á heredar la autoridad y á lanzar el rayo, vigilado y guardado por Apolo y los *kyrotes*, (*ha er?*), *Hèrè*, celosa, excita contra él á los Titanes que le atraviesan con una espada mientras se ocupa en mirarse al espejo. En seguida le descuartizan, y cuecen en una caldera, llevando Athénè el corazón, única cosa que pudo recoger, á Zeus. Apolo recoge los restos, vuelve á quemarlos, y dando el corazón á Semele, *Zagreus* es engendrado de nuevo por ella bajo la forma de Dionyso.

Sabiendo que Dionyso es el sol poniente, la fábula se comprende bastante bien. El espejo en que se mira *Zagreus*, es el mar, en el que se va á hundir; los Titanes son los genios sombríos de la noche; las olas del mar figuran la caldera hirviendo, por la tradicional aproximación que se hacía entre ellas y el hervor; *Zagreus* es *Ha-bre-us*, que pasa á aquella forma, como *verde* á pasado á *green*; *Semele*, *Hem-ere*, es la fuerza

creadora que engendra todas las formas divinas, iguales á ella misma; y Apolo le vuelve á quemar, porque se suponía que el fuego y el calor eran el único origen de la vida, y que un ser muerto, sólo por el calor podía resucitar.

El carnero viejo que Medea descuartiza en casa de *Pelias*, y que hervido en la caldera se convierte en robusto cordero, es el sol poniente y débil, y supuesto viejo después de su carrera, rejuvenecido en el mar. Es la misma fábula, expuesta de otro modo, á que se refiere Esquilo, según el cual, Medea había descuartizado á los antiguos compañeros de Dionyso, y después de haberlos hecho hervir en una caldera los había rejuvenecido. Siempre la misma idea: el mar considerado como caldera hirviente, y el sol rejuvenecido ó recobrando nuevas fuerzas en su paso por el mar. Medea es la luz. Los compañeros de Dionyso son las fuerzas solares.

*Phanes* ó *Metis*, el dios primogénito, salido el primero, del huevo del mundo, es llamado en los órficos también, *Herika-paeos*, (*Ha-er-ba*). Es probablemente el *Brotos* de Hesiodo, que se ha entendido hasta ahora, por el primer hombre.

Del Caos salieron *Erebos* y *Nix*. Ahora, se puede ya decir con seguridad lo que fué *Erebos*: el día, el sol, el espíritu y la luz de la creación, opuesto á la noche.

A qué más; hasta los nombres secundarios llevan consigo las onomatopeyas: *Eter*, *Hemera*, *Erynnis*, *Kerzero*, la ninfa *Britomartis*, *Branco*, el hijo de Apolo, *Frixo*, su mujer *Nephele* y su hija *Hele*, y muchos otros.

En vista de tales coincidencias y adecuaciones, no es posible dejar de convenir en que, la primitiva tradición del hervor forma, por una larga asociación de ideas, toda la trama de la mitología griega.

## DIOSES ETRUSCOS, LATINOS

Y SABINOS.

TINA, CUPRA, TAGÉS.

El origen de la civilización etrusca es uno de esos logogrifos que no se han podido resolver aún. Tiene algo de todas las civilizaciones antiguas, y se relaciona por diferentes rasgos, al Egipto, á la Persia, á la Asiria y á la Grecia. Los ornamentos encontrados en la tumba de un sacerdote son asirios y egipcios á la vez; es decir, proceden de una cultura, probablemente anterior á las dos. Estrabón había notado ya la semejanza entre las figuras que cubrían las paredes de los templos tyrrénios y las de los egipcios. Otfried Muller señala también los vasos de cabeza humana, canopes, el escarabajo sagrado, la flor de loto, etc., en objetos de bronce, etruscos; pero, lo más significativo son esas dos estatuas de la colección Campana, que si hacen pensar en la Persia por sus trajes, parecen tártaras por los rasgos de su fisonomía, y sobre todo, por la inclinación y forma de los ojos.

¿No indicará esto el verdadero origen etrusco en una civilización turaniana, anterior á todas las históricas de los imperios antiguos?

Y si ello es así, cómo parece, ya no es extraño que

creadora que engendra todas las formas divinas, iguales á ella misma; y Apolo le vuelve á quemar, porque se suponía que el fuego y el calor eran el único origen de la vida, y que un ser muerto, sólo por el calor podía resucitar.

El carnero viejo que Medea descuartiza en casa de *Polias*, y que hervido en la caldera se convierte en robusto cordero, es el sol poniente y débil, y supuesto viejo después de su carrera, rejuvenecido en el mar. Es la misma fábula, expuesta de otro modo, á que se refiere Esquilo, según el cual, Medea había descuartizado á los antiguos compañeros de Dionyso, y después de haberlos hecho hervir en una caldera los había rejuvenecido. Siempre la misma idea: el mar considerado como caldera hirviente, y el sol rejuvenecido ó recobrando nuevas fuerzas en su paso por el mar. Medea es la luz. Los compañeros de Dionyso son las fuerzas solares.

*Phanes* ó *Metis*, el dios primogénito, salido el primero, del huevo del mundo, es llamado en los órficos también, *Herika-paeos*, (*Ha-er-ba*). Es probablemente el *Brotos* de Hesiodo, que se ha entendido hasta ahora, por el primer hombre.

Del Caos salieron *Erebos* y *Nix*. Ahora, se puede ya decir con seguridad lo que fué *Erebos*: el día, el sol, el espíritu y la luz de la creación, opuesto á la noche.

A qué más; hasta los nombres secundarios llevan consigo las onomatopeyas: *Eter*, *Hemera*, *Erynnis*, *Kerzero*, la ninfa *Britomartis*, *Branco*, el hijo de Apolo, *Frixo*, su mujer *Nephele* y su hija *Hele*, y muchos otros.

En vista de tales coincidencias y adecuaciones, no es posible dejar de convenir en que, la primitiva tradición del hervor forma, por una larga asociación de ideas, toda la trama de la mitología griega.

## DIOSES ETRUSCOS, LATINOS

Y SABINOS.

TINA, CUPRA, TAGÉS.

El origen de la civilización etrusca es uno de esos logogrifos que no se han podido resolver aún. Tiene algo de todas las civilizaciones antiguas, y se relaciona por diferentes rasgos, al Egipto, á la Persia, á la Asiria y á la Grecia. Los ornamentos encontrados en la tumba de un sacerdote son asirios y egipcios á la vez; es decir, proceden de una cultura, probablemente anterior á las dos. Estrabón había notado ya la semejanza entre las figuras que cubrían las paredes de los templos tyrrénios y las de los egipcios. Otfried Muller señala también los vasos de cabeza humana, canopes, el escarabajo sagrado, la flor de loto, etc., en objetos de bronce, etruscos; pero, lo más significativo son esas dos estatuas de la colección Campana, que si hacen pensar en la Persia por sus trajes, parecen tártaras por los rasgos de su fisonomía, y sobre todo, por la inclinación y forma de los ojos.

¿No indicará esto el verdadero origen etrusco en una civilización turaniana, anterior á todas las históricas de los imperios antiguos?

Y si ello es así, cómo parece, ya no es extraño que

su dios *Suma-nus* sea equivalente al *Juma* samoyedo, y *Tina*, el Dios supremo, una variante del *Tien* chino.

Los romanos, que tanto tomaron de los etruscos, no admitieron sus dos grandes dioses *Tina* y *Cupra*. *Tina* es la espiración con la *T* eufónica; era, como no podía menos, el alma del mundo y la causa de las causas. El nombre de *Cupra* no desmiente tampoco su carácter de gran divinidad, pues perfectamente clara conserva la contracción del nombre divino: *Ha* ó *Ka-ber*; por más que se le haya buscado una significación en la lengua sábita: *Cupra*, la buena; pero ya sabemos la causa de estas coincidencias.

*Cupra* es la *Juno* etrusca.

Dos dioses, parecidos á *Baco* y á *Vulcano*, llevaban los nombres *Phuphlun* ó *Fufum*, y *Sethlan*. La espiración ó soplo está bien marcada en el primero, como en algunos dioses americanos y oceánicos.

*Sumanus*, (*Juma-nus*), que llegó á verse instalado en el Capitolio, lanzaba el rayo. Es en nuestro concepto el *Juma* samoyedo en nombre y atributos. El *Therme* ó *Turmis* de los vasos es comparado á *Hermes*, al cual se parece en efecto, por su forma: *Th-ermes*. Por fin *Tágés*, el niño sabio que se aparece al abrir el surco de la siembra, y del que se hizo un revelador misterioso andando el tiempo, sólo fué en el origen, lo mismo que el *Oamés* de Babilonia, una de tantas formas de la espiración.

VENUS.

«Por espacio de ciento setenta años, dice Creuzer en su *Simbólica*, sirvieron los romanos á los dioses de sus abuelos sin necesidad de imágenes; y cuando hubieron tomado puesto los ídolos en las capillas sagradas, el culto de la gran *Vesta* perpetuó la memoria de la sencillez primitiva.»

Es, en efecto, el *Lacio*, uno de los sitios del mundo, donde mejor se conservó la tradición primitiva. Sus dioses llevan todos el sello del soplo y del calor en el más patente relieve.

Una curiosísima costumbre en Roma, durante la ceremonia nupcial, marca perfectamente el sello del origen. Colocábase ante los nuevos esposos un *brasero de carbones encendidos* y una *vasija de agua*, como homenaje, se decía, á los dos elementos que reproducen y perpetúan la vida. ¿Qué era esto sino un recuerdo del hervor del agua? Un episodio enlazado al gran suceso que había conmovido é impresionado tanto á los primeros padres, y que fuera el origen de la religión, del lenguaje y de la cultura social.

Representar aquella escena durante el casamiento, era el medio de no olvidarla nunca; de traer á los dioses mismos por testigos; de hacer á los esposos pensar en lo solemne y sagrado de la reproducción. Así y todo, los tiempos pasaron, y el verdadero significado de la ceremonia se olvidó.

Se veía en ella simplemente, uno de tantos ritos como tienen las religiones y nada más. ¡Qué lejos estarían los jóvenes novios romanos de apreciar y comprender lo antiguo y transcendental de aquella costumbre religiosa!

*Vesta*, que hemos dicho, fué *Ber-ta*, *Februo*, el dios de la muerte, *Sorano*, identificado á *Apolo*, *Palas* (*Bar-Pal-as*) la diosa de los pastores, *Sumano*, la luz de fuego (el rayo), *Jano* el dios de los dioses, *Faunos* y *Silvanos* (*Filvanos*, *fa-er-van-us*) tienen todos en sus nombres y atributos un carácter primitivo de lo más saliente. Algunos epítetos revelan también, la tradición directa del origen: el sobrenombre de *Marte*, *Cypro*, de que hemos hecho mención, y los de *Murcia* ó *Mirtea* y *Calva*, de *Venus*. La etimología de estos dos

últimos ha sido diversamente explicada sin éxito, como todas. Mirtia, ha sido *Ma-er-tia* ó *Ma-er-tia*; pero Calva tiene una importancia sin igual. Recuérdese que en la lista de términos onomatopéicos, marcando la evolución de los nombres que expresan la idea de *cabeza*, la forma latina es *calva*; de *ha-ber*, *ja-bel*, *ka-bel* (de donde viene el término detenido en ésta, *cabello*, *capillus*), *ka-bel*, pasa á *calv-a*, por síncope y metátesis. Calva es, pues, un término de evolución, en latín, del nombre de la divinidad, al mismo tiempo que de la palabra *cabeza*. Este nombre atribuido á Venus es muy significativo, porque indica, lo mismo que el de *Mirtia*, una participación original de los caracteres propios de la onomatopeya del calor en esta divinidad, que habíamos supuesto, al principio, una forma del soplo solamente. Sin embargo, sus atributos tan semejantes á los de *Afrodite* (*Bero-dit*, con la prótasis), dejan pensar que Venus haya podido ser *Ber-us*. Este paso de la *v* á la *n* es normal en los idiomas indo-europeos. La lengua griega ha sacado *ὄδος* (*udor*), de una forma anterior, de la misma que el sanscrito ha hecho su término *údan*, ¿por qué los latinos no habrían de hacer Venus de *Ber-us*? En este caso todos los atributos y mitos de *Venus* se explicarían mejor.

A Venus, la diosa del amor y de la reproducción de los seres, la conviene más la onomatopeya del calor que la del soplo, aunque esta última lleve consigo también, el sentido de vida universal.

Es cosa digna de admiración ver que estos nombres, tan separados hasta ahora, de Venus y Aphrodita, y tan diferentes en la apariencia, se identifican lo mismo que sus atributos. Lo antiguo y directo de la tradición latina, se manifiesta admirablemente en el hecho de conservar el recuerdo, ó mejor dicho reminiscencia, del carácter divino de este nombre. La aplica-

ción á Venus, del epíteto *Calva* fué acertada, por ser la divinidad que, con más amplitud, representaba el poder generador y fecundante de la naturaleza.

#### JANUS Y SATURNO.

De *Jan-us*, forma primitiva por excelencia, salen la mayor parte de las otras formas del soplo; entre los fenicios, *Joun* correspondía á *Baal*; en lengua gaélica quiere decir, Señor, Dios, causa primera; los escandinavos llaman *Jon* al sol, y los troyanos le adoraban con el nombre de *Jona*. Todavía en Persia, el sol es *Javnaha*, y *jannan* quiere decir cabeza (1). *Jan*, *Fon*, *Jona*, *Jain*, *Jaungoicoa*, todos parten de la primitiva espiración, y Jano nos conserva en el Lacio su forma natural y más antigua.

Dice Ampère, que si Saturno es el gran dios de los latinos, Jano es el gran dios de los sabinos. Jano y Saturno van casi siempre juntos. Macrobio, Ovidio, Servio, dicen que Jano precedió á Saturno en Italia, y debe ser cierto, porque pasó siempre por el más antiguo de los dioses indígenas, á causa sin duda, de la antigüedad de los sabinos, el pueblo de Jano, llamado por Estrabon un pueblo muy antiguo. Jano representa el origen, el principio. «Yo soy una cosa antigua» hace decir Ovidio al dios sabino.

Esta idea de la alta antigüedad de Jano, confirma lo que hemos dicho de los dioses del soplo. ¿Cómo, sinó, considerarlo antiguo, al lado de Saturno?

El parecido de su nombre con el de puerta, en latín, hizo de él un dios portero. Janus debía aguardar la *janua*; y por eso se le representa con una llave en la mano. Ampère supone que *janua*, la puerta, se llamó

(1) Pictet. *Le culte des cabires en Irlande.*

así de *Janus*, pero fué al contrario; sería una asociación de ideas absurda, incomprendible, falta de lógica, poner á una puerta el nombre de dios. Lo que se ve siempre, y por todas partes, es lo que ha pasado en este caso: la creación del mito por la relación existente entre el término vulgar de evolución y el nombre del dios. La puerta, la entrada de la gruta ó caverna prehistórica es una boca, y debe llamarse como ella en el origen del lenguaje. Por la boca sale el álito y la respiración; era justo llamarla *jan-a*, *janua*, ó *at*, *ate*, como en eúskaro, con formas de la espiración. Olvidados después los dos orígenes onomatopéicos de los nombres de dios y de puerta, y al verlos tan iguales, se establece la relación y surge el mito. ¿Qué relación podía tener *Janus* con *janua*? La de ser guarda de la puerta, protector de la entrada y de la familia que habitaba dentro. Es una cosa clara como la luz; todavía se dice hoy, la boca de la caverna ó de la cueva. *Mouth* inglés, *mund* alemán, vienen de *am-at*, otras formas de la espiración: el latín *porta*, de *ab-er-at* (*aperire*) (*abertura*): las dos onomatopeyas del soplo y del calor, designando *boca*, por donde sale el soplo de la vida. ¡Y qué cosa tan singular! *Jano*, el dios del Janículo, tan próximo al Vaticano, donde está la tumba de San Pedro representado con las llaves de las puertas del cielo, era también un portero celeste: «*Celestis janitor aulae*» como dice Ovidio (1). Se representaba á Jano con dos cabezas, pero en un principio había tenido cuatro. El Jano *cuadrifronte* quedó tradicional. Miraba á los cuatro puntos cardinales del espacio, como símbolo de su origen aéreo de dios del soplo, del vien-

(1) Ovidio, *Fast.* 139.

El apellido *Barjona* de *Cphas* ó Pedro no deja de ser chocante también.

to, del espíritu, «que donde quiera sopla, como decía Jesús, mas no se sabe de dónde viene ni á dónde va.» A estos cuatro puntos señalaban los sacerdotes etruscos con sus bastones, describiendo en el aire una cruz en que quedaba comprendido el universo, después de marcar los cuatro nacimientos del soplo ó de los vientos. *Fan-us* es, pues, en efecto, la forma más antigua y mejor conservada en su simplicidad primitiva, del soplo y de su significación original. Es un dios aire como Juno.

Jano, según Macrobio (1) fué primitivamente el sol. Esto quiere decir, que como todos los grandes dioses, el espíritu universal fué adorado en su más brillante manifestación, lo mismo que *Jana* ó *Diana*, su forma femenina, fué representada en la luna. El carácter guerrero que se atribuye á *Jano Quirino*, el sol armado de lanza, es fácil de comprender, lo mismo que el de todos los dioses soles, *Marte*, *Palas*, *Odin*, por su lucha contra las tinieblas. Una vez considerado dios de la guerra, era natural que las puertas de su templo, llamadas también puertas de la guerra, se cerrasen en tiempo de paz, no porque su culto fuese inútil, ó por impedir que la guerra saliese, como se ha supuesto, sino para indicar que las modestas funciones de portero que el vulgo le atribuyera, cedían ante la ocupación, más apremiante, de la guerra.

En cambio, las puertas del templo de la diosa *Horta* ó *Hora*, (*Ha-er*), esposa de Quirino, quedaban siempre abiertas.

Hé aquí, ahora, un grave error de Ampere (2), que prueba la falta de método que hubo en mitología, y la

(1) Macrobo. *Sat.* 19.

(2) Ampere. *Hist. Rom. á Rome*, T.º I., pág. 243 en su nota 3.ª

necesidad de las etimologías para poder formar juicios acertados en la interpretación.

«Es preciso desprender, dice él, esta idea primitiva de Jano Quirino, el sol armado, de la idea que se formó posteriormente del dios sabino, como del principio supremo de las cosas, del Dios de los dioses, tan pronto atribuyéndole la creación del mundo, como asimilándole al cielo ó al caos.»

Nuestros lectores habrán comprendido ya perfectamente, que debe ser lo contrario; es decir, que Jano, antes de ser Quirino, guerrero y *dios-sol*, había sido ya todas estas cosas: principio supremo, Dios de dioses y creador, en el mero hecho de llamarse *Jan*. Los demás atributos vinieron por añadidura, en fuerza de la asociación lógica de las ideas. *Jan-us* es el verdadero Dios antiguo por excelencia; la tradición no se equivocó afirmándolo así. *Jan* es la forma primitiva que dió origen á todos los dioses del soplo ó del espíritu: *Fann*, *Fao*, *Fama*, *Homa*, *Dyaus*, *Jehová*, *Jovis*, *Fuma*, *Fum-el* de los lapones, etc., etc.

¿Cómo se conservó esta forma, la más sencilla de todas, entre los sabinos? Por la misma razón que las formas zoológicas primordiales se conservan al lado de las que han hecho su evolución.

Por lo demás, el epíteto *Quirinus* es el mismo nombre *Kiros*, latinizado, sol, (*ha-er*) de que hemos hablado ya, confundido con el término sabino de evolución vulgar, *lanza*.

Saturno, el dios latino, es un dios pacífico; por lo menos, entre los romanos, su reinado pasaba por haber sido la edad de oro. Pero el carácter principal de Saturno es el de ser un dios agrícola, el inventor de toda clase de cultivos; el dios *Sterculus*, el que hizo conocer el uso del estiércol, ó mejor dicho, el estiércol mismo, en los primeros tiempos; idea con que

no podían transigir los primeros apologistas cristianos: ¡Cómo! haberse degradado hasta el punto de adorar el estiércol! Pues sí; el hombre llegó á ver á Dios en la materia infecta que sirve para el abono de las tierras, dando en esto prueba de tener un sentido profundo de la naturaleza. El estiércol fué en el concepto primitivo, la materia encantada y misteriosa, á pesar de su aspecto repugnante, en que iba envuelto el calor creador y su fuerza productora. ¿Por qué no ver en él una manifestación del espíritu universal? ¿Por qué no respetar y tener por divina, una cosa tan útil, tan benéfica, tan provechosa, sin la cual no podía esperarse alimentación ni subsistencia? ¿Acaso no estaba Dios en ella, como en todo, y más que en todo, porque en ella estaba contenida la virtud generadora, el desarrollo del germen, la vida de las mieses? ¿No era la residencia de las divinas y misteriosas elaboraciones del poder creador?

Saturno fué, por consiguiente, en el origen, el símbolo de la fuerza productora de la tierra y del crecimiento vegetal, y su nombre debe participar de las dos onomatopeyas que envuelven estos sentidos.

Un término de evolución parecido, en la lengua latina: *sator*, el sembrador, ha hecho que se hiciese derivar de él el nombre de Saturno, sin hacerse cargo de que aquel término es muy posterior al nombre del dios, porque la asociación de ideas ha tardado más en llegar á expresar la idea de siembra, que las ideas de soplo y de calor. El desconocimiento de la ley de evolución en el lenguaje y en el pensamiento humano, ha sido causa de todos estos errores.

*Saturno* que también se escribió *Sæturnus*, tuvo que ser necesariamente en el origen: *Ha-t-er* ó *fa-t-er*; después, mojado la aspirada, *xa-t-er*, y por último *Satur-nus*, con esta *n* unida á la desinencia del nomina-

tivo, regla fonética del latín, en la mayor parte de los nombres de los dioses.

El término *Sator* ha venido también de las mismas onomatopeyas, como una consecuencia más lejana, producto de la asociación de ideas. Se llamaba *Ha-ter* la producción, la fecundidad, el crecimiento del grano: el *grano* mismo; todavía esta palabra, grano, lleva en sí las onomatopeyas; era natural que se llamase también así, al que depositaba el *germen* en la tierra, asociándole, de este modo, al acto creador; por esto se llamó *sator* al que siembra, porque era una función casi divina, pero el nombre de la divinidad existía ya.

La hoz de Saturno, de que se ha hecho la hoz del tiempo, en una época en que estuvieron de moda las elegorías abstractas, y cuando se quiso ver en Saturno, la personificación del tiempo, no era en un principio más que un instrumento rústico, que el dios llevaba como símbolo de su poder productor.

Las saturnales son fiestas en recuerdo de la igualdad primitiva; de un tiempo en que todos los hombres eran libres; en que no había esclavos; en que no se conocía seguramente lo *tuyo* y lo *mío*; en que la cuestión de la propiedad de la tierra no existía; en que reinaba la alegría, fruto de las apacibles costumbres que inspiraba la agricultura en común y de las pocas necesidades. El reinado de Saturno es la agricultura; pero no es todavía la propiedad. Si es que hubo en el mundo una edad de oro, fué ésta, á no dudar. ¡Quién sabe, si nuestra perturbada sociedad tendrá que volver algún día, á encontrar el reinado de Saturno!

*Ops*, la esposa de Saturno, tuvo también en latín un término de evolución idéntico: *Opes*, la riqueza, ó las riquezas, porque no tiene singular. Desde luego pudo notarse, no sólo la analogía del nombre, sino que la significación convenía bastante á la esposa del dios

agricultor, siendo la agricultura, entonces, única fuente de prosperidad y de riqueza. De esto, á identificar *Ops* con *Opes*, no medió reflexión, y los comentadores lo admitieron todos como cosa corriente. Diremos más adelante lo que era *Ops*; veamos ahora lo que es *Opes*, y por qué se parecen tanto estos dos términos de la evolución, que no debieran haberse confundido nunca.

La única riqueza en los antiguos consistía en ganado. Busquemos una lengua, ahora, en que riqueza y ganado se expresen con el mismo nombre: *abereca* es el término onomatopéico eúskaro con que se llama genéricamente toda clase de bestias; y *aberatza* es un hombre rico, es la riqueza. *Aber*, por consiguiente, sin articular y sin abundancial, fué en el origen, el término genérico de ganado ó *bestias* que, constituyendo el bienestar ó la prosperidad de una familia, llegó á significar por asociación de ideas, riqueza. *Aber*, tuvo que ser por precisión, nombre onomatopéico: *Haber*, indicando en un principio toda clase de criaturas, seres vivientes, ó con principio de vida por el soplo y el calor, quedando reducido, después de establecidas las diferencias, á expresar en eúskaro, solamente el ganado ó las bestias, y la riqueza que es su consecuencia. Por otra corriente evolutiva, el alemán hizo de las mismas onomatopeyas su nombre de ganado, *heerde*, y el inglés, el suyo de *vermin*. Ahora bien; *Aber* ha pasado á *Oper* y *Opes* de un modo normal, por la confusión que en los primeros tiempos de la lengua latina hubo entre los sonidos *r* y *s*. Tal fué también la evolución lingüística de *Ops*, aunque arrancando de la idea superior de espíritu universal.

Saturno es, acaso, la única gran divinidad aportada á Italia por los latinos, porque todas la demás, ó son pelásgicas, ó se confundieron con éstas, antes de ser adoptadas por los sabinos y aparecer en Roma. La



mitología latina estaba empobrecida; compuesta únicamente de pequeños dioses que presidían los menores detalles de la vida. Era una especie de fetichismo espiritual, sin representaciones materiales. La ninfa *Futurna*, amada de Jano, nos ofrece una prueba de la forma anterior del nombre de Saturno: *Futurno*, *Faturno*, *Ja-t-er-nus*.

## JÚPITER.

«Júpiter fué el primero y el último, el principio y el medio; de él provinieron todas las cosas. Júpiter fué hombre y virgen inmortal. Júpiter es la llama del fuego, la fuente del mar; Júpiter es el sol y la luna; Júpiter es rey; él sólo creó todas las cosas. Es una fuerza, un dios, gran principio de todo; un solo cuerpo excelente que abraza todos los seres; fuego, agua, tierra, eter, noche y día, y *Metis*, la primer engendrada y el amor seductor. Todos estos seres están contenidos en el inmenso cuerpo de Júpiter.»

Tal es Júpiter en los himnos órficos.

«Cuanto es, fué y será, estuvo en un principio contenido en el fecundo seno de Júpiter. Júpiter es el primero y el último, el principio y el fin; de él provienen todos los seres.» Así cantaba Orfeo, según Proclo.

Júpiter es Brahma, es *todo*. No hay en este panteísmo colosal y serio, nada que indique esa noción sentimental de *padre*, que últimamente se le ha querido atribuir por la etimología.

Max Muller es uno de los primeros que han ideado esta interpretación del nombre de Júpiter: dios padre, ó padre celestial.

Veamos si tiene fundamento:

Se dice que Júpiter pudo ser en sanscrito *Dyaús-pitar*; después, perdiendo la *D* eufónica y la *s*, *Yúpiter*

y Júpiter. Pudiera ser; pero es preciso estudiar antes esta palabra *pitar*, sanscrita, de la que nadie se ha cuidado más que para decir, que hay una raíz *pa*, que significa engendrar, proteger, alimentar. Esto probaría ya que la forma latina *pater* es más antigua y mejor conservada que la sanscrita *pitar*, que supone una degeneración de la raíz. Pero las raíces, estudiadas como se han estudiado hasta ahora, suelen engañar mucho. Por nuestra parte, no creemos en esa raíz *pa*, por lo menos, en su aplicación á los nombres de *pater* y *pitar*. Es muy sabido que hay dos corrientes de evolución expresando los nombres de padre con las onomatopeyas de la espiración *ab* y *at*, articuladas *aba* y *ata*, con muy pequeñas variantes en multitud de lenguas. Estas dos espiraciones unidas, del mismo modo que han llegado á formar nuestras palabras, *abad* y *abate*, guardando siempre su significación de padre ó protector en cierto sentido, dieron lugar también á eso que se ha considerado raíz *pa* ó *pat*, y que no es tal raíz primitiva, por más que en muchas palabras conserve el significado de las onomatopeyas. A este *pat*, producto de la unión de las dos espiraciones, se añadió la onomatopeya *er*, indicando el generador, el productor, el fecundante; y de este modo se formó naturalmente un término mucho más expresivo, *pat-er*, que los otros de *aba* y *ata*, que quedaron relegados á otras razas. Nótese, que en todos los derivados europeos predomina esta forma *pat*, sobre la forma *pit*, que no es más que sanscrita: zenda, *pitar*, griego, *πατήρ*, latín, *pater*, gótico, *fadar*, etc. El irlandés, *athair*, es el que ha puesto únicamente la onomatopeya del calor después de *at*, simple onomatopeya del soplo, en lugar de la compuesta *pat*.

Ahora bien; ¿cómo puede darse en latín, la forma *Júpiter*, con el significado de padre, siendo así que es

mitología latina estaba empobrecida; compuesta únicamente de pequeños dioses que presidían los menores detalles de la vida. Era una especie de fetichismo espiritual, sin representaciones materiales. La ninfa *Futurna*, amada de Jano, nos ofrece una prueba de la forma anterior del nombre de Saturno: *Futurno*, *Faturno*, *Ja-t-er-nus*.

## JÚPITER.

«Júpiter fué el primero y el último, el principio y el medio; de él provinieron todas las cosas. Júpiter fué hombre y virgen inmortal. Júpiter es la llama del fuego, la fuente del mar; Júpiter es el sol y la luna; Júpiter es rey; él sólo creó todas las cosas. Es una fuerza, un dios, gran principio de todo; un solo cuerpo excelente que abraza todos los seres; fuego, agua, tierra, eter, noche y día, y *Metis*, la primer engendrada y el amor seductor. Todos estos seres están contenidos en el inmenso cuerpo de Júpiter.»

Tal es Júpiter en los himnos órficos.

«Cuanto es, fué y será, estuvo en un principio contenido en el fecundo seno de Júpiter. Júpiter es el primero y el último, el principio y el fin; de él provienen todos los seres.» Así cantaba Orfeo, según Proclo.

Júpiter es Brahma, es *todo*. No hay en este panteísmo colosal y serio, nada que indique esa noción sentimental de *padre*, que últimamente se le ha querido atribuir por la etimología.

Max Muller es uno de los primeros que han ideado esta interpretación del nombre de Júpiter: dios padre, ó padre celestial.

Veamos si tiene fundamento:

Se dice que Júpiter pudo ser en sanscrito *Dyaús-pitar*; después, perdiendo la *D* eufónica y la *s*, *Yúpiter*

y Júpiter. Pudiera ser; pero es preciso estudiar antes esta palabra *pitar*, sanscrita, de la que nadie se ha cuidado más que para decir, que hay una raíz *pa*, que significa engendrar, proteger, alimentar. Esto probaría ya que la forma latina *pater* es más antigua y mejor conservada que la sanscrita *pitar*, que supone una degeneración de la raíz. Pero las raíces, estudiadas como se han estudiado hasta ahora, suelen engañar mucho. Por nuestra parte, no creemos en esa raíz *pa*, por lo menos, en su aplicación á los nombres de *pater* y *pitar*. Es muy sabido que hay dos corrientes de evolución expresando los nombres de padre con las onomatopeyas de la espiración *ab* y *at*, articuladas *aba* y *ata*, con muy pequeñas variantes en multitud de lenguas. Estas dos espiraciones unidas, del mismo modo que han llegado á formar nuestras palabras, *abad* y *abate*, guardando siempre su significación de padre ó protector en cierto sentido, dieron lugar también á eso que se ha considerado raíz *pa* ó *pat*, y que no es tal raíz primitiva, por más que en muchas palabras conserve el significado de las onomatopeyas. A este *pat*, producto de la unión de las dos espiraciones, se añadió la onomatopeya *er*, indicando el generador, el productor, el fecundante; y de este modo se formó naturalmente un término mucho más expresivo, *pat-er*, que los otros de *aba* y *ata*, que quedaron relegados á otras razas. Nótese, que en todos los derivados europeos predomina esta forma *pat*, sobre la forma *pit*, que no es más que sanscrita: zenda, *pitar*, griego, *πτερ*, latín, *pater*, gótico, *fadar*, etc. El irlandés, *athair*, es el que ha puesto únicamente la onomatopeya del calor después de *at*, simple onomatopeya del soplo, en lugar de la compuesta *pat*.

Ahora bien; ¿cómo puede darse en latín, la forma *Júpiter*, con el significado de padre, siendo así que es

la forma más moderna, relativamente, y menos extendida? Si *pitar* fuese la forma antigua, no habría inconveniente en admitir que el Júpiter latino derivase de ella, habiendo estado la raza unida en un período anterior á la formación del sanscrito, hablando todos una lengua madre en la cual, el nombre de *padre* fuese *pitar*. Pero esto no pudo ser; si *pitar* fuese forma más antigua que *pater*, se repetiría en los idiomas derivados más que esta última, recordando la mayor parte de ellos su herencia; pero sucede al revés completamente; *pitar* está solo en el sanscrito como degenerado descendiente, mientras que, en todas partes, la forma *pater* presenta testimonios de su anterioridad. Decimos *pater*, pero la anterior forma fué *bater*, como se conserva en alemán. Siendo *pitar*, como es por precisión, forma puramente sanscrita, el Júpiter latino, no puede provenir de *Dyaus-pitar*, como se ha supuesto, porque para ello, habría que admitir que los latinos habían hablado en algún tiempo sanscrito, ó por lo menos, que su término Júpiter les había quedado de un período arcaico, en que *pater* se decía *piter*, en una lengua anterior: dos cosas imposibles.

Júpiter, pues, no es el cielo *padre*? Que será?

Había, según Varrón, y existen, inscripciones en la forma latina *Diovis* con *D* eufónica, que desaparece en *Jovis* y en *Júpiter*. *Diovis*, *Jovis* ó *Jove*, formas de la espiración, uniéndose desde muy antiguo á la onomatopeya del calor por una *t* de enlace, dieron lugar á las formas accidentales: *Fovi-t-er*, *Fubi-t-er*, *Júpiter*, fortificando la labial, que está colocada en tal disposición, que no puede menos de ser *v* ó *p* sin pasar por el sonido *b*, que sería dificultoso en medio de la palabra *Júbiter*, sobre todo, si se pronuncia la *f* como *Y*. En el momento de pasar *Joviter* á *Júbiter*, la pronunciación *Júpiter* era ineludible.

Se cree que el Júpiter helénico y latino era un dios pelásgico, y que los pelasgos son de raza semita. En este caso, su *Diovis*, *Jovis* ó *Jove* sería el mismo *Javeh* ó *Jehoveh* de los hebreos, que unido á la onomatopeya del calor en un momento que no se puede precisar, formó el nombre de Júpiter.

El monosílabo *er* debió tener un carácter tan sagrado en la más alta antigüedad, aun después de olvidada su significación primitiva, que su unión con los nombres divinos que no le llevaban, se imponía de un modo natural.

Hemos visto que todo lo grande y todo lo fuerte se expresaba con esta onomatopeya; así es que añadirla al nombre de Dios era tanto como prestarle el calificativo de grande ó poderoso, y es esto tan cierto, que los dioses que ya la poseían como *Hércules*, *Mercurio*, *Melkarte* la recibían de nuevo, siendo esta la causa de las reduplicaciones que se observan en varios nombres. En el nombre *Her*, por ejemplo, que se encuentra aislado, se había olvidado ya el valor y la significación de las dos onomatopeyas que le componen, sincopadas; y para que el nombre dijese algo á las nuevas generaciones, fué menester añadirle una palabra sagrada, que en la lengua en que tuvo lugar el enlace, debía significar alto, fuerte, santo: *Jules* ó *Kules*, síncope de (*Ha-er-es*), sin darse cuenta de que *Her* y *kules* eran una misma cosa. Todo consiste en que unos son términos de evolución divinos y otros vulgares, y en que la significación se pierde en los primeros, y en los segundos se guarda, diferenciándose por la analogía y la asociación de ideas.

El nombre *Júpiter* se ha formado así; acaso en uno de los viajes del pueblo aventurero, donde pudo encontrar el adjetivo santo *Er* ó *Ter*, si él no le tenía; pero fijar el sitio, ni el momento, es imposible.

Los pelasgos, según Herodoto (1), que lo oyó decir en Dodona: «sacrificaban todo género de cosas, suplicando á los dioses, pero no daban á éstos, nombres ni sobrenombres, llamándoles únicamente dioses.»

Es posible que en un principio, sólo tuviesen su *Jove*, tan exclusivo como *Jehovah*, pero con el trato y la mezcla de los otros pueblos, adquirieron una porción de dioses que el mismo *Herodoto* (2) les atribuye, como: *Er-a*, (que les pudo proporcionar la segunda parte del nombre Júpiter,) *Istia*, los *Dioscuros*, *Temis*, las *Gracias*, las *Nereidas*.

«Mucho sería de desear, dice Benlæw, que se pudiera descubrir la doble forma del nombre de los pelasgos, á fin de conocer mejor el origen y comprender el sentido. Este, sigue diciendo, tiene el inconveniente de admitir un gran número de etimologías.»

Y es verdad que se han dado muchas que él ofrece en su libro *La Grecia antes de los griegos*, sin encontrar ninguna definitiva. Por lo que pueda servir daremos nosotros la etimología de este nombre.

Las tribus antiguas, y después los pueblos, con ese orgullo infantil propio de la barbarie, solían darse á sí mismos los nombres más pomposos. Los aryas se llamaban «los Nobles»; los eúskaros, los hombres de palabra, los únicos que saben hablar; los griegos tienen por bárbaros á todos los que no hablan como ellos, y su nombre *Graci*, transmitido por los romanos, el nombre más antiguo de los habitantes de Dodona y del Epiro, antes de la invasión dórica, pudiera revelar, en vez de los *feroces* ó de los *antiguos*, como se ha supuesto, un origen onomatopéico expresando: *seres divinos*, los fuertes, los hermosos ó cualquier otra idea por este estilo,

(1) II. 52.

(2) II. 59.

atribuida á las onomatopeyas, por la analogía: *Graci*=*Bero-ji*, contraído como *green*, de verde.

Los pelasgos han tomado, sin duda, su nombre también, del mismo modo. Tras la forma *pelasgo* se ve la primitiva *Ber-aj-a*, convertida después en *Bel-ax-a*, (mojando la gutural), *pelasja* y pelasgos. Es lo mismo que sucedió á los hebreos, sino que éstos antepusieron la espiración: *He-ber*.

Los pelasgos, acaso antes de la fijeza de las lenguas semíticas, debieron separarse del mismo tronco, cuando los antepasados de los hebreos.

Homero dice terminantemente que el Júpiter de Dodona era pelásgico. Los sacerdotes se llamaban ἑλλοί ἢ Σελλοί, *heloí*, que se parece, como una gota á otra gota de agua, á los nombres divinos hebreos *Elohim*, *Elion*, *Eloe*. Todo induce, pues, á creer, que Júpiter es el tetragrama místico *Jehove*, en su forma sencilla *Jove* ó *Jovi*, unido á la onomatopeya del calor, considerada como monosílabo sagrado: *Jovi-t-er*, y después, Júpiter.

#### RHEA, CYBELES.

Rhea tiene el privilegio de ser madre de una porción de dioses, hasta de *Démêtér*, la diosa madre, como se ha dicho por equivocación. Más convenía seguramente á Rhea este dictado, identificada, como fué por los griegos, con la gran divinidad asiática conocida por gran madre ó madre de los dioses. Hay que hacer poco caso sin embargo, de estos parentescos, que han tenido, casi todos, lugar en Grecia, á causa de la tendencia antropomórfica. Rhea es más conocida por *Cybeles*, nombre de la gran madre frigia, que se ha prestado á muchos comentarios, sin que haya sido posible á nadie interpretar su significación.

Como era natural, dado el sistema empleado hasta

ahora, se fué á buscar á la lengua frigia, alguna palabra que pudiera dar luz para explicar su nombre; procedimiento tan acertado, como el de buscar la etimología de Jesús, en español ó en francés. Se encontró, como no podía menos, un término paralelo de evolución *κυβελις*, (*Cybela*), con el significado de *caverna*. Pero ¿qué tenía que ver *Cybela* con *caverna*? Esta palabra dió de sí lo que era natural, una gran oscuridad en la investigación. Otras etimologías que no vienen al caso por lo arbitrarias, entre ellas, por ejemplo, la de *Panofka*, que hace de *Kibeles*, la diosa de los dados, *κυβοι*, han arrojado nuevas confusiones sobre este nombre.

Tenemos hoy una satisfacción muy grande, al poder sacar de estas tinieblas á los honorables exegetas, poniendo en claro el nombre de la diosa.

*Cybeles*, también, es término de evolución de las onomatopeyas primitivas; sus formas sucesivas fueron las siguientes; *Ha* ó *Ja-ber*, *Ka-bel*, *Ky-bel* y *Cybel-es* con subfijo; el espíritu creador, productor, generador del calor y de la vida, como todos los dioses del origen.

Los leones que arrastran su carroza son los símbolos de la fuerza, propia del soplo y del calor universales; su corona mural es el signo de la fortaleza, y el velo que de ella se desprende, es la alegoría de su carácter misterioso y de su nombre incomprensible; velo que nosotros rasgamos hoy, y que ya no podría llevar con razón, en adelante.

*Cybeles* era adorada en *Pesinunte*, bajo la forma de una piedra antigua, que *Arnobio* (1) dice haber visto, y la describe muy exactamente: era pequeña, unida, de color negruzco; no se habían hecho desaparecer los ángulos, y se fijaba delante de la boca de su estatua.

(1) *Arnb. Adv. Gent. VIII.*

Esta descripción se parece bastante á la de un aerólito, y no tendría nada de extraño que lo fuese. Lo cierto es que esta piedra fué llevada á Roma y recibida con gran ostentación después de haber consultado al oráculo de *Delfos*, poco antes de la toma de *Cartago*.

El templo de *Cybeles* en Roma, era redondo, como los de *Vesta* y *Mercurio*, y en la cúpula tenía pintados los bailes orientales y afeminados de sus sacerdotes. Una vez al año se lavaba la piedra sagrada de *Pesinunte* en el *Almo*, en el mismo sitio en que este riachuelo se reúne al *Tiber*, en medio de una música de aullidos acompañados por el tambor vasco y por las flautas frigias.

«*Frigiceque matris Almo quá lavat Ferrum*», dice *Marcial*; y nadie sabe lo que indica ese *ferrum*, á punto fijo. ¿Sería el nombre antiguo de la piedra? En este caso, podía ser una especie de *Omphalos* llamado *Ferrum*, que venía á ser lo mismo.

*Rhea* es la esposa de *Kronos*, que los latinos llamaron *Ops*, casada con *Saturno*. Si decimos que *Rhea* y *Ops* tienen el mismo nombre como tienen iguales atributos, parecerá increíble, y sin embargo, tenemos la convicción de que son los dos, productos de diferente evolución en los dos pueblos. La forma *Rhea*, en un principio, *Er-he-a*, se conoce que fué desgastada por el uso hasta convertirse por apheresis en *Rhea*. *Ops*, la forma latina, sufrió la siguiente evolución: *Ha-ber*, *A-per*, *O-pr*, *Ops*. La *r* pasó á *s*, de una manera normal en algún idioma, ó probablemente en algún dialecto muy anterior al latín, en que tuvo principio la confusión de los dos sonidos *r* y *s*, que originó el *rothacismo*, porque toda ley fonética tiene su contraria en la misma lengua ó en sus antecesoras.

La piedra, que envuelta en pañales, da *Rhea* á co-

mer á su marido, en vez de Zeus, es el *Omphalos*, imagen de la bóveda celeste, el cielo mismo, que antiguamente era envuelto en lana, y después en cintas, en memoria de tan extraña idea, que no pudo tener otro origen que éste: dar de comer al dios parricida, una vez inventada la fábula del tiempo destructor ó devorador de sus propios hijos, la imagen del último, representada en el *Omphalos*, que era una piedra.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
CERES Y PROSERPINA.

¿Quién es Ceres? Indudablemente es la tierra, y no obstante, Virgilio dice que Ceres es la luna. Es verdad que Vesta, el fuego doméstico, es para Dionisio de Halicarnaso, Furnuto, Arnobio y otros, la tierra; y que Juno, el aire, para todos, es para Atenágoras y Plutarco, también, la tierra. Y se comprende bien esta multiplicidad de atributos tradicionales y esta confusión de caracteres, sabiendo lo que en un principio representaron los dioses. Vesta, *Verita*, podía ser el fuego, la producción, la tierra que hace germinar y desarrollarse las plantas, y Juno, que es el aire, el soplo ó el espíritu, bien podía ser la tierra, llena de animación, que da vida á los seres, compenetrada, como la concebían, por el espíritu universal.

Todo lo que hasta ahora fué oscuridad y embrollo en la mitología, queda claro y sencillo después de descubierto el misterio original.

Se explicaba antes esta duplicidad de Ceres, por ejemplo, diciendo: «si Virgilio llama Ceres á la luna, es porque Ceres fué al principio el mismo personaje que Isis, personificación de la tierra, pero que antes había representado la luna.» Era este un modo como otro cualquiera de salir del paso y puede creerse que

la interpretación estuvo así entregada al capricho del ingenio, hasta este momento.

Ceres, latina, es *Demeter* griega. Debemos confesar nuestra vacilación en presencia de este último nombre. Es tan antigua y generalmente admitida la idea de que *Demeter* ha de traducirse por tierra madre ó diosa madre, que apenas nos atrevemos á aplicarle nuestra teoría. Sin embargo, ¿no habría podido suceder con este nombre lo mismo que con tantos otros, es decir, la confusión de un término vulgar en el onomatopéico divino?

Hemos visto que el nombre de madre, *meter*, *mater*, está formado por las onomatopeyas, y su semejanza con el nombre de la diosa tiene su explicación, en la casualidad que ha unido la espiración con la *D* eufónica, *Dem*, á la onomatopeya *er*, con la *t* de enlace: *Dem-t-er*. El parecido de los dos términos *meter* y *Demeter* concluyó por perfeccionar la aproximación, haciendo *Demeter*. Por lo demás, este *De-meter* ó *Ge-meter*, como quieren algunos, siempre dió lugar á dudas, en su primera parte: porque suponiendo la palabra de origen griego,  $\Delta\eta$  no significaría diosa, ni  $\gamma\eta$  pudiera cambiarse durante tan corta evolución en el sonido  $\Delta\eta$ ; y si procedente del sanscrito, ¿cómo es que no queda ninguna forma parecida en los Vedas?

En fin, lo que decide la cuestión para nosotros es: que *Demeter* sería una excepción á todas las divinidades, pues que ninguna de ellas tiene nombre griego.

El nombre de *Demeter* ha engañado á los griegos y á todos los mitógrafos. *Demeter* no es la tierra madre. *Demeter* es un dios fuego, un dios creador, espíritu y calor. El error del nombre ha hecho de él una diosa alimentadora y productora: la fuerza que desarrolla y hace madurar los gérmenes. La Ceres latina, que se puede identificar con esta última concepción de

mer á su marido, en vez de Zeus, es el *Omphalos*, imagen de la bóveda celeste, el cielo mismo, que antiguamente era envuelto en lana, y después en cintas, en memoria de tan extraña idea, que no pudo tener otro origen que éste: dar de comer al dios parricida, una vez inventada la fábula del tiempo destructor ó devorador de sus propios hijos, la imagen del último, representada en el *Omphalos*, que era una piedra.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
CERES Y PROSERPINA.

¿Quién es Ceres? Indudablemente es la tierra, y no obstante, Virgilio dice que Ceres es la luna. Es verdad que Vesta, el fuego doméstico, es para Dionisio de Halicarnaso, Furnuto, Arnobio y otros, la tierra; y que Juno, el aire, para todos, es para Atenágoras y Plutarco, también, la tierra. Y se comprende bien esta multiplicidad de atributos tradicionales y esta confusión de caracteres, sabiendo lo que en un principio representaron los dioses. Vesta, *Verita*, podía ser el fuego, la producción, la tierra que hace germinar y desarrollarse las plantas, y Juno, que es el aire, el soplo ó el espíritu, bien podía ser la tierra, llena de animación, que da vida á los seres, compenetrada, como la concebían, por el espíritu universal.

Todo lo que hasta ahora fué oscuridad y embrollo en la mitología, queda claro y sencillo después de descubierto el misterio original.

Se explicaba antes esta duplicidad de Ceres, por ejemplo, diciendo: «si Virgilio llama Ceres á la luna, es porque Ceres fué al principio el mismo personaje que Isis, personificación de la tierra, pero que antes había representado la luna.» Era este un modo como otro cualquiera de salir del paso y puede creerse que

la interpretación estuvo así entregada al capricho del ingenio, hasta este momento.

Ceres, latina, es *Demeter* griega. Debemos confesar nuestra vacilación en presencia de este último nombre. Es tan antigua y generalmente admitida la idea de que *Demeter* ha de traducirse por tierra madre ó diosa madre, que apenas nos atrevemos á aplicarle nuestra teoría. Sin embargo, ¿no habría podido suceder con este nombre lo mismo que con tantos otros, es decir, la confusión de un término vulgar en el onomatopéico divino?

Hemos visto que el nombre de madre, *meter*, *mater*, está formado por las onomatopeyas, y su semejanza con el nombre de la diosa tiene su explicación, en la casualidad que ha unido la espiración con la *D* eufónica, *Dem*, á la onomatopeya *er*, con la *t* de enlace: *Dem-t-er*. El parecido de los dos términos *meter* y *Demeter* concluyó por perfeccionar la aproximación, haciendo *Demeter*. Por lo demás, este *De-meter* ó *Ge-meter*, como quieren algunos, siempre dió lugar á dudas, en su primera parte: porque suponiendo la palabra de origen griego,  $\Delta\eta$  no significaría diosa, ni  $\gamma\eta$  pudiera cambiarse durante tan corta evolución en el sonido  $\Delta\eta$ ; y si procedente del sanscrito, ¿cómo es que no queda ninguna forma parecida en los Vedas?

En fin, lo que decide la cuestión para nosotros es: que *Demeter* sería una excepción á todas las divinidades, pues que ninguna de ellas tiene nombre griego.

El nombre de *Demeter* ha engañado á los griegos y á todos los mitógrafos. *Demeter* no es la tierra madre. *Demeter* es un dios fuego, un dios creador, espíritu y calor. El error del nombre ha hecho de él una diosa alimentadora y productora: la fuerza que desarrolla y hace madurar los gérmenes. La Ceres latina, que se puede identificar con esta última concepción de

los griegos, es también una diosa de la producción.

Sin embargo, á pesar del olvido de la significación primitiva de *Demeter*, su gran carácter de espíritu y de calor creador se revela en el fuego eterno que ardía en su templo de Mantinea (1) y en todos los altares que tenía por Grecia.

El parecido del término evolutivo *Dem-t-er* con *Demeter*, ha traído consigo todas las consecuencias del mito. Desde entonces, *Demeter*, diosa madre, tierra madre, porque siendo carácter productor se la confundió con la tierra misma, fué casada con el cielo, en virtud de una opinión de la decadencia, que consideraba el cielo y la tierra como esposos. *Demeter* no podría ser diosa productora por excelencia, si este carácter no le hubiera sido asignado desde el origen por las onomatopeyas del soplo y del calor. Todos los dioses de la agricultura, de los granos ó de los frutos, que han llegado á serlo por asociación de ideas, llevan en sus nombres las dos ó por lo menos una de las onomatopeyas; y sería bien extraño que Demeter sola, fuese la única diosa que tuviera un nombre griego como nombre propio. En todo caso debiera ser este un epíteto, pero ¿dónde está el nombre propio?

*Ceres*, la latina, *Herta*, la germánica, *Alo-Alo* (2) de Tonga, *Burbi-Pennu* de los khondos, *Centeotle* la mejicana, todos llevan la onomatopeya del calor más ó menos disfrazada, porque son dioses de la producción ó de los frutos.

Le Clerc, en su *Biblioteca universal*, ha hecho tan poco caso de la significación atribuida al nombre de *Demeter* que hace de ella una reina de Sicilia, *Dio*, á

(1) Welcker, *Griech. Catterl.* Vol. I., pág. 385, etc.

(2) Este *Alo-Alo*, divinidad de la producción y de los granos, hace recordar la palabra *alea*, en eúskaro, *grano*.

quien sus pueblos dieron el nombre de *Dio-meter*, agradecidos por haberles hecho conocer la agricultura.

*Demeter* era diosa de los pelasgos. Había en Argos un templo de *Demeter* pelásgica (1), y el templo de *Ceres* en Roma se encontraba al lado del Palatino, probablemente, en el sitio de un antiguo santuario dedicado por los pelasgos á Demeter, porque era hácia esta parte donde estaban los templos de los dioses pelásgicos. Según Dionisio de Halicarnaso, (2) los arcadianos fundaron un templo de Demeter en Roma y establecieron allí su culto. Decir arcadianos es decir pelasgos, porque la Arcadia es el país donde los pelasgos residieron más largo tiempo y el de su preferencia. Siendo diosa pelásgica Demeter, se explica la composición de su nombre *Dem-ter*, por la misma ley que dió lugar á la forma de *Diovi-ter* ó *Júpiter*.

Se ha querido explicar el nombre de *Ceres* por el hebreo *gheres*, trigo ó harina, y por el término sabino *Ceres*, que quiere decir pan.

Se ve bien que estos nombres son términos paralelos de la evolución de las onomatopeyas, que produjeron en hebreo y en sabino, como era natural, por la asociación de ideas, palabras parecidas que llevan en sí, la significación de cosa alimenticia; resultado del crecimiento y desarrollo impulsados por el calor creador. Es perfectamente lógico, que los nombres de trigo, harina y pan fuesen designados con las onomatopeyas en alguna corriente evolutiva. Así, *gheres* procede sin duda de *ja-er*, lo mismo que *Ceres*, por síncope, *ger*, *ker*, *Cer-es*, que si hemos de juzgar por el genitivo *cereris*, fué en el principio *cer-er*, duplicada la onomatopeya del calor, donde se ve claro el paso de la *r* á la *s*,

(1) Pausanias. II. 22. 1.

(2) Dion de Hal. I. 33.



que con razón hemos presentado como normal, en cierto tiempo.

*Ceres*, pues, que en el origen fué *Ha-er*, como todos los grandes dioses primitivos, tuvo la misma evolución en el seno de los mismos pueblos, que los términos vulgares de trigo, harina y pan, y es esto precisamente lo que explica con toda claridad su mito.

Se creyó entre los sabinos, que *Ceres* era *cerés*, el pan, y, por consiguiente, se la adoró como diosa de la producción, la que hace crecer el trigo, de donde sale el pan. Sin embargo, si los sabinos se hubiesen fijado un poco en su propio idioma, hubieran visto como vemos nosotros, que *cerés* no fué más que una aproximación hecha por el vulgo, de un nombre más antiguo, á la palabra que entre ellos expresaba el pan. Y esto puede servir de norma para apreciar los otros hechos parecidos.

El nombre de *Creador*, en lengua sabina, es *Cerus*, indudablemente el nombre primitivo, en la raza, de *Ceres*; pero el pueblo, observando el parecido de su dios creador *Cer-us*, con el nombre del pan, olvidó el gran atributo, llamando á *Cerus*, *Ceres*, su *dios-pan*. La tradición no obstante, conservó á *Ceres* su antiguo carácter de espíritu creador.

El mito ha hecho de *Ceres* y *Proserpina*, madre é hija, pero realmente, en el origen, fueron una misma cosa. Esta forma: *Proserpina*; está mejor conservada en griego: *Persephone*. Sin embargo, *Proserpina* no debe considerarse como una corrupción de la palabra griega, sino como un término de evolución paralelo y algo diferente. La forma primitiva fué esta sin remedio: *Ber-ja-er-van*, que ofrece el hecho raro, de dos pares onomatopéicos, que debieron haber estado separados, reunidos.

Es fácil de concebir que en un pueblo, donde se re-

unieron estos dos términos evolutivos con el mismo significado y atributos, se juntasen, formando desde entonces, una sola palabra y un solo dios. *Bero-ja* y *er-van* dieron lugar á una forma anterior á la latina, *Pro-sa-er-pen*, que hizo después *Proserpin-a*, de un modo normal. *Ber-ja-van*, otra variante paralela, dió la forma griega *Persephone*. El otro nombre de *Persophona*, *Kora*, es un término idéntico de evolución á *Hora*, la esposa de *Jano*: *Ha-er*, sincopado, *Hora*, *Kora*. Se ve que *Persephone* y *Proserpina* traen una evolución paralela, pero lejanísima, y que son originadas en dos formas un poco diferentes: *Bero-ja-er-van* y *Ber-ja-van*, suprimiendo esta última la segunda onomatopeya del calor, sin duda, por abreviar. No es extraño, por tanto, que las antiguas fábulas hagan de *Proserpina*, una representación en la tierra, un poco diferente de la *Persephone*, hija de *Júpiter* y *Ceres*, porque es natural que, durante sus dos evoluciones, se hayan achacado á la primera, rasgos míticos algo diferentes de la segunda, y vice-versa. De todos modos, al volverse á reunir en Italia, se reconocen y se abrazan formando un solo tipo. No es del caso explicar aquí el mito de *Proserpina*, porque sería preciso seguir una larga serie de asociación de ideas que habrá ocupado siglos; otros podrán hacerlo partiendo ya de estable fundamento. Diremos sólo, que *Proserpina* es, como no podía menos en el mito, la fuerza creadora que acompaña al sol, á su padre *Júpiter*, en los seis meses de verano y primavera que domina el hemisferio, y, de consiguiente, á su madre la tierra productora, *Ceres*; mientras que los otros seis meses de invierno y otoño huelga en los infiernos con su marido *Pluton* (*Bero-t-un*, *Bro-t-on*, *Bluton*, *Pluton*;) el sol en el hemisferio inferior.

La fuerza creadora disminuye y muere con el sol, á

medida que éste baja y se extingue su calor; por eso, Proserpina es arrebatada por Pluton acompañado de Mercurio, un sol crepuscular y moribundo también. La granada que come en los infiernos, es como la manzana, el símbolo del placer que acompaña al acto generador. Este emblema perteneció á la manzana por la aproximación de su nombre al término, *manthana*, la operación del pramanta, y á la granada, por su fecundidad interior. La virgen que las prueba, queda por lo general aficionada á su marido como Kôra á Pluton.

Las consecuencias anímicas que han salido de este mito son muy posteriores. Se equiparó después, en los misterios, la vuelta periódica de Proserpina á las idas y venidas del alma humana de los infiernos al mundo; pero esto deja de tener importancia ya bajo el aspecto mítico, perteneciendo á la elaboración moral y religiosa de la humanidad.

Los misterios son una cosa verdaderamente misteriosa de que quedan pocos datos, para lo mucho que pasaba allí. La superficialidad y ligereza con que se habla de ellos, ha separado bastante la atención, del estudio más interesante acaso, que ofrece la antigüedad. Nosotros no podemos creer que hombres como Pindaro, Platón, Aristides, Cicerón, Homero ó quien quiera que fuese el autor del himno á Ceres, digan cosas como estas, sin motivo, hablando de los misterios: «El cuerpo del hombre, dice Pindaro, está sujeto á la muerte: el alma conserva la vida, imagen de la eternidad.»

«¡Dichoso entre los mortales (himno á Ceres) el que tales cosas vió! Pero el que no está iniciado y no participa de los santos misterios, no gozará jamás de tanta suerte, porque habrá muerto entre horribles tinieblas.»

«Cree amigo, dice Platón (1), que para el alma no es más ventajosa, su unión con el cuerpo, que su separación.»

«A Ceres, dice Isócrates, debemos dos apreciables dones; por medio del primero, dió á conocer, á nuestros progenitores, los frutos que les sacaron de *su estado salvaje*; por medio del segundo, *nos enseñó los misterios* que nos inspiran la esperanza de obtener, después de esta vida, la felicidad de otra interminable (2).»

«Los mixtos gozarán en los infiernos de una luz más pura» dice en las Ranas, Aristófanes. «Tendrán mejor parte después de su muerte, añade Aristides (3).»

«Las iniciaciones no sólo nos enseñaron el arte de alcanzar mayor felicidad en esta vida, sino á morir con mejor esperanza (4).»

«Dicha es el estar iniciado en los misterios de Eleusis, porque la condición de los mixtos será mejor entre los manes (5).»

«El que no tiene el corazón puro, el mal ciudadano, el sacrilego, no tome parte en nuestros cantos; no les es dado celebrar á Ceres, nuestra protectora» hace decir á los mixtos, Aristófanes.

¿Qué podían ver estos hombres en los misterios, que así hablaban con tal seguridad y firmeza, de la otra vida?

Este testimonio no tiene réplica; Aristófanes, un crítico burlón; Isócrates, un hombre serio; Cicerón algo excéptico; Plutarco crédulo, pero honrado é inca-

(1) De leg. VIII.

(2) Isócrates. Paneg.

(3) Aristides, Ret. Eleusina.

(4) Cicer. De legib. II. 14.

(5) Plut. *Amator.*

paz de mentir; á ninguno de ellos se les puede negar el talento, la instrucción y el juicio crítico, á no ser acaso á Plutarco, algo de esto último. ¿Estaremos á ciegas, de una cosa sabida de los antiguos por un procedimiento positivo? ¡Buena fuera que nuestra decantada civilización fuese sólo aparente y material!

Kore se interpretaba antes por el verbo *καρπω labar*, suponiendo que había salido pura de los infiernos, y porque se llamaba también á *Yaco*, el sol naciente del solsticio de invierno, *Kuros*, que se traducía por purificado.

Ya sabemos á qué atenernos respecto de este Kuros, nombre del sol; es la terminación de Hércules y de Mercurio. Respecto al nombre de Persephone, que también se llamaba *Perephatta*, se inventó una frase que dice, *περσεφα φωνον*, indicando, la que lleva la muerte.

Antes, se le había interpretado por *per*, aumentativo, en hebreo, y *saphan sephcon*, oculto tesoro, porque se creía que *Pluto* y *Pluton* venían de *lut, plut*, cubierto, oculto; y como el oro y la plata están ocultos en las entrañas de la tierra, así estaba Proserpina, que no era otra cosa que el tesoro escondido. Y con esta clase de etimologías todo el mundo quedaba satisfecho á falta de otra cosa. ¿Cómo había de ser posible penetrar el sentido profundo de los mitos? Ultimamente, se cayó en la cuenta, de que el nombre *Persephone* según lo escribe Pindaro, ó *Phersephasa* según otros, encierra la misma raíz arya que ha hecho el sanscrito *bhr*, sustentar, *bar* alimento, el persa, *bar*, cebada, el latín, *bar*, frumentum, el escandinavo *barr*, cebada, el gótico *baris*, el anglo-sajón, *beris*, etc., etc. Pero, proplamente, se dijo, no pasa esto de ser una mera apariencia. Y hé aquí, cómo habiendo estado tan cerca de la clave, se abandonó por falta de metódica comparación. ¿No

prueban todos esos nombres, indicando la producción y el fruto, en tan distintas lenguas, la evolución de la onomatopeya *ber*, en el sentido que hemos dicho?

## MINERVA.

Minerva, «*dicta quod bene moncat*» decían los antiguos, ha debido á su relación fonética con *mens*, el atributo de inteligencia. Es una diosa de luz naciente ó débil: *Min* (en eúskaro, delicada, pequeña, sutil) procedente de la raíz *ma*, que á su vez viene de la forma espirada onomatopéica, *am, am*, haciendo *ma, man, man, min*, y *er-va* el soplo y el calor, en su forma primitiva. Minerva fué, pues, como Mercurio, una aurora y un crepúsculo, y al mismo tiempo, la luna. Fué el espíritu creador, adorado en sus manifestaciones luminosas más débiles. Sus relaciones con *Hersa* (*Ha-er-ha?*) el rocío, se explican así; el rocío coincide con la primera luz del día, pues no se ve hasta entonces. Como luna y como sol naciente, rasga el cerebro de su padre (Júpiter), la bóveda celeste.

Max Muller identifica á Minerva con Athéné; pero ya los romanos lo habían hecho antes que él. Es un empeño vano, este de las identificaciones, que no resuelve nada, porque todos los dioses se parecen y todos se diferencian en alguna cosa. Es preciso ir á buscar la identidad en el origen; después, sólo se encuentran términos de evolución nominales ó atributivos más ó menos semejantes, pero casi nunca idénticos. Si los dioses griegos y romanos se parecen más, es que éstos últimos han usurpado los principales rasgos á los otros.

La primera parte del nombre de Min-erva había sido descifrada ya: se sabía que *Min* indicaba una luz naciente, y que Minerva podía venir del *manas* sans-

crito, espíritu, del *mano* latino, la mañana, ó de *Matute*, la aurora; pero la segunda parte, *er-va*, era la que burlaba todos los esfuerzos de la erudición y del ingenio. Así como el latín, se decía, hace *cervus*, del *keras* griego y del *siras* sanscrito, bien pudo haber hecho Minerva, de *manas*; sin hacerse cargo, que no hay paridad en los dos casos, y que es muy mal sistema buscar filiación de términos en lenguas que no proceden unas de otras, sino que son parientes laterales.

El latín ha hecho *cervus*, y el griego y el sanscrito han hecho *keras* y *siras* respectivamente, de una forma anterior onomatopéica, *Ha-er*, que explica las tres por una simple síncope: *Ha-er*, *ka-er*, *ker-as*, la forma griega; *Ha-er*, *Sa-er*, *Sir-as*, la forma sanscrita; *Ha-er*, *ka-er*, *cer-b-us*, la romana, con una *b* eufónica de enlace. No es que el latín haga *cer-vus*, de *siras* ó de *keras* por una ley fonética particular, sino que ha hecho *cer-bus*, de la forma primitiva, por eufonismo.

*Min-erva* es, pues, el soplo y el calor, con una adición posterior, Min, luz débil y ténue: *Min-er-va*.

## MERCURIO.

Sucedió á Mercurio lo mismo que á Minerva; los romanos le asignaron todos los atributos y fábulas del *Hermes* griego. Los *feciales*, sin embargo, no reconocieron nunca esta identificación, sirviéndose en lugar del cadúceo, de una rama sagrada, emblema de la paz. El bastón de heraldo que *Hermes* recibiera de *Apolo*, estaba al principio, rodeado de cintas blancas que después fueron cambiadas por serpientes. El cadúceo, *Κερυκείον* (*Ha-er*), vara divina, que se tradujo vara del heraldo, era la vara con que *Apolo* apacentaba los rebaños del rey *Admeto*, acaso para hacerlos fecundos, como con la varita de *palaca*. (*ber-aj-a?*) (*pel-ak-a*, *palaca?*)

Según *Arriano* (1), el cadúceo tenía la propiedad de cambiar en oro, cuanto tocaba. *Homero* le llama varilla de oro de tres hojas que da la dicha y la riqueza (2). Estas tres hojas recuerdan las tres del palácâ y la antigua comparación del rayo con el tridente, con una cruz, con el martillo de tres puntas, con el martillo de *Thor*.

Casi todas las plantas consagradas á la producción del fuego como la hiedra, la *athragene*, (clematida quizá,) se distinguen por sus hojas de tres puntas.

La varita mágica y adivinatoria de los cuentos de niños es una reminiscencia de este cadúceo, que á su vez procede del rayo con que *Indra* rasgaba la nube y ponía en libertad á las vacas celestes. ¡Así se transforman en el mundo las cosas y las ideas!

Se ha creído que el nombre de *Mercurio* tenía alguna relación con *merx* y *mercari*, y de esto proviene su atributo mercantil; pero hemos visto ya que *Mercurio* no es, sino una forma paralela de los nombres de *Hércules* y de *Heracles*. La última parte de su nombre, *curius*, es un nombre posterior del sol, procedente de las onomatopeyas; mientras que la primera, si no fué *Ber* en el origen, pudo haber sido contracción de *Ma-er*; y esto parece más seguro, porque así resulta como *Hermes*, un dios crepuscular, cuyas atribuciones sincopompas no deben extrañarse ya, sabiendo que son *dioses-soles*, bajando al hemisferio inferior, y por consiguiente, acompañando á las almas que van á los infiernos.

## MARTE.

Era natural que el dios de la guerra tuviese un puesto de predilección en *Roma*, el pueblo de la fuer-

(1) Discurso 20, sobre *Epicteto*.

(2) Vers. 523. *Iliad*.

crito, espíritu, del *mano* latino, la mañana, ó de *Matute*, la aurora; pero la segunda parte, *er-va*, era la que burlaba todos los esfuerzos de la erudición y del ingenio. Así como el latín, se decía, hace *cervus*, del *keras* griego y del *siras* sanscrito, bien pudo haber hecho Minerva, de *manas*; sin hacerse cargo, que no hay paridad en los dos casos, y que es muy mal sistema buscar filiación de términos en lenguas que no proceden unas de otras, sino que son parientes laterales.

El latín ha hecho *cervus*, y el griego y el sanscrito han hecho *keras* y *siras* respectivamente, de una forma anterior onomatopéica, *Ha-er*, que explica las tres por una simple síncope: *Ha-er*, *ka-er*, *ker-as*, la forma griega; *Ha-er*, *Sa-er*, *Sir-as*, la forma sanscrita; *Ha-er*, *ka-er*, *cer-b-us*, la romana, con una *b* eufónica de enlace. No es que el latín haga *cer-vus*, de *siras* ó de *keras* por una ley fonética particular, sino que ha hecho *cer-bus*, de la forma primitiva, por eufonismo.

*Min-erva* es, pues, el soplo y el calor, con una adición posterior, Min, luz débil y ténue: *Min-er-va*.

## MERCURIO.

Sucedió á Mercurio lo mismo que á Minerva; los romanos le asignaron todos los atributos y fábulas del *Hermes* griego. Los *feciales*, sin embargo, no reconocieron nunca esta identificación, sirviéndose en lugar del cadúceo, de una rama sagrada, emblema de la paz. El bastón de heraldo que *Hermes* recibiera de *Apolo*, estaba al principio, rodeado de cintas blancas que después fueron cambiadas por serpientes. El cadúceo, *Κερυκείον* (*Ha-er*), vara divina, que se tradujo vara del heraldo, era la vara con que *Apolo* apacentaba los rebaños del rey *Admeto*, acaso para hacerlos fecundos, como con la varita de *palaca*. (*ber-aj-a?*) (*pel-ak-a*, *palaca?*)

Según *Arriano* (1), el cadúceo tenía la propiedad de cambiar en oro, cuanto tocaba. *Homero* le llama varilla de oro de tres hojas que da la dicha y la riqueza (2). Estas tres hojas recuerdan las tres del palácâ y la antigua comparación del rayo con el tridente, con una cruz, con el martillo de tres puntas, con el martillo de *Thor*.

Casi todas las plantas consagradas á la producción del fuego como la hiedra, la *athragene*, (clematida quizá,) se distinguen por sus hojas de tres puntas.

La varita mágica y adivinatoria de los cuentos de niños es una reminiscencia de este cadúceo, que á su vez procede del rayo con que *Indra* rasgaba la nube y ponía en libertad á las vacas celestes. ¡Así se transforman en el mundo las cosas y las ideas!

Se ha creído que el nombre de *Mercurio* tenía alguna relación con *merx* y *mercari*, y de esto proviene su atributo mercantil; pero hemos visto ya que *Mercurio* no es, sino una forma paralela de los nombres de *Hércules* y de *Heracles*. La última parte de su nombre, *curius*, es un nombre posterior del sol, procedente de las onomatopeyas; mientras que la primera, si no fué *Ber* en el origen, pudo haber sido contracción de *Ma-er*; y esto parece más seguro, porque así resulta como *Hermes*, un dios crepuscular, cuyas atribuciones sincopompas no deben extrañarse ya, sabiendo que son *dioses-soles*, bajando al hemisferio inferior, y por consiguiente, acompañando á las almas que van á los infiernos.

## MARTE.

Era natural que el dios de la guerra tuviese un puesto de predilección en *Roma*, el pueblo de la fuer-

(1) Discurso 20, sobre *Epicteto*.

(2) Vers. 523. *Iliad*.

za. En cambio, *Ares* en Grecia, apenas llegó á tener verdadera importancia y á conseguir que se le erigiesen unos pocos templos. Parece ser un dios de la Tracia recibido en Grecia con bastante indiferencia. En Italia, Marte es un dios sabino cuyo culto puede observarse desde muy antiguo, en los umbrianos, en los oscos y en todos los pueblos del país sabélico.

La forma primitiva de su nombre fué seguramente *Maverte*. Los oscos le llamaban *Mamers*, y los romanos conservaban todavía una antigua forma, *Mavors*. El nombre Marte es, pues, una contracción de estas formas primeras. Decimos que debió ser *Ma-ver-te*, en el origen, porque el genitivo *Martis* lo indica bien, como una reminiscencia. *Mamers* de los oscos supone una forma anterior en *Mavers* ó *Maverte* que coincide con la antigua romana *Mavors*, habiendo pasado la *v* á *m*, normalmente.

*Maverte* ó *Ma-ver-te*, ya se sabe lo que es; un término de evolución que envuelve la misma significación que Minerva y Mercurio. Por eso, siendo el sol en una de sus estaciones extremas, acaso en el amanecer, es dios de la guerra como aquélla, acabando de vencer la oscuridad, la noche. Mercurio tiene un carácter más débil, en relación con la caída ó la puesta del sol; es una luz y una fuerza que se van. Marte es la luz y la fuerza que empiezan con el nuevo día, después de haber deshecho las tinieblas: de aquí su carácter enérgico y valiente.

Marte se llamaba también frecuentemente: *Marspiter* ó *Maspiter*, nombre formado como el de Júpiter. En lugar de decir *Maverte* ó *Maperte*, dijeron *Marspiter*, por metátesis, y á causa de la costumbre más antigua de decir Júpiter.

Cerca de Agubio, (Ingubium,) se ha encontrado una antigua estatua de Marte con esta inscripción:

*Marti Cyprio*. Es el mismo epíteto de *Afrodite*, que hemos descifrado ya; pero coincide en este caso, con un nombre sabino que significa *bueno* en dialecto umbriano, y se ha supuesto que era un eufemismo. No corresponde ciertamente este epíteto de *bueno*, al más cruel y feroz de todos los dioses. Nosotros creemos que es un sobrenombre más antiguo de lo que se piensa, conservado por tradición, como el de *Afrodite*, significando espíritu creador ó espíritu santo, soplo universal.

*Neria*, la esposa del Marte romano que, en esta parte, era mucho más formal que el *Ares* griego dejándose coger en brazos de *Afrodite*, significa *fuerte* ó *robusta* en lengua sabina; es nombre onomatopéico también, cuya forma primitiva debió ser: *An-er-ia*.

Todas las fábulas referentes á *Marte* y *Ares*, se explican suponiendo, que son el espíritu creador, adorado en su manifestación de sol ó de luz crepuscular, pero crepúsculo matutino.

Marte fué vencido tres veces por quien debía vencerlo: primero, por Minerva y Diomedes. Minerva, en cuanto luz solar, debe ser considerada como primera aparición del disco en el horizonte, y Diomedes, casado con *Ægialea* (*Ægi-erea*) y viviendo en adulterio con *Cylabarus* (*Ja-eva-ber-us*), como una luz naciente. Estos matices de luz, perfectamente observados en los primeros tiempos, con la cuidadosa exactitud con que deben seguirse los movimientos de un dios, forman la mayor parte de la red inextricable hasta ahora de los mitos secundarios. Pudiera hacerse una división muy útil de la mitología: en mitos primarios del soplo y del calor, y mitos posteriores de luz. *Minerva* y *Diomedes*, triunfan de Marte porque disipan con su luz incolora de la mañana las rojas tintas del crepúsculo. No basta decir tal divinidad es la aurora, tal otra es una luz

naciente, no: es preciso fijarse en los distintos matices y en su creciente gradación, porque todos ellos fueron personificados sucesivamente. Era un deber religioso estudiar entonces los menores detalles de los cambios de luz, porque la luz emanaba del sol, y el sol era la manifestación sublime del soplo creador, era un dios vivo y visible. ¡Con qué tenaz respeto observarían aquellos hombres su carrera!

Hércules es la representación de toda ella, no sólo durante el día, sino durante el año. Así, elevándose sobre el horizonte, radiante de luz, vence á su vez á Marte, crepúsculo desvanecido, por su elevación.

Tiene la misma explicación la fábula de los *Aloides* ó gigantes hijos de *Neptuno*, otra forma de sol hundiéndose en el mar, como *Dioniso*, y que es preciso relacionar con los términos egipcios *Non-Ptha*, espíritu del Océano, ó dios acuático. Los gigantes *Aloides* ó *Aloades* (*Ero-ad-es*) fueron en un principio de seguro, fuerzas solares, principios ó espíritus creadores, que quieren ascender y escalar el cielo con el sol. Más adelante, cuando se hubo olvidado la primitiva y natural teoría de los dioses creadores, por la adoración de la luz, se hizo de ellos una pareja luminosa y matutina, representando el rápido crecimiento y la extensión de la claridad. Por eso se les hacía crecer una toesa, de un año para otro. Sus nombres eran *Otus*, (*At-us*), y *Ephialtes* (*Ab-i-er-tes*). Apolo les mata con sus flechas antes que lleguen á la adolescencia. Es el sol en su apogeo, disolviendo con sus rayos los últimos matices luminosos más débiles, de la mañana. Ellos por su parte, habían ya metido en una prisión de hierro (por confusión de nombres) á Marte. Gracias á su suegra *Ceribea*, (*Ha eri bea*), que lo advierte á Mercurio, y éste corre á ponerle en libertad.

Es el crepúsculo de la tarde que socorre y da fuer-

zas al de la mañana, poniéndose en relación seguramente, por el hemisterio inferior.

Hé aquí unos mitos secundarios que pudieran creerse de imposible explicación, y que la tienen sencilla, sin faltar un detalle, con nuestra hipótesis, enteramente ajustada á la interpretación, según el método.

#### VULCANO Y LOS CABIROS.

Los pelasgos, herederos de las más antiguas tradiciones religiosas, marcaron su estancia en Grecia y Roma con la institución de un culto más puro y primitivo del fuego, renovando las ideas religiosas de fecundidad universal, cuyos símbolos, que hoy nos parecen groseros, pueden verse en Alatri. Su influencia, sin embargo, en las religiones griegas é italianas, acaso no sea tan grande como se supone, y sobre todo, es muy difícil distinguir la parte que de ellos se ha tomado, de la que existía ya en los dos países, heredada del origen común.

Herodoto (1) supone que fueron los pelasgos los que introdujeron el culto del fuego en Samotracia, y según Dionisio de Halicarnaso, los Cabiros eran divinidades adoradas por ellos. Los Cabiros se relacionan á la religión del fuego porque son nietos de Vulcano. Cuando llegaba su festividad, todos los fuegos eran considerados impuros, y se iba á buscar el fuego puro á Delos. Es verdad que también se renovaba todos los años el fuego de Hestia y de Vesta.

El más antiguo culto de los Cabiros parece estar en Fenicia, y así se explica, que siendo un culto semita, pudieran ser llevados por los pelasgos, á Samotracia,

(1) II.

naciente, no: es preciso fijarse en los distintos matices y en su creciente gradación, porque todos ellos fueron personificados sucesivamente. Era un deber religioso estudiar entonces los menores detalles de los cambios de luz, porque la luz emanaba del sol, y el sol era la manifestación sublime del soplo creador, era un dios vivo y visible. ¡Con qué tenaz respeto observarían aquellos hombres su carrera!

Hércules es la representación de toda ella, no sólo durante el día, sino durante el año. Así, elevándose sobre el horizonte, radiante de luz, vence á su vez á Marte, crepúsculo desvanecido, por su elevación.

Tiene la misma explicación la fábula de los *Aloides* ó gigantes hijos de *Neptuno*, otra forma de sol hundiéndose en el mar, como *Dioniso*, y que es preciso relacionar con los términos egipcios *Nou-Ptha*, espíritu del Océano, ó dios acuático. Los gigantes *Aloides* ó *Aloades* (*Ero-ad-es*) fueron en un principio de seguro, fuerzas solares, principios ó espíritus creadores, que quieren ascender y escalar el cielo con el sol. Más adelante, cuando se hubo olvidado la primitiva y natural teoría de los dioses creadores, por la adoración de la luz, se hizo de ellos una pareja luminosa y matutina, representando el rápido crecimiento y la extensión de la claridad. Por eso se les hacía crecer una toesa, de un año para otro. Sus nombres eran *Otus*, (*At-us*), y *Ephialtes* (*Ab-i-er-tes*). Apolo les mata con sus flechas antes que lleguen á la adolescencia. Es el sol en su apogeo, disolviendo con sus rayos los últimos matices luminosos más débiles, de la mañana. Ellos por su parte, habían ya metido en una prisión de hierro (por confusión de nombres) á Marte. Gracias á su suegra *Ceribea*, (*Ha eri bea*), que lo advierte á Mercurio, y éste corre á ponerle en libertad.

Es el crepúsculo de la tarde que socorre y da fuer-

zas al de la mañana, poniéndose en relación seguramente, por el hemisterio inferior.

Hé aquí unos mitos secundarios que pudieran creerse de imposible explicación, y que la tienen sencilla, sin faltar un detalle, con nuestra hipótesis, enteramente ajustada á la interpretación, según el método.

#### VULCANO Y LOS CABIROS.

Los pelasgos, herederos de las más antiguas tradiciones religiosas, marcaron su estancia en Grecia y Roma con la institución de un culto más puro y primitivo del fuego, renovando las ideas religiosas de fecundidad universal, cuyos símbolos, que hoy nos parecen groseros, pueden verse en Alatri. Su influencia, sin embargo, en las religiones griegas é italianas, acaso no sea tan grande como se supone, y sobre todo, es muy difícil distinguir la parte que de ellos se ha tomado, de la que existía ya en los dos países, heredada del origen común.

Herodoto (1) supone que fueron los pelasgos los que introdujeron el culto del fuego en Samotracia, y según Dionisio de Halicarnaso, los Cabiros eran divinidades adoradas por ellos. Los Cabiros se relacionan á la religión del fuego porque son nietos de Vulcano. Cuando llegaba su festividad, todos los fuegos eran considerados impuros, y se iba á buscar el fuego puro á Delos. Es verdad que también se renovaba todos los años el fuego de Hestia y de Vesta.

El más antiguo culto de los Cabiros parece estar en Fenicia, y así se explica, que siendo un culto semita, pudieran ser llevados por los pelasgos, á Samotracia,

(1) II.



sus misterios. En ellos se daban á conocer las doctrinas según los grados: en los primeros ó más ínfimos se presentaban los Cabiros como planetas personificados, que aparecían en figura de estrellas ó fuegos bienhechores á los navegantes. Es posible que se creyesen manifestaciones suyas, lo que después se llamó fuego de San Telmo.

En los grados superiores se daba idea de una trinidad compuesta de *Axieros*, *Axiokersos* y *Axiokersa* (1), principios fecundantes que, como se ve, no son más que ligeras variantes de las onomatopeyas. El neófito debía hacer la confesión de sus pecados, sufrir penas severas y sacrificios expiatorios. El sacerdote podía absolver del homicidio, pero no del perjurio, ni de las muertes hechas en los templos.

El nombre de Cabiros apenas necesita explicación: *Cabir* = *fa-ber*, principios, ó espíritus del fuego ó del calor productor. Es una de las más claras pruebas de nuestra teoría.

Vulcano es de procedencia semítica, considerado en este último término de su evolución, y la mejor prueba también del paralelismo original de los pelasgos y de los hebreos.

Esta forma, Vulcano, es hermana de la hebrea *Bal-cain* ó *Tubalcain*; pero *Thu* es el demostrativo hebreo; el nombre sólo, es *Balcain*. A causa de un error que se explica bien por la confusión de sentidos atribuidos á las onomatopeyas primitivas, el hebreo hizo de *bal*, el soplo, y de *cain*, el fuego, debiendo ser al revés; pero la distinción del significado tradicional de soplo y de calor llegó á ser indiferente en los dos monosílabos, que casi siempre iban juntos. Se sabía que uno signi-

(1) Escoliasta de Apolonio de Roda. I. 917.

ficaba calor ó fuego, y otro soplo ó espíritu; mas llegó un tiempo en que no se supo, cuál de ellos expresaba lo uno y cuál lo otro. En la duda, vino la libertad de elección, y la lengua hebrea se equivocó.

¿Puede haber un argumento más fuerte en demostración de cuanto hemos dicho, y de la verdadera significación y existencia de las onomatopeyas, que este nombre, *Thubalcain*, y el significado de sus elementos en hebreo?

¡Cuántas etimologías se han dado de Vulcano, sin acertar ninguna! Decían unos que venía de *φλέγο* y *φύοξ*, raíz de fulgeo, fulgo, fulmen: otros de *ulka*, por *Valka*, vocablo usado en los Vedas para expresar las llamas y los resplandores de Agni; ó de *Varka* = *valka* de donde se sacaba la etimología de *Lok*, haciendo de él, *Uloki*, dios del fuego, también. El empeño en descifrar el nombre de Vulcano, subió de punto cuando hubo que estudiar el epíteto de *Zeus Velchanos* (Ζεὺς Γελαχνοσ) de Creta, adorado también al pie del Ida en Phæstos, patria de Epimenides, el profeta devoto de Zeus y de Apolo. Este Zeus es representado joven y sin barba, como Helios, sentado en un tronco de árbol, símbolo del desarrollo vegetal, y tiene en la mano derecha un gallo, puesto sobre su muslo. Este gallo es como una manzana de discordia para los eruditos: unos dicen que es simplemente el pájaro sagrado de Helios, que anuncia con su canto la venida del sol; otros, entre ellos, G. Sechi, dicen, que es el intérprete del dios, como podía serlo la paloma en Dodona ó en Ammonion, y como el águila, en la ornitoscopia ordinaria, pero los más prudentes se abstienen, confesando que hay falta de datos para juzgar, mientras no se elucide la etimología de *Vulcano* ó *Velchano*, porque la que se ha dado de *Bel-channan*, ó de *ἐλκω, ἐλκνω, elicere*, no aclara nada.

¿Tendremos necesidad de explicar ahora las etimologías de Thubalcain y de Vulcano?

Aunque no sea más que para preparar el camino á los eruditos, diremos, que *Vulcano* y *Balcain* no son más que términos de evolución de la forma onomatopéica primitiva *Ber-jan* ó *Ber-jain*, cuya última espiración se conserva en el éuskaró *Jain*. La forma evolutiva *Bel-han* da razón de Γεργωνος lo mismo que de *Vul-canus* y *Bal-cain*.

Alguno había atinado, por el hebreo, con que Vulcano debía significar el «soplador del fuego,» y ciertamente, por absurda que parezca la etimología, la verdad es que Bergier se aproximó más que ninguno. Por lo menos dió, sin comprender el alcance, con la significación, aunque mal interpretada, de las onomatopéyas.

El parecido del nombre de Vulcano con el de volcán, *Volcanus*, fué causa del mito de la fragua, del martillo y de los *Cyclopes*, espíritus más importantes de lo que se cree, metidos en el cráter, fundiendo los rayos de Júpiter. Vulcano, como lo prueba el epíteto de *Zeus Velchanus*, fué en el origen un gran dios, creador ó productor. El gallo que tiene encima de su muslo, Zeus, es el símbolo del poder generador y fecundante que tienen todos los dioses onomatopéicos del calor, en un principio; y los *Cyclopes*, compañeros de Vulcano, son también grandes espíritus productores, en vez de miserables y tuertos herreros que las fábulas posteriores, por confusión de palabras, hicieron de ellos.

Se ha escrito mucho de los *Cyclopes*; pero la etimología más admitida es la que interpreta su nombre Κυκλοπες por κυκλος, círculo, rueda, y ὄφθαλμος, ojo: ojo en rueda ú ojo redondo, que es la de los griegos, y la que dió origen á la fábula de los *Cyclopes* tuertos ó con un ojo en medio de la frente. Sin salirse de ella, Ku-

hun y otros etimologistas, procuraron explicarla mejor, valiéndose de una estupenda erudición. Según ellos, el griego κυκλος es el *çakra* sanscrito, del Rig Veda, en que el sol es comparado á una rueda. En zenda, se habla de los rayos de Mitra con su rueda brillante. El sol era considerado como una rueda por los aryas que, al ver que se apagaba todas las tardes, suponían *aranis* de oro en manos de los *Açvines*, ó mejor, el *pramantha*, porque el sol era *arani* femenino para ellos. Indra se servía del rayo como de un *pramantha*, para sacar fuego en la rueda del sol. Por eso, el sol es femenino todavía en los idiomas germánicos: «*Die Sonne*.» Esta rueda se convirtió después en carro tirado por los *Harites*. (*Ha-er?*)

Ixion, enamorado de Hêrê, y engañado por Júpiter, y éste á su vez transformado en cuco, dejándose coger con Hêrê, y obligado á casar con ella, correspondería á *Akshi-van*, el *Cushna* del Veda, provisto de un ojo ó de una rueda.

La interpretación es exacta en lo que se refiere á Ixion, pero los *Cyclopes* quedan reducidos en ella á un sólo personaje mítico solar, cuyo nombre, producto de una traducción sin ejemplo, de la palabra *Akshi-van* al griego, no se presta á una explicación satisfactoria y definitiva.

Si el mito fuese de la época en que los griegos y los aryas vivieron juntos, se transmitiría, como se transmitió, en la forma Ixion.

Se había hecho venir también, en un tiempo en que estuvieron de moda las etimologías hebreas, el nombre de *Cyclopes*, de *chek-loub* ó *sinus Lilibæus*, designando así los habitantes del cabo Lilibæo, hoy cabo Coco, primeros colonos y trabajadores en hierro, de Sicilia. Esta etimología no fué más que un capricho de Borchart.

Otros han hecho venir este nombre, de Kelappah, Klapah, en hebreo, un martillo, que si no da razón del nombre de los Cyclopes, fué causa seguramente, por el parecido, de que se les tomase por herreros, martilladores y compañeros de Vulcano; y prueba además, como veremos luégo, que este mito no pudo menos de haber atravesado una fase semítica, para llegar á tener la estructura que tiene.

Es difícil, sin embargo, explicar este nombre, con más visos de verosimilitud que Kuhun.

Hay una raíz sanscrita, Klp, que significa *crear*. Esta raíz significa crear, porque es una contracción de las onomatopeyas primitivas. Véanse sus fases evolutivas: *Ha-ber, Ka-per, Ka-pel, Kaple, Kepl*, y por metátesis, *Klp, crear*; significación propia de las onomatopeyas. Si los Cyclopes tuvieron por nombre en un principio, *Ha-ber*, recorriendo esas formas, llegaron sin remedio á *Klep* ó *Klop-e*, lo mismo que, en la evolución de la palabra cabeza, llegaron las onomatopeyas á la forma sanscrita, *Kapála*.

Respecto á la primera parte del nombre, *Cy*, es probable que, al atravesar alguna lengua semítica ó anterior á ella, cosa que no pudo menos de suceder viniendo con Vulcano por medio de los pelasgos, debió haberse pegado al nombre *klope* ó *clope*, un demostrativo semita, el *Thu*, como en *Thubalcain*, que se convirtió después en *Cy*, de los *Cyclopes*.

Son, pues, los Cyclopes, espíritus del fuego, principios creadores, como Vulcano, pero ¡cuán distinta evolución supone su nombre! ¿Y dónde y cómo se habrán unido á él? Sin duda los pelasgos, cogiéndoles en diferentes centros religiosos, en sus viajes de aventuras, y viéndoles parecidos en sus atributos, los juntaron; pero la evolución sanscrita que revela el nombre de Cyclopes ¿no habrá dejado huellas en ninguna

región del Asia? ¿Y la confusión de su nombre con el klapah, hebreo, no dejaría vestigios?

Hé aquí un nuevo motivo de investigaciones para los sabios.

No se escapó á Hesiodo la importancia de los Cyclopes, cuando les hace hijos del cielo y de la tierra, es decir, que les da el origen más antiguo. Por lo demás, Vulcano debe su cojera á esa palabra *Cloppus*, parecida al término evolutivo de *Cy-clope*, que significa *cojo*. La fábula le aplicó este sentido, teniéndole por el jefe de los *Cyclopes*.

Las confusiones de los nombres *κυπρος*, el bronce, y *Κυπρις*, Venus, *Ares*, Marte, y *αργς*, el hierro, ¿no habrán sido causa también de toda la fábula del casamiento de Venus con Vulcano, de los amores de aquélla con Marte, simbolizando la unión y el tránsito de la edad del cobre á la del hierro, y de la exposición al público de los dos amantes, como enseñando el secreto de soldar juntos estos dos metales? Diremos que es posible, pero no ha llegado el tiempo todavía de descifrar los mitos secundarios.

Los mitos del fuego han dejado muchas huellas en Italia: los sabinos de Feronia al pié del monte Soracto celebraban una fiesta en que los *Hirpi* (sacerdotes, cuyo nombre se tradujo por *lobo*, no siendo otra cosa que un término sagrado onomatopéico, igual al de los dioses, que ya hemos visto que los sacerdotes se aplicaban ordinariamente) caminaban con los piés desnudos sobre brasas. *Soranus* y *Feronia* eran sus divinidades. El primero ha sido aproximado á *Surya*, y es por lo tanto una divinidad, no precisamente solar, sino del fuego: *Su-cy-an*. Hemos dicho que *Su* era fuego en éuskaró. Cuanto á Feronia, parece ser una misma cosa con *Phorone*, que según Pausanias, era considerado como el primer hombre y confundido con Pro-

meteo (1). Kuhn cree que se diferencian, y que Prometeo es el pramantha y Phoroneo el pájaro portador del fuego, cuyo nombre, interpretado antes por *ferax*, *fertil*, proviene en su concepto del sanscrito *bhurannyu*, el rápido, que viene de *bhurana*, participio de presente medio de *bhri*, llevar, y que hace φορονεύς, como *avidânin* se convierte en Αἰδωνεύς «el que no debe ser visto.»

Nuestros lectores habrán comprendido, al ver lo rebuscado de esta interpretación, la poca solidez que tiene. Ese significado de llevar, no explica nada; ni es ese buen sistema, el de suponer palabras formadas á capricho, dando vueltas á una conjugación; porque es claro que siempre se ha de encontrar algo parecido. Kuhn se ha equivocado por esta vez, sin que esto amengüe en nada el mérito y la autoridad de sus trabajos. *Feronia* y *Phoroneo*, dioses del fuego, deben sus formas á las dos onomatopeyas del calor y de la espiración: *Ber-un-ia*, *Feronia*, *Phoroneo*. Estos nombres de fuego, unidos al de Vulcano y á toda la larga lista de formas en *Er*, *El* ó *Bel* que hemos presentado, teniendo todos, atributos tradicionales de un significado original de fuego, calor, y como consecuencia, de producción, generación ó fecundidad, ¿pueden dejar el menor rastro de duda, respecto al descubrimiento y significación de la onomatopeya primitiva del hervor?

Podrían explicarse muchos mitos por la enemistad y combate, en ciertas religiones, de las onomatopeyas del soplo y del calor. Es indudable que la primera fué descubierta y usada, en el origen, antes que la segunda. No es extraño que algunas tribus, separadas antes del fenómeno observado en el hervor, se resistiesen á admitir estos dioses y estos nombres de nueva creación; pero la raza vital, la raza llamada á poblar el

(1) II. XIX. V.

mundo, es aquella en cuya choza tuvo lugar el hecho prodigioso. Ella, poseedora de la antigua forma, la conglutinó á la nueva, y el germen de todas las mitologías, y, (por qué no decirlo,) de todas las religiones, recibió el impulso evolutivo desde aquel momento.

La lucha entre los dioses del soplo y del calor debió ser larga, hasta fundirse con el tiempo los unos en los otros, y su memoria se conserva todavía en las religiones históricas con la enemistad de los dos hijos de Adam, (del hombre, de la humanidad,) *Caín* y *Abel*, (*Fain*, *A-ber*.) como representantes de los dos grandes bandos enemigos, de la religión del espíritu y de la del fuego. Esta última, la nueva, como sucede siempre, más entusiasta y *fervorosa*, ofreciendo á su dios los más valorables sacrificios, es aplastada y como muerta por la antigua, más fuerte y arraigada en la opinión, pero de fe apagada, y de envidiosas pasiones. No obstante, *Abel* resucita entre los suyos, y Dios pone el sello de su reprobación sobre Caín, que va á habitar entonces á la tierra de Nod, donde se casa. (Génes. IV, 16.) Poco después, cuando el nacimiento de *Enos*, «entonces, dice el Génesis, (IV, 26) los hombres comenzaron á llamarse con nombres de Dios.»

Esto no puede significar otra cosa, sino, que empezaron á distinguirse los hombres por el nombre de sus dioses, lo mismo que después se apellidaron mahometanos ó cristianos, y que la terrible lucha religiosa que había de durar hasta nuestros días, tuvo allí su principio. De este modo se explica que tantos pueblos y países distintos hayan formado sus nombres con las onomatopeyas divinas. La lucha varió de carácter con el tiempo, y en el transcurso de los siglos, los dioses del soplo y del fuego se mezclaron, lo mismo que las razas.

## VERTUMNUS.

Vertumno, según la tradición, es una divinidad etrusca. Este origen fué puesto en duda cuando, al buscar su etimología, se encontró un verbo latino *verto*, yo cambio, que parecía explicar su nombre; pero los grandes atributos de Vertumno, nada tienen que ver con esta idea de cambio, y si alguna vez los romanos le tomaron por testigo de sus compras ó ventas, no fué más que engañados por aquella semejanza. Jamás se ha inventado el nombre de un dios para presidir los pequeños detalles de la vida; sino que dioses, en otro tiempo grandes, se empequeñecieron por una errónea asociación de ideas. Pero Vertumno, por más que su nombre se prestase al error, conservó en Roma los rasgos de su carácter primitivo, y la importancia de su culto resalta bien, en el hecho, de que un *flamin* especial lo presidiese.

Vertumno es un dios del origen, muy anterior, por consiguiente, á la formación del verbo latino *verto*; y esto se prueba, porque es un dios creador, cuyo principal y antiquísimo atributo es operar la transformación de las plantas y convertir la flor en fruto; su segundo atributo, el de presidir las estaciones, no es más que una consecuencia del primero. Los jardineros le ofrecían las primicias de sus *huertos* y le tejían guirnaldas con los brotos de las flores.

Lo mismo su carácter que su culto están conformes en todo, con su nombre: *Ber-t-um-nus*, Vertumnus, espíritu productor.

## LA NINFA EGERIA.

El rey Numa, si se ha de creer la tradición, fué uno de esos tipos, inconcebibles hoy, que en todos tiem-

pos tuvieron intimidad con lo divino. Los nombres importan poco á la divinidad, que se revela y conversa con el hombre, bajo cualquiera de ellos. Numa atribuye su inspiración á la ninfa Egeria, como Zo-roastro á Ormuz, ó Moisés á Jehová; es igual; son hombres que tuvieron el privilegio de vivir en Dios y con Dios. Habitaba Numa retirado en la montaña, cuidando la ancianidad de su padre y entregado á la meditación y al estudio de las cosas divinas, cuando sus virtudes llamaron la atención del rey Tacio que le dió por esposa á su hija Tatia. Viven los esposos felices en la soledad trece años, hasta que ella muere, y Numa, inconsolable, en ese estado de excitación nerviosa que producen las grandes penas, pasa la vida errante en los bosques sagrados y en los lugares desiertos. Marcan bien estas expresiones, las ansias del corazón, que no permiten hacer alto en ninguna parte. Es el estado de espíritu más á propósito para la revelación. El dolor aproxima el hombre á la divinidad. Fué entonces, cuando la ninfa Egeria se dignó entrar en relación con Numa.

Egeria es una *Camena*. Se llamaban así ciertas divinidades sabinas, á las que estaba consagrado un bosque de encinas y una fuente sobre el monte Coelius. Tito Libio habla de este bosque «regado por una fuente que no secaba jamás.»

Las *camenas* habíanse llamado antes *carmene* y *casmena*, como la diosa *Carmenta*, otra prueba de la confusión de los sonidos *r* y *s*. Los antiguos vates se llamaban *carmen*tes, y el nombre de los versos, *carmen*, *carmina*, que trac la misma evolución, fué en un principio, *Ja-er-men*, es decir, luz, inspiración; después, pensamiento del espíritu divino.

Egeria es *Eg-er*. Nosotros hablamos de ella, porque lleva las onomatopeyas bien distintas y debió haber

sido en otro tiempo, más que una ninfa, el gran nombre de Dios.

El carácter inspirador de las *carmenæ* dió margen á que se atribuyese á una de ellas, Egeria, la inspiración de Numa. ¿No inspiraban ellas también á los poetas, *carmenæ*?

#### AJUS LOCUTIUS.

Otra forma de espiración divinizada se encuentra en el viejo dios *Ajo*, cuyo altar á la salida del bosque de Vesta, rodeado de un recinto sagrado, existía aun en tiempos de Cicerón y Tito Libio. Se le llamaba *Ajus Locutius*, ó Ajo parlante, y presidía las primeras palabras que pronunciaba el niño. Este carácter es altamente significativo en *Aj-us*, pues parece indicar el origen del lenguaje por la espiración, revelando la primitiva tradición, mejor guardada en Roma que en ninguna otra parte. Se decía, que una vez, este dios había denunciado en voz alta, á Marco Cœdicio, que pasaba por el sitio en que después se edificó su santuario, la llegada de los galos, y que por eso se le llamaba *loquens*. Sea lo que quiera, *Aj-us* es uno de los primitivos y antiguos dioses del Lacio, y su sencillo nombre *Aj*, más simple y natural que el de *Jan*, es, á no dudar, seguramente, el primer nombre de Dios y la primera palabra que labios humanos pronunciaron. Por eso preside al primer balbuceo del niño, como desató la lengua del hombre primitivo. Es admirable, que la primera palabra y el primer nombre de Dios sean una cosa misma.

#### EL ORIGEN DEL LENGUAJE.

En este cuadro general de nombres divinos, que acabamos de presentar, abarcando todos los tiempos y todos los países, nuestros lectores no habrán dejado de notar la adecuación exacta, perfecta, infalible, de la palabra que constituye el nombre del Dios y de la idea religiosa que con ella se quería expresar. Es esta constante y perpétua coincidencia, la mejor prueba de la verdad del método, y lo que mejor hace comprender, cuán extraviada, sin rumbo, sin objeto y sin plan, había ido hasta ahora la etimología, á pesar de los grandes esfuerzos de hombres eminentes y de la inmensa erudición por ellos desplegada.

Casi ninguno de los grandes problemas míticos y lingüísticos, había podido, en efecto, ser resuelto por el antiguo sistema, circunscribiendo la comparación á una sola familia de lenguas; y á pesar de la luz que la onomatopeya del soplo arrojaba sobre esta clase de estudios, la preocupación era tan grande, y la importancia de la raíz fué tan mal comprendida, que no produjo los resultados que eran de esperar. Aparte de algunos mitos secundarios de luz, descubiertos por Max Muller, que quedó ofuscado, creyendo poder ele-

sido en otro tiempo, más que una ninfa, el gran nombre de Dios.

El carácter inspirador de las *carmenæ* dió margen á que se atribuyese á una de ellas, Egeria, la inspiración de Numa. ¿No inspiraban ellas también á los poetas, *carmenæ*?

#### AJUS LOCUTIUS.

Otra forma de espiración divinizada se encuentra en el viejo dios *Ajo*, cuyo altar á la salida del bosque de Vesta, rodeado de un recinto sagrado, existía aun en tiempos de Cicerón y Tito Libio. Se le llamaba *Ajus Locutius*, ó Ajo parlante, y presidía las primeras palabras que pronunciaba el niño. Este carácter es altamente significativo en *Aj-us*, pues parece indicar el origen del lenguaje por la espiración, revelando la primitiva tradición, mejor guardada en Roma que en ninguna otra parte. Se decía, que una vez, este dios había denunciado en voz alta, á Marco Cœdicio, que pasaba por el sitio en que después se edificó su santuario, la llegada de los galos, y que por eso se le llamaba *loquens*. Sea lo que quiera, *Aj-us* es uno de los primitivos y antiguos dioses del Lacio, y su sencillo nombre *Aj*, más simple y natural que el de *Jan*, es, á no dudar, seguramente, el primer nombre de Dios y la primera palabra que labios humanos pronunciaron. Por eso preside al primer balbuceo del niño, como desató la lengua del hombre primitivo. Es admirable, que la primera palabra y el primer nombre de Dios sean una cosa misma.

#### EL ORIGEN DEL LENGUAJE.

En este cuadro general de nombres divinos, que acabamos de presentar, abarcando todos los tiempos y todos los países, nuestros lectores no habrán dejado de notar la adecuación exacta, perfecta, infalible, de la palabra que constituye el nombre del Dios y de la idea religiosa que con ella se quería expresar. Es esta constante y perpétua coincidencia, la mejor prueba de la verdad del método, y lo que mejor hace comprender, cuán extraviada, sin rumbo, sin objeto y sin plan, había ido hasta ahora la etimología, á pesar de los grandes esfuerzos de hombres eminentes y de la inmensa erudición por ellos desplegada.

Casi ninguno de los grandes problemas míticos y lingüísticos, había podido, en efecto, ser resuelto por el antiguo sistema, circunscribiendo la comparación á una sola familia de lenguas; y á pesar de la luz que la onomatopeya del soplo arrojaba sobre esta clase de estudios, la preocupación era tan grande, y la importancia de la raíz fué tan mal comprendida, que no produjo los resultados que eran de esperar. Aparte de algunos mitos secundarios de luz, descubiertos por Max Muller, que quedó ofuscado, creyendo poder ele-

var á sistema general, lo que no era más que una simple consecuencia, puede decirse que, la mitología quedó tan incomprendible como siempre.

Es cierto que *Kuhun* atinara también, á explicar medio satisfactoriamente, una parte de los mitos que él llamaba del fuego, pero quedaba siempre un elemento irreductible, rebelde á toda interpretación y que era precisamente la clave, no sólo de la mitología, sino de la lingüística; toda la inmensa ramificación mítica y vulgar, producto de las infinitas ramificaciones de la onomatopeya *er ó ber*. Es este descubrimiento, cuya importancia científica no podemos encarecer nosotros, el llamado á abrir nuevos y anchurosos senderos á la investigación.

Se ha visto ya, en la primera parte de este libro, cuantas relaciones han llegado á expresarse, partiendo sólo del trabajo operado por la asociación de ideas sobre la onomatopeya del soplo; la complicación evolutiva es mucho mayor, sin embargo, con la onomatopeya del calor. Nosotros hemos presentado algunos cuadros que prueban sus combinaciones; mas, pudieran presentarse otros muchos; y un libro que ofreciese, en todas las lenguas conocidas, la filiación de esta raíz, sería lo más curioso y útil, en el actual estado de la ciencia, por los muchos misterios que podría aclarar.

Puede decirse que la etimología no ha sido hasta ahora más que una simple comparación, y es común entre sabios todavía, tomar un término paralelo semejante por un origen. Cuando pueda estudiarse bien un grupo de palabras, es decir, hacer toda su historia, se verá cuántos errores ha habido en la etimología.

En la suposición de que este libro no habrá de ser leído más que por personas instruidas, nos hemos abstenido de mayores desenvolvimientos, dejando á la

inteligencia del lector el cargo de sacar las deducciones, y limitándonos á fijar los grandes puntos de vista que pueden servir para marcar el camino á los futuros exegetas, más versados seguramente que nosotros en los detalles de la ciencia. Iniciamos un método y lo preconizamos bueno, por los resultados que nos da; pero acaso, preocupados con lo grande de la investigación, nos haya faltado regularidad en la exposición metódica de las apreciaciones y los hechos. Pedimos disculpa en gracia de la transcendencia del descubrimiento.

Antes de saber el significado y la evolución de los nombres míticos, era imposible explicar exactamente los mitos, porque la asociación de ideas no podía ser seguida, faltando los términos de enlace de la analogía; mas de ahora en adelante, la mayor parte de las dificultades de interpretación podrán salvarse de un modo más fácil y seguro; sobre todo, los grandes mitos primordiales quedan resueltos ya.

Como la mayor parte de los mitos secundarios y de las cualidades atribuidas á los tipos divinos, son productos de la confusión de algunas de las formas que los nombres de los dioses han tenido, en sus evoluciones, con las palabras vulgares ó términos paralelos de distinto significado en las diferentes lenguas por las que han tenido que atravesar, perdidas ya, ó desconocidas muchas de ellas, es preciso renunciar decididamente, al menos por ahora, á explicarlo todo; pero llegará un día en que, con este método y los adelantos y progresos de la lingüística, se verá claro el, hasta hoy, inextricable tejido de los mitos. Entre tanto, con los datos que el estado actual de la ciencia proporciona, puede ensayarse la interpretación de una gran parte de ellos, contando ya con una base firme. Todo cuanto se ha hecho hasta ahora, buscando aproximacio-



nes en cualquier lengua, y forzando el sentido de las palabras para ponerlas de acuerdo con los nombres míticos, es hacer mérito de una erudición, las más de las veces inútil por carecer de plan, y no conseguir nada, porque una semejanza no hace prueba.

Pero este resultado, por satisfactorio que parezca, habiendo facilitado la interpretación, y descifrado misterios que habían llegado á creerse irresolubles, no es más que una pequeña parte del gran problema que no podía resolverse por falta de datos, y que desde ahora, se ofrece despejado, presentando su mal velada incógnita. Nos referimos al origen del lenguaje.

Max Muller merece bien de la ciencia por su fe. Su *Festina lente*, pero *Festina, Festina, Festina*, debe ser el lema de todos los que por el progreso humano se interesen.

Cuando Bopp quiso encontrar formas sanscritas ó aryanas en las lenguas malayo polinésicas, se supuso que podía haberse equivocado; pero Max Muller repitió su estribillo: *Festina*; y nosotros hemos visto, cuánto se parecen las tradiciones y los dioses polinésicos á los egipcios y aryanos, ¿por qué no se habría de parecer su lenguaje?

Todos los millares ó millones de palabras aryanas, europeas y semíticas, se ha dicho que pueden reducirse á menos de quinientas raíces. Todo lo demás es añadido después de la separación, en un pasado antehistórico, y anterior á las raíces triliteras de las lenguas semíticas.

Es claro, que ese período de las quinientas raíces supone ya una gran ramificación en el lenguaje, y un estado heterogéneo y complejo que no es el del origen.

¿Se quiere que esas quinientas raíces hayan sido inventadas de repente por la primer pareja humana, expresando ya perfectamente sus ideas con ellas?

Tanto valdría volver otra vez al origen, directa y completamente revelado, del lenguaje. Sería caer de nuevo en el error vulgar de que los hombres empezaron por dar nombre á las personas y á las cosas.

No; el origen del lenguaje no se encuentra todavía en esas quinientas raíces.

La raíz ha tenido que existir por sí misma antes de llegar á la flexión; antes de verse rodeada de subfijos y desinencias. «Preguntar si una lengua pudo empezar por flexión, ha dicho Bunsen muy bien, es un absurdo.»

Todos los hombres de ciencia están hoy de acuerdo en admitir, que toda estructura de lenguaje ha comenzado por la creación de las raíces.

Bopp, Max Muller, Heisse, dicen lo mismo: «Ha debido necesariamente haber, *antes que el lenguaje tomase la forma gramatical*, un estado en que no se compusiera más que de raíces (1).»

La concepción genética de la vida del lenguaje es lo que distingue la nueva lingüística de la antigua, que no se concretaba más que á una simple estadística, ó á una clasificación sistemática de los fenómenos del lenguaje.

En la cuestión de método no hay acuerdo aún. Schleicher y Max Muller opinan que el lenguaje es como una ciencia natural. Steinthal cree que no, porque la sintaxis, el origen, la fijeza y ramificación de las palabras y sus acepciones escapan al método natural. Es cierto que en la idea de analogía hay mucho de moral y extraño á las leyes naturales, lo mismo que en la tendencia á la diferenciación; por ejemplo: la raíz *er* que se hace *ar, or, ur*, y da lugar á diferen-

(1) Heisse. System. der Sprachwissenschaft.

tes significaciones; pero, por más que existan estas diferencias, el método en lingüística no puede ser otro que el de las ciencias naturales, porque las semejanzas son mayores.

Es preciso considerar el lenguaje como ciencia natural y como ciencia histórica al mismo tiempo, á pesar de Max Muller que niega esto último.

Ahora; si el lenguaje, como todo en el mundo, tuvo su principio, ¿cuál pudo ser éste?

La ciencia ha llegado como hemos dicho, á señalar un período en que los antepasados de los aryas y de los semitas vivieron juntos. Fürts, Delitzsch y otros lo sostienen y prueban, afirmando que hablaban en común una misma lengua rudimentaria, análoga á la lengua china y cuyos elementos se encuentran en las raíces bilíteras del hebreo. Renan asegura que en efecto, éstas ofrecen las aproximaciones más aceptables con los idiomas indo-europeos. Por otra parte, los hebreos suponían siempre, en sus etimologías, raíces bilíteras; prueba de que suponían las trilíteras más modernas; como ejemplo, en la de *manne*, el *maná*, que tenían la creencia de llamarlo así, por haber gritado los Israelitas al verlo: «¿Qué es esto?» La etimología de *Abraham*, (*A-bero-ham*) por nuestro método, puede dar luz sobre esto, y Mr. Renan no tendrá ya que molestarse en recurrir á la glosa, siguiendo el sistema de Platón en el *Cratilo*.

Se supone que las dos razas se separaron antes de la formación ó desenvolvimiento completo de las raíces y antes de la aparición de la gramática. De modo, que se confiesa, que al principio, no había más que raíces.

Esta clase de sonidos no podían ser inventados más que por imitación de los sonidos naturales; luego las primeras palabras, monosílabos de que el hombre se

sirvió para expresar alguna idea, fueron, tuvieron que ser por precisión, onomatopeyas.

Que el acento las distinguiese luégo; que pasasen á ser verbos simples ó pronombres simples; y más tarde por individualización de sentido, por combinaciones llamadas derivación y composición, saliesen los nombres sustantivos y adjetivos, los verbos conjugados, los adverbios, las conjugaciones, etc., no hace al caso; todo esto es secundario y producto de la evolución; los datos han de sobrar para estudiarlo.

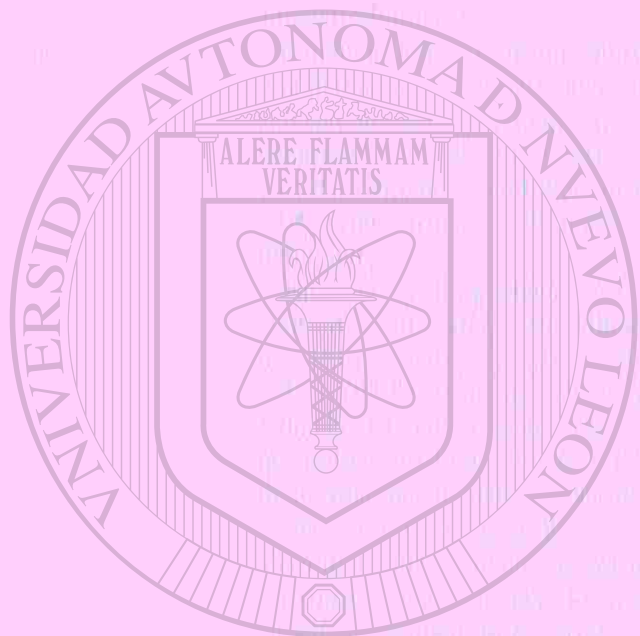
La que se presenta siempre misteriosa es la cuestión de origen.

Tenemos, pues, las onomatopeyas acentuadas, como el más antiguo período indudable del lenguaje, que ha sido posible vislumbrar. Pero la inducción no puede conformarse con eso. La evolución supone algo, más simple y homogéneo todavía. La primer pareja humana que rompió á hablar, no pudo tener más que una onomatopeya sola, la más natural, la más sencilla: el soplo, la respiración; con ella empezó á expresar su personalidad; sus sucesores, luégo, todas las otras ideas que hemos estudiado ya.

¿En qué estado de progreso lingüístico se encontraba el hombre, cuando inventó, admirado, la onomatopeya del calor en el hervor del agua? No es posible saberlo á punto fijo; pero debía ser bien escaso, á juzgar por la extensión inmensa que adquirió esta onomatopeya. Teniendo en cuenta lo que pasa en la naturaleza, si hubiera en aquel tiempo muchas otras raíces, ella, la más nueva y débil, se hubiera probablemente extinguido en la lucha por la vida.

Para adquirir el incremento que tuvo, preciso fué que estuviera bien poco acompañada. Ella se impuso desde luégo, de un modo natural, para expresar las ideas de fuerza, animación ó producción y vida,

combinadas; acentuada y pronunciada después de mil  
maneras. y exten



# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el trueno y en la tempestad, la vecindad de un poder superior, y en el perfume de las flores, y en los tibios álitos de la brisa, un ser amable que se acerca á nosotros (1)?»

No engañó al gran pagano su instinto poético, y este pensamiento suyo encierra una gran verdad.

Sí, tiene razón Goethe; esas manifestaciones del espíritu: el soplo, el aire, la tibia brisa, el álitio, el calor, el rayo, el fuego, han hecho y harán siempre sentir la presencia de ese poder superior, cuyo nombre definitivo, en todas las lenguas humanas, está formado por las onomatopeyas de los mismos fenómenos.

Son estos dos monosílabos del soplo y del calor, los primeros y sagrados sonidos de la palabra humana, y el origen de todas las mitologías, teologías, religiones y lenguas.

La gran ley de la unidad de los mitos queda, pues, formulada, y el origen del lenguaje, descubierto.

(1) Obras de Goethe. Hachete, T.º 1.º

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BL310

S2

155743

FHRC

---

AUTOR

SANCHEZ CALVO, Estanislao

NL

DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA